

M. BAUGUERA

HISTORIA

DE LOS

CABALLEROS

DEL

TEMPLE

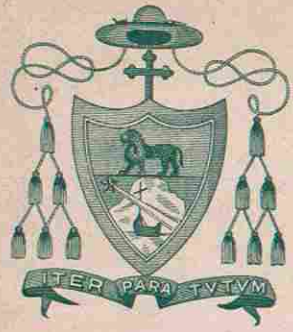


HISTORIA DE
LOS
CABALLEROS
DEL
TEMPLE

TOMO I

CR4743
B78
v.1

007393



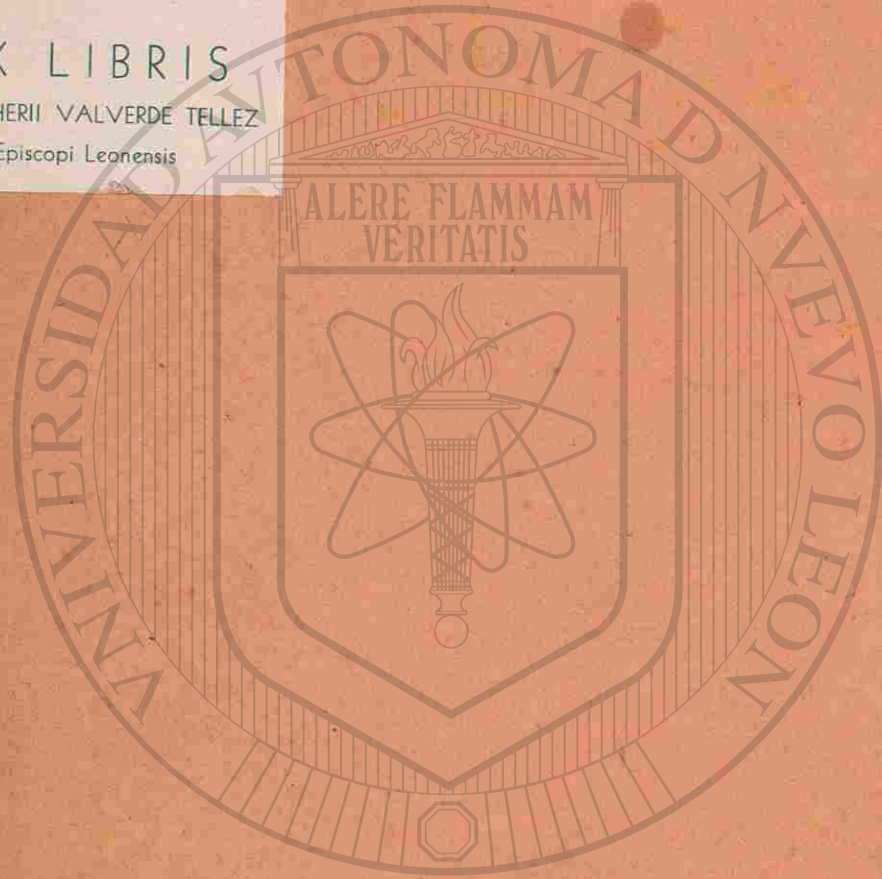
EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080016737



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



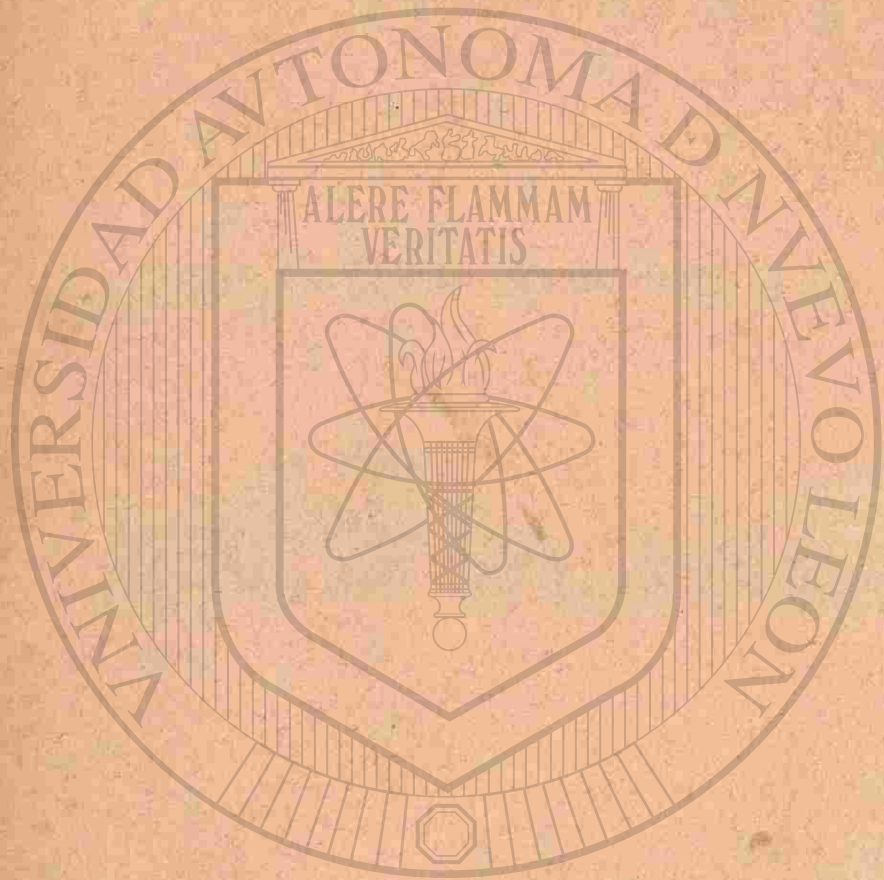
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA GENERAL
DE LOS CABALLEROS DEL TEMPLO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA GENERAL

DE LA RELIGIOSA Y MILITAR ÓRDEN

DE LOS

CABALLEROS DEL TEMPLE

DESDE SU ORIGEN HASTA SU EXTINCION

OBRA ESCRITA SEGUN DOCUMENTOS ORIGINALES

POR

D. MATEO BRUGUERA

PRESBITERO

PROTONOTARIO APOSTÓLICO, BENEMÉRITO DE LA SANTA SEDE,
INDIVIDUO DE LOS QUIRITES ROMANOS Y SOCIO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA
DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

Y REFUNDIDA POR

D. Francisco de A. Rierola y Masferrer

É ILUSTRADA POR NICANOR VAZQUEZ.

DIRECTOR TÉCNICO: TOMÁS CASTRO.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tolles

BARCELONA:

Imp. y Librería de la Inmaculada Concepción,
13. Buensuceso, 13.

1888.

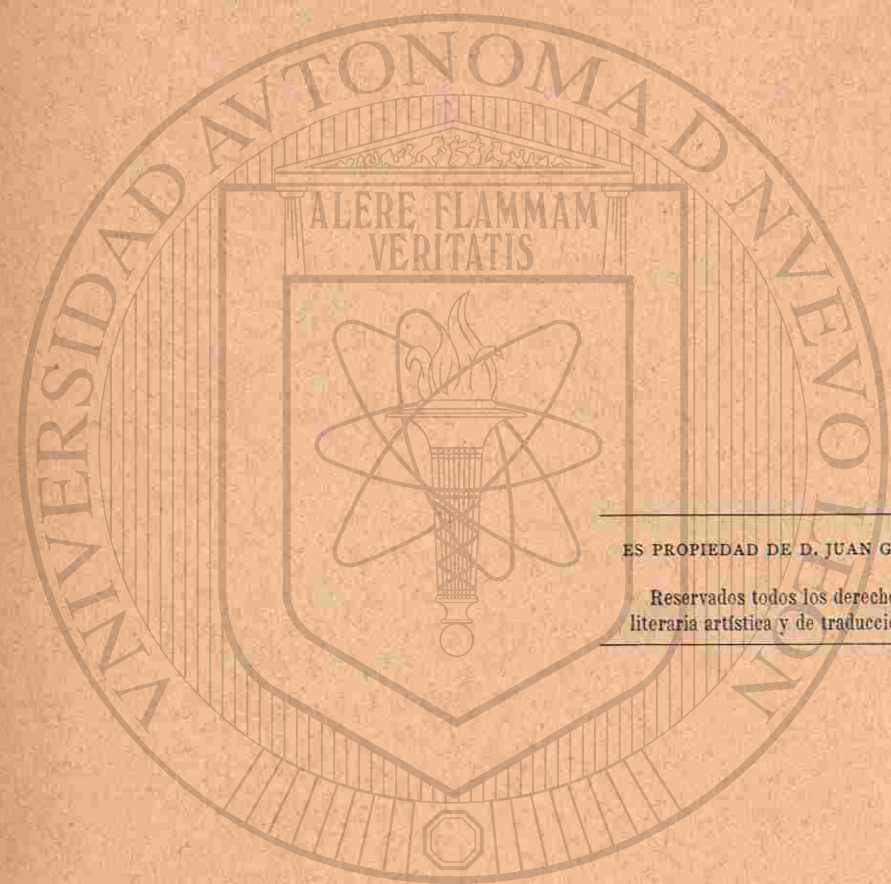
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

44190

CR4743

B78

v.1



ES PROPIEDAD DE D. JUAN GRABULOSA.

Reservados todos los derechos de propiedad literaria artística y de traducción.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Establecimiento Tipográfico de la Inmaculada Concepcion, calle Ricoma, 45, Granollers.

Una explicación



os términos en que ha sido anunciada al público la *Historia de los Caballeros del Temple*, nos imponen una explicación. Decíase en el prospecto de la obra que esta era refundida y arreglada de los originales dejados por don Mateo Bruguera. Hombre era éste dotado de grandes cualidades para la investigación, espíritu incansable, que no reparaba en vigiliias, fatigas, viajes ni dispendios, con tal de lograr el objeto que se proponía; gran removedor de archivos, escrutador de viejas historias y muy amigo de ir á buscar la verdad en sus mismas fuentes, convencido de que la verdad histórica, como las aguas, fluye pura del manantial, pero á medida que se aleja va arrastrando arenas y escorias, y pierde en frescura y pureza. El trabajo de investigación en la obra á que aludimos lo daba ya por terminado, sino por completo su autor, y disponíase á la publicación del libro, cuando le sorprendió la muerte, sin que le fuese dable pulimentar, corregir ni sujetar á revision los originales que tenia ya cedidos al Editor.

Este, deseoso de que la obra saliera pronto á luz encargó á tercera mano el arreglo del primer volumen, publicado en 1882; falleciendo tambien no mucho despues el autor del arreglo. Lo cual no solo motivó que se dejaran de publicar los sucesivos volúmenes, sino que trajo mas graves consecuencias, como fué el extravío de buena parte del original que debia llenar el tomo segundo, y la pérdida de todo el que habia servido para el arreglo del ya publicado, y hubiera podido dar alguna luz para la refundición de los sucesivos. Ignórase si por extravío ó por no haber pasado del estado de proyecto, falta en los manuscritos del Sr. Bruguera el libro referente á los Templarios de Cataluña, anunciado al publicarse el primer volumen.

007393

En este estado encontramos los materiales, cuando el Editor, deseoso no solo de continuar la publicacion sino de emprenderla de nuevo en mejores condiciones que la parte de ella dada á luz, nos entregó el manuscrito y el volumen impreso para que lo sujetáramos á nueva revision. A la primera ojeada comprendimos que no se trataba de una obra sazónada ya sino de un boceto de obra, formado en su mayor parte de notas unidas con orden, pero con trabazon tan mal disimulada que á la legua dejaba entrever la procedencia de las mismas por la diversidad de estilo, tan marcada que en algunos puntos, no ya la palabra de mas ó menos dudosa castidad sino la estructura y modismos genuinamente franceses, revelaban una traduccion literal de párrafos enteros tomados de autores de allende los Pirineos.

Era pues, mas que libro dispuesto á la publicacion, reunion ordenada de materiales, algo como esqueleto al que faltaba dar escultura, forma relieve, color, y en una palabra, vida.

Dos caminos se nos ofrecian: completar la parte extraviada con datos que nos han suministrado las obras que el Sr. Bruguera indica como fuentes, y dejar el resto en la misma forma que está escrito, ó intentar la refundicion total. El primer camino era mas corto menos ocasionado á tropiezos; sin duda por él nos hubiéramos decidido si el primer volumen de la obra no hubiese ya sufrido arreglo, y si la misma no adoleciera de los defectos, no inculpables á su autor, de que hemos hablado. La necesidad de la desaparicion de estos, la conveniencia de dar al todo uniformidad y de unificar el estilo nos han decidido por la refundicion total.

En esta lejos de destruir la obra, hemos procurado quedara adornada de todas las buenas condiciones de que la dotó su autor, á quien queremos que se atribuya la copiosa erudicion que la recomienda, la idea capital que la informa y es la revindicacion de la memoria de la celeberrima orden historiada. En este punto hemos sido escrupulosísimos. Si de la lectura de libros y documentos hubiéramos sacado convicciones contrarias á las del Sr. Bruguera, lejos de adaptar el texto á nuestras convicciones, hubiéramos abandonado la empresa, ó dicho nuestro parecer en notas explicativas, para que á nosotros unicamente se atribuyera la apreciacion emitida.

Nuestro trabajo, pues se reduce á dar nueva forma á la obra; expurgarla, en cuanto nuestras fuerzas alcancen de los defectos en ella observados; ordenar los que nos ha parecido ordenable; ampliar algunos puntos y reducir otros sin omitir un solo dato esencial, ni siquiera una nota; procurar dar animacion, vida y color á la parte narrativa de los sucesos, sin faltar una sola vez á la verdad histórica ó á lo que por tal se nos presenta.

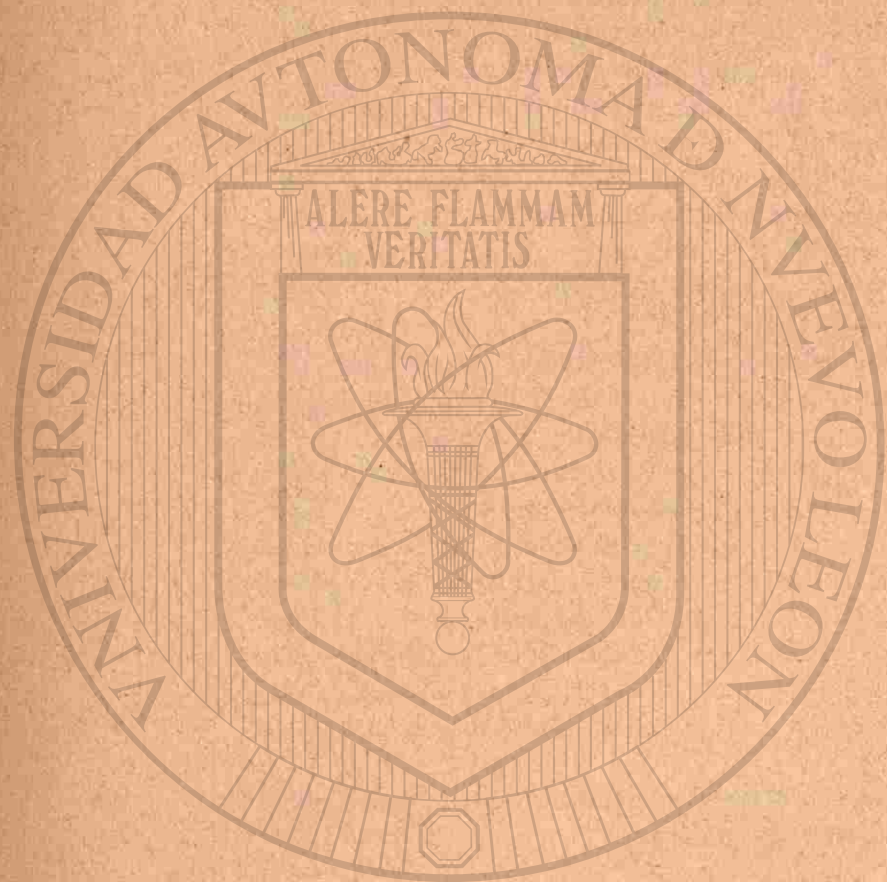
Ignoramos si en el plan del Sr. Bruguera entraba el propósito de publicar íntegro el proceso de los Templarios, que por si solo llevaria dos to-

mos de la obra. Íntegro lo publicaríamos si no se hubieran hecho de él otras ediciones. Conocido como es de los eruditos, únicos á quienes podria interesar aquel inmenso farrago de soporíferas declaraciones en que se repiten cien veces y sin notables variantes las mismas preguntas y las mismas respuestas, no hemos vacilado en sugetarnos á un trabajo difícil, pacientísimo, como es el de comparar interrogatorio con interrogatorio, entresacar lo que de ellos ofrezca interés y constituya un dato para juzgar de la culpabilidad ó inocencia de los procesados, y formar en suma, un copioso extracto que dé al lector una idea clara y completa de lo que fué el célebre proceso, ayudándonos para ello de obras que han visto la luz con posterioridad á la muerte del Sr. Bruguera. Entre los manuscritos de éste se encuentra un proceso parcial de los Templarios con la nota de inédito, lo publicaremos íntegro.

A continuación damos el *Prólogo* y la introduccion de la obra tal como aparecieron al publicarse el primer volumen de ella, pues por el primero se viene en conocimiento cuales fueron los móviles que indujeron al señor Bruguera á emprender su trabajo y cuales los fines que persiguió, y por el segundo el lector se forma idea de con cuanto tiento y mesura y maduro exámen aquel procedia en sus juicios y en la adopcion de los materiales que debian servirle para su libro. Tal vez nuestros lectores echen de menos la *Disertacion sobre el testimonio desfavorable que el cronista Juan Villani rinde á la memoria de Clemente V.*, que inmediata á la Introduccion se publicó en el primer tomo. No quedará perdida para los amantes de los trabajos históricos tan bella pieza de crítica, que trasladaremos á los apéndices de la obra.

He aquí expuesto en sus lineamentos generales nuestro plan. Quiera Dios que salgamos airosos de nuestra tarea.

F. de A. R.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE INVENIO LEON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PRÓLOGO de la primera edición.

Quando de aquellos acontecimientos estruendosos que por su gravedad y magnitud no solamente preocupan y aturden a la generación que los á presencia, si que tambien las futuras edades, fué sin duda el que tuvo lugar en el siglo xiv, el proceso de los Templarios y la subsiguiente abolicion de la Órden.

Este ruidoso acontecimiento, envuelto hasta la hora presente en un misterio casi impenetrable, ha dado lugar á conjeturas, suposiciones y juicios contradictorios, resultando que muchos autores han tomado parte en favor de dichos caballeros, y otros se han declarado en contra de ellos, pero casi todos inconscientemente por falta de datos, por no tener un exacto conocimiento de las causas que produjeron la destruccion de la Órden.

Muchos distinguidos escritores se han ocupado de este suceso importantísimo, que no titubeamos en calificar, por su magnitud, de espantoso; por la rapidez del procedimiento, de aterrador; y por sus consecuencias,

de cruel é inhumano; sin que aquellos hayan logrado aclarar la verdad de los hechos, viéndose la mayor parte reducidos á juzgar por los efectos y resultados de la persecucion que experimentó en todas partes la Orden del Temple; y aunque han trascurrido los siglos, la oscuridad ha continuado envolviéndolo todo en el misterio, sin que descubriera la verdad de tan lamentable suceso. No obstante, creemos ha llegado la hora en que, gracias á una constante, asidua y afanosa investigacion, revolviendo archivos y sacudiendo el polvo de arrinconados manuscritos, se ha conseguido levantar el velo, sino por completo, á lo menos lo bastante, para descubrir la verdad de aquel misterio que por tanto tiempo ha estado oculto á la vista de los hombres.

Nosotros, á fuer de catalanes entusiastas de las glorias de nuestra patria, al visitar algunas comarcas del antiguo Principado hemos tenido un empeño casi febril en trepar por inaccesibles montañas, y subir hasta los puntos más elevados de ellas en donde la Orden del Temple tenia sus castillos y fortalezas; y al contemplar sus ruinas, los restos de sus desmoronados muros, las desiertas y mohosas almenas, caidas las bóvedas de sus capillas y destruidas esas fortalezas, no tan sólo por la mano del hombre, si que tambien por la intemperie y el rigor del tiempo, sentados sobre los derribados sillares, nos hemos preguntado: ¿Es posible creer que los arrogantes y nobles caballeros que algun día habitaron estos castillos levantados para la defensa de la fe, que sus moradores destinados para ser como los atalayas de la religion y combatir contra los hijos del Islam; es posible, repetimos, que fueran apóstatas de la fe cristiana, cometieran tan enormes delitos y nefandos crímenes, y se inficionaran con tan espantosos vicios como se les imputan? ¿Es creible que los que combatieron y lucharon siempre con sin igual intrepidez y con tanto heroísmo en favor de la Tierra Santa y del Santo Sepulcro del Salvador, que fué la cuna y origen de esta Orden, se mancillaran renegando de la cruz, que era su glorioso distintivo? ¿Es ni siquiera verosímil que, aunque hubiera en dicha Orden algunos abusos, relajacion en las costumbres, tibieza en la observancia de la regla primitiva, molicie por la ociosidad, y aun concediendo faltas graves de sus Estatutos y Constituciones, es fácil creer que todos fueran culpables, y por consiguiente dignos de tan severo castigo? Sin embargo, lo cierto es que á consecuencia de acusaciones forjadas por la ambicion y codicia, y arrancadas las confesiones de algunos delitos por la tortura, se logró la extincion perpétua de esta Orden, que tantos días de gloria habia dado á la Iglesia, y sido la madre y estímulo de otras órdenes de caballería, para combatir sin tregua y sin reposo á los enemigos del nombre de Cristo, y perecieron muchos de sus ilustres caballeros en las hogueras y en medio de los más atroces tormentos.

Aquellos sillares caidos por el suelo, aquellas murallas desmoronadas,

aquellos restos de torreones, baluartes y troneras, eran otros tantos testimonios que clamaban execracion contra los autores de semejantes ruinas; y entre el murmullo de la brisa y la pálida luz de la tarde parecia á nuestra imaginacion calenturienta que todas aquellas ruinas clamaban *venganza*, al par que declaraban inocentes á sus antiguos moradores, y que el eco repetia *inocentes* entre el vibrar del huracanado viento, y el siniestro y repugnante canto de aves nocturnas, actuales moradores de aquellos derruidos y abandonados castillos, antiguas viviendas de los guerreros de la fe, de la religion y de la patria.

Y más tarde en uno de esos momentos en que el hombre se encuentra transportado por la fantasia á épocas lejanas, se nos representó que aquellos castillos reaparecian y volvían á su primitivo estado, es decir, fuertes, pertrechados y guarnecidos por los valientes campeones, ostentando y tremolando en su torre de homenaje su temido estandarte, llamado el *Baucan* ó *Balza*; nos pareció oír el relinche de los caballos y el ruido pavoroso de las armas, levantarse el puente levadizo y salir en compacto escuadron, apuestos, elegantes y valientes caballeros, con sus capas blancas á su espalda izquierda, y en el centro de las banderolas de sus lanzas destacarse la cruz roja, insignia y distintivo de la Orden Templaria, y abalanzándose con bravura fuera del castillo ir en busca del fiero musulman al grito mágico de aquel lema sagrado inscrito en su *Baucan* ó *Balza*: «NON NOBIS, DOMINE, NON NOBIS, SED DOMINI TUO DA GLORIAM» (1), al encontrarlos arremeter á los hijos del profeta, y despues de haberlos vencido y derrotado, cargados de despojos, cubiertos de polvo y de heridas, volver á su castillo al son de clarines y trompetas, para recibir del comendador las gracias y plácemes por haber dado á la Orden un día de gloria, añadiendo este á los muchos que tenia ya adquiridos.

Y por una de esas rápidas transacciones, vueltos al estado normal, desvanecidas aquellas ilusiones y evaporada la fantasia, contemplábamos otra vez con tristeza la realidad de torreones destruidos, de sillares esparramados, y nos persuadíamos que aquellos caballeros habian dejado de existir.

En todos estos desmantelados castillos, en todos los restos de sus capillas, se conservan aún esculpidas en sus fachadas y paredes las venerandas cruces que habian sido el signo de la Orden del Temple, bajo cuya tan gloriosa enseña habian batallado con intrepidez y heroísmo los caballeros Templarios. Al contemplarlas nos parecia que aquellas cruces permanecían allí desafiando la inclemencia del tiempo, para ser no sólo un perenne testimonio de la religiosidad y virtud de sus denodados defensores, si que tambien un elocuente recuerdo de la injusticia y perversidad

(1) Salmo 113, versículo 9.

de los hombres en destruir y abolir la sagrada milicia del Temple, que por tantos títulos debia ser conservada, alentada y protegida para la recuperacion de los Santos Lugares. La historia atestigua que, desde la extincion de esta benemérita Orden, la Palestina y por consiguiente el Santo Sepulcro quedaron completamente en manos de los musulmanes, adoradores fanáticos del falso profeta, enemigos irreconciliables del cristianismo.

En el siglo XIV existia otra Orden, tambien militar y religiosa, por desgracia rival de la del Temple, ó sea la de los Hospitalarios, conocida bajo el nombre de San Juan de Jerusalem. Perseguida y extinguida la del Temple, fué enriquecida la de San Juan con parte de los despojos de la primera; y á pesar de todo nada hizo para la reconquista de la Tierra Santa. Ningun beneficio reportó la Palestina de la supremacia de que disfrutó despues la Orden Hospitalaria; solamente consiguió apoderarse de la isla de Rodas, que conservó algun tiempo, es decir, desde 1310 hasta 1523, que fué arrojada de ella por los turcos, retirándose á Malta en 1530 por cesion que hizo á dicha Orden el emperador y rey de España Carlos V, en donde se estacionó hasta que la Inglaterra se apoderó de tan importante isla (1800).

La Orden de San Juan llamada de Jerusalem, de Rodas y de Malta, y en la actualidad sólo de nombre, careció, segun nuestra opinion, de valor bastante para combatir y luchar contra los enemigos de la Cruz, ni se empeñó jamás en recuperar el Santo Sepulcro del Salvador, como lo hubieran intentado los Templarios cumpliendo con el juramento que prestaban al ser admitidos en la Orden; y en tanto es así, que cuando Clemente V envió la orden al Gran Maestre del Temple para presentarse á su corte, se estaba ocupando dicho Gran Maestre en formar una expedicion para invadir otra vez la Palestina.

Sin embargo, habia sonado la hora de la desgracia para la Orden del Temple. Sus implacables enemigos trabajaban asiduamente para perderla; sus tesoros, encomiendas y castillos habian excitado la codicia y ambicion de un monarca ávido de riquezas, opresor y vengativo por naturaleza, y poco escrupuloso en los medios para conseguir sus fines, por infames que fueran, como se verá extensamente en muchos lugares de esta historia.

Felipe el Hermoso, rey de Francia, no contentó con las violencias, crueldades y rapacidad que usó contra los israelitas, autorizando el asesinato de muchos, desterrando y secuestrando los bienes de todos con la más brutal injusticia, intentó y logró la abolicion del Temple, acusándola de crímenes, como lo habia hecho con los judíos, para apoderarse de sus inmensos tesoros, de sus castillos y demás posesiones.

Necesitábase un pretexto; sus áulicos que le rodeaban se lo proporcionaron, la calumnia. Todos los medios eran buenos para este rey de infausta memoria, con tal de conseguir el logro de sus inicuos deseos; el atentado de Anagni contra Bonifacio VIII y actos anteriores y posteriores

dan la medida de este rey iracundo y vengativo. Vergüenza y rubor causa el tener que poner de manifiesto los medios, intrigas, violencias y crueldades de que tuvieron que valerse el rey y sus ministros para lograr la destruccion de la milicia del Temple; las armas de que se valieron fueron la vileza, la infamia y los tormentos.

No podia acusarse á los Templarios de falta de valor, intrepidez y heroismo, porque era cosa reconocida por todos, y porque existian infinitas pruebas de bravura en los combates, y de su constancia y sufrimiento en la ruda guerra que sostenian contra los enemigos del nombre de Cristo, desde la fundacion de la Orden hasta los últimos tiempos de su infortunio.

Tampoco era dable acusarles de falta de obediencia y fidelidad á los reyes y príncipes cristianos, en cuyos estados residian, por cuanto la historia no menciona un solo caso en Europa, en que los reyes ó príncipes hubieran tenido que castigar sus desmanes y rebeldías, á diferencia de los grandes vasallos y señores feudales, contra los cuales los reyes ó príncipes estaban en continuas disensiones y querellas.

No se podia acriminar á la Orden del Temple, ni á sus caballeros en general, de desórdenes, escándalos y malas costumbres, por cuanto no lo hubieran ocultado ni respetado los escritores antiguos y modernos, sin olvidar que hubieran dado ocasion á los sarcasmos y sátiras de su tiempo, y que contra la Orden hubieran cebado su ingenio los *trobadores*, *juglares* y *bufones* de la época, pues sabido es que éstos no perdonaban ni á los altos personajes, ni á los bajos, por abyecta que fuese su condicion social; en una palabra, para dichos trobadores ni los reyes, príncipes y grandes, ni los eclesiásticos ó religiosos se escapaban de sus punzantes sátiras, de sus emponzoñados tiros de su mordaz lenguaje; y sin embargo, respecto á los Templarios nada de esto se halla en las crónicas de aquellos tiempos, y si se ocupan de dichos caballeros, no es por cierto para exponerlos á la vergüenza pública por sus discordias ni por sus relajadas costumbres, sino para hacer resaltar con colores bastante vivos su arrogancia y orgullo, hasta el punto que llegó á ser como un proverbio el decir *orgullo de un Templario*; pero si bien se considera, no debe parecer extraño este orgullo, debido á cierta fiereza militar adquirida en los combates, en sangrientas luchas y en las costumbres guerreras propias de aquella época caballeresca.

¿De qué se pudo, pues, acusar á los Templarios? Se les acusó y acriminó de impiedad, herejía, idolatria y sodomía. ¡Vergüenza y anatema para los perseguidores, y para los que valiéndose de la calumnia concibieron y llevaron á cabo la destruccion de tan ilustre Orden!

Los historiadores, como ya hemos dicho, se hallan divididos en la apreciacion de este ruidoso acontecimiento: para unos la Orden del Temple era inocente, y en su consecuencia su abolicion fué una monstruosa injusticia; y para otros la Orden era culpable, y bajo este concepto digna

de la suprema resolución que contra ella se tomó. Unos y otros se hacen eco de las graves acusaciones, crímenes horrendos, impiedades y desórdenes escandalosos que á la Orden se atribuían, pero ninguno de ellos hace mención de las actas que se formaron, no tan sólo por fray Guillermo de París, inquisidor general, por la Comisión papal, y los Concilios provinciales que para este efecto se convocaron, ni tampoco de cuanto aconteció durante el Concilio ecuménico de Viena, contentándose solamente con señalar las declaraciones de una minoría de Templarios que, merced á la violencia, amenazas, torturas y suplicios, confesaron los delitos de que se les acusaba; pero no se ocupan de las retractaciones, ni de la firmeza del mayor número de caballeros que se negaron á confesar aquellos delitos, á pesar de los tormentos á que se les sujetó, ni de los 900 que se ofrecieron á defender la Orden, ni tampoco explican por qué se faltó tan inicuémente á la Bula de Clemente V, con la cual se citaba á los Templarios para que asistieran por medio de síndicos al Concilio general para la defensa de la Orden, y respondieran á los cargos que contra ella se hacían, y por la cual al presentarse, en vez de admitirlos se les redujo á prisión por orden del mismo Papa.

Tampoco dan la razón y el porqué el Pontífice, que se había reservado la causa y el juicio del Gran Maestre y altos dignatarios de la Orden, no los juzgó, siendo sometidos á una comisión que los entregó á la venganza del rey de Francia, pereciendo en la hoguera el Gran Maestre y el Gran Comendador de Aquitania.

Está fuera de duda que se pretendió por todos los medios posibles cubrir de un gran misterio esta catástrofe, porque convenia ocultar la parte principal que tomaron en ella altos personajes; así que no es de extrañar que hasta el presente no se haya podido saber ni conocer á fondo cuanto pasó en este lamentable y triste acontecimiento.

Su gravedad fué tal, que en el archivo secreto del Vaticano en donde se conservan todos los procesos formados contra los Templarios, se halla una nota que por su importancia la consignamos; está concebida en estos términos.

«Es necesario hablar modestamente de la extinción de la Orden de los Templarios; no obstante no puede ocultarse la falta que pesa sobre el Pontífice, pues consta que tanto él como el Concilio no fundaron su juicio sino en las alegaciones y pruebas en que estaba apoyada.»

Nosotros para vindicar á esta Orden no hemos perdonado ni medios, ni fatigas, ni cuidados, á fin de reunir todos los datos que fueran posibles, no sólo para escribir, aunque someramente, la historia general del Temple con sus grandes Maestros y sus hechos de armas, si que también aclarar el acontecimiento que llenó de espanto á la Europa y á la cristiandad entera.

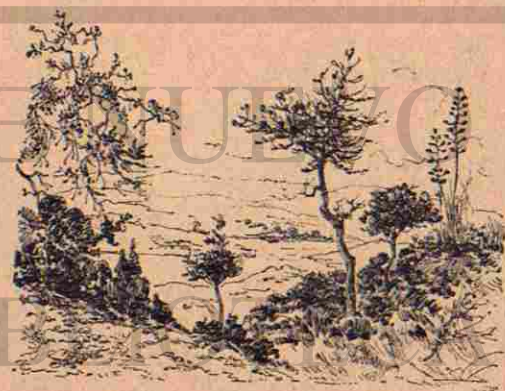
La extinción perpétua de la Orden Templaria fué la gran catástrofe de la Edad media, y el mismo misterio con que se la procuró envolver, la hizo más ruidosa y sorprendente.

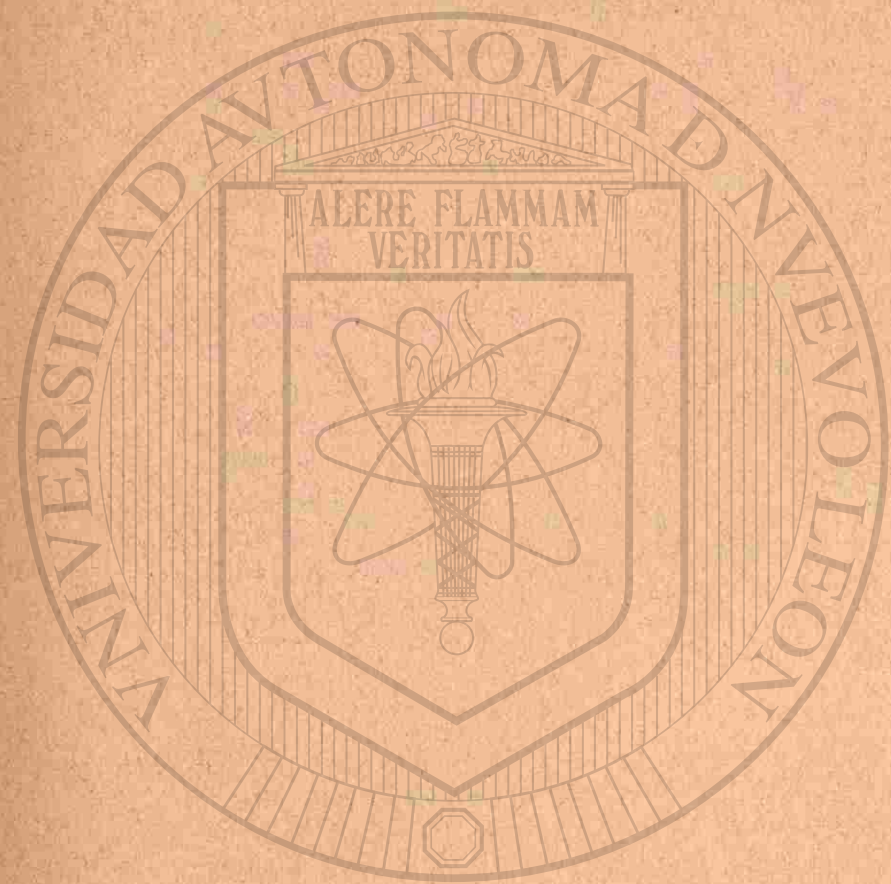
Este mismo misterio nos ha impulsado á hacer investigaciones, á fin de levantar el velo que lo cubría, y descubrir el secreto que lo ocultaba. Los datos y documentos oficiales que hemos adquirido, si no prueban hasta la evidencia la injusticia é ilegalidad de la abolición de la Orden del Temple, probarán á lo menos las tramas, violencias y medios infames que pusieron en juego para presentar á los Templarios como culpables de los crímenes y delitos de que se les acusó.

A pesar de que nos ocupamos de la Orden en general, sin embargo, como un justo homenaje á los Templarios catalanes y aragoneses, les dedicaremos un libro aparte (1).

Los Concilios metropolitanos de Tarragona y Valencia reconocieron la inocencia, pureza de costumbres y religiosidad de los Templarios de dichos reinos, y estos ilustres caballeros no se arredraron ante las amenazas de D. Jaime II de Aragon, ni se desmintió su bravura cuando mandó sitiárlas en sus castillos; y si bien al fin se rindieron Monzon, Chalamera y Miravete, últimos fuertes en los cuales tremoló el invicto *Baucan ó Balza*, no lo verificaron sino despues de obtener una capitulación y pactos honorosos para sus defensores, y de haber dejado cubierto el honor de la Orden tan vilmente mancillado.

(1) Como queda dicho, este libro no está entre los manuscritos del Sr. Bruguera.—R.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



Introducción

La historia que ofrecemos al público es la de una Orden religiosa y militar que la caridad engendró, cuya utilidad desde su aparición fué reconocida, y cuyos eminentes servicios la hicieron crecer maravillosamente; de una Orden célebre desde sus primeros años por sus grandes hazañas, poderosa después por sus riquezas, celebrada y distinguida en su apogeo, oprimida al fin por la calumnia y anonadada para siempre por la autoridad de dos poderes mancomunados para su destrucción.

La historia de la Orden del Temple es digna de conocerse: su origen santo, sus grandes Maestros, sus hombres ilustres, sus empresas, la parte importantísima que tomó en los acontecimientos de los siglos XII y XIII, merecen por cierto ser mucho más conocidos que los anales de cualquier otra orden militar.

No hay pueblo en Asia ni en Europa, en donde el nombre y los hechos de armas de los Templarios no sean conocidos. No hay historiador

contemporáneo el cual, durante la existencia de dicha Orden, no haya hablado de ella; unos alabándola, otros censurándola segun sus prevenciones, no faltando algunos que con sus insulsos elogios más la han desfigurado que embellecido.

Después de la abolición de dicha Orden, muchos historiadores se han creído en el derecho de afearla hasta el punto de hacer desaparecer el original, por manera que algunos de ellos han un lenguaje tan poco mesurado y tan destituido de crítica y verosimilitud, que parece que dicha Orden de los Templarios no ha figurado en el teatro del mundo, durante 185 años, sino para servir de escollo perpetuo á la historia.

Si los historiadores modernos, que presumen de más exactitud, no hubiesen confundido á los caballeros Templarios ora con los Hospitalarios y Teutónicos, ora con los Porta-espadas y de San Lázaro, si se hubiesen contentado con asegurar que san Bernardo fué su primer gran Maestre, y que dichos Templarios tomaron su origen de los Hospitalarios; podrían pasarse por alto estas equivocaciones como de poca importancia, y considerarse como exageraciones excesivas; pero lo que no admite disculpa, es el formular imputaciones falsas, como por ejemplo, que los Templarios fueron los más perversos de todos los orientales (1), que se batieron con frecuencia tanto con los Hospitalarios como con los Mahometanos (2), que se entregaron totalmente á los placeres de la mesa, de la caza y de la galantería (3), que muchos de ellos abjuraron la religion cristiana para abrazar el Alcoran (4), que todas las historias están llenas de las traiciones que hicieron á los príncipes cristianos de acuerdo con los infieles, y de los latrocinios que perpetraron contra los pueblos que debían proteger por su instituto (5); el acusarles de inteligencias con Saladino contra los francos, de haber sido la causa de la cautividad de San Luis, de haber entregado la Palestina á los enemigos del nombre cristiano en 1291, y de estar ligados con los sarracenos para impedir que la Palestina volviera en poder de los de Occidente (6).

Además de todo esto, imaginar y hacer constar en sus historias, sin pruebas ni fundamento alguno, que los Templarios por espacio de más de un siglo estaban entregados á una corrupcion general, que ellos fueron los autores de todas las pérdidas y desgracias que experimentaron los cristianos en Oriente, siendo todo esto comprobado por una infinidad de tes-

(1) P. Daniel, Hist. de Francia.

(2) Voltaire, Anales del Imperio.

(3) David Hume, Hist. de Inglaterra, 1327.

(4) Hermant, Hist. de los Concilios, tom. 3, pág. 336.

(5) L' Abbé Vely, Hist. de Francia.

(6) Crónica de San Dionisio.

tigos (1), y fingir que un tal Roger, pretendido Gran Maestre del Temple, después de haber sido arrojado de Siria, devastó Atenas, la Tracia y el Hellesponto (2); en fin, que las piezas del proceso que se formó contra los Templarios eran supuestas (3)... el historiar de esta manera, es hacer cundir el error, es prevenir á los lectores, es jugar con la credulidad de los hombres, y es evidenciar hasta dónde puede llegar la impudencia de la mentira. No negaremos que los Templarios, á pesar de su carácter religioso, pudieran cometer faltas, y aun gravísimas, atendida la flaqueza humana; pues para que una sociedad estuviera exenta de defectos, seria necesario, como se ha dicho muchas veces, que se compusiera de hombres no sujetos á la humanidad.

Pero ¿cómo es posible mirar indiferentemente el cuadro que de la Orden Templaria se ha querido pintar con colores tan espantosos, con retratos tan infamantes, sin sonrojarse de traspasar los límites de lo verdadero y verosímil?

Hablando del origen de la Orden, han dicho con seriedad y tono magistral: «Los Templarios, así llamados porque frecuentaban á menudo las iglesias, eran herejes, y su secta se formó hacia el año 1030 en Jerusalem, después de la muerte de Felipe Augusto (4); ellos tenían por simulacro una estatua de mano maestra, que habían cubierto de piel humana, y que en lugar de ojos tenia dos carbunclos de un resplandor maravilloso, y prelaban culto de adoracion á dicho ídolo; y con las cenizas de los cuerpos que ellos sacrificaban, componian una bebida que tenia la virtud de convertir á los que la usaban en los más firmes en el error; que los hijos tenidos de un Templario y de una doncella estaban destinados á ser asados, y que la grasa de dichas criaturas servia para ungir el simulacro, siendo este el culto religioso más principal que se le podia tributar (5).

¿Quién al leer esto puede convencerse de la verdad de semejantes relaciones? El solo exponerlas es demostrar su vicio y absurdo, no siendo en último resultado tantos groseros errores más que calumniosas acusaciones contra una Orden respetable, víctima de una persecucion injusta. Pero nuestra mayor sorpresa es el hallar esos cuadros monstruosos en aquellos historiadores que fueron los primeros en consignar los hechos ó crímenes

(1) Dupuy, Cond. de los Templarios.

* Gaufredo, Hist. de Provenza, lib. 5, pág. 195.... Id. P. Daniel.

(2) Juan Herold, Hist. cont. de Tyrif, lib. 5, cap. 13.

(3) Hist. de Derecho público eclesiástico francés, tom. 2, pág. 46.

(4) Doble anacronismo, pues se hace á los Templarios mas antiguos de 88 años antes de instituirse la Orden, que fué en 1118, y ser aprobada en 1128; y en cuanto á Felipe Augusto se pone su muerte 51 años antes de su nacimiento.

(5) Hosman, Lexicon littera T.

* Idem, Crinitus de honest. discipl. lib. 24, cap. 13.

antecedentes; nos referimos á Dupuy y á Gurtler, escritores por demás crédulos y maliciosos, el uno por prevencion contra la Iglesia romana, y el otro por prurito de defender una mala causa.

Dice el protestante Gurtler: «No solamente considero probable, sino que creo como cierto, que la Orden del Temple en general, despues de su engrandecimiento, se abandonó al lujo, á la intemperancia, á la embriaguez, á la lascivia y á todos los excesos que son las consecuencias ordinarias de las riquezas.»

Y la prueba que da es muy singular.

«Y es que entonces no habia ni monjes, ni clérigos, ni canónigos, ni obispos, ni cardenales, ni papas que no se hallasen en el mismo caso, y cuando los Templarios hubiesen tenido la voluntad de vivir de otra manera y en continencia, no lo hubieran logrado sin un milagro (1).»

En estas pinceladas se conoce al pintor, es decir, á un protestante interesado en desfigurar los hechos, exagerando los desórdenes de los siglos XII y XIII, echando un borron sobre todas las corporaciones eclesiásticas, incluyendo tambien la Orden del Temple.

La historia de Gurtler fué impresa por primera vez en Amsterdam 1691, y la segunda en 1703, reimpressa despues á continuacion de la historia de la condenacion de los Templarios en 1712. Su tratado está lleno de digresiones sobre la institucion de los canónigos regulares, sobre los votos monásticos, sobre las Visperas Sicilianas, y muchas otras materias que no tienen ninguna relacion con el objeto principal. A pesar de sus prevenciones contra los Templarios, Gurtler no pudo persuadirse de que todos fuesen culpables, ni tampoco convencerse de que los dos poderes que conspiraron á su ruina fuesen impulsados por ningun motivo de interés ni por venganza (2).

En cuanto á Pedro Dupuy, bibliotecario del rey de Francia, muerto en París 1651, conocido por su celo en favor de la honra é intereses de los soberanos de Francia, si bien es verdad que fué uno de esos hombres raros á quien el público le será deudor por los servicios prestados á la historia, pero no seguramente por haber tomado la defensa de Felipe el Hermoso contra aquellos que vituperan la conducta de dicho monarca respecto de los Templarios. Esta empresa del bibliotecario se puede comparar con el afan de un abogado que nada perdona para que salga airoso su defendido; así es que no tuvo reparo en escribir todos los absurdos que se habian dicho contra la Orden del Temple despues de su difamacion; algunos han dudado de que fuera el autor de este ensayo, por cuanto no se

(1) Nicol. Gurtler, Hist. de los Templ., párrafo Mihl, 131 y 297.

(2) Diario de los Eruditos, año 193, pág. 227.

publicó hasta cuatro años despues de su muerte, y considerándolo como un bosquejo informe, él mismo lo habia condenado al olvido del cual no debia salir jamás, y que sus parientes habrian obrado mejor dejando semejante produccion manuscrita en la oscuridad de un archivo, que dándola á luz y exponiéndola al público.

Se conocen 4 ediciones: la 1.^a en 4.^o, de 1654, que fué traducida en aleman en 1664; la 2.^a en 8.^o, París, 1685; la 3.^a en Bruselas, 1713; la 4.^a en 4.^o, Bruselas, 1751, por M. Godofredo, custodio de los Archivos de la Cámara de cuentas de Lille, el cual siguiendo á Dupuy no teme asegurar que su edicion contribuirá mucho más que las precedentes para justificar á los que se pronunciaron contra los Templarios; y en efecto nada hay más terrible contra la Orden que lo que se halla en el procedimiento dado por Dupuy.

Ya en el preámbulo M. Godofredo se convierte en juguete de su imaginacion, asegurando que la caida de los Caballeros siguió de cerca á su elevacion, que emplearon para usos profanos los bienes que los fieles habian dado á la Orden consagrándolos á la piedad, que se creyó necesario abolirlos, porque eran odiados de todo el mundo, arrojando al azar una multitud de aserciones tan sólo imaginadas por el editor, y contradiciéndose en muchos artículos. Despues de asegurar en su prólogo que nadie tomó la defensa de los Caballeros, cita en su relacion muchas piezas que prueban lo contrario (1). Despues de decir que en Inglaterra y Alemania fueron perseguidos de la misma manera que en Francia (2), y en otro lugar que en Alemania no se les trató con tanto rigor (3); que en Baviera y Austria no se pensó en molestar á los pocos Caballeros que allí existian (4); que en Inglaterra no hubo el mismo parecer respecto de los crímenes de la Orden (5); en la página 50 dice que Monzon, que él llama en latin *Mons-gaudii*, fué dada á los Templarios aragoneses en 1143; y en la pág. 111 hace decir á Fongelino que Monzon era la casa principal de una antigua Caballeria distinta de las otras órdenes militares y reunida con el tiempo á la de Calatrava; en la pág. 59 hace decir á Villani que en el Concilio de Viena asistieron 114 obispos, y en la pág. 431 que hubo 300. Además de estas equivocaciones Godofredo ha desfigurado los nombres de las familias (6), confundido los nombres de las ciudades (7), y cita hechos sin

(1) Smolet. Hist. de Inglaterra, t. 3, p. 150 y 151, ha caído en la misma contradiccion.

(2) Prólogo, pag. 3.

(3) Pag. 66.

(4) Idem.

(5) Pag. 307-52.

(6) Torroge por Tourroque, Credon por Craon, Montbarré por Monbard, Montedon por Monredon de Barris por Barres, etc.

(7) Montgausi por Monzon, Accone por Acre, Nápoles por Naupluse, Coberin por Cobern, etc.

apoyarlos en prueba alguna, por ejemplo, que el patriarca Foulquer, emprendió el viaje para Roma contra los Templarios, que el Gran Maestre Jacobo de Molay fué elegido por intrigas, que Marshal conde de Pembrock fué Templario, etc. Con todo esto Godofredo pretendió que su edicion era superior á las precedentes, y para convencer al público dice así:

1.º «La obra está dividida en capítulos» ¡Peregrina idea! el texto de Dupuy no contiene más que unas 191 páginas, por lo tanto muy indiferente es al público que una obra se halle distribuida por capítulos ó bajo otra forma: si hubiera sido verdad que con tal distribucion se hallasen los hechos y las pruebas con mayor evidencia, seguramente que los historiadores Fleury, Orleans, Chosi y otros no hubieran dejado de seguirle.

2.º «Se ha suprimido todo lo que era ajeno á la historia de los Templarios, como el cisma de Aviñon y los procesos del Duque de Alenzon, Condestable de Borbon, y de sus cómplices.» No obstante de estas supresiones, nada de nuevo dice, ni ha descubierto cosa alguna respecto de la disciplina regular y militar de dicha Orden, ni sobre su gobierno, ni sobre el bien ó mal que se ha dicho. Lejos de esto, Godofredo se entretiene en largos pasajes, extractos de historias las más comunes, como las de Fleury, Nangis, Baluzio, que bastaba indicar como las fuentes en que se habia apoyado, y que es libre al lector recurrir á ellas para comprobarlas. El primero de estos extractos está sacado de la Historia de las órdenes religiosas, en 19 columnas, en donde no se halla sino una enojosa repetición de lo que cita Dupuy, con algunos hechos contrarios á este historiador y á las pruebas de su editor.

3.º «Publicando el texto de Dupuy, era preciso hacer algunas observaciones en ciertos parajes, las cuales se dan en forma de notas.» Pero lo curioso es que la mayor parte de estas notas son inútiles y defectuosas. ¿Qué importa á la historia de los Templarios y á la justificación de Felipe el Hermoso, que haya habido dos que se llamasen Berenguer de Fredol, que un obispo de Palestrina se llamase Taillafer, que Nostradamus sea autor de la historia de Provenza, que Chinon sea una hermosa ciudad de Turena, que tales y cuales obispos sean de un país ó fallecidos en tal año? Por otra parte, ¿en dónde Godofredo ha hallado que Roncelino haya sido jamás Gran Maestre? ¿que Tomás de Montagut y Tomás Berault fuesen una misma persona? ¿que Hugo de Paganis fuese hijo del reino de Nápoles, cuando en otra parte dice que era de las cercanías de Troyes en Champaña? ¿que Amauri fué nombrado gobernador de Chipre por el rey Enrique su hermano? Sería preciso tener más paciencia de la que tenemos para examinar todas las notas de Godofredo y verificar sus citas, que queremos suponer más exactas que la que se halla en la página 72 que dice: «Se podría añadir aquí el juicio de los sabios autores de las actas de Leipsick, el cual está del todo conforme al de Dupuy; su testimonio se halla en las

actas de febrero de 1700, página 57, en donde está compilado todo lo que los historiadores han alegado en pro y contra la condenacion de los Templarios.» De tal manera es inexacto lo precedente que cita el autor, que no hay una sola palabra en dichas actas que dé á entender ni pensar de una manera conforme al juicio de Dupuy, y aún se encuentra menos lo que los historiadores han alegado en favor ó contra los Templarios. Los periodistas exponen simplemente el contenido de una disertacion de Dupuy sobre esta materia, ó que explica este crítico, no el sentimiento de otro, sino únicamente el suyo.

4.º «Se inserta la regla que se dió á los Templarios por san Bernardo en el concilio de Troyes» Algunos han dudado que san Bernardo hubiese compuesto dicha regla para los Templarios» no obstante y á pesar de las muchas controversias, no cabe la menor duda de que dicho Santo la compuso, como se verá en su lugar; pero nos admira que Godofredo no explique lo que significa y quiere decir la regla con las palabras *greunones, oblatio, carpeta, etc.*, lo que lee en el capítulo 29: «*De rostris et laqueis manifestum est esse gentile et cum abominabile hoc agnoscat, prohibemus;*» lo mismo que el 44: «*Nullus frater facere præsumat manducari linea vel lanea, idcirco prius principaliter facta, nec habeat ulla excepto cosinello, alias profinello.*» Ducange explicó estos términos oscuros.

5.º «Se ha juzgado oportuno añadir muchas piezas que algun día podrán servir á quien querrá hacer una historia muy detallada del Concilio de Viena.» Si es positivo que las actas de dicho Concilio desaparecieron por el fuego, ¿quién tendrá la temeridad de emprender una historia más exacta que la de Fleury? Godofredo podia dispensarse de copiarla en veinte columnas, pues sin esto ya sabria en donde hallarlo. Todas las piezas que añade á este extracto no contienen nada nuevo, por cuanto todas ellas se hallan repetidas en las colecciones de los Concilios, en Dupuy, Bularios, Rimer y en otras partes.

Si dicho Godofredo hubiera querido escribir la historia particular del Concilio de Viena, seguramente no habria acudido á otras fuentes, por lo que todo su empeño fué presuncion, y es inútil insertar dichas piezas que tienen menos relacion al Concilio de Viena que á las Órdenes militares del Temple, Hospital, de Cristo y de Montesa.

6.º «Se añaden más de 200 piezas justificativas en esta edicion que faltan en las otras, y que nos han servido abundantemente para alcanzar nuestro objeto.» Godofredo tendria razon si su objeto era hacer su obra voluminosa, pero si era, como lo declara, el mismo que el de Dupuy, justificar á Felipe el Hermoso contra los manes de una Orden oprimida, nosotros no titubeamos en asegurar que la mitad de dichas piezas pueden servir á los apologistas de Felipe el Hermoso. Además deben separarse las que son en alabanza de los Caballeros, que hablan de sus principios, de

sus empresas, de las donaciones que se les hicieron, de los privilegios á ellos concedidos; es necesario exceptuar las que sirvieron para la convocacion del Concilio de Viena, lo relativo á la memoria de Bonifacio VIII, la usurpacion de los bienes del Temple por diferentes particulares, en fin, las que pertenecen á su justificacion, las actas de los Concilios en los cuales se les absolvió, los convenios hechos entre los Hospitalarios y los oficiales del Rey respecto á los bienes de los acusados. Las demás piezas insertadas como desfavorables á los Templarios encierran tantos absurdos, que se podría decir de esta coleccion de Godofredo, lo que Tomasio dijo de la de Dupuy; «Quitad el prólogo y el epílogo; todo lo demás parece que ha sido compilado menos para la condenacion que para la justificacion de los Templarios.»

7.º «Insertamos tambien la série de los Grandes Maestres de la Orden que hemos sacado del Glosario de Ducange, y esta es una de las ventajas sobre las demás ediciones.» Débil ventaja la que se proporciona con dicha serie, pues en ella se hallan nuevas faltas añadidas á las antiguas. La serie dada por Ducange no es del todo exacta, y la de Godofredo lo es menos aún. Ya hemos visto como confunde en sus notas Berart con Montasgü, en otra parte confunde Bersey con Duplesis, Herman de Peiragrós con Armand de Perigord, Guillermo de Chartres con Guillermo de Monredon.

Ignoramos sobre qué fundamento se apoya para hacer Gran Maestre á un tal Hugo en 1151, así como á Andrés de Montbard y á Guillermo de Monredon. Godofredo ha sido el inventor de hacer Gran Maestre á Amauri de Rup ó de la Roche. Sólo se halla que tenga visos de verdad el que Amauri era un Maestre particular ó preceptor de Francia en 1267.

Tales son las ventajas de la nueva edicion de Dupuy por Godofredo. Despues de haberlas anunciado al público á la cabeza de su coleccion, espera que todos se convencerán:

1.º Que lo obrado con los Templarios ha sido muy regular y equitativo.

2.º Que los dichos Caballeros eran verdaderamente culpables de los espantosos excesos é impiedades de que se les acusaba.

3.º Que estos excesos eran no solamente crímenes cometidos por la flaqueza de los particulares, sino adoptados por la corporacion y, como quien dice, jurados de profesion; en fin que era llegado el tiempo de arrancar esta cizaña del campo del Señor.

Lástima que Godofredo no pusiera los sumarios franceses á la cabeza de las piezas latinas de su coleccion: todo se presenta abigarrado y en mezclanza ridicula, tanto en el texto como en sus notas. En la página 404 pone por título á una docena de piezas: «Serie de las actas del Concilio de Londres, que contienen la confesion de casi todos los Templarios in-

gleses, de los crímenes de que fueron convencidos.» Nosotros probaremos en su lugar, cuán poco verdadero es este aserto; y el que consulte las actas de dicho Concilio hallará lo contrario del anuncio, pues de 60 caballeros que consintieron se les levantaran las censuras, como si estuvieran ligados á ellas, no hubo más que tres, que, considerados como fugitivos y más atormentados que los otros, al fin confesaron algunos de los cargos de que se les acusaba; los demás rehusaron de tal manera reconocerse culpables y convictos, que muchos prelados, no encontrando una formula absoluta de reconciliacion para pronunciar sobre ellos, deliberaron darla condicionalmente. En su consecuencia se dió la absolucion en estos términos: «En caso que vos hayais incurrido en algunas excomuniones, con autoridad del Concilio, Nos os absolvemos por cautela.» Esto solo, si no hubiera otras pruebas, demuestra que los caballeros ingleses no fueron absolutamente convictos de apostasia ni de herejía, ni de otros delitos con los cuales se les infamó.

El autor de quien nos ocupamos, lejos de seguir su designio dando una edicion corregida de la historia de Dupuy, ha continuado todo lo que ella encierra de defectuoso. La obra del Bibliotecario no podía ser corregida, sino suprimiendo todo lo que contiene de extracto de Roberto Gaquin del pasaje de Ultramar, de Guillermo Saradin y de un mal continuador de Guillermo de Tiro, llamado Juan Herold, médico de Ochstal. Lejos de desaprobarnos, á ejemplo del P. Alejandro, estos ataques absurdos y repugnantes, Godofredo los reproduce, para ponerlos al lado de la historia de Malta y hacerlos servir de suplemento, como si la historia de una orden suprimida en 1312 pudiese suplementar á una caballería que aún subsiste con honor.

Las fuentes donde hemos acudido para la formacion de la presente historia son los escritores comprendidos en la *Gesta Dei per francos*. Sobre todo hemos consultado á Jacobo de Vitry, Martin Sanut y Guillermo de Tiro. Este último nos ha parecido en general hablar de las cosas y personas de su tiempo con más prevencion que exactitud, y no nos hemos fundado mucho en él; uno de sus continuadores, Hugo Playon, es más exacto, publicado por los PP. Martenne y Duran, y preferible en todo á Juan Herold aleman, cuya obra está llena de faltas. Hemos consultado asimismo las colecciones de Muratori, Balucio, Dupuy, Rimer y Grevius, los Concilios de Inglaterra y de España, los historiadores alemanes, españoles, húngaros, orientales é ingleses, sobre todo á Roger de Hoveden y Mateo de París, este último reputado por muy crédulo y tambien muy mordaz para que se le pudiera seguir en todo; la Historia de los Hunos por Guignes y la Historia universal por una sociedad de Sabios ingleses; pero principalmente hemos seguido en la mayor parte al abate Vertot, autor de la

Historia de Malta, que, aunque adoptó las faltas de Bosio por Pantaleon, es la más aproximada á la verdad.

En cuanto á esa multitud de escritores que han hablado de la condenacion de los Templarios siguiendo á Dupuy, confesamos haberlos leído con mucha desconfianza, como que nos han parecido demasiado prevenidos contra los desgraciados Templarios; por ejemplo, en su Historia de Jerusalem, que se encuentra plagada de faltas, Paulo Emilio, contemporáneo de Guillermo de Tiro, al cual se le hace decir cosas que no podía saber, por cuanto habia muerto muchos años antes de que aquellas sucediesen; se insertan y adoptan fábulas injuriosas á toda la Orden del Temple, atribuyéndose incesantemente la cualidad de Gran Maestre á los jefes de los tres órdenes, pretendiendo que los Templarios y Teutónicos no los tuvieron jamás, y en fin que esto no se verificó hasta 1437, dándose este título los jefes de los Hospitalarios, lo que es absolutamente falso y contrario á lo que leemos en Jacobo de Vitry (1), en una acta de la asamblea tenida en Beziere 1271 (2), en Roger de Hoveden, en donde un llamado Ridefort es calificado *Summus Magister Templi*, y Gelberto Assalit *Summus Magister Hospitalis*; veremos un Maestre del Temple llamado Fr. Terric ó Thierry tomar el título de *Summus Pceptor* (3).

Si bien es verdad que los tres primeros jefes de los Teutónicos se contentaron con el título de Maestre, no es menos cierto que el 4.º, Herman, de Saltze, en 1236 ya tomó el de Maestre general desde el momento que hubieron sujetado la Prusia y la Livonia (4).

Si en esta historia llamamos la atención sobre los hechos, los combates y los sitios de que con frecuencia hablan los historiadores de las Cruzadas, es para suplir la negligencia de unos que no han manifestado siempre con fidelidad la parte que tomaron los Templarios en dichas expediciones, y para rechazar la imprudencia de otros que, fundados ó en falsos rumores ó guiados más por prevención que por amor á la verdad, han desfigurado casi siempre los hechos en disfavor de los Templarios.

Los escritores de Historia general, la mayor parte de ellos han caído en esta falta, por cuanto al hablar de los Templarios parece que preparan el espíritu para que no se sorprenda de la conducta que se observó con ellos en 1307.

Parece increíble que personas de talento, ilustradas y respetables abracen ideas falsas, inverosímiles y absurdas, como el abate Fleury y el Pa-

(1) Hist. Jerosolimitana cap. 63.

(2) Hist. general del Languedoch, tom. 3, pag. 10. *Reportent bonas litteras testimoniales cum sigillis Majoris Magistri Templi, et Majoris Magistri Hospitalis, etc.*

(3) Rob. Hoveden, pag. 660 y 662.

(4) De Scriptor. Polonie et Prusie virtutibus et vitiis, Cathalogus et judicium, pag. 238 et 239. Vide Henneberg in Hermannó et Hartknoch novae et veter. Prusie, part. 2, cap. 8, parraf. 3.

dre Daniel. El amor de Pigmaleon por una estatua, los excesos de Hilas y de Hécube, las extravagancias de Heliogábalo para Aurelio Victor, Lampridio y Esparciano, la barbarie de aquella reina que asistió á la muerte de aquellos que le habian dado el sér, bebiendo con el asesino en el cráneo de su padre, algunos otros hechos de esta naturaleza, personales, exagerados ó fabulosos, son ejemplos con los cuales se ha pretendido probar la semejanza de los crímenes con los cuales se acusó á toda la milicia del Temple; nos parece inútil contestar seriamente á tales objeciones.

Respecto á lo que se dice de costumbres raras y extravagantes de ciertos pueblos, nosotros preguntamos, ¿si lo qué es posible y comun á hordas nómadas y salvajes, sin jefes y sin ley, puede asemejarse á una corporacion religiosa, culta y sujeta á reglas?

Estrabon cuenta que los persas casaban los hijos con sus madres; ¿pero quién sale garante de esto? por haberlo oido decir, y por rumores vagos.

Sexto Empírico pretende que esos mismos pueblos estaban entregados á la sodomia, y era costumbre general: con todo se halla expresamente prohibido en el libro de Zend, que dice textualmente que no hay pecado mayor.

Todo lo que cuenta Herodoto en su segundo libro, de las infamias que se cometian públicamente en medio de los templos de muchas naciones, no se puede conciliar con las costumbres ordinarias de ningun pueblo: lo que no está en la naturaleza, no es posible ser verdad, por cuya razon se sospecha fundadamente haber sido alterado en este lugar el texto de dicho historiador.

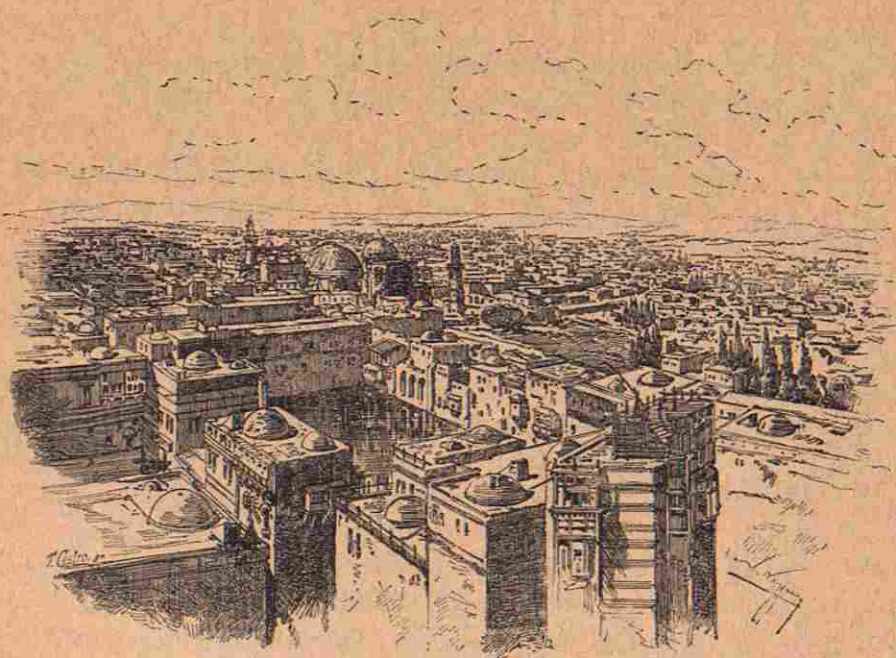
Pero hé aquí un caso análogo, para hacer creer la posibilidad y hasta la certeza de los crímenes atribuidos á los Templarios; es un pasaje de la Historia secreta de Inglaterra. Enrique VIII, queriendo suprimir los monasterios del reino, «no por celo de la religion, dice un protestante, sino para apoderarse de sus rentas y tesoros,» nombró por director de esta operacion al que era su inspirador, el malvado Tomás Cromwel; ideado el plan, se publicó con todo el cinismo y con la impudencia más brutal. «Que todos los conventos ingleses no eran más que semilleros de malvados, lupanares y celdas sodomíticas; que infinito era el número de cráneos de niños que se habian hallado en la mayor parte de los conventos de religiosas, siendo una prueba incontestable de la vida desordenada que tenian.»

¡Un número infinito de cráneos de niños hallados en los claustros de las vestales cristianas! ¡Santos cielos! ¡qué horrible exceso de impostura! ¡cuantos absurdos con solo un rasgo de pluma!

Se imaginan tal vez hacerlo creer, como los cuentos de hadas se hacen creer á la inocente niñez.

Lo que prueba este pasaje, es la avaricia del rey adúltera y lujurioso,

Enrique VIII, y el encarnizamiento de sus aulicos contra las corporaciones seculares. En nuestros tiempos se ha seguido el mismo plan para la destruccion de las órdenes religiosas, para apoderarse de sus bienes raíces y riquezas artísticas, acusando y calumniando á los religiosos de un modo infernal y satánico; hay calumnias tan exageradas y tan destituidas de apariéncia, que por sí mismas se convierten en favor de aquellos contra quienes van dirigidas, por cuanto descubren de tal manera la pasion de los acusadores, que las hacen inverosímiles, y por lo tanto indignas de toda creencia. Asi se procedió contra la Orden del Temple, acusándola y calumniándola de crímenes y delitos que parecian imposibles.



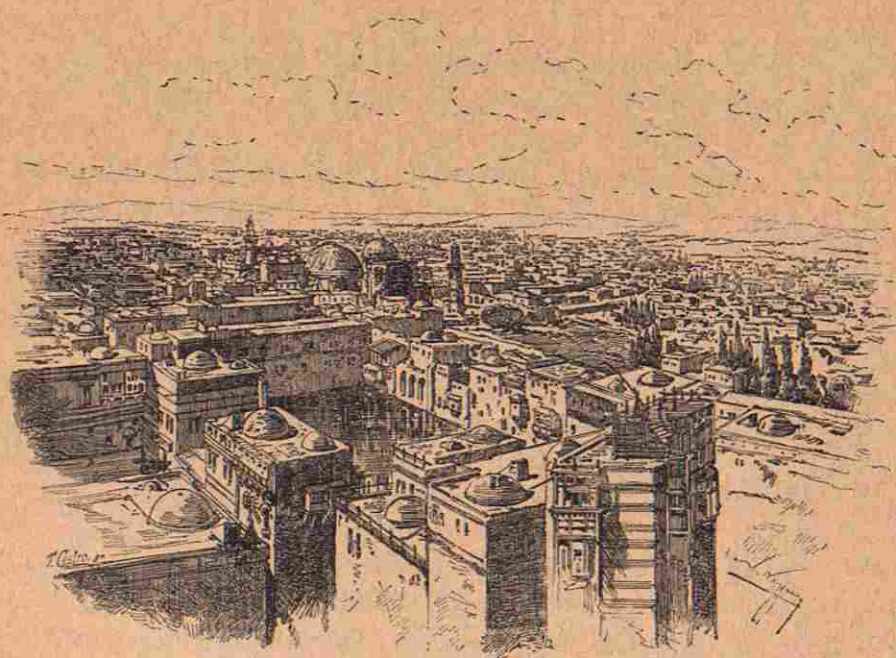
SÉRIE DE LOS GRANDES MAESTRES
DE LA ÓRDEN DEL TEMPLE.

1.º G. M... FR. HUGO DE PAGANIS, PAHENS ó PAYENS. Este caballero era natural de Troyes, descendiente de la casa de los condes de Champaña; con la primera cruzada pasó á Palestina, en donde concibió el plan de formar una Orden religiosa y militar consagrada á la defensa de la Tierra Santa; que tuvo principio en 1118; en el año 1127 partió para Europa á fin de obtener de la Santa Sede la aprobacion de su instituto, y fué enviado al Concilio de Troyes, que tuvo lugar el 13 enero 1128, el cual aprobó el instituto, señalando el hábito blanco que debia usar la Orden y la regla que debia seguir.

Fr. Hugo hizo despues muchos viajes por Inglaterra, España é Italia, recogiendo abundantes limosnas para la Palestina, y tambien prosélitos para su instituto. Despues de haber recorrido la Europa, se embarcó para la Palestina,



Enrique VIII, y el encarnizamiento de sus aulicos contra las corporaciones seculares. En nuestros tiempos se ha seguido el mismo plan para la destruccion de las órdenes religiosas, para apoderarse de sus bienes raíces y riquezas artisticas, acusando y calumniando á los religiosos de un modo infernal y satánico; hay calumnias tan exageradas y tan destituidas de apariéncia, que por sí mismas se convierten en favor de aquellos contra quienes van dirigidas, por cuanto descubren de tal manera la pasion de los acusadores, que las hacen inverosímiles, y por lo tanto indignas de toda creencia. Asi se procedió contra la Orden del Temple, acusándola y calumniándola de crímenes y delitos que parecian imposibles.



SÉRIE DE LOS GRANDES MAESTRES
DE LA ÓRDEN DEL TEMPLE.

1.º G. M... FR. HUGO DE PAGANIS, PAHENS ó PAYENS. Este caballero era natural de Troyes, descendiente de la casa de los condes de Champaña; con la primera cruzada pasó á Palestina, en donde concibió el plan de formar una Orden religiosa y militar consagrada á la defensa de la Tierra Santa; que tuvo principio en 1118; en el año 1127 partió para Europa á fin de obtener de la Santa Sede la aprobacion de su instituto, y fué enviado al Concilio de Troyes, que tuvo lugar el 13 enero 1128, el cual aprobó el instituto, señalando el hábito blanco que debia usar la Orden y la regla que debia seguir.

Fr. Hugo hizo despues muchos viajes por Inglaterra, España é Italia, recogiendo abundantes limosnas para la Palestina, y tambien prosélitos para su instituto. Despues de haber recorrido la Europa, se embarcó para la Palestina,



en donde organizó la Orden de tal manera, que desde un principio ya pudo conjeturarse lo que había de ser en lo sucesivo, es decir, de gran provecho y utilidad para la iglesia y Santos Lugares de la Palestina. En 1136 murió Fray Hugo de Paganis, lleno de merecimientos y llorado de sus caballeros y de todos los cristianos. Fr. Hugo había sido casado y tenía un hijo llamado Teobaldo, que fué abad de Santa Coloma de Sens y murió en 1147, yendo en compañía del rey Luis el *Jóven* a la Tierra Santa.

- 2.º G. M... FR. ROBERTO DE CRAON, llamado el *Borgoñon*, señor de Craon y de Ennagen de Vitré, hijo de Rainaldo I, conde de Nevers, marido de Avoise, señora de Sablé.

Por su valor y piedad fué elevado a la primera dignidad de la Orden, gobernándola hasta 1146.

- 3.º G. M... FR. EVERARDO DE BARRES, natural de Francia, desempeñó en la Orden el cargo de preceptor y Maestre provincial, y en 1147 fué elegido Gran Maestre; en el mismo año pasó a Constantinopla para tener una entrevista con el emperador Conrado y el rey Luis el *Jóven*; en 1148 auxilió con los Templarios al rey de Francia en Pamfilia; en 1149 acompañó al rey hasta París, y luego partió para Claraval, renunciando el Maestrazgo y abrazando la vida monástica.

Algunos autores ponen por su sucesor a *Fr. Hugo Jofre*, que fué Maestre provincial de Cataluña desde 1174 al 1176.

- 4.º G. M... FR. BERNARDO DE TRAMELAY, natural de Bressa, por la abdicación del antecesor fué elegido Gran Maestre en 1151; a él se debe la fortificación de Gaza; murió degollado por los infieles en Ascalon el 14 de agosto de 1153.

- 5.º G. M... FR. BELTRAN DE BLANQUEFORT, natural de Guinea, hijo de Godofredo, señor de Blanquefort; gobernó la Orden desde 1154 hasta 1168; fué hecho prisionero por Noradino el 19 junio 1156, obteniendo la libertad en 1157.

Se pretende que *Fr. Andrés de Montebarro*, hijo de Bernardo, señor de Montebarro y de Humberga, tío de san Bernardo abad de Claraval, fué Gran Maestre del Temple.

- 6.º G. M... FR. FELIPE DE NAPLOUSE, natural de la ciudad del mismo nombre en Siria, gobernó la Orden desde 1169 hasta 1171, en cuyo año abdicó el Maestrazgo.

- 7.º G. M... FR. ODON DE SAN AMANDO, natural de Francia, fué mariscal y copero mayor del rey de Jerusalem; gobernó la Orden desde 1171 hasta 1179, en que murió en un calabozo de Damasco.

- 8.º G. M... FR. ARNALDO DE TARROJA, natural de Barcelona, antes de ser Gran Maestre había sido Maestre provincial de Cataluña y Aragon; gobernó la Orden desde 1180 hasta 1184, en que murió en Verona (Italia).

- 9.º G. M... FR. TERRICO ó THIERRY, cuyo país y familia se ignoran, fué elegido Gran Maestre en 1185; en la batalla de Tiberiades, 5 de julio de 1187, fué hecho prisionero por Saladino; renunció el Maestrazgo, y obtenida su libertad, se retiró a Roma, en donde vivía en 1199.

- 10.º G. M... FR. GERARDO DE RIDEFORT, natural de Flandes, gobernó la Orden desde 1187 hasta el 4 de octubre de 1191, en que murió en el sitio de Tolemaida.

Algun autor pone por sucesor a un tal *Fr. Gualtero*.

- 11.º G. M... FR. ROBERTO DE SABLÉ, natural de Anjou, hijo de Roberto II, señor de Sablé y de Hersenda, gobernó la Orden desde 1191 hasta 1196, ignorándose si abdicó el Maestrazgo.

- 12.º G. M... FR. GILBERTO HORAL, preceptor de Francia, perteneciente a la familia de Polignac, gobernó la Orden de 1196 al 1200.

Ducange supone que *Fr. Ponce de Rigall*, Maestre provincial que fué de España, sucedió al antecesor en el Maestrazgo.

- 13.º G. M... FR. FELIPE DUPLESIS, hijo de una ilustre familia de Anjou, gobernó la Orden desde 1201 hasta 1217.

Ducange pone por sucesor a *Fr. Teodato de Bersiaco*. Boissieu pretende que fué *Fr. Guillermo de Montedon*.

- 14.º G. M... FR. GUILLERMO DE CHARTRES, hijo de Milon IV, conde de Bar-sur-Seine, gobernó la Orden de 1217 al 1218.

- 15.º G. M... FR. PEDRO DE MONTAGUT, natural de Cataluña, fué Maestre provincial de Aragon y Cataluña desde 1198 a 1210, y Gran Maestre de 1218 hasta 1229.

Algun autor le llama Tomás.

- 16.º G. M... FR. ARMANDO DE PEIRAGRÓS, natural del Lenguadoch, gobernó la Orden de 1229 al 1236.

- 17.º G. M... FR. HERMANDO DE PERIGORD, natural de Francia, de la antigua familia de los condes de Perigord-Taillerand, fué preceptor de Calabria y Sicilia; gobernó la Orden desde 1237 hasta 1244, en cuyo año murió, ignorándose si en la batalla de Gaza ó en las prisiones del musulman.

- 18.º G. M... FR. GUILLERMO DE ROQUEFORT, cuya patria se ignora, fué elegido Vice-Maestre despues del desastre de Gaza por ignorarse el paradero y fin del anterior; gobernó interinamente la Orden desde 1244 al 1246.

19.º G. M... FR. GUILLERMO DE SONNAC, natural del Lenguadoch, gobernó la Orden desde 1247 hasta 1250, en el cual, despues de perder un ojo en la batalla de Mausoráh, al cabo de tres dias murió en otra batalla.

20.º G. M... FR. RENALDO DE VICHIER, natural de Champaña, preceptor de Francia y mariscal de la Orden, la gobernó desde 1250 hasta 1256.

P. Bertholet supone como á sucesor á *Fr. Foulques de San Miguel*.

Y Ducange á su vez pone como sucesor á *Fr. Aymerico*, Gran Comendador de las casas de Francia.

21.º G. M... FR. TOMÁS BERART, cuya patria se ignora, gobernó la Orden desde 1257 hasta 1273: no consta fuese preso por los sarracenos.

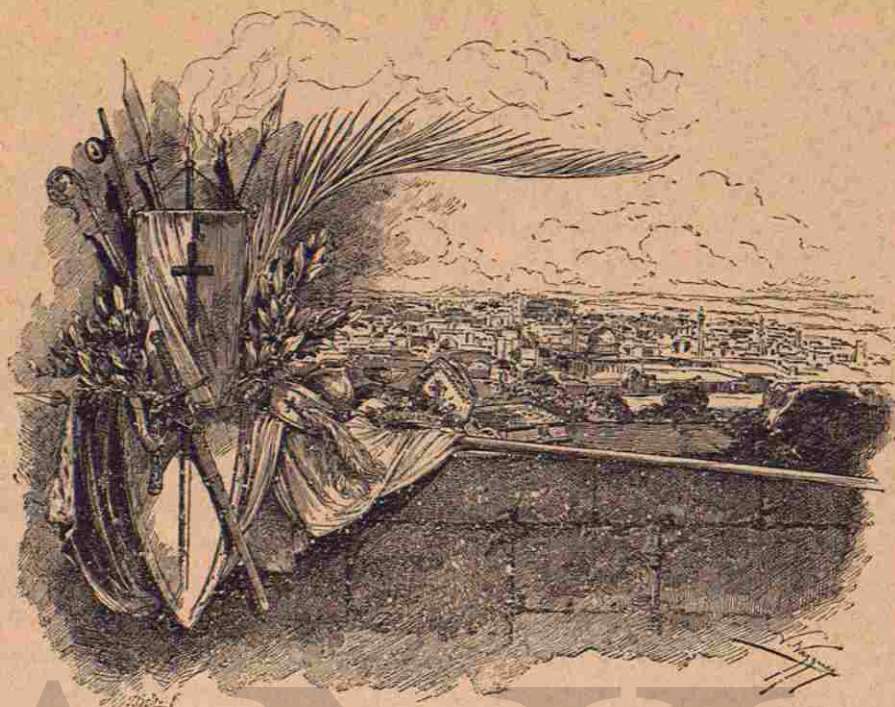
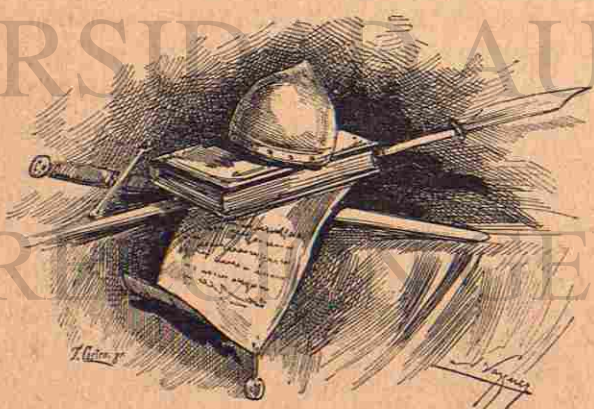
Algun autor supone por sucesor á *Fr. Roberto*; otro supone que fué *Fr. Guifredo de Salvaing*.

22.º G. M... FR. GUILLERMO DE BELLJOCH, natural de Borgoña, hijo de una ilustre familia que tomó el nombre del castillo de Belljoch cerca de Grai sobre el Saona, fué Comendador de la Pulla; gobernó la Orden desde 1274 hasta 1291, en el cual murió gloriosamente defendiendo á Tolemaida.

23.º G. M... FR. TEOBALDO GAUDINI, llamado comunmente el *monje Gaudini*, se ignora si era francés ó italiano, sin embargo lo último es más probable por el apellido; gobernó la Orden desde 1291 hasta 1298.

24.º G. M... FR. JACOBO DE MOLAY, natural de la diócesis de Besanzon (Borgoña), oriundo de las casas de Longvic y de Raon, gobernó la Orden desde 1298 hasta el 13 de octubre de 1307, que fué arrestado con todos sus caballeros en la casa del Temple de París.

Dicho Gran Maestre fué quemado el 18 de marzo de 1214.



CAPITULO PRIMERO

El Asia.—Mahoma y el Islamismo.—Victorias y derrotas del falso profeta; peregrinación á la Meca; su muerte.—Omar conquista Jerusalem.—Crueldades de los musulmanes contra los cristianos en Palestina.

EL Asia! ¡Qué recuerdos, cuanta luz, cuanta sombra, cuanta gloria, cuanta decadencia, cuanto esplendor, cuanta ruina evoca en la memoria esa sola palabra! Las tradiciones bíblicas, la crítica histórica, la filología, la etnografía, todas las ciencias antropológicas á una están contestes en señalar al Asia como cuna del género humano, de donde parten las razas, de donde brotan los idiomas, de donde irradian las civilizaciones que perdidas ya ó aniquiladas en su punto de partida, florecen aún al través de las edades, llevando en sí gérmenes asiáticos que se transforman, pero ni desaparecen ni mueren.

La civilización asiática persiste estacionaria en los países centrales y en los del Oriente, que si en algo se transforman, débese á la acción refleja que sobre ellos ejerce la Europa, ante cuya civilización cedieron ya hace siglos los países occidentales, caidos primero bajo la dominación griega y más tarde sujetos á la romana, la cual al uncir á su yugo un peque-

19.º G. M... FR. GUILLERMO DE SONNAC, natural del Lenguadoch, gobernó la Orden desde 1247 hasta 1250, en el cual, despues de perder un ojo en la batalla de Mausoráh, al cabo de tres dias murió en otra batalla.

20.º G. M... FR. RENALDO DE VICHIER, natural de Champaña, preceptor de Francia y mariscal de la Orden, la gobernó desde 1250 hasta 1256.

P. Bertholet supone como á sucesor á *Fr. Foulques de San Miguel*.

Y Ducange á su vez pone como sucesor á *Fr. Aymerico*, Gran Comendador de las casas de Francia.

21.º G. M... FR. TOMÁS BERART, cuya patria se ignora, gobernó la Orden desde 1257 hasta 1273: no consta fuese preso por los sarracenos.

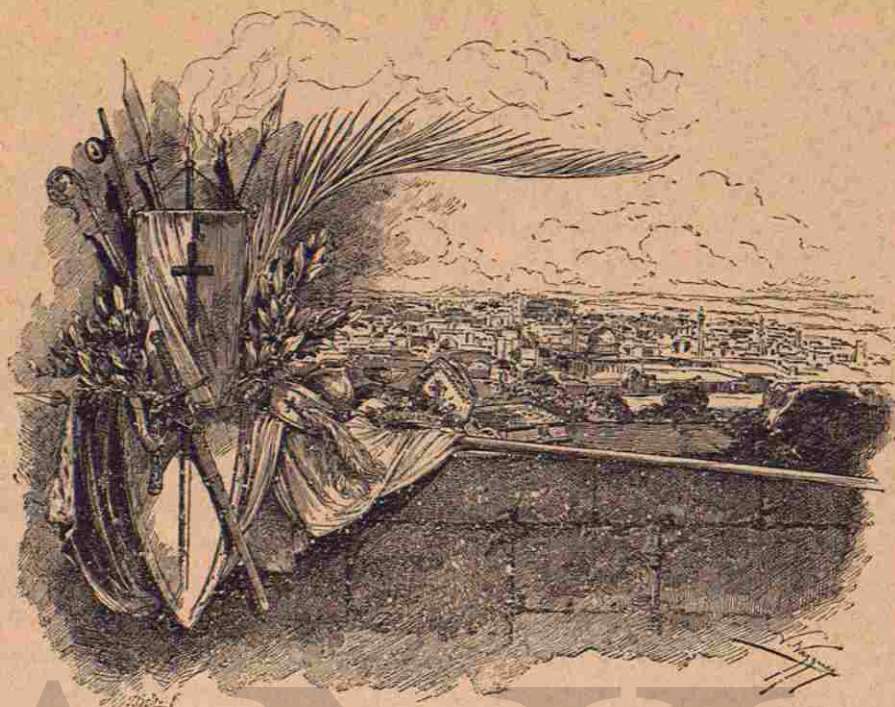
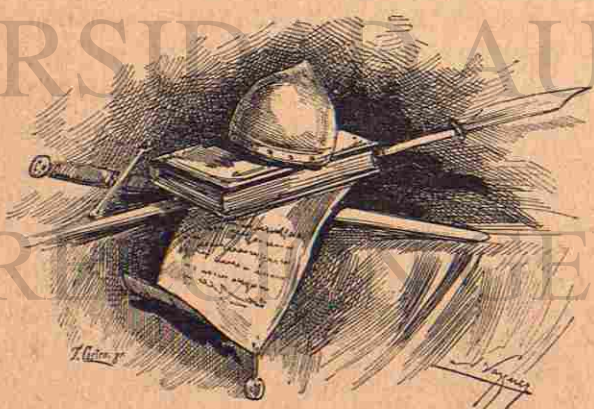
Algun autor supone por sucesor á *Fr. Roberto*; otro supone que fué *Fr. Guifredo de Salvaing*.

22.º G. M... FR. GUILLERMO DE BELLJOCH, natural de Borgoña, hijo de una ilustre familia que tomó el nombre del castillo de Belljoch cerca de Grai sobre el Saona, fué Comendador de la Pulla; gobernó la Orden desde 1274 hasta 1291, en el cual murió gloriosamente defendiendo á Tolemaida.

23.º G. M... FR. TEOBALDO GAUDINI, llamado comunmente el *monje Gaudini*, se ignora si era francés ó italiano, sin embargo lo último es más probable por el apellido; gobernó la Orden desde 1291 hasta 1298.

24.º G. M... FR. JACOBO DE MOLAY, natural de la diócesis de Besanzon (Borgoña), oriundo de las casas de Longvic y de Raon, gobernó la Orden desde 1298 hasta el 13 de octubre de 1307, que fué arrestado con todos sus caballeros en la casa del Temple de París.

Dicho Gran Maestre fué quemado el 18 de marzo de 1214.



CAPITULO PRIMERO

El Asia.—Mahoma y el Islamismo.—Victorias y derrotas del falso profeta; peregrinación á la Meca; su muerte.—Omar conquista Jerusalem.—Crueldades de los musulmanes contra los cristianos en Palestina.

EL Asia! ¡Qué recuerdos, cuanta luz, cuanta sombra, cuanta gloria, cuanta decadencia, cuanto esplendor, cuanta ruina evoca en la memoria esa sola palabra! Las tradiciones bíblicas, la crítica histórica, la filología, la etnografía, todas las ciencias antropológicas á una están contestes en señalar al Asia como cuna del género humano, de donde parten las razas, de donde brotan los idiomas, de donde irradian las civilizaciones que perdidas ya ó aniquiladas en su punto de partida, florecen aún al través de las edades, llevando en sí gérmenes asiáticos que se transforman, pero ni desaparecen ni mueren.

La civilización asiática persiste estacionaria en los países centrales y en los del Oriente, que si en algo se transforman, débese á la acción refleja que sobre ellos ejerce la Europa, ante cuya civilización cedieron ya hace siglos los países occidentales, caidos primero bajo la dominación griega y más tarde sujetos á la romana, la cual al uncir á su yugo un peque-

ño pueblo asiático, no podía presumir que abría los cauces á una civilización nueva que pasando de Judea á Roma, debía irse infiltrando en el imperio, propagarse con las persecuciones, extenderse con los ríos de sangre en que se le pretendió ahogar, hacer enmudecer la voz de los filósofos romanos, dejar desiertos de sacerdotes los templos idolátricos, despoblar el Olimpo de sus dioses, y obligar á que ante ella se postrasen de rodillas desde el último esclavo hasta el triunfador César.

Convertido al Cristianismo Constantino el Grande, y proclamada la paz religiosa en el Imperio, los cristianos pudieron satisfacer los impulsos de su devoción que les arrastraban á los santos Lugares en que se consumó el mas alto hecho que registra la historia religiosa y profana. Aun los mismos autores que llevados por las modernas corrientes de naturalismo, niegan la divinidad de Jesucristo, sienten por El tan profundo respeto que raros son los que osan insultar su memoria, y negarle cuando menos el dictado de Justo. No hay quizá un solo filósofo, sea materialista, sea ateo, sea deista, que desconozca lo inmensamente benéfica que ha sido para los hombres la predicación de la doctrina del Evangelio. Si á tales consideraciones de orden puramente humano unimos la consideración de los tesoros de gracia sobrenatural derramados sobre el hombre por el misterio de la Redención, la curiosidad se trueca en anhelo ferviente, en devoción irresistible, y el cristiano se siente atraído hacia los lugares que el Dios Hombre pisó; á los que fueron su cuna; á los que fueron testigo de sus milagros; á los que repitieron el sonido de la voz que vino á unir al cielo con la tierra; al huerto en que nuestro Redentor sudó sangre por nosotros; á aquellos en que fué puesto como ludibrio á las gentes y dado en espectáculo á las naciones; y especialmente al excelso monte que sostuvo la cruz son el mayor de los tesoros, y sobre sí vió consumarse el inefable sacrificio que abrió á la tierra las puertas del cielo.

Nada de estrañar es, pues, que desde los primeros tiempos del Cristianismo fueran los Santos Lugares como centro de atracción para los adeptos de la nueva doctrina; que los cristianos no temieran fatigas ni contradicciones, y que hasta llegaran á arrastrar el furor de los perseguidores para satisfacer los impulsos de su fervor religioso. Alejados de Jerusalem los cristianos á causa de la guerra de esterminio emprendida por Vespesiano y Tito, la que, con el sitio y toma de la ciudad deicida, acabó con el último resto de independencia judaica, volvieron á la ciudad, despues de su destrucción, á disfrutar de la relativa tranquilidad en que les dejaban los Emperadores romanos. Allí acudían, desde lejanas tierras, en los primeros años del siglo segundo, segun la historia de san Alejandrino mártir, muchos santos preladós que dejaban sus iglesias para visitar el Santo Sepulcro del Señor. Aunque en el año 138 Adriano por edicto imperial prohibió á los judíos residir en Jerusalem, los cristianos, en su mayor parte conver-

tidos del gentilismo, pudieran no obstante habitar en la ciudad, ejercer los actos de su culto, y no solo visitar, sino tambien cuidar piadosamente los lugares de la muerte y resurrección de N. S. Jesucristo. Conocida, sin embargo, por el Emperador la extraordinaria devoción que los cristianos tenían á tan santos lugares; recelándose el mismo de que esto redundara en detrimento del culto á las divinidades paganas, y queriendo acabar con lo que él creía superstición, mandó construir un gran terraplen sobre el Sepulcro y el Calvario, edificar dos templos uno á Júpiter y otro á Venus, y erigir en la cueva de Belen una estatua á Adonis, mientras que por edicto imponía graves penas á los que profesasen la doctrina del Crucificado.

Aunque esto menguó el celo y devoción de los cristianos á los Santos Lugares convertidos en templo de impúdicas divinidades y en simulacros de idolatría, y contribuyó mucho á que disminuyeran las peregrinaciones á la Ciudad Santa; no impidió, sin embargo, que á pesar de los templos y simulacros gentilicos, fueran visitados y señalados á los peregrinos los lugares de la redención y la misma cueva de Belen, siendo más de admirar que fuesen los mismos paganos los que conservaban la tradición y mostraban á los cristianos el lugar donde nació Jesús (1).

En alternativas de persecución y tolerancia transcurrió el siglo III, á fines del cual vióse desatada sobre la Iglesia de Jesucristo la última y más tremenda de las persecuciones con que la afligieron los Emperadores romanos. No hubo parte del Imperio que se viera libre de ella; los procónsules y gobernadores extremaban las crueldades permitidas por unas leyes bárbaras; el mayor de los crímenes era ser cristiano, y quien se preciaba de serlo veíase precisado á optar entre la apostasía, muerte del alma, y una muerte corporal lograda sólo al cabo de indecibles sufrimientos. El cuadro de las persecuciones está trazado admirablemente por plumas contemporáneas, por manos escapadas á la mutilación, y no hay que repetirlo. Inútil parece decir que la Siria no se escaparía á los horrores del último estremecimiento con que agitó al mundo el paganismo al caer agonizante á los piés de la Religión cristiana.

Llegó empero la hora suprema. Encendidas aún las hogueras, casi humeante aún la sangre de los mártires, vióse un día brillar la cruz cristiana sobre la diadema de los Césares y transformarse á su fulgor las costumbres, dulcificarse las leyes, ablandarse cuando no quebrarse del todo las cadenas del esclavo, y sustituida á la autoridad arbitraria la caridad. La Emperatriz santa Elena, la madre del primer Emperador cristiano, extasiada de gozo por su triunfo de madre y su triunfo de cristiana, pudo decir á la faz del Imperio *soy Cristiana*, sin que á este grito acudiese la

(1) Origenes, lib. I contra Celsum; Tillemont, tom. 2, pág. 315; El Sepulcro de Jesucristo, 2.ª parte, cap. 2 y 3.

mano del verdugo para sofocarlo, y con ella pudieron decirlo á la luz del sol los sacerdotes, las vírgenes, todos los fieles á la nueva doctrina que batiendo palmas de triunfo dejaban la ciudad de las catacumbas para subir á la de los Césares en la que ya no serian parias.

Entonces volvieron á Jerusalem las peregrinaciones, de las que dió notabilísimo ejemplo la piadosa Emperatriz santa Elena que, á pesar de sus ochenta años, emprendió el entonces largo y fatigosísimo viaje á Jerusalem, y poseída de santo celo al ver profanados el Calvario y el Santo Sepulcro, mandó derribar los templos paganos sobre ellos levantados, logrando la incomparable dicha de encontrar en las excavaciones que se hicieron el madero de la Cruz y demás instrumentos de la pasión de nuestro Salvador. No satisfecha aún con esto su devoción, y deseando que tales preciosas reliquias tuvieran lugar digno de ellas, mandó construir un suntuoso templo, llamado del Santo Sepulcro por levantarse en el mismo lugar en que fué sepultado el Redentor, templo en que se desplegó toda la munificencia imperial que requerian su glorioso destino y la piedad de la santa Emperatriz y de su hijo Constantino. Fué el comienzo de una nueva y hermosa era para aquellos santos lugares, y el despertar del celo y devoción de los cristianos, que de todos los confines del mundo conocido acudieron á Siria, erigiendo capillas oratorias y monasterios en Jerusalem y sus cercanías.

Desde aquel momento no cesaron los continuos viajes á aquellas benditas tierras, siendo muchos y muy ilustres en nacimiento, letras y santidad los personajes que los verificaron. Entre éstos en el siglo iv descuellan Eusebio de Cremona, gran historiador de los primeros siglos, y san Jerónimo, escritor de copiosísima erudición sagrada y profana, que en la soledad de Belen buscó refugio contra las *delicias de Roma*, paz para su alma agitada, y en la cuna del Cristianismo y en el estudio de los Sagrados Libros halló, además del apetecido sosiego, aquella alta visión de las cosas santas que le ha colocado en la cumbre de los apologistas cristianos. Muy inmediatos al lugar en donde nació el Salvador se encuentran también los sepulcros de Paula, discípula de san Jerónimo, y de su hijo Eustaquio, nobilísimos romanos que quisieron vivir y morir en los lugares santificados por nuestro Redentor. En el mismo siglo iv san Gregorio de Nicea—un tanto opuesto á ciertos viajes y peregrinaciones, aun de los emprendidos con fines devotos, porque en su sentir tales viajes con frecuencia degeneran y paran en disolución—no pudo resistir los impulsos de su fervor: él mismo declara la inmensa alegría y los piadosos goces que experimentó al visitar aquellos mismos parajes que conservan los vestigios de la misericordia del Hombre-Dios para con la humanidad (1).

(1) Tillemout, tom. 9, pág. 581.

Más tarde la Emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio el *Joven*, visitó la Palestina, donde murió; é igual fervor manifestó siempre su hija, la cual imbuida en los mismos sentimientos de fe y devoción que su madre, no la abandonó jamás en dichas peregrinaciones, siendo muchos y muy preciosos los regalos y dones con que ambas princesas enriquecieron el Santo Sepulcro. Del siglo vi consta por san Gregorio de Tours que fueron muy numerosos los viajes á la Palestina (1).

En el mismo siglo vi y principios del vii continuaba aún Jerusalem en poder de los Emperadores cristianos, formando parte del Imperio de Oriente. Sabido es que Teodosio el *Grande*, bien sea llevado del deseo de favorecer por igual á cada uno de sus hijos, bien con el objeto de que el inmenso territorio sujeto á su dominación pudiese resistir mejor á los ataques de los bárbaros que se despeñaban ya sobre Roma, dividió entre sus hijos el Imperio, entregando á Arcadio el de Occidente y á Honorio el de Oriente. Bien pronto el Imperio de Occidente naufragó en aquellas oleadas de razas que se empujaban y sobreponían unas á otras en las provincias romanas, las que una después de otra desaparecían para reaparecer luego fundidas en nuevos moldes, de los que, tras largo período de formación, han salido las nacionalidades modernas. El Imperio de Oriente resistió más tiempo por estar menos expuesto que la parte occidental y central de Europa á las embestidas y correrías de los pueblos llamados bárbaros. Empero esta tregua que los Emperadores de Bizancio pudieran haber aprovechado en vigorizarse contra las invasiones siempre amenazantes, aun en aquella parte de la Europa, lo malgastaron en las célebres *luchas bizantinas* que enervaron todo el vigor del Imperio y fueron causa y efecto á la vez de una de las más tristes decadencias que ofrece la historia: decadencia política, oculta en los teatrales esplendores de la corte; decadencia literaria, disfrazada de oropeles; decadencia filosófica, envuelta en sutilezas y sofismas; y espantosa decadencia, que trajo consigo la ruina lenta del Imperio que cayó pedazo á pedazo y por cuyos girones aun hoy se lucha en Europa. La Religión sufría no poco de aquel estado de cosas; las herejías brotaban á cada momento, favorecidas casi siempre por unos emperadores á quienes, si les faltaba el genio de aquellos famosos guerreros y políticos que dominaron al mundo con las armas, no carecían de su desenfrenado amor á la gloria, se decretaban triunfos, hacían revivir las antiguas fiestas triunfales, y se rodeaban de fausto y esplendores que han pasado á ser proverbiales. De cuando en cuando todavía surgían chispas de la antigua grandeza; ejemplo de ello vemos en tiempo de Heraclio. Este al ver amenazado su imperio por los persas, toma el mando del ejército, opónese á la invasión; pero no puede impedir que los invasores se

(1) Baronio, años 438 y 439.

apoderen de Antioquia y de Damasco, que penetren en Jerusalem, pasen á cuchillo los cristianos, destruyan las iglesias, incendien el templo del Santo Sepulcro y pare en sus manos la Santa Cruz. Heraclio, celoso de su poder, movido por sus sentimientos religiosos, amargado por la derrota, emprendió con nuevo ardor la guerra contra Cosroas, y de victoria en victoria le arrebató de nuevo sus conquistas y consigue rescatar la Cruz.

Mientras este Emperador combatía eficazmente á los bárbaros, venía al imperio de los estragos y devastación que aquellos causaban en todos los territorios invadidos, assolándolos y pasando á fuego y sangre cuanto se oponía á su paso, un acontecimiento extraordinario vino á contrarrestar los esfuerzos de aquel Emperador, á contribuir de un modo fatal á la destrucción del imperio de Oriente, y á ser nuevo gérmen de persecuciones para el cristianismo.

No se habían aún de mucho apaciguado los vaivenes de los pueblos que invadieron la Europa, cuando en el Asia empezaba ya una nueva agitación continuadora de aquel período larguísimo en que pareció que las razas todas sufrían misteriosas agitaciones que les impelían á trasladar sus tiendas, á descubrir nuevos horizontes, á buscar nuevos climas. A las instintivas y desordenadas invasiones de los pueblos del Norte iba á suceder la reflexiva y calculada de los pueblos de Oriente, suscitados por uno de aquellos hombres de genio inquieto y audaz que parecen destinados á trastornar el mundo y cambiar la faz del universo. Hablamos de Mahoma.

Fué este uno de los mayores impostores del mundo, político, fundador de una secta y conquistador, todo en una pieza. Allí donde no llegaba la fuerza de la persuasión, la espada abría paso á sus ideas. No fué un filósofo, pero sí una de las mayores capacidades de la tierra: nadie le ha aventajado en conocer á su pueblo, halagar los instintos de la multitud, fanatizarla y unirla á sus planes; nadie como él ha sabido apoderarse de las circunstancias y convertirlas en auxiliadoras de su obra, informe como concepción filosófica, pero asombrosa como plan político, ridícula y feroz en sus detalles, pero grandiosa en su conjunto. Como tantas otras celebridades de la historia, Mahoma debe su grandeza á un cúmulo de circunstancias nimias que le pusieron en camino de alcanzar lo que por la humildad de su cuna no podía prometerse. Nacido en 570 de padre pagano y madre judía, pertenecía á la tribu de los Koreicistas, que se gloriaban, como todos los árabes, de ser descendientes de Abraham por Cedar, hijo primogénito de Ismaél. Quedó huérfano de padre á los pocos meses de su nacimiento, y de madre á los seis años. Del huérfano, que según algunos autores se vió en completa miseria y según otros sin más bienes de fortuna que un esclavo negro y cinco camellos, se encargó su abuelo paterno llamado Abdel Matab. Muerto este, Mahoma fué confiado á su tío Abon-Taleb, con

quien á los 14 años se unió á una partida de bandoleros que hacia sus correrías por la frontera de Siria y se ocupaba en despojar las caravanas que se dirigían á Damasco. Durante dichas correrías tuvo ocasión de relacionarse con un monje nestoriano del monasterio de Bosra y con un rabino judío, quienes le instruyeron en los libros del Nuevo y Antiguo Testamento por espacio de algun tiempo. A los 20 años tomó parte en la guerra de su tribu contra la de Hawazin, guerra motejada de impía por haberse declarado en uno de los cuatro meses llamados sagrados. A los 25 años pasó á Damasco y entró al servicio de la viuda de un rico comerciante llamada Chadijah, que tenía 40 años, con la cual casó, alcanzando de ella muchos hijos que murieron en tierna edad, escepto Fátima, casada más tarde con Alí Rochaia, hijo de Abou-Taleb, y por consiguiente primo del impostor.

El casamiento ventajoso contraído por Mahoma, las riquezas de que se veía dueño, la posición relativamente encumbrada que alcanzara, fueron otros tantos acicates de su ambición que crecía á medida que encontraba pábulo: lo que no es de admirar, pues la concupiscencia de las grandezas es tal vez la más insaciable de las concupiscencias, ya que las demás se moderan y extinguen con los años mientras, aquella crece con la edad y ni en los términos de la vejez se estingue, siendo el bien que se alcanza engendradora de nuevos y más concupiscentes deseos. La ambición y el sentimiento del propio valer dieron alas á Mahoma para atreverse á una empresa colosal, como era la de constituirse en árbitro de su nación, y en la que indudablemente se hubiera estrellado un ambicioso vulgar.

Mahoma carecía de prestigio, pues ni gozaba el que dan las armas ni el que nace de una larga gestión de los negocios públicos; era un rico mas, condición apreciable, pero insuficiente para tan atrevidos y grandiosos planes. Erase, pues, preciso improvisarse un prestigio que atrajera hácia él las miradas y le rindiese la voluntad de sus conciudadanos. En las circunstancias encontró masa dispuesta á sus propósitos. Arabia era un conjunto mal fundido de pueblos y de razas, con diversas costumbres y gran variedad de creencias religiosas, que además de ser múltiples, eran casi puede decirse inclasificables, pues lejos de conservarse claramente deslindadas las que profesaba cada secta, habíanse mezclado entre sí para constituir un conjunto mal unido, en que el gentil lo era con mezcla de cristiano, y el cristiano, con creencias de gentil y prácticas de judío, reinando en todas partes la superstición grosera que materializa lo espiritual y espiritualiza lo material. No era menor, por consiguiente, la confusión en las costumbres públicas y privadas; el desorden en las ideas había cundido en la esfera social y en la familiar. La reforma se imponía, pero para llevarla á debido término era preciso un hombre de grandes condiciones, que dedicara toda su voluntad, sus talentos, sus energías todas á la obra

de reconstitucion de aquel pueblo. Mahoma con una mirada abarcó el estado de cosas de su patria; pero en vez de emprender una seria reforma, procuró aprovecharse del desorden para encauzarlo á sus fines particulares, y en la misma falta de unidad de creencias religiosas y en la desmesurada supersticion de sus compatriotas, buscó el fundamento de su obra. Al efecto, presentándose á los suyos como enviado del cielo, empieza por corregir aparentemente su desarreglada conducta; se separa de sus compañeros de libertinaje; se retira con frecuencia—además de hacerlo durante el mes de Ramadan—á una Caverna del monte de Hirá, donde aparenta dedicarse á ejercicios de piedad, aunque en el fondo solo trataba de preparar mejor el éxito de sus planes. Como su mujer Chadijáh le importunara repetidas veces para que dejase tal género de vida, en esas mismas importunaciones halló ingeniosísimo recurso para llevar adelante su propósito, puesto que con mucho secreto confió las revelaciones que del cielo recibia á su mujer, la cual convencida de la verdad de ellas y lisonjeada por otra parte por la idea de ser esposa de un profeta, divulgó el secreto entre sus amigas, quienes lo propagaron por la ciudad y favorecieron de esta manera sin saberlo los deseos de Mahoma. Este, que no tuvo entonces ya reparo en confiar á otros lo que llamaba su secreto, por sí mismo comunicó tan absurdas visiones á su esclavo Zaid, al que dió libertad; á Alí su primo; á Abou-Bekr, hombre de gran reputacion y riquezas; á Othman, Zobeir, Obeidah y Omar, á los cuales juzgó los más á propósito para seducirlos á que le secundasen en su proyecto, y por espacio de cuatro años les instruyó en su doctrina. Tan luego como se vió sostenido por ellos y les creyó bastante imbuidos de sus ideas, principió á difundirlas entre el pueblo. Para ello puso á contribucion sus prendas naturales, que eran muchas; pues, si hemos de dar crédito al historiador árabe Almacin, el impostor «era de noble continente de mirada dulce y modesta, de espíritu flexible y sagaz, urbano y cariñoso; su palabra era insinuante; no le faltaban tampoco las dotes propias para ser jefe de un partido: liberal hasta la prodigalidad, inteligente para conocer los hombres, justo en escogerlos para lo que convenia segun sus talentos. Usaba de cierta delicadeza en el obrar, sin dejar vislumbrar sus intentos, demostrando en la conducta de sus designios una firmeza y valor extraordinario para conjurar los más graves peligros (1).» Y no solo aprovechó sus buenas cualidades, sino que aun de sus mismos defectos sacó partido, puesto que de los accesos de epilepsia que padecia se valió, haciendo creer que eran éxtasis producidos por la aparicion del Angel Gabriel, cuya presencia no podia resistir. Dicen á este propósito los historiadores árabes que cuando el profeta tenia las revelaciones, por intenso que fuese el frio, tenia bañado el rostro de sudor, los ojos inyectados

(1) Hotting: Hist. de Oriente, lib. 1, c. 1, lib. 2, c. 4.

de sangre, y alguna vez mugia como un joven camello. Fingiendo un mandato del cielo para predicar el Islam, que quiere decir sumision á la voluntad de Dios, empezó á difundir su extravagante doctrina apoyado en la autoridad que le daban sus visiones y éxtasis y tomando de sí mismo su mision, se erigió en predicador; y si no por su ciencia, se hacia escuchar por la energia del lenguaje y la nobleza de sus palabras, distinguiéndose en ciertos rasgos propios de la elocuencia oriental, rica en expresiones simbólicas, parábolas y alegorias, con las cuales él entretugia diestramente sus discursos. No desconociendo que en materia de religion todo lo que parece nuevo es constantemente sospechoso, declaró que no pretendia fundar una nueva religion, sino reformar y hacer revivir las antiguas leyes dadas por Dios á los hombres, purgándolas de fábulas y supersticiones. Decia que Moisés y Jesús, hijo de María, habian sucesivamente anunciado la verdad y santa doctrina, confirmándola por medio de milagros portentosos; pero que los judíos y los cristianos la habian igualmente alterado y corrompido; y que Dios le enviaba como á su último profeta, y por tanto más grande que Moisés y Jesús, para purificar la religion de las fábulas que los hombres, bajo el nombre de misterios, habian introducido, y para reducir á todo el género humano á la unidad de creencia y á la profesion de una misma fe.

Así como Moisés escribió, por divina inspiracion, los libros sagrados en que se contiene en toda su pureza la Religion Mosáica; así como los Evangelistas, llenos de la misma inspiracion, escribieron los hechos de Nuestro Señor Jesucristo, Mahoma quiso reducir á escrito las enseñanzas que decia recibir del cielo, y al efecto mandó escribirlas: su conjunto forma el *Coran*. En este tuvo buen cuidado de repetir que no predicaba ni enseñaba una nueva religion, pues tan solo era un profeta enviado de Dios para restablecer en su pureza la de Abraham é Ismael, más antigua que la de los judíos y cristianos. «No hay más que un Dios, decia, soberanamente perfecto y criador del universo, el cual en diferentes tiempos ha enviado profetas para instruir á los hombres, á saber, á Noé, Abraham, Moisés y á otros que reconocen los judíos. El más grande de todos los profetas ha sido Jesús hijo de María, y nació de ella, siendo virgen, por milagro; fué el Mesías, el Verbo, el espíritu de Dios. Los judíos intentaron su muerte por envidia, pero Dios le salvó milagrosamente. «Juan hijo de Zacarias, los apóstoles de Jesús y los mártires son tambien santos; la ley de Moisés y el Evangelio son libros divinos, pero los hombres han abusado siempre de las gracias de Dios; los judíos y los cristianos han alterado la verdad y corrompido las Santas Escrituras, y este es el motivo por el cual Dios me ha enviado para instruir á los árabes por medio de un hombre de su misma nacion. Por lo tanto es necesario renunciar la idolatria y adorar únicamente un solo Dios, sin atribuirle ni hijos, ni

hijas, ni persona alguna que comparta con él el honor que le es debido. Es necesario reconocer á Mahoma por su profeta, creer en la resurreccion, en el juicio universal, en el infierno en donde los malos arderán eternamente, y en el paraíso que es un jardin delicioso, regado por varios rios, en donde los buenos gozarán eternamente de toda suerte de placeres con gran número de hermosas mujeres.»

En cuanto á prácticas exteriores Mahoma estableció la oracion cinco veces al dia, en determinadas horas, y la limpieza de cuerpo, como una disposicion necesaria para la oracion, llamándola purificacion, que los musulmanes la hacen consistir en lavarse la cara, las manos y los piés, y algunas veces todo el cuerpo; en lo cual se vé cierta reminiscencia de las prácticas judías.

Mahoma mandaba la abstinencia del vino, de la sangre y carne de tocino, la observancia del ayuno en el mes de Ramadan y la santificacion del viernes entre los dias de la semana; recomendaba la peregrinacion á la Meca para visitar el templo cuadrado, llamado la *Kaaba*, que era tenido entonces en gran veneracion entre los árabes, por considerarlo fundado por Abraham, en cuyo templo se adoraban 360 ídolos, y se guardaba la piedra negra que Mahoma recomendó respetar. Asimismo prescribia que el creyente al hacer la oracion se volviese hácia la direccion del templo de la Kaaba.

Aconsejaba de un modo especial la limosna, así como la prestacion del diezmo; exhortaba tomar las armas para la defensa de la religion, prometiendo el paraíso á aquellos que muriesen en los combates, mientras que amenazaba con el infierno á aquellos que permaneciesen en sus casas durante la guerra, á menos que contribuyesen á ella con sus bienes.

Mandaba exterminar á los ídólatras, é imponía pena de muerte á todos aquellos que, despues de haber abrazado su religion, la abandonaban; inculcaba la resignacion á la voluntad de Dios sin reserva y sin temor á peligro alguno, fundándose sobre la mal entendida predestinacion, considerada como un destino fatal. Resignarse á la voluntad de Dios se designa en árabe con el nombre de *Islam*, y el de *Moslem* sirve para significar aquellos que profesan la resignacion, y de ahí viene decir *musulmanes* ó creyentes.

Aseguraba Mahoma que tales instrucciones no eran producto de su propio entendimiento; al revés, á fin de robustecer la autoridad de ellas y dotarlas de una aureola de respeto y veneracion que por si propio no podia comunicarles, indujo al pueblo á la creencia de que tales instrucciones se las revelaba el mismo Cielo por ministerio del Angel Gabriel. De esta manera logró dar á los ojos de sus sectarios carácter divino á un libro que en el fondo no es más que un conjunto mal fundido de reminiscencias, provenientes de las mal digeridas lecciones que el impostor reci-

bió de doctrina cristiana y judaica, mezcladas con creencias y supersticiones populares; así se explica que en el *Coran* consigne una multitud de sucesos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, casi todos alterados y mezclados con fábulas y absurdos, y llenos de groseras y palmarias equivocaciones, como es, por ejemplo, la de confundir á María, hermana de Moisés, con la santísima Virgen María. Y si bien en el *Coran* se hallan los preceptos de moral, las ceremonias de la ley, y algunas reglas para el comercio de la vida, todo está revuelto y confundido. Unas veces el autor hace su propia apología y responde á los reproches que se le hacen, otras reanima á sus secuaces abatidos por alguna derrota ó por otro accidente. Cuando trata de la majestad de Dios, de su poder y bondad, de la ingratitude de los hombres, las penas y la recompensa de la otra vida, usa siempre de lugares comunes, aunque procura imitar en cuanto le es posible, por medio de un estilo pomposo y figurado, la elocuencia sublime de los verdaderos Profetas.

La doctrina que Mahoma enseñaba y las prácticas que proponía no eran ciertamente nuevas á la mayor parte de los árabes, pues si bien entre ellos habian gran número de ídólatras, eran tambien muchos los judíos y cristianos, quienes habitaban principalmente los extremos ó confines de la Arabia hácia la Siria, la Persia y la provincia de Nageran, en donde habia una iglesia y silla episcopal.

Por otra parte entre los árabes algunos profesaban la mágia, esto es, eran adoradores del fuego, siguiendo la doctrina de los persas; aunque los más seguían el Sabeísmo y adoraban las inteligencias y los séres, tomando su doctrina de los antiguos caldeos, los cuales enseñaban que no era posible acercarse á Dios sino por medio de los espíritus, ni á éstos sino por conducto de los cuerpos que habitaban y antes habian sido astros y después estatuas. Creían asimismo en la influencia de los cuerpos celestes, en la virtud de los talismanes y encantamientos, siendo en el fondo su doctrina la de los nuevos platónicos, adoptada por Juliano el Apóstata. Además de la diversidad de creencia, los árabes se distinguían por su ignorancia, particularmente los de la Arabia Petrea, país muy poco frecuentado por los extranjeros á causa de las dificultades que ofrecía la navegacion por el mar Rojo. El uso de las letras y ciencias era poco conocido, y contadísimos el número de los que se dedicaban á ellas; de manera que en tiempos de Mahoma apenas las habian admitido los koreisistas, y el mismo Mahoma, que pretendía ser el más ilustrado jefe, profeta, legislador y soberano, ni sabia leer ni escribir.

Antes que los árabes poseyesen las letras y ciencias, sólo conservaban sus genealogías é historia por medio de versos populares, y como sus tradiciones no se hallaban en manera alguna fijas ni consignadas por escrito, andaban mezcladas con una multitud de cuentos y fábulas sumamente

ridículos. La poesía de aquel pueblo era pomposa, ricamente ataviada, profusa en imágenes, figuras y alegorías, y, como toda literatura primitiva, solamente popular. Mahoma, que sino se hallaba dotado de sutil ingenio y tenía imaginación fecunda y brillante, supo hablar á su pueblo el lenguaje que le era más grato. Encontrándose con que los judíos y cristianos creían en la unidad de Dios; los secuaces del Sabeísmo, en un primer Sér soberanamente perfecto; muchos idólatras, en la resurrección, no sólo de los hombres, si que también de los irracionales, á los que enterraban con los primeros para que se pudieran servir de ellos en la otra vida; viendo que las circuncisiones y abluciones frecuentes, y las peregrinaciones al templo de la Meca eran las antiguas tradiciones de los árabes; que la abstención de la sangre aún era observada entre judíos y cristianos; que éstos hacían oración tanto de día como de noche, tenían prescrito el ayuno cuadragésimo, dar el diezmo y hacer limosna á los pobres; y solo faltaba abolir entre los árabes la idolatría, casi desaparecida del imperio romano y desacreditada en todas partes; de todas estas circunstancias favorables supo aprovecharse Mahoma para alcanzar sus ensueños de grandeza y soberanía, y dominar á un pueblo por medio de una religión nueva que contuviera algo de todas y que estuviera modelada á gusto del profeta y favoreciera sus miras. Sin embargo, Mahoma no dejó de experimentar grande resistencia, principalmente de su misma tribu, que le llamó insensato, demoníaco é impostor, y le pedía milagros en prueba de su misión; á lo que contestaba Mahoma con este efugio: «Dios os ha hecho ver muchos milagros, pero la mayor parte de vosotros no los habeis creído ni conocido; los animales que corren por la tierra y las aves que hieden los aires son del número de sus criaturas; los milagros pertenecen á Dios, y los hombres ignoran el tiempo en el cual Dios los hará patentes; y aunque vieseis los milagros, no por esto os convertiríais. Vosotros decís: no creeremos en el profeta si no vemos algunos milagros; yo no soy enviado de Dios sino para predicar su palabra. Dios ha hecho muchos milagros por Moisés, Jesús y otros profetas.»

No pudiendo Mahoma obrar milagros ni cosas extraordinarias capaces de ilusionar á los enemigos declarados de su errónea doctrina, se engolfaba en lugares comunes, que repetía hasta el fastidio, sobre el poder de Alá, el juicio, el infierno y el paraíso, finalizando con estas palabras: «Yo soy un profeta enviado al pueblo negro y al pueblo rojo, para abolir por medio de su religión todas las religiones anteriores.»

La predicación de Mahoma produjo en la Meca tales disputas, controversias y desórdenes, que el magistrado se vió en la necesidad de proscribir la secta y perseguir á su fundador, mandando fijar el decreto en el templo de la Meca, con prohibición á todos los de la tribu de que se relacionasen con los hijos de Haschem, que era la familia de Mahoma. Este,

viéndose ultrajado y perseguido con el decreto de destierro, se retiró á un castillo apartado de la Meca; y como un día fuese nuevamente insultado por Amza, pariente suyo, le hirió mortalmente con su arco de caza. Este atentado, unido á la antipatía que profesaban los koreisistas á la doctrina que predicaba Mahoma, hizo que sus enemigos resolvieran quitarle la vida; y para que la culpa, el odio y la venganza no recayeran sobre una sola tribu, de cada una escogieron un hombre para que juntos los representantes de todas asesinasen al impostor. Al efecto se dirigieron á la tienda en donde sabían se hallaba Mahoma; pero éste, sagaz y prevenido del peligro, se salvó huyendo al desierto y metiéndose en una caverna de las cercanías de Tur.

En este tiempo perdió á su protector Abou-Taleb y á su esposa Chadijah; y como era tan incontinente, contrajo otro matrimonio á la edad de 50 años con una niña de 9 años llamada Aiscia, hija de Abou-Bekr, al mismo tiempo que su primo Alí se casaba con Fátima, hija del profeta.

Muy pronto este se convirtió en guerrillero, ó mejor dicho en ladrón, porque organizando gente armada se puso á impedir el comercio de Medina con Siria, sorprendiendo las caravanas de negociantes y apoderándose de cuanto llevaban; y dispuesto á hacer prevalecer su doctrina por la fuerza si con la persuasión no lo lograba, decía que Dios le había revelado que la espada era la puerta del paraíso, y que una gota de sangre derramada por la causa de Dios tenía más mérito que dos meses de ayunos y oraciones.

Como los koreisistas se habían declarado enemigos suyos, Mahoma por su parte les profesó un odio inextinguible; de ahí que vinieron á las manos algunas veces unos y otros, y fueron derrotados por Mahoma los koreisistas, quienes para vengarse de las derrotas sufridas, se aliaron con Abou-Soffian que al frente de 3,000 hombres fué al encuentro de Mahoma. Delante del ejército de Soffian iba Enda, esposa del general, y quince mujeres tocando los timbales. Mahoma sufrió una terrible derrota, de la que apenas pudo escapar con vida.

No obstante esta, para manifestar su devoción al templo de la Kaaba, fué á la Meca y dió siete vueltas á aquel templo, haciendo sus ceremonias y oración. Al percibirse el magistrado de esa osadía, dió orden de arrestarle, y le sentenció á pena capital; pero Mahoma burló á sus enemigos, huyendo de noche de la Meca, y se dirigió á Medina á la cual había hecho tanto daño. Esta huida tan famosa y celebrada por los musulmanes se llama *Hegira*, esto es persecución ó huida, que sirvió despues de punto de partida para contar los años, y sirve á los historiadores como era ó época cronológica de los sucesos acaecidos en la historia musulmana.

La Hegira empezó al 16 de julio del año 622 de Jesucristo (1). Los mu-

(1) El año 622 de la era cristiana fué el primer año de la Hegira de los musulmanes; consta de 12 meses lunares que son 354 días, de modo que 33 años nuestros son 34 de los musulmanes.

sulmanes tienen en gran veneración á *Medinat-al-Nabi*, ciudad del profeta; sin embargo, esta célebre ciudad es más conocida con el simple nombre de *Jatrep*.

El peligro que había corrido en la Meca, los enemigos que se le habían declarado y la persecución á muerte que se le hacía, convencieron á Mahoma que sin el alfanje no conseguiría el objeto de sus designios. A este fin se alió con los *Anyarés*, que quiere decir auxiliares, y con los fugitivos ó emigrados de la Meca, llamados en árabe *Mouhadjirin*, amen de los bandidos y gente de mal vivir que se le unieron, formó un ejército respetable con el que pudo emprender grandes operaciones. Para entusiasmar á sus prosélitos, les repitió que el ángel Gabriel de parte de Dios le había entregado una espada, con orden de emplearla para someter á todos los que se resistiesen á abrazar su religión. Medina, que hasta entonces había resistido y rechazado al impostor, al saber la persecución que la Meca le hacía, le recibió con entusiasmo; de ahí que Mahoma fijara en ella su residencia y la convirtiera en centro de su doctrina.

El partido de Mahoma creció de un modo extraordinario por medio de las armas; y en virtud de la misión divina que los musulmanes creyeron tenía aquel impostor, le reconocieron como á su soberano, verificándose la ceremonia debajo de un árbol: desde entonces no sólo fué tenido por legislador, si que también por profeta. Constituido príncipe de Medina, dispuso la construcción de una grande mezquita, que aún existe; echó las primeras bases de una constitución que debía regir como ley civil para los habitantes de la ciudad; y luego emprendió una serie de operaciones militares contra las caravanas sueltas, y contra los judíos y koreisistas.

El año 2 de la Hegira (623 de J. C.), en el mes de Ramadan, en las cercanías de los pozos de Bedr tuvo una batalla con los koreisistas. Como Mahoma viera, antes del combate, que los suyos titubeaban, cogió un puñado de arena, y arrojándola al aire arremetió á los contrarios diciendo: «Que la cara de nuestros enemigos se cubra de confusión.» Estas palabras y el arrojado de Mahoma animaron á los soldados é hicieron que su victoria fuese completa.

Al año siguiente sufrió una derrota que los musulmanes recuerdan con horror, porque las mujeres de los koreisistas se cebaron con los cadáveres de los musulmanes tendidos en el campo de batalla. Al cabo de poco tiempo un ejército de 10,000 hombres de Hedjaz, la mayor parte judíos, se dirigió hácia Medina para sitiaria. Mahoma para defenderla mejor mandó circundarla de un foso; y tomando un azadón dió golpes con él, y al salir chispas de fuego gritó: «La primera chispa anuncia la sumisión del Yemen, la segunda la conquista de la Siria y Occidente, la tercera la conquista de Oriente.» Los sitiadores tuvieron que levantar el sitio y fueron derrotados. Esta victoria tomó el nombre de la guerra de las naciones,

ó del foso. El vencedor hizo firmar una tregua de diez años, siendo una de las condiciones que los islamitas podían libremente visitar el templo de la Kaaba.

En el año 628 Mahoma con sus tropas atacó á los judíos de Kaibar, tomando por asalto la ciudad, cuyos habitantes fueron pasados á cuchillo. Esta victoria ensoberbeció de tal modo á Mahoma, que tuvo la osadía de intimar á los soberanos de Oriente que abrazasen su religión. El rey de Persia, Cosroes, rasgó la carta de Mahoma, el cual al saberlo dijo: «Así sea rasgado su reino.» El emperador Heraclio tuvo la debilidad de enviarle algunos regalos; el gobernador del Alto Egipto, llamado Mokawhaz, le envió una hermosa esclava; el rey de Etiopía se convirtió; pero un magistrado romano de Siria condenó á muerte el emisario de Mahoma. Éste al saberlo mandó á Zaid, su antiguo esclavo, convertido en general, que al frente de 3,000 hombres vengase aquella injuria. Partió en efecto Zaid, y en Muta se dió la batalla entre árabes y romanos, en donde murió Zaid. En esta batalla Djafar, hijo de Abou-Taleb, teniendo sus dos manos cortadas, se abrazó al estandarte del Islamismo, recibiendo 52 heridas.

En el año 8 de la Hegira (629 de J. C.) fué rota la tregua establecida entre Mahoma y los koreisistas. El profeta, para castigar la violación del tratado, se puso al frente de 10,000 hombres y se dirigió á la Meca, entrando en ella á fuerza de armas; hizo colgar á sus mayores y principales enemigos en represalias de haberle perseguido y desterrado; y luego pasó á la Kaaba, y con un látigo azotó los 360 ídolos que había en ella, gritando: «La verdad ha llegado, desaparezca la mentira.» Al cabo de poco tiempo consiguió Mahoma otra victoria en Honain contra las tribus idólatras, con lo cual se decidió definitivamente el triunfo de la falsa doctrina, y toda la Arabia se sometió á la autoridad de Mahoma.

Increíble parece el extraordinario progreso que en tan breve espacio de tiempo pudiera hacer Mahoma con su extravagante doctrina, así como el asombroso número de prosélitos que le siguieron tanto en Arabia como en el Asia menor; y no dudamos que si el mismo Mahoma hubiera previsto esta facilidad de adquirir tan buen resultado, seguramente se hubiera ahorrado el trabajo de forjar tantas revelaciones absurdas y acumular tantos fragmentos de otras religiones.

A pesar de haberse apoderado de la Meca, su ciudad natal, no quiso permanecer en ella, sino que volvió á Medina, llamada la ciudad del Profeta, porque fué su residencia habitual.

En el año 9 de la Hegira aparecieron otros dos profetas, Museleima y Asouad, los cuales no dejaron de introducir bastante división entre los sectarios de Mahoma; con todo éste sin arredrarse, después de haberles confundido y derrotado, continuó sus conquistas, pasando á hierro y sangre á todos los pueblos que le hacían resistencia, distribuyendo el botín

á los soldados y reservándose para sí y sus capitanes lo mejor y las jóvenes más hermosas.

Mahoma tan pronto era general como predicador. Incansable en sus empresas invasoras, maravillosamente secundado por sus fanáticos admiradores, por su primo y yerno Alí, por su suegro Aou-Bekr, Omar y Othman, paseó sus estandartes de un confin al otro de Arabia, cayendo en su poder las ciudades, castillos y territorios (1). En este tiempo estableció ciertas leyes que se hallan diseminadas en los capítulos del Coran, pero sin relacion alguna entre sí.

El 22 de febrero de 632, año 11 de la Hegira, hizo su última peregrinacion llamada, *Haddj*, á la Meca, seguido de más de 100,000 creyentes, hombres, mujeres y niños. Subido á lo alto de una colina, predicó á aquella multitud, explicándoles la significacion de aquel rito y ceremonia, y después en la cumbre de otra montaña explicó el dogma de la unidad de Dios, exclamando: «Desgraciado aquel que reniega de nuestra religion. No le temais á él sino á mí. Hoy he perfeccionado vuestra ley, y consumado con respecto á vosotros mi gracia; deseo que el Islamismo sea vuestra fe.»

Concluido su extravagante sermón de la montaña, hizo degollar á honor de sus 63 años, otros tantos camellos, y Alí 37, que eran los años de su edad; después de este sacrificio estableció la reforma del calendario, restableciendo el año lunar sin intercalación. En esta peregrinacion parece que una judía llamada Zeinab, hermana de Marah muerto por Alí en el asalto de Kaibar, queriendo vengar la muerte de su hermano sirvió á Mahoma un cordero envenenado. Mahoma, después de haber comido una parte, conoció el engaño, y preguntó á la judía por que habia cometido aquel crimen. A lo cual contestó: «Lo he hecho porque si verdaderamente eres profeta no lo comerías, y no siéndolo, libraba al mundo de un impostor.»

De regreso á Medina, Mahoma se disponia á emprender nuevas conquistas, cuando el veneno empezó á producir sus efectos. En mayo se agravó la enfermedad que duró 15 dias, en los cuales quiso se le trasladase á la mezquita para hacer su última oracion pública; y al efecto subió, ó le subieron á la tribuna, en donde pidió perdon á Dios y á los hombres de sus culpas é injusticias (verdaderamente habia cometido muchas).

Tres dias antes de morir recomendó solemnemente que se hiciese la guerra sin cuartel á los idólatras de Arabia, que se conservasen á los creyentes nuevamente convertidos los mismos derechos que á los viejos creyentes, y que se observasen con eficacia la oracion, el ayuno, la limosna y la peregrinacion. Suplicó asimismo á su suegro Abou-Bekr que en su nombre hiciese en la mezquita las oraciones públicas.

(1) Alcoran, c. Cantazuzen., Orat. 1. Sc. 12.

Por fin el 8 de junio de 632, espiró Mahoma en los brazos de su esposa Aiscia, que, después de Chadijah, fué la más privilegiada de todas sus mujeres y concubinas, pues además de ella tuvo Mahoma á Haissa, hija de Omar, otras quince mujeres y once concubinas: circunstancia que por sí sola basta para comprender cuál podia ser la moralidad de la religion que predicaba el impostor.

Los árabes tienen en gran veneracion á Aiscia por considerarla como depositaria de los últimos secretos del profeta, y por lo tanto la tienen como la madre de los creyentes: *Amm-el-moslem*.

A la muerte de Mahoma, hubo una consternacion general entre los musulimes, y cuando se trató de darle sepultura, se suscitaron grandes cuestiones. Los Moadjerianos pretendian fuese trasladado á la Meca, su ciudad natal; los Anzarianos, que debia poseerle Medina, que le dió asilo, y otros que fuese depositado en Jerusalem en medio de los profetas; pero Abou-Bekr zanjó esta dificultad, asegurando que el profeta habia manifestado su voluntad de que se le enterrase en el punto donde muriese. Así, pues, se hizo una fosa en el mismo lugar en que espiró, erigiéndole después una magnífica mezquita, semejante á la de la Meca, en figura de torre ceñida de galerias cubiertas, con un pequeño edificio en el centro, y rodeada de doscientas noventa y seis columnas, adornadas de arabescos, piedras preciosas é inscripciones. En el ángulo sudeste de la mezquita se halla la tumba de Mahoma, dentro de un cuadro de piedras negras, sostenidas por dos columnas, y á su lado hay los sepulcros de sus dos sucesores cubiertos siempre de riquísimas alfombras.

Renováronse las disensiones al tratarse de elegir sucesor á Mahoma, y aunque este habia declarado que su primo y yerno Alí era su califa, *Khalif-resul-Allah*, esto es Vicario del enviado de Dios, no obstante no se realizó así. ¡Cuán cierto es que la voluntad de los príncipes, por absolutos que hayan sido en vida, queda por lo comun enterrada en su sepulcro! Bastó que Aiscia se opusiera á la eleccion de Alí para que esta no se efectuara. Fué tambien propuesto para dicho cargo Omar, suegro de Mahoma, á quien este tenia por su brazo derecho y decia de él que si Dios hubiese querido enviar á la tierra á un nuevo profeta, elegiria antes que ninguno á Omar. Sin embargo tampoco fué este el elegido, por oponerse á ello Aiscia, que al fin logró encumbrar á su padre Abou-Bekr hombre de gran prestigio por sus riquezas, por su cualidad de suegro de Mahoma y por ser uno de los mas fanáticos partidarios de éste.

El nuevo califa Abou-Bekr tenia la edad de 60 años cuando empezó su gobierno, y solo reinó dos años y cuatro meses, durante los cuales hubo algunas revueltas, disturbios y guerras intestinas provocadas por los pretendidos profetas Asouad y Mauseleima y otro llamado Talitia; pero todos fueron derrotados, y disipado el partido que los sostenia. El califa, á pesar

del poco tiempo de su mando, no dejó de hacer la guerra y alcanzar grandes victorias, aumentando sus conquistas hácia el Irac y la antigua Caldea; sujetó á los árabes que obedecían á los persas; en Siria dominó á los árabes que estaban sujetos al imperio romano; entró en el territorio de Gaza el año 12 de la Hegira (634 de J. C.), y se apoderó de su capital.

A este califa se debe la colección ó formación del Coran, pues recogió y mandó copiar, formando un solo volúmen, toda la doctrina y discursos que Mahoma había pronunciado en diferentes tiempos y lugares, y que se hallaban diseminados en hojas sueltas, escritas por el secretario que fué de Mahoma, Zaid-ben-Tabet, en hojas de palmera, en piedras blancas, en seda, en cueros y omóplatos de carnero, así como las tradiciones que se conservaban en la memoria de los musulmanes que habían oído las palabras del profeta.

Este modo de formación del Coran explica la incoherencia de las materias que contiene, la extrema desproporción entre los 714 capítulos de que se compone, llamados *Suras* por los árabes. El Coran es designado con nombres de *Hítab-Allah*, el libro de Dios, *Helam-Scherif*, la palabra sagrada, *Maschof*, el código supremo, *Tanzil*, bajado del cielo; y constituye el código religioso, civil, criminal, político y militar de los musulmanes.

Abou-Bekr murió el año 13 de la Hegira (635 de J. C.), sucediéndole Omar, quien tomó el pomposo título de *Emyr-al-Moumenin* que significa comandante de los creyentes, y después de él usaron todos sus sucesores.

Durante el reinado de Omar, que duró diez años, los musulmanes arrojaron el imperio de los persas y arrebataron á los romanos la Siria y el Egipto.

Estos dos primeros sucesores del falso profeta, poseídos del ardor y celo fanático que inspira siempre una nueva secta, propagaron de una manera casi increíble hasta las más apartadas regiones la falsa doctrina de su maestro; pero no por medios suaves, sino valiéndose de la fuerza de las armas y la esclavitud. Ellos acabaron de conquistar la Arabia arrojando de ella á los persas y griegos, apoderándose de Damasco, Antioquia y del resto de la Siria; destruyeron enteramente la monarquía de los persas, apoderándose de la Media, el Korazan y Mesopotamia; pasaron luego al África en donde hicieron progresos no menos sorprendentes, avasallando toda su costa occidental, como lo habían hecho con los demás reinos. Empero ninguna de estas conquistas alcanzadas por los musulmanes, ninguna fué tan sensible ni causó más penosa impresión á los cristianos como la invasión de la Palestina y la rendición de Jerusalen, realizada por Omar. Este en el año 14 de la Hegira (636 de J. C.), con un ejército de infieles formidable conquistó Damasco y se apoderó de la Fenicia. El emperador Heraclio, una vez derrotados sus ejércitos, abandonó la Siria, y

retiró á Constantinopla, dando órden de trasladar de Jerusalem el sagrado madero de la cruz del Salvador, convencido de que Omar se dirigiera á dicha ciudad como en efecto lo verificó al cabo de dos años.

Omar puso sitio á la ciudad santa, y aunque la resistencia fué tenaz y el sitio duró dos años, al fin la ciudad se vió obligada á capitular el año 16 de la Hegira (637 de J. C.). Omar quiso tomar personalmente la posesion de la ciudad santa. Entró en ella montado en un camello rojo, ceñido con un cilicio grasiento tejido de pelo de camello, llevando delante de la montura un saco de trigo y dátiles que distribuía durante su marcha triunfal, que paró ante las ruinas del templo de Salomon. Al día siguiente fué á Belen, en donde hizo su plegaria á Mahoma delante la gruta ó establo de la natiidad del Señor.

Luego concedió á Jerusalem un salvo conducto concebido en estos términos: «En nombre de Dios clemente y misericordioso, de parte de Omar, hijo de Hictab, concedo seguridad al pueblo de Elías tanto para sus ciudadanos, como para sus hijos, esposas y bienes, como tambien para sus templos, los cuales no serán destruidos ni cerrados.» Mas tarde hizo construir una suntuosa mezquita sobre el mismo lugar que habia ocupado el templo de Jerusalem.

La toma de Jerusalem arrastró la rendicion de Alepo, Cesarea, Tiro, Edesa, Dar, etc., así como de las ciudades marítimas Beryto, Sidon, Tolemaida, Ascalon, Gaza; todo el país, en fin, se rindió á la pujanza de Omar, de manera que Heraclio al embarcarse para Constantinopla, exclamó: «Adios, Siria! adios para siempre!»

Después de grandes victorias, triunfos y conquistas del califa, un esclavo persa le dió de puñaladas mientras hacia la oracion pública. El atentado tuvo lugar el año 24 de la Hegira (645 de J. C.). Omar en su lecho de muerte eligió un consejo de seis musulmanes para que procediese al nombramiento de su sucesor, y fué designado al califato, siempre en perjuicio de Alí, otro primo de Mahoma, llamado Hothman, que era hijo de Affran.

El califa Hothman continuó las conquistas de sus antecesores, y por medio de la violencia y las armas la propagacion de la doctrina del falso profeta. Sin embargo no fué tan afortunado en sus empresas como su antecesor Omar, y como éste, al cabo de trece años de reinado, murió á manos de un asesino el 36 de la Hegira (657 de J. C.).

Por fin Alí fué proclamado califa, no sin haber estallado luego una reaccion por parte de los koreisistas, rebelándose contra su autoridad, principalmente por los generales Tellah y Zobeir. Alí marchó contra ellos, perdiendo en el combate la vida los dos generales rebeldes. Queriendo entonces Alí humillar el orgullo de los ambiciosos ommyades, quitó el gobierno de la Siria al jefe de esta poderosa familia. Mawiah rehusó obede-



Entrada del Jefe Musulman en Jerusalem.

cer, sostenido por Amroes, rey de Persia; Alí fué á su encuentro, librándose una terrible batalla cerca de Seffein, que quedó indecisa, y tras ella comenzaron de nuevo las hostilidades, en medio de las cuales un fanático de la secta de los kharegitas asesinó al califa Alí.

Desde la conquista de Jerusalem por Omar, y la consiguiente ocupación de los Santos Lugares por los enemigos encarnizados del cristianismo, cesó las peregrinaciones que antes hacían indistintamente los griegos y latinos, siguiendo la costumbre de los antiguos cristianos, los cuales con el mayor entusiasmo y fervorosa piedad visitaban el Santo Sepulcro del Salvador, para obtener el perdón de sus pecados y satisfacer sus afectos de amor y gratitud al Redentor del mundo. Sin embargo, al llegar á Europa la noticia de que el califa Omar había dejado libre el ejercicio de la religión cristiana, emprendieron de nuevo los cristianos las interrumpidas peregrinaciones á la Palestina; pero al penetrar en ella, hallaron no sólo dificultades, si que también peligros y hasta la muerte, gracias al fanatismo de los musulmanes; mas la codicia allanó el camino, y considerando los dominadores que la peregrinación de los cristianos á Jerusalem podía producir grandes ventajas pecuniarias, concedieron el permiso de visitar aquellos lugares, imponiendo un tributo á todos los extranjeros que la devoción llevara al Santo Sepulcro. La piedad y el fervor cristiano no se enfriaron á pesar de esta vejación, y el celo de los hijos de la Iglesia, por espacio de más de 300 años no disminuyó, sino que fué constante la afluencia de las naciones católicas de Oriente, como también de las más remotas del Occidente.

Entre tanto en Francia y España se combatía con un heroísmo digno de los más grandes elogios contra el islamismo. El eco de las brillantes batallas y victorias de Carlomagno pasó con velocidad de la Europa á los confines del Asia; al llegar á noticia de Harun-el-Raschid, califa de Oriente, las hazañas y conquistas del emperador Carlomagno, alcanzadas contra los secuaces de Mahoma, dicho califa en prueba de la admiración que le causaba la brillantez de aquellas victorias, concedió á los franceses el establecimiento de una casa particular dentro de Jerusalem, para hospedar los peregrinos procedentes de su nación.

El escritor Eginard dice, que el patriarca Juan de Jerusalem por encargo del mismo califa, en 806 envió á Carlomagno las llaves del Santo Sepulcro, las del Calvario y un estandarte, que el abate Fleury en su Historia de la Iglesia considera ser el signo del poder y autoridad que el califa Raschid reconocía en el emperador de los francos. Otro escritor moderno, muy versado en antigüedades, Mabillon, en el libro 37 de los Anales de su orden, dice que un monje francés llamado Bernard, que vivía en 870, en la relación de un viaje que hizo á la santa ciudad, asegura que halló establecido un hospital para los latinos, en cuya casa se conservaba

una biblioteca que se formó por la liberalidad de Carlomagno, hallándose en las *Capitulares* del mismo emperador un artículo que trata de las Limosnas destinadas á reparación de los edificios piadosos de los Santos Lugares (1). También consta que en el año 881 Helio patriarca de Jerusalem escribió una carta á Carlos el joven, en la cual pinta el venerable prelado la triste y lastimosa situación de la Iglesia de Jerusalem, y entre otras cosas dice: «Los pobres y los religiosos están expuestos á morir de hambre; falta el aceite para las lámparas del santuario; los cristianos que se hallan en esta santa ciudad imploran la compasión de sus hermanos de Europa.» Esta carta la llevaron dos monjes encargados de esta comisión por el patriarca, y no hemos hallado monumento alguno que nos manifestara cómo respondió la Europa cristiana á aquella tierna invitación. Sin embargo creemos que, atendida la fe de aquella época, dichos monjes no se volverían con las manos vacías (2).

En el siglo x los reyes de la segunda raza de Francia, es decir los Carolingios, para manifestar su devoción á los Santos Lugares enviaron más de una vez preciosos y ricos presentes al Santo Sepulcro por la fiesta de la Natividad del Señor (3).

Pero á pesar de esto, desde la muerte de Carlomagno y pasado con este su prestigio y alta reputación que tanto había admirado el mundo, los franceses perdieron la consideración que antes habían disfrutado en Palestina, y en su consecuencia los infieles quitaron su hospicio y les obligaron, como á los súbditos de otras naciones, á salir fuera de Jerusalem, permitiendo tan sólo durante el día visitar las estaciones y los lugares honrados con la presencia del Salvador y en los que se habían obrado los grandes misterios de la redención. Este permiso, sin embargo, no se lograba sino á peso de oro, y con no pocos peligros, trabajos y dificultades, viéndose obligados los pobres cristianos durante la noche buscar fuera de la ciudad un refugio que no siempre era seguro, y por consiguiente expuesto á la brutalidad y barbarie de los musulmanes, que profesaban gran aversión á los cristianos, los rechazaban y no querían admitirlos en sus casas, aunque fuera solamente por la noche, y pagando bien la hospitalidad que pedían. Otra desgracia no menos aflictiva vino á empeorar la situación de los cristianos que iban á Jerusalem; las disputas sobrevenidas con pretexto de dogmas mal interpretados y sobre diferentes puntos de disciplina, habían originado si no un rompimiento, á lo menos cierta relajación en los vínculos que unían las Iglesias griega y latina;

(1) Lib. 4 Capitularium.

(2) Michaud y Poujoulat: Hist. de las Cruzadas, cap. 1.

(3) Dupeyrat, lib. 2, cap. 31.

así es que los cristianos de Europa no eran menos odiosos y maltratados por los griegos que por los árabes y sarracenos de Oriente.

En el siglo XI fué cuando los viajes á Jerusalem se hicieron más frecuentes y mucho más numerosos, por cuanto en dicha época se tenía y consideraba que no era buen cristiano quien dejase de visitar los Santos Lugares (1), á pesar de que se tuviera que experimentar la molestia, incomodidad y peligros de tan largo viaje, además de sufrir el maltrato y barbarie de los infieles.

Lo más sensible de todo era ver cómo continuamente llegaban á las puertas de la santa ciudad millares de peregrinos de toda edad y sexo, de diferentes naciones, á los cuales se impedía entrar en ella y cumplir sus votos, devoción ó penitencia, si no pagaban por tributo ó derecho de entrada á la codicia musulmana un escudo de oro por persona, pues de lo contrario tenían que permanecer al pié de las murallas, expuestos los pobres peregrinos á los brutales insultos de los infieles, y también á la carestía absoluta de todo lo necesario para la vida.

En el año 1011, gobernando la Iglesia el papa Sergio IV, el fanatismo musulmán ejecutó uno de aquellos actos vandálicos que llenan de horror é indignación á todo corazón recto y sensible; este acto fué la demolición de la iglesia del Santo Sepulcro, la misma que había sido mandada edificar por santa Elena y por su hijo el gran Constantino. La crónica del monje Raoul Glaber explica este suceso diciendo: «La iglesia del Santo Sepulcro fué destruida hasta los cimientos por los soldados que envió para dicho objeto el sultán de Babilonia. Una vez destruida la iglesia, los soldados intentaron con sus mazas de hierro romper la gruta del Santo Sepulcro; sin embargo de los esfuerzos que hicieron, no lograron conseguir su criminal objeto.»

En el mismo año la madre de dicho sultán, que era cristiana oculta, llamada María, facilitó los medios para que se reedificase aquella iglesia, contribuyendo á tan laudable objeto muchos fieles de diversos países que se hallaban en Jerusalem, unos con sus limosnas, y otros empleándose en los trabajos de la reedificación del templo.

La noticia de la destrucción de este causó una verdadera consternación en Europa, y como se divulgase que los judíos de Francia habían sido los que excitaron al sultán de Babilonia para que mandase destruir aquella iglesia, de ahí que los soberanos de Occidente, indignados contra los judíos que residían en sus estados, expidieron edictos de extrañamiento general contra ellos. Con este motivo el pueblo intervino, y fue espantoso su enseañamiento contra los judíos; un número crecidísimo de aquellos

(1) Fleury: Hist. Ecles., lib. 61.

infelices fueron bárbaramente asesinados, y no pocos prefirieron suicidarse antes de caer en manos de un pueblo sediento de su sangre; y solamente se calmó la efervescencia y cesó el degüello y la persecución, cuando llegó la noticia de la reedificación de la iglesia ordenada por la madre del sultán de Babilonia.

A mediados del siglo XI los califas de Egipto, entonces soberanos de la Palestina, permitieron que los cristianos griegos, que eran sus vasallos, pudieran establecerse en Jerusalem; y á fin de no confundirse con los musulmanes, el gobernador de la ciudad les señaló el barrio más cercano al Santo Sepulcro para lugar de su residencia. En aquella misma época algunos comerciantes italianos habiendo experimentado la dureza y malos tratamientos de griegos y musulmanes, proyectaron establecer en dicha ciudad un asilo seguro para los peregrinos de Europa, que les librase del fanatismo de los mahometanos y de la pertinaz aversión de los griegos cismáticos.

Estos piadosos comerciantes eran de la ciudad de Amalfi (Nápoles). Aunque se hallaban bajo la dominación de los emperadores griegos de Constantinopla y su comercio les obligaba á pasar todos los años á Egipto; merced á los ricos géneros y mercancías que llevaban de Europa, pudieron introducirse hasta la corte del califa Moustafor-Billah, y por medio de regalos hechos á sus ministros y altos dignatarios de palacio, alcanzaron para los cristianos latinos permiso de establecer en Jerusalem un hospicio inmediato al Santo Sepulcro.

El gobernador de la ciudad por orden del califa señaló el terreno para aquel piadoso objeto (1048), é inmediatamente se edificó, al mismo tiempo que el hospital, una capilla que tomó el título de Santa María de la Latina para distinguirla de las iglesias del rito griego, en la que se establecieron algunos monjes de la orden Benedictina. Al poco tiempo se edificaron cerca de este convento dos hospicios para albergue de los peregrinos de uno y otro sexo, sanos y enfermos. En cada uno de ellos había su correspondiente capilla, la una bajo la invocación de san Juan el Limosnero, y la otra dedicada á santa Magdalena.

Algunas personas seglares venidas de Europa, y poseídas del celo y fervor de los primitivos cristianos para visitar los Santos Lugares, deseando apartarse del mundo y ejercer la caridad, renunciaron volver á su patria, y se dedicaron á la laudable misión de ocuparse en el servicio de los enfermos, de los pobres y de los peregrinos fundando una casa, dirigida y gobernada en cuanto á lo administrativo y espiritual por los monjes, de la que puede decirse que con el tiempo vino á ser cuna de la célebre orden Hospitalaria llamada de San Juan de Jerusalem, de Rodas y después de Malta.

El establecimiento se sostuvo por mucho tiempo con los recursos que

los mercaderes de Amalfi recogían en Italia, y que depositados en manos de aquellas personas piadosas, servían para hacer frente á las necesidades de los enfermos, pobres y peregrinos. El cristiano latino era recibido y alimentado sin distinción de país; se vestía al despojado por los ladrones, los enfermos eran cuidados con esmero, y cada miseria hallaba en la caridad de los hospitalarios providencia y misericordia sin límites. Este benéfico establecimiento que tantas lágrimas enjugaba, tantas miserias socorria, tantos bienes dispensaba al infortunio y á la desgracia, subsistió algunos años merced al sacrificio de los que le sostenían, hasta que una nueva catástrofe vino á trastornar la Palestina. Cuando según el juicio humano se consideraba sólido y estable este hospicio, cuando apenas habían pasado 17 años de su fundación (1), pareció que iba á desaparecer con el funesto acontecimiento de la invasión de la Palestina por los turcomanos, los cuales conquistaron por sorpresa á Jerusalén pasando á cuchillo la guarnición del califa de Egipto. Esos bárbaros pertenecían á la Tartaria, situada entre el Cáucaso y el río Tanais, lago Meótides y mar Caspio. Durante las guerras de los sectarios de Mahoma y los griegos combatieron por los primeros, abrazando aquella secta; pero con el tiempo se multiplicaron de una manera tan extraordinaria, que se emanciparon de la dominación árabe, pero sin dejar el mahometismo. Otras tribus y pueblos de la misma nación, habiendo pasado el Jaxastes y atravesado el Mauranahar, se juntaron con los turcomanos, y llegando hasta las riberas del Oxo penetraron hasta el Corasan.

Los turcomanos con el apoyo de tanta gente quisieron emprender grandes conquistas, y para llegar á su ejecución formaron tres grandes ejércitos, designando por jefes á Togrul-Beg, que, aunque salido de una nación feroz, no tenía nada de bárbaro, sino la audacia, ignorancia y desprecio del peligro, y además era pródigo en la recompensa para el soldado valiente, así como cruel con el cobarde. Este fué el que bajo el título de jefe de los Emires ó Sultan, á la cabeza de su ejército en 1055, se apoderó de Bagdad, grande imperio de los califas árabes.

El otro general, primo del anterior, se llamaba Jafer-Beg, el cual se amparó de Quirnau, de la costa de Persia é Indias de Culmise. El tercer general, también primo de Togrul-Beg y de Jafer, desde 1050 con sus victorias se había hecho reconocer por soberano de la mayor parte del Asia menor y de la Anatolia, estableciendo su califato en Iconium. Togrul-Beg murió en 1063, sin dejar descendencia, por lo cual le sucedió en el gobierno su sobrino Alubarslan, quien no fué menos valiente que su tío. Dicho sultan, después de haber alcanzado una señalada victoria y derrotado por

(1) Guillermo de Tiro: Hist. 1. 1, 1030 de la era cristiana.

completo á los griegos, hizo prisionero al emperador Diógenes. Las conquistas de estos ejércitos fueron tan rápidas, que en poco tiempo dominaban las provincias más distantes del Turquestan, sujetando la Arabia Feliz y la Siria, y por medio de sus atrevidas empresas arrojaron á los sarracenos de la Palestina y se apoderaron de Jerusalén (1065).

Imposible es describir los horrores y crueldades cometidas por los conquistadores; la guarnición que tenía en la ciudad el califa de Egipto, como hemos indicado, fué pasada á cuchillo; los habitantes y cristianos no alcanzaron mejor fortuna; muchos fueron pasados al filo de la espada; el Hospital de San Juan fué saqueado, y el Santo Sepulcro del Salvador no se hubiera librado del furor de los bárbaros, si la avaricia no hubiese dominado su impiedad. Sabida por ellos la devoción que los peregrinos cristianos tenían por el Santo Sepulcro, lo respetaron á fin de obtener grandes sumas de los que le quisieran visitar (1).

Sin embargo los infieles, para satisfacer su avaricia y al propio tiempo su odio contra todo lo que tenía relación con el cristianismo, aumentaron los tributos y los vejámenes, de manera que los peregrinos, después de haber sufrido las incomodidades de un largo y penoso viaje y gastado todo su dinero, se veían maltratados y despojados por los ladrones, muertos de hambre y consumidos por toda suerte de miserias, imposibilitados para satisfacer los excesivos tributos, sucumbiendo muchos á las puertas de Jerusalén, sin poder alcanzar de aquellos bárbaros el consuelo de ver siquiera, antes de dar el último suspiro, el Santo Sepulcro, único objeto de sus deseos y de tan larga peregrinación.

Los europeos que felizmente se habían escapado de tan crueles vejaciones, al llegar á Occidente no dejaron de pintar con vivos colores la triste y lamentable situación de Jerusalén, representando con patéticas y sensibles palabras la indignidad y deshonor que á los cristianos alcanzaba al tolerar que los Santos Lugares permaneciesen bajo la dominación de los infieles. Sin embargo á pesar de esto y de los muchos riesgos á que se veían expuestos los peregrinos diríase que con el tiempo iba creciendo el fervor de los cristianos, los cuales procuraban suplir con el número la falta de protección. Así es que, entre otros ejemplos que podríamos citar consta que en el año 1054, el obispo de Cambray se puso en camino para la ciudad santa al frente de 3,000 peregrinos de Picardía y Flandes; pero esta tropa, que los historiadores designan con el nombre de *ejército del Señor*, fué muy mermada en Bulgaria, tanto por el acero de los enemigos como por el hambre y fatigas del viaje. También en 1064 otra peregrina-

(1) • Soli etiam Domini Sepulchri templo ejusque cultoribus christianis parcebant propter tributa que ex oblatione fidelium assidue eis fideliterque solvebantur, una cum ecclesia S. Marie ad Latinos que etiam tributaria erat. (Al. Aquen., 1. 6, pág. 281.)

ción partió de las orillas del Rhin con el mismo piadoso objeto; pero así mismo experimentó grandes trabajos antes de llegar á Jerusalem.

Tampoco de esta suerte lograron los cristianos sustraerse á los peligros pues los musulmanes, ávidos de riquezas, interceptaban los caminos que conducian á la ciudad santa, para despojar á los peregrinos por cuyo motivo hacíanse dificultosísimas ó casi imposibles las peregrinaciones, aun las mas numerosas, como de ello se vió notabilísimo ejemplo durante el pontificado del papa Alejandro II y año de 1070, en que aconteció que el arzobispo de Maguncia llamado Sigifredo y el obispo de Bamberg Roberto, enardecidos por la fe y piedad, resolvieron visitar los Santos Lugares de Jerusalem, y como publicasen en sus diócesis respectivas semejante peregrinacion, muchos fieles determinaron unirse á ella, de manera que se reunió para dicho efecto un gran número de fieles cristianos, unos 7,000. A su frente se pusieron grandes personajes, entre los que se distinguan Oton de Ratisbona y Guillermo de Utrech. Llevaban consigo riquezas y equipajes de gran valor, é iban todos magníficamente vestidos, llamando con ello la atención de los pueblos por donde pasaron.

Al llegar á Constantinopla saludaron al emperador Constantino Ducas, que les recibió con agasajo, y después de haber visitado el suntuoso templo de Santa Sofia, partieron para la Siria; mas al pisar la tierra de los infieles, una nube de árabes, impulsados por la codicia, acometió á los peregrinos para robarles y asesinarlos, pero estos no se acobardaron, sino que resistiéndose procuraron ampararse de un pueblo cercano, y allí con valor se defendieron y fortificaron del mejor modo que les fué posible. Bloqueados por espacio de algun tiempo; como hubiesen ya apurado todos los víveres, y no les quedase otro medio que la rendición, pues los sitiadores eran más de 12,000 hombres, pidieron capitulacion. Admitida ésta por los bárbaros, su jefe principal penetró en el pueblo acompañado de diez y siete de los oficiales mayores, no sin mandar antes que nadie más se acercase á las puertas de la poblacion. El Jefe árabe entró donde estaban alojados Sigifredo arzobispo de Maguncia y Roberto obispo de Bamberg, los cuales le ofrecieron todas las riquezas que llevaba consigo la peregrinacion, con tal que les permitise proseguir el viaje sin inquietarlos nuevamente. La contestacion del caudillo de los árabes fué digna de la barbarie de su secta: «No quedareis libres, le sdijo, á pesar de apoderarme de todo, sino que después de despojaros deseo beber vuestra sangre.» Aún no habia acabado de proferir tales palabras, que, quitándose el turbante y desatándolo, sujetó con él por el cuello al obispo de Bamberg. Este, que era jóven y de arrogante figura, á pesar de su mansedumbre, al verse tratado de un modo tan indigno, descargó tan terrible bofetada en el rostro del árabe que éste cayó al suelo; y gritando á voces «Socorro,» acudieron los cristianos, los cuales se apoderaron del caudillo y demás oficiales que le habian acompañado asegurándolos con cuerdas.

Al notar los enemigos la tardanza de su caudillo y oficiales en salir del pueblo, sospecharon que habria ocurrido algo grave contra ellos, y se amotinaron, tratando de avanzar y asaltar el pueblo. Los cristianos mostraron en primera fila al caudillo árabe y demás oficiales con un hombre á cada lado de ellos con espada en mano, y amenazaron á los enemigos que si daban el asalto, su jefe y demás serian al momento degollados.

A tal espectáculo, atemorizados los árabes, que temian por la vida de sus jefes, no se atrevieron á dar el asalto. No obstante, más triste y desesperada se hacia cada dia la situacion de los peregrinos, á quienes no era posible tener esperanza alguna de socorro, hallándose en un país completamente enemigo de los cristianos. Sin embargo, contra todo lo que podia esperarse, se vieron libres de aquel gran peligro que les amenazaba, por cuanto el gobernador turco de Ramleb, se presentó al frente de numerosas fuerzas para combatir á los árabes, que no eran otra cosa que bandidos y ladrones, y libertar á los peregrinos. Los árabes á la aproximacion de los turcos emprendieron la fuga, quedando salvos los cristianos. El jefe de los turcos libertadores, no solo mostró su agradecimiento á los cristianos por haberse resistido con tanto valor á aquellos ladrones públicos, sino que á más, mediante una recompensa, concedió á los cristianos una fuerte escolta de tropas regulares que les acompañase con toda seguridad hasta Jerusalem.

Así llegaron los peregrinos á la santa ciudad, donde fueron recibidos con grande entusiasmo por el patriarca Sofronio, anciano venerable que salió al frente de una procesion compuesta de sirios y latinos para recibir á los cristianos y acompañarles á la iglesia del Santo Sepulcro del Salvador. Los peregrinos visitaron con dolor y lágrimas las ruinas de las iglesias que habia mandado destruir el califa fatimita Haquem, y tanto los dos prelados como los barones y demás peregrinos dieron cuantiosas limosnas para la reedificacion de las iglesias destruidas.

Cumplido su propósito, la peregrinacion, en vez de volver por tierra, se embarcó en una flota genovesa que la condujo á Italia, desde donde los peregrinos regresaron á pié á Alemania, refiriendo en todas partes cuanto les habia acontecido. La noticia de este hecho y demás circunstancias llegaron á oídos del papa Gregorio VII, sucesor Alejandro II, quien movido por el celo de la gloria de Dios, se propuso afianzar en adelante la seguridad de los peregrinos que quisieran visitar los Santos lugares y al efecto propuso la idea de una gran cruzada contra los musulmanes, que al mismo tiempo que asegurase la libertad y seguridad de los cristianos de la Palestina y de los que en peregrinacion se dirigian á Jerusalem, libertase á Europa de los ataques con que le amenazaba el cada dia más creciente ardor guerrero de los musulmanes. Mucho tiempo hacia que se hablaba de la organizacion de grandes ejércitos para emprender la cruzada, esta

idea renacia cada vez que se tenían noticias de un nuevo atropello, cada vez que los peregrinos volvían de Jerusalén y narraban sus padecimientos, los peligros de que habían escapado, los insultos sufridos; así es como se comprende que bastara la nueva de los desgraciados acontecimientos ocurridos á los peregrinos alemanes, para que luego surgiera el propósito de suscitar una cruzada contra los infieles. Quizá no era esta la razón de mayor peso que llevó el ánimo del esclarecido pontífice tan grande idea. Gregorio VII antes de subir al pontificado, y con mucha mayor razón al ceñir la tiara, tuvo fijo en su mente un plan inmenso, al cual dedicó toda su energía, su excepcional inteligencia, aquella firmeza de voluntad que le grangeó uno de los primeros puestos entre los más grandes caracteres de que habla la historia; Gregorio VII vivió para devolver á la Iglesia su esplendor perdido, purificándola de la corrupción que manchaba algunos miembros de ella, arrancándola de la tiranía bajo la que la tenía sujeta el poder temporal. La armonía entre ambas potestades quedaba rota ya de mucho tiempo; pues no es armonía sino esclavitud, no es orden sino desorden la sujeción del poder espiritual al terreno. El gran pontífice luchó sin descanso, sin tregua, tanto contra la corrupción en las costumbres, como contra la simonía, como contra las imposiciones degradantes del Emperador de Alemania: cayó, al fin, este vencido moralmente en Canosa; pero la obra aun no estaba completa.

El Oriente de Europa sujeto á los decaídos Emperadores que aun dilataban la dominación romana en inmensos territorios, resto del gran imperio que dominó al mundo; el Oriente yacía ya en la herejía. Sacerdotes ambiciosos, auxiliados por Emperadores tan ambiciosos como ellos, rompieron la unión con la Iglesia Romana y el cisma dominaba en todo el Oriente. A la mirada de Gregorio VII no se podía escapar el grande daño que de esto se seguía á la Iglesia; y él, el grande reformador que no deseaba más gloria que la de Dios, ni más bien que el de su Esposa, aspiraba con todo el vigor de su alma al logro de la unión de la Iglesia Latina y la Griega, para que unidas bajo una misma fe y á la voz de un solo Pastor volvieran á formar un solo rebaño. Un hecho inesperado abrió á los ojos del pontífice un nuevo horizonte. Los turcos selyucidas avanzaban triunfantes contra el Imperio de Oriente debilitado por una espantosa decadencia, presa ya de aquellos síntomas de languidez que hacen adivinar el próximo fin de una nación. El Emperador Miguel Parapinacio, temeroso de la oleada invasora que se dirigía contra sus pueblos, desesperando hallar en estos la fuerza que necesitaba para contrarrestar á los turcos, depониendo sus odios contra la Iglesia Latina, acudió al Papa, como único poderoso de quien podía esperar el necesario auxilio, para que convocando en torno suyo los príncipes cristianos, suscitase una cruzada contra el poder musulmán: en cambio prometía por su parte, cesar desde luego en el

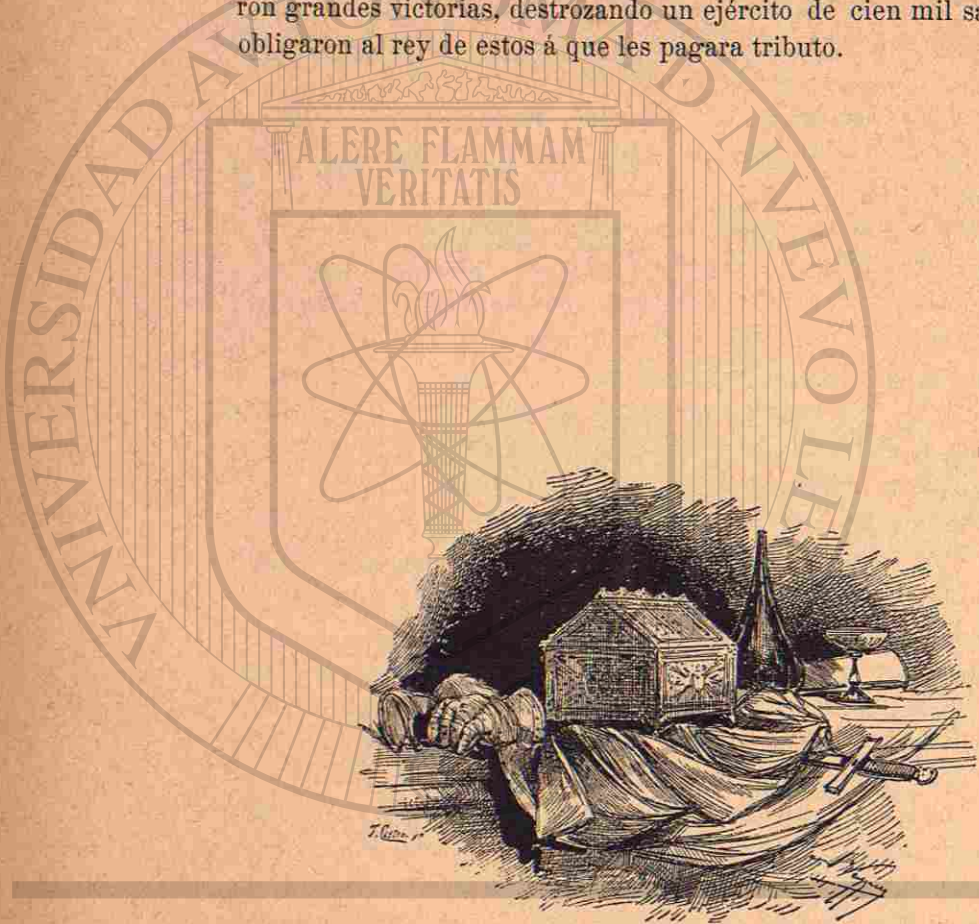
cisma y volver, en lo espiritual, su imperio á la obediencia de Sumo Pontífice.

El ánimo de Gregorio VII, halagado por una parte con tan bellas promesas y por otra amargado con las tristes narraciones que los peregrinos hacían de las penalidades y violencias á que se les sujetaba en Palestina, aceptó desde luego la idea de la cruzada, y al efecto escribió varias cartas á los príncipes cristianos para inducirles á que tomaran parte en tan grande empresa, á la cual, á pesar de las ofertas del Emperador de Constantinopla, parecía llevarle principalmente el deseo de liberar á los Santos Lugares de la dominación musulmana, como claramente se ve por una de sus cartas en que se lee: «Nuestros padres visitaron con mucha frecuencia esa tierra sagrada para consolidar la fe católica, y también nosotros, sostenidos por las oraciones de todos los cristianos, iremos allá á defender nuestra fe y nuestros hermanos, luego que nos abra el camino la gracia de Jesucristo, porque el camino de los hombres no está en manos de estos, sino que es el Señor quien los guía.» La voz del Pontífice no se perdió en el desierto; muchos fueron los príncipes cristianos que ofrecieron su auxilio, muchos los soldados que aprontaron sus armas decididos á partir bajo el mando del mismo Papa que se disponía ir en persona al frente de sus ejércitos, como se deduce de otra carta en que escribe: «Más de cincuenta mil son ya los que se preparan, y desean, si me pueden tener por caudillo y pontífice en la expedición, levantarse en armas contra los enemigos de Dios y llegar hasta el mismo Sepulcro del Señor.»

La empresa, sin embargo, quedó en proyecto. El atribulado pontífice vió otra vez suscitadas contra sí las iras de aquellos que se habían sometido á su obediencia, y murió errante, fuera de la capital del mundo cristiano, con la conciencia tranquila del que ha obrado bien, pero con el alma llena de amargura al ver los padecimientos de la Iglesia. Indudablemente él hubiera sido el pontífice de las cruzadas á no mediar las diferencias de las investiduras, que convirtieron la vida del Pontífice en vida de incesante lucha. Pocos hombres como él han conocido su tiempo, el estado de los pueblos. No era posible, pues, que desconociera que en la Europa de su época, existía un cúmulo de energías que, faltas de dirección y orden, se malgastaban en luchas estériles: quizá al organizar la Cruzada pretendía dirigirlas y encaminarlas á un solo punto, á una empresa gloriosa y magnífica, de la cual no solo debía salir quebrantado, y más que quebrantado, roto el poder musulmán que amenazaba á Europa por todas partes, liberado el Sepulcro del Señor, y magnificado, cubierto de prestigio y fuerza el pontificado, que con aquella empresa, y á tener esta el deseado éxito, se hubiera convertido en centro de atracción de todas las naciones de Europa.

La idea de las cruzadas, sin embargo, no se abandonó por completo:

En tiempo del sucesor de Gregorio VII, el Papa Víctor II, los Genoveses, Pisanos y otros habitantes de distintos puntos de Italia se organizaron contra los Sarracenos de África. Recibido el estandarte de manos del Sumo Pontífice y obtenida la remisión de sus pecados, partieron hácia el país enemigo, donde sí hemos de dar crédito á algunos historiadores, alcanzaron grandes victorias, destrozando un ejército de cien mil sarracenos, y obligaron al rey de estos á que les pagara tributo.



CAPITULO II.

Idea de las Cruzadas.—Pedro el Ermitaño.—Los primeros Cruzados.—Godofredo de Bullon.—Toma de Edessa.—Sitio de Jerusalem.—Entrada de los Cristianos en la Ciudad Santa.—Situación de la Palestina despues de la toma de Jerusalem.

EN el anterior capítulo hemos visto como la idea de las cruzadas surgía de cuando en cuando como una aspiración, un deseo de Europa. Diríase que aquella idea flotaba en la atmósfera, y que á su alrededor se iba formando ambiente propicio en el que un día debía germinar. Los pueblos cristianos sentíanse indignados al oír las narraciones de los peregrinos, los ataques de que eran víctimas. La consideración de que los Santos Lugares estaban en manos de infieles, despertaba en los pechos amantes de la ley de Jesucristo vivísimos deseos de arrencar tan preciadas joyas de manos de los enemigos del nombre cristiano. En la Edad Media, pelear por Dios era pelear por la más grande, la más noble y la más justa de las causas. Todo esto influía en gran manera en que el plan de una cruzada arraigara poco á poco, pero visiblemente y cada vez con más fuerza entre los Europeos.

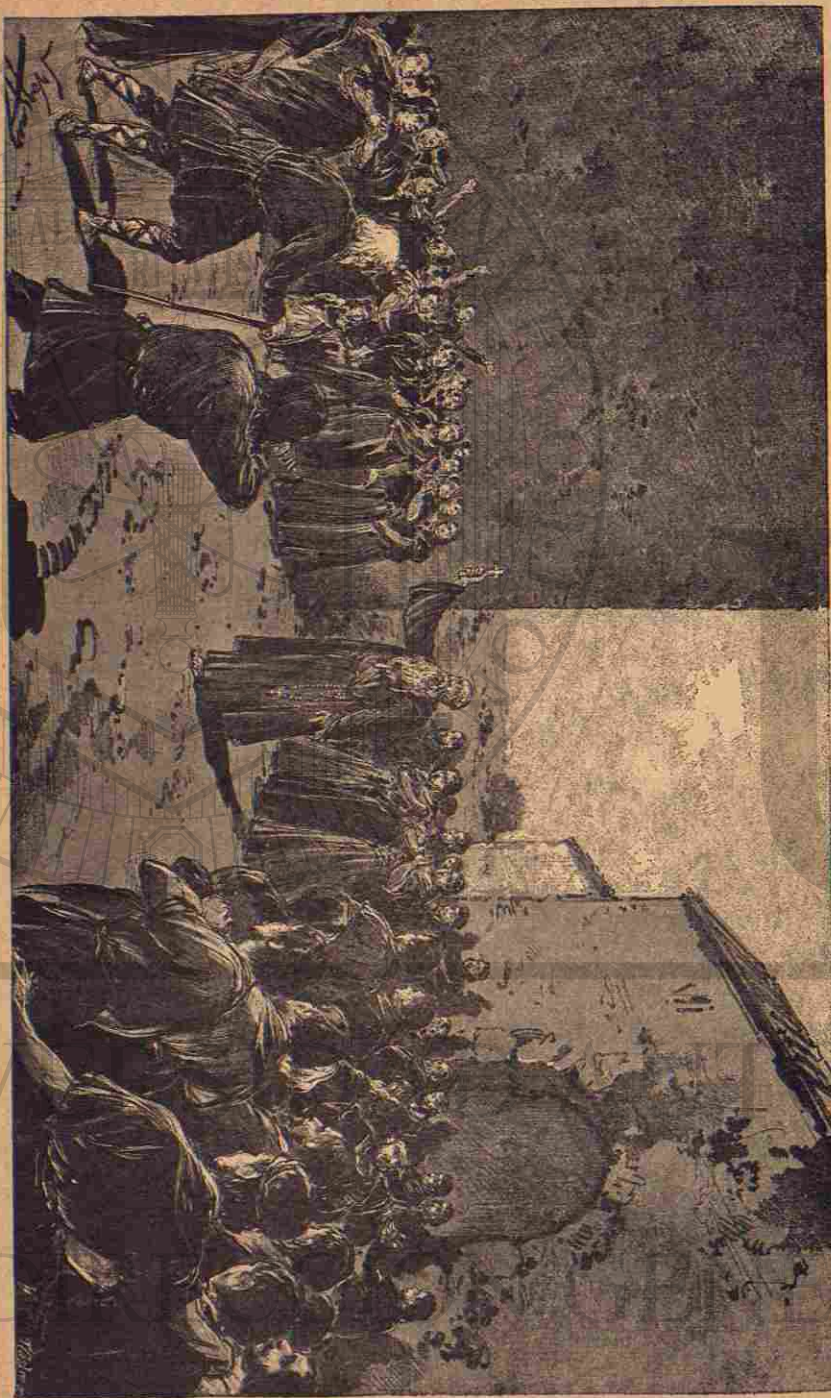
Por otra parte, las nacionalidades estaban ya constituidas, en sus lineamientos generales; las luchas eran particulares; la oleada de las invasiones, sino estaba sosegada, se había detenido, no por falta de vigor sino

ante los obstáculos nacidos de lo que podríamos llamar solidificación de los pueblos. El afán de guerrear no estaba aun dominado, aun había multitudes inquietas como mares que buscan nuevo lecho. Solo faltaba para emprender las cruzadas, animar á esas multitudes con un solo soplo, hacerlas marchar por la via más adecuada á sus creencias, á sus sentimientos, á sus aspiraciones. La idea había llegado á tal punto de madurez, que la palabra de un hombre, con más fuego y entusiasmo que capacidad, bastó para que millares y millares de hombres como movidos por secreto impulso partieran al grito de guerra á los Infieles!

Llamábase ese hombre Pedro el Ermitaño: era un sacerdote de la diócesis de Amiens, dedicado al retiro, á la austeridad y á la práctica de las virtudes cristianas. Excitado por el celo y la devoción, emprendió el viaje para la Palestina, y como él mismo experimentó vejaciones y atropellos por parte de los infieles, formó el atrevido plan de librar, por medio de una cruzada, la Ciudad Santa y arrojar de ella á los bárbaros, arrancando de su poder el Santo Sepulcro.

En efecto, despues de haber visitado y derramado muchas lágrimas sobre la cumbre del Calvario y la tumba del Salvador, comunicó su plan al patriarca griego, llamado Simeon, prelado de celo y piedad extraordinarios. Fundaba su proyecto en el auxilio que podrian ofrecer los cristianos de Oriente, apoyados por el imperio griego de Constantinopla, cuando la cruzada formada en Occidente se dirigiese á la conquista de la Palestina. El patriarca, despues de haber oído á Pedro el Ermitaño, hizo sus observaciones y expuso las dificultades que se ofrecian para la realizacion del plan, diciéndole lo poco seguro que era contar con el imperio griego, por cuanto este solo existía de nombre; que los turcomanos, aprovechándose de la debilidad, de las divisiones y guerras civiles del imperio, se habían apoderado de la mayor parte de las provincias del mar Negro, á las que, como un recuerdo y monumento de sus victorias, habían dado el nombre de Turcomania; que las restantes provincias se hallaban devastadas con las correrías de los mismos bárbaros, con las continuas sediciones y conspiraciones de la capital, y las perfidias de los grandes, ambiciosos del gobierno; que, en fin, creía que no era posible poder contar con otras fuerzas que las que pudiesen reunir los príncipes latinos de Europa. Estas fueron las observaciones que hizo el patriarca, las cuales dejaron suspenso y admirado á Pedro el Ermitaño. Este, no obstante, sin perder el ánimo, ni debilitar su celo, aunque conociendo las grandes dificultades que se oponian á sus ardientes deseos, se persuadió de que podría vencerlas si se presentaba al Sumo Pontífice y le exponía su proyecto. El patriarca no solo aprobó el pensamiento, sino que para contribuir de manera mas directa á los planes de Pedro, le entregó una carta de recomendacion para el Pontífice.

Pedro el Ermitaño emprendió el viaje para Italia, embarcándose en



Predicacion de Pedro el Ermitaño.

Jope (Jaffa). Llegado á la presencia del romano Pontífice, que era Urbano II, le hizo entrega de la carta del patriarca, y entre lágrimas y suspiros le expuso el lamentable estado en que se hallaban los cristianos de Jerusalem, añadiendo que los sarracenos adoraban á Mahoma en una mezquita levantada sobre las ruinas del famoso templo de Salomon, y, que lo más sensible era que, bajo la dominacion de los turcomanos, la venerable iglesia del Santo Sepulcro se hallaba en vigiliias de experimentar igual profanacion; que las mujeres y doncellas cristianas con frecuencia eran víctimas de la brutalidad musulmana; que á los jóvenes se les sujetaba á infamias peores que la misma muerte; que la Tierra Santa, regada con la sangre preciosa del Salvador de los hombres, se hallaba en la más ominosa tiranía y esclavitud; «sin embargo, añadió, no sería imposible libertarla de tan lamentable situacion, si Vuestra Santidad se dignaba empeñarse en esta empresa agradable á los ojos de Dios, reclamando el auxilio de los príncipes de Europa.»

El Papa escuchó bondadosamente á Pedro el Ermitaño, en quien aunque cubierto de un tosco y humilde hábito de penitencia, no dejaban de vislumbrarse ciertas señales que no podian ser sino indicios del espíritu de Dios; por esto fué bien acogido por el Papa su atrevido plan.

Urbano II juzgó prudente sondear ante todo las disposiciones de los soberanos, ponderándoles la necesidad y el mérito de empresa tan laudable; y despues en otra entrevista encargó á Pedro el Ermitaño recorriese la Europa exhortando á grandes y vasallos para la guerra santa, á fin de que se armasen todos para librar la Palestina de la dominacion de los infieles, ofreciendo en nombre del Pontífice los tesoros espirituales de la iglesia.

Recibida la bendicion apostólica del Vicario de Cristo, salió Pedro el Ermitaño de la presencia del Papa rebotando alegría y entusiasmo, y desde luego emprendió el viaje, recorriendo en menos de un año casi toda la Europa, predicando la cruzada y poniéndolo todo en movimiento en los lugares por donde pasaba. La pintura conmovedora que hacia de la profanacion de los Santos Lugares, las exhortaciones vivas y patéticas de que se servia para impresionar á los pueblos, su aspecto grave, su larga y descuidada barba, la desnudez de sus piés, su género de vida austera, su abstinencia extrema, su pobreza ejemplar, excitaban la admiracion general. Sobre todo la circunstancia de que si admitia dinero, lo repartia luego á los necesitados á presencia de los mismos que se lo habian dado, contribuyó á que se le mirase como un santo, como un profeta; y tanto los grandes como el pueblo, todos ardian de impaciencia para marchar á la Palestina y vengar á Jesucristo de los ultrajes que recibia de los infieles.

El Papa, al saber el favorable resultado que producía la predicacion del Eremita, resolvió convocar en el mismo año (1095) dos Concilios uno en Placencia (Italia) y el otro en Clermont (Auvernia), á fin de ocuparse

en tan importante asunto. Al de Placencia, además de los obispos y preladados, asistieron unos 4,000 eclesiásticos y más de 30,000 seglares de todas condiciones; pero lo que llamó de un modo particular la atención de la Asamblea fué la presentación en ella de una embajada griega, no obstante el cisma que entonces había entre los griegos y latinos.

El emperador Alejo Comneno había enviado dicha embajada al Concilio para que, en su nombre, suplicase el auxilio de los latinos contra los turcomanos, quienes, después de haberse apoderado de la Bitinia y de Nicea su capital, amenazaban la Calcedonia y por consiguiente á Constantinopla. El Papa con este motivo pintó con los colores más tristes la situación de la Grecia, y con honda amargura deploró las desgracias de Oriente y de la Palestina caída en poder de aquellos bárbaros. Al relato que hicieron los embajadores de las crueldades y tiranía de los infieles, toda la Asamblea se estremeció de indignación y cólera, levantándose mil voces confusas, exclamando que era necesario volar en defensa de sus hermanos en Jesucristo. El Papa alabó tan generosa resolución, exhortando su cumplimiento cuando fuere necesario. Igual celo y entusiasmo y tal vez mayor estalló en el Concilio de Clermont el 4 noviembre de 1095, al cual asistieron 400 obispos y abades mitrados y 13 arzobispos, y muchos príncipes y grandes señores. El Papa pronunció un discurso tan tierno y caluroso, describiendo los males, tiranía é impiedades de los enemigos del nombre de Cristo, así como la gloria que reportaría el pueblo cristiano de la conquista de la Tierra Santa arrancándola de la dominación de los musulmanes, que poseída toda la Asamblea de un entusiasmo indescriptible y como de concierto, con voz unánime y general exclamó: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* De manera que estas tres palabras hijas del fervor religioso, fueron después la divisa y el grito de guerra en el ejército de los cruzados; y para distinguir á los que se alistasen para esta santa empresa se ordenó que llevasen una cruz roja sobre la espalda derecha. El Papa puso por su mano la cruz á los príncipes, condes y señores; el legado apostólico Ademaro fué el primero que se adornó con dicha cruz, y por esta razón se dió el nombre de cruzada á la expedición de Tierra Santa. Los obispos la tomaron también, y la distribuyeron al pueblo que acudía en tropel para recibirla, y una vez tomada, se consideraba como un empeño que debía cumplirse á todo trance, es decir, que de no marchar con la expedición para la conquista de la Palestina, se incurría en anatema irremisible.

Terminado el Concilio, los obispos que habían asistido al mismo, al volver á sus diócesis predicaron la cruzada, y lo hicieron con tanto celo, unción y entusiasmo, que enardecidos señores y vasallos, corrían todos á alistarse para ir al socorro de la Tierra Santa, dispuestos á abandonarlo todo, hasta los seres más queridos, de este mundo, como esposas, hijos, padres y demás afecciones terrenales; el número que se alistó bajo la bandera de Cristo en este año y siguiente subió á un millón.

Para demostrar la efervescencia que reinaba en esta época á favor de la cruzada, bastará citar lo que dice un cronista, al hablar de ella: «El padre no se atrevía á oponerse á la marcha del hijo, la esposa á detener á su marido, el señor á prohibirlo á su vasallo; el camino de Jerusalem estaba libre para todos por el temor y amor de Dios.»

Sin embargo, no debe ocultarse que gran parte de los cruzados no estaban animados de verdadero celo por la religión, pues unos se alistaban por interés particular, con la esperanza de establecerse en país extranjero y mejorar de fortuna; otros por no separarse de sus deudos y amigos; muchos por no pasar plaza de cobardes y ser tachados de poca fe, y no pocos por ligereza, contándose muchas damas, mujeres y doncellas que quisieron seguir la expedición para probar así el amor que profesaban á sus esposos y amantes, de manera que la cifra de cruzados, según algunos historiadores, llegó á un millón. Había empero mucha gente y pocos soldados.

Una de las disposiciones que se tomaron para el buen éxito de la cruzada y merecer la protección de la Madre del Dios de los ejércitos, fué la institución del Oficio parvo y la Misa sabatina.

Llegada la primavera de 1096, el entusiasmo de los pueblos excitado por la predicación de la cruzada llegó á su colmo, pues los caminos se veían cubiertos de toda clase de personas. Los principales jefes que debían ponerse al frente del ejército declararon que no saldrían al mismo tiempo ni seguirían los mismos caminos, pero que todos los cuerpos se reunirían en Constantinopla. Las primeras bandas compuestas sobre todo de pobres, siervos, trabajadores, vagabundos, mujeres y niños, no tuvieron paciencia para esperar el fin de los preparativos y se pusieron en marcha, teniendo por jefe á Pedro el Ermitaño, quien iba cubierto con manto de lana, capucha en la cabeza, sandalias en los piés, y montado en la mula con la que había recorrido la Europa. Su cuerpo de ejército se componía de 80,000 almas, y se dirigió hácia Alemania, convirtiéndose de predicador en jefe de aquella multitud de peregrinos, sin pensar en los desórdenes é indisciplina á que podía entregarse tanta gente ignorante, la mayor parte de mal vivir.

Mandaba la vanguardia un caballero normando llamado Gualtero *sin tener*, el cual solo contaba ocho ginetes en sus filas. Toda esta gente se encaminaba á la conquista de Oriente pidiendo limosna; mas al poco tiempo de haberse puesto en marcha se vió acometida por el hambre, lo que motivó que la expedición se entregase al pillaje y demás desórdenes en las comarcas por donde pasaba, sembrando el terror y la desolación.

Esta conducta, impropia de cristianos, dió margen á que los pueblos, principalmente Hungría y Bulgaria, se levantaran en masa y hostilizaran á dicha vanguardia destrozándola espantosamente y arrojando los restos

que le quedaban hácia la Tracia, de modo que antes de llegar al Bósforo la gente de Gualtero *sin tener* había perdido sus tres cuartas partes, llegando al cabo de dos meses los restantes á Constantinopla tristes y macilentos, sin espíritu y sin vigor.

Las fuerzas de Pedro el Ermitaño siguieron el mismo camino, y al descubrir las huellas de la desgracia acontecida á la vanguardia, trataron de vengarla imprudentemente; al efecto se cebaron en Semlim, mancillando la causa de la cruzada, cometiendo excesos horribles que fueron expiados en las llanuras de Nicea.

Un sacerdote del Palatinado llamado Gotteschalk partió con 15,000 hombres de diferentes provincias de Alemania; al pasar por Hungría se apoderó de aquellas fuerzas indisciplinadas el cebo del robo y toda clase de desórdenes, de modo que irritado el pueblo húngaro, valiente y fuerte como es por naturaleza, arremetió contra ellas con tanto furor, que perecieron acuchilladas miserablemente.

Otra multitud de peregrinos de las orillas del Rhin y del Mosela se puso también en marcha, llevando á su frente á un eclesiástico llamado Wolkmar y al conde Emicon; esta expedicion componíase casi exclusivamente de vagabundos y aventureros, dirigidos por jefes sin conocimientos militares y que no comprendían el santo fin de la cruzada, y eligió por sus primeros enemigos á cuantos judíos encontraba á su paso; por lo tanto varias ciudades de Alemania quedaron ensangrentadas por horrosa matanza y el Rhin y el Mosela arrastraron muchos cadáveres de israelitas.

Después de estas escenas de carnicería, no es extraño que la expedicion viese huir á los pueblos de Hungría al acercarse. Megsburgo cerró sus puertas y se negó á entregar víveres á los soldados de Emicon: pero, irritados estos le pusieron sitio, pereciendo la mayor parte al pié de los muros de dicha ciudad, y sólo un escaso número de la vanguardia llegó á Constantinopla.

Estos descalabros fueron justamente permitidos por la divina providencia, por cuanto aquellos mal llamados cruzados con sus desórdenes, excesos y asesinatos, en vez de atraerse las bendiciones del cielo le irritaron. Sin embargo conste que dichos cuerpos ó bandas de aventureros, dispersadas y casi anonadadas en Hungría, Bulgaria y Bitinia, no eran la verdadera cruzada y pagaron bien caro su punible modo de obrar. El ejército propiamente cruzado venia detrás, é iba mandado por jefes experimentados, de alta alcurnia y animados por el espíritu de la religion y celo de la mayor gloria de Dios.

El más distinguido de todos era Godofredo de Bullon, duque de la Baja Lorena, descendiente por parte de su madre de Carlomagno. Al ponerse al frente de la cruzada, quiso expiar la gran falta de haber defendido al

excomulgado emperador de Alemania Enrique IV, así como al antipapa Clemente III, y por consiguiente de haber ido contra el papa Gregorio VII, el célebre Hildebrando. Acompañaban á Godofredo sus hermanos Balduino y Eustaquio de Bolonia, y su primo Balduino de Bourg, hijo del conde de Retel, Hugo de Vermandois, hermano de Felipe I rey de Francia, Roberto conde de Flandes, Estéban de Blois conde de Chartres, Roberto conde de Normandía, el conde de Hainaut, Garnier conde de Gray, Conon de Montagut, Dudon de Gouts, Rainaldo y Pedro de Toul, Hugo y Godofredo de Hache, Geraldo de Cherisi, Hugo de San Pablo y su hijo Engelrando, y otros ilustres señores que iban bajo las órdenes de dichos capitanes. El ejército, á cuyo frente estaba el grande adalid Godofredo de Bullon, se componía de 80,000 infantes y 10,000 jinetes.

Los cruzados de la Provenza y Mediodía de Francia emprendieron la marcha bajo las órdenes de Raimundo conde de Tolosa, distinguido por su intrepidez en las guerras de España contra los sarracenos, á quien el rey D. Alfonso VI había confiado el mando de un cuerpo de ejército. La historia nos ha conservado algunos de los nombres más ilustres que figuraron en esta cruzada, para dar testimonio evidente de su fe y entusiasmo por la guerra santa, así como de algunos españoles que se unieron á la misma no obstante que en España se luchaba heroicamente contra los musulmanes. Los nombres que merecen especial mencion segun antiguas crónicas, son los siguientes: Heraclio conde de Polignac, Poncio de Balazun, Guillermo de Sabran, Eleazar de Montredor, Pedro Bernardo de Montagnac, Eleazar de Castrie, Raimundo de Lilla, Pedro Raimundo de Hautpont, Gousier de Lastours, Guillermo V señor de Montpellier, Raimundo Pelet señor de Alois, Isardo conde de Dié, Rimbardo conde de Orange, Guillermo conde de Forez, Guillermo conde de Clermont, Gereldo hijo de Guillabert, conde de Rosellon, Gaston vizconde de Bearne, Guillermo Amanjeu de Albret, Raimundo vizconde de Castellon, Guillermo de Urgel, el conde de Forcalquier, y otros señores de no menor mérito y distincion. Con este cuerpo de ejército iban los obispos de Alp, Lodeve y de Range, con muchos eclesiásticos y monjes para el servicio espiritual del ejército. El Papa designó como legado de la Santa Sede á Ademaro obispo de Puy para que se uniese al ejército del conde de Tolosa y fuese el jefe espiritual de la cruzada, la cual atravesó los Alpes y se dirigió al Adriático.

En Italia se formó otro ejército de cruzados normandos el cual estuvo á las órdenes del príncipe de Tarento llamado Bohemundo, hijo del célebre Roberto Guiscardo, gran defensor de Gregorio VII, y de su primo Tancredo y otros grandes señores cuya enumeracion sería interminable, sobresaliendo en todos el valor, y el celo por la defensa de la fe, y llegando su abnegacion y sacrificio hasta el punto de vender la mayor parte de ellos sus castillos y feudos para hacer frente á los gastos de la guerra santa.

Pero, cosa singular y digna de observarse, en esta célebre y primera cruzada, que conmovió toda la Europa no vemos figurar ningun emperador ni rey para darle la importancia que merecia. Enrique IV, emperador de Alemania, habria sido el más digno de ponerse al frente de la cruzada por sus excelentes cualidades de valor y pericia, por disponer de poderoso ejército, y tener á favor suyo todas las probabilidades de la victoria; pero sus lamentables desavenencias con el papado, fueron sin duda motivos para no tomar parte activa en esta empresa de tanta gloria para la religion y bien de la cristiandad. Felipe I de Francia, con sus amores criminales con Bertrada esposa de Foulques de Rechin, conde de Anjou, prefirió las liviandades y hechizos de dicha cortesana, que deshonraban su reinado y su corte, antes de tomar la cruz y guerrear contra los enemigos del cristianismo. Guillermo el Rojo de Inglaterra, dominado por el interés personal, no quiso abandonar su reino nuevamente conquistado, para ir á la conquista de la Tierra Santa.

Los reyes de Castilla, Navarra y Aragon y los condes de Barcelona, tenian motivos y causas poderosas para no alejarse de sus reinos respectivos, no cediendo á nadie en su celo por la religion y su amor por la libertad de los Santos Lugares de Jerusalem. Dichos reyes combatian á brazo partido dentro de sus dominios contra los árabes y sarracenos enemigos del nombre cristiano, de manera que España desde la invasion de dichos bárbaros vino á ser el teatro de una continua cruzada, adonde acudian los más bravos y distinguidos señores de la aristocracia europea, á fin de acreditar su fe cristiana, ejercitarse en las armas y con ellas ennoblecer más y más sus familias con los rasgos de bravura, intrepidez y heroismo en los campos de batalla, combatiendo y luchando al lado de los naturales del país, los cuales con imponderable constancia venian sosteniendo tan ruda guerra por espacio de algunos siglos contra los hijos del profeta, que traidora y villanamente habian invadido la España en tiempo del infeliz y malhadado don Rodrigo.

Sin embargo, y á pesar de que la historia apenas habla de los caballeros españoles que militaron en esta cruzada, podemos asegurar no obstante que el arzobispo de Toledo llamado D. Bernardo, con la insignia de la cruz y seguido de gran número de nobles y vasallos, salió de España, atravesó los Pirineos y se unió al ejército del Mediodía de Francia, mandado por el conde de Tolosa.

Tambien es innegable que muchos nobles catalanes formaron parte de la cruzada, y tanto es así que desde aquella época datan y se conservan títulos y blasones entre la aristocracia catalana, adquiridos heroicamente por hechos de armas en la primera y sucesivas cruzadas, combatiendo en los campos de Asia y Palestina.

Los ejércitos reunidos de Godofredo de Bullon, del conde de Tolosa y

del príncipe de Tarento, formaban un total de 100,000 caballeros y 500,000 infantes, comprendidos hombres mujeres y niños. Las repúblicas entonces poderosas de Venecia, Génova y Pisa trasportaron la mayor parte de dichas fuerzas hasta el Bósforo y Constantinopla, para desde estos puntos dirigirse al Asia; y como sobreviniesen rivalidades y desórdenes por la ambicion de mando entre los principales jefes, que no querian sujetarse ni obedecerse unos á otros, se resolvió en un consejo general confiar el mando supremo á Godofredo de Bullon, jurando todos ciega obediencia á las órdenes que diera dicho general, bajo cuya direccion marchó el ejército hácia el Asia.

Los musulmanes, al saber que el ejército cristiano se dirigia hácia su territorio, llenos de temor determinaron reunir grandes fuerzas para defenderse, y al efecto se posesionaron de las montañas inmediatas á Nicea, que consideraron seria la primera ciudad atacada por los cristianos; y así fué en efecto. Dicha ciudad, capital de Bitinia y del imperio de Raum, está situada á orillas del lago Arcanio, cerca del mar de Mármara; se hallaba bien fortificada y defendida por numerosa guarnicion y por más de 370 torres. El ejército cruzado sitió dicha ciudad, y al cabo de pocos dias se presentó para atacar al ejército sitiador y hacerle levantar el sitio el sultan Soliman Kilidje Arstam con más de 100,000 hombres, trabándose una encarnizada batalla que duró doce horas, durante las cuales cristianos é infieles se causaron terribles pérdidas, quedando por fin victoriosos los cruzados, habiendo perdido más de 2,000 hombres, y dejando los musulmanes en el campo 4,000 muertos. Con la fuga del enemigo se continuó estrechando la ciudad, la cual indudablemente hubiera caido en poder de los cristianos á no ser la perfidia del emperador de Constantinopla, quien deseando conservar dicha ciudad trató secretamente con los sitiados por medio de un oficial griego, asegurándoles su proteccion; y que de este modo se librarian de la venganza de los cruzados. Los de Nicea convinieron en someterse á Alejo, emperador de Constantinopla, y con la mayor sorpresa vieron los cruzados ondear en las torres de la ciudad la bandera imperial. Grande fué la indignacion del ejército cristiano; con todo, levantó el sitio, y continuó la marcha hácia la Siria y Palestina.

Grandes trabajos tuvieron que soportar los cruzados al internarse en el Asia menor, La escasez del agua era la mayor calamidad que tenian que sufrir al atravesar los dilatados desiertos de aquellas regiones. Con pocos esfuerzos se rindió la ciudad de Galas ocupada por los turcos; y como la toma de esta plaza facilitaba el camino de Antioquia, los infieles procuraron poner dicha ciudad en un estado formidable de defensa.

El ejército cruzado seguia adelante, á pesar de los obstáculos que los infieles oponian á su marcha; para detenerle aun tenian ocupado el puente del Oronte, y á sus dos orillas numerosos batallones esperaban la llegada

de los cruzados. Sin embargo éstos avanzaron en buen orden, y precipitándose con arrojo contra los infieles, los derrotaron segunda vez.

A la otra parte del puente se dividió el ejército en dos cuerpos: el uno bajo las órdenes de Godofredo de Bullon, de Raimundo, Hugo el Grande y el conde de Flandes, y el legado del Papa, Aldemaro: el otro cuerpo, menos numeroso, iba bajo la dirección de Bohemundo, de Tancredo y del duque de Normandía. Este último cuerpo al llegar al valle de Gorgoni fué sorprendido inopinadamente por los musulmanes, que ocultos en las asperezas de las montañas se precipitaron como un torrente contra los cristianos, quienes sostuvieron con valor el ímpetu y violencia de los infieles; y aunque estos eran superiores en número, aquellos hicieron prodigios de intrepidez. La lucha era desigual y la derrota de los cristianos inevitable, pues se hallaban agotados de fuerzas, y abrumados por el número de enemigos y con muchas horas de lucha desesperada, cuando llegó en su socorro el ejército de Godofredo, que, envolviendo al enemigo, le destrozó completamente, quedando en el campo 3,000 oficiales y unos 20,000 soldados. Los cristianos perdieron 4,000 hombres. Esta batalla es conocida con el nombre de Dorilea (1097), por estar cerca dicha ciudad del valle en donde se libró.

Después de conseguida esta victoria, continuó la marcha el ejército cruzado, internándose en las regiones abrasadoras de la Frigia, en donde el hambre y la sed diezmaron horriblemente á los cruzados, siendo causa de nuevas desavenencias entre los jefes y soldados de tan diferentes países de que se componía aquel ejército. Balduino, hermano de Godofredo de Bullon, con un cuerpo de cruzados se apoderó de Edesa, después de haber pasado el Éufrates, de cuya ciudad tomó el título de príncipe. Siguiendo la marcha cayó en poder de los mismos la célebre ciudad de Tarso, patria del Apóstol de las gentes. El grueso del ejército marchó hácia Antioquía, la ciudad de las 400 torres, llegando á sus cercanías el 18 de Octubre de 1097.

La conquista de dicha ciudad ofrecía grandes dificultades, no sólo por lo imponente de sus defensas si no también por su numerosa guarnición. Por la parte del norte circunvalaba la ciudad el río Oronte; sus murallas, como todas las antiguas plazas de armas, estaban almenadas y defendidas de trecho en trecho por torres, y la guarnición se componía de 20,000 infantes y 7,000 caballos. Los jefes del ejército cruzado no ignoraban el estado formidable de la plaza, y por esto acampó á cuatro leguas de distancia, advirtiendo á las tropas los grandes peligros á que se verían luego expuestas, y exhortando á todos á que lucharan con entusiasmo y no perdieran el ánimo; pues esperaban conseguir un glorioso triunfo si ponían toda su confianza en el Dios de las batallas, por cuya gloria y honor empuñaban las armas. A pesar de acercarse el invierno, mala estación para



Hallazgo del hierro de la lanza que atravesó el costado del Salvador.

emprender guerras, los cruzados resolvieron poner sitio á Antioquía, creyendo que al aproximarse tan numeroso ejército se les abrirían las puertas de la ciudad; y con este motivo no hicieron los cristianos en los primeros días sino descansar de las pasadas fatigas; pero luego se desengañaron, por cuanto los sitiados hicieron repetidas salidas, matando á algunos cruzados que se habían esparramado por aquellas llanuras. Los cristianos por más valientes que fueran, sin máquinas de guerra para abrir brecha, no podían intentar el asalto; por cuyo motivo permanecieron mucho tiempo inactivos esperándolo todo del desaliento de los sitiados, ó mas bien de un prodigio del cielo. Con lo dilatado del sitio los víveres se acabaron luego, y á fin de prevenir el hambre que amenazaba á los cristianos, Bohemundo y Roberto de Flandes, al frente de una division, se dirigieron al territorio de Harem, y regresaron con provisiones algo abundantes; que se consumieron al cabo de poco tiempo, y entonces el hambre junto con el frío, propio de los últimos meses del año, causaron horribles estragos que redujeron al ejército á la espantosa necesidad de alimentarse de los cadáveres de los animales, y de los musulmanes fallecidos ó asesinados.

Hé aquí la narracion que sobre esto hacen los historiadores de las Cruzadas: Cada dia el frío, el hambre, las enfermedades aumentaban el sufrimiento del ejército, y abrian sepulturas para nuevas victimas: los sacerdotes no bastaban para recitar las oraciones de los difuntos y faltaba espacio para las sepulturas. Las crónicas nos representan á los caballeros pálidos y cubiertos de andrajos, arrancando con un hierro puntiagudo las raíces de las plantas, despojando á los surcos de las semillas recién sembradas, y disputando al ganado la yerba de los pastos. Los caballos de batalla habían perecido por falta de alimento; al principio del sitio se contaban hasta 70,000, á la sazón sólo quedaban 2,000, arrastrándose penosamente en torno de las tiendas podridas por las lluvias del invierno. A todos estos males se agregaba la desercion. El duque de Normandía que se había retirado á Laodicea, sólo volvió despues de tres intimaciones hechas en nombre de la religion de Jesucristo. La desercion de Guillermo Charpentier y la de otros caballeros causaron gran desaliento y escándalo. ¡Contraste inaudito! la corrupcion se mezcló en medio de la miseria más espantosa; bajo las tiendas de los cruzados se vieron la voluptuosidad y el hambre; el legado apostólico Aldemaro persiguió con su palabra severa y con amenazas á los libertinos y blasfemos; un tribunal compuesto de los principales jefes del ejército y del clero quedó encargado de perseguir y castigar á los delincuentes (1).

Las exhortaciones del legado pontificio y los castigos impuestos por el tribunal hicieron renacer la confianza y restablecieron la disciplina, y

(1) Michaud y Poujoulat: Hist. de las Cruzadas, cap. IV.

todos de consuno trabajaron con ardor en el sitio, ganosos de dar cima á la obra y poner fin á tantos padecimientos.

Al cabo de siete meses los cruzados se vieron dueños de la codiciada ciudad, retirándose los musulmanes á la ciudadela. Apenas alcanzado este triunfo, se presentó á su vez para sitiarnos el sultan Corbanes con 200,000 combatientes. La afliccion, el desaliento y el terror no podian ser mayores entre los cristianos; pero el cielo se compadeció de la triste situacion en que se hallaban sus fieles, y les sacó del peligro por medio de un prodigio.

Un clérigo de la Provenza, á quien la historia llama Bartolomé, se presentó ante el legado y jefes superiores del ejército, y refirió haber tenido un sueño en el cual san Andrés Apóstol le habia revelado que en la iglesia de san Pedro de Antioquia estaba enterrada la lanza con que fué herido el costado del Salvador, y que aquel hierro sagrado, llevado al frente del ejército, daria el triunfo á los cruzados. Oida esta relacion, se mandó cavar en el sitio indicado por el sacerdote, donde á gran profundidad se halló efectivamente la lanza. Este prodigio dió tanto ánimo á los cruzados, que enarbolando la lanza como un estandarte, salió el ejército entusiasmado contra los enemigos, y combatió con tanta intrepidez á la vista de aquel sagrado hierro, que fué derrotado el sultan, dejando tendido en el campo la mitad de su ejército, y en vergonzosa fuga la otra mitad, apoderándose los cristianos del campo, donde encontraron víveres, municiones é inmensas riquezas. Así aquellas numerosas tropas que poco antes se hallaban próximas á perecer de hambre, pudieron satisfacer cumplidamente su necesidad, renaciendo la alegría en todos los semblantes. Las iglesias fueron purificadas, y se celebraron en ellas con el mayor esplendor los misterios del culto católico. Bohemundo fué proclamado príncipe de Antioquia.

La rendicion de dicha ciudad llenó de terror á los emires y pequeños soberanos moros de aquellas regiones, los cuales se apresuraron á solicitar la alianza y paz de los cruzados, ofreciéndoles tributos y paso hasta Jerusalem. El califa fatimita de Egipto ofreció auxiliares para su conquista, y al efecto envió un ejército el cual se apoderó de Jerusalem, mientras los turcos estaban luchando, ó eran derrotados por el ejército cristiano; más el califa, faltando vilmente á lo ofrecido, quiso quedarse con la santa ciudad, alegando que los turcos cuarenta años antes la habian quitado á su padre, y que á los cristianos les bastaba la libertad, que ofrecia desde luego, de visitar los Santos Lugares (1).

Después de una permanencia inactiva en Antioquia, donde la peste y otras calamidades diezmaron el ejército cruzado, pues quedó reducido á unos 50,000 combatientes, se resolvió continuar la marcha, dirigiéndose á Jerusalem, término de su peregrinacion y único objeto de las ansias de

(1) Amat: Hist. Eccles., lib. X cap. VI.

todos. La capital de Judea se hallaba en poder del califa de Bagdad, que aquel quiso conservar, sin querer entregarla á los cruzados, á pesar del pacto que con ellos habia hecho: por este motivo enojados los cruzados, resolvieron atacar al ejército del califa y apoderarse de Jerusalem á viva fuerza.

A principios de junio de 1099 llegó el ejército cristiano frente á la santa ciudad, causando viva emoción, respeto y amor la vista de aquella inclita ciudad de los profetas, en la cual habian tenido cumplimiento todos sus vaticinios, y se habian verificado los grandes misterios de la redención. Todo el ejército la saludó con entusiasmo, con lágrimas y sollozos de amor y ternura; sin embargo tuvieron que detenerse los cruzados y mirarla desde lejos, porque estaba en poder de los infieles, y esta circunstancia enardecia más y más el valor de los soldados de Cristo para arrebatarla de las manos de los infieles.

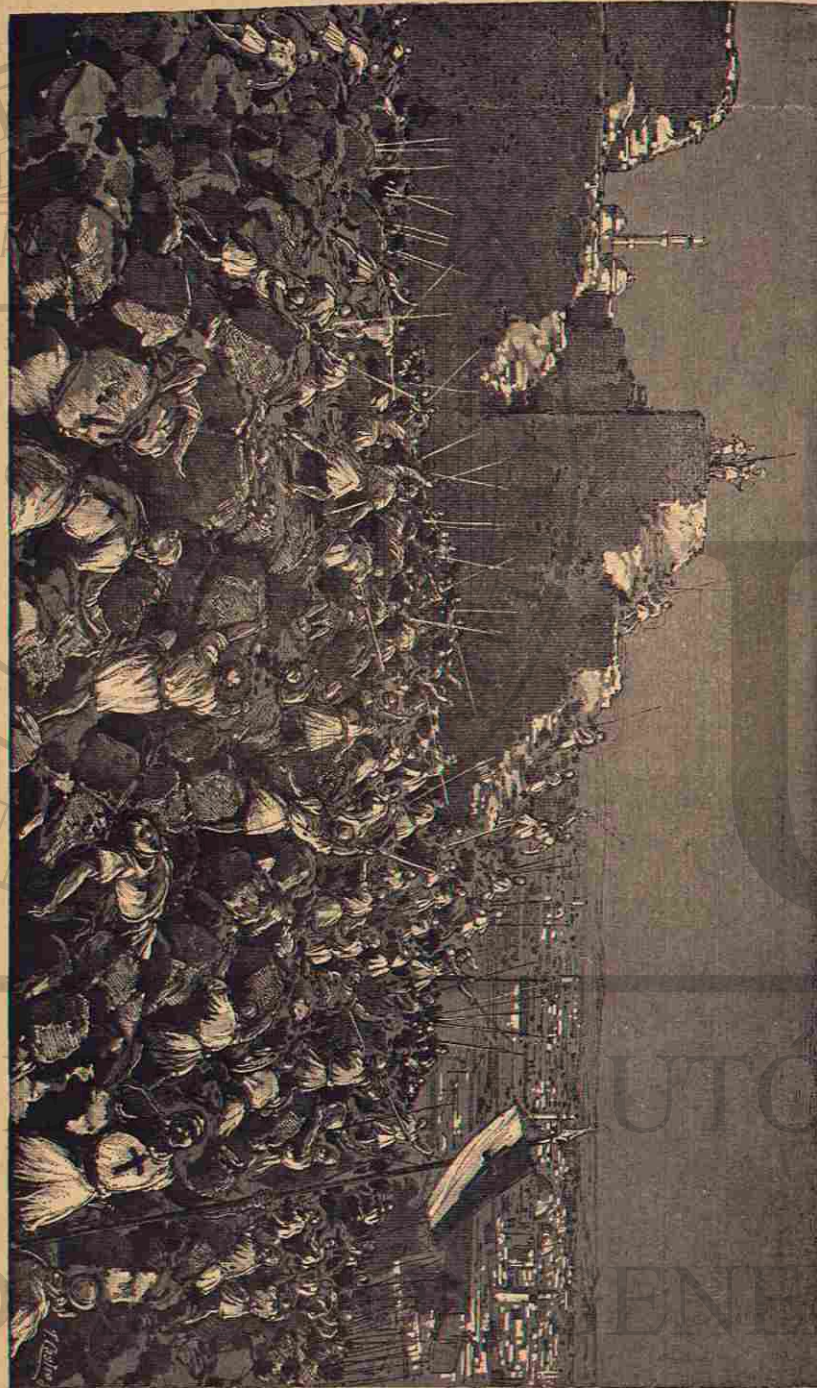
En efecto, desde el primer día del sitio hasta el del asalto, no disminuyó en un ápice la bravura y heroísmo de todos los cruzados indistintamente.

La guarnición que defendía á Jerusalem se componía de 40,000 hombres, y se hallaba provista de víveres y municiones para resistir un dilatado sitio. Con todo, no duró más que cinco semanas, merced á las sábias disposiciones de Godofredo de Bullon, y á los prodigios de valor que hicieron los cruzados.

El 15 de julio de 1099 fué el día señalado para dar el asalto general. Pedro el Ermitaño dirigió previamente una calurosa exhortación al ejército para inflamarle en el ardor é intrepidez en la lucha que iba á trabar contra los infieles.

Godofredo de Bullon fué el primero que penetró en la ciudad por medio de una torre de madera que mandó aproximar á las murallas mientras se daba el asalto; Tancredo fué el segundo que penetró en la misma por otro punto, así como Raimundo conde de Tolosa tuvo igual fortuna, cubriéndose todos los demás jefes y soldados de gloria y honor. Entró el ejército cruzado ciego de furor y venganza, no perdonando á hombres ni mujeres ni niños, siendo horribles el degüello y la matanza á que se entregó en Jerusalem. La carnicería fué verdaderamente excesiva, y hay autores que aseguran haber sido pasados á cuchillo 70,000 musulmanes de toda edad y sexo. El historiador Gemblag hablando de la toma de Jerusalem dice: «Cristianos y paganos en este asalto y combate dentro de la ciudad, se cebaron de una manera tan horrible en matarse unos á otros, que la sangre de los muertos llegaba á la rodilla de los caballos (1).»

En efecto, dícese haber sido tanta la mortandad, que en las calles se



Toma de Jerusalem por los cruzados.

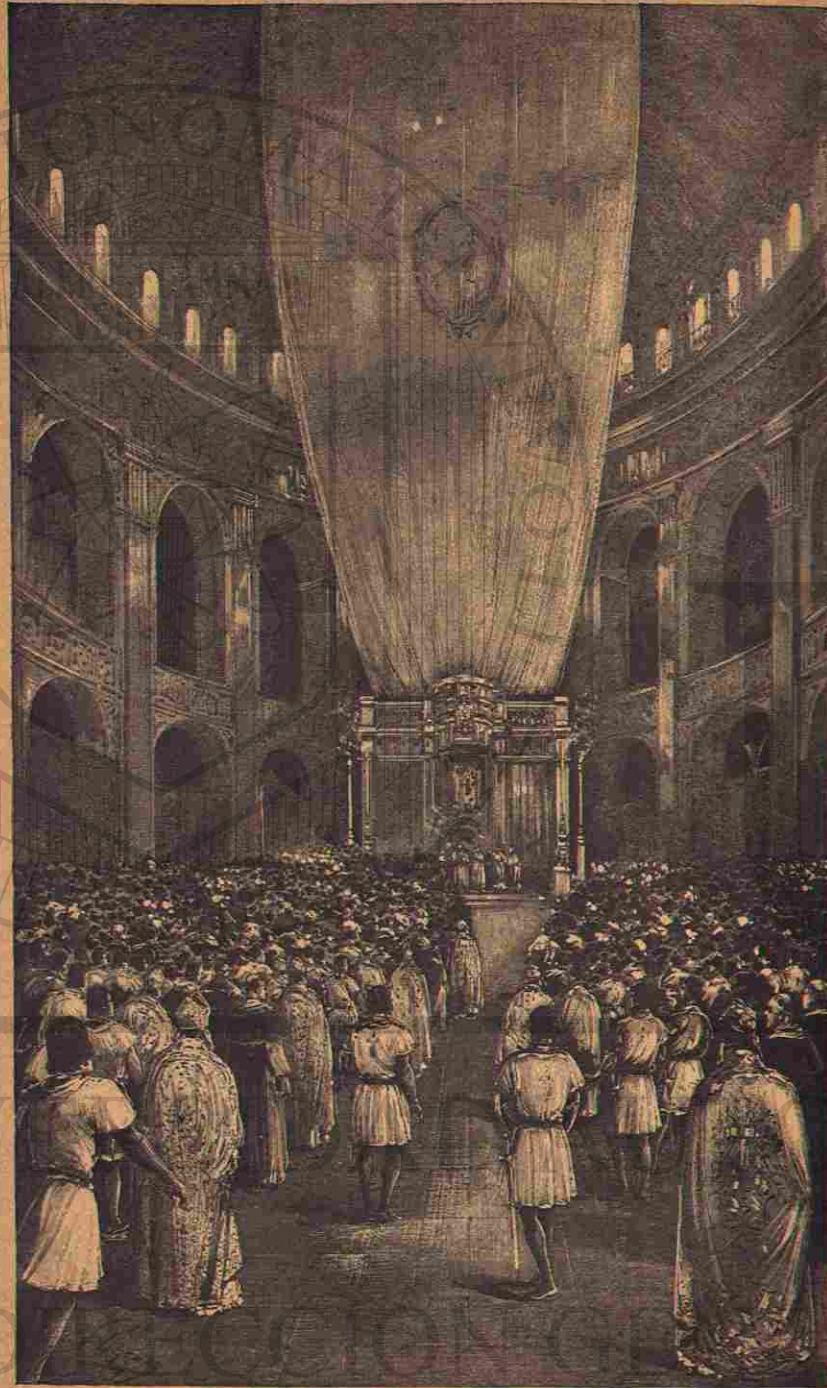
(1) Gemblag: Hist. de Palest., pag. 611.

habian formado como rios de sangre. Esto ha dado ocasion á algunos escritores para acriminar agriamente á los cruzados. Reprobando con toda la energia de que somos capaces los excesos á que se entregaron los cruzados en el asalto y combate dentro de Jerusalem, creemos oportuno copiar, en su disculpa, el razonamiento del Ilmo. Torres Amat, hablando de la toma de dicha plaza:

«En todas las plazas que se ganan por asalto, es moralmente imposible que cuando cesa la resistencia, calme al instante aquel furioso ímpetu con que los sitiadores acometen, y que se inflama más y más con la sangre que les cuesta cada paso que adelantan, mayormente si los sitiados pelearon al principio con valor, y son en tanto número, que los sitiadores, hasta despues de haber degollado á muchos, no creen cierta la victoria. Todo esto sucedia en Jerusalem: luego que se creyó segura la posesion, los principales cruzados dejaron las armas y los vestidos ensangrentados, y fueron descalzos y en traje de penitencia á visitar los Santos Lugares, comenzando por la iglesia del Santo Sepulcro (1).» En efecto, el espectáculo fué muy diferente, luego de calmado el furor del soldado, y se dió entrada á sentimientos más cristianos. Los que antes cuál bravos leones peleaban con denuedo, é impulsados por el ardor de la lucha derramaban sin misericordia tanta sangre al tiempo de la conquista, despues de ella iban de rodillas besando aquella tierra santificada por las plantas del Redentor, todos confesaban sus culpas y derramaban lágrimas de consuelo al visitar el Santo Sepulcro de Jesucristo. La entrada de los cruzados en Jerusalem fué el viernes día 15 de julio de 1099, á las tres de la tarde, cosa muy notable por ser el día de la semana y hora en que espiró Nuestro Señor Jesucristo.

Despues de estar los cruzados completamente apoderados de toda la ciudad santa, y tomadas las precauciones necesarias en un período tan peligroso, se resolvió hacer el acto de homenaje y devocion al Santo Sepulcro, pero con toda aquella ostentacion y magnificencia propias de la fe y religiosidad de aquellos tiempos caballerescos. La solemne ceremonia debia tener lugar á la mañana siguiente. La mayor parte de los jefes y soldados con el afan y ardimiento de verdaderos cristianos, dejadas las armaduras y depuesto el furor de que poco antes estaban poseidos, fueron en tropel á prosternarse humillados ante el Sepulcro del Salvador. Fué un espectáculo verdaderamente conmovedor el ver la devocion con que aquellos guerreros visitaban y besaban los vestigios en donde habia padecido el Redentor de los hombres; no se veian sino lágrimas, no se oian sino suspiros, y en todas partes no se observaban sino sentimientos de piedad,

(1) Amat: Hist. Ecles., lib. X, cap. VI.



Te-Deum por la toma de Jerusalem

señales evidentes que demostraban la veneracion que infundia á todos los corazones aquella tierra empapada con la sangre de Jesucristo.

Como se habia resuelto, á la mañana siguiente, 16 de julio, dia de la Exaltacion de la Santa Cruz, reunido el ejército y á su frente los grandes capitanes, Aldemaro legado de la Santa Sede, asistido de los obispos y clero, celebró con gran solemnidad el sacrificio de la misa en accion de gracias al Todopoderoso por la dichosa conquista de la santa ciudad, concluyendo con el *Te-Deum* y bendicion á todo el ejército.

Una vez cumplidos los deberes religiosos y asegurada la tranquilidad, remitióse á la Santidad del papa Pascual II una relacion minuciosa y detallada de tan glorioso acontecimiento, el cual esparcido por todo el orbe cristiano causó indescriptible entusiasmo, levantándose por todas partes un grito general de alabanza al Dios de los ejércitos.

Como la conquista de los Santos Lugares de la Palestina y rescate del Sepulcro del Salvador causasen á todo el mundo cristiano la más inefable alegría, la devocion más fervorosa y el entusiasmo más extraordinario, la Santa Sede, para perpetuar tan fausto suceso, estableció que en toda la cristiandad se celebrase el 15 de julio una fiesta conmemorativa con oficio de rito doble y octava, con misa propia, cuyo introito era de la profecia de Isaías: *Ecce nomen Domini venit de longinquo* (1). Así como los judíos, segun san Jerónimo (aún sucede al presente) suelen recordar con llanto, gemidos y lamentos la ruina de Jerusalem por Tito y Vespasiano, así tambien los cristianos, nuestros antepasados, celebraban con regocijos y fiestas solemnes las victorias que alcanzó la primera cruzada, arrancando del poder de los musulmanes enemigos de Jesús y de María la santa ciudad de Jerusalem (2).

La organizacion del nuevo reino reclamaba imperiosamente la formacion de un gobierno que rigiese y administrase los intereses del país como del ejército: así desde luego se convocó un consejo general de los magnates á fin de deliberar la forma de gobierno que debia establecerse para mantener y continuar la conquista de la Palestina. En dicho consejo hubo serios debates, sostenidos por la ambicion de unos y la rivalidad de otros. El legado Aldemaro reclamaba los derechos de la Silla Apostólica, y por consiguiente la anexion de Jerusalem á favor de la Santa Sede; unos proponian por rey al conde de Tolosa, y otros á Roberto duque de Normandia. No obstante la divergencia de pareceres y encontradas opiniones, llegó á ponerse de acuerdo la mayoría, decidiéndose en favor del general en jefe de la cruzada, que tan acertada y prudentemente habia dirigido la expe-

(1) Isaías, c. XXX, v. 27.

(2) Balinghem: Diario de Maria, pág. 237.

dicion, es decir, fué proclamado rey de Jerusalem Godofredo de Bullon, príncipe ilustre por su piedad, prudencia valor y magnanimidad.

Una vez proclamada su eleccion, fué acompañado por los grandes señores cruzados á la iglesia del Santo Sepulcro para coronarle por rey de Jerusalem, lo que rehusó tenazmente, diciendo que jamás ceñiría una corona de oro en una ciudad en la cual el Salvador de los hombres habia sido coronado de espinas, ni tampoco tomaría el título de rey, y que únicamente quería se le llamase Baron y defensor del Santo Sepulcro, á cuyos deseos accedieron los grandes señores, admirados de la humildad de su ilustre jefe. Despues de concluida la ceremonia, y adorado el Santo Sepulcro, pasó á visitar la casa hospitalaria de San Juan, la primera que los latinos poseyeron en Jerusalem, y fué recibido por su piadoso fundador Gerardo de Martignes y otros administradores de aquel hospitalario establecimiento, en el cual se hallaban muchos cruzados curándose de sus heridas, recibidas durante el sitio y asalto de la ciudad, á cuyo asilo habian sido trasladados despues de su rendicion.

Godofredo de Bullon quedó admirado de la caridad, aseo y cuidado con que eran asistidos los heridos y enfermos por los hospitalarios, los cuales no economizaban cuidados y sacrificios para alivio de las dolencias de los que gemian en el lecho del dolor, y éstos en medio de sus quebrantos no cesaban de agradecer y alabar la caridad de los hospitalarios; de ahí provino que muchos jóvenes de la principal nobleza, renunciando volver á Europa, se consagraron al servicio de los pobres y peregrinos, contándose entre los ilustres cruzados que tomaron el distintivo de san Juan, Raimundo duque en el Delfinado, que, seguía la muerte de Gerardo, fué el segundo jefe de la Orden; Dudon de Comps tambien del Delfinado, Gaston, Conon de Montagut de Auvernia y otros muchos.

Conocida la utilidad de la orden Hospitalaria de San Juan, Godofredo de Bullon quiso manifestar su afecto y simpatía á dicha casa, cediendo para su sosten los señoríos que le pertenecian de Montboise con todas sus dependencias, que formaban parte de sus dominios de Brabante. Su ejemplo fué imitado por muchos príncipes y grandes señores, que cedieron en favor de la orden de San Juan rentas y posesiones que en poco tiempo la elevaron á grande altura, tanto en Palestina como en Europa, con cuyos recursos el venerable Gerardo de Martignes pudo hacer frente á todas las necesidades de la orden; pero como hasta entonces habia sido solo un administrador secular, el deseo de entregarse á mayor perfeccion, despues de la toma de Jerusalem, le decidió á proponer á sus consocios consagrar su vida en el hospital al servicio de los pobres y peregrinos, tomando un hábito y estatuto regular, cuya forma aprobó el papa Pascual II en 1104.

Poco tiempo disfrutó de reposo el ejército cruzado despues de la toma de Jerusalem, por cuanto no pudiendo sufrir el Sultan de Egipto que los

cristianos se hubiesen posesionado de una parte de sus dominios, y principalmente de Jerusalem, se puso al frente de numeroso ejército, é invadiendo la Palestina trató de atacar á los cruzados hasta su nueva capital; y así lo hubiera realizado si al llegar á noticia de Godofredo de Bullon, éste no se lo hubiera impedido, castigando tan soberbia osadía. Al efecto reunió el ejército cruzado y salió de la capital para ir al encuentro del enemigo, que se hallaba atrincherado en las llanuras de Ascalon, donde se dió la batalla, quedando completamente derrotado el musulman, y victorioso el cristiano, que entró triunfante otra vez en Jerusalem.

Afianzada con esta nueva victoria la conquista de la Tierra Santa, procedióse desde luego á dotar la Judea de un código, ó constitucion totalmente feudal, para su régimen y gobierno, que se llamó *Curia* de Jerusalem. Eligiéronse tambien para lo espiritual obispados en las principales ciudades del nuevo reino, dependientes ó sufragáneos del Patriarca; creáronse feudos además de los principados de Antioquia y Edesa, como los marquesados de Tiro, Sidon y Cesarea, los condados de Assur y Tripoli, y los señoríos de Jaffa, Naplusa y Tiberiades, cuyos señoríos fueron repartidos entre los más distinguidos campeones de la cruzada.

La Corte del Rey, la Curia del Vizconde de Jerusalem, y el Tribunal Sirio para los indígenas, fueron las tres jurisdicciones del país.

El ilustre Godofredo de Bullon sobrevivió solamente un año á su gloriosa entrada en Jerusalem, pues murió el 18 de julio de 1100.

Séanos permitido ahora, por via de digresion, decir dos palabras acerca del origen de las casas aristocráticas y de los romances cuyo principio tuvo lugar en esta época.

La cruzada que acabamos de historiar fué ciertamente la que dió más elevado carácter á la institucion de la caballería nacida de la mezcla de naciones árabes y pueblos germanos; los sentimientos religiosos del teutónico y la delicada galantería del oriental dictaron por decirlo así los deberes del caballero, que consistian en rogar á Dios, servir á las damas, defender la viuda y al huérfano, amar á su señor, luchar, cazar y manejar bien y con destreza tanto el caballo como la lanza. El descrédito y el general abandono en que yacian las letras y las ciencias (que solamente se cultivaban en los claustros), la carencia absoluta de toda cultura intelectual, favorecieron por extraordinario modo al feudalismo, que alentado por el fervor místico de los pueblos no mejoró ni la rudeza ni la ferocidad de las costumbres de la época.

En los castillos de los señores feudales era donde los vasallos conducian á sus hijos, para que los nobles encastillados les enseñasen á servir y adiestrarse en el manejo de las armas, para con el tiempo merecer los honores de la caballería, y eran llamados donceles, pajes y escuderos.

Cuando el señor feudal concedía el honor de armar caballero á un

doncel, señalaba el día de la ceremonia en que debía tener lugar la recepción, y ésta era á la vez religiosa y militar, comprendiendo el baño simbólico, el ayuno de 24 horas, la guardia ó vigilia de las armas, una noche entera pasada en la iglesia en oración, y en seguida la confesión y la comunión. Practicadas estas ceremonias, el novel caballero recibía de mano del señor ó de una dama las espuelas, la cota de malla, la coraza, las brazaderas, los guantes y la espada; para recibir todo lo antedicho debía estar arrodillado ante el señor, el cual le daba tres golpes de plano con la espada sobre la espalda, y le decía: *En nombre de Dios, de San Miguel, y de nuestro señor san Jorge, yo te hago caballero.*

También el uso del nombre nobiliario de muchas familias se remonta á la primera cruzada, lo mismo que los escudos de armas y emblemas heráldicos; en las numerosas expediciones un caballero no tenía otro medio para hacerse reconocer sino por un nombre propio, y para lograr este objeto la mayor parte adoptó el de su feudo; y con este motivo los caballeros se hicieron pintar igualmente en sus escudos y blasones con signos abreviados las empresas que recordaban las banderas bajo las cuales habían combatido, añadiendo aun las divisas que servían para distinguirlos en los torneos, ya sea luchando con fuerza y destreza, ya sea buscando los aplausos ó los premios concedidos á los vencedores y entregados por mano de las damas.

Después de la conquista de Jerusalén, muchos cruzados abandonaron la Palestina y volvieron á su patria; y al regresar á ella, no pocos alcanzaron una vida regalada, pasando de un castillo á otro castillo de los señores feudales con el pretexto de dar noticia de aquellos que habían dejado en tan lejana tierra, y ante dichos señores y sus damas contaban con verdad ó exageración sus heroicas y caballerescas aventuras. De ahí provino llamar romanceros en el Norte, y trovadores en el Mediodía, á los que ponían en verso sus aventuras.

Los juglares ó bufones eran los que las recitaban, y los cantadores y ministriles los que las cantaban con acompañamiento de instrumentos. En el aislamiento y ociosidad en que se hallaban los castillos feudales, cuyos muros impedían la entrada tanto á la civilización como al enemigo, penetraron los primeros cantores de las proezas de los guerreros de la cruz, cautivando la atención de los arrogantes señores que habitaban dichos castillos; de ahí es que desde el soberbio barón y altiva dama hasta los donceles y baja servidumbre, recibían siempre con gusto y hasta con magnificencia á los trovadores y cantores de propias y ajenas aventuras.

Dichos poetas errantes principiaron á dar una forma literaria á los nuevos idiomas aún imperfectos, rudos y variables, y más ó menos impregnados de latín, siguiendo el genio ó la ignorancia de los pueblos poco civilizados.

Las lenguas vulgares comprendían: en Alemania más allá del Meuse el *Tudesco*, lengua de *ia*; en Italia el Italiano, lengua de *si*; en Francia romana y Neustria el *romance*, dividido en romance del Norte, *Welche* ó *Walon*, lengua de *oil*, y en romance del Mediodía, lengua de *oc*.

El romance era el producto de la lengua galo-romana, modificada por los francos y cuya formación fué precisada por los escandinavos cuando se establecieron en Normandía.

El latín, aunque muy despreciado por los bárbaros é ignorantes, continuó siendo la lengua madre, la religiosa y la filosófica, mientras que los idiomas nacionales se desarrollaban en la sociedad civil ó temporal. Las interminables epopeyas de los romanceros y trovadores llamadas «canciones de los hechos,» se componían á veces de 20 á 40,000 versos, que pertenecían por sus objetos á muchos *ciclos*: el *ciclo Carolingio*, cuyo héroe era Carlomagno, y que más tarde produjo la *Cancion de Roldan*, y el romance de los *Loheranos*: el *ciclo del Blason*, cuyos héroes fueron el *Rey Artús* y los *Caballeros de la Mesa Redonda*, personajes de leyenda, calcados sobre el ciclo precedente y cantados por Roberto Wace medio siglo después de su romance de Brut; y el tercer *ciclo*, cuyo héroe fué Alejandro el Grande.

Desde principios del siglo XI empezó una especie de renacimiento literario cuyos síntomas visibles parecían haberse borrado con los sucesos de Carlomagno. Sin embargo, bajo el reinado de Carlos el Calvo subsistía aún cierta actividad intelectual, que tomó creces en los palacios y sobre todo con las cuestiones teológicas.

Hemos considerado útil por lo curioso dar las anteriores noticias sobre las costumbres de la época que venimos describiendo, y que son al propio tiempo parte de las consecuencias que produjo la primera cruzada.

Reanudemos ahora la materia y veamos, aunque sea retrospectivamente, cuál era la situación de la Palestina después de la toma de Jerusalén.

Desde el establecimiento del cristianismo hasta nuestros días, demostraron constantemente los fieles particular veneración por la tierra sagrada que el Salvador honró con su presencia divina.

Los primeros cristianos residentes en Jerusalén y sus cercanías se vieron obligados á alejarse de aquellos Santos Lugares, mientras duró el sitio y después de la toma de la ciudad deicida por Vespasiano y Tito. Siglos antes nos había hecho de aquel país la siguiente descripción el profeta de las *Lamentaciones*:

«¿Por qué una ciudad tan populosa, tan rica y llena de delicias, se ve ahora tan solitaria y despojada de todos sus adornos y bellezas? ¿Por qué la que sujetó tantos pueblos á su dominio, y era reina de las provincias, es ahora viuda y huérfana, sin rey, sin templo, sin pontífice, sin magistrados, y sufre ignominioso yugo?

«Sus caminos se ven desiertos, y no hay quien vaya á adorar al Señor en sus mayores solemnidades: derribadas por tierra sus puertas, gimen y suspiran sus sacerdotes; sus doncellas se muestran desaliñadas y desfiguradas, y ella suspira penetrada de amarga pena.

«¡Oh vosotros, los que pasáis por los caminos que van á Jerusalem, ved, contemplad y decidme si hay dolor comparable con el mio!

«Tenía el Señor determinado derribar los soberbios muros de la hija de Sion, y para esto tendió su cuerda, como hacen los arquitectos cuando quieren nivelar ó igualar algún terreno. Y cuando hubo comenzado la obra, no apartó de ella la mano hasta haberlo destruido todo, é igualado con el suelo. Cayó, pues, el muro, y todo lo que tenía delante, que le servía de resguardo.

«Las puertas de la ciudad y del Templo se vieron sepultadas en sus ruinas, fueron rotas y quebrantadas las barras y cerrojos que las aseguraban; su rey y sus príncipes llevados cautivos, gimen la pérdida de su libertad entre las naciones: cesó la exposicion de la ley y su observancia, por lo que mira á lo ceremonial y sacrificios; enojado el Señor, ni aun á los verdaderos profetas quiso dar sus respuestas.

«Al considerar y ver tan grandes miserias, se debilitaron mis ojos, y casi cegaron de llorar sin cesar y sin consuelo, sintiendo dentro de mí conmovidas todas mis entrañas: no cabía en el pecho mi corazón al ver el quebranto de mi pueblo, y como desfallecían de hambre y sed en medio de las calles los niños y aun los tiernos infantes, que llevaban las madres pendientes de sus pechos.

«¿Qué ejemplo de calamidad pública y de quebranto podré yo hallar para compararle con el tuyo, hija de Jerusalem, y darte por este motivo algún consuelo? ¿con cuáles penas igualaré las tuyas, hija de Sion, para que respire algún tanto, siendo como las aguas del mar sin límites ni término?

«Pero, quedaste burlada, porque todos los que pasaban cerca de tus muros, te insultaban y escarnecían en tus desgracias, y meneando la cabeza, decían: ¿este es el paradero de aquella gente, hermosa y gloriosa Jerusalem, que llenaba de gozo toda la tierra?»

Salvas insignificantes pinceladas que no desfiguraron el cuadro, ha sido siempre igual la situación de los Santos Lugares.

«En efecto, Eusebio, dice un autor-viajero moderno, en su *Historia de la Iglesia*, en su *Vida de Constantino*, y en su *Onomasticum urbium et locorum Sacra Scriptura*, nos describe los Santos Lugares casi lo mismo que los vemos hoy; habla del Santo Sepulcro, del Calvario, de Belén, del monte de los Olivos y de la gruta donde Jesucristo reveló los misterios á sus Apóstoles. Sigue á este historiador San Cirilo, quien nos muestra las estaciones sagradas tales como se veían antes y despues de los trabajos de Constantino y de Santa Elena.....»

San Jerónimo describe en estos términos las estaciones donde se detuvo la santa dama romana Eustoquio:

«Arrodillóse delante de la Cruz, en la cima del Calvario, y trazó en el Santo Sepulcro la piedra que el ángel había levantado cuando lo abrió, y besó con especial respeto el lugar sobre que había descansado el cuerpo de Jesucristo. Vió en el monte Sion la columna en que el Salvador había sido atado y azotado; esta columna sostenía entonces el pórtico de una iglesia; haciéndose luego trasladar al lugar donde los Discípulos estaban reunidos cuando el Espíritu Santo bajó sobre ellos. Trasládose también á Belén y se detuvo al pasar por el sepulcro de Raquel, visitó el Pesebre, y le parecía ver aun en él á los Magos y á los pastores. En Bothfagé halló la tumba de Lázaro y la casa de Marta y María: en Sichar admiró una iglesia construida sobre el pozo de Jacob, donde Jesucristo habló á la Samaritana; y finalmente halló en Samaria el sepulcro de San Juan Bautista.»

Este escrito de san Jerónimo cuenta ya 1485 años, porque es del año 404; y todas las relaciones de la Tierra Santa desde la primera que conocemos *Viaje de Araelfo* hasta los muchos de nuestros días, describen constantemente de la misma manera lo dicho por san Jerónimo.

En vista de esto no sorprende la devoción de todos los cristianos de todos los países á la Tierra Santa. La toma de Jerusalem por los cruzados en 1099 dejó algo expedito el camino, salvó muchas dificultades y allanó no pocos inconvenientes que impedían aquel viaje. No obstante, los naturales del país, animados por el odio que profesaban á los cristianos, no dejaron de agruparse, posesionarse de los desfiladeros y atrincherarse á lo largo de los caminos para caer mas impunemente sobre los viajeros europeos, á quienes se consideraba como enemigos jurados de Mahoma y de su secta.

A consecuencia de los repetidos insultos, robos y asesinatos cometidos por los mahometanos, algunos caballeros de la primera cruzada, movidos de compasión, trataron de poner coto á tales desmanes, y resueltos por otra parte á entregarse á una vida más perfecta formaron el propósito de consagrarse especialmente á la defensa de los peregrinos, seguridad de los caminos y guarda del Santo Sepulcro.

Dichos caballeros eran en número de nueve de los muchos que habían seguido á Godofredo de Bullon en la primera cruzada que se había organizado en Europa para la conquista de la Palestina, y con ella liberar no solo aquellos Santos Lugares de la tiranía, barbarie y profanación sarracena, si no también conservarlos y venerarlos con libertad, mayormente por recordar el testimonio más sublime del amor de todo un Dios, que derramó en ellos su preciosa sangre por salvar á todos los hombres.

Inspirados, pues, aquellos nobles caballeros por el espíritu de Dios, y

animados de un celo ardiente y de fervorosa caridad, de comun acuerdo resolvieron no apartarse jamás del Santo Sepulcro de Jesucristo para guardarlo de toda profanacion de parte de los hijos del Islam; y con este propósito se establecieron desde luego en aquel lugar, consagrándose además á la defensa y proteccion de los piadosos peregrinos que de todas partes acudian á Jerusalem para visitar el Santo Sepulcro. El proyecto de defensa que concibieron dichos caballeros consistia en establecerse á lo largo del camino desde Jaffa ó Beirut hasta Jerusalem, y acompañar de trecho en trecho á los piadosos extranjeros, librándolos de los ataques, insultos, robos y brutalidades de los infieles.

Es preciso saber que en aquella época la Palestina ejercia sobre las imaginaciones cristianas una fascinacion extraordinaria, pues bastaba que el romano Pontífice agitase un instante el sagrado lábaro, es decir, el estandarte de la cruz, para ver en torno suyo como por encanto un ejército numeroso de cristianos entusiastas y decididos para seguir y militar bajo los pliegues de aquella bandera; y como aquella época, por más que se la tilde injustamente de ignorante, era época de fe ardiente, de ahí es que todos indistintamente, nobles y plebeyos, grandes señores y vasallos, pobres y ricos, ardian y deliraban para marchar en seguida á la Tierra Santa, abandonando gustosamente la patria, familia y comodidades, para satisfacer su devocion, humillarse ante el Sepulcro de Cristo, besar aquella tierra empapada con su sangre, y dispuestos á morir si era preciso batallando contra los infieles, con aquel valeroso entusiasmo que solo saben inspirar la fe y la religion.

Es cierto que la Iglesia por sus Papas y Concilios fué la que fomentó de un modo extraordinario el entusiasmo de los pueblos para la guerra santa, abriendo los tesoros de indulgencias y gracias espirituales á favor de aquellos que se cruzasen para pelear contra los sarracenos, conservar el Santo Sepulcro del Señor, y alcanzar el perdon de los pecados. Como testimonio de lo que acabamos de indicar, insertamos el texto de un cánon establecido con este objeto, en el Concilio celebrado en Roma, primero de San Juan de Letran, que fué el noveno de los generales, presidido por el papa Calixto II, durante la Cuaresma de 1123.

«Cánon XI.—Se admite como ejercicio de penitencia el ir á la guerra de las Cruzadas. Concedemos el perdon de los pecados á los que van á Jerusalem para defender á los cristianos; sus casas, bienes y familias quedan bajo la proteccion de san Pedro y de la Iglesia Romana, y será excomulgado quien usurpe sus bienes, mientras están en la expedicion. A los que se cruzaron para la de Jerusalem ó la de España y no han ido, mandamos que vayan despues de Pascua, bajo pena de excomunion, y si fuesen señores de lugares, también incurrirán en la pena de entredicho en sus pueblos, donde cesará todo oficio divino, menos el bautismo de los niños y la penitencia de los moribundos.»

Con un cánon por el estilo, la predicacion continua sobre la cruzada y la efervescencia religiosa de los pueblos, fué como la Europa entera se precipitó más de una vez hácia la santa ciudad de Jerusalem; pero en atencion á los reveses y descalabros que desde un principio experimentaron los cruzados, ora por la traicion y felonía de unos, ora por la ambicion y desacuerdo de otros, se reconoció la imperiosa necesidad de formar ó instituir una milicia permanente, encargada no solamente de custodiar el Santo Sepulcro del Salvador, sino también de guerrear sin tregua, en los mismos lugares donde se habia localizado la guerra santa, contra los seguidores del Alcoran y de la media luna; y por medio de esta lucha heroica trasmitir á los nuevos combatientes de la fe las tradiciones del pasado, á fin de que esas mismas tradiciones pudieran perpetuarse hasta los tiempos sucesivos. Es de todo punto cierto é indisputable que la fundacion de una orden religiosa es obra de Dios, quien inspira al fundador un fin piadoso y de provecho para las almas; así es que en la época de que nos ocupamos, por inspiracion divina, en vez de una orden nacieron dos, y se constituyeron una en pos de otra en órdenes militares y religiosas; la primera fué llamada de los soldados ó caballeros del Temple, y la segunda tomó el nombre de Hospitalarios de San Juan de Jerusalem, despues de los Caballeros de Rodas y últimamente de Malta, cuya orden ha durado hasta nuestros días, por más que existe sólo de nombre.

El principio de la célebre Orden de los caballeros del Temple se debió á *Hugo de Paganis*, hijo de una familia distinguida unida á los condes de Champaña, cuyo nombre provenia de un castillo cerca de Troyes sobre el Sena (1).

El segundo caballero se llamaba *Godofredo de San Omer*, de la familia de los Castellans de San Omer en Flandes, la cual subsistió hasta 1617.

A estos dos caballeros se unieron otros siete franceses, tan recomendables por su distinguido nacimiento, como por su bravura é intrepidez.

Una crónica del Cister nos ha conservado el nombre de cuatro, que son *Rossal*, *Geofredo Bisol*, *Payen de Montdidier* y *Archanbaudo de San Agnan*. Una carta del rey Balduino nos hace conocer á otros dos caballeros cuyos nombres son *Andrés* y *Gondemaro*; Andrés pertenecia á la familia de Montbard, y era tio materno de San Bernardo (2).

El noveno fué, segun todas las apariencias, *Hugo I*, séptimo conde de Champaña, fundador de Claraval; dicho caballero se unió á los anteriores en 1125, cuya union motivó el que san Bernardo le escribiese una carta

(1) Crónica Cist. apud Mirreum, De orig. ord. Equestrium.

(2) Reg. Const. et privill. ord. Cistere., pág. 177.—Manrique, tom. 1, pág. 375, Anales del Cister.

felicítandole por haberse hecho pobre soldado de Cristo, de conde y rico como era. Dicho conde murió en Palestina en 1126 (1).

Pero, no anticipemos ideas, y ya que las Cruzadas fueron el origen de los Caballeros del Temple, digamos algo acerca de lo que fueron aquéllas, ya que por los frutos se conoce el árbol.

Los escritores del siglo pasado, los más enemigos de todos los siglos del Cristianismo, han presentado las cruzadas bajo un punto de vista odioso, y no han perdonado medio para censurarlas y acriminarlas. Semejante conducta es hija de la ignorancia ó de la injusticia y quizás de las dos á la vez. Las Cruzadas no fueron locuras, como se las calificaba, ni en su principio, ni en su resultado. Tampoco fueron los cristianos los agresores, pues, si prescindiendo de los atropellos sufridos por los pobres peregrinos que iban á visitar los Santos Lugares, los vasallos de Omar, saliendo de Jerusalem, despues de dar la vuelta al Africa, cayeron sobre Sicilia, España y Francia, costando á España ocho siglos de heróicas luchas, ¿por qué á su vez los europeos no tendrían el derecho de dar la vuelta al Asia, corriendo trabajos y peligros, para vengarse de los descendientes de Omar, hasta en la misma Jerusalem? Es por cierto espectáculo magnífico ver á estos dos ejércitos de Europa y de Asia marchar en sentido contrario alrededor del Mediterráneo, y encaminándose, á la sombra de sus respectivas banderas, á atacar á Jesucristo y á Mahoma, en medio de sus adoradores. Quien no vea en las Cruzadas sino peregrinos armados que corren á rescatar un sepulcro en Palestina, da pruebas de vista muy limitada en historia. Tratábase no sólo del rescate de este sagrado sepulcro, sino también de saber si debía dominar la tierra un culto enemigo de la civilización, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, ó un culto que ha hecho revivir en las naciones modernas el génio de la sabia antigüedad y abolido la ominosa servidumbre.

Basta leer el discurso del Papa Urbano II, pronunciado en el concilio de Clermont para convencerse de que los jefes de aquellas empresas guerreras, movidos al santo é inspirado grito de *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* no abrigaban las mezquinas ideas que se les atribuyen, ya que su propósito era salvar al mundo de una nueva irrupción de bárbaros.

El espíritu del mahometismo es la persecución y la conquista, el cree ó muere, el Corán ó la cimitarra, mientras que el del Evangelio es la tolerancia y la paz.

Los cristianos sufrieron por espacio de setecientos sesenta y cuatro años todos los males que se gozó en causarles el fanatismo de los musulmanes, y solo intentaron interesar en su favor á Carlomagno; pero ni Es-

(1) Chronica Alberini, an. 1125.

paña ocupada en su grande epopeya de la expulsión morisca de su propio suelo, ni la Grecia ni las Dos-Sicilias devastadas, ni el Africa entera esclavizada, pudieron determinar por espacio de cerca de ocho siglos á los cristianos á tomar las armas para llevarlas á Palestina. Si al fin los tristes gritos de tantas víctimas degolladas en Oriente, si los alarmantes progresos de los bárbaros, ya en las puertas de Constantinopla, despertaron á la cristiandad y la hicieron acudir presurosa á su propia defensa, ¿quién se atrevería á decir que la causa de las guerras sagradas fué injusta? ¿Cuál sería hoy la suerte de Europa, de la meridional á lo menos, si nuestros padres no hubiesen rechazado oportunamente la fuerza con la fuerza? Contémplese parte de la Europa todavía, lo que se llama Turquía europea, y véase cual es el destino de un pueblo bajo el yugo musulmán. Los que tanto se felicitan actualmente por el progreso de las luces, ¿hubieran querido ver reinar entre nosotros á los que consideran un mérito humillar á los hombres y miran con el mayor desprecio las ciencias y las artes?

Las Cruzadas al debilitar las hordas mahometanas en el centro mismo del Asia, impidieron que fuésemos presa de los turcos y de los árabes, y en sentir de un publicista de talento, nos han salvado de nuestras propias revoluciones, suspendiendo, por medio de la *paz de Dios*, nuestras guerras civiles, y abriendo ancha salida al exceso de población que tarde ó temprano ocasiona la ruina de los Estados.

Un brevísimo resumen de las Cruzadas, que no otra cosa permite la índole de nuestro trabajo, nos ilustrará acerca de lo que debemos pasar por alto, y nos encaminará en el estudio de la historia de los Caballeros del Temple.

La primera cruzada habia salvado el moribundo imperio griego, internando á los turcos en el Asia Menor.

Jerusalem era el antemural del imperio, contra el cual se concentraban todos los esfuerzos de los infieles. No obstante, el emperador Alejo, desconociendo cuán necesario era á sus intereses la defensa de esta pequeña colonia de cristianos, abandonó á Jerusalem á su propia suerte, y fué necesaria una segunda Cruzada para conservar la conquista de la primera.

Predicó san Bernardo en Francia y Alemania.

Conrado III partió pues para la Tierra Santa; pero su ejército, extraviándose en las montañas de la Capadocia, pereció de cansancio, hambre, y bajo las flechas de los turcos, de que solo pudo escaparse su jefe Conrado. El ejército francés no fué más feliz. Solo un resto de barones y caballeros que abandonaron al pobre pueblo en el tránsito, embarcándose en buques griegos, llegaron á Antioquia, desde donde pasaron á Jerusalem, donde se hallaba el emperador Conrado en clase de peregrino, regresando á Europa sin haber podido citar una sola hazaña que excusase tantos desastres.

Nuredino, príncipe de Mosul, aprovechó la ocasión para atacar á los cristianos. Este enemigo era tanto más terrible, cuanto que era un santo del mahometismo. Así no podía consentir que Jerusalen, la tercera ciudad santa del Islamismo, estuviese en manos profanas.

Mientras que su general, Saladino, hacia la conquista del Egipto, Nuredino colocaba bajo su dependencia toda la Siria musulmana y arrebató Damasco á los cristianos. La muerte atajó sus proyectos, pero Saladino heredó estos con su poder y talento.

Saladino atacó á Jerusalen.

Su rey Guido de Lusignan cayó prisionero en la desastrosa jornada de Tiberiades, y la ciudad santa y Tolemaida se vieron forzadas á abrir las puertas al vencedor.

La noticia de la pérdida de Jerusalen causó dolorosa sensación en toda Europa, y al momento nuevas bandas de peregrinos se pusieron en marcha. El emperador Federico Barbaroja bajó del Danubio con un ejército poderoso; Ricardo de Inglaterra y Felipe de Francia tomaron la cruz.

Mientras que estos se aprestaban, los cristianos de Siria, refugiados en Tiro, tomaron la ofensiva, y fueron á sitiar á san Juan de Acre. Durante dos años toda la guerra se concentró al rededor de esta plaza.

Finalmente, en la primavera del segundo, las armadas de Francia é Inglaterra se presentaron en la bahía de Tolemaida, y la emulación de los dos jóvenes reyes, Felipe Augusto y Ricardo Plantagenet, dió nuevo vigor á las operaciones del sitio. La plaza sucumbió, y su rendición fué la señal de la partida.

Felipe se retiró á Francia.

El rey de Inglaterra á quien sus hazañas y valor dieron el nombre de *Corazon de Leon*, continuó la empresa de los cruzados, conquistando la costa marítima y las ciudades de Jaffa y Cesarea.

Saladino fué constantemente batido hasta los muros de Jerusalen; pero la prudencia ó la envidia de los jefes de Ricardo salvaron á los musulmanes consternados, que atribuyeron á un milagro la imprevista retirada de los cristianos.

Ricardo volvió á Inglaterra, dejando Jerusalen en manos de los infieles.

La cruzada anterior, llamada de los Reyes, había tenido un éxito poco favorable.

La nueva cruzada, ó cuarta, ni aun siquiera llegó al término de su viaje, y abandonó á Jerusalen por Constantinopla.

Predicóla un tal Fulques.

Los condes de Flandes y de Champagne tomaron la cruz.

Eudes III, duque de Borgoña, y Bonifacio, marqués de Montferrat, se unieron á la expedición.

Seis varones, entre los cuales se encontraba Gofredo de Ville-Har-

douin, fueron en comisión á Venecia, para que esta ciudad diese á los cruzados fuerzas navales. Los venecianos consintieron en la demanda á condición de que los cruzados les diesen una gruesa suma de dinero. Vinieron en ello, pero después de agotar todos los recursos, tuvieron á fin de solventarla, que conquistar la república de Zara en Dalmacia, para los venecianos. Durante esta expedición, el príncipe Alejo vino á suplicar á los cruzados libertasen el imperio griego del poder de un usurpador. Cruzados y venecianos consintieron en ello, y partieron para Constantinopla.

Sesenta mil caballos esperaban á los cruzados en la playa.

La acción parecía arriesgada, pero los cruzados obtuvieron una fácil victoria, y entraron bien pronto en Constantinopla, merced á la cobardía de los griegos y á la habilidad de los venecianos.

El emperador destronado fué colocado en el trono: no obstante, Alejo no pudo cumplir sus promesas á los auxiliares sin exasperar al pueblo con sus exacciones. Irritado este destronó de nuevo al emperador, y colocó en el trono al príncipe Marzufle, así llamado por sus negras cejas. Burlados así los Cruzados, sitiaron y tomaron de nuevo á Constantinopla, y más de una legua de esta inmensa ciudad fué enteramente devastada.

Marzufle fué precipitado de lo alto de una columna.

Los venecianos hicieron dar el título de emperador á Balduino, conde de Flandes, aunque reteniendo para sí una cuarta parte de Constantinopla y todas las puertas del imperio, desde el Ponto-Euxino hasta el mar Adriático, con Candia y todas las islas del Archipiélago; y desde entonces el dogo se apellidó señor de una cuarta parte del imperio griego. Bonifacio de Montferrat retuvo el título de rey de Tesalia y de una parte de la Macedonia; Ville-Hardouin se hizo duque de Tracia; los lugares célebres de la antigua Grecia tomaron entonces por un trastorno raros títulos feudales. Atenas se convirtió en ducado, la Acaya en principado y Corinto en señorío.

El rey de Hungría Andrés II emprendió la quinta cruzada, reuniéndosele Juan de Brienne, que tenía el título de rey de Jerusalen, Hugo, rey de Chipre, y el duque de Austria Leopoldo III el Glorioso.

El Egipto proporcionaba continuamente auxilios á los musulmanes de Judea: así los cruzados resolvieron ir á conquistar allí á Jerusalen. Pasaron primero á San Juan de Acre; pero de allí se dirigieron á Egipto, cayendo Damietta en su poder; pero luego que se internaron en el país atacados por todas partes por los musulmanes, y diezmados por la peste, se vieron muy pronto obligados á restituir su conquista para obtener el permiso de salir de una comarca que les era tan fatal.

El mal éxito de esta cruzada empeñó al Papa á obligar al emperador Federico II á cumplir el voto que había hecho de tomar la cruz, recurriendo á la excomunión para conseguirlo.

Federico llegó á Siria el día 8 de setiembre de 1228, donde la mala inteligencia de los Sultanes de Egipto y Damasco le entregó sin resistencia el reino de Jerusalem.

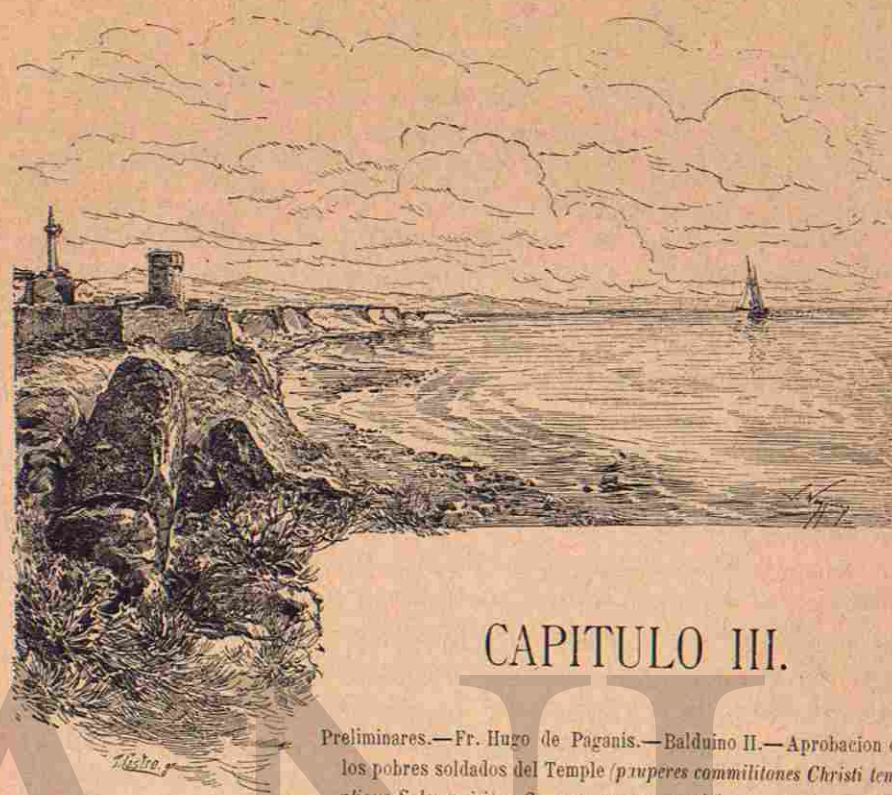
En efecto, por un convenio firmado en febrero de 1229 el Sultan de Egipto le cedió Jerusalem, Belen, Nazaret, Rauza y todo el país situado entre San Juan de Acre, Tiro, Sidon y Jerusalem.

No obstante, despues de la ausencia de Federico, los cristianos no tuvieron por mucho tiempo esta conquista. Debilitados por las guerras civiles, aliados ya del Sultan de Damasco, ya del de Egipto, perdieron á Jerusalem, que en 1249 recobraron por algunos años, y fueron por fin expulsados definitivamente al poco tiempo.

El voto de San Luis, rey de Francia, durante su enfermedad, produjo la séptima cruzada. Dirigióse á Egipto en 1248; pero el hambre, miasmas pestilenciales procedentes de los canales y el terrible fuego griego disminuyó mucho su ejército, y la victoria de los musulmanes, en Mausurah, le forzó á emprender una retirada desastrosa, en la cual quedó prisionero con los restos del ejército cruzado. No obstante, San Luis logró rescatarse y salvar este resto; pero ántes de regresar á Francia pasó aún cuatro años en Palestina como simple caballero, ocupándose en mantener la paz entre los príncipes cristianos y restablecer las fortificaciones de las plazas que aun poseían.

La muerte de su madre obligó á San Luis á volver á Francia; pero luego que hubo arreglado los negocios del reino, emprendió una nueva cruzada, que se dirigió desde luego á Túnez, donde murió de la peste con la mayor parte de su ejército.

Resumiendo, diremos: las Cruzadas reunieron por primera vez en un mismo campo y con un objeto desinteresado los hombres de todas las naciones europeas y de todas las condiciones sociales, reunion que debia ser de inmensos resultados para lo sucesivo. Los cruzados, perfeccionando el arte de la navegacion, formaron el gran comercio, dando al mundo un nuevo elemento de poder en la riqueza moviliaria, destinada un dia á derrocar el poder de la riqueza territorial. Las ciudades marítimas se engrandecen. Venecia, Génova, Pisa, Marsella y Barcelona cubren el Mediterráneo con sus bajeles. Los señores feudales, abandonando sus castillos y concediendo privilegios á los vecinos de las ciudades para obtener dinero, preparan la decadencia del poder feudal y el triunfo de los reyes y de los pueblos. Inventáronse los escudos de armas, lengua muda, y, sin embargo, tan fecunda, y creáronse los nombres de familia. Fundáronse las órdenes militares que tomaron los nombres de San Juan de Jerusalem (los hospitalarios), la de los caballeros teutónicos, y ántes que estos los del Templo (los templarios) de la que vamos á ocuparnos ahora con toda la extension que se merece.



CAPITULO III.

Preliminares.—Fr. Hugo de Paganis.—Balduino II.—Aprobacion de los pobres soldados del Templo (*pauperes commilitones Christi templique Salomonici*).—Su voto y sus servicios.—Donaciones á la Orden.

ENTRE los cruzados que partieron para Constantinopla y la Tierra Santa en 1096, se encontraban Hugues de Payens ó de Payns, *Hugo de Paganis*, de la casa de los condes de Champagne, Godofredo ó Geofredo de san Omer, *Godefridus de Sancto Audemardo*, flamenco de origen.

El notario apostólico *Sicus de Vercellis*, testigo oido el 3 de marzo de 1311 en el proceso instruido contra la Orden del Templo, afirma que se pretendia en Oriente que estos dos caballeros fundadores de la Orden eran *Borgoñones* (1). El nombre de Hugo de Paganis figura en la lista de los príncipes, señores y caballeros que tomaron parte en la segunda cruzada; el de Godofredo de San Omer no se lee en ella (2). Este vacío puede explicarse. La personalidad de Godofredo de San Omer se eclipsó ante la de Hago de Paganis, que

(1) Quod duo nobiles de Burgundia milites Ordinem militie Templi inceperunt.—*Proc.*, t. I. p. 642. El art. 2.º de la *Regla Francesa* decia: Bien s'enve damesieu aver nos et nostr' Sauveor Jhesu Christ, leguel a mandé ses amis de la sainte cité de Jherusalem en la marche de Franceet de Bergoigne.

(2) *Galerias históricas del palacio de Versailles*, t. VI, 1.ª y 2.ª parte, edic. 1810-44.

Federico llegó á Siria el día 8 de setiembre de 1228, donde la mala inteligencia de los Sultanes de Egipto y Damasco le entregó sin resistencia el reino de Jerusalem.

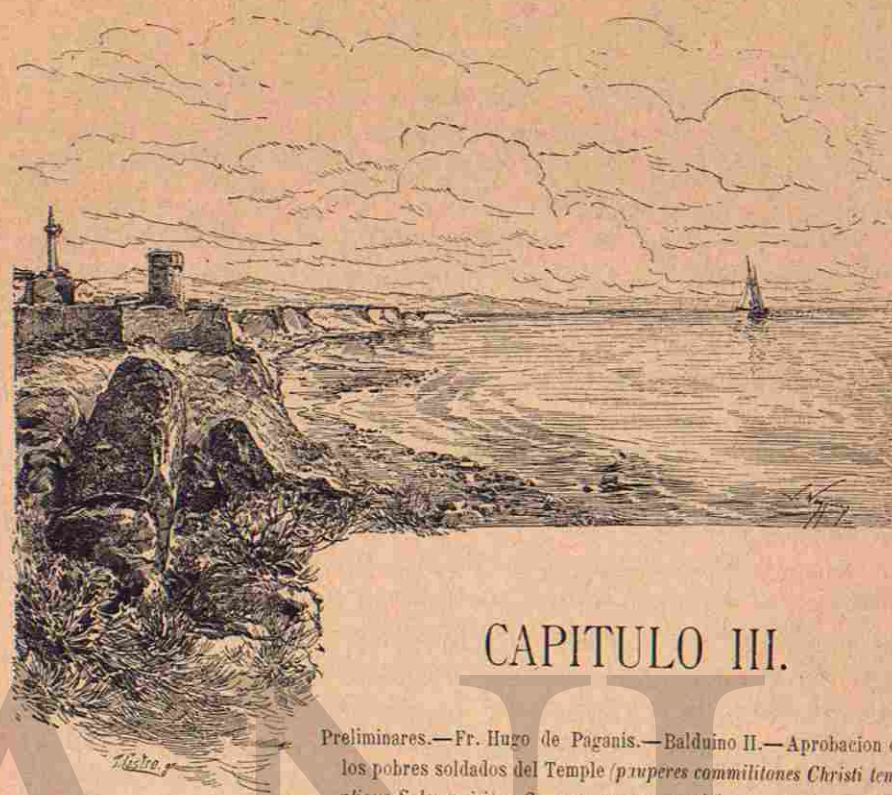
En efecto, por un convenio firmado en febrero de 1229 el Sultan de Egipto le cedió Jerusalem, Belen, Nazaret, Rauza y todo el país situado entre San Juan de Acre, Tiro, Sidon y Jerusalem.

No obstante, despues de la ausencia de Federico, los cristianos no tuvieron por mucho tiempo esta conquista. Debilitados por las guerras civiles, aliados ya del Sultan de Damasco, ya del de Egipto, perdieron á Jerusalem, que en 1249 recobraron por algunos años, y fueron por fin expulsados definitivamente al poco tiempo.

El voto de San Luis, rey de Francia, durante su enfermedad, produjo la séptima cruzada. Dirigióse á Egipto en 1248; pero el hambre, miasmas pestilenciales procedentes de los canales y el terrible fuego griego disminuyó mucho su ejército, y la victoria de los musulmanes, en Mausurah, le forzó á emprender una retirada desastrosa, en la cual quedó prisionero con los restos del ejército cruzado. No obstante, San Luis logró rescatarse y salvar este resto; pero ántes de regresar á Francia pasó aún cuatro años en Palestina como simple caballero, ocupándose en mantener la paz entre los príncipes cristianos y restablecer las fortificaciones de las plazas que aun poseían.

La muerte de su madre obligó á San Luis á volver á Francia; pero luego que hubo arreglado los negocios del reino, emprendió una nueva cruzada, que se dirigió desde luego á Túnez, donde murió de la peste con la mayor parte de su ejército.

Resumiendo, diremos: las Cruzadas reunieron por primera vez en un mismo campo y con un objeto desinteresado los hombres de todas las naciones europeas y de todas las condiciones sociales, reunion que debia ser de inmensos resultados para lo sucesivo. Los cruzados, perfeccionando el arte de la navegacion, formaron el gran comercio, dando al mundo un nuevo elemento de poder en la riqueza moviliaria, destinada un dia á derrocar el poder de la riqueza territorial. Las ciudades marítimas se engrandecen. Venecia, Génova, Pisa, Marsella y Barcelona cubren el Mediterráneo con sus bajeles. Los señores feudales, abandonando sus castillos y concediendo privilegios á los vecinos de las ciudades para obtener dinero, preparan la decadencia del poder feudal y el triunfo de los reyes y de los pueblos. Inventáronse los escudos de armas, lengua muda, y, sin embargo, tan fecunda, y creáronse los nombres de familia. Fundáronse las órdenes militares que tomaron los nombres de San Juan de Jerusalem (los hospitalarios), la de los caballeros teutónicos, y ántes que estos los del Templo (los templarios) de la que vamos á ocuparnos ahora con toda la extension que se merece.



CAPITULO III.

Preliminares.—Fr. Hugo de Paganis.—Balduino II.—Aprobacion de los pobres soldados del Templo (*pauperes commilitones Christi templique Salomonici*).—Su voto y sus servicios.—Donaciones á la Orden.

ENTRE los cruzados que partieron para Constantinopla y la Tierra Santa en 1096, se encontraban Hugues de Payens ó de Payns, *Hugo de Paganis*, de la casa de los condes de Champagne, Godofredo ó Geofredo de san Omer, *Godefridus de Sancto Audemardo*, flamenco de origen.

El notario apostólico *Sicus de Vercellis*, testigo oido el 3 de marzo de 1311 en el proceso instruido contra la Orden del Templo, afirma que se pretendia en Oriente que estos dos caballeros fundadores de la Orden eran *Borgoñones* (1). El nombre de Hugo de Paganis figura en la lista de los príncipes, señores y caballeros que tomaron parte en la segunda cruzada; el de Godofredo de San Omer no se lee en ella (2). Este vacío puede explicarse. La personalidad de Godofredo de San Omer se eclipsó ante la de Hago de Paganis, que

(1) Quod duo nobiles de Burgundia milites Ordinem militie Templi inceperunt.—*Proc.*, t. I. p. 642. El art. 2.º de la *Regla Francesa* decía: Bien s'envre damesieu aver nos et nostr' Sauveor Jhesu Christ, leguel a mandé ses amis de la sainte cité de Jherusalem en la marche de Franceet de Bergoigne.

(2) *Galerías históricas del palacio de Versailles*, t. VI, 1.ª y 2.ª parte, edic. 1810-44.

fué elegido maestro de la comunidad naciente. Veremos que el Freyle Godofredo de San Omer acompañó á Hugo de Paganis y al patriarca de Jerusalem, *Estéban de la Fierte*, en 1128, al concilio de Troyes, donde la Orden del Temple recibirá la regla.

Después del saqueo de Jerusalem, 15 de julio de 1099, cuando príncipes, condes, y barones, ávidos de conquistas temporales, se habian adjudicado soberanías y señoríos, y las hermosas mujeres de Grecia cuyo amor habia prometido Alejo Comneno al valor viéronse modestos nobles ir en pos de más desinteresado objeto. A Roberto, conde de Flandes, le escribía Alejo Comneno: «Déjense los defensores de la fe á lo menos atraer por el amor del oro y de la plata que abundan aquí; déjense además, seducir por la belleza de las mujeres de Grecia que son voluptuosas en todas partes en mi imperio (1).»

Nos dice Mateo Paris que después de la toma de Jerusalem, el rey Godofredo de Bouillon hizo sacar los cadáveres amontonados en el interior de las iglesias y alrededor del Templo (2), que fundó en seguida un coro de canónigos encargados de celebrar el oficio divino en la iglesia del Santo Sepulcro. El Rey murió el 7 de abril de 1100, á la vuelta de una expedición: al pasar por Cesaréa, el emir de esta ciudad le habia hecho servir una cidra envenenada. Baduino, hermano uterino de Godofredo, que se habia apoderado de Edesa, por propio provecho, fué elegido rey por la parte militante de los vasallos inmediatos á la corona: bajo su reinado, el patriarca de Jerusalem Arnulfo hizo regulares de San Agustin á los canónigos cuya corporacion habia creado el rey Godofredo. Hacia el año 1118, bajo Balduino Dubourg, primo y sucesor de Balduino de Edesa, Hugo de Paganis y Godofredo de San Omer se consagraron al servicio de Dios, bajo la regla de los canónigos de San Agustin. En manos del patriarca Guatimond ó Gormond hicieron voto perpetuo de obediencia, de abdicacion de voluntad, de castidad, de pobreza, (de no poseer nada propio). Para la remision de sus pecados, habianse establecido permanentemente en cierto desfiladero peligroso para las caravanas que se encaminaban al Santo Sepulcro. Vigilaban los caminos, los movimientos de los infieles, siempre dispuestos á atacar y degollar á los peregrinos; salían al encuentro, y les acompañaban en seguida hasta las puertas de la ciudad santa. Aquel desfiladero, conocido entonces bajo el nombre de camino de

(1) «Amor saltem auri argentique quorum innumerabiles illic habentur copiae, cupiditas illiceret; praeter haec, universa pulcherrimarum feminarum voluptate trahantur... Carta de Alejo Comneno á Roberto, conde de Flandes.—GUILBERT, *Gesta Dei per Francos*, lib. I, cap. V., p. 375.

(2) *Ecclesias civitatis et praecipue templi ambitum a cadaveribus occisorum, et sordibus universis mundantes.* MAT. PARIS, año 1099, p. 31. Paris 1844.

los Peregrinos, tomó muy pronto el de *Campo*, de *Castillo Peregrino*, que conservó en lo sucesivo (1).

La abnegacion de aquellos caballeros les atrajo los beneficios del Rey y del Patriarca.

Hugo de Paganis y Godofredo de San Omer asociaron otros siete caballeros á su ruda tarea. Como carecian de casa, el rey Balduino II les dió una habitacion en su palacio cerca del Templo, los canónigos abandonaron en provecho de ellos un edificio contiguo que se les habia cedido. Allí fijaron los caballeros su morada (2). Desde entonces, se les llamó los pobres soldados del Templo, *pauperes commilitones Christi templique Salomonici*. En sus comienzos eran tan pobres, que montaban dos en un solo caballo, en señal de fraternidad; el sello de los Templarios representaba en su origen un caballo montado por dos ginetes (3). El sello del Templo tomó el nombre de bola; estaba fundido en plomo y plata, y era la señal del mando.

Cuando el proceso de los Templarios, en 1310, Pedro de Palude, dominico, bachiller en teología, afirmara, bajo la fe del juramento haber oido decir que los dos caballeros se habian dado al diablo á consecuencia de un combate en el cual uno habia sido herido, aunque se habia encomendado á Jesucristo, mientras que el otro, que se habia encomendado al demonio, habia salido ileso. Ese bachiller en teología no vacila en declarar que él cree que el caballero ileso en la batalla era el diablo en persona (4).

Guillermo de Tiro y Mateo Paris hacen observar que, desde el año 1118 al 1127, en cuya época pidieron la regla, el número de los caballeros del Templo no excedía de *nueve*, número igual al tiempo de sus servicios pasados (5). Durante estos nueve años los Hermanos conservaron el hábito secular. Muy luego, el favor del Rey y del Patriarca produjo la generosidad del pueblo, de los grandes y de los prelados; asignáronse á los caba-

(1) *Quondam passum custodiebant qui nunc castrum peregrinum nuncupatur, in quo passu, qui tunc iter peregrinorum vocabatur.* *Declaracion del notario apostólico Sicus de Versellis.* Proc. t. I. p. 643.

Este es el origen del célebre Castillo-Peregrino, construido á orilla del mar, á diez millas de Cesarea. Este paso peligroso, de que habla el testigo de Versellis, se llamaba el estrecho, porque habia sido cortado por mano de hombre en la peña. Los Templarios construyeron allí una torre, y, en 1218, una fortaleza en un promontorio al frente.

Castillo-Peregrino continuó en poder de los cristianos hasta el año 1291, fecha de la caída de Tolemaida. Castillo-Peregrino lleva actualmente el nombre de Athlit, al sud de Acre, entre Cesarea y Caifa á la altura de Nazaret.

(2) *In palatio regis mansionem habent... rex Balduinos in palatio suo eis habitaculum concessit... Canonici vero plateam quam circa habebant palatium ad officinas constituendas concesserunt.* Mat. Paris p. 46.

(3) *Adeo pauperes ut unum tantum equum haberent communem, unde eorum sigillo incupuntur duo equites uni equo insidentes.* *Variantes de Mat. Paris.* G. Lombard.

(4) Véase Mat. Paris, edic. de Paris 1644, en fol.

(5) *Quem credit fuisse diabolum transformatum in forma humana.* Proc. t. II. p. 193.

llos, ya beneficios temporales, ya perpetuos (1); desde entonces hizose necesario reglamentar su asociacion; personas de espada y personas de religion, hombres de Iglesia, solo el Papa tenia el poder de autorizarles para derramar la sangre humana en los combates (2); solo el Papa tenia calidad para permitir la creacion de una Orden á la vez religiosa y militar, una comunidad capaz de recibir, adquirir, conservar, contratar, conforme con los principios del derecho canónico y feudal.

Cuando los caballeros pidieron la regla, el patriarca Estéban de la Fierle rogó al papa Honorio II que se la concediera. Lamberto, obispo de Ostia, que ocupaba el trono pontificio desde el 11 de diciembre de 1124, bajo el título de Honorio, encargó este importante asunto á Bernardo, abad de Claraval (3).

Tratándose de una Orden tan perseguida y tan calumniada como lo fué la del Templo, no holgará aquí una digresion que nos ponga al corriente de las doctrinas del santo abad de Claraval, autor de la regla de los Templarios.

Era Bernardo el hijo tercero de Teselin, señor del castillo *des Fontaines*, y de la señora Aleth de Monbars (4). En su calidad de hijo menor, estaba destinado Bernardo á la Iglesia. En 1112, á la edad de veintidos años, entró Bernardo en la abadía del Cister, gobernada por el abad Estéban; robusteció la regla, y creó en este centro religioso el amor al estudio, al trabajo, la prosperidad.

En 1115 dejó Bernardo el Cister para fundar la abadía de Claraval, en un lugar situado á orillas del Ambe, que le concedió Thibaut, conde de Champagne, lugar frecuentado por los malhechores desde remotos tiempos. Aquella madriguera se conocía entonces bajo el nombre de *Valle de ajénjo*, valle de dolores, por los viajeros que se aventuraban á pasar por allí y caían en poder de los bandidos (5). Los monjes de Claraval viéronse forzados en un principio á vivir de alimentos mezclados con hojas de haya, con cebada, mijo y avena, á hacerse un pan más parecido á tierra que á otra cosa (6); pero muy pronto cubrióse el suelo de verdor y de cereales. Debíose esta transformacion á la fe, á la oracion, á la obediencia, á la re-

(1) *Certa eis provictu et amictu beneficia, quedam ad tempus, quedam in perpetuum contulerunt, G. de Tiro, t. I, p. 12. lib. VII, y Gurtler, n. 44.*

(2) *Hosten sine culpa ferint... Regla latina, art. 51.*

La chevalerie armée puet sanz eolpe tuer les anemis de la croix.... Regla francesa, art. 57.

(3) *.....qui (Bernardus) pro dicto negotio et officio per sanctam Ecclesiam Romanam fuit Ellectus... Cédula del Templario Elias Aymeric. Proc. t. I, p. 121, al final....—De mandato Domini Honorii pape... Labbe, Consilios, tom. XI, p. 1564, D.*

(4) *Burgundiae partibus fontanis oppido patris sui oriundus fuit... Pater ejus Tesselinus, mater Aleth ex castris cui nomen Monsbarrus.... Vida de san Bernardo, cap. I y II.*

(5) *Vallis absintialis dicebatur propter amaritudinem incidentium in latrones... Nangis, año 1115, p. 6.*

(6) *Magis terrenus quam furfurens. Nangis, id.*



Papa Honorio II.

gla y al azadon que Bernardo manejaba tambien para dar ejemplo á sus hermanos (1).

Bernardo habia tomado por su cuenta la defensa del dogma, de la unidad católica, de la fe, de la moral. Protegia á los débiles y tronaba contra los desórdenes de la Iglesia y los vicios del clero. El mal era grande y profundo en el siglo duodécimo. En 1107, el rey Felipe I se habia visto obligado, con el consentimiento del papa Pascual, á expulsar á las religiosas de San Eloy á causa de su *lascivia* (2). En 1119, el papa Calixto II vióse en la necesidad de excomulgar á los *simoniacos*, á los que exigian para administrar los sacramentos, y prohibir el concubinato á los sacerdotes, á los diáconos y á los subdiáconos (3). En 1127, el papa Honorio debió renovar las mismas prohibiciones (4). En 1129, Suger acabó por expulsar de su convento á las religiosas de Argenteuil, á causa de su mala conducta, entre las cuales se encontraba Eloisa, esposa de Abelardo (5).

Bernardo profesaba la doctrina de San Agustin, sus principios acerca del amor, de la gracia, del anonadamiento del hombre ante Dios, de las ventajas de la vida en comun. No obstante, la vida contemplativa no bastaba para el alma enérgica del abad de Claraval, que imprimió considerable movimiento á la religion del obispo de Hipona, asociándola á la regla austera y activa de San Benito (6). Sostenía que el anonadamiento del hombre ante Dios no debia excluir la actividad. «El hombre, decia san Bernardo, es impotente si se mantiene inerte. La contemplacion no es más que un recreo. «El hombre debe ejercer su poder en la naturaleza y en la sociedad. La actividad es el principio de la salvacion. El deber del hombre consiste en el conocimiento de Dios, en la práctica de la continencia, de la castidad, de la obediencia, de la abnegacion, del sacrificio, del trabajo. La ociosidad es el enemigo del alma (7). El hombre debe luchar y combatir contra la materia. La fe que salva al alma conduce á la conquista del cielo.» Pero esto no era bastante para Bernardo: la fe y la espada debian obrar de comun acuerdo, combatir por el triunfo del dogma y de la unidad católicas, porque no se consigue la corona sin com-

(1) Vida de san Bernardo, cap. IX.

(2) Propter intemperantem quam imprudenter agebant fornicationem moniales... FELIBIEN, *Historia de la ciudad de Paris*, t. III, p. 53.

(3) Ubi sunt excommunicati simoniaci et pro sepultura, Crismate vel baptismo pretium exigentes, ibique uxorum et concubinarum contubernia, presbyteris, diaconis et subdiaconis, sunt penitus interdicta... *Nangis*, año 1119.

(4) Labbe, *Concilios*, t. X, p. 919.

(5) Moniales infames... *Nangis*, año 1129.

(6) *San Bernardo*, carta 3.ª á unos canónigos regulares.

(7) Pedro el Venerable, abad de Cluny, y san Bernardo, Carta 229.

bate (1). El abad de Claraval necesitaba una religion armada (2), una religion militante; Carlomagno habia fundado el imperio con el auxilio de la cruz y de la espada.

Bernardo queria asociar para la conquista y la conservacion de la Tierra Santa la espada espiritual y la espada temporal, que, entonces, eran solidarias en materia de gobierno y de jurisdiccion. «Deben desenvainarse las dos espadas» escribe al papa Eugenio (3). «Hay dos espadas que deben gobernar á todos los pueblos espiritual y temporalmente, porque una de las espadas debe ser espiritual, y la otra temporal. La espiritual debe dejarse á la Santa Iglesia, y la temporal á los reyes de la tierra, cuando una espada necesita á la otra, deben ayudarse mutuamente..... la espada temporal debe siempre estar dispuesta para guardar y defender á la santa Iglesia cuantas veces sea menester (4).

Bernardo, á quien se consideraba como un astro caido del cielo á la tierra (5), creía haber recibido una mision de lo alto. Soñaba en la unidad política sobre el modelo de la unidad católica; queria precipitar la Europa cristiana sobre el Oriente musulman monoteista. Su objetivo era asegurar la conquista de la Tierra Santa por medio del arma de doble filo, la *Fe* y la *Espada*, oponer un baluarte á la invasion de los Sarracenos que, dueños desde 741 de Siria, Persia, Palestina, Africa y España, amenazarian por segunda vez el Occidente, después de haber subyugado el Oriente y Grecia (6). Bernardo creía en la utilidad de una milicia escogida permanente, compuesta de caballeros católicos de toda nacionalidad, revestidos de doble carácter religioso y militar, bastante poderosa para servir de vanguardia á los ejércitos de la fe.

Los ideales de san Bernardo, que fueron tambien los de los hombres de su época, se desvanecieron; el entusiasmo desaparecerá bajo el peso de los contratiempos; el Evangelio deberá en Oriente ceder el puesto al Coran, la Orden del Temple, que habia derramado hasta la última gota de su sangre por el dogma, pagará por todas las ilusiones, y será sacrificada por el poder espiritual á todas las envidias, á las codicias y á la política falaz del poder temporal de un mal rey de Francia.

Pero, no anticipemos ideas, y, dando de mano á lo mucho que se nos viene á la punta de la pluma como en precipitado tropel, serenemos el ánimo y cediendo la palabra á la magestuosa gravedad de la imparcial

(1) Corona non datur sine certamine..... *San Bernardo*, lib. V, p. 49, B.

(2) Religio per militiam armata. *Regla latina del Temple*, art. 51.

(3) Exerendus nunc utique gladius..... *San Bernardo*, carta 56 al papa Eugenio.

(4) BEAUMANDIR, *Contume du Beauvoisis*, t. II, p. 215, 216.

(5) Sidus terris illapsum. LABBE, *Concilios*, t. X, p. 907.

(6) BERNARDO, carta 322 á los clérigos y al pueblo de Francia;—carta 394 á los condes y á los barones de Bretaña;—carta 395 á Manuel Comneno.

historia, dando un paso atrás, entremos de lleno en el terreno donde comienza y se desarrolla la vida de los Templarios.

El principio de la Orden religiosa y militar del Temple, cuyo fundador fué Hugo de Paganis, según lo hemos dicho ya anticipadamente, data de 1118, bajo el pontificado de Gelasio II, siendo rey de Jerusalen Balduino II, en cuyo año Hugo y sus nueve compañeros se resolvieron á poner en ejecución el piadoso proyecto que habían concebido de abrazar un estado más perfecto, viviendo en comunidad bajo un régimen especial para el mejor servicio de Dios y utilidad del prójimo. A este fin se dirigieron al patriarca Estéban, quien aplaudiendo tan loable pensamiento les dió ciertas instrucciones que siguieron con exactitud hasta el año 1128, en que el Concilio de Troyes aprobó la Orden del Temple y dió la regla particular con la cual se rigiese en adelante.

Al cabo de poco tiempo que seguían el método de vida prescrito por el patriarca Estéban, deseosos de ejercitar los actos de caridad inspirados por Dios, pronunciaron en manos del patriarca Gormond no sólo los tres votos ordinarios, si no también otro, que consistía en defender con las armas á los peregrinos de las emboscadas y asechanzas de los infieles, librándoles del robo y asesinato, y acompañarlos desde la Siria hasta Jerusalen.

De ahí es que la Orden del Temple vino á ser desde su origen (antes de su aprobación en el Concilio de Troyes) una orden regular y militar, por cuanto empleó el uso de las armas para atender á la defensa de los peregrinos y de los Santos Lugares, á diferencia de la orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalen, que el beato Gerardo su fundador no la destinó sino para servir á los pobres y extranjeros, recogidos en los hospitales, no habiendo tomado las armas ó comenzado á ser orden militar sino bajo el gobierno de Raimundo Dupuy, á imitación de la Orden Templaria que desde el principio de su institución ya fué orden militar (1). Por lo tanto ésta no fué hija del Hospital, como pretenden los historiadores de Malta que siguen á Brompton, los cuales con motivo, de una Bula expedida en 1130 por el papa Inocencio II, quieren probar que los Hospitalarios en dicha época ya gozaban de fama europea, debida á los importantes servicios prestados con sus armas en favor del Rey de Jerusalen, combatiendo contra los infieles; pretendiendo además dichos autores que los Hospitalarios habían tomado las armas simultáneamente ó en el mismo año que los Templarios (2).

(1) Jacob de Vitriac.: Hist. de Jerusalen. «Prædicti enim Hospitales fratres ad imitationem fratrum militiæ Templi armis materialibus utentes milites cum servientibus in suo collegio receperunt.»—Item, Epist. Bell. Sacror., tom. 3, pág. 431.

(2) Vertot: Historia de la orden de Malta, tom. 1, pág. 61 y 62.



Papa Gelacio II.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta induccion no nos parece ni justa ni exacta. Hé aquí el párrafo de la Bula á que se hace referencia: «Dios purga por ellos la Iglesia oriental de la corrupcion de los paganos, y expulsa á los enemigos del nombre cristiano; ¿pero cómo? por medio de los miembros de esa casa, los cuales no temiendo exponer su vida por el prójimo, sostienen á su cargo y gasto á caballeros y escuderos destinados á la defensa de los fieles, librándoles de los insultos de los bárbaros, y acompañándoles tanto á su vuelta como á su llegada (1).»

Estos términos de la Bula no expresan seguramente ninguna operacion militar, sino que los Hospitalarios, treinta años después de su fundacion, tenian gente á sueldo y hacian lo que hicieron los Templarios desde su fundacion.

Los Hospitalarios en su principio hicieron solamente los tres votos ordinarios, observando los estatutos que les dió Raimundo Dupuy, que no eran otros que la regla de san Agustin, concernientes al Oficio divino y modo de vivir como religiosos, y recoger limosnas para los hospitales sin que se halle un solo artículo, en dicha regla, que hable de convertir en guerreros á sus individuos; y dicho Dupuy no toma otra cualidad que la de guardian del Hospital y servidor de los pobres, como consta en un monumento de 1125 (2), en el cual Hugo de Paganis se califica de Maestre del Temple. Raimundo Dupuy no firma sino como procurador del Hospital de Jerusalem; de ahí resulta, como dice muy bien Fleury, que la Orden del Temple fué la primera de todas las órdenes militares, y aunque la orden del Hospital fuese aprobada (3) catorce años antes que la del Temple, se sigue de esto solamente que los Hospitalarios son religiosos más antiguos que los Templarios, pero no militares más antiguos, pues se confunde por algunos la ereccion de los Hospitalarios en orden militar con su institucion primera de sociedad hospitalaria que ha conservado siempre (4).

Los diez primeros años, segun las historias orientales, los asociados á Hugo de Paganis no llevaron otro vestido que el de clérigos seculares sin ninguna cruz, sencilla ni doble (5), hasta que se les concedió en 1145, la cual era sencilla y encarnada. Es indudable que así el hábito blanco, que debia distinguir á los Templarios, como la regla que debian seguir y observar, no se determinaron sino en el Concilio de Troyes, que se celebró en 1128.

(1) Idem, tom. 1, pág. 586.

(2) Rerum Italicar. Script., tom. 12, col. 276.

(3) Pascual II con su Bula de 15 de febrero 1113.

(4) Historia de la Iglesia Galicana, tom. 8, pág. 497.

(5) Jacob. de Vitriac. ad ann. 1128.

Para desvanecer dudas y errores acerca de este particular, vamos á apuntar algunas observaciones, contra algunos historiadores que han supuesto que los Templarios, en un principio, siguieron la regla de san Agustin.

Es indudable que la Orden del Temple fué filiacion de la del Cister; así lo aseguran Fr. Angel Manrique en sus Anales del Cister y Raimundo Zapater en su «Cister militante,» en el particular discurso que hizo de dicha militar Orden, vindicándola del P. Roman en sus «Repúblicas del mundo,» y otros que lo intentaron impugnar, atribuyéndosela cada uno á su arbitrio.

Esto descubre manifestamente el error del autor del cronicon de San Bertino, al hablar del origen y fundacion de la Orden, suponiendo haberse dado la regla de san Agustin, lo que en realidad no consta en monumento alguno que lo acredite, ni podrá seguramente hallarse; pues los fragmentos de las actas del Concilio de Troyes, en que se aprobó la regla que debia observar el Temple, demuestran con bastante claridad que su autor fué san Bernardo abad de Claraval, y pariente, segun algunos autores, de Hugo de Paganis, á quien protegió eficazmente en dicho Concilio.

Y persuade esta verdad el color blanco del hábito que les aplicó en los capítulos XX y XXI de la Regla, que es en todo conforme al que usaron los Templarios y aún usan los monjes blancos, que así llamaban los antiguos á los cistercienses que vulgarmente se llaman de San Bernardo, siendo evidente del todo la fórmula del juramento y homenaje que el Maestre provincial del Temple, por lo que respecta á Portugal, estaba obligado á hacer á los reyes, luego que tomaba posesion de su Maestrazgo provincial; pues en él, entre otras cosas, prometia guardar hermandad con sus hermanos los monjes cistercienses, cuyo instrumento insertamos en lugar oportuno; de modo que habiendo sido eregida esta religion bajo la filiacion del Cister, seria necesario, para apoyar lo que dice el cronicon de San Bertino, producir un instrumento irrefragable que acreditase como los Templarios, con autoridad apostólica, mudaron de instituto, tomando el de san Agustin; pero esto es absolutamente improbable, y notoria la equivocacion de los que apoyaron esta novedad.

Sin embargo, dicha equivocacion podia tener origen en las diferentes corporaciones que existian en Jerusalem, y esto fuera la causa del error que confunde una con otra.

Es preciso observar que en Jerusalem habia varios templos, á más de la iglesia patriarcal, de distinguido nombre; uno era el del Santo Sepulcro con su prelado que la gobernaba con el título de Prior, con jurisdiccion omnimoda, casi episcopal, con privilegio de anillo, mitra y báculo y demás insignias, inmediatamente sujeto al patriarca de Jerusalem; tenia

un Capítulo compuesto de doce canónigos, instituido luego que los cruzados tomaron la santa ciudad; y esta comunidad fue muy respetada y copiosas las rentas que la liberalidad cristiana les asignó, y por lo mismo fueron coherederos, con los Templarios y Hospitalarios, de los reinos de Aragón y Navarra por el testamento de D. Alfonso el Batallador, como se verá más adelante; y como dicha comunidad se hallase establecida en la misma iglesia del Santo Sepulcro de nuestro Redentor, fueron vulgarmente llamados canónigos del Santo Sepulcro, que en aquel tiempo fueron regulares de san Agustín.

También había otra comunidad no menos respetable en el templo de Salomon, compuesta desde su fundacion de canónigos regulares de san Agustín y de un abad regular que los gobernaba; por estar asistiendo á las funciones canónicas y eclesiásticas dentro del mismo templo de Salomon, comunmente fueron conocidos con el nombre de canónigos del Templo, y su abad se llamaba Abad del Templo.

Indudablemente la ignorancia de estas noticias produjo el error, por creer algunos que el Gran Maestre de la caballería del Temple ultramarino llevaba el título de abad del Temple. Mas varios instrumentos antiguos convencen haber sido los dos oficios totalmente distintos, y en diversos sujetos, como lo prueba con evidencia la epístola que inserta el Padre Martene (1) por los años 1239 á Teobaldo rey de Navarra, conde de Champaña y de Brie, y á otros príncipes, sobre el modo de hacer pasaje ó expedición á la Tierra Santa, escrita por el patriarca y demás prelados de Jerusalem, y entre ellos figuran Hugo abad del Templo, Guarín Maestre del Hospital de San Juan de Jerusalem, guardador de los pobres de Cristo, y Hermando Maestre de la caballería del Temple; con lo que basta para probar la diversidad y diferencia que hay de Maestre á Abad del Temple, pues aquél y su milicia tomaron este nombre sólo porque al principio tuvieron sus habitaciones contiguas al Templo, en el que jamás habitaron, como es la opinion general de todos los autores, á diferencia de los últimos, esto es, de los monjes con su abad, que hacían continua y perenne mansión en el Templo, tributando alabanzas al Señor bajo la regla de san Agustín que profesaron desde el principio de su fundacion; de suerte que los Templarios, rigurosamente hablando, lo fueron en realidad solo el Abad y sus monjes ó canónigos, y el Maestre y sus caballeros solo en el nombre, por haber sido el principio de su fundacion junto al Templo de Salomon, cuyo nombre, aunque impropio y adoptivo en el origen, los progresos de la milicia de los caballeros Templarios le merecieron y prescribieron con mucha justicia, quedando para eterna memoria suya.

(1) Thesaur. anecdot, tom. 1, col. 1012.

Jacobo de Vitriaco, obispo de Tolemaida (1), en su Historia de Oriente, aseguró lo mismo, es decir, que eran cosa distinta los dos empleos y comunidades; y como la autoridad de dicho escritor es de tan gran peso, por ser casi coetáneo y testigo ocular, deja este asunto fuera de controversia, y bajo esta diferencia se deben conciliar y entender todos los autores que no distinguiendo de convento, ó comunidad monacal y capitular del Templo, la confundieron con la milicia y caballería (que del templo de Salomon adoptó solo el nombre), atribuyendo á esta lo que correspondía á aquella.

Es de advertir que la orden de San Juan de Jerusalem, llamada de Malta, como orden militar tuvo origen algunos años despues que la de los Templarios, y dicha orden del Hospital profesó la regla de san Agustín. Esta sola circunstancia acredita desde luego que los Templarios ni profesaron ni pudieron profesar la regla de san Agustín; porque, á ser así, no se hubiera esta dado posteriormente á los Hospitalarios, fundacion hecha una y otra en Jerusalem; razon porque con arreglo al derecho canónico, por evitar confusiones, era indispensable darles diverso instituto, siendo lo contrario origen de perjudiciales controversias; y á no ser así, se diría que la Orden del Temple fué lo mismo que la Hospitalaria, pues las religiones solo se diferencian en los institutos en cuanto al interior, y en el hábito en lo tocante al exterior. Es así que nadie hasta ahora ha pensado decir que profesasen una misma regla, antes en todo fueron muy distintas, ni que la una fuese filiacion de la otra, como Alcántara, Avis, Montesa y Cristo (estas dos últimas sucesoras del Temple despues de su extincion), por profesar una propia regla cisterciense, y dichas órdenes estar en muchas cosas con subordinacion á Calatrava de Castilla, y Santiago de Palmela en Portugal es filiacion de Santiago de Castilla ó de la Espada que antiguamente fué súbdito y sujeto *pleno jure*, como consta de muchas sentencias y constituciones apostólicas con justo motivo, puesto que todos los bienes que poseyó la orden de Santiago de Portugal fueron donados por los reyes de aquel reino al Maestre y caballería de Santiago de Cáceres, primer convento de Santiago de la Espada, refundido despues en los de Leon, Uclés y de Sevilla, ilustre por su religion, y por haber tenido por Prior á Benito Arias Montano, á quien tanto debió la Iglesia de Dios especialmente por sus obras bíblicas. Luego es preciso confesar que los Templarios ni profesaron ni pudieron profesar la regla de san Agustín, sino la regla particular filiacion del Cister, aprobada por el Concilio de Troyes y confirmada por la Sede Apostólica.

Dadas estas explicaciones, continuemos la relación del fin y objeto del instituto de la milicia del Temple.

(1) Martenne, tom. 1, col. 277.

El fin de esta sociedad naciente conforme llevamos ya insinuado, era servir de escolta á los piadosos viajeros y peregrinos, al atravesar los desfiladeros de las montañas, defenderlos en los pasos peligrosos y acompañarlos hasta lugar seguro. Esto no obstante, no pasaba de una sociedad de algunos particulares, que no estaban sujetos á regla alguna ni hábito religioso; el servicio que prestaban á los peregrinos podía considerarse solamente bajo el punto de vista de celo y caridad; con todo, no puede casi dudarse que el Autor de todo bien había inspirado á estos magnánimos hombres el designio y obra en que venían ocupándose. Sólo pertenece á Dios el formar una sociedad en que se tenga el deber de sacrificar en utilidad del prójimo no solamente los bienes, el talento y reposo, sino hasta la propia existencia. Por otra parte, ¿que cosa mas útil á los cristianos de Oriente que la institucion de una Orden militar, que dentro poco tiempo, habia de hallarse en estado de defenderlos por fuera con la fuerza, y edificarles por dentro con una vida ejemplar? Tal fué el objeto principal de Hugo y de sus compañeros; tal fué el origen de esta caballeria, de esta milicia generosa y valiente que se distinguió con gloria en los campos de batalla, apenas salió de su cuna, y que durante 184 años llevó á cabo tantas proezas en el mundo, y tanta parte tuvo en los asuntos de Ultramar.

Vamos á dar una prueba de que la vanagloria no entró para nada en su proyecto de la fundacion de dicha Orden, pues no buscaron engrandecerse ni tampoco multiplicarse; mientras la Orden no fué aprobada, limitóse su número á nueve, viviendo con edificante sencillez, y consagrando al alivio de los extranjeros los bienes que ellos mismos habian reunido en comun, ó que recibian de la liberalidad del príncipe; persuadidos de que la fuerza, la intrepidez y la paciencia en los trabajos y la sangre fria en los peligros no son sino virtudes paganas, y que no estando ligadas con la religion degeneran en fogosidad, dureza y furor. Muy pronto se distinguieron de los caballeros seculares por medio de la dulzura, modestia, compasion y solicitud. El amor fraternal, primer móvil de su conducta, no les dejaba un momento de reposo; siempre inquietos por los peligros é insultos á que estaban expuestos los peregrinos de uno y otro sexo, se hallaban dispuestos dia y noche para servirles de escolta; iban á recibirlos en el puerto, no abandonándolos hasta haberlos dejado fuera de peligro, y cuando volvian, los acompañaban más allá de los desfiladeros y parajes más peligrosos.

Unos ocho años se pasaron en este laudable ejercicio de humanidad, mereciendo la estima y consideracion de los orientales. Estos no tardaron en prever el gran provecho que la Iglesia oriental podria reportar un dia del celo de estos piadosos y esforzados hombres, si se multiplicaba aquella sociedad. El rey Balduino les indicó la idea y les procuró los medios; viendo que no tenían aún ni capilla ni domicilio fijo, les concedió tempo-

ralmente habitacion en el cuartel meridional de su palacio, que entonces se llamaba el Templo de Salomon (1), de donde les vino el nombre de Templarios, segun la opinion de todos los historiadores, por cuya razon vinieron despues llamándose caballeros del Temple, soldados de Cristo, milicia del Templo de Salomon y comunmente milicia de Salomon (2).

La liberalidad del rey movió á muchos grandes á favorecer la nueva milicia, concediéndoles algunos bienes parte temporales y parte perpetuos.

Los canónigos del Santo Sepulcro les cedieron con algunas condiciones un terreno contiguo al Palacio real, en donde edificaron iglesia y convento. El rey, más interesado que nadie en cultivar esta nueva planta, envió á san Bernardo dos de aquellos caballeros, entregándoles una carta concebida en estos términos:

«Balduino por la misericordia de Jesucristo rey de Jerusalem y príncipe de Antioquia, al venerable P. Bernardo abad de Claraval, salud y veneracion. Como los hermanos del Temple, que el Señor se ha dignado suscitar, y que conserva por una providencia especial para la defensa de esta provincia, desean obtener de la Santa Sede la confirmacion de su instituto y una regla de conducta particular, Nos hemos tomado la resolucion de enviaros los dos caballeros Andrés y Gondemaro, no menos conocidos por sus empresas militares que por el esplendor de su linaje, para obtener del Papa la aprobacion de su Orden, y al propio tiempo que disponga Su Santidad enviarnos socorros y subsidios contra los enemigos de la fe, reunidos con el fin de perdernos é invadir nuestros estados. Y por cuanto conocemos el peso de vuestra mediacion tanto cerca de Dios y de su Vicario, lo mismo que cerca de los príncipes de Europa, hemos creido obrar con prudencia confiando á vos las dos cosas importantes, cuya realizacion no puede ser para Nos mas agradable. Por lo demás, conviene que los estatutos que os pedimos sean de tal manera arreglados y compuestos, que con ellos se puedan conciliar el tumulto de las armas y los ejercicios militares, á fin de que sean de naturaleza para procurar el provecho de los príncipes cristianos.

«Haced, pues, de suerte que Nos tengamos por vuestro medio, y durante vuestra vida, la dicha de ver el buen resultado de este asunto, y dirigid al cielo para Nos el incienso de vuestras oraciones (3).»

A consecuencia de esta carta, san Bernardo tomó tan á pecho este

(1) Jacobus Vitriacus: His. Jerosolymitana.

(2) S. Bernardus: Exhortatio ad milites Templi. — El sello de la Orden decia: *Stigillum Militum Christi*. En algunos documentos ingleses se halla: *Militia Templi Salomonis*. M. S. C. Bibliot. Colonianae et Bodlejanae. En otras partes hallamos: *Fratres Militie Salomonis*, in charl. an. 1197. Ducange Gloss. nov. En sus antiguos estatutos se leia: *Regula Pauperum Commilitonum Templi Salomonis*.

(3) Regula, const. et privileg. Ordinis Cisterc., pag. 477.

asunto, y negoció de tal manera cerca del Papa, de su legado y de los obispos de Francia, que logró la convocación de un Concilio en Troyes. Hugo y sus compañeros fueron invitados á dicho Concilio. Balduino, que contaba mucho en su celo y actividad, les aconsejó pasasen á Troyes, encargándoles de paso solicitar socorros del Papa y de los príncipes de Occidente, invitando á estos para el sitio de Damasco que hacia tiempo tenía proyectado (1).

Mientras que Hugo se preparaba para marchar, su primer discípulo Geofredo de S. Omer, libre poseedor de un rico patrimonio situado en Iprés y sus cercanías, quiso desprenderse de él, cediéndolo á la nueva Orden que habia abrazado, por cuyo motivo encargó á Hugo el notificar á sus herederos la disposición de Geofredo; y para evitar sospechas y disgustos entregó su sello y una carta para Guillermo Chatelan de S. Omer, su pariente, diciéndole que transfiriese todas sus herencias á la Orden que iba á aprobarse, y que su casa situada en Iprés se cambiase en casa religiosa. Esta disposición se cumplió exactamente, reconociendo el obispo y el Chatelan de Iprés en el caballero encargado de aquella comisión grandes cualidades de virtud, habilidad y experiencia, con las cuales contribuyó mucho para hacerles entrar en los designios de Geofredo. Entusiasmados por ser los primeros en contribuir al nuevo establecimiento de la Orden, se dirigieron al conde Thierry de Alsacia que protegió dicha donación, convirtiendo el palacio de Geofredo en iglesia y monasterio. Otros señores de Flandes imitaron aquel ejemplo.

Hugo, acompañado de cinco de sus compañeros, se hizo á la vela y llegó felizmente á las costas de Italia. Después de haber desempeñado su comisión encargada por el rey de Jerusalem cerca del papa Honorio II que entonces regia la Iglesia, le presentó sus discípulos, haciéndole una relación detallada del celo y servicios con que se distinguían para la seguridad de los peregrinos, y manifestándole su deseo de consagrarse á la defensa de los Santos Lugares y ser útiles á la Iglesia de Oriente, pidiéndole y suplicándole por último la confirmación del plan que habia formado de una orden militar.

Honorio, á quien san Bernardo habia ya prevenido en su favor, los recibió y escuchó benignamente; alabó su proyecto, y remitiólos á Francia á los Padres del Concilio que debia tener lugar entonces.

Abrióse el 13 de enero de 1128. Mateo obispo de Albano, cardenal legado de la Santa Sede, presidió el Concilio, al que asistieron los arzobispos de Reims y de Sens, los obispos Rankedo de Chartres, Goselin de Soisons, los de Paris, Troyes, Orleans, Meaux, Auxerre, Chalons, Laon y de Beau-

(1) Hieron. Bubens, Ravenn., lib. 6. ad an. 1307.

vais, los abades del Cister, Pontigni de Moleme y otros, san Bernardo y el abad Estéban (1).

Hugo y sus compañeros tomaron el camino de Troyes, donde se presentaron al Concilio en hábito clerical. Hugo, con permiso de los Padres, tomó la palabra en nombre de todos los suyos, exponiendo la vocación y el proyecto que habian formado de tomar un hábito especial que les distinguiese de las demás órdenes religiosas, teniendo por objeto y fin principal la defensa de la Tierra Santa y la protección de los peregrinos que fueran á la Palestina para visitar los Santos Lugares. El Concilio, en vista de los hechos relatados, de los brillantes y distinguidos servicios prestados á la religion y á la humanidad por los miembros de dicha nascente asociación, creyó deber animar su celo y ocuparse en sus sesiones de tan importante asunto. En efecto, el Concilio no dejó de mano esta cuestión, y hallando alguna dificultad en lo que habia propuesto Hugo de Paganis se decidió que sobre algunos artículos se sujetasen al juicio del Papa y del Patriarca, y en cuanto al Instituto se le aprobaba con el permiso de llevar la capa blanca, como símbolo de pureza.

Para instruirlos á fondo sobre los medios de armonizar con el tumulto de las armas las virtudes pacíficas de la religion, el Concilio deliberó darles una regla particular por escrito, para que fuera mas fija y duradera, debiendo empero ser revestida con la autoridad del Papa y del patriarca de Jerusalem.

La mayor parte de los historiadores y la tradición de la orden del Cister están conformes, en que san Bernardo, como secretario que fué de dicho Concilio, tuvo de éste la comisión de redactar dicha regla. No obstante hallarse en la colección de los Concilios (2), nos parece que la que copiamos más abajo no puede ser sino un extracto de la primera, y á la cual se añadieron algunos reglamentos de capítulos generales, por cuanto en dicha regla no se encuentra el estilo, ni la unción, ni la fuerza que se observan en general en todos los escritos de san Bernardo, conteniendo tambien algunas expresiones bárbaras y ajenas á la pureza de su lenguaje (3).

Mabillon juzga que la que ha llegado hasta nosotros fué arreglada bastante tiempo después del Concilio de Troyes, y se funda en la misma regla en la cual se ordenaba no recibir mas hermanos (4). Tambien se habla de ciertos falsos hermanos que pasaban por Templarios sin haber he-

(1) Baron, c.—G. d. Tiro: de Bello Sac., lib. 12. cap. 7.

(2) Collectio Conciliorum ad an. 1128; Corps Universel de Diplomatique, t. 1 p. 68; Aub. Miraus, de origine ord. Equest; Andr. Favyn, t. 2. p. 12.

(3) Garrulare por inelamare; Furellus por Vagina; Mala por Malle; Largitas por Latitudo; Velusum por Tegmen lineum, etc.

(4) Admonitio in opusculum sextum S. Bernardi, tom. 2. pág. 341.

cho los votos (1). Se condena como un abuso muy dañoso introducido contra la intencion del capítulo general la conducta de algunos caballeros que autorizaban á sus escuderos llevasen la capa blanca. Todo esto supone innegablemente una orden ya extendida, y no puede ser del tiempo del Concilio de Troyes, por cuanto Hugo no tenía mas que ocho compañeros.

En la crónica de Juan Staindelius y en algunos escritores se dice que el mismo legado del Papa, durante el mismo Concilio de Troyes, dió la regla á los caballeros. Sin embargo, la que ha llegado hasta nuestros dias, compuesta de 72 capítulos, no puede ser más autorizada, ya por el preámbulo, ya por el final que es su certificación.

Por lo demás, mortificación, silencio, retiro, oracion, todo está dispuesto con bastante prudencia. Los primeros capítulos hablan del oficio divino, ó sea del rezo; luego se hace la distinción de tres clases: caballeros, capellanes y sirvientes; los capellanes no deben gozar de la masa común más que la comida y el hábito: á los caballeros les era permitido tener hasta tres caballos de montura, con un escudero, y para conciliar este equipaje con la sencillez religiosa, estaba rigurosamente prohibido todo dorado ú otro adorno supérfluo, que diese á conocer la vanidad del siglo.

Se halla otro estatuto relativo á no comer carne tres dias de la semana, y que en los dias de abstinencia no se sirvieran mas que tres platos. En cuanto á la obligacion de asistir á maitines á las horas de rezo del dia, no hay distincion alguna entre los caballeros y capellanes. Los viajeros solamente y los que podian ir al coro estaban obligados á rezar por los maitines 13 *Pater noster*, 9 por las vísperas, y 7 por cada una de las horas menores. Las oraciones para los difuntos estaban fijadas en 100 *Pater noster* por cada hermano.

No hablemos de las prohibiciones expresas de salir, recibir cartas sin permiso, herir á ningun animal, á no ser que fuera el leon, y castigar á los sirvientes que se alistaban á servir gratis, ni tampoco del cuidado de los enfermos, de la sencillez de los hábitos, de la lectura continua durante la comida, del ayuno cuaresmal y de todos los viernes, de las penas señaladas contra los murmuradores y maldicientes, ni de muchos otros reglamentos para guiar á la perfeccion por la práctica de los consejos evangélicos; mas hay un artículo que no debemos omitir, y es el cuidado del legislador en considerar como faltas de consecuencia, y prohibir como contrarias á la modestia, las demostraciones de la amistad más inocentes en sí mismas. Hé aquí cómo se expresa al principio del último capítulo: *Et ideo.... nec matrem, nec sororem, nec amitam, nec ullam aliam feminam aliquis frater osculari præsumat.*

(1) Capítulos de la regla XXI y LVI.

Y como en señal de pureza, segun lo establecido en la regla, todos los caballeros debian llevar el hábito blanco. Hugo y sus compañeros lo habian recibido en Troyes de manos del legado del Papa y presidente del Concilio.

Una vez constituida y aprobada la Orden, con su regla, estatutos y demás perteneciente al buen régimen y gobierno de aquel Instituto militar y religioso, Hugo y sus compañeros tomaron diferentes direcciones para presentarse á los soberanos de Occidente y desempeñar la comision que les habia confiado el rey Balduino.

En todas las ciudades, villas y pueblos donde entraban se detenian, exponiendo á sus habitantes el estado lastimoso de la Iglesia de Oriente y la necesidad urgente que reclamaba una nueva cruzada, exhortando á cada uno á no dejar incompleta una obra que habia tenido tan glorioso principio. Durante su permanencia en Europa, creció su número considerablemente; muchos gentiles hombres de las principales familias de Francia, Italia y España se les reunieron, para ser agregados á esta nueva milicia.

Hugo, despues de haber recorrido parte de Francia, pasó á Inglaterra, de donde se llevó gran número de señores que se le asociaron, entre otros, el hermano del conde de Anjou, llamado Foulques, que fué nombrado rey de Jerusalem en 1131 (1), y despues de haberles dado el hábito de la Orden, tomó el camino de Palestina, seguido de floreciente juventud. Al efecto, antes de admitirlos, empezaba por obligarles á la reparacion de los perjuicios que habian causado á dichas iglesias y pueblos. Tenemos un ejemplo en Hugo de Amboise, que, habiendo vejado á los vasallos de Marmontier con exacciones y violencias, fué obligado por Hugo de Paganis, ya su Maestre, á que se humillase antes de partir y renunciase á sus pretensiones (2).

Es evidente, segun las historias originales, que antes de 1128 los Templarios no tuvieron en Occidente ninguna habitacion, ni se hallaban en número bastante para sitiar ó defender plazas; no obstante se halla que en 1120 se habian encargado en España de defender á Monreal contra los moros, y que en 1122 habian sitiado y tomado la fortaleza de Monzon (3).

El error proviene de haber confundido los caballeros del Temple con los de S. Salvador instituidos en Monreal por Alfonso VII, rey de Castilla, en el mismo año que los del Temple. Con todo, es cierto que antes de par-

(1) Henricus Huntindoniensis Historiarum, lib. 7, pag. 381.—Item, Rog. de Hoveden. pag. 479.

(2) Anales Benedictinos, tom. 6, pag. 166.

(3) Mariana, tom. 3, pag. 39. tom. 2, lib. 10 cap. 10.—Item. Cronicon de Barcelona, Marca Hispan., pag. 733.

tir de Europa aceptaron algunos establecimientos, siendo preciso dejar en ellos algunos sujetos como administradores, pues en 1129, y mas tarde, ya habia Templarios en Flandes (1).

En Cataluña Ramon Berenguer III, conde de Barcelona, conocido por su virtud y valor, tomó el hábito de la Orden en 1131, y pronunció sus votos en manos de fray Hugo de Rigault, en su palacio de Barcelona, donde murió al cabo de pocos dias (2).

El rey de Jerusalem, inquieto por el resultado de su comision cerca de los principes de Occidente, quedó agradablemente sorprendido al ver llegar á Hugo de Paganis acompañado de tan numerosa nobleza, que, aumentando cada dia, sostenia maravillosamente el valor de los cruzados; pero lo que le llenaba más de admiración era ver á esta juventud de la primera distincion, contenta de un hábito sencillo, reservando la magnificencia para el adorno de las iglesias, y hallando, despues de los actos de la regla, tiempo suficiente y fuerza bastante para emplearse en los ejercicios militares y perseguir á los malhechores que infestaban los caminos. A todas horas, tanto de dia como de noche, al llamarlos estaban inmediatamente sobre las armas, para ir á la descubierta, ó para acompañar á los viajeros.

Antes de que se hallasen en estado de formar ellos solos un cuerpo respetable, se unian con los Hospitalarios en las fronteras del reino, para escaramuzar y picar la retaguardia de los turcomanos, explorar sus movimientos y frustrar sus proyectos, pues se habian impuesto una ley de jamás retroceder cuando se empezaba á huir delante de ellos; y tan luego como se trataba de atacar al enemigo, nunca se les oyó preguntar, dice la historia, ¿cuántos son ellos? sino solamente, ¿en dónde están ellos (3)?

Los extranjeros que habian sido testigos de su celo y objeto de sus cuidados y liberalidades, al volverse penetrados de reconocimiento y gratitud á sus países, no cesaban de tributarles los merecidos elogios, explicando detalladamente el género de vida de estos nuevos religiosos y los servicios que de ellos habian recibido. De ahí es que las limosnas eran frecuentes y magníficas las donaciones que de todos los puntos de Europa se les remitian, de manera que no se hacia disposicion testamentaria sin que á ellos se les señalase alguna parte, y no moria casi ningun señor que no les diese á lo menos su caballo y armaduras, ó que no ordenase que alguno de sus hijos se alistase en la Orden.

La liberalidad llegó al punto extraordinario de que Alfonso I, llamado el Emperador rey de Aragon y de Navarra, viéndose sin esperanza de pos-

(1) Hist. de la casa de Gand, pag. 71, pruebas del lib. 2.

(2) Hist. gen. del Langüedoc, lib. 17, pag. 407.

(3) J. Vitriaco: Hist. de Jerusalem. 1,61.

teridad, declaró por testamento solemne en 1131 á los Templarios, Canónigos del Santo Sepulcro y á los Hospitalarios, por sucesores á las coronas de Navarra y Aragon; y esto porque no conocia á persona capaz de conservar y continuar sus conquistas sobre los moros. Si su intencion fué bajo el punto de vista del bien de la religion y tranquilidad de sus Estados, no nos parece tan desacertada y extraña esta disposicion, como muchos han pretendido (1); á lo menos no lo parecia así á la mayor parte de los grandes del reino, que la firmaron, ni al príncipe que tuvo á bien renovarla en 1134 algunos dias antes de morir, añadiendo grandes imprecaciones contra aquellos que se opusieran á su cumplimiento, lo que no impidió ni á los navarros ni aragoneses el elegir á otros soberanos, como veremos en otro lugar.

En una palabra, esta Orden, nacida en el primer fervor de las Cruzadas, y reuniendo en sí misma las dos cualidades más agradables entonces al pueblo, es decir la devocion y el valor, á fuerza de ejercer la una y el otro, tomó rápidamente un incremento é importancia considerables, causando la admiracion de Europa, por contar entre sus miembros desde su principio á los más ilustres caballeros cristianos de todas las naciones, tanto por su piedad como por sus gloriosos hechos. Así se formaron los intrépidos atletas de la religion, los defensores de la cruz, los soldados de Cristo y de su Iglesia; en una palabra, la Orden del Temple fué desde luego la que sostuvo permanente y constante guerra santa, con la cual protegía las piadosas peregrinaciones europeas, defendiendo la cruz del Salvador de las terribles invasiones de los bárbaros é infieles; distinguiase aquel tiempo por ser una verdadera y continua caravana en la cual los peregrinos hallaban en la Orden del Temple reposo y seguridad de las fatigas de tan largo y penoso viaje, erizado por todas partes de peligros y dificultades.

En aquella época de ardiente fe y de devocion entusiasta, pareció la Orden del Temple la personificacion completa y material de las necesidades que atormentaban á todos los espíritus; habia sido fundada bajo la influencia de un sol ardiente y abrasador, y cumplió periódicamente con este ardor, siempre creciente en los Templarios, lo que los reyes de Europa apenas ejecutaron sino rara vez en su vida, á diferencia de las dos cruzadas de San Luis. La Orden del Temple, en defecto de aquellos, realizó la más grande, la más noble, la más sublime de las misiones, cual era la guarda, custodia y defensa del Santo Sepulcro, y desde su fundacion hasta su desventurado fin lucharon los Templarios contra los enemigos de Jesucristo de una manera extraordinaria, distinguiéndose entre todas las demás órdenes militares.

(2) Anales de España tom. 1, pag. 51.

Por razon del crédito que desde su principio adquirieron los Templarios, llegaron rápidamente al más alto grado de poder, y con la piedad de los fieles que les dejaban vastas posesiones, fundaron así en Oriente como en Occidente gran número de casas que, como hijas de la de Jerusalem, servían para acoger á los peregrinos que querían pasar á la Tierra Santa; eran asilos seguros donde la nobleza de primera y segunda categoria (1) iba á ponerse á cubierto de la corrupcion del siglo. Por esto se vió con frecuencia á señores de edad avanzada, y libres del lazo del matrimonio, preferir esta Orden á la de los Hospitalarios, profesando en ella para disponerse mejor á la muerte (2). De aquellas casas todos los años se enviaban á Palestina nuevos socorros, así en hombres como en dinero (3). La hospitalidad se observaba escrupulosamente, dándose todos los dias á los pobres los postres y lo que quedaba del refectorio. La limosna no era menos atendida, pues por estatuto debia hacerse en todas las casas de la Orden tres veces por semana á cuantos pobres se presentasen, por cuya razon se estableció que á los Templarios nombrados limosneros se les diera la décima de los panes que se cocían (4).

Las casas de la Orden eran priorales ó simples encomiendas ó preceptorias; estas últimas pueden considerarse como administraciones confiadas á caballeros ó sirvientes que tenían por limosnero á un presbítero de la Orden, encargado de su instruccion y de la administracion de los Sacramentos.

Las casas priorales eran mas importantes y considerables; pues en ellas residian más caballeros, sirvientes y capellanes, en las cuales se recibían los novicios, practicándose con regularidad en la capilla ó iglesia los oficios divinos. Los clérigos estaban sujetos á un presbítero anciano llamado Prior, y todos, tanto los caballeros como los sirvientes, estaban á la obediencia del superior llamado Preceptor ó Maestre, el cual presidía el capítulo, vigilaba la observancia de la regla é imponía penitencia por todas las faltas disciplinarias, remitiendo para su absolucion sacramental á los sacerdotes de la Orden. Los capellanes estaban por su oficio encargados de la cura de almas; para ingresar en la Orden no debían sujetarse á ninguna prueba de nobleza, gozando de grandes facultades por la Santa Sede (5), y en caso de ser nobles podían ejercer el cargo de preceptores, á diferencia del sirviente que no podía jamás llegar á la categoria de caballero. A los Templarios que deseaban recibir las sagradas órdenes por pri-

(1) J. Vitriaco lugar citado.

(2) Hist. de la casa de Gand, pag. 310... Hist. de la casa de Dreux, pag. 86.

(3) Robert. Antiodorensis in chronico manuscripto, 1131.

(4) Regla de los Templarios cap. XV.

(5) Concillor. Magnæ Britanniae, tom. 2, pág. 383.

villegio pontificio, bastaba que los Preceptores los enviasen á los Ordinarios para ser examinados de su capacidad y vocacion.

La mayor parte de los postulantes para ingresar en la Orden cumplidas las prescripciones ordinarias y admitidos, casi inmediatamente, sin hacer apenas noviciado, eran embarcados para Oriente, á fin de cumplir el tiempo de probacion, cuyo término dependia de la voluntad del Preceptor y de su capítulo (1).

Poco tiempo habia transcurrido desde la fundacion del Instituto, cuando la casa-matriz de la Orden constaba de más de 300 caballeros (2), con un número mayor de sirvientes, á los cuales no se exigía prueba alguna de nobleza (3), no permitiéndoles otro hábito sino de un mismo color, que debia ser negro ú oscuro (4); y como muchos de ellos no se alistaban sino por un determinado tiempo, no obstante, se les obligaba á prestar juramento, para asegurarse de su palabra y fidelidad. Sin embargo, comunmente se llamaban todos caballeros, confundiendo la palabra *soldado* con la de *caballero* por contenerse en el idioma latino en la voz *miles* que significa uno y otro, bien que en los Estatutos se debe tomar por *caballero*; igualmente la voz *hermanos* es equívoca con la de *freiles*, y siendo este último vocablo el que corresponde á los caballeros religiosos de las órdenes militares en España.

Los caballeros que servían por tiempo, eran una especie de oblatos ó conversos, que por devocion iban á la Tierra Santa á servir á la cruzada contra los infieles bajo las banderas de la Orden del Temple, observando empero su modo y regla de vivir; y otros lo hacían por penitencia que á este efecto se les imponía, no practicándose esto solamente en la Religion Templaria, si no tambien en la Hospitalaria y Teutónica.

En la Orden del Temple habia dos clases de sirvientes; unos se llamaban de armas, y otras de oficiales; éstos no se ocupaban sino en las cosas interiores de la casa. Los primeros, que venían conocidos por *armigeros*, eran muy estimados, los cuales tenían la obligacion de estar inmediatos á los caballeros y prestarles sus servicios, principalmente en campaña; además tenían el cargo de guardar los prisioneros. Los más diestros y aguerridos llevaban las armas del Maestre hasta que venía el momento de hacer uso de ellas, permaneciendo en pié ó á caballo, segun se hallaban los caballeros.

Hugo de Paganis, al ver que los sirvientes se aumentaban de un modo extraordinario, determinó formar y organizar un cuerpo que fuese auxiliar de los caballeros, y así lo puso en ejecucion, acreditando el tiempo

(1) Regla de los Templarios cap. LVIII y LXIV.

(2) Jacob de Vitriaco.

(3) Gangi Gussarium, verbold. *Servientes*.

(4) Regla de los Templarios. cap. XX.

los grandes servicios que prestaron á la Órden, pudiendo competir por su valor é intrepidez con la primera clase, es decir, con los nobles ó caballeros.

Evidentemente el hábito y capa blanca con la cruz roja fué el exclusivo privilegio de la Órden del Temple. La forma exacta del hábito ha dividido á los autores que han tratado de dicha Órden. El P. Heliot dice que los Templarios en la casa ó convento llevaban un hábito largo sin correa ó cinturón, y con este y la capa con capuchón fuera de ella. Dugdale describe el hábito militar (1) que consistía en vestido de malla de hierro ó acero, llamado *kaubert*, que por su dobléz cubría los hábitos interiores y todo el cuerpo, los brazos hasta los puños y las piernas hasta los talones. Sobre el kaubert llevaban la cota de armas que se asemejaba á la palude de los antiguos romanos, y se parecía bastante á una dalmática sin mangas, larga hasta las rodillas; en los talones llevaban espuelas con larga estrella; sobre la cota de armas colgaba el tahalí, del cual pendía una de aquellas espadas largas y pesadas que eran conocidas con el nombre de mandobles, y que Joinville llama espadas de Alemania, con las cuales se pretende que Godofredo de Bullon y el emperador Conrado en más de una ocasión partieron á un caballero acorazado desde la cabeza hasta la cintura (2).

Por lo que antecede, se ve claramente que la armadura usada por los Templarios se diferenciaba muy poco de las demás armaduras militares que se usaban en aquella época. Lo que diferenciaba al Templario de la milicia seglar era llevar los cabellos muy cortos, toda la barba y capa blanca con la cruz encarnada de la Órden. Así se ve representado Fr. Juan de Dreux, sobre el sepulcro de Maria de Borbon su madre en la iglesia de San Ived de Brain, con la siguiente inscripción en letras de oro: *F. Jean li Templiers fuis au comte Jean de Dreux* (3).

La disciplina militar, sobre todo en Palestina, no se observaba con menos rigor que la regla del claustro, de manera que, por la menor cobardía en el combate ó la mas pequeña murmuración, un caballero se veía sobre el mismo campo de batalla despojado de su cinturón y de su capa, y al regresar al campamento ó residencia, era condenado á comer en tierra durante muchos días en presencia de numerosa comunidad, sin poder rechazar á los animales domésticos que se acercasen á comer de su plato (4).

(1) Dugdale: *Monasticum Anglicanum*, pag. 517.

(2) *Gesta Dei per francos* pag. 912.

(3) *Hist. de la casa de Dreux* pag. 83 y 276.—*Monumentos de la monarquía Francesa* tom. 2 pag. 125.

(4) J. Vitriaco: *Hist. de Jerusalen*.

El estandarte de la Órden era una especie de pendón cuadrilongo dividido de arriba abajo por dos colores, blanco y negro, al que dieron el nombre de *Baucan*, *Bauceant*, que equivale á *bien parecido*; en España era conocido por *Balza*; el color blanco se supone quería indicar la caridad y blandura con que habian de portarse con los cristianos, y el negro el furor y coraje con que debían pelear contra los infieles enemigos de la cruz. Segun algunos autores, en medio de dicho estandarte habia una cruz igual á la que llevaban en la capa; otros autores dicen que dicho estandarte estaba partido en plata sable con estas palabras: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam* (1).

La Órden Templaria fué desde su principio mas distinguida que la del Hospital, por ser reconocida como la primera órden militar; y en tanto es así, que en la guerra y ceremonias públicas, y sobre todo cuando se llevaba procesionalmente el sagrado madero de la cruz, los Templarios iban á la derecha y los Hospitalarios á la izquierda (2).

Cuando los Templarios iban á la guerra se fortalecían con la participación de los santos misterios (3), y precedidos del Baucan ó Balza, avanzaban en silencio y sin tumulto, y alguna vez rezando las oraciones prescritas por la regla. A fin de marchar más ligeros y ágiles para salir de malos pasos en marchas forzadas, y poder perseguir á los fugitivos, evitaban cargar demasiado los caballos, y de este modo procuraban ir lo mas desembarazados que les era posible. Esto les dió grandes resultados; y así reconociendo el inconveniente de las armaduras completas de hierro, con las cuales ordinariamente se cubrían de piés á cabeza los caballeros en aquella época, que si bien es cierto les hacia invulnerables, pero no invencibles, pues que logrando derribarlos del caballo ya no les era posible levantarse por sí solos, los Templarios se armaron más á la ligera, y esta agilidad que tanto los distinguió de la demás milicia seglar, la celebró un poeta del siglo XII (4).

Como simbolo de la obligación que se habian impuesto de perseguir con todas sus fuerzas á los infieles enemigos encarnizados de la cruz, hicieron grabar en el sello de la Órden un caballo de batalla montado por dos caballeros, con el casco en la cabeza y la lanza en ristre en la mano, con esta inscripción: *Sigillum militum Christi*.—Sello de los soldados de Cristo (5).

Ningun cruzado se atrevió á arrogarse este título con más fundamento que estos bravos campeones, pues, segun el juicio del cardenal de Vitri,

(1) Salmó 113, ver. 9.

(2) J. Vitriaco: *Templarii á Dextris, Hospitalarii á Sinistris*.

(3) *Regula Templariorum*, cap. 1.

(4) Martene: *Veterum Script. Coll.*, tom. 6, p. 3.

(5) Perard: *Hist. de Borgoña*, pag. 263.

«ellos eran leones en la guerra y corderos en el convento; religiosos graves y modestos en el coro, activos y laboriosos y llenos de fuego con las armas en la mano, terribles á los infieles y todo humanidad con los cristianos (1).»

Por esta conducta, merecieron que se les señalase por modelo á los demás guerreros (2); y por cuanto tenían mas confianza en el brazo poderoso de Dios que en su propio valor personal, parece que el cielo frecuentemente combatía por ellos concediéndoles grandes victorias.

No puede decirse que el cardenal de Vitri tributara á los Templarios de los primeros tiempos, este elogio sino cien años despues de su fundacion, esto es en 1230.

El rey de Jerusalem Balduino, que vió nacer la Orden del Temple y fué testigo de su adhesion y celo al servicio de su reino, por cuanto los Templarios, aunque pocos en su principio, le acompañaron en sus últimas expediciones, conoció claramente el provecho que reportaria su corona de esta milicia; así es que murió este príncipe con la esperanza de que en un día no lejano la Orden del Temple seria el más fuerte apoyo de su reino.

Durante su gobierno se valió tanto de su consejo como de su espada, no emprendiendo cosa alguna de importancia sin consultar á los jefes superiores de la Orden, por cuya razon, en los tiempos sucesivos, el Temple tomó tanta parte en los asuntos de Ultramar, que, si bien se considera, la historia de las cruzadas no es mas que la historia del Temple y del Hospital.

Como prueba del alto concepto que mereció desde un principio la institucion del Temple, consignamos el elogio que el bienaventurado Guíque, quinto prior de la Gran Cartuja, tributó al Instituto, al tener noticia de su aprobacion apostólica, escribiendo con este motivo una carta á Hugo de Paganis, fundador de la Orden del Temple, en la cual entre otras cosas le decia: «que no habiendo tenido la dicha de verle tanto á la ida como á la vuelta de Troyes, le sea permitido indemnizarse de aquella pena por medio de carta;» y hace luego la comparacion del modo de combatir á los infieles, «no descuidando por esto de combatir á los enemigos de la salvacion, que no son menos temibles.»

Esta carta, que fué enviada por dos conductos diferentes, contiene una instruccion muy sólida acerca de los deberes de la nueva milicia, considerada en el punto de vista de sociedad religiosa (3).

San Bernardo fué el que más verdaderamente contribuyó al engran-

(1) Vitriac. y Pedro el Venerable, lib. 6. carta 20.

(2) Job, Sarisberiensis in Policratico, lib. 7. cap. 21; *Pene soli inter homines legitima gerunt bella.*

(3) S. Bern. vol. 2, col. 1025, edic. Mabilloniana.—Hist. lit. Fran., t. II, pág. 644.

decimiento de los Templarios, considerándolos como á sus discípulos, «y no hay duda, dice el analista del Cister, que dicho santo les prestó importantes servicios cerca de los soberanos, tanto en Francia como en España, Italia, Flandes y en otros países del mundo cristiano (1).» El santo los recomendó á menudo á los príncipes orientales y á los patriarcas de Jerusalem y Antioquia; conservó relaciones íntimas con Hugo de Paganis y con Andrés de Montbard, á cuya instancia compuso el «Tratado de la nueva milicia,» que lo dedicó á Hugo que era el Maestre; y lo más notable es la alta idea y consideracion que tenia formada de estos caballeros. La obra está dividida en trece capítulos. El primero, que contiene el elogio de este nuevo género de vida, dice:

«Ellos han sabido armonizar el ejercicio de las armas espirituales con las materiales, aprendiendo á combatir con las armas de la fe, de la misma manera que con la lanza y la espada. Id, pues, intrépidos y valientes soldados de Jesucristo, marchad con seguridad, y animados de esta fuerza que el cielo os inspira, disipad, poned en fuga á los enemigos de la cruz, con la certeza que ni la vida ni la muerte podrán separaros de Jesucristo. No perdais jamás de vista este oráculo; sea que vivamos, sea que muramos, todos pertenecemos al Señor... ¡Qué gloria para vosotros no salir jamás del combate sino cubiertos de laureles! pero ¡qué dicha más grande aún, ganar en el campo de batalla una corona inmortal! Si infinitos son los bienes concedidos á aquellos que mueren tranquilamente en el Señor, ¿qué no deben esperar los que por él derraman su sangre? ¿Podeis temer vosotros á la vida ó á la muerte? Si Jesucristo es el príncipe de vuestra vida, y la muerte la causa de vuestra dicha, ¡oh glorioso y afortunado género de vida, con el cual se espera la muerte sin temerla, se desea con alegría y se recibe con seguridad!»

El segundo capítulo de este opúsculo es una crítica de la vanidad y del fausto de la caballería seglar; y es cosa sorprendente que de ahí algunos escritores, por otra parte respetables, hayan creído que san Bernardo se dirigia al desarreglo que había ya en los Templarios desde sus principios; esto es tomar lo falso por lo verdadero, y lo dudoso por lo cierto; que siempre será tal la suerte de aquellos que no leen ó escriben sino con espíritu preocupado y con prevención (2).

En su tercer capítulo, el santo abad demuestra que el estado de estos nuevos caballeros está mucho más asegurado que el de los seglares, cuyo lujo acaba de condenar, diciendo que está lleno de peligros y expuesto á

(1) An. Cisterc., tom. 1 pág. 187.—S. Bern., cart. 173, 289.—Maurique, 288 y 302.

(2) S. Antonin., tit. 15, cap. 20.—Item. Nic. Gutleri, Hist. Templariorum, 108.—Hospinianus, de origine Monach., lib. 5, pág. 338.—Item, Centuriatores Magdeburgenses.

caídas, y prueba que es permitido á los cristianos tomar las armas, exortándoles á dirigir las sobre todo contra los infieles. El cuarto capítulo es una especie de cuadro viviente de la conducta de estos religiosos militares, y dice el gran doctor de la Iglesia:

«Ellos viven en una sociedad agradable, pero frugal, sin mujer, sin hijos, y sin poseer nada propio, ni aun de su voluntad; no están jamás ociosos, ni vagando por fuera; cuando no están en campaña en persecucion de los infieles, ó recomponer sus armas y los arneses de sus caballos, ó están ocupados en piadosos ejercicios segun las órdenes del jefe; una palabra insolente, una risa inmoderada, la menor murmuracion, no quedan jamás impunes. Ellos detestan los juegos de dados y de azar, no se permiten ni la caza ni las visitas inútiles, rechazan con horror los espectáculos y los bufones, así como los discursos, palabras y canciones demasiado libres; ellos se bañan muy raramente; por lo comun son algun tanto negligentes de sí mismos y van cubiertos de polvo; tienen el rostro y la vista quemados por los ardores del sol y las fatigas de la guerra; su mirada fiera indica la severidad de su conducta; al acercarse la hora del combate, armados de la fe por dentro y de hierro por fuera, sin adornos en sus hábitos ni en los arneses de sus caballos, las armas son sus únicos adornos; de ellas se sirven con valor en los más grandes peligros, sin temer ni el número ni la fuerza de los bárbaros; toda su confianza la tienen puesta en el Dios de las batallas, y combatiendo por su causa, buscan una victoria segura ó una muerte santa y honrosa (1).»

Este elogio parece demasíadamente lisonjero; no obstante, el cuadro que hacia san Bernardo era exacto, y se ve confirmado por las crónicas de muchos contemporáneos.

El venerable Pedro de Cluni dirigió tambien una epístola laudatoria al gran Maestre y caballeros del Temple, con esta inscripcion: «Al muy venerado y amado Ebrardo, Maestre del Temple de Dios que está en Jerusalem, Fr. Pedro, humilde abad de Cluni, salud y dileccion en cuanto le es dable.» Y dando principio á la carta con las expresiones de benevolencia que les profesaba, entre otras cosas decia: «¿Quién de los que tienen esperanza de la salvacion eterna no se alegrará? ¿Quién no se llenará todo el interior de gozo en su Dios y Señor de la salvacion? De que la milicia del Rey eterno, ejército del Dios de las alturas para destrozarse al príncipe del mundo, para aniquilar á los enemigos de la cruz, salió congregada de diversas partes del orbe como si fuese de los celestiales alcázares á nuevas batallas.» Y concluye la epístola con las siguientes expresiones: «En lo uno os apropiasteis todo lo que atañe á los santos monjes y ermita-

(1) S. Bernardi Exhortatio ad milites Templi.

ños, y en lo otro excedisteis el intento é instituto de todos los religiosos (1).»

El venerable Fr. Humberto de Romanis, quinto general de la orden de Predicadores, varon singular en virtud y letras, escribió un sermón *ad Templarios* (2), en el que, entre otros elogios, se registran los siguientes: «Esta Orden fué confirmada para pelear contra los sarracenos; y por la experiencia y grandes triunfos que se han obtenido de esta máxima religion sobre los sarracenos, á devocion de todo el orbe, han sido exaltados y llamados milicia del Temple; porque al principio habitaron junto al Temple. Y por cuanto entre todos los fieles que hay en la Iglesia de Dios, á ellos especial y particularmente se les atribuye el nombre de Milicia, conveniente será hacer peculiar mencion de la milicia.» Con estas y otras cláusulas del mismo tenor pondera aquel venerable escritor contemporáneo (como los anteriores) esta milicia que tan pujante estaba en sus tiempos.

El respetable Gaufridio, prior vosiense, en su crónica (3) hablando del Temple y del Hospital, observa que dichas órdenes fueron creadas no sólo con el fin de la santa cruzada, sino tambien con el de restituir á su antigua observancia la disciplina regular, que por aquel tiempo tanto habia decaído.

Los elogios que acabamos de consignar, prueban evidentemente que la conducta y régimen de vida que usaron y practicaron los Templarios en su principio eran severos, y puntualmente observadas las reglas de su Instituto, de manera que con el tiempo hubo necesidad de modificar algun tanto la severidad de la disciplina, si bien es necesario confesar que dicha modificacion fué compensada con otras ventajas.

Desde que la Orden se encontró en el caso de tomar tropas á su sueldo, fué indispensable dejar algunos caballeros en las casas y residencias, no solo para administrar las rentas, sino tambien para instruir á los sirvientes y reclutas, los cuales estaban obligados á recomponer y cuidar de los equipos, esto es, de los caballos y armas de los caballeros, pues hubiera sido indecoroso que estos mismos por su categoría hubieran tenido que ocuparse en tales oficios. Convenia que el caballero se distinguiera del fraile sirviente, que fuese menos sedentario que antes, más esparcido por defuera, sea para ejercitar la tropa, sea para ocuparse en los deberes de su cargo.

Nos parece viene á propósito aquí la aplicacion de prescindir de Raquel por Lia y de Magdalena por Marta, es decir que era armarse de dos

(1) V. Pedro de Cluni, epíst. 26.

(2) Sermón 36, Bibliot. vet. Patr., tom. 2. lib. 2, pag. 472.

(3) Apud Labbé, Bibliot., tom. 2. pag. 296.

espadas á la vez; que en el uso de las armas espirituales y materiales era difícil que no desapareciera el religioso para ceder el lugar al soldado; á pesar de todo, esta alternativa era el espíritu de la Orden, el oficio y la intención del fundador, que alló por este medio hacerse útil y necesario al pueblo cristiano. Aun podría añadirse el cuadro que san Bernardo trazó de los Templarios de su tiempo, de quienes dice que, á pesar de estar en campaña, comían de magro los días que lo eran estando en el convento, durmiendo en el duro suelo, y en el interior no llevaban ropa blanca; sin embargo, en consideración á los calores de Oriente, se les permitía en verano usar camisa de tela (1).

Convendría consignar aquí la forma de gobierno de la Orden, sus altos dignatarios y sus funciones, aunque no fueron designados en la Regla sino bajo el nombre equívoco de procuradores; pero lo reservamos para más adelante.

Los enemigos de la Orden del Temple forjaron acusaciones contra ella, hasta de cosas y hechos los más inverosímiles y contradictorios; se censuró al Temple haberse separado de la jurisdicción del patriarca de Jerusalén, su protector; más al examinarse esto, no se halla sino falsedad y contradicción. Un historiador pretende que fué bajo el papa Gelasio II (1119), fundándolo en un texto del monje inglés Mateo de París, que no consta en parte alguna (2), y que es contrario á lo que este mismo autor consigna en su crónica, siguiendo á Guillermo de Tiro: «que los Templarios continuaron por mucho tiempo en su laudable designio (3).»

Otro historiador quiere que sea bajo el papa Calixto II, en un Concilio tenido en Reims el mismo año 1119; lo que no es menos destituido de fundamento (4). Nadie se ha ocupado con más prolijidad de la historia de este Concilio, que Orderico Vital. Si se toma la pena de consultarlo (5), á buen seguro que no se hallará una sola palabra de las que pretende haber encontrado Volffio, á no ser que se tome al obispo de Macon para el patriarca de Jerusalén, y por Templarios á los Clunistas que en dicho Concilio defendían sus excepciones. Por otra parte, hubiera sido cosa muy rara y extraña que Hugo de Paganis y sus primeros discípulos, algunos meses después de haber pronunciado sus votos, se hubieran desdeñado de reconocer la autoridad de aquél que les había recibido tan favorablemente, recomendado y protegido, y que hubieran mendigado privilegios que entonces les eran inútiles. La Santa Sede, al confirmar en 1128, por medio de una Bula,

(1) Regla de los Templarios, cap. LXIV, LXIX y LXX.

(2) Gutteri: Hist. de los Templarios.—Bakeus in Gelasium II.

(3) Mateo de París, 1118.

(4) Volffius in memorabilibus.—Item Hospinianus, de origine Simachatus, lib. 3, pág. 337.

(5) Hist. Eccles. lib. 12, pág. 837. an. 1119.

la Orden del Temple, ya les acordó los privilegios que necesitaba dicha Institucion, como se desprende de las palabras de Fernando Ughelli (1).

En 1136, Hugo de Paganis, primer Gran Maestre del Temple, pasó á mejor vida, y su muerte fué muy sentida por parte de todos los cristianos de la Palestina, pero fué incomparablemente mayor el sentimiento de los caballeros que durante diez y ocho años fueron testigos de su tierna piedad, de su celo y caridad hácia los pobres y peregrinos. El conde de Pagan lo pone en el número de sus antepasados.

Hugo había estado casado, y Tiebaldo, uno de sus hijos, fué abad de San Colombo en Sens, el año 1139 (2). Este Tiebaldo escribió y enseñó que la Extremauncion no se podía reiterar, lo mismo que el Bautismo, cuya doctrina refutó Pedro el Venerable, abad de Cluni, por medio de una carta que le dirigió (3).

Hugo de Paganis, al morir, tuvo el consuelo de ver á sus hijos universalmente amados por los grandes y por el pueblo, y queridos de toda la cristiandad, así como temibles á los fieles.

Apenas habían trascurrido ocho años desde la confirmacion de la Orden del Temple, y ya se la vió extenderse prodigiosamente, sobre todo en Cataluña, Aragon, Castilla, Portugal y Francia (4).

Las donaciones que desde luego se hicieron á la nueva Orden del Temple no eran por cierto terrenos incultos ó áridos, ni para desmontar, como los habían recibido en otro tiempo los discípulos de san Benito, y después los nobles de san Norberto y del abad de Claraval, sino que eran castillos, fortalezas, haciendas, feudos y villas enteras con todas sus pertenencias y jurisdicciones.

Sucesivamente apuntaremos cuantas noticias hemos podido recoger sobre este particular.

DONACIONES.

1131. El conde de Barcelona D. Ramon Berenguer III, al profesar la Orden Templaria, de consentimiento de su hijo, cedió al Temple un fuerte castillo con todas sus dependencias, con la obligacion de defender sus límites contra las incursiones de los sarracenos. Esta plaza se llamaba Gran-yena, segun el acta de donacion (5).

(1) Italia Sacra, tom. 1 col. 253.—Matthæus Albanensis sub Honorio II, in Galliis legatione functus, in Trecensi Concilio Militar: Templariorum institutum favorabilibus diplomatis indnitis confirmavit.

(2) Chronic. Senon., Martene, Thes. Anecd. tom. 3, col. 1152.

(3) Pedro el Venerable, lib. 5, carta 7.

(4) Roberto del Monte apud Baron., an. 1131.

(5) Martene: Vet. Script. collect., col. 704.

En la historia de la iglesia de Gandersheim consta que el emperador Lotario convirtió en iglesia y convento militar para los Templarios un castillo de su dominio particular, llamado Supplingebourg, y lo cedió al Temple en 1131.

En 1132 el rey de Aragon D. Alfonso llamado el Batallador concedió á los Templarios la fortaleza de Mallen que habia tomado de los moros en 1127. Con el tiempo fué cedida al Hospital, en cambio de Nouvillas (1). En el mismo año el conde de Urgel Armengol VI, de acuerdo con el conde de Pallars, hizo donacion á los Templarios del castillo de Barberá situado en la marca ó frontera de los moros.

En 1133 Lotario de Baudimant en Champaña hizo donacion al Temple de todos los derechos que tenia en dicho lugar, así como el feudo del senescal Andrés, su pariente, y por último cedió á la misma Orden el castillo de Chau de Merle hasta su territorio de Baudimant (2).

En 1135 el obispo de Niza colmó á los Templarios de muchas rentas tanto dentro de la ciudad como fuera de ella; aún se ven en el territorio de Niza muchas ruinas, y se conserva una bóveda en un lugar llamado la fuente del Temple, en donde habia un convento de la Orden, y la iglesia se llamaba Santa María del Temple (3).

En 1135 san Olegario, obispo de Barcelona y arzobispo de Tarragona, puede considerarse como uno de los mayores protectores y propagadores de la Orden del Temple, pues en 1131 fué el que inspiró á Ramon Berenguer III á que no solamente protegiera á la naciente religion, si que tambien se afiliara á ella, como en efecto lo realizó profesando la regla del Temple y muriendo Templario. Dicho conde antes de morir recomendó á su hijo Ramon Berenguer IV la Orden del Temple, de la cual podia esperar grande auxilio contra los moros.

Así es que dicho conde de Barcelona, siguiendo el consejo y encargo de su padre moribundo, favoreció á los Templarios, mandando construir á sus expensas un convento; y deseando acrecentar más la Orden, envió á pedir al Gran Maestre ultramarino, Fr. Roberto de Craon, le mandase algunos freiles para mayor edificacion de los muchos que ya habia en sus estados, y en 3 de diciembre el mismo conde hizo entrega en manos de Fr. Arnaldo de Bedós y de Fr. Hugo de Rigalt, del mas de Barberans, castillo situado á cuatro leguas de Tortosa.

El 5 de abril del mismo año, san Olegario publicó una pastoral en favor de los Templarios, con la cual exhortaba á todos los que renunciando al mundo y á su patrimonio, se consagrasen á dicha milicia del

(1) Hispania illustrata, tom. 3. pág. 42.

(2) Hist. de la casa de Dreux, pág. 233.

(3) Gallia Christ. nova, tom. 3. col. 1279. Petri Goffredi Niciensis urbis notitia. tom. 9, Italia Antiquitat., part. 6 cap. 11, col. 29.

Temple, la defensa y propagacion de la fe, y fulminaba las más graves censuras contra todos los que se atreviesen á molestar á dichos caballeros.

Dicha acta se halla firmada por el santo obispo y tambien por el conde de Barcelona, el cual prometió desde luego dar á la Orden una suma de dinero cada año, y á su fallecimiento cedia al Temple todo su aparejo militar. Tales fueron los principios de la Orden Templaria en Cataluña y Aragon (1).

En 1136, Roger III conde de Foix señaló su piedad con la fundacion de una casa prioral cerca de Pamiers en un lugar llamado Nogarede, que cedió á los Templarios en franco alodio, de consentimiento de doña Jimena su esposa, queriendo que desde entonces se llamase Villadiieu, distinta de otra Villadiieu perteneciente tambien al Temple situada entre el Tarn y el Garona. Fr. Arnaldo de Bedós y Fr. Raimundo de Gaure recibieron en nombre de la Orden dicha donacion, que fué hecha por Amelio obispo de Tolosa. Esta es la casa que hallamos más antigua del Temple fundada en el Languedoc (2), sin exceptuar la de Montpellier, que Gariel sin fundamento hace remontar á 1118 (3).

En la Rochela Guillermo X duque de Aquitania, que murió el año siguiente 1137, fundó una casa para el Temple.

Luis el jóven rey de Francia, Eleonora su esposa, Ricardo rey de Inglaterra hijo de dicha reina Eleonora, así como Oton nieto de dicha reina, deben considerarse tambien como principales bienhechores de la Orden del Temple.

El dominio y señorío de Bernay que habia pertenecido al Temple de la Rochela, fué enajenado en 1570 por la suma de 2,500 libras (4).

En Alemania la Orden del Temple tuvo principio en 1131, y no como equivocadamente lo escribe Bruschius, diciendo que tuvo lugar en 1080, es decir 38 años antes de su institucion, añadiendo que en aquel año los Templarios cedieron una iglesia á los canónigos regulares de San Hipólito en Austria, cuyo error no merece siquiera refutarse (5).

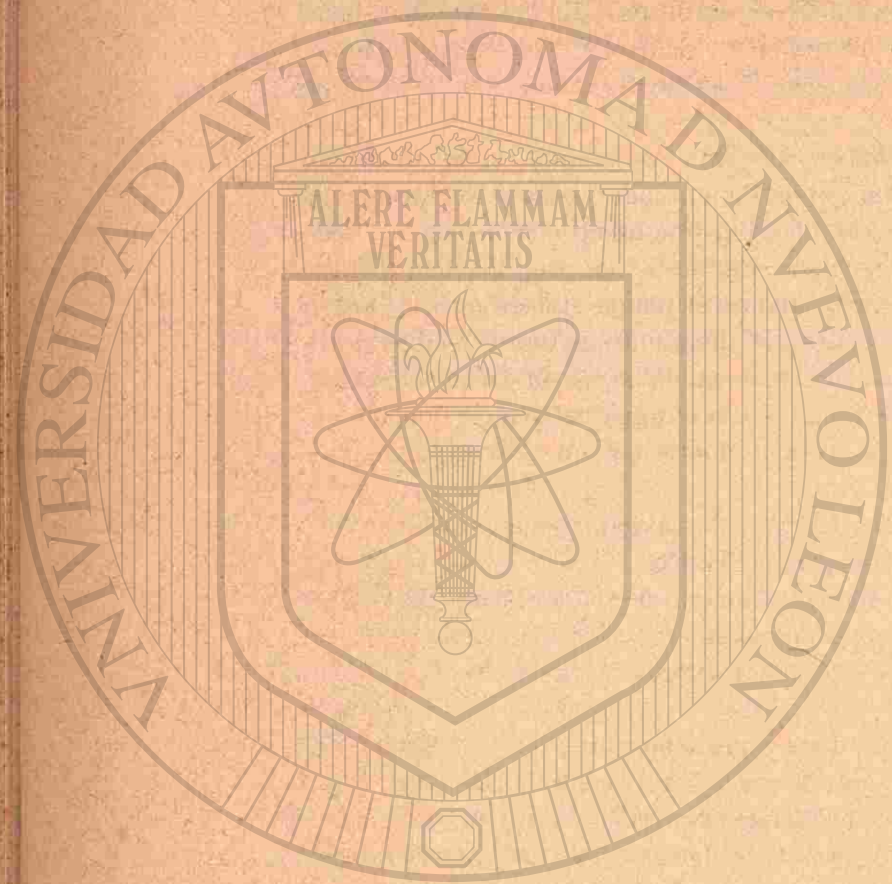
(1) Bollandus, tom. 3. 6. Mart. pág. 492.

(2) Hist. general del Languedoc, lib. 17, pág. 427.

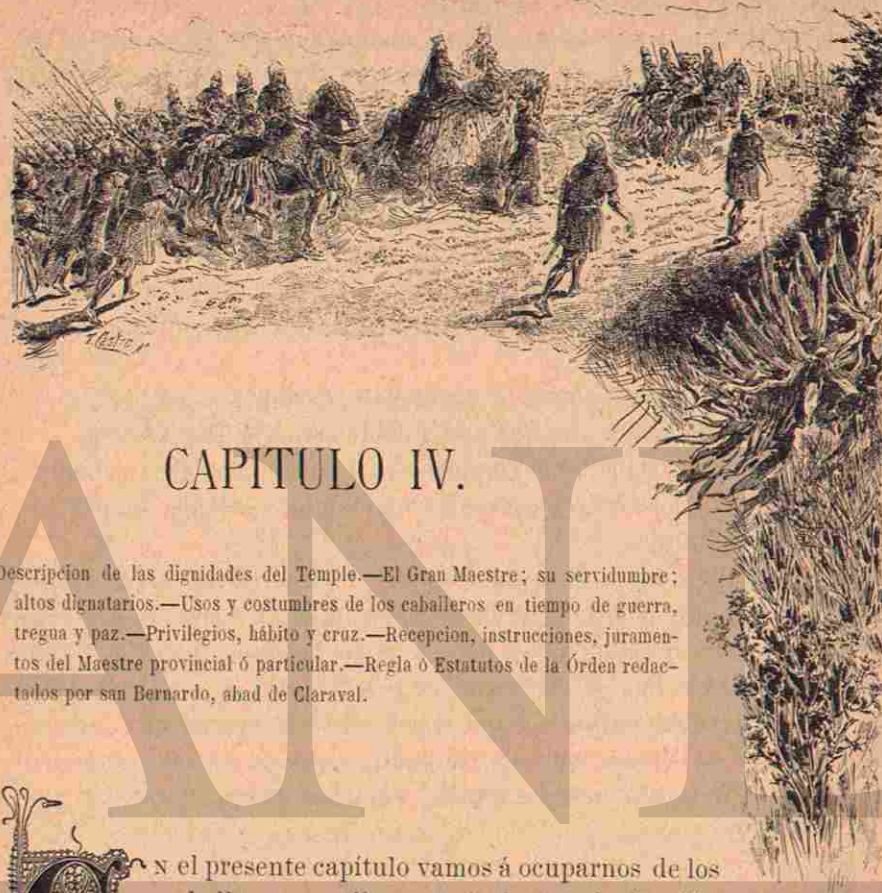
(3) Gallia Christ. nova, tom. 6, col. 727.

(4) Hist. de la Rochela, tom. 1, pág. 63f; tom. 2, pág. 501.

(5) Raym. Duelli Miscel., tom. 1, pág. 313.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO IV.

Descripción de las dignidades del Temple.—El Gran Maestre; su servidumbre; altos dignatarios.—Usos y costumbres de los caballeros en tiempo de guerra, tregua y paz.—Privilegios, hábito y cruz.—Recepcion, instrucciones, juramentos del Maestre provincial ó particular.—Regla ó Estatutos de la Orden redactados por san Bernardo, abad de Claraval.

En el presente capitulo vamos á ocuparnos de los caballeros, capellanes y sirvientes, de las dignidades de la Orden, ceremonias de la recepcion y de otras particularidades, como tambien de la Regla y de los Estatutos.

DE LOS CABALLEROS DEL TEMPLE. ®

Para ser admitido á dicha Orden, era necesario proceder de familia noble, si bien no se exigian pruebas, pues bastaba que el candidato declarase descender de padre noble; pero era castigado con penas severas si con el tiempo se descubria haber mentido sobre este particular.

Era necesario ser de legitimo matrimonio, ley esencial para la inde-

pendencia y honor de la Orden, pues los príncipes y otros aristócratas hubieran procurado colocar en la misma á sus hijos naturales, sin dispendio y con gran ventaja. El candidato debía ser libre de todo lazo y voto, no estar casado ni haber dado esponsales, ni estar comprometido con otra Orden religiosa, y estar sano de cuerpo.

Ni la Regla ni los Estatutos hacen mencion de que el candidato debiese ofrecer dote ni cantidad alguna para ser admitido; antes bien estaba prohibido hacer regalos para ello. No obstante, en los últimos tiempos la Orden recibía en clase de subvencion no solamente sumas de dinero, sino tambien la donacion de casas y bienes de los postulantes.

El noviciado no fué nunca fijo desde la fundacion. El Maestre ó Preceptor que recibía al candidato, tenía facultad para que el noviciado fuese más ó menos largo segun su voluntad ó necesidad, lo que se justificaba por la Regla, que prevenía que el nuevo caballero fuese enviado sin retardo á la Palestina.

Además de los tres votos de obediencia, castidad y pobreza, debía pronunciar y sujetarse á otro que era el de defender la Tierra Santa.

El hábito de los caballeros Templarios era una túnica de lana blanca, semejante á la de los cistercienses, así como tambien la capa blanca con una cruz de paño rojo.

Cada caballero tenía su equipo completo de guerra con tres caballos y un armígero, que podía ser un freile sirviente, ó un escudero asalariado; alguna vez era un paje ó jovencito á quien la Orden instruía y educaba para con el tiempo formar parte de ella. Tanto los caballeros como sus fámulos llevaban segun la regla el pelo corto, lo mismo que las melenas y la barba. Usaban camisa y calzoncillos que no debían quitarse ni para dormir; no podían usar pectorales, espuelas, frenos, estribos ni cosa alguna de oro ó plata, á no ser que dichas cosas fuesen dadas de caridad.

DE LOS CAPELLANES DEL TEMPLE.

Al principio de la institucion de la Orden no hubo sino caballeros, y estos, en lo que concierne en la religion, estaban sometidos al patriarca de Jerusalem, y de su consentimiento á los obispos de la diócesis, en cuya jurisdiccion radicaban las casas de la Orden; pero al cabo de algunos años de la fundacion, la Santa Sede eximió á la Orden de la jurisdiccion del patriarca y de los obispos, poniéndola bajo su inmediata proteccion, facultando la admision de sacerdotes ó religiosos para el servicio divino y administracion de sacramentos.

De ahí es, que como desde un principio la Orden Templaria, á la manera de las demás órdenes militares, se componía solamente de legos, se vió precisada á tomar por un tiempo fijo ó por toda la vida, para el servi-

cio, vigilancia y cuidado de sus iglesias, y para practicar todas las ceremonias religiosas de su instituto, los sacerdotes ó religiosos necesarios, los cuales conservaban su traje propio, y no eran considerados como individuos de la Orden.

Más adelante, fueron admitidos presbíteros como miembros de la Orden, gozando de los privilegios á ella concedidos, y su recepcion era la misma que la de los caballeros, exceptuando las preguntas de nobleza y caballería; pero hacían los mismos votos. El hábito de dichos presbíteros se diferenciaba muy poco del de los caballeros; únicamente se reconocía por la túnica ó sotana blanca un poco más larga, y por una birreta y guantes por respeto á la consagracion.

Los presbíteros Templarios, en el interior de las casas ó conventos de la Orden, gozaban de grandes prerrogativas, como asistir en capítulo, ser elegidos para los mayores cargos del gobierno, y ser servidos los primeros en el refectorio.

DE LOS FREILES SIRVIENTES.

Cuando la fundacion de la Orden, y aun despues de algun tiempo de su propagacion, no hubo freiles sirvientes; pero como creciese extraordinariamente el número de los caballeros, y los escuderos y criados no fuesen suficientes para el servicio y necesidades cada día más crecientes de la Orden, la economía y la política idearon la creacion de una clase de freiles, destinados á diversos empleos y servicios, ya interiores ya exteriores de la Orden y de sus caballeros, y esta clase fué la de los freiles sirvientes. En dicha clase tenían ingreso no solamente hombres de baja esfera en la sociedad, si no tambien hombres ricos y de ilustre nacimiento; y en tanto es así, que hubo freiles sirvientes con los cargos importantes de receptores de las rentas reales, limosneros y tesoreros del rey de Francia.

La recepcion era la misma que la de los caballeros; el hábito era de paño oscuro, para diferenciarlo de los caballeros. Sin embargo, podían ser preceptores, y en la eleccion de Gran Maestre tenían el privilegio de nombrar tres individuos de su clase para que en union de los trece electores asistiesen al capítulo general.

Los freiles sirvientes estaban divididos en dos clases, á saber, sirvientes de armas y sirvientes de artes y oficios; estos últimos estaban destinados, ya á talleres de la Orden, ya á las posesiones y bienes que cultivaban y administraban. Los sirvientes de armas gozaban de mayor consideracion, principalmente los armeros, por ser su profesion muy importante en la edad media.

El Gran Maestre y altos dignatarios de la Orden tenían á su servicio y séquito á freiles sirvientes.

Algunas encomiendas y preceptorías estaban reservadas para los ancianos más distinguidos de la clase de sirvientes.

Los sirvientes que eran preceptores tenían voto en el capítulo general.

El cargo de tesorero de la Orden lo desempeñaba un freile sirviente.

DIGNIDADES DEL TEMPLE.

La primera dignidad era la de Gran Maestre, llamado ULTRAMARINO por residir ordinariamente en Palestina; su categoría era considerada como príncipe entre los soberanos, y en los Concilios su asiento estaba señalado después de los Obispos con preferencia á los embajadores de las potencias.

Si el Gran Maestre no moría en el campo de batalla, ni en la esclavitud, por haber caído en poder de los infieles, ó después de haber hecho abdicación, al hallarse gravemente enfermo confiaba los sellos de la Orden y su anillo á uno de los más caracterizados caballeros, el cual con solo este acto era reconocido por su lugarteniente. Sin embargo, á la muerte del Gran Maestre podía ser destituido por el Consejo, ó continuar, en cuyo caso toda la Orden debía obedecerle. Este tenía el derecho de convocar el capítulo general, fijando el día de la elección, y de acuerdo con los capitulares elegir el presidente, quien pedía un adjunto, y los dos pedían un tercero, y así sucesivamente hasta trece, entre los cuales debía haber un presbítero, ocho caballeros y cuatro hermanos, todos de diferentes provincias, si era posible y las circunstancias lo permitían.

Concluida la elección, el que había obtenido la pluralidad de votos era acompañado al altar de la capilla, y allí el presidente lo proclamaba ante el capítulo por Gran Maestre del Temple, le hacía entrega del anillo y sellos de la Orden, leyéndole la Regla, Estatutos y obligaciones de su alta dignidad, concluyendo con prestar todo el capítulo el homenaje y obediencia debidos al nuevo jefe de la Orden.

El Gran Maestre, con el capítulo, tenía facultad de nombrar, y también de destituir á los grandes dignatarios, aunque fuesen Maestres provinciales; sin embargo no se hacía sino muy raras veces, y éstas por graves motivos y con justa causa.

Debía prestar juramento de conservar y aun aumentar los bienes y rentas de la Orden, y bajo ningún concepto enajenar aquéllos. Solamente con el asentimiento del capítulo podía proceder á la venta ó transacción de algunos bienes raíces, y sin consulta del capítulo tenía facultad de prestar hasta 1000 libras. En su poder conservaba una de las llaves del tesoro. El distintivo del Gran Maestre era el *Abacus* ó baston, con un gran

puño ó pomo blanco y la cruz en medio de un círculo ú orla. Cuando salía en público iban delante dos pajes, de los cuales uno llevaba la lanza y otro llevaba el escudo. En el refectorio se le servía por honor el cuádruplo de las porciones, con el fin de mandar pasar parte de ellas á los freiles que estaban en penitencia.

El servicio del Gran Maestre ó sea su casa se componía de un capellan, dos caballeros, un secretario, un freile sirviente, dos mayordomos, dos criados para comisiones y cuatro turcópoles (1); uno servía para correo, otro era camarero, otro cocinero de campaña y el otro servía para llevar la lanza y el broquel. Además de las monturas destinadas á su séquito, tenía dos caballos para el equipaje, tres para montar con su palafrenero, y un caballo de batalla; en suma, cuando el Gran Maestre iba de campaña, su séquito se componía de 14 personas y 21 caballos.

Ordinariamente el 14 de setiembre, en honor á la santa Cruz, se celebraban los capítulos generales, presidiéndolos el Gran Maestre, y en su defecto el Visitador general, y lo resuelto en dichos capítulos tenía fuerza de ley y debía observarlo toda la Orden.

ALTAS DIGNIDADES DE LA ORDEN.

El Gran Comendador, el Mariscal, el Senescal ó Tesorero, el Drapero.

El Gran Comendador, tenía su inspección sobre los buques, viveres y tesoro, en cuyo poder estaba la segunda llave. Todos los freiles, tanto capellanes como laicos, estando en el convento, dependían inmediatamente de su autoridad, á quien incumbía proporcionar médicos, cirujanos y todo lo necesario para la enfermería, y como dicho grado de Gran Comendador lo ejercía uno de los caballeros más distinguidos de la Orden, el Gran Maestre le encargaba el gobierno durante su ausencia y de su teniente.

En tiempo de paz, tenía más preferencia que el Mariscal, pudiendo convocar capítulo en ausencia del Maestre y de su teniente. El Mariscal tenía á su cargo el departamento de la guerra. Después del Gran Maestre, todos los caballeros debían obedecer sus órdenes; en campaña tenía el mando superior militar, debiendo suministrar todo el material de guerra, armas, ballestas, tiendas, mantas y sobre todo los caballos y mulos necesarios para los pertrechos y provisiones. Con todo no podía comprar nada sin permiso del Gran Maestre, fuera de casos urgentes é imprevistos.

(1) Los turcópoles, así llamados en Asia, se derivaban de los turcomanos, nacidos de madre griega y de padre turcoman, los cuales eran destinados á la milicia. Tanto el Temple como el Hospital dieron el nombre de Turcopoller al jefe superior de la caballería ligera.

El Gran Maestre y altos dignatarios de la Orden tenían á su servicio y séquito á freiles sirvientes.

Algunas encomiendas y preceptorías estaban reservadas para los ancianos más distinguidos de la clase de sirvientes.

Los sirvientes que eran preceptores tenían voto en el capítulo general.

El cargo de tesorero de la Orden lo desempeñaba un freile sirviente.

DIGNIDADES DEL TEMPLE.

La primera dignidad era la de Gran Maestre, llamado ULTRAMARINO por residir ordinariamente en Palestina; su categoría era considerada como príncipe entre los soberanos, y en los Concilios su asiento estaba señalado después de los Obispos con preferencia á los embajadores de las potencias.

Si el Gran Maestre no moría en el campo de batalla, ni en la esclavitud, por haber caído en poder de los infieles, ó después de haber hecho abdicación, al hallarse gravemente enfermo confiaba los sellos de la Orden y su anillo á uno de los más caracterizados caballeros, el cual con solo este acto era reconocido por su lugarteniente. Sin embargo, á la muerte del Gran Maestre podía ser destituido por el Consejo, ó continuar, en cuyo caso toda la Orden debía obedecerle. Este tenía el derecho de convocar el capítulo general, fijando el día de la elección, y de acuerdo con los capitulares elegir el presidente, quien pedía un adjunto, y los dos pedían un tercero, y así sucesivamente hasta trece, entre los cuales debía haber un presbítero, ocho caballeros y cuatro hermanos, todos de diferentes provincias, si era posible y las circunstancias lo permitían.

Concluida la elección, el que había obtenido la pluralidad de votos era acompañado al altar de la capilla, y allí el presidente lo proclamaba ante el capítulo por Gran Maestre del Temple, le hacía entrega del anillo y sellos de la Orden, leyéndole la Regla, Estatutos y obligaciones de su alta dignidad, concluyendo con prestar todo el capítulo el homenaje y obediencia debidos al nuevo jefe de la Orden.

El Gran Maestre, con el capítulo, tenía facultad de nombrar, y también de destituir á los grandes dignatarios, aunque fuesen Maestres provinciales; sin embargo no se hacía sino muy raras veces, y éstas por graves motivos y con justa causa.

Debía prestar juramento de conservar y aun aumentar los bienes y rentas de la Orden, y bajo ningún concepto enajenar aquéllos. Solamente con el asentimiento del capítulo podía proceder á la venta ó transacción de algunos bienes raíces, y sin consulta del capítulo tenía facultad de prestar hasta 1000 libras. En su poder conservaba una de las llaves del tesoro. El distintivo del Gran Maestre era el *Abacus* ó baston, con un gran

puño ó pomo blanco y la cruz en medio de un círculo ú orla. Cuando salía en público iban delante dos pajes, de los cuales uno llevaba la lanza y otro llevaba el escudo. En el refectorio se le servía por honor el cuádruplo de las porciones, con el fin de mandar pasar parte de ellas á los freiles que estaban en penitencia.

El servicio del Gran Maestre ó sea su casa se componía de un capellan, dos caballeros, un secretario, un freile sirviente, dos mayordomos, dos criados para comisiones y cuatro turcópoles (1); uno servía para correo, otro era camarero, otro cocinero de campaña y el otro servía para llevar la lanza y el broquel. Además de las monturas destinadas á su séquito, tenía dos caballos para el equipaje, tres para montar con su palafrenero, y un caballo de batalla; en suma, cuando el Gran Maestre iba de campaña, su séquito se componía de 14 personas y 21 caballos.

Ordinariamente el 14 de setiembre, en honor á la santa Cruz, se celebraban los capítulos generales, presidiéndolos el Gran Maestre, y en su defecto el Visitador general, y lo resuelto en dichos capítulos tenía fuerza de ley y debía observarlo toda la Orden.

ALTAS DIGNIDADES DE LA ÓRDEN.

El Gran Comendador, el Mariscal, el Senescal ó Tesorero, el Drapero.

El Gran Comendador, tenía su inspección sobre los buques, viveres y tesoro, en cuyo poder estaba la segunda llave. Todos los freiles, tanto capellanes como laicos, estando en el convento, dependían inmediatamente de su autoridad, á quien incumbía proporcionar médicos, cirujanos y todo lo necesario para la enfermería, y como dicho grado de Gran Comendador lo ejercía uno de los caballeros más distinguidos de la Orden, el Gran Maestre le encargaba el gobierno durante su ausencia y de su teniente.

En tiempo de paz, tenía más preferencia que el Mariscal, pudiendo convocar capítulo en ausencia del Maestre y de su teniente. El Mariscal tenía á su cargo el departamento de la guerra. Después del Gran Maestre, todos los caballeros debían obedecer sus órdenes; en campaña tenía el mando superior militar, debiendo suministrar todo el material de guerra, armas, ballestas, tiendas, mantas y sobre todo los caballos y mulos necesarios para los pertrechos y provisiones. Con todo no podía comprar nada sin permiso del Gran Maestre, fuera de casos urgentes é imprevistos.

(1) Los turcópoles, así llamados en Asia, se derivaban de los turcomanos, nacidos de madre griega y de padre turcoman, los cuales eran destinados á la milicia. Tanto el Temple como el Hospital dieron el nombre de Turcopoller al jefe superior de la caballería ligera.

El mariscal iba al lado del Gran Comendador, y tenía preferencia sobre el Drapero, Senescal y demás oficiales superiores, sin exceptuar al mismo Gran Comendador, quien tenía la obligación de hacer conducir y trasladar las tiendas, capilla y demás equipajes. En campaña si se hallaban ausentes el Gran Maestre y vice-Maestre, podía reunir el consejo de guerra. El séquito del Mariscal se componía de su teniente, del caballero porta-estandarte, y de los criados para cuidar de los caballos y mulos.

Los estatutos prohibían al Mariscal poder mandar el toque de ataque ó carga al enemigo, sin permiso del Gran Maestre si estaba presente, á menos de un peligro inminente.

Sin autorización del Gran Maestre, el Mariscal no podía prestar caballos á los seglares sino por uno ó dos días.

Estando en el convento, el Mariscal tenía la libertad de invitar á la mesa de la enfermería, á algunos freiles amigos suyos para hacerle compañía, pero no podía hacerlo con frecuencia. Como por razón de negocios urgentes debiesen ausentarse de la residencia tanto el Mariscal como el Gran Comendador, y muchas veces debiesen suplirse el uno al otro, estaba mandado que se procurase no ser de larga duración la ausencia en perjuicio de la Orden (1).

El empleo del Tesorero ó senescal (2) consistía en procurar con tiempo hacer las provisiones necesarias para el suministro de la Orden, y vigilar que los alimentos fuesen distribuidos sin distinción de personas. Por su mano debía pasar todo el dinero del tesoro, y por razón de su cargo tenía en su poder la tercera llave. Todos los donativos que se hacían, ya en dinero, ya en especie, como frutos, legumbres, etc., debían entregarse al Tesorero, quien tenía la facultad de distribuir los últimos en provecho ó uso de aquellos á quienes se había hecho el regalo ó donativo, siéndole prohibido dar aguinaldo alguno ni aun á sus cohermanos (3).

El *Drapero* tenía el cargo del vestuario, proporcionando á todos los miembros de la Orden los hábitos ordinarios y los militares, como los tahalís, espalderas, cotas de armas y demás (4).

Al concluir el invierno se cambiaban los hábitos, y el Drapero tenía la facultad de disponer de los que se habían dejado, y los distribuía á los que se alistaban á servir gratis en la Orden, pudiendo también darlos por caridad á los pobres, si eran muy usados; asimismo tenía facultad de conceder los recursos necesarios á los freiles que pasaban de una casa á

(1) Raym. Duelli, lib. 2, Miscel pag. 38 y sigs.

(2) Senescallus, Thesaurarius, Questor, Dapifer Præceptor, expensarum.

(3) Raym. Duelli, Miscel., lib. 2, pag. 35 y sigs.

(4) id. id. pag. 39 Traperarius tenetur dare fratribus ad arma deputatis spallaria cingulos etc., etc.

otra de la Orden. Si álguien regalaba á un Templario una pieza de paño, el Drapero podía retenerla, y si de ella podían hacerse dos capas, tenía el derecho de quedarse la mitad (1).

El cargo de *Visitador general* era el girar visita á todos los conventos, residencias, castillos y granjas de la Orden, corrigiendo los abusos, imponiendo penas, administrando justicia y procurando la estricta observancia de la regla.

Además había las dignidades de Castellán, ó sea gobernador de los castillos, el Turcopolier, que era el comandante de la caballería ligera, y el Capillero, destino que lo desempeñaba uno de los caballeros más virtuosos y ejemplares, el cual estaba encargado de la capilla y ornamentos. Cuando se estaba en campaña y bajo tiendas, el capillero mandaba tocar al oficio divino en tiempo oportuno; ordinariamente el hermano capellán comenzaba el Oficio á la hora establecida con asistencia de todos los caballeros y sirvientes, excepto los que estaban de ronda, centinelas y avanzadas. La nona y vísperas se rezaban cuando el Mariscal juzgaba que no había peligro y estaban reunidas todas las fuerzas.

Estando de marcha, al llegar al punto en donde debía hacerse alto y permanecer, nadie podía alojarse hasta tener colocada y dispuesta la capilla, y que el Gran Maestre y Mariscal no estuviesen alojados. El campamento se disponía de tal manera, que todas las fuerzas se colocaban al rededor de la capilla, á fin de que todos los caballeros y sirvientes pudiesen ver y atender el Oficio ó rezo, así como sin separarse de las tiendas oír el sacrificio de la misa (2).

Si en el campamento algun caballero cometía alguna falta contra la regla, ó disciplina militar, la penitencia que se le imponía debía hacerla en la tienda del Gran Maestre, y en caso de ausencia, en la del sub-Maestre ó del Mariscal.

Ninguno de la Orden, fuese caballero, sirviente, clérigo ó laico al servicio de la misa, sin un expreso permiso, podía confesarse con otros religiosos sino con los capellanes del Temple.

Cuando algun clérigo cometía alguna de las faltas por las cuales un caballero ó sirviente estaba obligado á tomar la disciplina en público en la iglesia, y además en domingo, para más vergüenza y escarmiento, por deferencia á la orden clerical, se le permitía disciplinarse privadamente, pero tres veces la semana.

Si el clérigo había incurrido en alguna irregularidad reservada, excepto la de crimen, el Gran Maestre con el capítulo podía dispensarla (3).

(1) Id. id., pag. 38 y sigs.

(2) Id. id. lib. 2, pag. 63 y 64.

(3) Raym. Duelli, Miscell., lib. 2, pag. 48 y 49.

Entre los Templarios había tres crímenes ó delitos irremisibles ó imperdonables, á saber: la *pederastia* (sodomía), la *apostasia*, aun cuando no se abjurase la fe, y la *cobardía* ó infamia que cometía el Templario huyendo delante de los infieles. Para estos tres casos la Orden del Temple no perdonaba, ni era indulgente; se arrojaba con ignominia, al criminal, sin esperanza de poder entrar nunca jamás en la Orden (1).

Finalmente había la dignidad de Preceptores, que eran los jefes superiores de las casas ó residencias de la Orden, y administraban los bienes de su distrito, que con el tiempo se llamaron Bailíos (2).

Aunque parezca una repetición de lo que hemos indicado en otra parte, no obstante consideramos de alguna importancia consignar otras particularidades.

Los caballeros Templarios se reconocían al momento, además de su capa blanca y la cruz encarnada, por sus cabellos cortos y erizados, por sus negras armaduras de hierro y por estar sus rostros tostados por el sol y los relentes. Preferían los caballos ardientes, fogosos, ligeros y veloces; no se cuidaban de adornos superficiales, pero sí de que fuesen pintarrajados y caparazonados. Cuando había tregua de paz y guerra que les permitía algún descanso, regularmente no se veía á dichos caballeros pasearse ni salir fuera de sus castillos ó casas de encomienda, para satisfacer un vano sentimiento de curiosidad ó entretenimiento, permaneciendo casi siempre y constantemente en la residencia que tenían señalada por sus jefes, á quienes obedecían ciegamente como verdaderos religiosos, y en Jerusalem se observaba este retiro con toda escrupulosidad, no apartándose de la casa-convento que les había concedido el rey Balduino II.

Como verdaderos caballeros militares, tenían su más agradable ocupación en poner en buen orden y estado sus armas y vestidos, así como un cuidado especial en que nada faltase á sus caballos.

Ya hemos visto que las palabras malsonantes, la murmuración, juegos, bufonería y la caza con perros y halcones les estaban prohibidos, para indicar que la Orden Templaria no debía aspirar á otra cosa que á

(1) Téagase bien presente el rigor y severidad con que la Orden castigaba los dos crímenes que fueron los puntos principales de los cuales se acusó con tan perversa insistencia á los Templarios.

(2) «Actum publice apud S. Stephanum in tempore Fr. Roberti Parvi, qui tunc temporis Preceptor erat domerum Templi in Normannia assensu omnium fratrum ejusdem Bajulationis.» (Charta ann. 1200 ex Bibl. regia n.º 19.) El nombre *Usaggerius* ha sido mal interpretado como oficio ó dignidad entre los Templarios por D. Carpentier. Esta frase: «*Serviens Templi Usaggerius conventus Montispessulani,*» significa «Fralle sirviente del Temple conventual de la casa de Montpellier.» *Cambrierius* es igual á Drapero, Camarero, y *Grangerius* lo mismo que comendador ó preceptor de una granja.

combatir á los infieles y proteger á los peregrinos que visitaban la Palestina, y de este modo estar siempre aparejados y dispuestos para la lucha; y cuando ésta se consideraba inminente, los Templarios se valían de todos los medios y tomaban sus precauciones, y al llegar el momento, al dar los jefes la señal del combate, sin contar jamás el número y la fuerza del enemigo, confiando tan solo á Dios el éxito de la batalla, se abalanzaban contra él, con la fe del cristiano y la esperanza del triunfo, observándose en los Templarios la dulzura y la humildad del religioso unida á la bravura del soldado, pudiendo decir con razón de ellos lo mismo que de los caballeros de Calatrava, orden fundada por S. Raimundo de Fitero, que al toque de la campana eran mansos corderos, y al sonido del clarín de guerra se convertían en fieros leones (1).

Esta milicia activa y valiente prestó eminentes servicios á los ejércitos de los cruzados que llegaban de tiempo en tiempo á la Palestina, enviados por el celo de los cristianos de Europa, á fin de oponerse á las numerosas huestes de los bárbaros infieles, que sin cesar vomitaba el desierto contra los cruzados.

Antes de entrar en batalla, si era posible oían misa, que celebraba un capellan hermano de la Orden, y en seguida marchaban contra el enemigo precedidos del estandarte sagrado, y algunas veces si el tiempo lo permitía, rezaban ciertas preces ó plegaria para que el Señor de los ejércitos les concediera la victoria.

La Orden, del Temple, desde sus principios hasta los últimos tiempos de su existencia, fué reputada constantemente como la milicia más singularmente guerrera, valerosa, y hospitalaria que las demás, en favor del peregrino extraviado y perdido entre los desiertos del Asia, de manera que causaba una agradable sorpresa y reanimaba el espíritu del cristiano viajero el divisar desde lejos, cuando menos lo pensaba, la cruz roja y la capa blanca del Templario.

Cuando los Templarios en unión de los caballeros de San Juan se preparaban para el combate, regularmente alternaban unos y otros en la vanguardia y retaguardia, teniendo la prudencia los jefes superiores de las dos Órdenes de colocar entre los dos cuerpos, á saber de los Templarios y Sanjuanistas, como más habituados y adiestrados en las guerras de Asia, á todos los nuevamente llegados de Europa, por razón de no estar acostumbrados ni al clima ni al género de guerra que usaban los infieles, sirviendo esta prevención de gran provecho y ventaja, pues así les adiestraban en el modo y manera de combatir á los enemigos del nombre cristiano.

(1) Lect. VI S. Raym. de Fitero, Breviar. Rom. 15 mart.: «Qui et ad sonitum buccinæ leones, et ad tympani ictum agnos.»

«Nosotros los protegemos (dice una crónica Templaria) como una madre protege á sus hijos.»

Y de tal manera fueron señalados los servicios que desde un principio prestaron los Templarios, no solamente á la Iglesia, sino tambien á la sociedad, que con mucha justicia se les recompensó con privilegios especiales, como por ejemplo, exención de diezmos, derechos y tributos, así como reservándose la Sede Apostólica el juicio y causa que contra la Orden del Temple se intentase en algun tiempo por cualquier pretexto.

Gozaba esta Orden de un indulto apostólico con el cual se podía celebrar en las iglesias en donde hubiese entredicho eclesiástico, por el mero hecho de llegar á dicho lugar algun caballero Templario, y si era sacerdote capellan de la Orden, estaba facultado para celebrar por una vez los oficios divinos.

Asimismo gozaba la Orden, sus comendadores y caballeros, del privilegio del canon contra los percusores de personas eclesiásticas, por serlo en realidad los Templarios, que profesaban verdadera vida religiosa por los tres votos que la denotan.

El hábito que usaron los caballeros del Temple desde su fundacion hasta la extincion, fué blanco, que les aplicó san Bernardo, como se ve en el capítulo XXI y siguientes de la Regla, considerando á esta Orden como hija del Cister, por cuyo motivo los Templarios observaban una deferencia, atencion y respeto extraordinario á los religiosos Bernardos, ó sea hijos del Cister.

En cuanto á la observancia de los Templarios hácia su regla, y el honor que le daban en sus funciones militares con preferencia á todos los demás, veamos lo que dice sobre este particular el Ilmo. Jacobo Vitriaco, obispo de Acre, ó sea Tolemaida, en el fragmento de su Historia de Oriente, coetáneo y testigo ocular, haciendo un paralelo de los Templarios y Hospitalarios: «Hay en tierra de Jerusalem casas religiosas, á saber, del Temple y del Hospital, que abundan en muchas riquezas y rentas que recaudan de toda la Europa, y poseen muchas haciendas y posesiones en toda la tierra de Jerusalem; éstos asisten á la cruz del Señor cuando sale, los Templarios á la derecha y los Hospitalarios á la izquierda, el cual Temple tiene buenos caballeros que llevan capas blancas con una cruz roja sencilla; una bandera ó estandarte de dos colores que llaman *Baucan* va delante de ellos en las batallas; esperan á los enemigos y reciben sus primeros ataques; en ir son los primeros, en volver son los últimos, porque atienden el mandato de su Maestre; en mandando éste pelear y sonando por la bocina la orden de sus comendadores, cantan en comunidad todas aquellas palabras de David con atencion y devocion: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*, esto es: No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu santo nombre dá la gloria.

«Armados con sus lanzas acometen entonces al enemigo, y buscando las alas del ejército contrario, de un acuerdo y con mucho brio sin pensar en retroceder, ó del todo derrotan á sus enemigos, ó todos mueren; siendo siempre los últimos en retirarse, envian delante á todo el resto de la tropa, tomando á su cargo todo lo demás. Pero si alguno de ellos por algun motivo en la guerra no se portare con valor, ó con menos del que debió, ó tomase las armas contra los cristianos, le imponen una dura disciplina.

«La capa, que es señal de la caballería con la cruz, se la quitan tan ignominiosamente, que es echado de la comunidad de los demás freiles: come en tierra sin servilleta por espacio de un año; si los perros entonces le molestaren no puede rechazarlos; despues del año, si el Maestre y sus freiles le imponen pena condigna, ó tienen ésta por bastante, le vuelven á ceñir con el cingulo de la antigua milicia, por lo que los Templarios viven en observancia de una dura religion, obedeciendo con humildad, careciendo de casa propia, vistiendo y comiendo todos de una propia conformidad y viviendo continuamente en tienda de campaña.

«Los hospitalarios llevan cruz blanca en su capa, tienen el cuidado de los enfermos, y observan su disciplina y obediencia (1).»

Hasta aquí Jacobo Vitriaco, cuyas palabras tan fidedignas dan bien á entender el fervor con que los Templarios mantenian la observancia, siendo en lo interior religiosos anacoretas, y en el exterior atletas valientes de Jesucristo.

Despues de haber descrito el hábito que usó esta milicia, se hace indispensable demostrar otra antigüedad de no menos importancia, cual es el sello de la Orden con que autorizaba los despachos expedidos por su Cancillería, pues siendo parte tan sustancial para la autenticidad de todo instrumento público ó oficial la aposicion del sello, consideramos no será ingrato á los lectores insertar su noticia en este lugar.

Como al principio fué tan pobre esta religion, cuanto en lo sucesivo rica y poderosa, pues considerándola los cristianos por la archimilicia católica, fueron liberalísimos en dotarla de inmensas riquezas en todas las partes del orbe católico; y por razon de su precario y mísero principio, dos caballeros para el ejército de la defensa de los pobres peregrinos iban desde el desembarcadero de Siria y les acompañaban hasta la santa ciudad, usando ambos y sirviéndose de un mismo caballo, por cuya causa estamparon por insignia de la Orden en un sello dos caballeros montados en un solo caballo, como así los consigna el cardenal Petra en sus

(1) Martene, tom. I. col. 277.

comentarios á las Constituciones apostólicas (1), conservando así la señal evidente de la humildad, con que en sus principales casos quiso recordar la Orden por este medio, el misero y pobre principio, hasta que la alta providencia de Dios la quiso elevar al cúmulo de honores y riquezas como otra religion haya gozado.

CEREMONIAS Y FÓRMULAS DE LA RECEPCION

DE LOS TEMPLARIOS.

Quando un individuo de la sociedad, ya sea por vocacion á la Orden, animado por el celo de la defensa de los Santos Lugares de Jerusalem para combatir contra los enemigos de la religion de Jesucristo, ya fuere por los desengaños del mundo corruptor ó por otras causas, pretendia y solicitaba ingresar en la milicia del Temple, suplicaba al Maestre, Comendador ó Preceptor de la casa en donde queria entrar, se dignase admitirle en la Orden, y una vez otorgada la admision se observaba lo siguiente:

El día señalado se reunian en la iglesia ó capilla todos los Templarios que formaban la comunidad de la residencia; cada dignatario ocupaba el lugar que le correspondia segun su categoría, con el aparato propio requerido para tales ceremonias, y regularmente aquel día se celebraba capítulo, por cuyo motivo se verificaba la recepcion en la iglesia ó capilla de la residencia, castillo, encomienda ó priorato de la Orden; cerrábanse las puertas, haciéndose muy de mañana, y con sola la luz de las lámparas y dos velas encendidas. El postulante aguardaba fuera de la capilla; entonces el presidente, ya fuese el Maestre, Visitador, Comendador ó Preceptor, elegia dos caballeros para que interrogasen tres veces consecutivas al futuro Templario lo que pretendia, y segun la respuesta era introducido en la iglesia.

Para mayor autenticidad y más detalles de todas las ceremonias que se observaban en la recepcion de los caballeros en la Orden del Temple, consideramos oportuno consignar á continuacion las declaraciones que sobre este particular hicieron en el proceso formado por la Comision papal, Fr. Geraldo de Causo, caballero Templario de la diócesis de Rodez, el 12 del mes de enero de 1311 (2), y el día 15 del mismo mes y año Fr. Rodolfo de Gisi de la diócesis de Beauvais, cuya declaracion es como sigue:

(1) In Con. ad Const. 3 Clem. V, n. 2, tom. 3 que est Sent. Cassationis Ord. Templ.

(2) Proceso general contra los Templarios, declaracion de Fr. Geraldo de Causo caballero, testigo 40.

«Al pretender ingresar en la Orden, dicho Geraldo de Causo estaba en una cámara contigua á la capilla de la casa del Temple de Cahors (por la mañana despues de la misa mayor), y se le presentaron dos caballeros diciéndole: «¿Vos pedis entrar en la Orden del Temple, y tener participacion en los bienes espirituales y temporales que en ella se hacen?» Y al contestar afirmativamente, añadieron: «Vos pedis una cosa muy grande, y tal vez ignorais lo difícil de los preceptos que tiene la Orden; vos nos veis en el exterior bien vestidos, bien montados y con grande apariencia, pero no sabeis las austeridades de la Orden y las graves reglas que es preciso observar en ella, pues cuando quisierais permanecer en esta parte, se os mandará á Ultramar; y al contrario, cuando deseáreis dormir tendréis que velar, y sufrir el hambre cuando apetecierais comer. ¿Podréis sostener todas estas cosas por el honor de Dios y salvacion de vuestra alma?» Al contestar afirmativamente, añadiendo: «con la ayuda y favor de Dios,» entonces los caballeros preguntaban: «Deseamos saber si sois libre para que se os puedan hacer las preguntas siguientes:

- 1.º Si estais firme en la fe católica, segun la fe de la Iglesia romana.
- 2.º Si estais constituido en sagradas órdenes ó ligado con vínculo matrimonial.
- 3.º Si estais obligado con voto á otra orden religiosa.
- 4.º Si perteneceis á la nobleza y nacido de legítimo matrimonio (1).
- 5.º Si sois excomulgado ó por culpa propia ó de otro.
- 6.º Si habeis prometido, dado ú ofrecido alguna cosa á los religiosos del Temple ó á otros para que se interesen á que seais recibido en dicha Orden.
- 7.º Si padeceis alguna enfermedad latente por la cual fuerais inhábil para el servicio de la casa y ejercicio de las armas.
- 8.º Si sois deudor respecto de vos ó de otros, para cuya solucion no bastara lo vuestro y en perjuicio de los bienes del Temple.

«A estas preguntas respondió, que creia firmemente en la fe católica, que era libre, noble, hábil, de legítimo matrimonio, y que no tenia ninguno de los impedimentos antes citados.

«A cuya contestacion los dos caballeros advirtieron al postulante se dirigiera á la iglesia y rogase á Dios y á la Sma. Virgen Maria y á todos los santos, á fin de que su ingreso en la Orden fuese para la salud de su alma, honor de su familia y de sus amigos, y que Dios perfeccionase su peticion é intencion; y mientras el postulante hacia oracion, los dos caballeros fueron al Preceptor y capítulo á dar parte de su comision, y al cabo

(1) Esta pregunta no se hacia si el postulante era sacerdote, ni tampoco á los que entraban como sirvientes ó escuderos.

comentarios á las Constituciones apostólicas (1), conservando así la señal evidente de la humildad, con que en sus principales casos quiso recordar la Orden por este medio, el misero y pobre principio, hasta que la alta providencia de Dios la quiso elevar al cúmulo de honores y riquezas como otra religion haya gozado.

CEREMONIAS Y FÓRMULAS DE LA RECEPCION

DE LOS TEMPLARIOS.

Quando un individuo de la sociedad, ya sea por vocacion á la Orden, animado por el celo de la defensa de los Santos Lugares de Jerusalem para combatir contra los enemigos de la religion de Jesucristo, ya fuere por los desengaños del mundo corruptor ó por otras causas, pretendia y solicitaba ingresar en la milicia del Temple, suplicaba al Maestre, Comendador ó Preceptor de la casa en donde queria entrar, se dignase admitirle en la Orden, y una vez otorgada la admision se observaba lo siguiente:

El día señalado se reunian en la iglesia ó capilla todos los Templarios que formaban la comunidad de la residencia; cada dignatario ocupaba el lugar que le correspondia segun su categoría, con el aparato propio requerido para tales ceremonias, y regularmente aquel día se celebraba capítulo, por cuyo motivo se verificaba la recepcion en la iglesia ó capilla de la residencia, castillo, encomienda ó priorato de la Orden; cerrábanse las puertas, haciéndose muy de mañana, y con sola la luz de las lámparas y dos velas encendidas. El postulante aguardaba fuera de la capilla; entonces el presidente, ya fuese el Maestre, Visitador, Comendador ó Preceptor, elegia dos caballeros para que interrogasen tres veces consecutivas al futuro Templario lo que pretendia, y segun la respuesta era introducido en la iglesia.

Para mayor autenticidad y más detalles de todas las ceremonias que se observaban en la recepcion de los caballeros en la Orden del Temple, consideramos oportuno consignar á continuacion las declaraciones que sobre este particular hicieron en el proceso formado por la Comision papal, Fr. Geraldo de Causo, caballero Templario de la diócesis de Rodez, el 12 del mes de enero de 1311 (2), y el día 15 del mismo mes y año Fr. Rodolfo de Gisi de la diócesis de Beauvais, cuya declaracion es como sigue:

(1) In Con. ad Const. 3 Clem. V, n. 2, tom. 3 que est Sent. Cassationis Ord. Templ.

(2) Proceso general contra los Templarios, declaracion de Fr. Geraldo de Causo caballero, testigo 40.

«Al pretender ingresar en la Orden, dicho Geraldo de Causo estaba en una cámara contigua á la capilla de la casa del Temple de Cahors (por la mañana despues de la misa mayor), y se le presentaron dos caballeros diciéndole: «¿Vos pedis entrar en la Orden del Temple, y tener participacion en los bienes espirituales y temporales que en ella se hacen?» Y al contestar afirmativamente, añadieron: «Vos pedis una cosa muy grande, y tal vez ignorais lo difícil de los preceptos que tiene la Orden; vos nos veis en el exterior bien vestidos, bien montados y con grande apariencia, pero no sabeis las austeridades de la Orden y las graves reglas que es preciso observar en ella, pues cuando quisierais permanecer en esta parte, se os mandará á Ultramar; y al contrario, cuando deseáreis dormir tendréis que velar, y sufrir el hambre cuando apetecierais comer. ¿Podréis sostener todas estas cosas por el honor de Dios y salvacion de vuestra alma?» Al contestar afirmativamente, añadiendo: «con la ayuda y favor de Dios,» entonces los caballeros preguntaban: «Deseamos saber si sois libre para que se os puedan hacer las preguntas siguientes:

- 1.º Si estais firme en la fe católica, segun la fe de la Iglesia romana.
- 2.º Si estais constituido en sagradas órdenes ó ligado con vínculo matrimonial.
- 3.º Si estais obligado con voto á otra orden religiosa.
- 4.º Si perteneceis á la nobleza y nacido de legítimo matrimonio (1).
- 5.º Si sois excomulgado ó por culpa propia ó de otro.
- 6.º Si habeis prometido, dado ú ofrecido alguna cosa á los religiosos del Temple ó á otros para que se interesen á que seais recibido en dicha Orden.
- 7.º Si padeceis alguna enfermedad latente por la cual fuerais inhábil para el servicio de la casa y ejercicio de las armas.
- 8.º Si sois deudor respecto de vos ó de otros, para cuya solucion no bastara lo vuestro y en perjuicio de los bienes del Temple.

«A estas preguntas respondió, que creia firmemente en la fe católica, que era libre, noble, hábil, de legítimo matrimonio, y que no tenia ninguno de los impedimentos antes citados.

«A cuya contestacion los dos caballeros advirtieron al postulante se dirigiera á la iglesia y rogase á Dios y á la Sma. Virgen Maria y á todos los santos, á fin de que su ingreso en la Orden fuese para la salud de su alma, honor de su familia y de sus amigos, y que Dios perfeccionase su peticion é intencion; y mientras el postulante hacia oracion, los dos caballeros fueron al Preceptor y capítulo á dar parte de su comision, y al cabo

(1) Esta pregunta no se hacia si el postulante era sacerdote, ni tampoco á los que entraban como sirvientes ó escuderos.

de pocos momentos volvieron los citados caballeros, preguntando si habia reflexionado bien las anteriores preguntas y si persistia en la misma intencion; y como se contestase afirmativamente, se volvieron otra vez al Capitulo, y poco despues se presentaron de nuevo, advirtiendo al postulante se descubriese la cabeza, y con las manos juntas les siguiera, y al presentarse delante del preceptor se arrodillase y dijera lo siguiente:

«Señor, vengo aquí delante de vos, y de estos señores hermanos que están con vos, y pido la sociedad de la Orden, con la participacion de los bienes espirituales y temporales que en ella se hacen; quiero ser perpetuamente siervo y esclavo de dicha Orden, renunciando mi propia voluntad á la ajena.»

«Entonces el Preceptor respondió que la peticion era muy grande, y repitió cuanto habían dicho los dos caballeros, y el postulante arrodillado contestó y juró sobre el libro de los santos Evangelios que no tenia ningun impedimento; y el Preceptor dijo:

«Entended bien lo que os digo: ¿Vos jurais y prometeis á Dios y á la bienaventurada Virgen Maria que siempre seréis obediente al Maestre del Temple, y á cualquier hermano de la Orden, que sea vuestro superior?

«Que observaréis la castidad y los buenos usos y costumbres de la Orden?»

«Que viviréis sin bienes propios, á no ser que el superior os los permita, y que siempre segun vuestro poder ayudaréis á conservar lo que se tiene adquirido en el reino de Jerusalem, y á adquirir lo que aún queda por conquistar, y que nunca estaréis en algun lugar en el cual por estudio ó ingenio vuestro sea muerto algun cristiano ó cristiana, ni heredaréis cosa alguna injustamente; y si se os encomiendan los bienes del Temple procuraréis dar buenas y legales cuentas tocante á la Tierra Santa, y no abandonaréis esta religion?»

«Al concluir el juramento de todas estas cosas el Preceptor añadió: «En virtud de vuestro juramento, Nos recibimos á vos, á vuestro padre y madre y á dos ó tres de vuestros amigos á vuestra eleccion, para que participen de los bienes espirituales que se han hecho, hacen ó hicieren en la Orden desde el principio hasta el fin.»

«Al llegar á este acto, el sacerdote de la Orden puso el hábito y la capa de Templario al postulante inspirando un soplo sobre el novicio, y luego diciendo el salmo 132 que empieza: *Ecce quam bonum et quam jucundum est habitare fratres in unum*, con los versiculos: *Mitte eis, Domine, auxilium de sancto, Et de Sion tuere eos. Nihil proficiat inimicus in nobis, Et filius iniquitatis non apponat nocere nobis*, y luego la oracion del Espíritu Santo: *Deus qui corda fidelium etc.* Concluida la oracion, el Preceptor levantó al postulante y le besó en la boca, y lo mismo hicieron los caballeros presentes.

«Hecha esta ceremonia, sentado el Preceptor, y tambien el postulante, pero éste á sus piés, y los demás caballeros en sus asientos, dijo el Preceptor dirigiéndose al novicio:

«Que debia alegrarse mucho, por cuanto el Señor le habia conducido á tan noble é ilustre religion, como era la milicia del Temple; que debia procurar no cometer cosa por la cual pudiera perjudicar dicha religion (lo que no permitiera Dios).

«Que advirtiese habia algunos casos por los cuales podia perder el hábito de la Orden, y otros por los cuales se estaba sujeto á otras penas, á saber:

«Se le despediria de la casa, siempre y cuando se averiguase que su ingreso fuera simoníaco, revelase los secretos de los capítulos que interesan á los hermanos de la Orden, descubriéndolos á otros que no hayan intervenido en ellos.

«Si fuere convicto de haber muerto con engaño á cristiano ó cristiana, por cuyo delito hay pena de cárcel perpetua.

«Si fuere convicto de latrocinio, y para esto basta salir por puertas no comunes ni acostumbradas debiendo abstenerse de contrallaves.

«Si fuere convicto del crimen de sodomia, la cual se castiga con reclusion perpetua.

«Si dos, tres ó más caballeros puestos de acuerdo declararen falsamente contra otro hermano, y de esto fuesen convictos por sus confesiones, ó por la declaracion de dos ó mas hermanos de la Orden, aunque sean sirvientes ó donados.

«Si se separasen al campo de los sarracenos con propósito de permanecer con ellos, aunque después vuelvan y se arrepientan.

«Y si convictos fueren de no creer en la fe católica.

«Si huyeren con armas delante los enemigos de la fe, abandonando el estandarte y á su capitan.

«Si procurasen ser promovidos á las sagradas órdenes por dones sin permiso del superior; por todos los dichos delitos debian perder el hábito.

«Además, si despreciaban y no tenian ni respeto ni obediencia á los superiores, si fuesen rebeldes y continuasen en rebelion, pinchasen maliciosamente ó golpearan á un hermano, y hubiese efusion de sangre; estos delitos se castigaban con prision.

«Si se heria á un cristiano ó cristiana, sea con piedra, sea con baston ó con hierro, con cuyo golpe pudiera mutilarse ó gravemente herirse.

«Si se mezclare carnalmente con una mujer, ó estuviese con ella en lugar sospechoso.

«Si se hiciera alguna acusacion contra otros hermanos sobre algun caso por el cual se perdia el hábito; si se declaraba fraudulentamente asegurando como verdad lo que no lo fuere; si en el calor de la ira se di-

«jese de pasarse á los sarracenos, aunque no se hiciera; si en algun hecho de armas se llevase la bandera sin permiso de los superiores, y se batallase con ella y otros la siguieran, y se abandonase, por cuyo motivo resultase algun daño; todas estas cosas se castigan con la cárcel.

«Si en el campamento sin orden del capitán se fuera á atacar á los enemigos, á no ser en el caso de socorrer á algun cristiano ó cristiana.

«Si se recibieren regalos ajenos por los cuales los señores temporales perdieran el cobro de los derechos de sus vasallos; si se niega el pago al señor temporal del censo ó servidumbre, á cuya prestación se estuviese obligado; si se rehúsa á algun hermano de la Orden, al ir de viaje, el recibirle y alimentarle en las casas de la Orden; si se recibe á alguno como hermano del Temple sin autoridad; si se asiste á los capítulos sin permiso de los superiores, ó de otra manera como es de regla y estatutos; si se recibe á algun villano á la dicha Orden; si se abriesen las cartas que el Maestre remite á otros; si se rompiese maliciosamente el sello, si la cerradura de los saquitos en donde hay el dinero, y si de este hecho se siguiera daño, se conceptuará como un latrocinio; si se dieran intereses de la Orden que no fuesen concedidos, ó se disipasen ó prestasen con peligro de perderse, ó si se regalase algun animal de la Orden en cambio de un perro ó gato que no fuese de su propiedad; si por perseguir la caza se destruyera el caballo, ó bajo otro concepto se perjudicase á la Orden; si para probar las armas sin permiso superior se rompen, y fuese en perjuicio de la casa por más de cuatro dineros; si con intencion de abandonar la Orden se durmiese fuera de la residencia una noche ó por dos ó más, se incurre en la pena de no recuperar el hábito, y con penitencias graves por espacio de un año.

«Si poseído de ira á presencia de otros hermanos se desprecia el hábito, é inmediatamente á las advertencias de los presentes no se arrepiente, no puede vestir el hábito sino al cabo de un año de penitencia.

«Estas son las penas á que se hacen merecedores los que cometen las faltas anteriores.

«Ahora os advertiré lo que debéis observar respecto á las obligaciones interiores, ya respecto de la iglesia, como de la mesa.

«Al toque de la campana os debéis levantar, con quietud y silencio entrar en la iglesia y se rezan 28 *Pater noster*, á saber, 14 por las horas del día, y 14 por las horas dedicadas á la Sma. Virgen Maria observando el silencio desde levantarse hasta Prima.

«Por cada hora canónica del día se deben rezar 14 *Pater noster*, á saber, 7 por las horas del día y 7 por la Sma. Virgen, asistiendo á la iglesia, rezando ó cantando Maitines, *Prima*, *Tertia*, *Sexta*, y la misa, siempre y cuando se halle en lugar que puede hacerse.

«Al toque de la campana de refectorio iréis á la mesa para comer, ad-

«virtiendo que si en la casa hay sacerdote, antes de sentarse se debe guardar la bendición, y rezar á lo menos 1 *Pater noster*, mirando si en la mesa hay pan; sal, vino ó agua, en defecto del vino; luego sentarse y hablar poco; concluida la comida, se debe volver á la iglesia, si está cercana, para dar gracias, y el capellan principiará á darlas con las oraciones propias y el *Miserere mei*, y se dice 1 *Pater noster*; en caso que no haya iglesia ó está muy lejos de la residencia, las gracias se dan en el refectorio en pié y no sentados. Al toque de Nona se vuelve á la iglesia y por ella se rezan 14 *Pater noster* y por las Víperas 18, pero con la advertencia, que no se deben rezar todos estos *Pater noster* por cada hora; si asistiendo á la iglesia con atencion y devocion se oyen rezar ó cantar dichas horas del Oficio divino, y las pueden rezar, háganlo los que quieran. Sin embargo basta que en cada hora se diga el *Pater noster* que está ordenado por las rúbricas.

«Asimismo se debe rezar 1 *Pater noster* en las horas de la Sma. Virgen, é igualmente en las Completas, para significar que la Orden del Temple ha principiado en honor de la bienaventurada Virgen Maria, y concluirá en su honor cuando plazca á Dios.

«Cada dia debéis rezar 60 *Pater noster*, 30 para los vivos á fin de que Dios les inspire y conduzca á la salvacion, y 30 para descanso de los fieles difuntos.

«Antes de Completas al toque de la campana, iréis al refectorio para la cena, observando lo mismo que en la comida; despues de ella, á la capilla ó iglesia para dar gracias, oír ó rezar Completas; concluidas éstas, hablareis poco y visitaréis los caballos; cuando os halláreis en expedicion pondréis todo cuidado en los arneses, y despues iréis á la cama durmiendo con calzoncillos y sandalias, ceñido con el cíngulo para resringir la carne y vivir castamente; tendréis encendida la luz durante la noche, segun la regla, para no dar lugar al enemigo de las almas la ocasion de faltar, así como tambien procuraréis haya luz en la caba-lleriza.

«Rehusaréis ser padrino, y evitaréis entrar, en casa donde hubiera mujer recién parida, ni permitiréis que personalmente os sirvan mujeres, sino en caso de enfermedad ó por falta de criados, y entonces sea con permiso del superior; os abstendréis asimismo de besar mujer aunque fuese parienta, ni de hablar cosas torpes ni cantarlas, ni jurar por Dios; porque así como las buenas conversaciones son laudables y permitidas, de la misma manera las malas son reprobables y prohibidas. Retiraos; Dios haga seais buen caballero (1).»

(1) Proceso contra los Templarios, declaracion del testigo 10.

Así concluida la ceremonia de la recepcion de un Templario.

Juramento y forma de homenaje que hacia y prestaba el Maestre provincial del reino de Portugal, que aunque era de un jefe de la Orden, con pocas variantes sería el del gran Maestre. Hé aquí la fórmula:

«Yo N., caballero de la Orden del Temple y nuevamente elegido Maestre de los caballeros que son en N.

«Prometo á Jesucristo Nuestro Señor y á su Vicario N. Soberano Pontífice y á sus sucesores, obediencia y fidelidad perpetua, y juro que no solamente defenderé de palabra, sino tambien con las armas y con todas mis fuerzas, los misterios de la Fe, los siete Sacramentos, los catorce artículos de la Fe, el símbolo de la Fe y el de san Atanasio, los libros tanto del Antiguo como Nuevo Testamento, con los comentarios de los Santos Padres que han sido recibidos por la Iglesia, la unidad de Dios, la pluralidad de las Personas de la Santa Trinidad, y que María, hija de Joaquin y Ana, de la tribu de Judá y de la raza de David, ha sido siempre virgen, antes, en el, y despues del parto.

«Yo prometo tambien estar sumiso y obediente al Maestre general de la Orden, segun los Estatutos que me han sido prescritos por nuestro hermano san Bernardo; que todas las veces que será necesario, yo pasaré los mares para ir á combatir; que daré socorro contra los reyes y príncipes infieles, y que en presencia de tres enemigos no retrocederé, antes al contrario, sostendré y levantaré la cabeza contra ellos, si son infieles. Que no venderé los bienes de la Orden, ni consentiré sean vendidos ó alienados. Que guardaré perpetuamente la castidad, y que seré fiel al Rey nuestro señor de N.

«Que no rendiré á los enemigos, ni las villas ni los castillos pertenecientes á la Orden. Que no rechazaré á las personas religiosas, principalmente á los religiosos del Cister y á sus abades, teniéndolos como otros hermanos y compañeros nuestros, dándoles socorro, ya con palabras, ya con buenas obras, y aun por medio de las armas.

«En fe de esto, de mi propia voluntad juro que observaré todas estas cosas.

«Dios sea en mi ayuda y sus santos Evangelios (1).»

La fórmula particular de la profesion de los caballeros Templarios era la siguiente:

(1) Fr. Manrique, An. cist., cap. 3, núm. 4; Ex. brito, lib. 2, cap. 27; Mariana, lib. 10, cap. 10, Enriquez, Privileg. ord. cist. pág. 179. Dicho juramento se halla en el archivo de la abadía de Alcobaza.

«Yo N., caballero de la Orden del Temple, prometo á Nuestro Señor Jesucristo, y á su vicario el romano Pontífice N. y sucesores que legítimamente entraren, perpetua obediencia y fidelidad para siempre.

«Y á más prometo sujecion, castidad y obediencia á vos el R. N. Maestre de la Orden del Temple y sucesores, segun los Estatutos de los monjes del Cister, delante de Dios y de sus Santos, cuyas reliquias se conservan en este lugar que se llama N. de Orden de los Templarios.

«Así Dios me ayude, y estos santos Evangelios (1).»

Ceremonia con que la Orden Templaria acostumbraba reunir y celebrar los capítulos, por cuanto fueron ellos objeto de graves acusaciones por parte de los enemigos de dicha Orden.

Tanto si eran generales, provinciales ó particulares los capítulos que debia celebrar la Orden, precedia antes misa del Espíritu Santo, y sermón que dirigia á los capitulares un religioso de las órdenes de frailes Menores ó Carmelitas, procurando que ninguno que no perteneciese á la Orden penetrara en el capítulo, ó que se acercase ningun seglar á la puerta en donde se celebraba dicho capítulo, como asimismo lo observan todas las órdenes regulares. Por consiguiente, durante el capítulo, estaban cerradas las puertas, mientras se deliberaban asuntos importantes de la Orden; y si el capítulo era general presidido por el Gran Maestre, cuanto se ordenaba en él tenia fuerza de ley tanto en Ultramar como en citra-mar, y se observaba en toda la Orden. Concluido el capítulo, el Maestre ó preceptor que lo habia presidido, levantándose y estando en pié al lado del sacerdote asistente todos los hermanos, se arrodillaban con las manos juntas, puestos en oracion aguardando la absolucion del sacerdote; pero antes el Maestre ó preceptor decia: «Hermanos luego podremos retirarnos; nuestra indulgencia del capítulo es tal, que cualquier hermano que tuviese bienes de la casa, ó hubiese distribuido pródigamente las limosnas que no debia, no reciba ni obtenga la parte en los bienes hechos en dicho capítulo ni en otros lugares de la Orden; no obstante de todas aquellas cosas que omitireis decirnos, por vergüenza de la carne, ó por miedo de la justicia de la Orden, Nos os concedemos la indulgencia que podemos y debemos.»

En seguida el mismo Maestre ó preceptor rezaba las preces por la paz, por el señor Papa, cardenales y otros prelados, por el estado de la Iglesia, por la Tierra Santa, por los navegantes, por todos los religiosos, por los señores reyes de Francia é Inglaterra *nominalim*, y generalmen-

(1) Esta fórmula se halla manuscrita en el archivo de la abadía de Claraval.

te por todos los demás reyes cristianos, para que Dios les concediera paz y concordia y buena voluntad de socorrer prontamente la Tierra Santa: por los peregrinos y sus bienhechores, por los padres y madres, y cofrades de la Orden vivos y difuntos, y por todos los fieles y almas del purgatorio, mandando finalmente que cada uno de los hermanos rezase un *Pater noster*. Y dicho éste, dirigiéndose al sacerdote que estaba á su lado, le decia diera la absolucion para que Dios les perdonara á todos.

Entonces el Maestre ó preceptor que presidia el capítulo se arrodillaba y hacia oracion como los demás Templarios. El sacerdote mandaba decir el *Confiteor Deo omnipotenti*, etc., como generalmente se hace y acostumbra la Iglesia, lo que hacian todos *submissa voce* y dándose golpes en el pecho; concluida la cual el sacerdote decia: *Misereatur vestri*, etc., y *Absolutionem et remissionem omnium peccatorum vestrorum tribuat vobis omnipotens et misericors Deus*, etc., y levantándose todos se separaban pasando cada cual á su aposento (1).

En otro lugar al hablar de las ceremonias de un capítulo se encuentra lo siguiente:

«Al terminar el capítulo, el presidente rezaba muchas preces por el Soberano Pontifice, por la Iglesia y por los justos, como comunmente se practica en la Iglesia, y despues el Maestre, quitada la capilla, y en pié, los demás Templarios arrodillados, inclinados en tierra, puestos en oracion y aguardando el perdon, él proferia en lengua vulgar esta fórmula de los Estatutos: *«Beaus Segnurs freres, toutes les choses que vous leyssez á diere pour la honte de la char ou per la justice de la mayson, tel perdon comme je vous fayit, je vous ens fais de bonn cour et de bone volenté et Dieu, qui pardona la Maria Magdalene ses pechiez, les vos pardoint, et vos priez que vous priez á Dieu qu'il me pardone les miens; et nostre frere Chepelans se leverá et farà la solusion que Dieu absolle lui et nous.»* Dichas estas textuales palabras, se levantaba el sacerdote y mandaba decir la confesion general: *Confiteor Deo*, etc., y daba la absolucion, *Misereatur vestri*, etc., *Indulgentiam et absolutionem*, etc., segun práctica de la Iglesia. Si daba el caso que no hubiera sacerdote en el capítulo, el Maestre añadia: «Si hubiera presente un hermano presbítero, daria la absolucion (2).»

REGLA ó ESTATUTOS primitivos que redactó para la Orden del Temple el melifluo doctor de la Iglesia, el abad de Claraval san Bernardo (3); aunque hay autores que suponen ser Juan San Miguel el que redactó dichos estatutos.

(1) Proceso contra los Templarios, declaracion del testigo 10.

(2) Proceso contra los Templarios, declaracion del testigo 11.

(3) Campomanes: Disertaciones históricas sobre los Templarios, p. 150.

REGLA DE LOS POBRES CONMILITONES DE CRISTO

Y TEMPLO DE SALOMON.

PREÁMBULO

A todos se dirige nuestra plática, á aquellos especialmente que desprecian seguir su propia voluntad y desean con pureza de ánimo militar bajo el supremo y verdadero Rey, que quieren tomar las excelentes armas de la obediencia, cumpliendo con exactísima atencion y perseverancia. Por esto aconsejamos á vosotros que habeis abrazado hasta ahora la milicia secular en que Cristo no fué la única causa sino el favor de los hombres, que perpetuamente os acelereis á asociaros á la unidad de aquellos que el Señor dispuso con su piadosa gracia para defensa de la santa Iglesia. Para lo cual ¡oh soldado de Cristo! seas quien fueras que eliges tan santa conversacion, conviene que acerca de tu profesion lleves una pura diligencia y firme perseverancia, que se conozca ser tan digna, santa y sublime para con Dios, que si pura y perseverante se observa por los militantes que dieren sus almas por Cristo, merecerán obtener la suerte; porque en ella floreció y apareció una orden militar, que dejado el celo de la justicia, intentaba no el defender á los pobres ó iglesias, como era de su instituto, sino robarlos, despojarlos y aun matarlos; pues bien, no os suceda á vosotros, á quienes nuestro Señor y Salvador Jesucristo como amigos suyos os dirigió desde la Santa Ciudad á habitar en Francia y Borgoña, que no cesáis, por vuestra salud y propagacion de la verdadera fe, de ofrecer al Señor vuestras almas en víctima agradable á Dios.

Finalmente nosotros con toda afeccion y piedad fraternal á ruegos del Maestre Hugo, en quien la sobredicha milicia tuvo principio, estando juntos, con ayuda de Dios é influyendo el Espíritu Santo, de diversas mansiones de la provincia Ultramontana, en la fiesta de S. Hilario, año de la Encarnación del Señor 1128, y del principio de la dicha Milicia el 9.º merecimos oir de boca del mismo Maestre Hugo el modo y observancia de esta Orden militar, capítulo por capítulo, y segun la noticia de la pequeñez de nuestro saber todo lo que en el presente Concilio no se nos pudo contar y referir de memoria, lo pusimos de conformidad y con dictámen de todo el capítulo á la providencia y discrecion de nuestro venerable padre Honorio II y del inclito patriarca de Jerusalem Estéban, experto en la fertilidad y necesidad de la Religion oriental y de los pobres conmitones de Cristo. A la verdad, aunque un gran número de Religiosos Pa-

te por todos los demás reyes cristianos, para que Dios les concediera paz y concordia y buena voluntad de socorrer prontamente la Tierra Santa: por los peregrinos y sus bienhechores, por los padres y madres, y cofrades de la Orden vivos y difuntos, y por todos los fieles y almas del purgatorio, mandando finalmente que cada uno de los hermanos rezase un *Pater noster*. Y dicho éste, dirigiéndose al sacerdote que estaba á su lado, le decia diera la absolucion para que Dios les perdonara á todos.

Entonces el Maestre ó preceptor que presidia el capítulo se arrodillaba y hacia oracion como los demás Templarios. El sacerdote mandaba decir el *Confiteor Deo omnipotenti*, etc., como generalmente se hace y acostumbra la Iglesia, lo que hacian todos *submissa voce* y dándose golpes en el pecho; concluida la cual el sacerdote decia: *Misereatur vestri*, etc., y *Absolutionem et remissionem omnium peccatorum vestrorum tribuat vobis omnipotens et misericors Deus*, etc., y levantándose todos se separaban pasando cada cual á su aposento (1).

En otro lugar al hablar de las ceremonias de un capítulo se encuentra lo siguiente:

«Al terminar el capítulo, el presidente rezaba muchas preces por el Soberano Pontifice, por la Iglesia y por los justos, como comunmente se practica en la Iglesia, y despues el Maestre, quitada la capilla, y en pié, los demás Templarios arrodillados, inclinados en tierra, puestos en oracion y aguardando el perdon, él proferia en lengua vulgar esta fórmula de los Estatutos: *«Beaus Segnurs freres, toutes les choses que vous leyssez á diere pour la honte de la char ou per la justice de la mayson, tel perdon comme je vous fayit, je vous ens fais de bonn cour et de bone volenté et Dieu, qui pardona la Maria Magdalene ses pechiez, les vos pardoint, et vos priez que vous priez á Dieu qu'il me pardone les miens; et nostre frere Chepelans se leverá et farà la solusion que Dieu absolle lui et nous.»* Dichas estas textuales palabras, se levantaba el sacerdote y mandaba decir la confesion general: *Confiteor Deo*, etc., y daba la absolucion, *Misereatur vestri*, etc., *Indulgentiam et absolutionem*, etc., segun práctica de la Iglesia. Si daba el caso que no hubiera sacerdote en el capítulo, el Maestre añadia: «Si hubiera presente un hermano presbítero, daria la absolucion (2).»

REGLA ó ESTATUTOS primitivos que redactó para la Orden del Temple el melifluo doctor de la Iglesia, el abad de Claraval san Bernardo (3); aunque hay autores que suponen ser Juan San Miguel el que redactó dichos estatutos.

(1) Proceso contra los Templarios, declaracion del testigo 10.

(2) Proceso contra los Templarios, declaracion del testigo 11.

(3) Campomanes: Disertaciones históricas sobre los Templarios, p. 150.

REGLA DE LOS POBRES CONMILITONES DE CRISTO

Y TEMPLO DE SALOMON.

PREÁMBULO

A todos se dirige nuestra plática, á aquellos especialmente que desprecian seguir su propia voluntad y desean con pureza de ánimo militar bajo el supremo y verdadero Rey, que quieren tomar las excelentes armas de la obediencia, cumpliendo con exactísima atencion y perseverancia. Por esto aconsejamos á vosotros que habeis abrazado hasta ahora la milicia secular en que Cristo no fué la única causa sino el favor de los hombres, que perpetuamente os acelereis á asociaros á la unidad de aquellos que el Señor dispuso con su piadosa gracia para defensa de la santa Iglesia. Para lo cual ¡oh soldado de Cristo! seas quien fueras que eliges tan santa conversacion, conviene que acerca de tu profesion lleves una pura diligencia y firme perseverancia, que se conozca ser tan digna, santa y sublime para con Dios, que si pura y perseverante se observa por los militantes que dieren sus almas por Cristo, merecerán obtener la suerte; porque en ella floreció y apareció una orden militar, que dejado el celo de la justicia, intentaba no el defender á los pobres ó iglesias, como era de su instituto, sino robarlos, despojarlos y aun matarlos; pues bien, no os suceda á vosotros, á quienes nuestro Señor y Salvador Jesucristo como amigos suyos os dirigió desde la Santa Ciudad á habitar en Francia y Borgoña, que no cesáis, por vuestra salud y propagacion de la verdadera fe, de ofrecer al Señor vuestras almas en víctima agradable á Dios.

Finalmente nosotros con toda afeccion y piedad fraternal á ruegos del Maestre Hugo, en quien la sobredicha milicia tuvo principio, estando juntos, con ayuda de Dios é influyendo el Espíritu Santo, de diversas mansiones de la provincia Ultramontana, en la fiesta de S. Hilario, año de la Encarnación del Señor 1128, y del principio de la dicha Milicia el 9.º merecimos oir de boca del mismo Maestre Hugo el modo y observancia de esta Orden militar, capítulo por capítulo, y segun la noticia de la pequeñez de nuestro saber todo lo que en el presente Concilio no se nos pudo contar y referir de memoria, lo pusimos de conformidad y con dictámen de todo el capítulo á la providencia y discrecion de nuestro venerable padre Honorio II y del inclito patriarca de Jerusalem Estéban, experto en la fertilidad y necesidad de la Religion oriental y de los pobres conmitones de Cristo. A la verdad, aunque un gran número de Religiosos Pa-

dres que en aquel Concilio se juntaron por divina inspiracion apoya la autoridad de nuestro dictámen, no debemos pasar en silencio aquellos que vieron y profirieron estas verdaderas sentencias de que yo Juan Michaelensis, por mandato del Concilio y del venerable Abad de Claraval á quien estaba encargado, y aun le era debido este asunto, merecí por la gracia divina ser escritor de la presente página.

Asistieron á la celebracion de este Concilio:

Mateo obispo Albanense, cardenal y legado apostólico, Reinaldo arzobispo de Reims, Enrique arzobispo de Sens y sus sufragáneos, Rankeo obispo de Chartres, Gosleno obispo de Soissons, el obispo de Paris, el de Troyes, el de Orleans, el de Auxerre, el de Meaux, el de Chalons, el de Laon, el de Beauvais, el abad Bucliacense, que despues fué legado apostólico y arzobispo de Lion, el abad Cisterciense, el abad Postiniacense, el abad de Tres Fuentes, el abad de S. Dionisio de Reims, el abad de San Estéban de Dijon, el abad Molisnense, Alberico de Reims, Fulgerio Maestre, y otros muchos.

En cuanto á personajes seculares, el conde Teobaldo, el conde Niverdense y Andrés de Baudimento.

Asistieron tambien el Maestre Hugo, Fr. Godofredo, Fr. Rosallo, Fray Gaufredo Bisol, Fr. Pagano de Monte Desiderio, Fr. Archembaudo de San Amans, caballeros Templarios.

REGLA DE LOS POBRES CONMILITONES

DE LA SANTA CIUDAD

I.

Cómo se ha de oír el Oficio divino.

Vosotros que en cierta manera renunciasteis á vuestra propia voluntad y demás que por la salvacion de las almas militais, sirviendo al Rey Supremo con caballos y armas, procurad universalmente con piadoso y puro afecto oír los maitines y todo el Oficio entero, segun la canónica institucion y costumbre de los doctos regulares de la santa Iglesia de Jerusalem; y por eso, ¡oh venerables hermanos! á vosotros muy en particular os toca, puesto que, habiendo despreciado al mundo y los tormentos de vuestros cuerpos, prometisteis tener en poco al mundo por el amor de Dios, y así refocilados y saciados con el divino manjar, instruidos y fir-

mes en los preceptos del Señor, despues de haber consumado y concluido el misterio divino, ninguno tema la pelea, sino esté preparado para la corona.

II.

Que digan las oraciones dominicales si no pudieren asistir á oír el Oficio divino.

Demás de esto, si algun hermano estuviere distante ó remoto en negocio de la Cristiandad oriental (que sucederá muchas veces), y por tal ausencia no oyere el Oficio divino, por los Maitines dirá 13 *Pater noster*, ó sea oraciones dominicales, y por cada una de las horas menores 7, y por las Vísperas 9, puesto que éstos ocupados en tan saludable trabajo no pueden acudir á hora competente al Oficio divino, pero si pudieren que lo hagan á las horas señaladas.

III.

Lo que hay que hacer por los hermanos difuntos.

Cuando alguno de los hermanos muriese, que la muerte á nadie perdona ni se escapa de ella, mandamos que con los clérigos y capellanes que sirven á Dios, Sumo Sacerdote, caritativamente con ellos ofrezcais con pureza de ánimo el Oficio y misa solemne á Jesucristo por su alma, y los hermanos que allí estuviereis pernoctando en oracion por el alma de dicho difunto, rezaréis 100 *Pater noster* hasta el dia séptimo, los cuales se han de contar desde el dia de la muerte, ó que se supiera, con fraternal observancia, porque el número siete es número de perfeccion.

Y todavía os suplicamos con divina caridad y os mandamos con pastoral autoridad que, así como cada dia se le daba á nuestro hermano lo necesario para comer y sustentar la vida, que esto mismo se le dé en comida y bebida á un pobre hasta los cuarenta dias, y todas las demás oblações que se acostumbra hacer por dichos hermanos, así en la muerte de alguno de ellos como en las solemnidades de Pascuas, indistintamente del todo las prohibimos.

dres que en aquel Concilio se juntaron por divina inspiracion apoya la autoridad de nuestro dictámen, no debemos pasar en silencio aquellos que vieron y profirieron estas verdaderas sentencias de que yo Juan Michaelensis, por mandato del Concilio y del venerable Abad de Claraval á quien estaba encargado, y aun le era debido este asunto, merecí por la gracia divina ser escritor de la presente página.

Asistieron á la celebracion de este Concilio:

Mateo obispo Albanense, cardenal y legado apostólico, Reinaldo arzobispo de Reims, Enrique arzobispo de Sens y sus sufragáneos, Rankeo obispo de Chartres, Gosleno obispo de Soissons, el obispo de Paris, el de Troyes, el de Orleans, el de Auxerre, el de Meaux, el de Chalons, el de Laon, el de Beauvais, el abad Bucliacense, que despues fué legado apostólico y arzobispo de Lion, el abad Cisterciense, el abad Postiniacense, el abad de Tres Fuentes, el abad de S. Dionisio de Reims, el abad de San Estéban de Dijon, el abad Molisnense, Alberico de Reims, Fulgerio Maestre, y otros muchos.

En cuanto á personajes seculares, el conde Teobaldo, el conde Niverdense y Andrés de Baudimento.

Asistieron tambien el Maestre Hugo, Fr. Godofredo, Fr. Rosallo, Fray Gaufredo Bisol, Fr. Pagano de Monte Desiderio, Fr. Archembaudo de San Amans, caballeros Templarios.

REGLA DE LOS POBRES CONMILITONES

DE LA SANTA CIUDAD

I.

Cómo se ha de oír el Oficio divino.

Vosotros que en cierta manera renunciasteis á vuestra propia voluntad y demás que por la salvacion de las almas militais, sirviendo al Rey Supremo con caballos y armas, procurad universalmente con piadoso y puro afecto oír los maitines y todo el Oficio entero, segun la canónica institucion y costumbre de los doctos regulares de la santa Iglesia de Jerusalem; y por eso, ¡oh venerables hermanos! á vosotros muy en particular os toca, puesto que, habiendo despreciado al mundo y los tormentos de vuestros cuerpos, prometisteis tener en poco al mundo por el amor de Dios, y así refocilados y saciados con el divino manjar, instruidos y fir-

mes en los preceptos del Señor, despues de haber consumado y concluido el misterio divino, ninguno tema la pelea, sino esté preparado para la corona.

II.

Que digan las oraciones dominicales si no pudieren asistir á oír el Oficio divino.

Demás de esto, si algun hermano estuviere distante ó remoto en negocio de la Cristiandad oriental (que sucederá muchas veces), y por tal ausencia no oyere el Oficio divino, por los Maitines dirá 13 *Pater noster*, ó sea oraciones dominicales, y por cada una de las horas menores 7, y por las Visperas 9, puesto que éstos ocupados en tan saludable trabajo no pueden acudir á hora competente al Oficio divino, pero si pudieren que lo hagan á las horas señaladas.

III.

Lo que hay que hacer por los hermanos difuntos.

Cuando alguno de los hermanos muriese, que la muerte á nadie perdona ni se escapa de ella, mandamos que con los clérigos y capellanes que sirven á Dios, Sumo Sacerdote, caritativamente con ellos ofrezcais con pureza de ánimo el Oficio y misa solemne á Jesucristo por su alma, y los hermanos que allí estuviereis pernoctando en oracion por el alma de dicho difunto, rezaréis 100 *Pater noster* hasta el dia séptimo, los cuales se han de contar desde el dia de la muerte, ó que se supiera, con fraternal observancia, porque el número siete es número de perfeccion.

Y todavía os suplicamos con divina caridad y os mandamos con pastoral autoridad que, así como cada dia se le daba á nuestro hermano lo necesario para comer y sustentar la vida, que esto mismo se le dé en comida y bebida á un pobre hasta los cuarenta dias, y todas las demás oblações que se acostumbra hacer por dichos hermanos, así en la muerte de alguno de ellos como en las solemnidades de Pascuas, indistintamente del todo las prohibimos.

IV.

Los capellanes solamente tengan comida y vestido.

Mandamos dar las demás oblaciones y limosnas de cualquiera forma que se hagan, á los capellanes á otros que están por tiempo en la unidad comun del Cabildo, por su vigilancia y cuidado, y así que los servidores de la iglesia tan solamente tengan, segun la autoridad, comida y vestido y nada más, sino lo que cristianamente les diere de su voluntad el Maestro.

V.

De los soldados difuntos que asisten con ellos.

Hay tambien soldados en la casa de Dios y templo de Salomon viviendo con nosotros, por lo cual os suplicamos y con confianza os mandamos con inefable conmiseracion que si alguno de estos muriere, se le dé á un pobre por siete días de comer, por su alma, con divino amor y fraternal piedad.

VI.

Que ningun hermano que queda haga oblacion.

Determinamos, como se dijo arriba, que ninguno de los hermanos que quedan presume hacer otra oblacion, sino que permanezca de dia y noche en su profesion con limpio corazon, para que en esto pueda igualarse con el más sabio de los Profetas que en el salmo 115 decía: «Recibiré el cáliz del Señor é imitaré en mi muerte la muerte del Señor;» porque así como Cristo puso por mí su alma, así yo estoy pronto á ponerla por mis hermanos: veis aquí una competente oblacion y hostia viva que place á Dios.

VII.

De lo inmoderado de estar en pié.

Habiéndonos dicho un verdadero testigo que oís el Oficio divino en pié inmoderadamente, mandamos no lo hagais, antes lo vituperamos, sino que concluido el salmo: *Venite, exultemus Domino*, con el invitatorio é himno, todos os senteis, así los débiles como los fuertes, y os lo mandamos por evitar el escándalo; y estando sentados sólo os levanteis al decir *Gloria Patri*, concluido el salmo, suplicando vueltos al altar, bajando la cabeza por reverencia á la Santísima Trinidad nombrada; y á los débiles basta que hagan la inclinacion sin levantarse; hasta el *Benedicamus Domino* estaréis en pié, y á los Maitines de Nuestra Señora.

VIII.

De la comida en refectorio.

Creemos que comeréis en refectorio; cuando alguna cosa os faltase y tuviereis necesidad de ella, si no pudiereis pedirla por señas, la pidais silenciosamente; y así siempre que se pida algo estando en la mesa, ha de ser con humildad, obediencia y silencio, como dice el Apóstol: «Come tu pan con silencio;» y el Salmista os debe animar diciendo: «Puse á mi boca custodia ó silencio, que quiere decir: Deliberé el no hablar, y guardé mi boca por no hablar mal.»

IX.

De la lectura ó leccion cuando se come.

Siempre que se coma y cene se lea la santa leccion; si amamos á Dios debemos desear oír sus santos preceptos y palabras, y así el lector está indicando silencio.

X.

Del comer carne en la semana.

En la semana, sino es en el día de Pascua de Navidad ó Resurreccion ó festividad de Nuestra Señora ó de Todos Santos, que ocurran, basta comerla en tres veces ó dias, porque la costumbre de comerla se entiende es corrupcion de los cuerpos. Si el martes fuere de ayuno, el miércoles se os dé con abundancia. En el domingo, así á los caballeros como á los capellanes se les dé sin duda dos manjares en honra de la santa Resurreccion; los demás sirvientes se contenten con uno, y den gracias á Dios.

XI.

Como deben comer los caballeros.

Conviene generalmente coman de dos en dos para que con cuidado se provean unos de otros, para que la aspereza de vida y abstinencia en todo se mezcle, y juzgamos justo que á cada uno de dichos caballeros se les den iguales porciones de vino separadamente.

XII.

Que en los demás dias basta dar dos ó tres platos de legumbres.

En los demás dias, como son lunes, miércoles y sábados, basta dar dos ó tres manjares de legumbres ú otra cosa cocida, para que el que no come de uno coma de otro.

XIII.

Que conviene comer los viernes.

El viernes basta comer de comida de Cuaresma á toda la congrega-

cion por la reverencia debida á la Pasion, excepto los enfermos y flacos, y desde Todos Santos hasta Pascua, sino es en el dia del Nacimiento del Señor, ó viniendo festividad de Nuestra Señora ó Apóstoles, alabamos al que no la comiere en el demás tiempo; si no viniere dia de ayuno la coman dos veces.

XIV.

Despues de comer que den gracias á Dios.

Despues de comer y cenar, si la iglesia está cerca, y sino en el mismo lugar, den gracias á Dios, que es nuestro Procurador, con humilde corazon, y así lo mandamos, y á los pobres mandamos se les den los fragmentos y que se guarden los panes enteros.

XV.

Que el diezmo del pan se le dé al limosnero.

Aunque el premio de la pobreza es el reino de los cielos, y sin duda se le deba á los pobres, mandamos á vosotros dar cada dia al limosnero el décimo de todo el pan.

XVI.

Que la colacion esté al arbitrio del Maestre.

Habiéndose puesto el sol, oida la señal ó campana segun la costumbre, conviene que todos vayan á Completas, habiendo hecho antes colacion, la cual ponemos en el arbitrio del Maestre; cuando quisiere se les dé de agua, y cuando use de misericordia vino templado, ó aguado, y esto no para hartarse, sino con parsimonia, pues muchas veces vemos hasta los sabios faltar en esto.

XVII.

Que concluidas las Completas se guarde silencio.

Concluidas las Completas conviene ir cada uno á su cuarto, y á dichos hermanos no se les dé licencia de hablar en público, sino es en urgente necesidad, y lo que se hubiere de decir, dígase en voz baja y secreta. Puede suceder, habiendo salido de Completas instando la necesidad, que convenga hablar de algun negocio militar ó acerca del estado de la casa al mismo Maestre ú otro que haga sus veces con cierta parte de los hermanos, entonces se haga; fuera de esto no, pues, segun consta del cap. 10 de los Proverbios «el hablar mucho no huye de pecado,» y en el 12 dice «que la muerte y la vida están en la lengua,» y en lo que se hablare, del todo prohibimos palabras ociosas y chanceras que mueven á risa; yéndos á acostar mandamos decir la oracion dominical ó *Pater noster*; y si alguna cosa se habló neciamente se diga con humildad y devocion pura.

XVIII.

Que los que estuvieran cansados no se levanten á Maitines.

Alabamos que los caballeros cansados y fatigados que constare estarlo, no se levanten á Maitines, sino que con licencia del Maestre ó del que estuviere en su lugar, descansen y digan y canten las trece oraciones dominicales ó *Pater noster* (como está dicho), de forma que el pensamiento acompañe á la voz segun aquello del Profeta: «Cantad al Señor sabiamente,» y aquello: «Te cantaré en presencia de los ángeles.» Esto siempre se debe dejar al arbitrio del Maestre.

XIX.

Que la comunidad de la comida se guarde entre los hermanos.

Se lee en las divinas letras: «que se dividia á cada uno como habia necesidad,» y por tanto no decimos haya excepcion de personas, pero debe

haber consideracion de enfermos; y así el que menos necesidad tiene, dé á Dios las gracias, y no se entristezca, y el que tiene necesidad humillese, y no clame por la misericordia, y así todos estarán en paz; y esto prohibimos porque á ninguno le sea lícito abrazar inmoderada abstinencia, sino tengan con firmeza la vida comun.

XX.

De la calidad del vestido y de su modo.

Mandamos que el vestido sea siempre de un mismo color, blanco ó negro; y concedemos á los caballeros en el invierno ó estío vestimenta blanca (si puede ser), pues ya que llevan vida negra y tenebrosa, se reconcilien con su Criador por la blanca. ¿Qué es la blancura sino una entera castidad? La castidad es seguridad del pensamiento y sanidad del cuerpo; y si un soldado no perservare casto no puede ver á Dios, ni gozar de su descanso; afirmándolo S. Pablo. «Seguid la paz con todos, y la castidad, sin la cual no se verá Dios.» Y este vestido de superfluidad y arrogancia debe carecer de vuestra estimacion; y así lo mandamos á todos tener, para que sólo con suavidad pueda vestirse y desnudarse, calzarse y descalzarse. El procurador de este ministerio con vigilante cuidado procure que dichos vestidos no estén ni cortos ni largos, sino es con mesura á los que los visten y usan, y así lo dé á dichos hermanos segun su cantidad, y en recibiendo los nuevos, entreguen puntualmente los viejos para ponerlos en el cuarto que el hermano á quien toca este misterio determinaré, para los novicios y pobres.

XXI.

Que los fámulos no traigan vestimenta blanca, esto es capa.

Contradecimos firmemente esto que sucedia en la casa del Señor y de sus soldados del Temple sin discrecion ni consentimiento del comun cabildo, y lo mandamos quitar del todo, como si fuera un particular vicio.

Tenian en otro tiempo los fámulos y sirvientes armigeros vestidos blancos, de donde venian insoportables daños, porque de las partes ultramarinas se levantaron ciertos fingidos hermanos, casados y otros, diciendo eran del Temple, siendo del mundo, de donde resultaron tantos daños,

tantas contumelias al orden militar, y los dichos causaron muchos escándalos; y así traigan los dichos fámulos del Temple vestidos negros, y si no pudieran hallar, traigan los que se pudieren tener en la provincia en donde estuvieren, ó de aquel color más bajo que se pudiere encontrar, conviene á saber, *burella*.

XXII.

Que los caballeros que hubiere tan solamente traigan vestidos blancos.

A ninguno es concedido traer vestidos blancos ó capas cándidas, sino es á los dichos soldados de Cristo nombrados.

XXIII.

Que usen de pieles de carneros ó borregos.

Determinamos de comun consejo que ningun hermano tenga perpetuamente pieles, ú otra cosa tal que pertenezca al uso de su cuerpo, aunque sea coopertorio, sino es de carnero ó borrego.

XXIV.

Que las vestiduras viejas se dividan y repartan entre los armigeros y hermanos sirvientes.

Que el procurador de los paños ó vestimentas reparta igualmente los viejos entre los armigeros y sirvientes, y á veces entre los pobres con fidelidad.

XXV.

Que al que desea el mejor vestido se le dé el peor.

Si algun hermano quisiere, ó ya por mérito ó por soberbia, el mejor vestido, sin duda merecerá el peor.

XXVI.

Que se guarde la cantidad y calidad de los vestidos.

Que lo largo de los vestidos sea segun los cuerpos de cada uno y lo ancho tambien, y sea en esto curioso el procurador.

XXVII.

Que el procurador de los paños ó vestidos observe igualdad.

Que dicho procurador guarde igualdad en la longitud y medida, porque ninguno de los criminosos y malcontentos lo vea ó note, y así mirelo todo con fraternal afecto, que de Dios tendrá la retribucion.

XXVIII.

De la superfluidad del pelo ó cabello.

Todos los hermanos conviene tengan cortado el pelo por delante y por detrás con cuanta regularidad puedan, observándose lo mismo en la barba y melenas, porque la superfluidad no denote vicio en el rostro.

XXIX.

De los rostrillos y lazos.

Que los rostrillos y lazos es cosa de los gentiles, y como sea abominable á todos, lo prohibimos y contradecemos, para que ninguno los tenga, antes carezca de ellos; á los otros sirvientes que estuvieren por tiempo tampoco permitimos tengan ni pelo superfluo ni inmoderada largura en el vestido, antes bien lo contradecemos. Los que sirven á Dios es necesario sean limpios en lo interior y exterior; pues así lo afirma el Señor: «Sed limpios, porque yo lo soy.»

XXX.

Del número de caballos y armigeros.

A cualquiera de dichos soldados le es lícito tener tres caballos, porque la eximia pobreza de la casa de Dios y del templo de Salomon no permite al presente más, sino es con licencia del Maestre.

XXXI.

Que ningún caballero castigue á su armigero que le sirve de balde.

Sólo se concede á cada soldado un armigero, y si éste sirviere de gracia ó caridad, no es lícito castigarlo ó por cualquier culpa herirle.

XXXII.

Como se han de recibir los caballeros.

Mandamos á todos los caballeros que desean servir á Dios con pureza de ánimo y en una misma casa por tiempo, que compren caballo y armas suficientes para el servicio cotidiano, y todo lo que fuere necesario; y además de esto juzgamos por bueno y útil el que se aprecien dichos caballos por ambas partes, guardada igualdad; lo que se tenga por escrito para que no se olvide, y todo lo que necesitare dicho caballero para sí y el caballo ó armigero, se lo dé dicha casa con fraternal caridad; y si al caballero por algun accidente se le muriere el caballo en este servicio, el Maestre que tiene el mando y rentas de la casa le dará otro, y en viniendo el tiempo de volver á su patria, dará la mitad del precio de lo que costó el caballo que se le dió, y la otra mitad la pondrá en el comun de los hermanos si el caballero quisiere.

XXXIII.

Que ninguno ande segun su propia voluntad.

Conviene á dichos caballeros así por el servicio que profesaron como por la gloria de la bienaventuranza, ó temor del infierno, que tengan

obediencia perpetua al Maestre. Se ha de observar lo que fuere mandado por el Maestre, ó por otro que haga sus veces, y se ha de ejecutar sin tardanza, como si Dios lo mandara, no habiendo dilacion en ejecutarlo, y de éstos dice el salmo xvii: «Luego que lo oiste, me obedeciste.»

XXXIV.

Si sea lícito andar por el lugar ó villa sin licencia del Maestre.

Por lo mismo mandamos y firmemente encargamos á los caballeros conventuales que dejan su propia voluntad, y á los demás que sirven por tiempo que, sin licencia del Maestre, ú otro que esté en su lugar, no presuman salir de la ciudad, sino es de noche al Santo Sepulcro y estaciones que están dentro de los muros de la santa ciudad.

XXXV.

Si les sea lícito andar solos.

Pero estos estando así, no sin compañero ó caballero se atrevan á andar ni de dia ni de noche, y en el ejército despues que fueron hospedados, ningún caballero ó armigero, ú otro, ande por los patios de otros caballeros, con el motivo de verse y hablarse sin licencia (como arriba se dijo). Y aconsejamos que en tal casa como ordenada por Dios ninguno millite en ella, ni descanse, sino es segun el mandato del Maestre, á quien incumbe para que imite la sentencia del Señor: «No vine á hacer mi voluntad, sino la de aquél que me envió.» (S. Juan, v.)

XXXVI.

Que ninguno por su nombre pida lo que necesite.

Mandamos escribir esta costumbre entre las demás y con toda consideracion la mandamos, que obligue por el vicio de pedir, pues ningún hermano señaladamente, y por su nombre, debe buscar el caballo ó armas; pues ¿cómo? si su enfermedad ó debilidad de sus caballos ó el peso de sus armas se conoce ser tal, que en el andar así sea daño comun,

venga al Maestre ó á otro que haga su vez, demuéstrole la causa con verdadera y pura fe, y que esté en la disposicion del Maestre la cosa y determinacion.

XXXVII.

De los frenos y espuelas.

De ninguna manera queremos sea lícito á ningun hermano comprar ni traer oro ó plata, que son divisas particulares, en los frenos, pectorales, estribos y espuelas, pero si estas cosas les fueren dadas de caridad y estos instrumentos usados, al tal oro ó plata se le dé tal color que no parezca y reluzca tan espléndidamente que parezca arrogancia; si fueren nuevos los dichos instrumentos, haga el Maestre de ellos lo que quisiere.

XXXVIII.

No traigan cubierto en las astas ó lanzas ó escudos.

No se tenga cubierto en las astas, escudos, y en las lanzas, porque entendemos que no aprovecha, sino daña.

XXXIX.

De la licencia del Maestre.

Es lícito al Maestre dar caballos á cualquiera ó armas ú otra cualquier cosa.

XL.

Del saco y de la maleta.

Saco y maleta con llave no se conceden, y se espongan de tal suerte que no se tengan sin licencia del Maestre, ó del que está en su lugar. En

este capítulo no se incluyen los procuradores ni el Maestre ni los que habitan en otras provincias.

XLI.

De las cartas misivas.

De ninguna suerte sea lícito escribir cualquiera de los hermanos á los padres, ni á otro cualquiera sin licencia del Maestre ó Procurador, y despues que el hermano tuviere licencia, en presencia del Maestre, si le place, se lean; si los padres le dirigieren alguna cosa, no presuma recibirla, sino fuere mostrándola al Maestre. En este capítulo no se contienen el Procurador y el Maestre.

XLII.

De la confabulacion de las propias culpas.

Como toda palabra ociosa sea pecado, de los que se jactan de ellas sin ser antes su juez, ciertamente dice el Profeta, si de las buenas obras por la virtud de la taciturnidad debemos callar, cuánto más de las malas palabras por la pena del pecado; vedamos y contradecemos que ningun hermano diga las necesidades que en el siglo hizo ó en el miliar servicio, ó se atreva á contar las delectaciones que con las miserables mujeres tuvo, á su hermano. ó á otro alguno, y si las oyere referir á otros, enmudezca, y cuanto antes pueda con el motivo de obediencia se aparte, y no muestre su corazon ó complacencia ó gusto al que las dijere.

XLIII.

Del logro ó ganancia, ó acepcion.

Si alguna cosa, sin logro, fuere de gracia dada á algun hermano, llévela al Maestre; si al contrario, su amigo ó padre no quisiere darla sino es á él, no la reciba hasta tener licencia del Maestre, y si le fuese dada á otro no le pese, y tenga por cierto que si le pesa ofende á Dios. En esta

regla no se contienen los Administradores, á los cuales es concedido especialmente este ministerio de maleta y saco.

XLIV.

De las cebaderas ó talegas para comer los caballos.

Útil es á todos que estén obligados á este mandato; ningun hermano presume hacer talegas de lino ó de lana.

XLV.

Que ninguno se atreva á cambiar y buscar otra cosa.

No queda otra cosa sino es, que ninguno presume cambiar sus cosas hermano con hermano sin licencia del Maestro, y buscar cosa alguna sino sea hermano para hermano y siendo la cosa parva.

XLVI.

Que ninguno cace ave con ave.

Nosotros determinamos generalmente que ninguno se atreva á coger ave con ave; no conviene á la Religion llegarse de tal suerte á los mundanos deleites, sino oír de buena gana los preceptos del Señor, y frecuentemente orar y confesar á Dios sus culpas en la oracion con lágrimas y gemidos; ningun hermano presume ir por esta causa con hombre que caza con gavilan ú otra ave.

XLVII.

Que ninguno hiera á fiera con arco ó ballesta.

Conviene ir y seguir á toda religion sencillamente y sin risa, humil-

demente y no hablar mucho, sino lo razonable y no con clamorosa voz; especialmente mandamos á todo hermano profeso no se atreva á herir con arco ó ballesta en el bosque, ni que con el que esto hiciere vaya, sino es por guardarlo de algun pérfido gentil, ni con perros sea osado á dar voces ni clamar, ni pique á su caballo con ánimo de coger la fiera.

XLVIII.

Que al leon siempre hiera.

Porque es cierto lo que especialmente debeis, y se os tiene encargado el poner vuestras almas por las de vuestros hermanos y extirpar de la tierra á los incrédulos que siempre amenazan al Hijo de la Virgen, porque del leon leemos lo siguiente: «porque él anda circuyendo, buscando á quién devorar,» y en otra parte: «sus manos contra todos y los de todos contra él.»

XLIX.

Que de toda cosa que acerca de vosotros se os demande se oiga en juicio.

Sabemos que los perseguidores de la santa Iglesia son innumerables y no cesan de inquietar aun á aquellos que no quieren contiendas con ellos, y así si alguno de estos en las regiones orientales ó en otra parte os preguntare alguna cosa acerca de vosotros, os mandamos oírlos con juicio por fieles y jueces, y lo que fuere justo os mandamos ejecutar sin falta.

L.

Que esta regla se tenga en todas las cosas.

Esta misma regla mandamos se tenga en todas las casas que injustamente se os hayan quitado.

LI.

Que sea lícito á todos los caballeros profesos tener tierras y hombres.

Creemos por divina providencia que este nuevo género de Religion

tuvo principio en estos Santos Lugares para que se misturara la religion con la milicia, y así la Religion proceda armada con la milicia y hiera al enemigo sin culpa; juzgamos segun derecho que como os llamais caballeros del Temple, podais tener por este insigne mérito y bondad tierras, casa, hombres y labradores, y justamente gobernarlos pagándoles lo que ganaren.

LII.

Que se tenga gran cuidado con los que estuviesen enfermos.

Estando enfermos los hermanos se ha de tener sumo cuidado y servirlos como á Cristo segun el Evangelio: «Estuve enfermo y me visitasteis.» Estos se han de llevar con paciencia, porque de esto se nos dará celestial retribucion.

LIII.

Que á los enfermos se les dé todo lo necesario.

Mandamos á los Procuradores de los enfermos, que á estos se les dé todo lo necesario para la sustentacion de las enfermedades segun las facultades de la casa, v. gr. carnes, aves, etc., hasta que estén buenos.

LIV.

Que unos á otros no se provoquen á ira.

Conviene huir mucho de que no se provoquen unos á otros a ira, porque en la propinquidad y la divina hermandad tanto á los pobres como á los ricos con suma clemencia nos ligó Dios.

LV.

De qué modo se tengan ó reciban los hermanos casados.

Os permitimos tener hermanos casados de este modo, que si piden el beneficio y participacion de vuestra hermandad, la porcion de su hacien-

da que tuvieren ambos y la demás que adquirieren, le concedan á la unidad comun del capítulo despues de la muerte, y entre tanto hagan honesta vida, y procuren hacer bien á los hermanos, pero no traigan vestidura blanca; si el marido muriere antes, deje á los hermanos su parte, y la otra quede para la sustentacion de la mujer. Esto consideramos injusto, que habiendo prometido los hermanos castidad á Dios, que semejantes hermanos permanezcan en una misma casa.

LVI.

Que no tengan hermanas en su compañía.

Es cosa peligrosa tener las hermanas consigo, porque el antiguo enemigo á muchos ha separado del recto camino del paraíso por junta con mujeres; y así, hermanos carísimos, y para que siempre la flor de la castidad permanezca entre vosotros, no es lícito usar de esta costumbre.

LVII.

Que los hermanos del Temple no participen con excomulgados.

Hermanos, en gran manera se ha de temer y huir que ninguno de los caballeros de Cristo presuma juntarse con excomulgado *nominatim* ó público, ó recibir sus haciendas porque no sea descomulgado: si sólo fuere entredicho, será lícito no sin razon particular juntarse con él, y recibir caritativamente su hacienda.

LVIII.

Por qué se reciban caballeros seglares.

Si algun caballero ú otro seglar queriendo huir y renunciar al mundo quiere elegir vuestra compañía, no se reciba luego al punto, sino segun aquello de san Pablo: «Probad el espíritu si es de Dios,» y así probados se les conceda, y se lea en su presencia la Regla; entonces si el Maestre ó hermanos tuvieren á bien el recibirlo, llamados los hermanos

haga patente su deseo y peticion, y demás de esto, el término de sus pruebas esté en la consideracion y providencia del Maestre segun la honestidad de su vida.

LIX.

Que á los consejos secretos no se llame á todos los hermanos.

No siempre mandamos llamar á todos los hermanos á consejo, sino á aquellos que se conocieren pródidos é idóneos: cuando se tratase de cosas mayores, como es el dar tierras, ó conferenciar de la Orden ó recibir á alguno, entonces es competente llamarlos á todos si al Maestre pluguiere, y oidos los votos del comun Cabildo, se haga por el Maestre lo que más convenga.

LX.

Con qué silencio deben orar.

Hermanos, conviene orar como el afecto de alma y cuerpo pidiere, ó sentado ó en pié, pero con suma reverencia, y no con clamores, por que unos no turben á otros; así lo mandamos de comun consejo.

LXI.

Que crean á los sirvientes.

Hemos conocido que muchos de muchas provincias, así sirvientes como armigeros, deseando por la salud de las almas manciparse en nuestra casa, es útil que los creais, aunque el antiguo enemigo les intime indecentemente alguna cosa en el servicio de Dios, para que de repente los aparten y desarraiguen del buen propósito.

LXII.

Que no se reciban muchachos, mientras sean pequeños, entre los hermanos del Temple.

Aunque la Regla de los Santos Padres permita tener muchachos en la congregacion, nosotros no lo alabamos, y así de los tales no os cargueis. El que quisiere perpetuamente dar su hijo ó pariente á la militar Religion, crielo hasta los años en que puedan varonilmente echar los enemigos de Cristo de la Tierra Santa, y despues segun la Regla, el padre ó padres lo traigan y pongan en medio de los hermanos y hagan patente á todos su peticion; mejor es no ofrecer en la puericia, que despues de hecho hombre enormemente huir.

LXIII.

Que siempre veneren los ancianos.

Conviene honrar con todo cuidado á los ancianos con piadosa consideracion, sobrellevándolos segun su flaqueza, y de ninguna manera estén obligados en estas cosas que son necesarias para el cuerpo con rigor, salvo la autoridad de la Regla.

LXIV.

De los hermanos que están repartidos por todas las provincias.

Los hermanos que están repartidos por diversas provincias, procuren guardar la regla, en cuanto sus fuerzas alcancen, en la comida y bebida y demás cosas, y vivan sin que tengan que corregirseles, para que á todos los que por defuera los vieren les dén buen testimonio de su vida, y no manchen el propósito de la Religion ni con hecho ni con palabra, sino que á todos aquellos con quien se juntaren sirvan de ejemplo de sabiduría y de buenas obras, y de buen conocimiento de todo, y á donde quiera que se hospedaren, sean decorados con buena fama, y si puede

hacerse que en la casa del huésped no falte en la noche luz, porque el tenebroso enemigo motive pecado, lo que Dios no permita; y donde dichos caballeros oyeren se juntan no excomulgados, allí vayan. No considerando tanto la temporal utilidad como la salud de sus almas, alabamos se reciba á hermanos en las partes ultramarinas dirigidos con la esperanza de subvencion, que quisieran perpetuamente juntarse á dicha militar Orden, y así uno ú otro parezca ante el obispo de aquella provincia, y el prelado oiga la voluntad del que pide, y así oída la peticion, el hermano lo envíe al Maestre y á los hermanos que asisten en el Temple que está en Jerusalem; y si su vida fuere honesta y digna de tal compañía, misericordiosamente se reciba, si al Maestre y hermanos parezca bien; si entre tanto muriese por el trabajo y fatiga, como á uno de los hermanos se le aplique todo el beneficio y fraternidad de los pobres y conmitones de Cristo.

LXV.

Que el sustento se dé á todos igualmente.

Juzgamos que se ha de observar esto congrua y racionalmente para que á todos los hermanos se les dé igualmente el sustento segun la cualidad del lugar; no es útil la acepcion de personas, pero es necesaria la consideracion de las enfermedades.

LXVI.

Que los caballeros del Temple tengan diezmos.

Y porque creemos que dejando las abundantes riquezas os sujetasteis á la voluntaria pobreza, por eso permitimos sólo justamente á vosotros tener diezmos, pues vivís en la vida comun de esta manera. Si el Obispo de la Iglesia á quien justamente se le deben las décimas os las quiere dar caritativamente, se os deben dar con consentimiento del Cabildo, de aquellas décimas ó diezmos que entonces posee dicha Iglesia. Si cualquiera seglar las retiene culpablemente en su patrimonio, y arguyéndole su conciencia os las dejase á la voluntad de aquel que gobierna tan solamente, puede ejecutar y hacer esto sin consentimiento del Cabildo.

LXVII.

De las leyes y graves culpas.

Si algun hermano hablando ó militando ó de otra forma delinquiere en alguna cosa leve, él mismo á su voluntad muestre su delito satisfaciendo al Maestre; de las leves si no sean de costumbre, se les ponga penitencia leve; pero si él la callare, y por otro fuese conocida, se sujete á mayor correccion y castigo; si el delito fuere grave, sea apartado de la familiaridad de los hermanos, no coma con ellos á la mesa, sino solo, y esté á la dispensacion ó juicio del Maestre todo, para que permanezca salvo en el dia del juicio.

LXVIII.

Por qué culpa no se reciba mas al hermano.

Ante todas cosas se ha de mirar que ningun hermano, rico y pobre, fuerte ó débil, queriéndose exaltar, y poco á poco ensoberbecerse y defender su culpa, no quede sin castigo; y si no quisiere enmendarse se le dé más grave correccion, y si con las piadosas admoniciones y hechas oraciones por él, no se corrige todavía, sino siempre más y más se ensoberbeciere, entonces sea echado del piadoso congreso, como dice el Apóstol: «Apartad todo lo malo de vosotros, es necesario que toda oveja enferma se arroje de la compañía de los hermanos fieles.» Pero el Maestre que debe tener el báculo y la vara en la mano, el báculo con que mantenga y sustente la flaqueza de los demás, y la vara con que castigue los vicios de los delincuentes con el celo de la rectitud, procure hacer esto con el consejo del Patriarca y con espiritual consideracion, porque, como dice San Máximo, la suavidad no dé más soltura al pecador, y la inmoderada suavidad no aparte al delincuente de la caida.

LXIX.

Que desde la solemnidad de la Pascua hasta Todos Santos se ha de poner una sola camisa de lienzo.

Consideramos con misericordia por el demasiado ardor de la region

oriental, que desde la solemnidad de la Pascua hasta la fiesta de Todos los Santos á cualquiera se le dé una camisa tan sólo de lienzo, no por precision sino por gracia, á aquel digo que quisiere usar de ella, pero fuera de este tiempo generalmente tengan todos camisas de lana.

LXX.

Que ropa sea necesaria para la cama.

Con comun consejo aprobamos que cada uno duerma en su cama solo y no de otra suerte, á no intervenir justa causa ó necesidad para lo contrario. La ropa de la cama la tenga uno con moderada dispensacion del Maestre, por lo que queremos baste á cada uno un jergon, una sábana y un cobertor; pero el que careciese de alguna de estas prendas tenga un cobertor, y en todo tiempo le será licito usar de una colcha de lienzo. Duerman siempre con camisa y calzoncillos, y estando durmiendo los hermanos nunca falte luz que alumbre continuamente hasta el amanecer.

LXXI.

Que se evite la murmuracion.

Tambien os mandamos que eviteis y huyais como peste por precepto divino las emulaciones, envidias, rencor, murmuracion, detraccion y otra cualquiera cosa de estas; procure, pues, cada uno con ánimo vigilante no culpar ni reprender á su hermano; antes bien con especial estudio advierta el consejo del Apóstol: «No seas criminoso ni murmurador en el pueblo,» pero si conociere claramente que su hermano pecó en algo, pacíficamente y con piedad fraternal, segun el precepto del Señor, le reprenda privadamente entre los dos; y si no hiciese caso, llame á otro hermano para el mismo efecto, y si á ambos los despreciase, sea reprendido delante de todos públicamente en el convento, porque á la verdad están en grandé ceguedad los que murmuran de otros y son muy infelices los que no se guardan de la soberbia, por lo que caen en aquel antiguo pecado del enemigo comun.

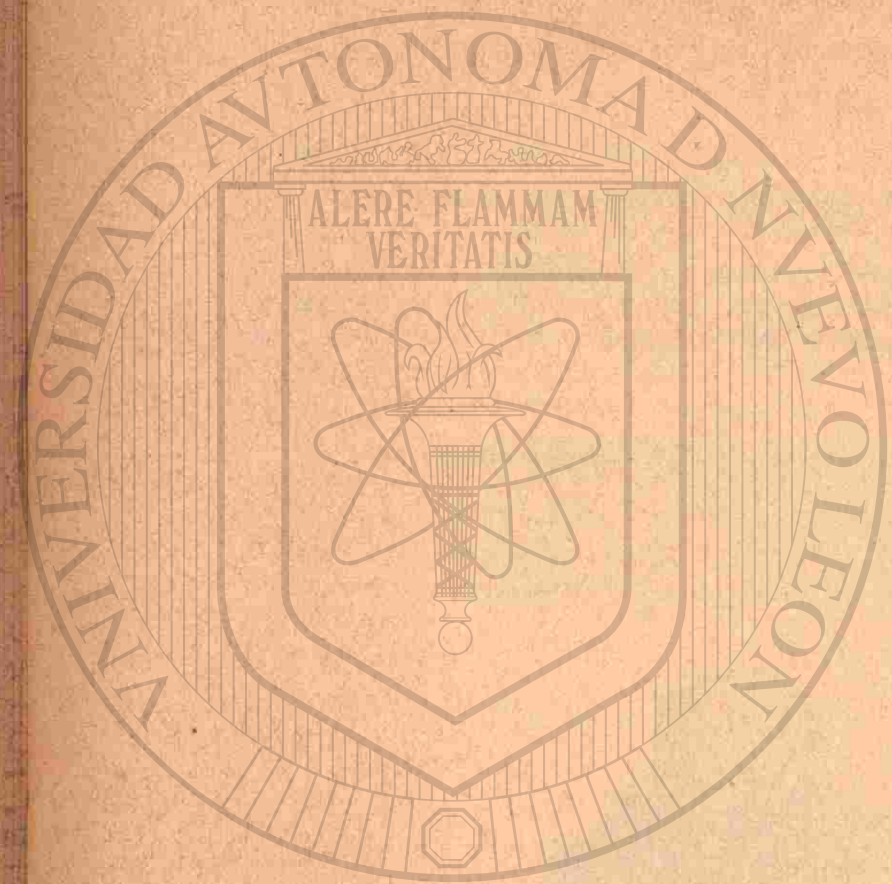
LXXII.

Que se eviten los ósculos de las mujeres.

Creemos que es peligroso á todo religioso reparar con nimiedad los semblantes de las mujeres, y por lo mismo no sea osado hermano alguno á oscular ni á viuda, ni á doncella. Huya por esto mismo semejantes ósculos la milicia de Cristo, por los que suelen frecuentemente peligrar los hombres, para que con conciencia pura y perfecta vida logre gozar perfectamente de la vista del Señor.— Amen. (1).

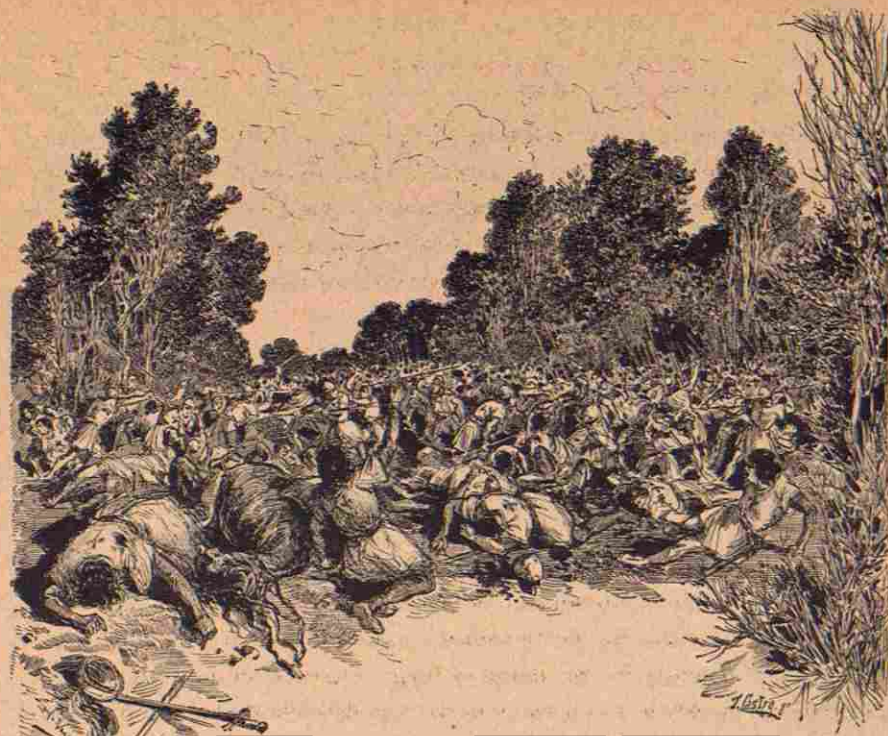
(1) Coleccion de Concilios, edicion de Venecia, tomo 12.—Raym. Zapater; Cister militante.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VENECIA LEON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO V.

Fr. Roberto de Craon, segundo Gran Maestro.—Progresos e importancia de la Orden en Europa.—Elección del Gran Maestro.—Salva a Jerusalen de un golpe de mano intentado por los musulmanes.—Derrota de los cristianos en Ascalon.—Foulques rey de Jerusalen a la cabeza del ejército.—San Bernardo en la casa del Temple de Roma.—Hermandad del Cister con el Temple.—Regencia en la menor edad de Balduino III.—Segunda cruzada.—Muerte del Gran Maestro.—Donaciones.

Que el Soberano Pontífice Honorio II, con su autoridad apostólica, la Orden del Temple, la consideró de grande importancia, bajo el punto de vista militar, para la conservacion y defensa de los Santos Lugares; y no se equivocó, pues al cabo de poco tiempo de la aprobacion, merced al prestigio, influencia y consideracion que habia dado a esta nueva milicia el célebre abád de Claraval, declarándose su protector y admirador, una multitud extraordinaria de grandes señores, gentiles hombres y caballeros de las más distinguidas casas aristocráticas de Francia, España, Italia e Inglaterra se presentó para alistarse en dicha Orden; y con esta floreciente juventud, noble por su origen y poderosa por sus riquezas, pudo desde luego hacer frente a los enemigos de la cruz, batirlos en mil encuentros y escarmentar su osadia. Cada dia fué en aumento, contándose en aquella

moltitud de fervientes cristianos los príncipes de las casas reinantes, señores de las más ilustres familias de la cristiandad, teniendo á grande honra combatir con el hábito y bajo el estandarte de los Templarios, prefiriendo á menudo esta profesion mirada desde el punto de vista militar, por adaptarse mejor á los instintos y á la corriente de aquella época eminentemente guerrera y caballeresca.

Estos príncipes y señores al entrar en la Orden Templaria llevaban consigo riquezas considerables; y el eco ruidoso que en poco tiempo causaron sus heroicas empresas fueron el aliciente y el motivo para que se hicieran á la Orden donaciones y legados, convirtiendo á dicha milicia en la más pujante y poderosa entre todas las demás que con el tiempo se establecieron.

Y no es admirable ni puede causar extrañeza que esta Orden atrajese de todas partes hacia sí; no tan solo la más ilustre nobleza de las naciones, si no tambien á los que no pertenecian á aquella clase distinguida, á todos aquellos á quienes les animaba el fuego sagrado de la religion y el entusiasmo de contribuir con su esfuerzo á la defensa de los lugares santificados con la sangre del Redentor, por la razon de ser la primera Orden militar y religiosa que, como resultado de la primera cruzada, se habia fundado y habia tenido su cuna al rededor del Santo Sepulcro, y que para librarle de la profanacion de los infieles toda la Europa se habia levantado como un solo hombre. ¡Tan sagrado y laudable era el objeto de la misma! Además, el atractivo de esa Orden lo producía no tanto como la distincion, el honor y hasta cierto punto el orgullo que tenia en aquel entonces todo cristiano de combatir á los sarracenos enemigos del cristianismo y hacer triunfar, aunque fuera con el sacrificio de su vida, el signo venerando de la cruz. De ahí esa multitud prodigiosa que corrió desalada á alistarse ya desde un principio bajo el estandarte del Temple, que se consideraba como un nuevo blason para las familias nobles, así como un principio de nobleza ó de distincion para aquellos que no descendían de noble prosapia.

Está fuera de duda que las dos órdenes Templaria y Hospitalaria fueron los más firmes y sólidos apoyos del reino de Jerusalem; y en tanto es así que Balduino y sus sucesores, y tambien las cruzadas sucesivas, como se verá más adelante, nada emprendieron de considerable ó importante sin el consejo, concurso y auxilio de sus armas.

Hemos visto ya que Balduino, en defecto de la cruzada que habia recomendado á Hugo de Paganis cuando lo envió á Europa, vió no obstante llegar de continuo á la Palestina como reclutas, á hijos de esclarecida nobleza que tomaban el hábito en una ú otra de las dos órdenes, formando de ellos escogidas falanges, los cuales desde luego se distinguieron por su valor y bizarría en todos los encuentros contra los musulmanes.

Las medidas que habia tomado Hugo de Paganis no podian ser más acertadas. Con ahínco y actividad sorprendente procuró formar y extender la nueva milicia, ora organizando y adiestrando á los que se presentaban, ora mandando á algunos de sus primeros compañeros para que recorriendo la Europa no sólo fundasen la Orden, sino tambien enviasen á la Palestina á los que se alistasen, y al propio tiempo las limosnas que se recogiesen para la defensa de los Santos Lugares.

El resultado de esta última medida no podia esperarse fuese más satisfactorio. En todas partes donde se presentaron los primeros discípulos de Fr. Hugo, no sólo fueron bien recibidos por razon de considerárseles como hijos del grande abad de Claraval, que gozaba de fama europea por su saber y santidad, si no tambien lograron todo género de proteccion. Unos al tomar la cruz del Temple cedian en favor de la Orden parte de sus bienes, otros hidalgamente les hacian abundantes limosnas, queriendo así contribuir al sosten de la Tierra Santa, considerando algunos que así quedaban perdonados sus pecados. En fin, la milicia del Temple durante el maestrazgo de Fr. Hugo fué establecida en todos los reinos de Europa, adquiriendo en todas partes por su valor é intrepidez una fama cual no la hayan alcanzado los más grandes guerreros. De ahí es que las plazas y los castillos más amenazados se confiaban á su defensa; en los ejércitos cristianos los Templarios eran los primeros en atacar y arrollar al enemigo, por numeroso que fuera; con tales cualidades y condiciones no es de admirar su progreso, importancia y poder.

Cuando se hubo logrado la organizacion de un respetable cuerpo de Templarios, se le destinó, bajo la direccion de entendidos jefes, á las fronteras del reino de Jerusalem, y distribuidas sus fuerzas en destacamentos, vigilaban aquellas, haciendo frente por todos lados, impidiendo las correrías y el merodeo de los infieles. Este pequeño reino puede decirse se hallaba bloqueado por diferentes príncipes turcomanos, ó por los árabes del desierto, ó por los sarracenos del Egipto. El celo unido al valor de los Templarios y el eco de sus primeras empresas se captaron pronto la admiracion y la voluntad de los cristianos, así como infundieron terror á los bárbaros.

En la época de la cual nos ocupamos, parecia á muchos que la salvacion de los hombres dependia de la sola conservacion de la Palestina: todo cuanto en ella sucedia llamaba extraordinariamente la atencion de los Papas, de los príncipes y de los pueblos más apartados: era el tema ordinario de los vasallos y de los reyes. Nada se consideraba de más mérito para obtener el perdon de los pecados, que el de contribuir á la defensa de los Santos Lugares. Apenas se hacia un testamento en el cual no se insertase un legado á favor de las órdenes militares. En España aún se conserva la manda pia forzosa destinada desde aquellos tiempos para la Tierra Santa.

Muchos príncipes quisieron ser enterrados vestidos con el hábito de una ú otra orden, y en el siglo que nos ocupa, esta devoción llegó aún más lejos, por cuanto no faltaron soberanos que se alistaron en la milicia del Temple y abdicaron el gobierno de sus estados, y uno por una disposición sin ejemplo, destinó la soberanía de dos reinos á los Templarios, Hospitalarios y canónigos del Santo Sepulcro.

Durante el gobierno de Hugo de Paganis se extendió y propagó maravillosamente la Orden Templaria en toda España, principalmente en Cataluña y Aragon, haciendo progresos admirables; y como desde su instalacion dieron tantas pruebas de valor é intrepidez, los reyes les encomendaron las empresas más arriesgadas, concediéndoles en premio de sus hazañas, territorios, castillos y bienes, con los cuales pudieran prosperar y aumentar de religiosos, y así guerrear sin tregua contra los moros é infieles, enemigos de la cruz y del nombre cristiano.

Con la muerte de Fr. Hugo de Paganis, primer Maestro y fundador de la Orden, los Templarios residentes en Jesusalen, reunidos en capítulo, procedieron para utilidad de la religion á la eleccion de un sucesor, que recayó en Fr. Roberto de Craon, por sobrenombre el Borgoñon, que es necesario no confundir con su abuelo, que se llamaba tambien Roberto.

Guillermo de Tiro le califica de gran capitán, hábil en el arte de la guerra, ilustre por la pureza de costumbres y el esplendor de su nacimiento. Era el hijo tercero de Reinaldo II, señor de Craon, fundador de la abadía de la Rue en Anjou.

Roberto se casó con Richeze, hermana única de san Anselmo, arzobispo de Cantorbery; tuvo algunos hijos que murieron en la infancia, sobreviviendo sólo el mayor, llamado Anselmo, que le consagró al estado eclesiástico en la iglesia de Cantorbery, donde su tío el arzobispo procuró con sumo cuidado su educacion. El jóven tomó el hábito religioso, y con el tiempo fué elegido abad de San Edme en Inglaterra, hizo un viaje á Roma, y el papa Pascual II le nombró abad de San Sabas y despues obispo de Londres, mereciendo por sus escritos eminentes ser contado entre los autores eclesiásticos (1).

Escribió san Anselmo á Roberto, comunicándole y dándole noticias de su hijo para que le sirvieran de consuelo, y al propio tiempo le dió saludables consejos, entre los cuales le decia:

«El ama á Dios y todo lo que se debe amar, por lo que no podriais interesaros lo bastante para con aquellos que le han sabido inspirar este amor de Dios y de su estado, y es sin duda porque habeis dado á Dios vuestro primogénito, que el cielo ha arrebatado vuestros demás hijos an-

(1) *Hist. literaria de Francia*, tom. 9, pág. 41.

tes de que se hallasen en estado de cometer alguna liviandad. Dad gracias á Dios, y vos, mi querida hermana, yo os conjuro de que no seais insensible á esta gracia, ya que habeis estado prevenida sin haberlo merecido. Considerad que Dios nos ha privado de este consuelo, sino para haceros más libre á fin de acercaros más á él, y para quitaros toda ocasion de amar al mundo. Acordaos frecuentemente tanto el uno como el otro del fin de vuestras esperanzas, convertidlo en objeto de vuestras conversaciones así de dia como de noche, y preguntaos á vosotros mismos: ¿Qué hacemos? ¿Qué tardamos? ¿Como pasamos los dias? ¿Cuáles son las satisfacciones que ofrecemos á Dios por nuestros pecados? Estamos en visperas de parecer delante del supremo Juez, ¿y qué hemos hecho para que nos sea propicio? Tales deben ser los pensamientos de vuestro espíritu y los sentimientos de vuestro corazon (1).»

Esta semilla no cayó en tierra ingrata. Los dos esposos, dóciles á las instrucciones reiteradas del santo arzobispo, pasaban tranquilamente sus dias en la práctica de las virtudes y buenas obras, hasta que Roberto tuvo la inspiracion de hacer el viaje á Tierra Santa; comunicó esta idea al santo prelado, quien le contestó en estos términos: «Si es positivo que habeis concebido el proyecto de hacer el viaje á Jerusalem para honor de Dios y la salvacion de vuestra alma, y que no hayais querido emprender el viaje sin consultarme, así como á vuestro hijo Anselmo, yo alabo vuestras disposiciones y os aconsejo de que no lleveis con vos el peso de vuestros pecados, sino que os afirmeis con la resolucion de vivir como buen cristiano, conforme á las obligaciones de vuestro estado. Empezad por una buena confesion general de toda vuestra vida, y que vuestra ausencia no ocasione ningun contratiempo á vuestra esposa, cuyo carácter bondadoso os es mejor conocido que á otra persona; haced de manera de no abandonarla sin socorros y sin consejos; y que si la Providencia dispusiere de vos, que ella no se vea sbligada á salir de vuesta casa contra su voluntad, y que quede libre de servir á Dios tanto como ella vivirá, y de rogar por vuestra conservacion y la salvacion de vuestra alma. Disponed, pues, y poned en orden vuestros asuntos, como si se tratara de presentarse en este momento delante de Dios. En cuanto á mi bendicion que pedis, yo ruego al Señor que os conceda la suya, llenándoos de sus gracias, y que os proteja en todas vuestras empresas.»

Hemos copiado esta carta para desvanecer lo que con siniestra intencion se ha dicho, de que Roberto habia ido á Palestina y se habia hecho Templario por despecho de que el duque de Guinea se habia apoderado de sus señoríos de Chabanois y Gonfolens, y que estaba unido solamente con esponsales con la hija de Jordan II, señor de los territorios ya nombrados.

(1) S. Anselmo, *Hb. 3*, cartas 43, 63, 66 y 67.

Por lo tanto no pasó Roberto de Craon á Palestina sin haberlo consultado, y no por despecho, y mucho menos por hacerse Templario, por cuanto cuando dejó á su esposa, es decir en 1107, antes de la muerte de san Alselmo, no era cuestion de la caballería del Temple, porque no existía, y no hizo los votos de Templario sino en 1130, despues de la muerte de su esposa Richeze.

Tan luego como Roberto fué elegido Maestre de la Orden, buscó la ocasion de justificar la eleccion que se habia hecho de su persona, imitando los desvelos y afanes que tanto habian atareado á su antecesor para la propagacion de la Orden y defensa de los Santos Lugares; así tambien Roberto hizo todos los esfuerzos posibles para secundarle, alcanzando en poco tiempo cuanto apetecia, y pudo emprender grandes operaciones militares en todos los confines de la Palestina, conjurando los peligros donde se presentaban, merced al número de Templarios que de todas partes afluan para contener las invasiones de los infieles.

Al cabo de poco tiempo que Fr. Roberto habia sido elegido Gran Maestre, ya tuvo ocasion de mostrar su intrepidez y valor. Una muchedumbre espantosa de bandoleros se habia atrincherado en la otra parte del Jordan, guarecidos en las muchas cavernas existentes en una montaña escarpada y casi inaccesible, desde donde hacian frecuentes excursiones, devastando las fronteras del reino. El rey de Jerusalem resolvió atacar aquellos forajidos y librar al país de tan perniciosa plaga, y á este fin se puso á la cabeza del ejército cristiano. Al saber esta expedicion el gobernador de Alepo Asuard, aprovechó la ausencia del rey para merodear por la Palestina, y al efecto atravesó el Jordan á la cabeza de una fuerte division, talando y robando el país de un modo espantoso.

El Gran Maestre, que se habia quedado en Jerusalem, al tener noticia de esta invasion reunió á los caballeros, y armando á muchos ciudadanos y sin perder tiempo, fué al encuentro del enemigo. Este, que no esperaba hallar ninguna resistencia, se sorprendió, y al empuje de las fuerzas cristianas emprendió la fuga esparramándose por las llanuras de Ascalon. La prudencia aconsejaba contentarse con este resultado, y tal era la intencion del Gran Maestre; pero la codicia del botin, que frecuentemente compromete la suerte de las armas, hizo que esta jornada fuese fatal á los cristianos. Despues de haber derrotado á los musulmanes, los ciudadanos y demás gente que habia seguido al Gran Maestre se desbandaron para correr al pillaje; y Asuard, que lo comprendió, replegando sus fugitivas huestes, acometió de nuevo y derrotó completamente á los cristianos. El Gran Maestre hizo todos los esfuerzos imaginables para contener á los sarracenos; pero fué en balde. A medida que los Templarios acudian por pelotones para secundarle, eran acuchillados por el número. En esta accion perecieron algunos gentiles hombres y caballeros de nom-

bradía, mereciendo ser llorado de un modo particular el bravo Templario Eudes de Montfaucon, que se habia distinguido ya en otras empresas por su valor y bravura (1).

Jauna y el historiador de la iglesia de Paris pretenden sin fundamento que Fr. Roberto murió en esta jornada. Mateo de Paris y Gurtler tambien se equivocaron, diciendo que esta batalla tuvo lugar el 1133, y que en ella murieron todos los Templarios, siendo así que la mayor parte de ellos iba con el rey en su expedicion al Jordan.

Lo noticia de esta derrota llegó muy pronto al ejército, y lejos de aminorar el ánimo de los jefes, no hizo más que redoblar su espíritu á fin de estrechar al enemigo en sus mismas madrigueras en donde se habia escondido. En efecto, al cabo de poco tiempo el ejército cristiano que habia acudido para castigar á aquellos bandidos, se apoderó de dichas montañas pasando á cuchillo á dichos malechores, cuyo castigo consoló la pérdida que antes habia experimentado el jefe superior del Temple.

Entre tanto la Orden se multiplicaba sensiblemente en el Occidente. Los Templarios existian ya en Italia en 1138; san Bernardo en uno de sus viajes á Roma se hospedó en la casa del Temple que tenian en el monte Aventino, y su iglesia es la que en la actualidad se llama Santa Maria (2). Durante su permanencia los Templarios le pidieron sus oraciones y bendicion, lo que concedió con benevolencia, dejando al despedirse, por olvido ó á sabiendas, la túnica de lana que usaba, la cual fué aplicada á un capellan de la casa que estaba enfermo, y la curó instantáneamente (1).

Bueno es consignar aquí los íntimos lazos que habia entre la Orden del Temple y la del Cister; la deferencia y hospitalidad que los Templarios tenian en sus casas para con los religiosos Bernardos eran muy particulares, de manera que ya fuese de paso ó por visita, los religiosos del Cister eran recibidos en las casa del Temple con agasajo, cariño y reverencia, para acreditar el reconocimiento que tenian á san Bernardo, autor de su regla y gran protector de su Orden.

A pesar de esta íntima union, se habia convenido entre las dos Órdenes que ningun Templario podia entrar en el Cister sin una especial permision ó licencia del Gran Maestre, lo cual no impidió que acaeciese un hecho que produjo consecuencias desagradables á ambas religiones. Fué el caso que los Cistercienses deseaban que un cierto Templario por sus condiciones ó cualidades pasase á su Orden, y como los jefes del Temple no con-

(1) Guillermo de Tiro, lib. 15, cap. 6.

(2) Llamada Santa Maria Aventinense, hoy priorato de la Orden de San Juan de Malta.

(3) Anal. Cisterc., tom. 1. pag. 332.

siderasen conveniente acceder á ello, los Cistercienses se valieron de la estratagemata de dar clandestinamente al Templario el hábito en la abadia de San Urbano de la Orden de Benedictinos, y así poder decir que no le habian recibido como Templario. Los superiores del Temple, justamente ofendidos de semejante engaño, acudieron á la Santa Sede y á san Bernardo en demanda de reparacion del agravio inferido por los monjes Cistercienses, logrando que el Papa fulminase entredicho al abad del monasterio de San Urbano; cuyo breve fué dirigido al obispo de Chalons para que intimase la sentencia á dicho abad.

San Bernardo, cerciorado completamente de cuanto habia pasado, reunió capitulo general, y en él se resolvió á favor de la Orden del Temple, deliberando unánimemente despedir al Templario, encargándose san Bernardo de solicitar del Papa la absolucion de las censuras en que habia incurrido el abad de San Urbano (1).

En el año 1142 el reino de Jerusalem experimentó una pérdida irreparable y de graves consecuencias, y fué la muerte de Foulques ocasionada de resultas de una caída de caballo, cazando en las cercanias de Tolemaida, dejando dos hijos menores, á saber, Balduino de trece años y Amauri de siete. La muerte de Foulques acaeció á últimos del año indicado, poco después de la dedicacion de la iglesia de los Templarios, hecha con grandes ceremonias y ostentacion por el legado pontificio llamado Alberico.

La muerte del rey dió margen á cábalas é intrigas, como sucede ordinariamente en la minoridad de los príncipes. La falta de union de los barones y la rivalidad de los grandes perturbaron de un modo sensible la buena direccion del gobierno, favoreciendo así los progresos del musulman.

La reina Melisenda, viuda de Foulques y madre de los infantes, por razon de su menor edad, pretendia la regencia y ser reconocida como gobernadora del reino; sin embargo de los disturbios que hubo con este motivo y de la oposicion que hicieron los grandes, porque decian y con razon que en aquellas circunstancias era necesario tener al frente del gobierno un rey que fuese á la vez capitán, se consideró prudente ceder en este punto, y la reina madre fué reconocida como regenta, siendo coronados la madre y su hijo Balduino III (2).

En este intervalo los cristianos latinos perdieron Edesa y su condado, que Balduino de Bourg, al ser elegido rey de Jerusalem, habia cedido á su pariente Joselin de Courtenay, á imitacion de Godofredo de Bullon su

(1) San Bernardo, carta 261.

(2) Arte de comprobar las fechas, pag. 433.

hermano, que, con el fin de asegurarse de los príncipes y señores cruzados para la defensa de la Tierra Santa, les habia concedido soberanías á título de infeudacion. De ahí provinieron los condados de Edesa, Trípoli, Joppe, Ascalon y Galilea, las señorías de Iblin, Montroyal Troron, Sidon, Tiro, Tolemaida y Cesarea, que recayeron todos en señores de la primera nobleza.

Joselin de Courtenay habia conservado su condado merced á sus especiales cualidades de gran capitán y á su valor extraordinario en todas las empresas contra los infieles. Al morir dejó un hijo llamado como su padre; pero como habia sido educado entre las delicias y lujo oriental, pasaba su vida en una continua licencia de costumbres no muy cristianas, y para entregarse con más libertad á todas las pasiones, rodeado, de cortesanos afeminados, dejó Edesa, trasladándose á Turbesel.

Omad-Eddin-Zenghi, sultan de Mossul y Alepo, fundador de la dinastía de los Aladecks, enemigo encarnizado de los cristianos, harto enterado de la afeminacion del jóven Courtenay, y de que todos los que le rodeaban eran unos cobardes y libertinos, juzgó buena coyuntura para entrar con poderoso ejército en el condado de Edesa, sitiando esta capital y arrojar á los cristianos de toda la Cilicia, cuyo territorio era fronterizo de los estados de dicho sultan.

En efecto, al frente de un numeroso ejército invadió el condado y sitió Edesa, la cual, si bien es cierto se defendió con increíble valor por espacio de mucho tiempo, no obstante, por no ser socorrida de su soberano, cayó por último en poder de los musulmanes.

La sensible pérdida de la importante ciudad de Edesa y una gran parte de su condado en manos de los infieles causó honda sensacion no sólo á los cristianos de Occidente, si que aun mucho mayor á los de Oriente, porque con dicha pérdida veian amenazada toda la Palestina; con cuyo motivo se levantó un clamor general, reclamando fuese inmediatamente socorrida, y esto produjo la segunda cruzada que se organizó en Europa para salvar la Tierra Santa del furor de los musulmanes. Pero antes de narrar la expedicion, demos algun pormenor del sitio de Edesa cuya pérdida fué la causa de la cruzada.

Hé aquí el triste cuadro que de este suceso hacen los historiadores de las cruzadas:

Edesa tenia altas murallas, numerosas torres que la defendian y una ciudadela respetable. El día del peligro sus moradores, incluso el clero secular y regular, guarnecian las murallas, á donde las mujeres y niños les llevaban víveres y refrescos; pero á medida que los sitiados disminuian en fuerzas, el sitiador era reforzado con kurdos, árabes y turcomanos, y por consiguiente el sitio cada día se estrechaba más y más. Siete torres de madera se alzaban á superior altura de las murallas de la plaza, las

cuales golpeaban de continuo terribles máquinas de guerra. Minadores venidos de Alepo habían profundizado hasta los cimientos de varias torres, y su próxima ruina iba á franquear el paso á los soldados musulmanes: en este estado el califa mandó interrumpir los trabajos é intimó la rendición á la ciudad, más esta con valerosa resolución contestó preferir la muerte antes que rendirse. Entonces el sultan mandó redoblar los ataques, y al cabo de veinte y ocho días se desplomaron varias torres que estaban minadas, y por sus brechas montaron los infieles penetrando en la plaza. La cimitarra musulmana se cebó de un modo espantoso en sangre cristiana, siendo inmolados desapiadamente ancianos, niños, pobres, ricos, doncellas, obispos, sacerdotes y monjes, sin ninguna clase de consideración; la matanza duró muchas horas; los cristianos que pudieron librarse del alfanje, fueron vendidos cual vil rebaño en las plazas públicas; las escenas de carnicería y violencia terminaron con insultos á la religión. Los vasos sagrados sirvieron para las orgías de la victoria, y los más execrables desórdenes y abominaciones mancillaron los templos del Señor.

El feroz califa, después de haber gozado algunos días de su victoria, dejó una fuerte guarnición en la ciudad, y salió de ella para otros triunfos, cuando fué asesinado por sus esclavos durante el sitio de un castillo cristiano á orillas del Eufrates. Mientras el Asia celebraba su gloria y poder, dice la historia árabe, la muerte le tendía en el polvo, y éste fué su morada. La muerte del califa fué un gran motivo de júbilo para los cristianos, mas nuevas calamidades iban á caer sobre ellos.

Con la muerte del sultan Zenghi, sus dos hijos Coteledino y Noradino se dividieron el imperio: el primero se quedó con Mossul y el segundo con Alepo.

Noradino, aunque musulman, era un príncipe hábil y un gran general; fué constante enemigo de los cristianos por principios de religión, pero que, á pesar de su acreditado valor y de estar al frente de un ejército numeroso, muchas veces tuvo que ceder al empuje de los Templarios.

Edesa, merced á una conspiración de los cristianos, pudo volver al poder de su conde Joselin, el cual pasó á cuchillo á la guarnición musulmana. Sin embargo, no habiendo tenido el tiempo suficiente para reparar las fortificaciones, ni tampoco para ser auxiliado por el ejército del rey de Jerusalem, al presentarse Noradino con fuerzas respetables, no quedó á Joselin otro medio que el de escaparse de la ciudad, como así pudo lograrlo con unos mil cristianos que se refugiaron en Samosata. Al entrar Noradino en Edesa, pasó á degüello á toda la ciudad, asegurando los autores que en las dos entradas de Zenghi y Noradino habían perecido 30,000 hombres y unos 16,000 reducidos á la esclavitud.

Noradino deseando consumir su venganza, convirtió á Edesa en un

vasto montón de ruinas, como un monumento de su cólera. Las desgracias de Edesa arrancaron lágrimas á los cristianos de Siria y Judea; un terror sombrío se apoderó de las colonias latinas. Los rayos que cayeron en aquella época en las iglesias del Santo Sepulcro y del monte Sion, y la aparición de un cometa, acabaron por difundir los presentimientos más lúgubres entre los fieles.

Como si esto no bastara, Noradino se apoderó de algunas plazas como Artesia, Mamoulas, Besanfont y Kafarlata, amenazando al reino de Jerusalem.

Después de la pérdida de Edesa y plazas antedichas, los asuntos de los cristianos empezaban á decaer de una manera sensible en Oriente. Godofredo de Bullon, los dos Balduinos, Foulques de Anjou, el famoso Bohemundo, el bravo Tancredo, el viejo Courtenay y el conde de Tolosa habían desaparecido, y sus descendientes fascinados por las delicias del Asia ocupaban su lugar, pero sin llenarlo dignamente como aquellos intrépidos guerreros.

Solamente el joven Balduino y las dos Órdenes militares, se opusieron con grande esfuerzo á los ataques continuos de los infieles; pero como sus fuerzas no correspondían á su valor, fué preciso acudir á los príncipes de Europa solicitando una nueva cruzada, y hacer así lo posible para anonadar y echar para siempre á los infieles de la Tierra Santa. Bajo este punto de vista y con esta resolución se deputó al obispo de Zabulon para que pasase á Europa.

En aquel entonces reinaba en Francia Luis VII, príncipe joven, lleno de valor y otras cualidades dignas de un buen soberano. El embajador no podía llegar en una coyuntura más favorable; el rey se hallaba en lucha contra Tivaldo, conde de Champaña y de Blois, su feudatario. La resistencia que se le opuso en Vitry le irritó de tal manera, que entrando en ella por fuerza, la mandó pasar á degüello, quemando la iglesia en donde perecieron más de 1,300 personas que en ellas se habían refugiado. (1).

Pero acosado luego por crueles y justos remordimientos por tan terrible ejecución, á fin de aquietar su alma, pidió la absolución á la Santa Sede, resolviendo pasar á Jerusalem para reparar su falta, recurso y asilo en aquel entonces de los más grandes pecadores. En efecto, por consejo de San Bernardo, comunicó al papa Eugenio III su designio, rogándole que, á ejemplo de Urbano II, ordenase predicar la cruzada para socorrer la Palestina y salvarla, en atención á los desastres que acababa de experimentar.

(1) Rob. de Monte, apéndice á Sigeb. 1147.

El Pontífice, afligido por los desgraciados sucesos de la Tierra Santa, acogió benévolo el plan del rey de Francia, y expidió breves á toda la cristiandad, exhortando á los príncipes y al pueblo tomasen las armas para un fin tan piadoso, y encargando especialmente á san Bernardo, que en aquel tiempo era el oráculo del siglo, predicase la cruzada en Francia y Alemania, como legado de la Santa Sede.

SEGUNDA CRUZADA.

Habiendo el papa Eugenio III publicado la bula de la cruzada con la cual confiaba á san Bernardo la misión de predicarla, inmediatamente se convocó una reunión en Vezelay en el condado de Nevers, la cual tuvo lugar el domingo de Ramos, 31 de marzo de 1146, y á la cual acudió una multitud de señores, caballeros, prelados y hombres de todas clases y condiciones. Luis VII y san Bernardo, uno con el aparato fastuoso de la dignidad real, y el otro con el humilde hábito del Cister, se colocaron en una tribuna en medio de un pueblo inmenso, que al verlos les saludó con entusistas aclamaciones. El abad de Claraval leyó primero la bula expedida por el Papa, y luego tomando su inspiración del recuerdo de las desgracias de Edesa y de los peligros que amenazaban á la herencia de Jesucristo, empleó todo el prestigio de su elocuencia para excitar la compasión de los cristianos; pintó á la Europa entregada al escándalo, al demonio de la herejía y á la maldición divina, suplicando á los oyentes que aplacasen la cólera del cielo, no ya con gemidos y lágrimas, con oraciones y cilicios, sino con las fatigas de la guerra, con el peso de la espada y broquel, con fuertes combates contra los musulmanes.

El grito de *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* interrumpió su discurso, como había interrumpido las palabras de Urbano II en el concilio de Clermont. Como el entusiasmo de la multitud aumentaba la convicción del orador, san Bernardo profetizó el buen éxito de la cruzada, amenazó con la cólera divina á los que no peleasen por Jesucristo, y gritó como el Profeta: «¡Desgraciado, desgraciado aquel que no llegue á ensangrentar su espada!»

El ardor por la guerra santa se había apoderado de toda la asamblea. Luis VII se arrojó á los pies de san Bernardo y le pidió la cruz; el rey, revestido con aquel signo venerando, exhortó por sí mismo á los fieles á que le siguiesen á Oriente, y el auditorio derramó lágrimas de enternecimiento.

La reina Eleonor de Guyena quiso imitar á su esposo, y recibió la cruz de manos del abad de Claraval; Alfonso conde de San Gilles y de Toloso, Enrique hijo de Tibaldo, conde de Champaña, Tyerri conde de

Flandes, Guillermo de Nevers, Rainaldo conde de Tonnerre, Ivez conde de Soissons, Guillermo conde de Ponthieu, Guillermo conde de Varennes, Archimbaldo de Borbon, Enguerrando de Coucy, Hugo de Lusignan, el conde de Dreux hermano del rey, su tío el conde de Maurienne y otros muchos barones y caballeros siguieron el ejemplo del soberano. Varios prelados, entre los cuales cita la historia á Simon obispo de Noyon, Godofredo obispo de Langres, Alejos obispo de Arras, y Arnolfo obispo de Lisieux, hicieron juramento de pelear contra los infieles. Y no siendo suficientes las cruces que se tenían preparadas para satisfacer á la multitud impaciente, el abad de Claraval rasgó su hábito para hacer otras muchas.

San Bernardo no limitó su predicación á la ciudad de Vezelay, sino que recorrió varias comarcas del reino, inflamando todos los corazones con el fuego sacro de las cruzadas; el púlpito se convirtió en una cátedra de entusiasmo capaz de enardecer á la más fría indiferencia, presentando con vivos colores la vergüenza que debía ruborizar á los cristianos por tolerar que la herencia de Jesucristo y la Palestina regada con sus sudores y preciosa sangre se vieran amenazadas de caer otra vez bajo la tiranía de la cimitarra musulmana. El encanto de la elocuencia del santo abad, sus tiernas expresiones y patético lenguaje, la reputación de sus virtudes y los favorables sucesos que pronosticaba, arrastró al pueblo á que tomase las armas.

Después de haber predicado la cruzada en Francia, pasó á Alemania; más al llegar al centro de los pueblos del Rin, tuvo que combatir la predicación del monje Rodulfo, el cual exhortaba á los cristianos al asesinato de los judíos. Sólo el ascendiente de la virtud y merecida fama del abad de Claraval podía imponer silencio al apóstol alemán que halagaba las pasiones del pueblo.

Después de haber predicado en Constanza y Francfort pasó á Spira, en donde el emperador Conrado había convocado una Dieta general. El Santo abad se aprovechó de esta coyuntura para predicar la guerra contra los musulmanes y la paz de los príncipes cristianos. Varias conferencias y exhortaciones públicas no habían conseguido determinar á Conrado á tomar la cruz, alegando los recientes disturbios del imperio germánico; pero la elocuencia persuasiva del abad de Claraval no se arredraba por esto. Un día al celebrar la misa delante de los príncipes y magnates, interrumpió de improviso al santo sacrificio para predicar la cruzada, y en un arranque inspirado transportó al auditorio al día del juicio final, haciendo aparecer á Jesucristo armado con la cruz y reconviniendo al emperador Conrado por su fría ingratitud. Este apóstrofe repentino conmovió profundamente á Conrado, quien juró con los ojos arrasados en lágrimas que iría á defender los intereses de Jesucristo, y se cruzó, así como también muchos caballeros y barones.

El Pontífice, afligido por los desgraciados sucesos de la Tierra Santa, acogió benévolo el plan del rey de Francia, y expidió breves á toda la cristiandad, exhortando á los príncipes y al pueblo tomasen las armas para un fin tan piadoso, y encargando especialmente á san Bernardo, que en aquel tiempo era el oráculo del siglo, predicase la cruzada en Francia y Alemania, como legado de la Santa Sede.

SEGUNDA CRUZADA.

Habiendo el papa Eugenio III publicado la bula de la cruzada con la cual confiaba á san Bernardo la misión de predicarla, inmediatamente se convocó una reunión en Vezelay en el condado de Nevers, la cual tuvo lugar el domingo de Ramos, 31 de marzo de 1146, y á la cual acudió una multitud de señores, caballeros, prelados y hombres de todas clases y condiciones. Luis VII y san Bernardo, uno con el aparato fastuoso de la dignidad real, y el otro con el humilde hábito del Cister, se colocaron en una tribuna en medio de un pueblo inmenso, que al verlos les saludó con entusistas aclamaciones. El abad de Claraval leyó primero la bula expedida por el Papa, y luego tomando su inspiración del recuerdo de las desgracias de Edesa y de los peligros que amenazaban á la herencia de Jesucristo, empleó todo el prestigio de su elocuencia para excitar la compasión de los cristianos; pintó á la Europa entregada al escándalo, al demonio de la herejía y á la maldición divina, suplicando á los oyentes que aplacasen la cólera del cielo, no ya con gemidos y lágrimas, con oraciones y cilicios, sino con las fatigas de la guerra, con el peso de la espada y broquel, con fuertes combates contra los musulmanes.

El grito de *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* interrumpió su discurso, como había interrumpido las palabras de Urbano II en el concilio de Clermont. Como el entusiasmo de la multitud aumentaba la convicción del orador, san Bernardo profetizó el buen éxito de la cruzada, amenazó con la cólera divina á los que no peleasen por Jesucristo, y gritó como el Profeta: «¡Desgraciado, desgraciado aquel que no llegue á ensangrentar su espada!»

El ardor por la guerra santa se había apoderado de toda la asamblea. Luis VII se arrojó á los pies de san Bernardo y le pidió la cruz; el rey, revestido con aquel signo venerando, exhortó por sí mismo á los fieles á que le siguiesen á Oriente, y el auditorio derramó lágrimas de enternecimiento.

La reina Eleonor de Guyena quiso imitar á su esposo, y recibió la cruz de manos del abad de Claraval; Alfonso conde de San Gilles y de Toloso, Enrique hijo de Tibaldo, conde de Champaña, Tyerri conde de

Flandes, Guillermo de Nevers, Rainaldo conde de Tonnerre, Ivez conde de Soissons, Guillermo conde de Ponthieu, Guillermo conde de Varennes, Archimbaldo de Borbon, Enguerrando de Coucy, Hugo de Lusignan, el conde de Dreux hermano del rey, su tío el conde de Maurienne y otros muchos barones y caballeros siguieron el ejemplo del soberano. Varios prelados, entre los cuales cita la historia á Simon obispo de Noyon, Godofredo obispo de Langres, Alejos obispo de Arras, y Arnolfo obispo de Lisieux, hicieron juramento de pelear contra los infieles. Y no siendo suficientes las cruces que se tenían preparadas para satisfacer á la multitud impaciente, el abad de Claraval rasgó su hábito para hacer otras muchas.

San Bernardo no limitó su predicación á la ciudad de Vezelay, sino que recorrió varias comarcas del reino, inflamando todos los corazones con el fuego sacro de las cruzadas; el púlpito se convirtió en una cátedra de entusiasmo capaz de enardecer á la más fría indiferencia, presentando con vivos colores la vergüenza que debía ruborizar á los cristianos por tolerar que la herencia de Jesucristo y la Palestina regada con sus sudores y preciosa sangre se vieran amenazadas de caer otra vez bajo la tiranía de la cimitarra musulmana. El encanto de la elocuencia del santo abad, sus tiernas expresiones y patético lenguaje, la reputación de sus virtudes y los favorables sucesos que pronosticaba, arrastró al pueblo á que tomase las armas.

Después de haber predicado la cruzada en Francia, pasó á Alemania; más al llegar al centro de los pueblos del Rin, tuvo que combatir la predicación del monje Rodulfo, el cual exhortaba á los cristianos al asesinato de los judíos. Sólo el ascendiente de la virtud y merecida fama del abad de Claraval podía imponer silencio al apóstol alemán que halagaba las pasiones del pueblo.

Después de haber predicado en Constanza y Francfort pasó á Spira, en donde el emperador Conrado había convocado una Dieta general. El Santo abad se aprovechó de esta coyuntura para predicar la guerra contra los musulmanes y la paz de los príncipes cristianos. Varias conferencias y exhortaciones públicas no habían conseguido determinar á Conrado á tomar la cruz, alegando los recientes disturbios del imperio germánico; pero la elocuencia persuasiva del abad de Claraval no se arredraba por esto. Un día al celebrar la misa delante de los príncipes y magnates, interrumpió de improviso al santo sacrificio para predicar la cruzada, y en un arranque inspirado transportó al auditorio al día del juicio final, haciendo aparecer á Jesucristo armado con la cruz y reconviniendo al emperador Conrado por su fría ingratitud. Este apóstrofe repentino conmovió profundamente á Conrado, quien juró con los ojos arrasados en lágrimas que iría á defender los intereses de Jesucristo, y se cruzó, así como también muchos caballeros y barones.

Poco tiempo despues, en otra Dieta tenida en Babiera, muchos prelados y señores alemanes se alistaron bajo las banderas de la guerra santa; entre los obispos habia los de Passau, Ratisbona y Freisingen; entre los señores figuraban Ladislao duque Bohemia, Odoacro marqués de Estiria, Renardo conde de Carintia. Federico, sobrino del emperador, tomó la cruz á pesar de las lágrimas de su anciano padre que murió de dolor.

San Bernardo recorrió todas las ciudades del Rhy desde Constanza hasta Maestrich. En todas partes se oia su voz como la de un profeta y de un santo: tal era el entusiasmo que producía su predicacion, que más de una vez al bajar del púlpito fueron desgarradas sus vestiduras por los oyentes, ansiosos de repartirse los pedazos para hacer con ellos el distintivo de la cruzada.

El regreso de san Bernardo á Francia dió á todos nuevos ánimos; el buen éxito de sus predicaciones en Alemania y la resolución que habia hecho adoptar al emperador Conrado fueron para los cruzados la señal de un nuevo movimiento.

Luis VII y los grandes señores se hallaban reunidos en Etampes tratando de la cruzada, cuando se presentaron unos embajadores á Rugiero, rey de la Pulla y Sicilia, ofreciendo en nombre de dicho soberano á la cruzada, no sólo suministrar buques y víveres, si que tambien que se uniria con ella su hijo, si iba por mar la expedicion. Se deliberó acerca de esta proposicion del rey de Sicilia, y del camino que se seguiria para trasladarse á la Palestina; y si bien la via marítima ofrecia menos dificultades y peligros, con todo la via terrestre fué preferida con harta imprudencia.

Los preparativos de la cruzada se continuaban con actividad, y las palabras santas diariamente procuraban á la cruz nuevos defensores. En los puntos en donde no habia podido resonar la voz de Bernardo, se leian en los púlpitos sus elocuentes cartas.

La historia cita á un predicador flamenco llamado Arnoul, que se habia asociado á la obra apostólica del abad de Claraval. Arnoul recorrió varias provincias de Alemania y de la Francia oriental; por la austeridad de su vida y la singularidad de su traje excitaba la curiosidad y la veneracion de la muchedumbre, y como ignoraba la lengua romana y tudesca, se hacia acompañar de un intérprete llamado Lambert, el cual repetía en la lengua del país las piadosas exhortaciones del orador flamenco.

El ejemplo de Francia y Alemania arrastró á la Italia é Inglaterra. Los pueblos de los Alpes y orillas del Ródano, de la Lombardia y Piamonte, habian de acompañar al marqués de Montferrat y al conde de Maurienne, tío materno de Luis VII.

Los cruzados ingleses se embarcaron en los puertos del canal de la Mancha, y se dirigieron á las costas de España.

Los cruzados alemanes habian de reunirse en Ratisbona, y los franceses en Metz. Durante varios meses los caminos de estas dos ciudades estuvieron materialmente cubiertos de peregrinos. Todo se hacia con órden en el movimiento de las tropas, los preparativos de esta segunda guerra santa presentaban más regularidad y armonía que los de la primera, y nada podia hacer adivinar las desgracias que ofrecia el porvenir.

Para sufragar los gastos de esta cruzada eran necesarios grandes recursos; para este objeto se impusieron gravosos tributos, sin exceptuar al clero, artistas y labradores, lo cual produjo murmullos y tumultos y que se asesinasen en Sens al abad de San Pedro le Vif.

Por consejo de Pedro el Venerable, los judíos debieron contribuir de un modo extraordinario á los gastos de la guerra. Durante este tiempo estaba reunido en Chartres un Concilio que se ocupaba de la cruzada, y como muchos señores franceses y alemanes reputaban al abad de Claraval como el depositario del poder de Dios, y que como otro Moisés haria estupendos milagros para introducir al pueblo cristiano en la nueva tierra de promision, hicieron grandes esfuerzos y reiteradas instancias á dicho Concilio, para que obligase á San Bernardo se pusiese á la cabeza del ejército cruzado, y tuviera el mando como general en jefe (1). Pero el abad de Claraval, al tener noticia de semejante proyecto, escribió al papa Eugenio III para que no accediese á tales pretensiones; y en efecto alcanzó su deseo, pues como San Bernardo no era menos prudente que celoso, se contentó con ser el heraldo y el clarín, por cuanto despues de haber desempeñado su trabajosa predicacion, se retiró otra vez á la soledad de su monasterio, dejando para los príncipes guerreros toda la gloria, el honor y los peligros de la ejecucion.

No titubeamos en decir que San Bernardo en esta ocasion se acordaria sin duda del triste y lastimoso desengaño que experimentó en la primera cruzada Pedro el Ermitaño, que por los desastres que sufrió la expedicion que él mandaba, fué despues el ludibrio y el escarnio de los pueblos. Sin embargo no se libró el Santo de las murmuraciones y acusaciones más terribles, cuando llegaron á Europa las noticias desgarradoras de los descalabros sufridos por la cruzada, predicada con tanto celo y entusiasmo por dicho santo abad.

Luis VII antes de partir fué á San Dionisio para recibir el oriflamo que los reyes de Francia acostumbraban llevar delante de ellos en las batallas. El papa Eugenio III presentó al rey el bordon y la calabaza, distintivo de la peregrinacion.

Esta cruzada no fué coronada como la primera por hechos gloriosos.

(1) Divi Bernard, epist. 256 ad. Eug. III.

puesto que los cruzados tuvieron que sufrir muchas injurias, contribuyendo al mal éxito el haberse mezclado un número bastante excesivo de damas, mujeres y doncellas en las filas de los cruzados, lo que fué causa de mucho desorden, inmoralidad é indisciplina.

Mientras se organizaban los ejércitos cruzados de Francia y Alemania, ocurrió sin duda la muerte del Gran Maestre Fr. Roberto de Craon, por cuanto desde 1143 no se encuentra nada que haga relación á dicho Gran Maestre, por cuya razón consideramos que su maestrazgo no podía durar más que unos diez años.

RELACION DE LAS DONACIONES HECHAS

Á LA ÓRDEN DEL TEMPLE

En la provincia de Arles, Hugo de Montsegur en 1138 señaló á la Orden del Temple fondos considerables sobre sus posesiones de Richaranches; Ponce de Grillon obispo de San Pablo-tres-Castillos firmó como testigo el acta de donación.

En la ciudad de San Pablo-tres-Castillos, la Orden del Temple poseyó la antigua iglesia llamada San Juan; el pergamino que daba fe de ello se hallaba sin nota cronológica (1).

En 1139 Luis VII expidió una ordenanza, facultando á sus vasallos poder hacer donaciones á los Templarios, exceptuando villas y castillos, reservándose los derechos de la corona (2).

En el mismo año Pedro abad de San Guilles en Langüedoc cedió á la Orden del Temple un terreno llamado Sertelage, y Bertran su sucesor añadió un huerto y además otras donaciones (3).

En este tiempo se estableció la Orden Templaria en Perigord, concediéndole la antigua iglesia de Santa María de Andrival, que cierta comunidad de monjas había abandonado por su inconstancia y libertinaje (4).

En 1141 Conon hijo de Alain Jergan, duque de Bretaña, fundó el convento de Nantes, cediendo al Temple la isla de Lamba; la carta de donación se halla en la historia de Bretaña (5), está firmada por Ubon Foulques y otros dos caballeros, la cual confirmó despues Constancia duquesa de Bretaña.

En 1242 hallamos fundaciones de la Orden del Temple en Ruan,

(1) Gallia Christ., animadversiones, tom. 1.

(2) Ducange, Glossar., tom. 2 pág. 294.

(3) Hist. gen. del Langüedoc, lib. 16, pág. 362.

(4) Gallia Christ., tom. 2, col. 1466.

(5) Id. id., tom. 2, col. 378.

Amiens y Artois; en los Países Bajos, Godofredo I, duque de Lorena y conde de Brabante, concede á los templarios una parte de su señorío y homenaje de sus vasallos (1).

Durante el Maestrazgo del Gran Maestre Fr. Roberto de Craon, la Orden se estableció en Sicilia, por cuanto hallamos la noticia en el priorato de Mesina, que los templarios gozaban de gran crédito en tiempo del rey Rogerio, poseyendo tierras de consideración, que les fueron confirmadas y aumentadas en 1151 á instancia del preceptor del Temple Fr. Geofredo de Cognac (2).

Ya hemos indicado anteriormente la disposición testamentaria de D. Alfonso I, llamado el Batallador, rey de Navarra y Aragon; no obstante, lo repetimos porque pertenece á la clase de donación lo que dispuso en su testamento. Dicho monarca fué uno de los más grandes capitanes de su siglo, pues en la guerra constante que hizo á los sarracenos, había salido victorioso en 29 batallas; pero hallándose ya anciano y sin hijos, declaró, por medio de testamento hecho en el sitio sobre Bayona, en octubre de 1131 (3), á los Templarios, Hospitalarios y canónigos del Santo Sepulcro, como herederos y sucesores á las coronas de Navarra y Aragon. Esta disposición testamentaria, tan extraña á primera vista, no podía haber tenido otro móvil sino la defensa del cristianismo, interesando á las órdenes militares para sostener sus piadosos intentos y santos designios contra los sarracenos de España. Sin embargo que el rey no murió entonces, con todo renovó y ratificó el mismo testamento pocos dias antes de morir, lo que acaeció en el castillo de Sariñena por el mes de setiembre de 1134 (4).

A consecuencia de esta disposición, Navarra y Aragon quedaban á merced de tres herederos extraños, ó por mejor decir extranjeros, y el carácter de dichos reinos no se avenia á semejante sujeción; por lo tanto no admitieron este acto de la voluntad del testador. Navarra pasó á elegir por su rey á D. García Ramirez, descendiente del rey D. Sancho el mayor, y Aragon levantó por rey á D. Ramiro el monje, hermano de Alonso el Batallador. Esta elección fué hecha segun el fuero de Sobrarbe, que concedía la facultad y derecho para elegir rey, juzgando la tal disposición testamentaria, como contraria á la libertad de los pueblos, que la habían conquistado con el derramamiento de su sangre.

Al llegar á Jerusalem la noticia de tan ventajoso legado, el Patriarca

(1) Aub. Miraei opera Diplom., tom. 2, pag. 1164.

(2) Gallia Christ., tom. 3, col. 118. Id., tom. 9, col. 1057. Id., id., tom. 10, col. 1232. Id., tom. 11, col. 46. Aub. Miraei op. Dipl., tom. 2, pag. 1164. Rochus Pyrrhus, Siciliae Antiquit., vol. 3, col. 1093.

(3) Moret: An. de Nav., lib. 17, cap. 9, pág. 149. arch. de la Cat. de Pampl.

(4) Briz: Hist. de S. Juan de la Peña, lib. 5, cap. 28. Moret: An. de Nav., tom. 2, pág. 150. Abarca, Interreg., 1, n. 1. Zurita, lib. 4, cap. 52.

y los dos grandes Maestres de las Órdenes conferenciaron sobre este particular, y se decidió enviar una diputacion con plenos poderes, para reclamar la ejecucion del testamento; el Patriarca en su nombre y del Santo Sepulcro delegó al canónigo Giraldo, la órden del Hospital designó al mismo Gran Maestre Fr. Raimundo de Podio y otros Hospitalarios, y la Órden del Temple nombró á Fr. Odon de San Ordoño, Fr. Everardo de Barres (que fué despues el III Gran Maestre), Fr. Hugo de Borrajo, Fr. Bernardo Reginol y Fr. Anticho (1).

Al llegar esta diputacion á España, halló que dichos reinos habian elegido sus soberanos, sin atender á la disposicion de Alonso, por cuya razon los delegados, por más que insistieron en sus pretensiones, no pudieron alcanzar nada, principalmente de los navarros, que rechazaron constantemente todo acomodamiento, á diferencia del conde de Barcelona que se mostró más equitativo, por cuanto hizo una transaccion con los diputados, cediendo algunas plazas y territorios, con otras concesiones que detallaremos en otro lugar.

El tratado ó transaccion hecha entre el conde de Barcelona y los delegados fué ratificado y confirmado por el Patriarca de Jerusalem y por los dos Grandes Maestres de las Órdenes de setiembre en 1141, aprobándolo el papa Inocencio II y Foulques rey de Jerusalem.

El Conde de Barcelona D. Berenguer IV, no contento con haber favorecido con la largueza á la Órden del Temple, con las cesiones que habia hecho, procuró por todos los medios posibles el multiplicarla en sus estados; testigo del celo que los caballeros mostraban en guardar y defender las plazas contra los ataques de los infieles, habria consentido voluntariamente que la nobleza catalana hubiese abrazado aquel instituto, á fin de rechazar con más eficacia las invasiones de los bárbaros, y con este piadoso objeto remitió cartas y una comision al Gran Maestre Fr. Roberto, manifestando sus proyectos. El jefe superior de la Órden teniendo en consideracion quanto habia hecho el monarca aragonés en favor de la misma, ofreció secundar el plan del conde de Barcelona, con la condicion que dicha milicia formada de la nobleza se dedicaria á batallar contra los moros, seguiria los estatutos de los Templarios de Oriente y estaria sujeta al Gran Maestre.

A consecuencia de esto, el conde Ramon Berenguer convocó una reunion de obispos, varones y señores en Gerona, en donde se concedieron á la Órden del Temple castillos y territorios en Cataluña y Aragon.

En 1144 Bertran y Guignes condes de Foulcalquier dieron al Temple una bellissima posesion llamada Brillane, que seis años despues fué con-

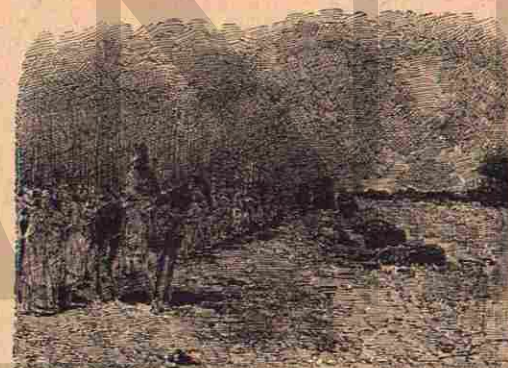
(1) Turquet: Hist. gen. de España, t. 1, pág. 339.

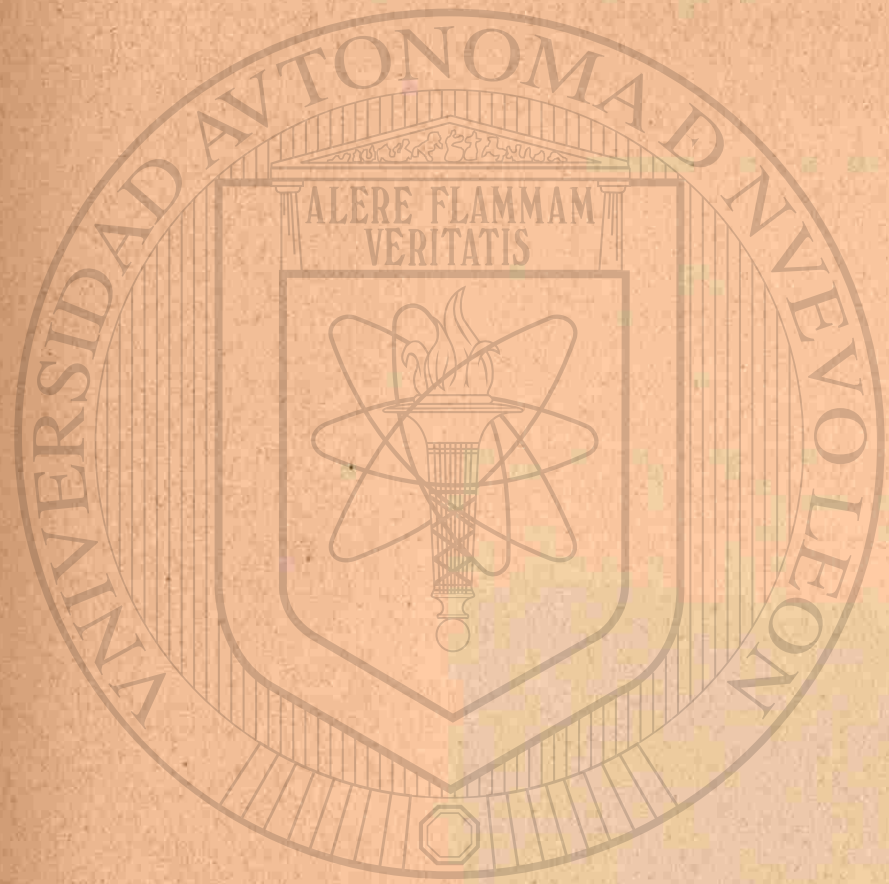
firmada y cedida á Pedro de Sabrán obispo de Sisteron por la iglesia de Santa María de Olone (1).

En 1145, Fernando Mendez duque de Braganza cedió al Temple la fortaleza de Langroveja situada en la Beira, entre cuatro colinas y el rio Pisco (2).

(1) Hist. de la Iglesia galicana, tom. 9, pág. 539.—Gallia Ghrist., t. 1. col. 186.

(2) Raphael. Bulteau, vocab. Portugal.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR SOCIAL



CAPITULO VI.

Fr. Everardo de Barres, tercer Gran Maestro.—Elección del Gran Maestro.—Luis VII rey de Francia y Conrado emperador de Alemania con dos ejércitos marchan á Palestina.—Reveses y descalabros.—Generosidad de la Orden.—Llegada de los dos soberanos á Jerusalem.—Sitio de Damasco; traición y levantamiento del sitio.—Regreso á Europa.—El Gran Maestro acompaña al rey de Francia á París.—Suceso ruidoso acerca de Humberto de Beaujeu.—Carta de Pedro el Venerable.—El Papa resuelve el conflicto.—El Gran Maestro abdica el maestrazgo y entra en la orden de Claraval.—Recriminaciones é insultos contra san Bernardo por los desastres de la cruzada.

FRAY Everardo de Barres habia sido preceptor de Francia algunos años antes, y como á tal, fué delegado por Fr. Roberto de Craon para trasladarse á Navarra y Aragon en virtud de la herencia que de dichos reinos habia dejado por testamento á las órdenes del Temple, Hospital y Santo Sepulcro de Jerusalem, el rey D. Alonso el Batallador.

No es posible averiguar si fué elegido presente ó ausente; lo único que se sabe con certeza es, que el abad Odon de Dueil considera á dicho Gran Maestro como un caballero recomendable por su religiosidad, digno de servir por modelo de probidad á todos los militares, y que se halló con gran parte de los Templarios reunido con los francos delante de la ciudad de los Profetas, antes de San Dionisio en 1147, lo cual estos celebraron con los griegos (1).

(1) Odo de Diogilio: de Ludov. VII profectio in Orientem, pág. 33, 39 y 67.

El emperador Conrado de Alemania y Luis rey de Francia, á consecuencia de la predicacion de la cruzada, formaron cada cual su ejército. Todo el mundo se armaba cruzado; y hasta Eleonor reina de Francia, como en otro tiempo las amazonas, á la cabeza de muchas damas, apareció á caballo en una revista antes de partir para Palestina. Fué tan numeroso el armamento, que parecia debía subyugar toda el Asia, mayormente teniendo á su cabeza á dos soberanos tan ilustres, así como oficiales tan inteligentes y aguerridos.

Conrado de Alemania se puso en marcha y salió de Nuremberg el 29 de mayo de 1147 á la cabeza de 70,000 caballeros y gran número de infantes, y acompañado de varios obispos y príncipes atravesó la Hungría y llegó á Constantinopla; desde esta ciudad se dirigió al Asia menor, en donde por la perfidia de los griegos y la traición de los guías, se extravió aquel ejército en los desfiladeros del Tauro, y sus tropas fueron derrotadas por los turcos.

Esta maldad se debió á Manuel Comneno, que, á pesar de ser cuñado de Conrado, con la más cínica hipocresía le recibió con grandes demostraciones, pero en su interior juró perder todo aquel ejército, y para lograrlo mandó emponzoñar las fuentes y los pozos, mezclar en las harinas cal y yeso, y por fin dió guías que, extraviando en rodeos y desfiladeros de la Capadocia al ejército alemán, se aniquilase, ya por los ataques de los turcos, ya por el hambre y la fatiga.

El rey de Francia emprendió la marcha el 14 de julio del mismo año, al frente de 80,000 hombres; atravesó la Alemania y la Hungría, llegando á Constantinopla, sufriendo poco más ó menos la misma suerte que el alemán. El emperador griego, queriendo alejar de su capital al ejército francés, ponderó á Luis VII que Conrado habia entrado en Palestina seguido de brillantes victorias, lo que estimuló al rey de Francia para ponerse inmediatamente en marcha, como lo efectuó, señalando su campaña con la victoria que alcanzó sobre los turcos en las riberas del Menandro en 1148; pero en Frigia tuvo un descalabro y un verdadero desastre, ocasionado por la imprudencia de un jefe del ejército.

El rey, queriendo á todo trance cumplir su voto de peregrinacion á Jerusalem, tomando á su esposa y distinguidos caballeros de la corte, se embarcó por mar para ir á Antioquía, abandonando á los cruzados de *baja condicion* que los turcos exterminaron, á excepcion de 3,000 que abrazaron el islamismo para salvar su vida.

Al llegar Luis VII y Eleonor á Antioquía, en donde gobernaba Raimundo de Poitiers, fueron recibidos y obsequiados espléndidamente, y como por desgracia Eleonor se enamorase de un jóven turco recién bautizado, ella queria permanecer en dicha ciudad á pesar del rey, el cual se vió obligado á arrebatlarla de noche y conducirla á Jerusalem.

Durante el año 1148 fueron continuos los reveses que experimentaron los cruzados. Todos saben el lance peligroso en que se halló el rey de Francia Luis VII en las montañas de Laodicea, obligado á huir durante la noche por escabrosidades y senderos desconocidos, á fin de evitar las emboscadas de los musulmanes y no caer en sus manos, pues le tenian rodeado por todas partes; mas no sucedió lo que éstos esperaban, merced á la confianza y seguridad que depositó el rey en el Gran Maestre del Temple Fr. Everardo de Barres, el cual con los Templarios habia acudido para salvar al ejército cruzado francés, servirle de guia y defenderlo del peligro. El rey, considerando que no habia un capitán tan experimentado que pudiera salvarle del atolladero en que estaba metido por la torpeza de los jefes de su ejército, confió al Gran Maestre toda la retaguardia que, por un pánico indescriptible, se hallaba en un verdadero desórden, y la vanguardia, á un jefe encanecido en la guerra, y al propio tiempo de un valor á toda prueba y de una serenidad imperturbable en los más críticos momentos, colocándose el rey entre estos dos cuerpos; con semejante disposicion, se emprendió la marcha hácia Pamfilia en buen orden y bien compactas las fuerzas; y aunque el enemigo seguia flanqueando á los cruzados, aprovechando los parajes á propósito para atacarlos, lo cual verificó hasta cuatro veces, sin embargo fué rechazado siempre con valentía y con pérdidas de tal naturaleza, que dejó despues seguir tranquilamente la marcha al ejército cruzado.

En otra ocasion el ejército se hallaba enclavado entre dos rios; el musulman creyó aplastarle de firme, y así lo hizo, pero fué vigoramente rechazado con tan enormes pérdidas, que no se atrevió á molestarle de nuevo, y fué siguiendo la marcha con desembarazo. Los Templarios á la vista de su Gran Maestre hicieron en esta ocasion prodigios de valor, multiplicándose en todas partes y no cesando de hacer frente á los infieles.

El abad Dueil dice: «El rey amaba ver la frugalidad de los Templarios, deseando proponerla á los soldados, para que la imitasen, sirviéndoles de modelo, así como su union y desinterés; admiraba tambien la atencion y cuidado especial que tenian de las armas de sus soldados como de las suyas propias; y en un consejo de guerra que se tuvo, se mandó que tanto los oficiales como los soldados tuvieran cordial confraternidad con los Templarios, y que se obedeciese á sus comandantes, bajo cuyas órdenes se marcharia (1).

Llegado el ejército á las costas de Pamfilia, el rey se dispuso á tomar el camino de Antioquía, á donde llegó el 19 marzo 1148. Despues de haber experimentado un hambre espantosa, el ejército estuvo algun tiempo

(1) Odo di Diogilio: de Lud. VII profectone in Orient., ibi, Testis oculatus.

ocupado bajo los muros de dicha ciudad para descansar y tomar provisiones. Durante la estancia del rey en Antioquia, el Gran Maestre, informado de la escasez de dinero, ofreció al rey los tesoros de la Orden, partiendo inmediatamente por ellos, que estaban en Acre ó Tolemaida.

El rey de Francia penetrado de reconocimiento, escribió á los regentes de su reino la carta siguiente: « Luis por la gracia de Dios Rey de Francia y de Aquitania, al Arzobispo de Reims, Samson, al muy célebre Suger abad de San Dionisio, y al conde de Perronne, nuestro querido primo y amigo, salud: Nos os encargamos de dar fe á todo lo que el Maestre Everardo os escribirá de nuestra parte. Nos le hemos efectivamente enviado de Antioquia á San Juan de Acre el 6 de los idus de mayo para que nos trajera el dinero que necesitábamos, por cuya razon os mandamos de parte de Dios y nuestra que le remitais sin demora la suma que nos ha prestado, tan luego como hayais recibido las presentes. »

Suger contestó al Rey, declarándole haber mandado la suma que se le habia pedido (1).

Algun tiempo despues, el rey volvió á escribir á su ministro, para manifestarle cuánto debia él y su ejército á los importantes servicios que habian recibido de los Templarios despues de su llegada á Oriente. « Yo no veo (dice el rey de Francia) cómo habriamos podido subsistir un momento dentro del país, sin el socorro que de continuo nos han dado hasta el presente los Templarios; por este motivo os ruego que les deis nuevos testimonios de reconocimiento, y hagais comprender cuánto yo les estoy obligado. He creido necesario advertiros que en este momento han hecho un empréstito en mi favor, de una suma muy considerable que conviene devolverla lo más pronto posible, para desempeñar mi palabra é impedir que sufran perjuicio. Por lo tanto tendréis cuidado de librar sin dilacion dos mil marcos de plata sobre la suma prestada, por cuanto es superior y monta á 30,000 sueldos moneda de Poitiers. Yo lo he encargado al conde Geofredo de Rancon, para que los remita inmediatamente, quien me lo ha prometido graciosamente; si él falta á la palabra, yo os ordeno de intimárselo de mi parte, y que se acuerde de las órdenes que tiene recibidas. »

De Antioquia pasó Luis á San Juan de Acre con los restos del ejército, y despues á Jerusalem, donde fué recibido con demostraciones de alegría. Conrado ya habia llegado un poco antes, el cual se hospedó con su séquito en la casa del Temple, preparada para recibir al jefe del imperio (2).

Despues de haber visitado los Santos Lugares y haber satisfecho su

(1) Hist. Frances., tom. 4, pág. 510.—Inter epist. Sugerii, ibid., p. 512.—Hist. de la Abadía de San Dionisio, pag. 108, pruebas.

(2) Hist. de Alemania por el P. Barre sobre el año 1118.

devocion, hubo una junta el 20 de mayo, compuesta de príncipes, preladados, y los dos Grandes Maestres, reuniéndose en ella lo más ilustre de la Iglesia y del Estado de Oriente y Occidente. Se trató de las operaciones más ventajosas para la cristiandad, resolviéndose el sitio de Damasco; y dada la órden de marcha, se dispuso que Balduino, rey de Jerusalem, seguido de los orientales, se pusiera á la vanguardia, los franceses con los Templarios formasen el cuerpo de batalla, y el emperador con los alemanes la retaguardia. Llegado el ejército delante de Damasco, la atacó por la parte de los jardines que la cubrian al occidente y septentrion, y la rendicion de la plaza era infalible, si no se hubiera atravesado de por medio la traicion. Los infieles persuadidos de que la ciudad seria tomada, si se continuaba el ataque por aquella parte, mandaron emisarios secretamente á algunos barones sirios, que militaban en el ejército sitiador, prometiéndoles grandes sumas de dinero, si lograban que se cambiase el ataque. No faltaron traidores ganados por el dinero (1). Los príncipes cayeron en el lazo, permitiendo cambiar el ataque, que entonces fué por la parte de oriente de la plaza, que estaba más fortificada, y en donde los viveres no podian llegar con tanta facilidad y con mucho peligro, de suerte que el hambre se hizo sentir inmediatamente. Advirtiéndole el engaño demasiado tarde, tuvieron que levantar el sitio, para no acabar con los pocos soldados que habian quedado á los príncipes cruzados.

No falta historiador que asegura que el fracaso de Damasco se debió á la envidia de algunos señores de Oriente, y dice que se habia prometido la soberanía de Damasco y su territorio al conde de Flandes; y que al saberlo los señores latinos hijos de los primeros cruzados que se habian establecido en Siria, celosos de que se prefiriera al de Flandes que le consideraban como advenedizo, concertáronse con los sitiados, y tuvo el resultado que hemos visto. De suerte que el emperador de Alemania y el rey de Francia, detestando tanta maldad y felonía, determinaron volverse á Europa con los desgraciados restos de tan numerosos ejércitos, uno y otro con más pesadumbre que gloria.

En tan malhadada expedicion, los historiadores dicen que perecieron más de 100,000 hombres; muchas casas de la primera nobleza de ambas naciones se extinguieron, dando lugar á recriminaciones injustas contra san Bernardo, al cual se atrevieron á acusar como autor de semejante desgracia, llamándole falso profeta, y á insultarle con dieterios repugnantes, de manera que se le disfamó tan públicamente, que llegando este clamoreo hasta su soledad, el santo se vió obligado para defenderse á dirigir un escrito al papa Eugenio III, en el que entre otras cosas le decia: « Se nos

(1) Guill. de Tiro y Rog. de Hoy., an. 1118.

acusa de haber hecho magníficas promesas sin haber tenido efecto, como si nos hubiéramos conducido en este asunto con temeridad. Nos no hemos hecho otra cosa que ejecutar vuestros mandatos, ó más bien los que Dios nos ordenaba por Vos;» extendiéndose el santo sobre Moisés conduciendo á los israelitas por el desierto, y haciendo ver que los vicios, la incredulidad y la rebeldía de los cruzados, habian excitado la ira del Señor, y que por esto y otras causas, consideraba que Dios les habia castigado tan severamente.

Sea lo que fuere tocante á las causas de esta desgraciada cruzada, lo cierto es que aquellos dos grandes ejércitos que se lisonjaban de tantas conquistas, no pudieron rendir una sola plaza fuerte de los infieles, y que los cristianos latinos de la Siria y Palestina fueron muy luego reducidos á un estado que parecia amenazarles con próxima y total ruina.

La Palestina por consiguiente en estos momentos se hallaba seriamente amenazada, no tan sólo por los egipcios, sino tambien por el Mediodía; por esto el rey de Jerusalem, para oponer una barrera á los bárbaros, mandó levantar las murallas de la antigua ciudad de Gaza, una de las cinco satrapías de los filisteos, situada á siete leguas de Ascalon, y confió su defensa á los Templarios (1), los cuales llenos de valor y bizarría la convirtieron en una formidable plaza de armas, reprimiendo las correrías de la guarnicion de Ascalon, y obligando á los sarracenos á encerrarse dentro de sus murallas.

Los Templarios orientales experimentaron tal vez más que todos el sentimiento de ver desvanecidas todas sus más bellas esperanzas, que les habia inspirado la llegada de los germanos y franceses, que, no habiéndose atrevido á sitiar Ascalon por el temor de perder las pocas tropas que les quedaban, se embarcaron otra vez para Europa.

Hemos observado ya cuánto debió agradecer el rey de Francia los servicios que le prestaron los Templarios durante su permanencia en Oriente, honrándole y procurando cuanto le podia ser útil; vamos á consignar otra prueba que el mismo rey da de su amor é interés á favor de la Orden, y es lo que escribió á su ministro Suger; más en su contexto se ve ya claro que en aquel tiempo empezaban á tener enemigos y perseguidores los caballeros Templarios. Dice así:

«No es posible expresar las demostraciones de fidelidad y adhesion que yo he recibido en todas las ocasiones de los Templarios orientales, como tampoco todas las injusticias que les hacen sufrir, las cuales tomo como hechas á mí mismo. Ellas me son demasiado sensibles, pero mucho

(1) Rob. du Monte ap. Chron. Sigeb., pag. 631.

más las que experimentan en mis estados, y las cuales por cierto no quedarán impunes. Por lo que os recomiendo y conjuro de que useis de rigor y castigueis de una manera ejemplar, tanto en los bienes como corporalmente, á aquellos que se han atrevido á mutilar al clérigo Templario que iba al capítulo general (1).»

El Gran Maestre Everardo, acompañado de algunos Templarios, siguió al rey de Francia en su retirada de la Tierra Santa, y al llegar á Fuerte Nuevo en el ducado de Parma, Fr. Galceran Maestre del Temple de Paris se separó de la comitiva para comunicar por el camino la llegada del Rey. Everardo no se apartó del rey hasta París, en cuya ciudad permaneció poco tiempo, partiendo luego para Claraval. En este mismo año 1149 aprobó el Gran Maestre la concordia hecha entre los caballeros y el abad de San Juan de Angely (2), y tambien aceptó las donaciones hechas por Arnaldo arzobispo de Narbona (3), y supo con satisfaccion las muestras de confianza que los orientales dieron á la Orden, cediendo á la misma de consentimiento unánime de la ciudad de Gaza, cuyas ruinas indicaban lastimosamente su antigua grandeza, y que con celo los Templarios la ponian en estado de defensa. Este punto era sumamente importante y por demás difícil de conservar, por razon de que estaba continuamente expuesto á los insultos de los ascalonitas. No obstante los Templarios se mantuvieron en él por mucho tiempo, y se hicieron de tal manera respetar, que quedaron dueños de todas las cercanías, esparciendo el terror en toda su comarca y limpiándola de enemigos.

Pero lo que preocupó más al Gran Maestre luego de haber llegado á Francia, fué el asunto ruidoso de Humberto señor de Beaujeu. Este noble, ligado al siglo por la opulencia y la juventud, se habia entregado á la más depravada licencia, y habiéndose convertido á una vida más honesta, hizo voto de pasar á la Palestina y por un tiempo determinado combatir contra los infieles. Al efecto partió para la Tierra Santa, y se retiró con los Templarios contra la voluntad de Elisa su esposa. Al cabo de algun tiempo volvió á su patria, sin haber abandonado su propósito de ir otra vez á la Palestina y cumplir por entero el voto que habia hecho. Elisa, conociendo la disposicion de su esposo, se quejó de ello al arzobispo de Lion y abad de Cluni Pedro el Venerable. Este, conviniéndole que el señor de Beaujeu permaneciera cerca de su monasterio, como protector de las personas y bienes eclesiásticos, se encargó de dirigir este asunto, y escribió á este efecto á Everardo en estos términos: «El cielo me es testigo de la estima y veneracion singular de que he estado siempre penetrado

(1) Hist. Francor. Script., tom. 4, pag. 513.

(2) Gallia Christ. nova, tom. 2, col. 1101.

(3) Ibid., tom. 6, pag. 39 instrumentorum.

por vos y por vuestra Orden desde su institucion. Vos no ignoráis, y todo el mundo lo sabe, que hos he dado pruebas de adhesion más que á ninguna otra sociedad religiosa, y si la satisfaccion que yo experimenté al ver á vuestros súbditos y su reputacion extenderse por todas partes, ha sido la más viva y sincera, lo que no puede causar sorpresa; ¿quién podría rehusar los sentimientos de alegría y de admiracion, al veros marchar á un doble combate, en donde sabeis confundir los poderes invisibles por las disposiciones del corazon, y desafiar á los enemigos corporales por la fuerza de las armas? Allí vosotros reunís todo lo que puede contribuir á la perfeccion del solitario, aquí vosotros añadís aún las obligaciones comunes de los otros religiosos; á la verdad éstos combaten bajo el estandarte de la cruz, sujetando sus cuerpos á la esclavitud, pero tienen esta ventaja de estar al abrigo del peligro y del tumulto de las armas; más vosotros no contentos de haber vencido al fuerte armado por la práctica de la mortificacion, os hallais aún en estado de hacer frente á las fuerzas que él opone á los miembros de Jesucristo. Vosotros no sois menos guerreros famosos por la grandeza de vuestras empresas, que religiosos interiores por la oracion y uncion de la gracia, expuestos sin cesar por la salvacion de vuestros hermanos; vosotros participais más que otros de esta admirable caridad, de la cual el Salvador ha dicho que no podia llevarse más allá, ni á un grado más alto que el de sacrificarse por sus amigos. Hé aquí el porqué yo os he amado tanto hasta el presente, y no cesaré de teneros dentro de mi corazon hasta el fin de mis días. ¿Podré lisonjearme que, con amigo de confianza, vos tendréis alguna consideracion á mi sinceridad? Sí, yo cuento con vuestro carácter bondadoso, y espero que vos accederéis á mis justos deseos.»

Después de todas estas demostraciones de adhesion, el santo abad explica al Gran Maestre como la vuelta del señor Humberto de Beaujeu, habiendo llenado al pueblo de júbilo y de inexplicable alegría, todos le han demostrado reconocerle por su libertador, pero que no han faltado algunos como los raptos de los bienes ajenos, los depredadores de las iglesias, aquellos que oprimen á la viuda y al huérfano, quienes han quedado sorprendidos y confusos con la llegada de aquel, del cual temen la probidad, y que iba á reprimir sus fechorías. En efecto, apenas Humberto ha parecido, cuando el vizconde de Mahon, enemigo jurado de Cluni, y algunos otros señores de la comarca del Loire, se han visto obligados á reprimirse. La tierra de Cluni, más expuesta que otra á las persecuciones de estos tiranelos, no podia prescindir de su señor, y no temía nada más que su ausencia; por cuyo motivo Pedro el Venerable hizo cuanto pudo para interesarse en favor de Humberto, y continua diciendo á Everardo:

«Si vos tuviereis alguna inquietud respecto á su permanencia en el

Beaujolais, yo os suplico, como amigo, de desponerla. Humberto es un señor bondadoso y discreto, al cual podeis sin peligro abandonarle á su conciencia. Vos ganaréis más con él por medio de la dulzura y la paciencia, que por medio de la autoridad. Yo conozco su natural; yo me he convencido conversando con él, que amaría más perderlo todo, antes que faltar á su voto. Concedédselo, pues, por algun tiempo, y no lo quiteis tan pronto de un país infortunado, el cual ha sufrido tanto durante su ausencia.

«Además ¿cuál es el fin de vuestro instituto, sino defender á la Iglesia y oponeros como un muro de acero contra sus enemigos? Me parece que oigo deciros, que es contra los paganos el haber tomado las armas y no contra los cristianos, y yo sostengo que un fiel que no conoce á Dios, debe ser menos el objeto de vuestro celo, que un cristiano que le confiesa y le deshonra con sus acciones. ¿Cuál de los dos es más culpable, un blasfemo ignorante á un cristiano perseguidor? Por otra parte, ¿no es perseguir á la Iglesia el poner la mano sobre sus miembros, robarles, golpearles y sentenciarlos á muerte sin distincion de rango y dignidad? Sí, yo lo repito, un cristiano que sufre la violencia de parte de sus hermanos, es más digno de compasion, que aquel que está en peligro de caer entre las manos de los musulmanes.

«Por favor acceded á nuestras instancias, y dejadnos disfrutar en paz de aquel que sólo nos puede proporcionar consuelo (1).»

El Gran Maestre Everardo, lejos de dejarse cautivar de tan bellas palabras, contestó al abad de Cluni, que el señor de Beaujeu, habiendo dejado su Orden y vestido otra vez de seglar, sin el permiso del Papa ni de sus superiores legítimos, y no habiendo enteramente cumplido su voto, necesitaba obtener la dispensa, si no quería ser inquietado.

El abad, que había tomado á pecho este asunto, escribió al Papa una larga carta segun su costumbre, no omitiendo nada para atraer á su opinion á Eugenio III, á quien decía:

«Si él hubiera salido de alguna orden antigua, se podria obligarle á volver por censura eclesiástica; pero como no se trata sino de pasar de una milicia á otra, y de tomar contra malos cristianos la espada que había empuñado contra los infieles, es á la Santa Sede á quien toca decidir si sería más á propósito tolerar su conducta, que vituperarla abiertamente; pero he ahí alguna cosa más. Si es verdad, como lo he sabido por muchas personas dignas de fe, que él hizo voto sin el consentimiento de su esposa, ¿no es, pues, de esta prudencia que preside á todas vuestras decisiones, el examinar si estas primeras obligaciones son más fuertes que las segundas, y si dos esposos, que no son más que una misma carne, pueden separarse de manera que el uno se vaya al claustro y el otro se quede

(1) Bibliot. Cluniacense, pág. 924.

en el mundo, que el uno viva en la castidad y el otro expuesto á la incontinencia? Nadie puede asegurar positivamente que la esposa de Humberto haya pronunciado votos. Mas supongamos que los hubiera hecho; si esto no es sino por complacencia, por ligereza, por despecho ó solamente al exterior, ¿que podrá pensarse de esto? Para mí, sin pretender aconsejar á aquel al cual miro como mi maestro, me parece que si sus votos son válidos, es necesario obligar á uno y otro á vivir separadamente en religion, y que si después de haber examinado bien sus promesas resultan malas, que se reunan dichos esposos, obligándoles á la vida conyugal (1).»

El Papa en vista de estas razones se ocupó seriamente en el asunto, y resolvió que el Sr. de Beaujeu se reuniese con su esposa Elisa, dispensándole el voto, pero con la condicion de hacer algunas fundaciones. En su consecuencia, Humberto fundó la abadia de Belleville sobre el Saona de la órden de san Agustin, en 1159, y al morir Elisa tomó el hábito de la religion en Cluni, en donde murió en 1174 (2).

En cuanto á Everardo Gran Maestre del Temple, sus lazos con san Bernardo (3) y con los religiosos de Claraval y de Cluni le inspiraron tal ardor por la soledad, que concibió el designio de renunciar el maestrazgo. El funesto resultado de la segunda cruzada, que habia envalentonado á los infieles, contribuyó no poco en afirmarle mas en su resolucion. Supo con dolor que Noradino, nuevo sultan Alepo, aprovechándose de la vuelta de los francos y alemanes, habia entrado en el principado de Antioquía con un poderoso ejército, y habia derrotado y muerto al príncipe Raimundo, y que desde entonces los asuntos de aquel territorio empezaron á decaer rápidamente.

Hé aquí lo que decía el senescal ó tesorero del Temple en una carta que remitió al Gran Maestre en 1150:

«Desde que nos vemos privados de vuestra querida presencia, hemos tenido la desgracia de perder en un combate al príncipe de Antioquía, con toda su nobleza. A este accidente ha seguido un segundo; los partos acaban de hacer una invasion dentro el país de Antioquía, sin que nadie se haya atrevido á resistirles. Ellos han fortificado plazas y puestas guarniciones, y parece no las dejarán de mucho tiempo, si Dios no pone la mano. A la primera noticia de este desastre, nos hemos reunido de concierto con el rey de Jerusalem, y resuelto ir al socorro de esta desolada provincia. No ha sido posible para esta expedicion suministrar más que 120 caballeros y unos 1,000 entre sirvientes y soldados de sueldo, y aun ha sido preciso hacer un empréstito para su armamento y equipó, de 7,000 *besans* en Acre y 1,000 en Jerusalem.

(1) Pedro el Venerable, carta 27, Bibl. Cluni, pag. 927.

(2) Genealog. Hist. de Borgoña pag. 434.

(3) S. Bernard., carta 389, edicion Mabillon.

«Vuestra Paternidad sabe en qué condiciones hemos consentido en su salida; ella conoce la necesidad extrema en que nos hallamos de dinero, de caballeros y sirvientes. Nos le suplicamos con instancia que se venga lo más pronto posible, con los fondos necesarios á la Iglesia oriental, nuestra madre comun.

«Apenas llegamos á las cercanías de Antioquía, el sultan de Alepo por un lado, y los partos por otro, habiéndonos embestido y encerrado dentro de la ciudad, devastaron impunemente nuestras viñas y cosechas.

«Penetrados y sumidos en el más vivo dolor á la vista de un estado tan lastimoso al cual nos vemos reducidos, os conjuramos de dejarlo todo para embarcaros sin dilacion. Jamás vuestra presencia fué tan necesaria á vuestros hermanos; ninguna otra coyuntura puede ser más agradable á Dios para vuestra venida. De cualquier manera que la Providencia disponga de nosotros, no dejéis de ponerlos en camino. Sabemos que es tan fácil á Dios librarnos del poder de nuestros enemigos, como hacer de un idólatra un adorador del verdadero Dios; por lo mismo ponemos toda nuestra confianza en Aquel que nos ha lavado con su sangre.

«Si los hermanos que os enviamos son pocos, no os sorprenda; nosotros al contrario quisiéramos reunir y tener aquí bajo vuestras órdenes á todos aquellos de los nuestros que están á la otra parte de los mares. La mayor parte de los que habíamos conducido al socorro de Antioquía han muerto, y esta es una de las razones por las cuales no tememos molestarnos, conjurándoos una vez más á conducir con vos todos cuantos podais, caballeros y sirvientes, los más capaces de llevar las armas.

«Puede ser que con toda la diligencia y actividad que pongais, ya no nos hallaréis con vida. Usad, pues, de la celeridad posible, y por favor no os olvideis de las necesidades de nuestra casa. Ellas son tales, que no hallamos color para pintarlas, ni términos con que expresarlas.

«Es tambien de la primera importancia comunicar la próxima desolacion de la Tierra Santa al Papa, al rey de Francia, á los príncipes y á los eclesiásticos, á fin de empeñarles á socorrernos en persona, ó enviándonos subsidios. Cualesquiera obstáculos que se opongan á vuestra marcha, esperamos de vuestro celo que sabrá superarlos, pues ahora es la ocasion de realizar perfectamente nuestros votos, sacrificándonos por nuestros hermanos, para la defensa de la Iglesia oriental y del Santo Sepulcro.

«Por Dios, nuestros estimadísimos hermanos, á quienes los mismos lazos y los mismos votos deben hacer sensibles nuestras calamidades, reuníos á vuestro jefe, entrad en sus miras, secundad sus intenciones, es preciso vender todo lo que podais; venid á sacarnos del peligro; de vosotros esperamos la libertad y la vida (1).»

(1) Guillermo de Tiro, lib. 77 cap. 9.—Item, Spicilegii Dacheriani, tom. 2, pag. 511.

Llegó esta carta á Francia cuando todo estaba en movimiento á consecuencia del triste y desventurado resultado de los últimos socorros, y acerca de los medios de procurar de nuevos. No obstante, parece que hizo poca impresion dicha carta en el ánimo del Gran Maestre. Los Cistercienses contribuyeron á ello, ofendidos por ver á san Bernardo objeto de la murmuracion de una infinidad de malcontentos, y temiendo que de rechazo el Papa no le obligase á marchar á Oriente, por cuyo motivo dichos religiosos en vez de animar á los pueblos para ir al socorro de los orientales, trataron de disuadirles de tan loable objeto. Esto es una de las razones por las cuales Everardo no se rindió á las instancias de sus caballeros. Disgustado del mundo, y abrumado por las dificultades anexas á su ministerio, dimitió y abdicó el maestrazgo en manos de aquellos caballeros que habian sido comisionados para entregarle la carta que hemos copiado antes, no pudiéndole hacer cambiar de resolucion, y luego pidió á san Bernardo le admitiese entre sus discípulos. Claraval fué testigo durante más de veinte y cuatro años de la vida ejemplar de Everardo. Su caracter fué espíritu de penitencia y mortificacion, que, unido á una viva aprension de los juicios de Dios, le hizo abrazar con alegría los trabajos más penosos de la vida monástica que se practicaban en Claraval.

Everardo asistió en 1174 á la consagracion de la capilla de Montmorency, y entre los que están escritos en el acta de dicha dedicacion, se le da el nombre de monje de Claraval (1). Fué enterrado en esta abadía y se halla colocado al 25 de noviembre en el menologio del Cister, en el número de aquellos que han ilustrado la Orden por el esplendor de su santidad y religion (2).

(1) Hist. de la casa de Montmorency, pag. 113.

(2) Menologium Cister., pag. 382.—Ítem, Robert, Ruca et Cistercium bistercium, pag. 492.



CAPITULO VII.

Fr. Bernardo de Tramelay, cuarto Gran Maestre.—Eleccion del Gran Maestre; cualidades del elegido.—Tentativa de los infieles para apoderarse de Jerusalem.—Las dos órdenes del Temple y Hospital defienden la santa ciudad.—Expedicion á Ascalon; su sitio; muere en la brecha el Gran Maestre; derrota de los sitiados; suspension de hostilidades; capitula la plaza.—Entrada triunfal del ejército cristiano; el Patriarca seguido de las dos Órdenes militares lleva el sagrado madero de la santa cruz del Salvador.—Muerte de san Bernardo protector de la Orden Templaria.—Donaciones.



UEGO que los caballeros enviados á Fr. Everardo de Barres llegaron á Palestina con el acta de abdicacion del maestrazgo, tuvo lugar la reunion del capítulo general para elegir un nuevo jefe de la Orden; y no fué elegido un tal Hugo Jofre, de quien hablan Baudoin (1) y el presidente Boissieu (2), por cuanto dicho Hugo vivió, como lo veremos, en 1252, sino que lo fué un caballero de la primera nobleza de Borgoña, del cual se hace mencion en una carta de 1135 (3), llamado Fr. Francisco Bernardo de Tramelay, nombre de un castillo de la baronía de Arinthoz. Bernardo era el tercer hijo de Humberto señor de Tramelay. La eleccion de este maestrazgo se hizo en 1151.

El nuevo Gran Maestre, conocido por su experiencia y valor, parecia nacido para el gobierno, demostrando sus dotes de inteligencia y acierto

(1) Privileg. de los Hospital., pag. 10.

(2) Boissieu al fin de sus Misceláneas.

(3) Revista de las piezas para la hist. de Borgoña por Estéban Perard, pag. 109.

Llegó esta carta á Francia cuando todo estaba en movimiento á consecuencia del triste y desventurado resultado de los últimos socorros, y acerca de los medios de procurar de nuevos. No obstante, parece que hizo poca impresion dicha carta en el ánimo del Gran Maestre. Los Cistercienses contribuyeron á ello, ofendidos por ver á san Bernardo objeto de la murmuracion de una infinidad de malcontentos, y temiendo que de rechazo el Papa no le obligase á marchar á Oriente, por cuyo motivo dichos religiosos en vez de animar á los pueblos para ir al socorro de los orientales, trataron de disuadirles de tan loable objeto. Esto es una de las razones por las cuales Everardo no se rindió á las instancias de sus caballeros. Disgustado del mundo, y abrumado por las dificultades anexas á su ministerio, dimitió y abdicó el maestrazgo en manos de aquellos caballeros que habian sido comisionados para entregarle la carta que hemos copiado antes, no pudiéndole hacer cambiar de resolucion, y luego pidió á san Bernardo le admitiese entre sus discípulos. Claraval fué testigo durante más de veinte y cuatro años de la vida ejemplar de Everardo. Su caracter fué espíritu de penitencia y mortificacion, que, unido á una viva aprension de los juicios de Dios, le hizo abrazar con alegría los trabajos más penosos de la vida monástica que se practicaban en Claraval.

Everardo asistió en 1174 á la consagracion de la capilla de Montmorency, y entre los que están escritos en el acta de dicha dedicacion, se le da el nombre de monje de Claraval (1). Fué enterrado en esta abadía y se halla colocado al 25 de noviembre en el menologio del Cister, en el número de aquellos que han ilustrado la Orden por el esplendor de su santidad y religion (2).

(1) Hist. de la casa de Montmorency, pag. 113.

(2) Menologium Cister., pag. 382.—Ítem, Robert, Ruca et Cistercium bistercium, pag. 492.



CAPITULO VII.

Fr. Bernardo de Tramelay, cuarto Gran Maestre.—Eleccion del Gran Maestre; cualidades del elegido.—Tentativa de los infieles para apoderarse de Jerusalem.—Las dos órdenes del Temple y Hospital defienden la santa ciudad.—Expedicion á Ascalon; su sitio; muere en la brecha el Gran Maestre; derrota de los sitiados; suspension de hostilidades; capitula la plaza.—Entrada triunfal del ejército cristiano; el Patriarca seguido de las dos Órdenes militares lleva el sagrado madero de la santa cruz del Salvador.—Muerte de san Bernardo protector de la Orden Templaria.—Donaciones.



DEPOUE que los caballeros enviados á Fr. Everardo de Barres llegaron á Palestina con el acta de abdicacion del maestrazgo, tuvo lugar la reunion del capítulo general para elegir un nuevo jefe de la Orden; y no fué elegido un tal Hugo Jofre, de quien hablan Baudoin (1) y el presidente Boissieu (2), por cuanto dicho Hugo vivió, como lo veremos, en 1252, sino que lo fué un caballero de la primera nobleza de Borgoña, del cual se hace mencion en una carta de 1135 (3), llamado Fr. Francisco Bernardo de Tramelay, nombre de un castillo de la baronía de Arinthoz. Bernardo era el tercer hijo de Humberto señor de Tramelay. La eleccion de este maestrazgo se hizo en 1151.

El nuevo Gran Maestre, conocido por su experiencia y valor, parecia nacido para el gobierno, demostrando sus dotes de inteligencia y acierto

(1) Privileg. de los Hospital., pag. 10.

(2) Boissieu al fin de sus Misceláneas.

(3) Revista de las piezas para la hist. de Borgoña por Estéban Perard, pag. 109.

en aprovechar las coyunturas favorables para remediar las necesidades del momento, y conjurar los peligros que tan á menudo amenazaban á los Templarios. Sus primeros ensayos y acertadas disposiciones contuvieron los progresos de Noradino y del sultan de Acre (Tolemaida), impidiéndoles por mucho tiempo que pudieran causar molestia, ni emprender ataques serios, sin experimentar algun revés de consideracion.

Después de haber hecho la campaña de 1151 contra estos dos caudillos musulmanes, es decir, Noradino y el sultan de Acre, bajo las órdenes del rey de Jerusalem, el Gran Maestré Tramelay se retiró á Naplus con el grueso del ejército y fuerzas del Temple, para reponerse de las fatigas, organizar y aumentar los escuadrones del Temple, y abastecerse de lo más necesario para emprender otra vez la ruda campaña contra los infieles.

El rey Balduino fué á Tripoli para tratar los asuntos del reino con el conde Raimundo, pero tuvo el sentimiento de ver á dicho señor, con dos ó tres más, muerto á puñaladas en las puertas de la ciudad por los llamados Batenianos, famosos asesinos de los cuales tendremos ocasion de hablar más de una vez (1).

Después de la retirada de Conrado y del rey de Francia con los restos de sus diezmos ejércitos, se introdujo en la Palestina espantoso desaliento, y aprovechándose de esta consternacion, entró Noradino, como hemos visto, en el principado de Antioquia, devastando el país y apoderándose de algunas fortalezas. El sultan de Acon (2) por su parte hizo lo mismo en el condado de Edesa, derrotando el cuerpo de ejército que mandaba el joven Courtenay, que cayó prisionero, y murió de pesadumbre al cabo de poco tiempo, cargado de hierros con que le tenia sujetado el bárbaro sultan. Fué tanto el espanto que causó esta invasion, y el terror que se apoderó de los habitantes en dicho condado, que todos huían al acercarse el ejército infiel, abandonando los cristianos su patria y casas, y para sustraerse á la dominacion infiel, cada uno procuraba refugiarse en las plazas cristianas. Balduino rey de Jerusalem en vista de estos desastres, para favorecer la retirada de los pobres cristianos que huían de la barbarie y brutalidad musulmanas, á la cabeza de la nobleza y de las dos Órdenes militares avanzó para servirles de escolta, colocando á todo aquel pueblo, hombres, mujeres y niños, rebaños y bagaje en medio de sus fuerzas, aparentando así un respetable cuerpo de tropas. El rey se colocó á la vanguardia, el conde de Tripoli y Onfroy de Turon condestable del reino estaban en la retaguardia, los Templarios y Hospitalarios exploraban el terreno para mayor seguridad de aquel ejército, que puede decirse

(1) Guill. de Tiro, lib. 17, cap. 19.

(2) San Juan de Acre (Tolemaida).

indefenso. Con esta disposicion se tomó el camino de Antioquia. Noradino, que deseaba que esta importante presa no se le escapase de las manos, avanzó rápidamente á la cabeza de la caballería, y flanqueó al ejército cristiano, sobre el cual caía un diluvio de flechas á fin de detener su marcha; tentó varias veces aplastar al ejército cristiano, provocándolo á combate; pero el otro seguía imperturbable su camino. Los infieles, con el objeto de entorpecer una marcha de sí embarazosa por tantos bagajes, á cada momento volvian á la carga; sin embargo se estrellaron contra el valor del conde de Tripoli y de los Templarios y Hospitalarios, que les hicieron pagar caro su atrevimiento, de manera que desesperado Noradino de no poder lograr su objeto, y hallándose falto de víveres, abandonó la persecucion, llegando dichosamente los cristianos á Antioquia.

Durante la ausencia del rey y del Gran Maestre del Temple, Jerusalem estuvo al punto de caer en manos de los infieles. Dos hermanos llamados Jarroquinos, sátrapas y descendientes del califa que reinaba en la santa ciudad cuando la tomó Godofredo, creyendo llegado el momento de volver á posesionarse de ella, y arrastrados por las instancias é insultos que de cobardes les hacia su madre, levantaron un respetable cuerpo de tropas, pasaron por Damasco, y avanzando con celeridad y á grandes marchas por las riberas del Jordan, acamparon en el monte Olivete, con el designio de sorprender la ciudad, después de tomado algun reposo, con la persuasion fundada de tomarla al primer ataque, sabiendo que no habia tropas en ella, y que su rey estaba bastante lejos para poder socorrerla. Desde el momento que se supo la aproximacion de estas fuerzas enemigas, es imponderable el espanto que se apoderó de los habitantes de Jerusalem; no obstante se reanimaron luego al ver que los pocos Templarios y Hospitalarios que habian quedado en la plaza tomaron las armas, intimidando los jefes de las dos Órdenes que todos los ciudadanos se aprestasen á la defensa, recordándoles que otra vez la ciudad se habia salvado durante la ausencia del rey, y se resolvió no esperar el ataque del enemigo, sino salir durante la noche y atacar su campamento. Efectuóse esto mandando y dirigiendo esta operacion los Templarios y Hospitalarios. A la cabeza de dos cuerpos de gente decidida y desesperada, entran en el campamento del enemigo que estaba entregado al sueño, pegan fuego á las tiendas, rompen las cuerdas, é introducen el terror y la muerte. El enemigo, sorprendido y espantado de un ataque tan imprevisto, busca su salvacion en la huida, y se desbanda sin tener camino seguro. Los bárbaros huyendo por la parte de Jericó, caen frente de un cuerpo de caballería mandado por el mismo rey, quien al tener noticia de que los enemigos habian entrado en sus estados, avanzaba para correr al socorro de Jerusalem. Mas de 5,000 infieles perecieron en esta jornada y muchos otros fueron muertos por los paisanos cristianos.

La guarnición de Naplus que guardaba su retirada, acabó de dispersarlos, persiguiéndolos hasta el Jordan, donde para evitar la muerte que les esperaba, al querer atravesar á nado dicho río, se precipitaron á él, y encontraron en el mismo su sepultura.

El rey por represalias resolvió á su vez hacer una expedición para devastar el territorio de Ascalon. Se puso en efecto á la cabeza del ejército, seguido del Gran Maestre de los Hospitalarios Fr. Raimundo de Podio y sus caballeros, del Gran Maestre de los Templarios Fr. Bernardo Trame-lay con sus respectivos escuadrones, y de los grandes señores del reino; entró en dicho país, pasando á hierro y fuego cuanto encontraba, arruinando sobre todo las casas de recreo y jardines pertenecientes á los principales de Ascalon, y llegando por fin á las puertas de esta ciudad con la resolución de ponerle sitio; pero como las fuerzas con las cuales contaba eran insuficientes para tan importante empresa, para aumentar su contingente convocó á toda la nobleza del reino; los peregrinos que llegaban ofrecían sus servicios; los viejos del país, restos gloriosos de la primera cruzada, corrieron al campo; á cada uno se señaló su cuartel, mientras Gerardo señor de Sidon al frente de 15 galeras vigilaba la parte de mar para que no entrasen socorros en la plaza. La ciudad de Ascalon era fuerte, formidable, bien guarnecida y resguardada por torres, fortificaciones y máquinas de guerra de todo género, tanto para tirar flechas, como para arrojar piedras. El rey, aunque joven, dirigía este sitio tan importante; despues del gran Godofredo de Bullon no había visto la Palestina un príncipe que á su edad uniese á un raro valor tanta capacidad y talento por la guerra. El sitio fué largo y tenaz, los ataques vivos y continuos, la defensa también valiente; cada salida podía considerarse una batalla, cada palmo de terreno costaba la vida de los más bravos soldados; había cinco meses que duraba el sitio y siempre con la alternativa de prósperos y adversos sucesos, cuando se presentó una escuadra venida de Egipto cargada de víveres y refuerzos para el enemigo. El almirante cristiano á la vista de tan poderosa escuadra, no pudiendo disputarle el desembarco, se retiró aconsejado por la prudencia, y el enemigo desembarcó sin oposición; Ascalon recibió con gritos de alegría este socorro, y desde lo alto de las torres insultábase al ejército cristiano, diciéndoles que ya podían volver á Jerusalem. Y en efecto parecía que no quedaba otro remedio, siendo de este parecer los jefes del ejército, excepto los dos Grandes Maestres de las Órdenes, sostenidos por el patriarca y por la mayoría de los obispos. En un consejo de guerra que se tuvo, expusieron los Grandes Maestres que la retirada del ejército sería un deshonor para el soldado, así como envalentonaría al enemigo, y podría suceder muy bien que el sultan intentase á su vez sitiar á Jerusalem. Por fin el rey, despues de haber pesado las razones expuestas en diferentes consejos, para el honor de las ar-

mas cristianas, determinó continuar el sitio. Despues del desembarco y reforzada la guarnición, esta hizo frecuentes salidas, juzgando desalentados á los cristianos, pero fueron rechazados siempre con grandes pérdidas por lo que después ya eran muy raras las que hacían.

Los Templarios trabajaban tan cerca de la ciudad, que lograron llenar un foso, y colocaron una torre muy alta de madera aproximándola á la muralla: era una máquina de guerra, la cual por medio de unas ruedas se podía retirar y acercar segun convenia; estaba dotada de un puente levadizo que, sino encontraba mucha resistencia, se dejaba caer sobre la muralla, y por él pasaban los sitiadores y se apoderaban de la plaza. Los sitiados, al ver aquel castillo tan cerca y que les amenazaba de un peligro inminente, por medio de combustibles y resina, betun y aceite, le pegaron fuego; pero el incendio fué fatal para ellos, pues en vez de quemar la torre merced á un viento Este que se levantó, el torbellino de llamas calcinó la muralla y se desplomó su parte superior. Observado por los Templarios que no sólo había este favorable suceso, sino que el fuego había producido una abertura que facilitaba el asalto, el Gran Maestre de su Orden pasó al lugar indicado para reconocer en persona la brecha, y hallándola practicable, sin reflexionar si sería ó no socorrido á tiempo, vence todos los obstáculos sube á la brecha á la cabeza de 50 aguerridos Templarios, llevando la alarma hasta al interior de la ciudad. El enemigo, no menos activo, repuesto de su espanto, y estar dentro de la ciudad aquel puñado de valientes, corre á la brecha, se apodera de ella, y trabaja desesperadamente para repararla, poniendo travesaños con maderas y entenas de barco y otros obstáculos para impedir por este medio que penetren los demás, como que salgan los que estaban dentro. En este conflicto, los caballeros se vieron encerrados y cogidos en medio de numerosos enemigos, sin auxilio ni socorro alguno, y á pesar de su defensa desesperada, fueron pronto sacrificados al furor y venganza de los sitiados.

Se sabe por la relación de un testigo ocular, que asistió á esta campaña desde el principio del sitio hasta la rendición de la ciudad, que no se escapó ni un solo Templario, cortándose á todos la cabeza, sin exceptuar al Gran Maestre Tremolay, cuyo cuerpo, así como el de los demás, fueron puestos en espectáculo á vista del campo sitiador, el cual no recogió de tan bella ocasión, sino el pesar de haber errado el golpe (1).

El abate Vertot en su historia de la órden de Malta, al hablar de este suceso dice: «No se puede explicar la indignación del rey y la cólera del soldado, cuando se supo que sólo la avaricia de los Templarios había hecho fracasar una conquista tan dificultosa y de tanta gloria.» Guillermo de Tiro, aunque prevenido contra los Templarios, no dice esto, sino: «Due-

(1) Anselm. Gemblasensis Chron., an. 1153.

ños de la brecha, ellos alejaron, según se ha dicho, al soldado, á fin de que entrando los primeros en la ciudad, tuvieran la mayor parte en el pillaje.» Luego no era fundado atribuir este mal resultado á los Templarios, sino que era sólo un rumor vago é incierto, como ordinariamente acontece en casos semejantes, echando maliciosamente el mal éxito de las empresas sobre la avaricia ó presuncion de los jefes superiores. Pero ¿cómo podía Guillermo de Tiro dar crédito á esta acusacion, cuando él mismo confiesa que no entraron en la plaza más allá de cincuenta Templarios? ¿Podía suponerse al Gran Maestre tan falto de buen sentido, para persuadirse que á la cabeza de 50 caballeros habia bastante para apoderarse de la ciudad y saquearla, habiendo en ella una respetable guarnicion? Además, ¿se sabe si existia algun acuerdo entre el Gran Maestre y los otros jefes del ejército, de que los primeros que montarían al asalto, entrados en la ciudad tendrían la mejor parte del botín?

Si es verdad que Tramelay, dueño de la brecha, impidió á los soldados pasar adelante, es muy natural el creer que al verlos correr sin orden y sin jefes, negaría el paso á esa multitud confusa, la cual, ávida de saqueo, iba á exponerse á una muerte evidente, como puede inferirse por lo que dice Guillermo de Tiro: «Los soldados, habiendo oido y sabido el fracaso causado por el desplome de la muralla, corrieron á las armas. *Arma corripunt, ad loca illa convolant, quasi patefacto divinitus editu* (1).» Luego corrian en confusion, y un comandante no debe permitir que se entre así dentro de una plaza que se defiende en toda regla. Por cuya razon el Gran Maestre no entró sino con 50 de los suyos, con el fin sin duda de ocupar algun punto importante, ó establecerse cerca de la brecha, mientras tanto se advertía al rey de este acontecimiento; pero como la guarnicion de la plaza era fuerte, repuesta del primer espanto, atrajo á los Templarios al interior de la ciudad, para pasarlos á todos al filo de la espada, como así desgraciadamente aconteció, impidiendo y no dando tiempo de ejecutar el designio del Gran Maestre (2).

Pero los enemigos del Temple se han aprovechado de todos los accidentes que podían ser desfavorables á la Orden, y de ahí es que no han titubeado en afearla, diciendo que la avaricia y la sed del pillaje habian conducido á los Templarios á entrar solos en Ascalon.

Malgrado el suceso de dicha jornada, muerto el Gran Maestre Tramelay con sus 50 caballeros, desalentado el ejército por la duracion del sitio, y viendo tantos gastos prodigados inútilmente, el rey, en vista de todos estos accidentes, trató de abandonar el sitio de Ascalon; pero antes de tomar una resolucion de tanta importancia, juzgó prudente tener un

(1) Guill. de Tiro, lib. 17, cap. 27.

(2) Dunod: Nobiliario del Franco Condado, pág. 113.

consejo de guerra, á fin de deliberar y resolver maduramente sobre este negocio. En efecto, en dicho consejo los laicos fueron del parecer del rey, ó sea de levantar el sitio; pero los caballeros de las dos Órdenes, y los eclesiásticos con el patriarca á la cabeza representaron al rey que no podia dispensarse de hacer un nuevo esfuerzo, que su honor estaba en ello tan interesado como la religion, que la ciudad podia ser inconquistable sin que el enemigo fuese invencible, que se le provocase al combate y se le hiciese bajar al llano, dándose una batalla campal, que era lo que deseaba el ejército, y con esto podrian cambiar de faz los sucesos, como así era de esperar.

Este razonamiento pareció bien al rey y lo aceptó, dando inmediatamente orden al campamento para que se preparase á combatir al enemigo dentro de tres dias. El soldado, que no deseaba otra cosa, recibió esta orden con entusiasmo, y al efecto se dispuso para este acontecimiento por medió de la oracion, el ayuno y la recepcion de los Sacramentos. Llegado el momento señalado, el ejército salió de sus líneas, se formó en batalla y avanzó al sonido de los instrumentos de guerra hasta los muros de Ascalon, desafiando con atronadores gritos á los sitiados. Estos, comprendiendo la señal, orgullosos de su victoria pasada, y confiados en su mayor número, aceptan á su vez ese reto de los cristianos, y salen de la plaza, desapareciendo en un momento el espacio que separaba á los dos ejércitos, por cuanto unos y otros se juntan, los escuadrones se mezclan, los dos campos parecen uno solo, y se baten con todo el ardor imaginable. Los caballeros Templarios, para vengar la muerte de su Gran Maestre y de sus cohermanos asesinados villanamente, en compactos escuadrones se abalanzan con furor al través de las masas enemigas, sembrando el terror y la muerte en todas partes; los Hospitalarios, que el celo y la emulacion precipitaba al peligro, todos indiferentes sobre la conservacion de su vida, no la economizaron en este lance con tal de matar sarracenos. La batalla duró desde la mañana hasta la noche, combatiéndose por una y otra parte hasta vencer ó morir. La victoria estuvo indecisa tanto para unos como para otros; esta alternativa excitó á los combatientes á hacer tales esfuerzos, que convirtieron esta accion, no en batalla, sino más bien en cruel carnicería. El sarraceno, atónito del valor invencible de los cristianos y de una resistencia que no esperaba, desesperando de vencer á dicho ejército que se batía como un leon furioso, empezó á retirarse hácia la plaza; lo que notado por el rey, avanza con brio, seguido de los caballeros de las Órdenes, y pone en desorden y confusion á las masas enemigas que se replegaban. Entonces el soldado cristiano, embriagado por la victoria, y encarnizado contra los infieles, ni daba ni pedia cuartel; rios de sangre corrian por las líneas del campamento, y la mayor parte de los egipcios que habian llegado en socorro de Ascalon pereció en esta jornada.

Los que pudieron escapar del filo de la espada cristiana entraron en la ciudad, llevando con la vergüenza de la derrota el desespero de salvar la plaza. La consternación era general; los viejos, las mujeres y los niños durante la batalla se hallaban reunidos en la mezquita, rogando al falso profeta les amparase en aquellos angustiosos momentos; pero sus oraciones fueron inútiles, como los clamores de los profetas de Baal en tiempo de Elías, que se burlaba de ellos diciéndoles: *Clamate voce majore*.

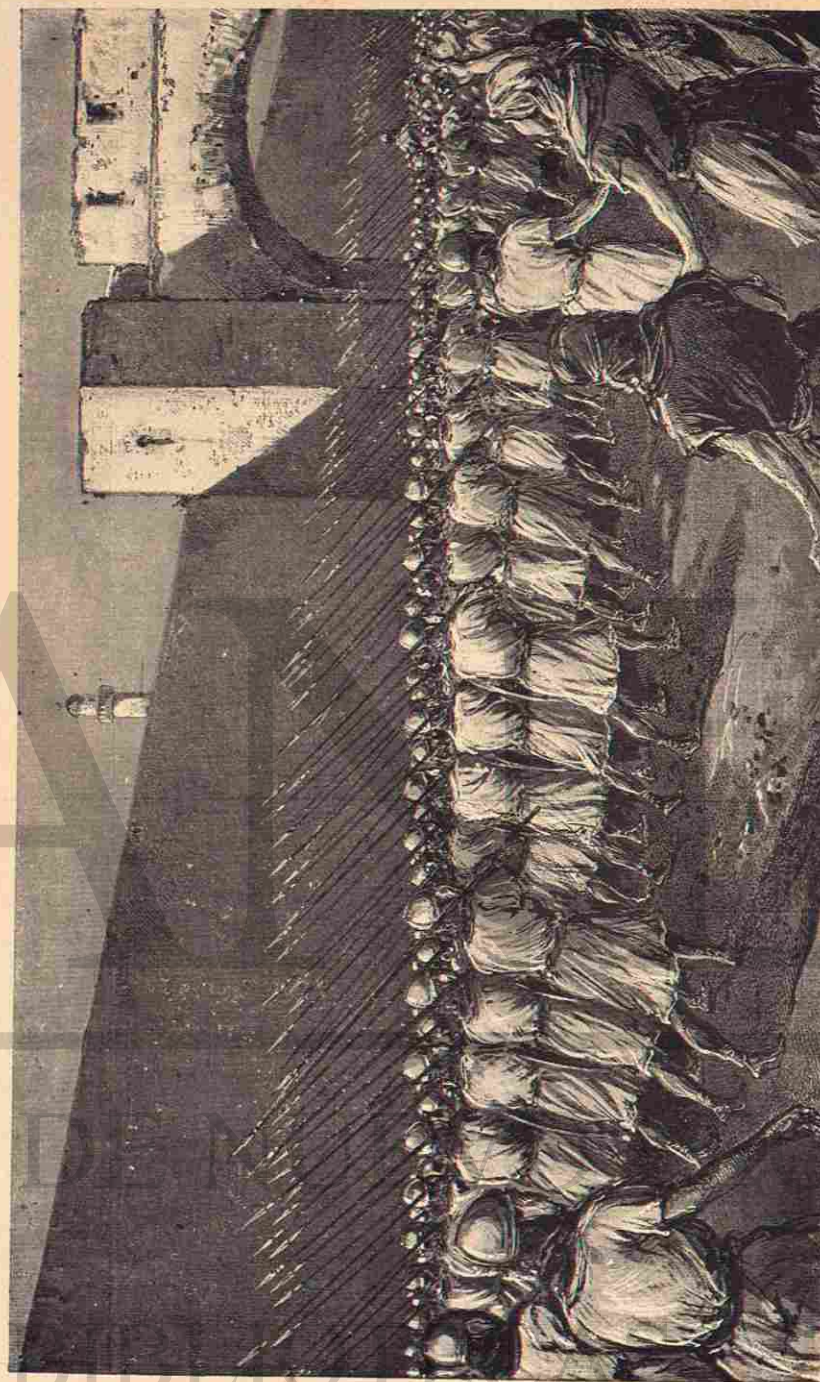
Los que se sentían con fuerza, animados por la desesperación y el despecho, se apresuraron á formar retrincheramientos detrás de las murallas, temiendo de un momento á otro el asalto, por cuanto el ejército cristiano no cesó de arrojar, durante la noche inmediata, toda clase de proyectiles y piedras, una de las cuales lanzada por las máquinas de guerra, de peso enorme, cayó sobre una gran viga que en aquel momento trasladaban cuarenta hombres para sus retrincheramientos, y casi todos fueron aplastados. El terror se esparció por todo el pueblo; persuadido de la inutilidad de la defensa, clamó por capitular, temiendo las desastrosas consecuencias de un asalto que se consideraba inminente, en cuya virtud se eligieron algunos magnates de la ciudad para presentarse al rey á implorar su clemencia, y decirle que se entregaría la ciudad.

En efecto, con pretexto de enterrar los muertos, hubo una suspensión de hostilidades por tres días, y á favor de esta tregua, se estipularon las condiciones de la rendición, que consistieron en poder salir con algunos efectos, acompañándoles una escolta hasta Laris, ciudad del desierto, lo que se cumplió lealmente.

Después de seis meses de sitio, los cruzados entraron en Ascalon con el júbilo y el entusiasmo que da el triunfo; puede decirse que fué más bien una procesión que otra cosa, pues lo hicieron cantando himnos y cánticos sagrados: el Patriarca á la cabeza del clero abría la marcha, llevando aquella porción de la verdadera cruz que santa Elena había dado á la Iglesia de Jerusalén; venían luego los caballeros de las Órdenes, los Templarios á la derecha, y los Hospitalarios á la izquierda, seguidos de gran número de señores, hasta llegar á un oratorio magnífico, que se había preparado de antemano para depositar el sagrado madero de la cruz del Salvador, y allí dar gracias al Dios de los ejércitos por tan señalada victoria. Esta entrada memorable se hizo el miércoles 11 de agosto de 1153 (1).

Después de la conquista de Jerusalén, no había acontecido un hecho tan glorioso ni tan útil como la rendición de Ascalon. Las fuerzas que se dejaron en esta plaza para guarnecerla, así como las de Gaza que eran de Templarios, cobraban grandes contribuciones hasta el interior de Egipto,

(1) Fagi. tom 4, pág. 376.



Entrada triunfal del ejército cristiano en Ascalon.

Los que pudieron escapar del filo de la espada cristiana entraron en la ciudad, llevando con la vergüenza de la derrota el desespere de salvar la plaza. La consternación era general; los viejos, las mujeres y los niños durante la batalla se hallaban reunidos en la mezquita, rogando al falso profeta les amparase en aquellos angustiosos momentos; pero sus oraciones fueron inútiles, como los clamores de los profetas de Baal en tiempo de Elías, que se burlaba de ellos diciéndoles: *Clamate voce majore*.

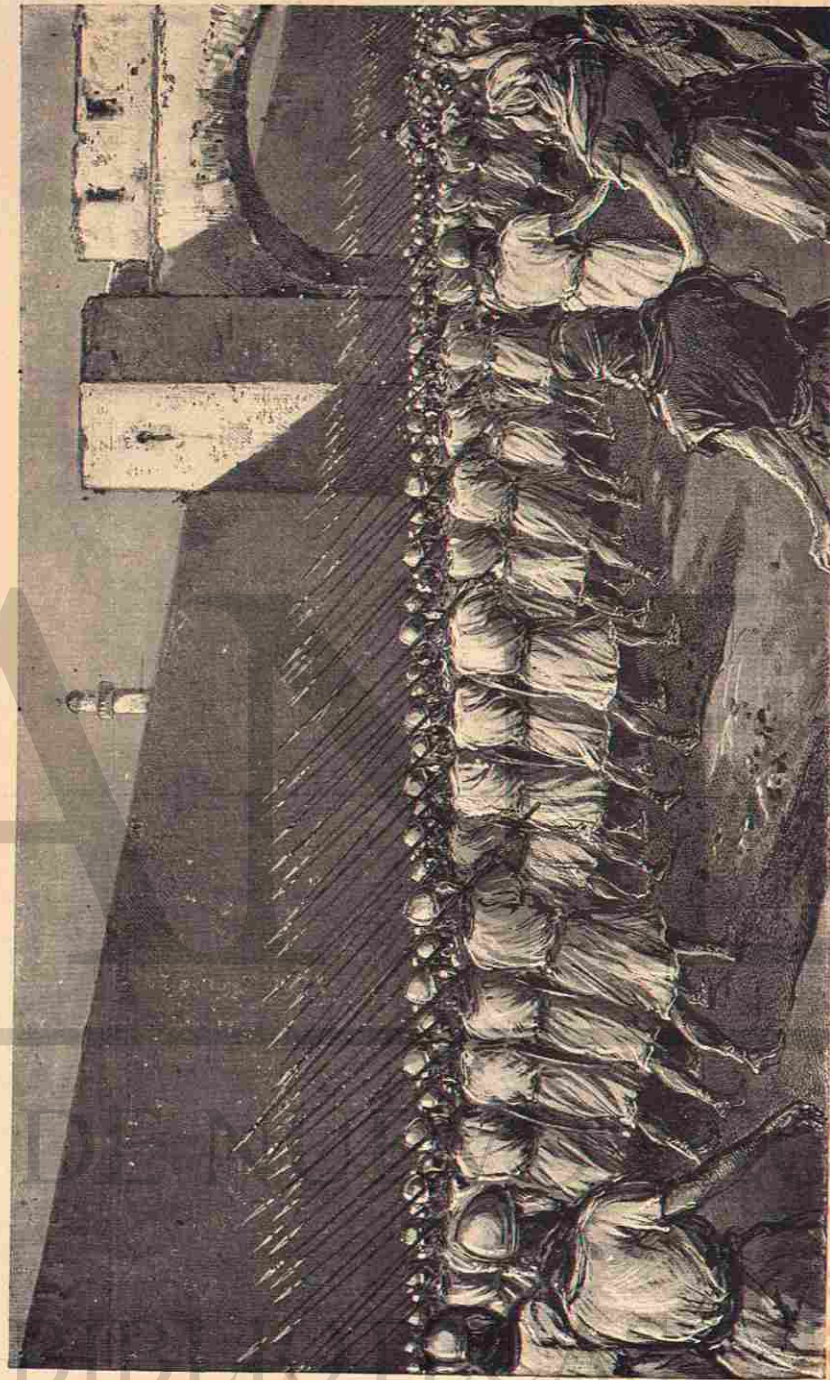
Los que se sentían con fuerza, animados por la desesperación y el despecho, se apresuraron á formar retrincheramientos detrás de las murallas, temiendo de un momento á otro el asalto, por cuanto el ejército cristiano no cesó de arrojar, durante la noche inmediata, toda clase de proyectiles y piedras, una de las cuales lanzada por las máquinas de guerra, de peso enorme, cayó sobre una gran viga que en aquel momento trasladaban cuarenta hombres para sus retrincheramientos, y casi todos fueron aplastados. El terror se esparció por todo el pueblo; persuadido de la inutilidad de la defensa, clamó por capitular, temiendo las desastrosas consecuencias de un asalto que se consideraba inminente, en cuya virtud se eligieron algunos magnates de la ciudad para presentarse al rey á implorar su clemencia, y decirle que se entregaría la ciudad.

En efecto, con pretexto de enterrar los muertos, hubo una suspensión de hostilidades por tres días, y á favor de esta tregua, se estipularon las condiciones de la rendición, que consistieron en poder salir con algunos efectos, acompañándoles una escolta hasta Laris, ciudad del desierto, lo que se cumplió lealmente.

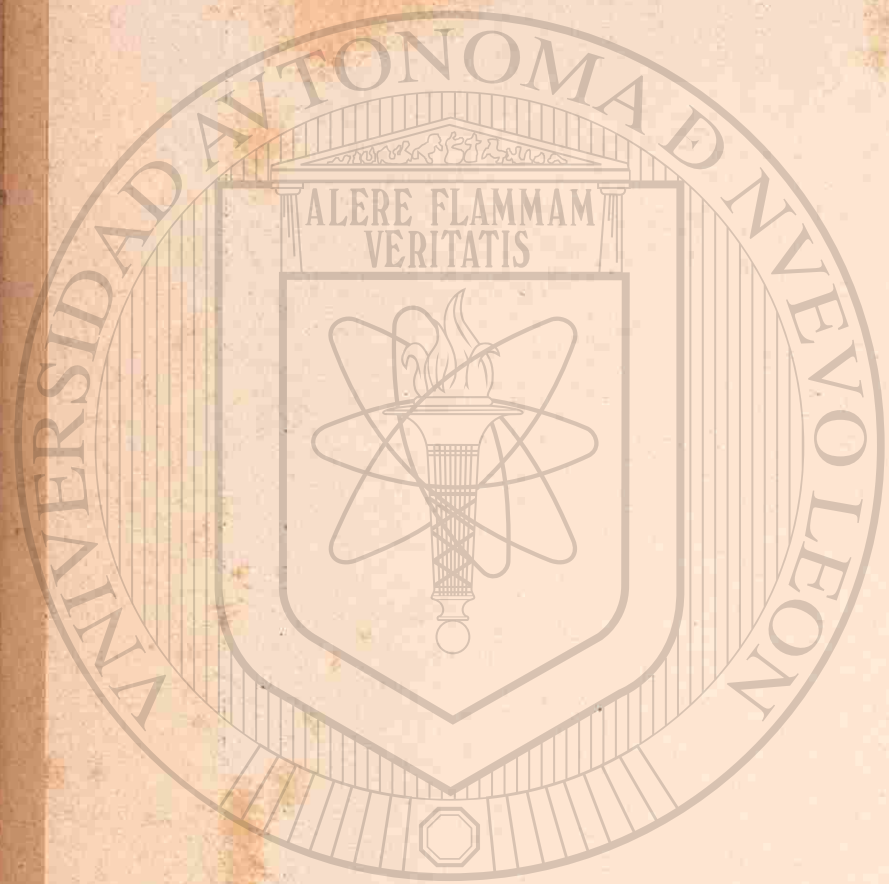
Después de seis meses de sitio, los cruzados entraron en Ascalon con el júbilo y el entusiasmo que da el triunfo; puede decirse que fué más bien una procesión que otra cosa, pues lo hicieron cantando himnos y cánticos sagrados: el Patriarca á la cabeza del clero abría la marcha, llevando aquella porción de la verdadera cruz que santa Elena había dado á la Iglesia de Jerusalem; venían luego los caballeros de las Órdenes, los Templarios á la derecha, y los Hospitalarios á la izquierda, seguidos de gran número de señores, hasta llegar á un oratorio magnífico, que se había preparado de antemano para depositar el sagrado madero de la cruz del Salvador, y allí dar gracias al Dios de los ejércitos por tan señalada victoria. Esta entrada memorable se hizo el miércoles 11 de agosto de 1153 (1).

Después de la conquista de Jerusalem, no había acontecido un hecho tan glorioso ni tan útil como la rendición de Ascalon. Las fuerzas que se dejaron en esta plaza para guarnecerla, así como las de Gaza que eran de Templarios, cobraban grandes contribuciones hasta el interior de Egipto,

(1) Fagi. tom 4, pág. 376.



Entrada triunfal del ejército cristiano en Ascalon.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

proporcionando recursos abundantes al rey de Jerusalem. Al saberse en Europa la toma y victoria de Ascalon, fué extraordinaria la alegría y el entusiasmo que produjo, augurando felices sucesos de la buena é inteligente direccion de Balduino, secundado por el valor de los cruzados, así como por la pericia é intrepidez de las dos Órdenes militares.

Así es que en virtud de los gloriosos hechos de armas llevados á cabo por las dichas Órdenes, en recompensa, los Papas quisieron demostrar la gratitud de la Santa Sede, concediendo á las dos Órdenes especialísimos privilegios. Anastasio IV confirmó los antiguos de que ya disfrutaban (1), como puede verse en la bula de este Pontífice dirigida á Fr. Raimundo de Podio, Gran Maestre del Hospital, con la cual declara, que á ejemplo de sus predecesores, Inocencio II, Celestino II, Lucio II y Eugenio III, tomaba la Orden bajo la proteccion de san Pedro, añadiendo la facultad de construir iglesias y cementerios en las tierras y señoríos que sean de su propiedad, con las ceremonias de la Iglesia en los entierros de sus caballeros, á pesar del entre dicho que los Ordinarios fulminasen: además, que podian celebrar y hacer celebrar una vez al año el oficio divino y misa solemne en iglesia entredicha, que les concedia exención de diezmos, etc., lo que fué causa de que algunos Obispos se opusieran y reclamaran á la Santa Sede, diciendo que las Órdenes con tales privilegios abusaban de ellos y menospreciaban la jurisdiccion episcopal, siendo origen de grandes querellas y disturbios.

La alegría que habian ocasionado los brillantes sucesos que hemos relatado, fué interrumpida por la noticia de la muerte de san Bernardo. Los orientales que habian obtenido por su medio tan poderosos socorros, y en especial los Templarios, perdieron en su persona uno de sus más influyentes protectores.

Algun tiempo antes de su gloriosa muerte, el santo abad escribió tres cartas á Oriente; la una al patriarca de Antioquia, la otra á la reina Melisenda, y la última á su tío Fr. Andrés de Montbard. En la primera exhorta al prelado á la humildad y al fervor, y concluye así: «Si yo tengo, como lo presumo, algun ascendiente sobre vuestro espíritu, me atrevo á suplicaros que deis por mi consideracion algunas muestras de afecto y proteccion á los caballeros del Temple, y con esto os haréis agradable á Dios y á los hombres.» En la segunda alaba á Melisenda, porque entre las personas de bien que ella estima, los Templarios ocupen un lugar distinguido, y que les tenga como á consejeros y confidentes. En la tercera deplora el mal éxito de la última cruzada, predice su muerte cercana, y encarga á su tío saludar al Gran Maestre, á todos los caballeros del Tem-

(2) Ex magno Bullario, tom 1,
TEMP.

ple y del Hospital, recomendándose á sus oraciones por la última vez (1).

El Gran Maestre mencionado no podía ser sino Fr. Bernardo de Tramelay, cuya muerte aún no había llegado á noticia del Occidente, y que, no obstante, ya había sido reemplazado, no por Arnaldo de Montescot, como se supone en la historia del Languedoc (2), sino por Fr. Bertran de Blancafort, de cuyo maestrazgo nos ocuparemos luego.

En esta época, las dos Órdenes ya eran respetables por sus riquezas, que con prodigalidad les daban los grandes señores cristianos, y es sabido que los cuantiosos bienes de dichas Órdenes provenían de los príncipes y personas de la primera nobleza, quienes, tomando la cruz y el hábito, cedían á la Órden la mayor parte de sus señoríos.

En 1153, D. Pedro de Artal, primer baron del reino de Aragon, dió á los Templarios y Hospitalarios la ciudad de Borja, con todas sus dependencias, pero por medio de un convenio las Órdenes cedieron Borja al conde D. Ramon Berenguer, y éste les cedió Dumbel, el castillo de Alberich y Cabanes (3).

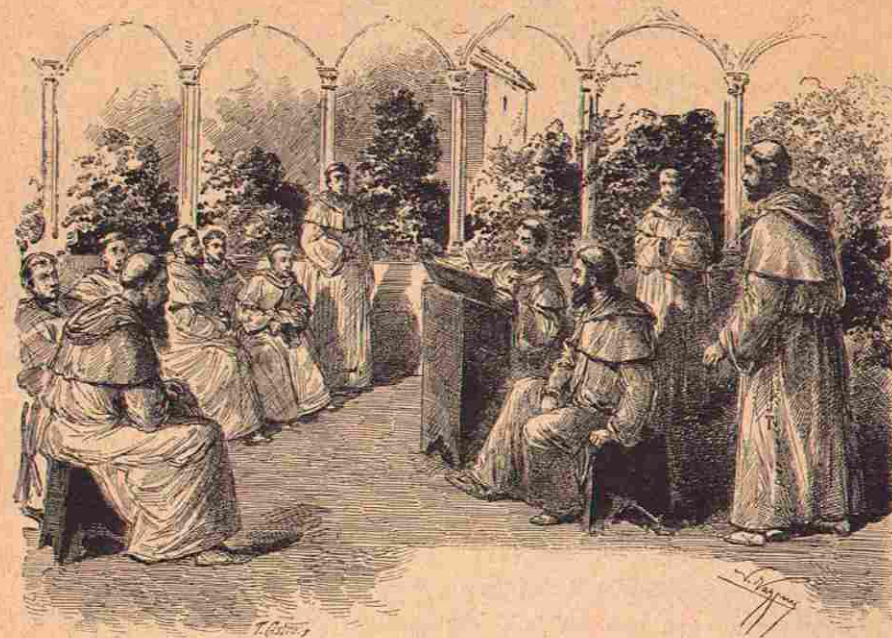
Estas frecuentes donaciones no sorprenden, si se considera el uso digno que hacían de ellas los religiosos militares, pues de todos los grandes bienes que poseían una y otra Órden, no sacaban sino una subsistencia frugal, aplicando todo lo demás al sostenimiento de los pobres y la defensa de la Tierra Santa.

¡Cuán admirable y sorprendente era contemplar á estos guerreros tan fieros y terribles en los combates, convertidos en otros hombres al entrar en sus conventos! apenas dejadas las armas para entregarse á los ejercicios del claustro, los unos cuidando de los pobres enfermos, y los otros ocupados en recibir á los peregrinos, unos limpiando las armas y recomponiendo los arneses de los caballos, y todos en sus diferentes y variados empleos, observando un religioso silencio y recogimiento propios de los solitarios anacoretas del desierto; un nuevo género de vida por cierto raro y desconocido hasta entonces, en que, sin estar obligados á estrecha clausura ni estar en el siglo, practicaban y ejercitaban sucesivamente todas las virtudes de dos estados diametralmente opuestos. Tal fué el cuadro que nos dejó de los Templarios san Bernardo, escritor contemporáneo, describiendo la conducta y género de vida de los religiosos militares de aquel tiempo.

(1) San Bernardo, carta 288, 289 y 302, edición Mabillon.

(2) Tom. 2 pag. 500.

(3) Hist. de Malta, tom. 1, pág. 122.



CAPITULO VIII.

Fr. Bertran de Blancafort, quinto Gran Maestre.—Eleccion del Gran Maestre.—Ruidosa cuestion sobre las inmunidades; Roma decide.—Trágica muerte del sultan de Egipto.—Noradino sultan de Damasco, ataca al ejército cristiano.—Sitio de Paneas; derrota del ejército cristiano; el Gran Maestre cae prisionero.—Sitio de Harem; batalla de Genesareth; libertad del Gran Maestre y Templarios por mediacion del emperador de Constantinopla.—Excursiones en territorio infiel.—Chatillon, príncipe de Antioquia cae prisionero.—Diferentes sucesos: muerte del rey de Jerusalem, proclamacion de Amauri, embajada á Francia, campaña del nuevo rey, tratado de alianza entre el rey y el visir del Cairo.—Operaciones militares: derrota de Noradino en Tripoli.—Combate desastroso en Artesia, caen prisioneros los principales señores del ejército; la intrepidez de los Templarios salva al rey.—Embajada á Europa.—Sitio de Alejandria; Saladino gobernador de la ciudad; rendicion de la plaza; el Gran Maestre se opone á la campaña antes de concluir la tregua.—Sitio y toma de Peusa.—Sitio del Cairo; se levanta el sitio por ofrecimiento de una suma de dinero que no se cobra.—Desastres del ejército cristiano; muerte del Gran Maestre.—Donaciones.



los pocos dias de conquistada Ascalon, repuestos y descansados los Templarios de las fatigas de la campaña, reunieron el capítulo general para proceder á la eleccion del sucesor del difunto Gran Maestre Tramelay, recayendo la suerte en favor del caballero Fr. Bertran de Blancafort, cuya probidad y prudencia ensalza particularmente el historiador Guillermo de Tiro (1).

Este caballero Templario, nuevamente elegido Gran Maestre, era hi-

(1) Guillermo de Tiro, lib. 1°, cap. 1°.

ple y del Hospital, recomendándose á sus oraciones por la última vez (1).

El Gran Maestre mencionado no podía ser sino Fr. Bernardo de Tramelay, cuya muerte aún no había llegado á noticia del Occidente, y que, no obstante, ya había sido reemplazado, no por Arnaldo de Montescot, como se supone en la historia del Languedoc (2), sino por Fr. Bertran de Blancafort, de cuyo maestrazgo nos ocuparemos luego.

En esta época, las dos Órdenes ya eran respetables por sus riquezas, que con prodigalidad les daban los grandes señores cristianos, y es sabido que los cuantiosos bienes de dichas Órdenes provenían de los príncipes y personas de la primera nobleza, quienes, tomando la cruz y el hábito, cedían á la Órden la mayor parte de sus señoríos.

En 1153, D. Pedro de Artal, primer baron del reino de Aragon, dió á los Templarios y Hospitalarios la ciudad de Borja, con todas sus dependencias, pero por medio de un convenio las Órdenes cedieron Borja al conde D. Ramon Berenguer, y éste les cedió Dumbel, el castillo de Alberich y Cabanes (3).

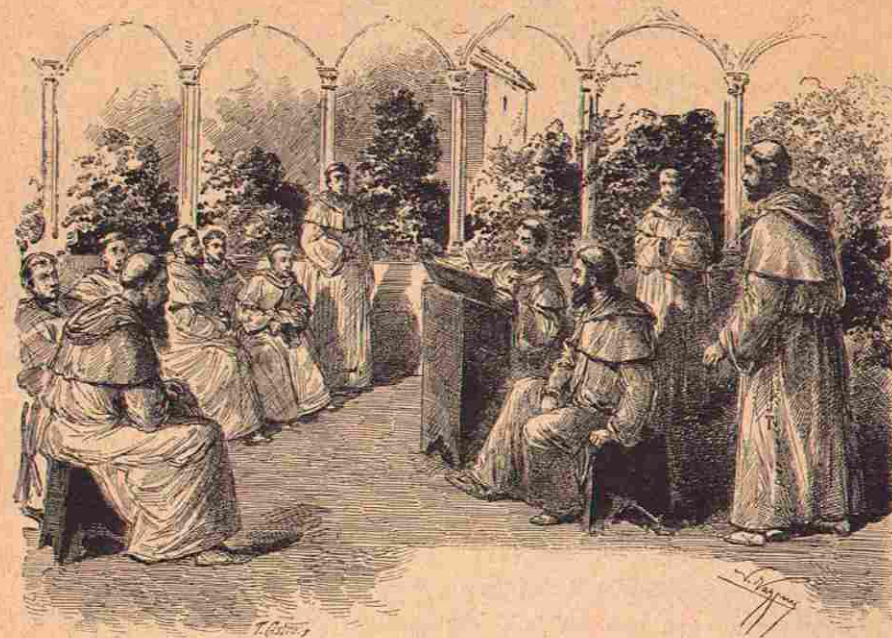
Estas frecuentes donaciones no sorprenden, si se considera el uso digno que hacían de ellas los religiosos militares, pues de todos los grandes bienes que poseían una y otra Órden, no sacaban sino una subsistencia frugal, aplicando todo lo demás al sostenimiento de los pobres y la defensa de la Tierra Santa.

¡Cuán admirable y sorprendente era contemplar á estos guerreros tan fieros y terribles en los combates, convertidos en otros hombres al entrar en sus conventos! apenas dejadas las armas para entregarse á los ejercicios del claustro, los unos cuidando de los pobres enfermos, y los otros ocupados en recibir á los peregrinos, unos limpiando las armas y recomponiendo los arneses de los caballos, y todos en sus diferentes y variados empleos, observando un religioso silencio y recogimiento propios de los solitarios anacoretas del desierto; un nuevo género de vida por cierto raro y desconocido hasta entonces, en que, sin estar obligados á estrecha clausura ni estar en el siglo, practicaban y ejercitaban sucesivamente todas las virtudes de dos estados diametralmente opuestos. Tal fué el cuadro que nos dejó de los Templarios san Bernardo, escritor contemporáneo, describiendo la conducta y género de vida de los religiosos militares de aquel tiempo.

(1) San Bernardo, carta 288, 289 y 302, edición Mabillon.

(2) Tom. 2 pag. 500.

(3) Hist. de Malta, tom. 1, pág. 122.



CAPITULO VIII.

Fr. Bertran de Blancafort, quinto Gran Maestre.—Eleccion del Gran Maestre.—Ruidosa cuestion sobre las inmunidades; Roma decide.—Trágica muerte del sultan de Egipto.—Noradino sultan de Damasco, ataca al ejército cristiano.—Sitio de Paneas; derrota del ejército cristiano; el Gran Maestre cae prisionero.—Sitio de Harem; batalla de Genesareth; libertad del Gran Maestre y Templarios por mediacion del emperador de Constantinopla.—Excursiones en territorio infiel.—Chatillon, príncipe de Antioquia cae prisionero.—Diferentes sucesos: muerte del rey de Jerusalem, proclamacion de Amauri, embajada á Francia, campaña del nuevo rey, tratado de alianza entre el rey y el visir del Cairo.—Operaciones militares: derrota de Noradino en Tripoli.—Combate desastroso en Artesia, caen prisioneros los principales señores del ejército; la intrepidez de los Templarios salva al rey.—Embajada á Europa.—Sitio de Alejandria; Saladino gobernador de la ciudad; rendicion de la plaza; el Gran Maestre se opone á la campaña antes de concluir la tregua.—Sitio y toma de Peusa.—Sitio del Cairo; se levanta el sitio por ofrecimiento de una suma de dinero que no se cobra.—Desastres del ejército cristiano; muerte del Gran Maestre.—Donaciones.



los pocos dias de conquistada Ascalon, repuestos y descansados los Templarios de las fatigas de la campaña, reunieron el capítulo general para proceder á la eleccion del sucesor del difunto Gran Maestre Tramelay, recayendo la suerte en favor del caballero Fr. Bertran de Blancafort, cuya probidad y prudencia ensalza particularmente el historiador Guillermo de Tiro (1).

Este caballero Templario, nuevamente elegido Gran Maestre, era hi-

(1) Guillermo de Tiro, lib. 1°, cap. 1°.

jo de Godofredo señor de Blancafort, una de las más distinguidas familias de la Guienne, conocida ya en el siglo XI, que llevaba su nombre de un antiguo castillo feudal del Burdalés.

La respetable encomienda de Fresne debió á dicha casa si no toda la donación, la mayor parte de sus cuantiosos bienes con los cuales se la enriqueció.

Godofredo, padre de este Gran Maestre, llegó á los Templarios de este lugar de Fresne, según costumbre de la época, su caballo y armadura, y además el derecho de usufructo de todas sus tierras, praderías, bosques y pastos para los rebaños, con el consentimiento de sus herederos y de su esposa Billichilda. Esta donación no solamente fué confirmada, sino también aumentada por los descendientes de Godofredo, en presencia de Guerin arzobispo de Bourges y de Teobaldo conde de Troyes, quien tomó dicha encomienda bajo su protección (1).

Los principios del maestrazgo de Blancafort son notables por la ruidosa cuestión suscitada entre los Obispos orientales por una parte, y las Órdenes militares Templaria y Hospitalaria por otra, con motivo de las grandes inmunidades y exenciones con que las habían agraciado los Soberanos Pontífices.

El clero en general reprobaba y no podía soportar que los caballeros de ambas Órdenes se hallasen sujetos inmediatamente á la Santa Sede, que estuviesen exentos de pagar el diezmo, exceptuados de entredicho general, y con derecho de nombrar y también destruir á los presbíteros del goce de los beneficios anexos á las Órdenes.

El patriarca, fundado en el derecho comun, se quejaba de que los caballeros, principalmente los Hospitalarios, contra quienes se suscitó la cuestión, multiplicasen sus capillas y cementerios en el territorio de su jurisdicción, y que en ellos no solamente enterrasen á sus súbditos y donados, sino también á todos aquellos que en el artículo de la muerte se ligaban en hermandad con la Orden. Además impugnaba que los capellanes de la Orden, cuando viajaban para recoger limosnas ó por otros objetos, podían mandar que se les abriesen las puertas, una vez al año, de cada iglesia de los lugares por donde transitaban, celebrando el oficio divino y recibiendo las ofrendas de los fieles en tiempo de entredicho.

Esta envidia prevenía en gran parte de los beneficiados, que veían que una gran parte de dichas ofrendas, á las cuales se consideraban con derecho, pasaban á las manos de los caballeros, á quienes no podían oponerse, por cuanto el papa Anastasio había confirmado recientemente sus privilegios (2).

(1) Hist. de Berri, lib. 10, pág. 507.—P. Anselmo, tom. 9, pag. 45.—Gallia Christiana, tom. 2, en el índice general.

(2) La mayor parte de estos privilegios son discutidos en el lib. V de las Decretales, tit. 33.

Los caballeros por su parte, considerando sus exenciones como una recompensa é indemnización de los gastos que hacían para prestar servicio á la religión y al estado, sostenían que aquellas no eran en nada odiosas, por cuanto aunque se apartasen, bajo ciertos puntos, de la regla general, podían por otra parte considerarse como de provecho comun, que á pesar de todo el uso que se hacía de sus bienes, ya combatiendo á los infieles, ya cuidando á los pobres en los hospitales, valía tanto como los servicios prestados por la nobleza seglar al estado, y sin embargo á esa nobleza nadie tenía envidia de sus inmunidades.

Una y otra parte contendiente, igualmente obstinada en defenderse, no cejaba en recriminarse así en público como en particular: de ahí las injurias, las murmuraciones y hasta las vías de hecho, de manera que llegó á tal extremo este asunto, que fué necesario acudir á Roma para resolverlo.

El patriarca, esperando que el sucesor de Anastasio IV cedería á sus observaciones, emprendió el viaje para la capital del mundo cristiano, acompañado de siete obispos, á pesar de su avanzadísima edad, pues frisaba en los cien años; llegado á Roma se lamentó de que los Hospitalarios abusaran de sus privilegios, dando sepultura eclesiástica á los excomulgados; que en una ciudad entredicha, contra el tenor de sus exenciones, tocaban las campanas, y como si lo hicieran á propósito, las mandaban tocar incesantemente, mientras anunciaba él mismo la palabra de Dios al pueblo, con el fin de impedir que fuese oída, y por último, que rehusaban pagar el diezmo en todas las diócesis de la Iglesia oriental.

No consta lo que los Hospitalarios contestaron á estas acusaciones, pero sí se sabe que sus diputados llegaron antes á Roma que el patriarca, y pudieron prevenir y disponer el ánimo del Papa en su favor. El Patriarca Foulcher lo comprendió por el frío recibimiento que se le hizo. No obstante dióse audiencia á las partes, se cuestionó durante algunos días, pero no se resolvió ni juzgó. Los obispos, considerando que la cuestión sería larga, y que era fácil no se resolviese en su favor, pidieron licencia á Roma, y se volvieron á Oriente algún tanto confusos (1).

Debemos estas circunstancias al arzobispo de Tiro, interesado en el asunto, por cuya razón es algo sospechoso en su relación. Si debiéramos creerle, la corte de Roma se hizo propicia á los caballeros por los regalos que la prodigaron, de tal manera, que apenas se hallaron dos cardenales que fueran equitativos para defender la verdad; que los demás, sin exceptuar al soberano Pontífice, se cegaron hasta seguir las huellas de Balaam hijo de Bozor que corrió hácia la recompensa de su iniquidad. Por eso, se

(1) Guill. de Tiro, lib. 18, cap. 7, 8. Item. Vertot: Hist. de Malta, lib. 1.

puede considerar fácilmente cuán poco puede creérsele acerca de lo que relata contra el honor de los Hospitalarios. Esta reflexión es bastante común en otros muchos escritores eclesiásticos (1).

Pero nos sorprende sobremanera que no se haga ninguna mención de los Templarios en todo este asunto. Este silencio les favorece, y demuestra que no abusan de sus privilegios; por lo tanto es injusto que el autor de la historia de los Papas y algunos otros, sin ser protestantes como el primero, les hayan confundido con los caballeros del Hospital (2) en sus disputas con el clero de Oriente. Si los Templarios hubieran figurado, aunque en pequeña parte, en dicho asunto, no cabe duda que el historiador del patriarca, Guillermo de Tiro, que parece no los ha hecho representar en la escena sino para desacreditarlos, no los hubiera perdonado en esta ocasión como á los Hospitalarios.

Sin embargo, es positivo que los Templarios se hallaban privilegiados antes de la bula de Anastasio IV, por cuanto en 1152 escogieron al obispo de Aviñon y á su metropolitano por árbitros de un convenio hecho con el cabildo de Arles, con ocasion del derecho de cementerio que el Temple tenía en dicha ciudad (3). Hasta el presente no hemos hallado ninguna reclamación formal contra los Templarios por parte de los Ordinarios. Es verdad que en 1157 el Concilio de Reims prohibió á todos los religiosos, así como á los Templarios y Hospitalarios, dar sepultura eclesiástica á todos los que muriesen á consecuencia de heridas recibidas en torneos, ni aun cuando los heridos se hubiesen hecho oblatos ó donados á dichas órdenes (4); pero este reglamento prueba más bien la existencia de los privilegios concedidos á los Templarios, que no el abuso que hicieron de los mismos.

En este tiempo (1155) la Palestina disfrutaba de bastante tranquilidad, merced á la discordia que existía entre los musulmanes, debida á la ambicion de los sultanes y califas de Damasco y Alepo, como lo confirma la historia árabe, relatando las muchas revoluciones que tuvieron lugar en esta época entre aquellos pueblos, y no obstante, en Europa se trataba de auxiliaria por medio de otra cruzada que no llegó á verificarse.

Ya vimos el éxito desgraciado que tuvo el viaje del emperador Conrado y de Luis VII rey de Francia al querer socorrer á los cristianos de Oriente; no obstante la fe daba ánimos al monarca francés, y no desistía en sus propósitos de hacer la guerra á los infieles. Para comprender la

(1) Baronio, an. 1155; Pagi, tom. 4; Amat de Gravesson, tom. 4, pág. 174, Hist. Eccl.; Paul. M. Pasciend. De cultu S. Johan. Bapt., pag. 281.

(2) Tom. 3, pag. 16.

(3) Gallia Christ., tom. 1, col. 313.

(4) Martene, tom. 7. Ampl. Coll. 76.

piedad y el celo cristiano que tenía Luis VII, bastará decir que en dicho año de 1155 fué en peregrinacion á Galicia, para visitar el santo sepulcro del apóstol Santiago de Compostela. Allí ante la tumba del patron de España, concibió la idea de emprender una tercera cruzada. Con este objeto escribió al rey de Inglaterra, y bien pronto se pusieron de acuerdo para llevar á cabo tan piadosa resolución. Inmediatamente se procuró reunir las tropas de ambos estados, y ya se disponía todo lo necesario para la marcha, cuando el papa Adriano IV se opuso, manifestando que la urbanidad y el deber exigian, antes de entrar en territorio extranjero, esperar por lo menos el consentimiento de los príncipes y de los pueblos del país. Así, pues, se aplazó la expedición, que hubiera sido de gran provecho para la Palestina, y por fin no tuvo efecto hasta 1188. Lástima fué que no se realizara esta cruzada, pues tal vez hubiera producido algun bien á los pobres cristianos de Oriente, acosados sin descanso por las hordas de bárbaros, enemigos todos del nombre de Cristo. Sin embargo debemos respetar los altos juicios de Dios, pues parece que por lo acontecido en todas las cruzadas que se sucedieron, era preferible que la Palestina, ó mejor dicho los Santos Lugares y su Santo Sepulcro, estuvieran en poder de los infieles que en el de los cristianos.

Guillermo de Tiro, que no podía estar enterado sino por vagos rumores, cuenta que en esta época el sultan de Egipto, llamado Hodeis, impulsado por violenta pasión de elevar á su hijo al califato, mandó asesinar en su mismo palacio al que lo era; pero que descubierta esta felonía y sublevada la ciudad, se vió obligado á huir con su hijo á Damasco, llevándose consigo muchos tesoros; pero en el camino fueron encontrados por los cristianos, los cuales apoderándose de padre é hijo, asesinaron al sultan y repartieron las riquezas; y como los Templarios habian tomado parte muy importante en esta accion, tuvieron, como su costumbre, la mejor parte del botín, quedándose con Nosereddin, hijo del sultan, al cual tuvieron algun tiempo con hierros, vendiéndolo despues á los egipcios con la suma de 60,000 escudos. Con el objeto de presentar más odiosos á los Templarios, dicho historiador añade, que Nosereddin era jóven de grandes esperanzas, en la flor de su edad, de aire marcial y muy amado de los egipcios por su intrepidez en el peligro y sus conocimientos en el arte de la guerra; que despues de haber aprendido y estar instruido en los dogmas de nuestra religion, habia pedido con mucha instancia recibir el bautismo, y que sin consideracion á esas buenas disposiciones, los Templarios le habian estrechamente atado dentro de una caja de hierro, y enviado de esta manera á los egipcios sus enemigos, que le hicieron pedazos para vengar sobre el hijo la perfidia y la ambicion del padre (1).

(1) Guill. de Tiro, lib. 18, cap. 9.

Apenas es posible conciliar esta conducta de los Templarios con el testimonio que da el mismo Gillermo de Tiro, reconociendo la probidad y religion del Gran Maestre Blancafort, cuya inhumanidad no se podria excusar, como tampoco la de sus caballeros, si fuese verdad que Nosereddin hubiese tenido tiempo y voluntad de hacerse instruir para recibir el bautismo. Hé aquí el hecho tal como se halla en los autores árabes (1).

Dhafer, duodécimo califa Fatimita, hombre jóven dado enteramente á los placeres, habia sentido una pasion tan fuerte por Nazer ó Nosereddin, hijo del visir Al-Abbas, que no podia estar sin él un sólo momento, ni de dia ni de noche. Tan excesiva inclinacion hizo sospechar que Nosereddin era el objeto de una pasion criminal, lo que contribuyó á que tanto él como el califa se tuvieran como infames á los ojos del pueblo. Al-Abbas, celoso de la reputacion de su hijo, y disgustado por otra parte de Dhafer, le invitó con dos de sus cortesanos á un banquete que debia durar hasta una hora muy avanzada de la noche. El visir y su hijo, aprovechándose de aquella ocasion asesinaron á los tres, arrojando sus cuerpos á un pozo. A la mañana siguiente Al-Abbas se presentó en palacio y pidió por el califa, y como no pareciese, mandó asesinar á la mayor parte de los cortesanos como culpables de un crimen que él habia cometido. Estas crueldades no quedaron impunes, pues esparciéndose luego el rumor de que Al-Abbas y su hijo habian sido los autores del asesinato, tomaron el partido de huir, recogiendo todas las pedrerías y el dinero que habia amontonado durante su ministerio. La hermana de Dhafer, informada de que habian tomado el camino de Siria, envió al momento cartas para los generales cristianos de Ascalon, prometiéndoles una gran recompensa si cogian á esos dos traidores, y se los aseguraban bien, para hacerles sufrir la pena merecida. Con este aviso salió un destacamento de Ascalon para interceptarlos. En efecto, los encontraron y atacaron su escolta. Al-Abbas murió en el combate, su hijo cayó prisionero, y las riquezas tambien fueron presa de los cristianos. Nosereddin fué enviado al Cairo y remitido á las damas del serrallo, las cuales le hicieron sufrir una muerte la más cruel.

Esto es lo que dicen los autores árabes sobre dicho acontecimiento. En cuanto á las circunstancias del largo tiempo que Nazer ó Nosereddin estuvo entre las manos de los Templarios, del cuidado que tuvo de hacerse instruir, de los progresos que habia hecho en el conocimiento de nuestros dogmas, del celo que demostró para recibir el bautismo, y de las demás cualidades eminentes de Nosereddin, no son más que cosas imaginadas y sugeridas á Guillermo de Tiro por los enemigos de los Templarios

(1) Hist. de los árabes, lib. 1, cap. 2.—Tom. 15 de la Historia universal.

á fin de presentarlos más odiosos. Pues ¿cómo este historiador, que era aun estudiante en París en 1162, podia saber exactamente lo que ocurría entre los cristianos y los egipcios en 1154? Esto no podia ser sino por relatos históricos, por cuanto él mismo confiesa (1) que no ha consultado ninguno, ni griego ni árabe, y que toda su historia no está fundada sino sobre las tradiciones y de oídas, á excepcion de algunos hechos de los cuales ha sido testigo. Por lo tanto, si él la ha revestido de circunstancias injuriosas á la memoria de los Templarios, no puede ser sino sobre rumores inciertos y por demás sospechosos, puesto que, habiendo alcanzado en 1167 una categoría distinguida entre el clero de Oriente, es reputado por haberse adherido á sus intereses, y adoptado sus prevenciones contra los Templarios, por cuyo motivo se hace poco digno de fe tocante á todo el mal que ha dicho.

De aquí han sacado los Dupuy, Gurtler y otros, todo cuanto podia empañar impunemente la reputacion de los Templarios. Despues de esto, nada debe extrañarse si Jacobo de Vitri parece no haber hablado de dichos caballeros, sino para borrar las malas impresiones que nos ha dejado Guillermo de Tiro. El primero, sin ninguna distincion de tiempo ni de lugar, asegura cien años despues de su aprobacion, que ellos se captaban la estimacion de todos por su religion y sencillez, teniendo al patriarca toda la sumision debida, dando á Dios todo lo que era de Dios, y al César todo lo que era del César, que toda la casa del Señor estaba llena del buen olor de sus virtudes, y que un dia la posteridad contará con admiracion sus combates y victorias (2).

El segundo, menos equitativo, nos presenta á los Templarios como rebeldes, que, habiéndose sustraído á la obediencia del patriarca su bienhechor, se hicieron insoportables á todos, apropiándose los diezmos y las rentas de las iglesias. En lo cual es fácil ver que se refiere á las exenciones de los Templarios. En el resto de la historia el lector se hallará en estado de juzgar si semejantes imputaciones son verdaderas ó calumnias, y si los Templarios fueron en efecto lobos rapaces, como han creído aquellos á quienes ha engañado Guillermo de Tiro.

Despues de la toma de Ascalon por los cristianos, Noradino por su parte no cesaba de atacar, ya las plazas conquistadas, ya al ejército cruzado, consiguiendo algunas ventajas.

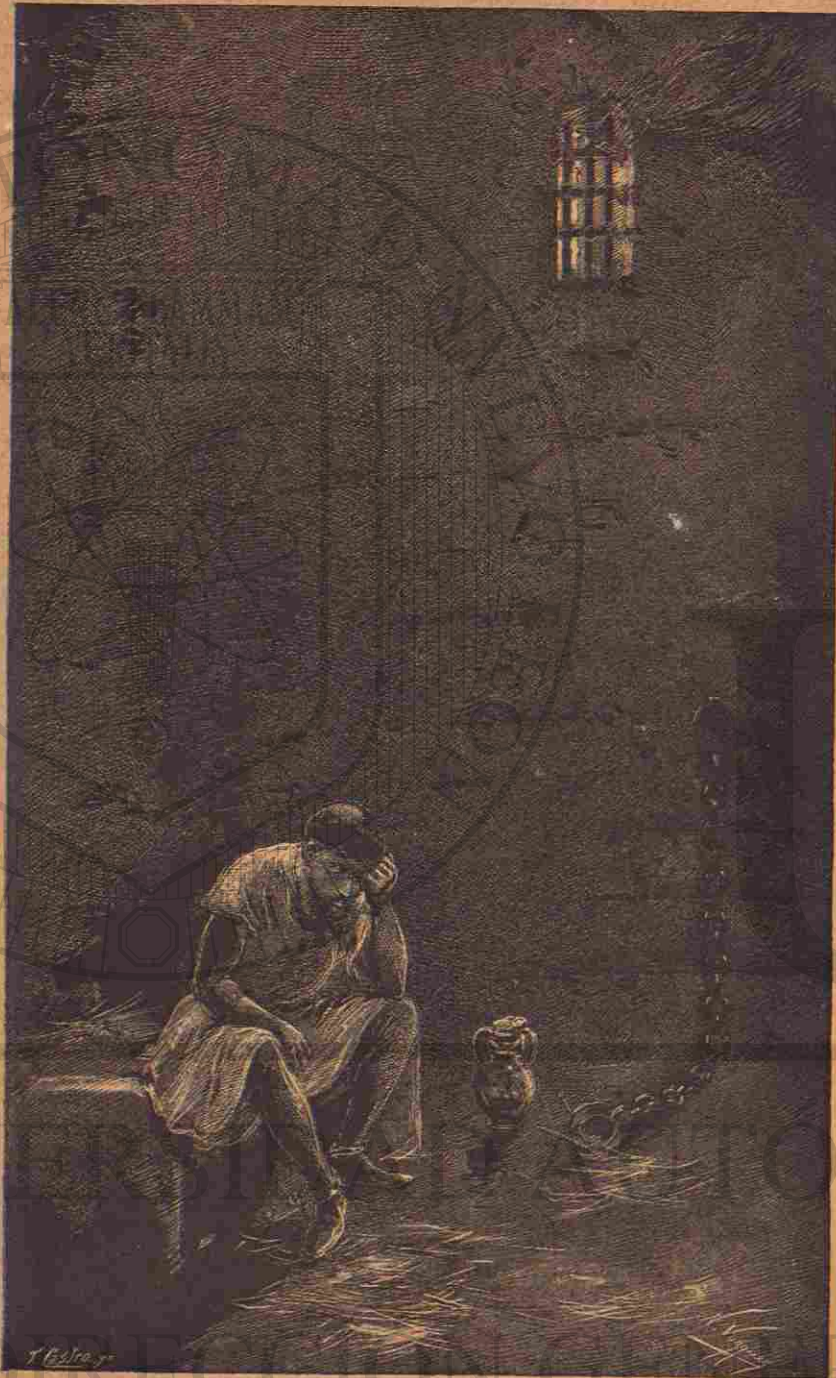
Cierto acontecimiento deplorable fué la causa de un desastre en la Palestina. Los hospitalarios rehusaron encargarse de la defensa de Paneas,

(1) Nullam, aut grecam, aut arabicam, habentes præducem Scripturam, satis traditionibus instructi, exceptis paucis quae ipsi oculata fide confeximus. Ita. W. T. in prologo.

(2) Jacob de Vitriaco: Hist. de Jerusalem, lib. 1, cap. 65.

à no ser que su príncipe Onfroy de Toron consintiese en darles parte de su propiedad, si no tambien de sus tributos; y como dicha ciudad se hallaba seriamente amenazada, fué preciso à dicho señor comprar à este precio el auxilio de sus armas, y con dicho pacto los Hospitalarios se pusieron en marcha al socorro de la plaza que Noradino iba à sitiar.

Paneas era una ciudad de Fenicia, llamada antes Cesarea de Filipos, à la falda del monte Libano, frontera de Damasco, cuyo sultan era el terrible Noradino, tan enemigo de los cristianos. Los Hospitalarios, concluido el tratado con Onfroy, formaron un gran convoy de víveres y pertrechos de guerra; partió éste de Jerusalem bajo buena escolta, dirigiéndose hácia dicha plaza, que era la última del reino. Noradino, avisado por sus espías de la salida del convoy, dispuso emboscadas, y al acercarse los Hospitalarios, se hallaron envueltos por numerosas fuerzas; hubo no obstante un combate sangriento, mostrando como siempre su valor ordinario; pero acosados por un enjambre de enemigos, no hubo más remedio que ceder, perdiendo la mayor parte de sus caballeros. La desgracia de los cristianos no paró en esta derrota; Noradino, con el falso pretexto de que el último tratado hecho con los francos no habia sido religiosamente observado, quiso sitiar la ciudad de Paneas. El descalabro sufrido por los Hospitalarios le infundió la esperanza de hallar à los habitantes de aquella ciudad descorazonados por aquella derrota, y avanzó hácia la plaza y la sitió, entrando en ella al cabo de pocos días. Parte de los habitantes y guarnicion se refugiaron al castillo, donde se defendieron resistiendo à los ataques del musulman. El rey Balduino, al tener noticia de la campaña de Noradino, se puso inmediatamente en camino corriendo al socorro de la plaza, acompañado de los Templarios; pero Noradino, que conocia el valor del rey, no le aguardó, sino que pegando fuego à la ciudad y causando todo el desórden posible, se retiró à los bosques vecinos, tomando posiciones, espiano los movimientos de Balduino, y preparando acechanzas y emboscadas, que tan buenos resultados le habian dado en aquella campaña. Llegó el rey y entró en la ciudad sin obstáculo alguno, reparó el desórden, infundió confianza; y despues de haber reforzado la guarnicion y dejado víveres, emprendió la marcha por el camino de Tiberiades. El sultan, habiendo observado que el rey Balduino con temeraria confianza habia cometido la imprudencia de hacer marchar primero la infantería, y que por consiguiente estaba separado de ella, hizo salir sus tropas, y por medio de una marcha extraordinaria se colocó en emboscada. Cuando la ocasion le fué propicia, cargó con furia y con tanta impetuosidad, que introdujo el desórden, no dando siquiera tiempo de reconocerse, apelando la mayor parte de los cristianos à la fuga, por razon de la sorpresa y el pánico que se apoderó de ellos. El Gran Maestre del Temple, con sus caballeros, hizo prodigios de valor, y al ver desbandadas las tro-



Prisión del Gran Maestre fray de Blancafort

pas, procuró salvar al rey, lo que se consiguió; y mientras se favorecía la salvación de Balduino, el Gran Maestre, rechazando y combatiendo con los musulmanes, se vió envuelto por todas partes, y hecho prisionero fué conducido á Alepo con 87 Templarios, entre ellos Fr. Odon, mariscal del Temple. Murieron en esta derrota 300 caballeros, así como cayeron en manos del enemigo la mayor parte de los señores que acompañaban al rey. Las pérdidas que se experimentaron en esta acción en caballos y bagajes, fueron de las más considerables. Tuvo lugar el martes 19 de julio de 1156.

El Papa Adriano IV, luego que tuvo noticia de este desastre, lo comunicó al arzobispo de Reims, su legado en Francia. Después de haber representado que los Templarios eran los Macabeos de la ley de gracia, pues su celo y servicios eran harto conocidos tanto en Oriente como en Occidente, le exhorta á procurar todos los socorros que puedan, tanto en hombres como en caballos, interesándose con sus sufragáneos para este objeto (1).

Noradino, orgulloso de estas victorias, volvió á Paneas, en la cual entró con poca resistencia; puso sitio al castillo creyendo rendirle, porque no pensaba estuviera el rey de Jerusalem en disposición de acudir á su socorro, habiendo experimentado la derrota que hemos dicho; pero se engañó: el castillo opuso una resistencia que no esperaba, y entre tanto Balduino, Renaldo de Chatillon y el conde de Flandes que últimamente había desembarcado, y las dos Órdenes militares, fueron al socorro de la plaza, sorprendieron á los musulmanes, obligándoles á levantar el sitio con muchas pérdidas. Treinta Templarios, con su bravura proverbial, derrotaron á 200 infieles.

El año siguiente, 1157, reunido el ejército cristiano con las fuerzas de las dos Órdenes y del conde de Flandes, emprendióse el sitio de Saroude; pero se vieron obligados á levantar el sitio y retirarse al principado de Antioquía; mas al tener noticia de que Noradino estaba enfermo de gravedad, quisieron aprovecharse de esta coyuntura, y se emprendió la marcha hacia Césarea para apoderarse de ella. Los habitantes, acostumbrados más bien al negocio ó comercio que á la guerra, dejaron tomar la ciudad, y se retiraron al castillo situado en una eminencia. Balduino, conociendo que el conde de Flandes era intrépido y poderoso para guardar y defender esta plaza, propuso cedérsela; pero Renaldo de Chatillon, en calidad de príncipe de Antioquía, se opuso y la reclamó para sí, por cuanto estaba situada dentro de sus estados. Esta oposición fué causa de que los cruza-

(1) Martene: Ampl. Collect., tom. 2, pág. 42.

dos se separasen sin tomar la fortaleza. Al reconocer que su division podia serles perjudicial, se reunieron otra vez para atacar el castillo de Harém, cuya guarnicion incomodaba bastante á Antioquia; se embistió la plaza, y para aprovecharse de la enfermedad del sultan se estrechó el sitio, multiplicáronse las baterías de ballestas, y se minaron las murallas, de suerte que, á los dos meses de ataques, la plaza se rindió, y fué cedida al príncipe de Antioquia, que la conservó á pesar de los esfuerzos que el musulman ensayó para recobrarla (1).

Apenas Noradino se vió en estado de hacer la campaña, se puso al frente de sus fuerzas, y mientras los cruzados estaban descansando, entró y puso sitio al castillo llamado Kurdes en la comarca de Emesa. Era éste una caverna situada en la pendiente de una montaña elevada, y el único camino que conducia á ella era estrecho y peligroso, á causa de los precipicios que la rodeaban; el interior de dicha caverna era espacioso y cómodo, y hacia más facil su defensa. La guarnicion, al verse atacada por tan numerosas fuerzas, se habia comprometido á entregarse al sultan, si durante el espacio de diez dias no era socorrida. El rey Balduino que conocia la importancia de esta plaza, pues era la llave de las llanuras de Damasco, y que habia procurado convertirla en un castillo formidable, se apresuró á acudir á su auxilio, y puesto al frente de fuerzas respetables, en union de su cuñado Thierry conde de Flandes, avanzó á grandes marchas, queriendo probar la fortuna de las armas antes que perder aquella plaza. Noradino, por consejo de uno de sus generales llamado Siracon, levantó el sitio para ir al encuentro de los cruzados, hallándolos cerca del lago de Genesareth, prefiriendo batirse en batalla campal, que ser atacado en el campamento; pero Balduino no le dejó el tiempo suficiente para formarse en batalla sino que con impetuosidad todo el ejército cristiano se abalanzó contra los infieles. El rey á la cabeza de los señores del reino, los valerosos escuadrones de los Templarios y Hospitalarios que formaban la más principal y selecta fuerza del ejército, cargaron todos con bizarría, derrotando cuanto se oponia á su espada. Roto el primer cuerpo de los turcomanes, que, segun la táctica de los infieles, era la más débil, Siracon opuso otra línea de tropas compuesta de soldados viejos y aguerridos, los cuales contuvieron á los fugitivos, restableciendo el combate, y oponiendo un muro de bronce á los cristianos; entonces unos y otros combatientes hicieron esfuerzos inauditos, animados con la vista y el ejemplo de sus respectivos soberanos y generales, luchando con un furor sin igual, matando sin perder un palmo de terreno, sin disminuir el coraje ni entrar el desaliento, sin arredrarles los peligros, ni contenerlos la vista de los muertos y heridos.

(1) Hist. general de los Hunos, lib. 13, pág. 181 y 182.

Los cristianos, irritados de hallar tan obstinada resistencia y ver el combate tan rudo y sangriento, entusiasmados por los gritos de los jefes, tomaron nuevos bríos, y como si les hubiera llegado un refuerzo, se abalanzaron intrépidamente á través de los batallones enemigos, sembrando el espanto y el exterminio por todas partes, obligándoles á pronunciarse en retirada. En estos momentos Balduino y el conde de Flandes con la caballería acuden de improviso, y logran con sus cargas y ataques poner en confusion y en verdadera derrota á los infieles. Entonces todo se desbandó, llegando hasta la tienda de Noradino, que pudo escapar y salvarse saltando sobre un caballo: más de 6,000 infieles quedaron tendidos en el campo de batalla, sin contar los heridos y prisioneros. El honor de esta gloriosa jornada fué atribuido al rey, que, aunque joven, estaba dotado de alto valor: su intrepidez le multiplicaba, acudiendo con prontitud á los parajes de más peligro, ó donde consideraba que su presencia era mas necesaria.

Los Templarios así como los Hospitalarios dieron pruebas de una valentía sin ejemplo, contribuyendo en gran manera al buen éxito de la batalla. El emperador de Constantinopla Manuel Comneno se hallaba entonces á la cabeza de un poderoso ejército dentro del principado de Antioquia, para vengarse de los malos tratamientos que Renaldo de Chatillon habia hecho sufrir á sus súbditos de Chipre, pero habiendo firmado un tratado de paz con el príncipe, se trató de ir de concierto con los cruzados á sitiarse al sultan en su misma capital de Alepo. Noradino con sus trazas y artificios logró que el emperador de Constantinopla desistiese de este plan, haciéndole grandes promesas que no cumplió; solamente para complacerle, dió libertad á 6,000 alemanes que tenia prisioneros de la cruzada de Conrado, y devolvió el Gran Maestre del Temple Blancafort, los demás Templarios y toda la nobleza que tenia presos (1).

El Gran Maestre Blancafort, vuelto á los suyos, estuvo al frente de su Orden como un modelo acabado de celo y religion, donde un superior debe ser el espejo de sus súbditos, y la gobernó aún cerca de diez años. Es indudable por todo cuanto hemos relatado desde 1153, que fué verdaderamente Blancafort quien cayó prisionero por Noradino, y no Tramelay por Saladino, como lo pretende Ducange en su Glosario y en sus notas sobre Cinnamus (2).

El Papa Adriano IV considerando los abusos de ciertos privilegios concedidos por sus predecesores á los regulares, se reyo obligado á revocar en este año 1158 la mayor parte de ellos. En cuanto á los de los Templarios, es positivo que no solamente fueron exceptuados en dicha revo-

(1) Cinnamus, lib. 4, núm. 22.

(2) Verbo Templarii, notas sobre Cinnamus, pág. 63.

cacion sino que aun fueron especialmente confirmados por dicho Pontífice: tanta era la consideracion que la Sede Apostólica tenia á dicha Orden por los relevantes servicios que prestaba en aquellas circunstancias (1).

Luego que Noradino (1159) vió disiparse el huracan que habia amenazado descargar sobre él con la entrada del emperador griego en sus estados, se puso á la cabeza de su ejército para hacer la guerra al sultan de Icon. Balduino, aprovechándose de esta ausencia, entró á su turno en el territorio de Damasco y lo devastó en parte, y temeroso el gobernador de dicha ciudad de que la devastacion seria mayor, por carecer de fuerzas suficientes para oponerse al ejército cristiano, ofreció á Balduino una tregua de tres meses, dar libertad á los prisioneros cristianos, y una suma de 80.000 piezas de oro. Balduino admitió la proposicion y se firmó el convenio. Concluido el plazo de la tregua, el rey de Jerusalem volvió á entrar en el territorio de Damasco, pasándolo á fuego y sangre (2), no hallando apenas resistencia, por estar aún ocupado Noradino en perseguir al sultan de Icon.

No consta que esta expedicion se hiciera con fuerzas del Temple, ni tampoco que acompañaran al príncipe de Antioquia en el condado de Edesa. Hallábase este país sin defensa cuando Renaldo de Chatillon intentó invadirlo, y en efecto así lo hizo, recogiendo rebaños y un inmenso botín; pero al volverse, el gobernador de Alepo con una fuerte division le salió á su paso. Renaldo contra el parecer de sus oficiales quiso resistir, y fué derrotado, perdiendo el botín, y hecho prisionero, siendo llevado cautivo á Alepo (3).

Durante estos acontecimientos (1160) llegó un legado enviado por el papa Alejandro III nuevamente elevado á la sede apostólica. Este Papa que por desgracia de la Iglesia tenia un poderoso competidor, es decir Víctor III, que tambien fué elegido papa, deseaba ser reconocido por legítimo Pontífice por la Iglesia oriental. Los sentimientos y pareceres se hallaban divididos. En la corte dominaba la opinion de que no debía someterse á ninguna de las dos obediencias antes de la decision de un Concilio general; entre los Obispos, aquellos que no habian olvidado que el competidor de Alejandro les habia apoyado en el asunto de las inmunidades, se declararon abiertamente en su favor.

Los caballeros por reconocimiento á Alejandro que les habia favorecido contra las gestiones del patriarca Foulcher, no querian otro papa sino el que habia sido elegido por pluralidad de votos. Hubo necesidad para

(1) Regula et Const. ord. Cist., pag. 479.—Manrique, 1158.

(2) Hist. general de los Hunos, tom. 2, part. 2, pág. 181.

(3) Hist. gen. de los Hunos, t. 2, part. 2, pág. 134.

esto de tener una asamblea; el lugar del concilio fué Nazareth. El Rey con su consejo y los dos Grandes Maestres de las Órdenes fueron invitados. La opinion de aquellos que se declararon por Alejandro prevaleció, y todos por último convencidos de la canonicidad de la eleccion se sometieron á su obediencia (1).

Alejandro III envió tambien un legado á los reyes de Francia é Inglaterra, no tan sólo para obtener su proteccion, sí que tambien para reconciliar á estos dos soberanos. El legado obtuvo cuanto deseaba el Papa. La reconciliacion se hizo mediante el enlace de una hija de Luis, con un hijo de Enrique de Inglaterra. El dote de la princesa consistia en Gisors y dos otras plazas francesas; pero como las partes eran aun menores de edad, se estipuló que dichas plazas se pondrian en manos de los Templarios, guardándolas hasta que se efectuase el matrimonio. Tal era entonces, dice Larrey, la reputacion de que gozaban los Templarios (2).

No es exacto lo que dice dicho historiador, de que se confiaran aquellas plazas al Gran Maestre del Temple, sino á tres comendadores, á saber Fr. Roberto de Piron, Fr. Tostes de S. Omer, y Fr. Ricardo de Hastings (3).

El tratado de paz se firmó, como tambien la celebracion de los esponsales, á pesar de que el hijo de Enrique no tuviera más de siete años y la hija del rey de Francia solamente tres.

Habia dos años que el canciller Tomás Becquet habia sido preso en París segun la costumbre de aquellos tiempos, el cual decia que las princesas debian ser educadas en la corte del príncipe con el cual debian casarse. Otros dicen que para apoderarse de Gisors, Enrique de Inglaterra se disfrazó con el hábito de Templario, y que con el pretexto de querer cambiar al gobernador y guarnicion de dicha plaza, pudo introducir un comandante á sus órdenes y una guarnicion inglesa. El rey de Francia, indignado, mandó á los tres caballeros salir de su reino, los cuales se refugiaron á Inglaterra, y su rey les colmó de honores por la desgracia que habian experimentado. Tostes de S. Omer y Ricardo de Hastings estuvieron encargados de diferentes negociaciones, principalmente en la ruidosa cuestion del rey con el arzobispo de Cantorbery.

En los Países Bajos, Godofredo el jóven, duque de Lorena y Brabante, siguiendo las pisadas de su padre y abuelo, que habian recibido y favorecido en sus estados á los Templarios, en este año 1160 les tomó bajo su proteccion y salvaguardia con todas sus tierras y encomiendas, declarán-

(1) Guill de Tiro, año 110.

(2) Hist. de Inglaterra, tom. 1, pag. 37.

(3) Roger de Hoveden y la Crónica de Tivet, año 110.

dolos para siempre exceptuados de los tributos é impuestos que se pagaban en las fronteras de la provincia (1).

En 1161, como la cautividad del príncipe de Antioquía había esparcido la alarma en todo el país, Balduino salió á campaña, y pasó todo el verano restableciendo algunas plazas importantes. A fines de esta campaña, queriendo tomar, según su costumbre, algunos remedios purgativos, tuvo la imprudencia de ponerse en manos de un médico árabe, que le propinó un veneno lento que le hizo languidecer durante todo el invierno, muriendo por fin á principios de 1162, á la edad de 33 años, después de haber reinado 20, llenos de gloriosas hazañas.

La consternacion y el dolor fueron generales en toda la Palestina. Asimismo entre los infieles fué sentida su muerte; en prueba de ello citaremos que los ministros y generales de Noradino aconsejaron á este príncipe penetrarse en la Palestina, mientras se hallaria ocupada en rendir los últimos obsequios á dicho rey, á lo que contestó Noradino: «No permita Dios que me prevalga de la desgracia de los cristianos; después de la muerte de un héroe como era Balduino, harto merecia que se permitiese á sus súbditos entregarse tranquilamente á su justo dolor.»

En efecto, habia sido el príncipe más grande de Oriente; y tanto él como Noradino eran entonces en Asia los únicos dignos de reinar; el cetro pasó á manos de Amauri, hermano de Balduino, porque no habia dejado sucesion.

Como Balduino habia muerto sin hijos, según la costumbre establecida en el reino, después de la muerte de Godofredo de Bullon, el sucesor á la corona era su hermano Amauri. Sin embargo algunos señores, más llenos de ambicion que de virtudes, codiciaban la corona, fundándose en el ejemplo del mismo Godofredo, que fué elegido rey por parte de los cruzados, y que por lo tanto la corona era electiva y no hereditaria; y además que si los sucesores de aquel la habian heredado, habia sido menos por los derechos de su nacimiento, que por el sentimiento de estima y reconocimiento de su valor y servicios importantes prestados al estado, concluyendo por fin que la corona de Jerusalem debia ser el precio y la recompensa del mérito y valor personal. No obstante la mayoría de los grandes, el clero y el pueblo se declararon abiertamente por el joven príncipe, que, á pesar de ser de un ánimo atrevido, emprendedor, y de un genio no comun, tenia el defecto de ser fiero, avaro y presuntuoso; mucho era de temer que con tal divergencia se tuviera que apelar y resolverlo

(1) *Diplomatum Belgicorum nova Collectio, sive supplementum ad opera diplomatice Aub. Mirrei, tom. 3, pág. 51.*

por la fuerza; pero la discrecion, el tacto y la prudencia de los Grandes Maestres, cuya influencia era de gran peso, conjuraron el peligro, y en una junta que con este objeto se tuvo, dirigiéndose á todos, les digeron: «Esta division de pareceres abrirá la puerta del reino á nuestros mortales enemigos, sarracenos y turcomanes, y esta corona que rehusais colocar sobre la cabeza de Amauri, pasará infaliblemente á la de Noradino ó del califa de Egipto. Jerusalem, la santa ciudad de Jerusalem será su capital, y si esta desgracia acontece ¿qué será de vosotros? seréis esclavos de los infieles y el desprecio de los cristianos, mirándoos todo el mundo como pérfidos y otros Judas, los cuales habreis entregado segunda vez al Salvador del mundo en manos de sus enemigos.» Estos apóstrofes causaron grande efecto en la asamblea, calmaron el huracan, y después de algunas negociaciones, se resolvió presentarse al príncipe Amauri y rendirle homenaje, y el 18 de febrero de 1162 fué coronado en la iglesia del Santo Sepulcro, prestándole todos los grandes del reino el solemne juramento de fidelidad.

Amauri era un príncipe joven de 27 años, de un carácter completamente diferente de su hermano. Sus pocas buenas cualidades las borraban sus grandes defectos; avaro, de un humor sombrío, poco afable, mucho menos prudente que Balduino, y entregado á ese género de voluptuosidad que se llama el vicio de los grandes. Así habla Guillermo de Tiro, que escribió su historia por su encargo (1).

El nuevo rey, viendo los asuntos en mal estado procuró el medio ordinario de restablecerlos, acudiendo al recurso de los occidentales; y de acuerdo con el Gran Maestre del Temple, se escribió al rey de Francia. Amauri deputó al obispo de Mamistra en Cilicia, y Blancafort nombró á dos ó tres de sus más distinguidos caballeros, uno de los cuales era Fray Heustercane, amigo particular de Luis VII, antiguamente al servicio de dicho rey de Francia.

Partió la comision antedicha para la corte de Francia. La carta del Gran Maestre recordaba á Luis VII su primer celo por el honor de los Santos Lugares, pintaba el país de Antioquía abierto por todos lados al enemigo, la mayor parte de las plazas arruinadas por los temblores de tierra, y la insolencia de los musulmanes, por razon de la cautividad de Renaldo de Chatillon, de dia en dia más atrevida; «pero la pérdida irreparable para nosotros, añadia Blancafort, ha sido la muerte del rey Balduino, de este joven y valeroso príncipe, que empleó todos los momentos de su reinado en oponerse como un muro de bronce á los enemigos de la fe y de la verdad (2).»

(1) *Guill. de Tiro. lib. 19, pág. 857.*

(2) *Hist. de los Francos, tom. 4, pag. 692 y 693.*

Apenas Amauri fué reconocido y coronado rey de Jerusalem, y recibido el homenaje de fidelidad de los caballeros y barones, reunió todas las fuerzas en union de las Órdenes, para hacerse pagar el tributo anual que los egipcios se habian obligado á satisfacer á su hermano Balduino, y que se negaban á cumplir segun lo estipulado. Este tributo era debido á la bravura de los Templarios de Gaza, los cuales por estar próximos á la frontera, hacian sus correrías por el territorio enemigo, causando grande alarma y no menor perjuicio, por cuya razon, á fin de librarse de dichas correrías, el califa Alfeis ofreció pagar un tributo al rey de Jerusalem; pero habiendo sucedido al califato el sultan Adhed, éste se negó á pagarlo, y para romper con estrépito este tratado vergonzoso para la nacion musulmana, como así lo decia el califa, puesto á la cabeza de un respetable cuerpo de tropas, invadió y devastó cuanto pudo las fronteras de Judea. Amauri impaciente para vengarse de la infraccion del tratado, por el mes de setiembre de 1163 avanzó á marchas forzadas para hacer pagar caro el atrevimiento del enemigo. En efecto se dió la batalla, haciendo los Templarios y Hospitalarios una carnicería en los egipcios. El botin que se recogió fué inmenso. Los escuadrones templarios llevaron el terror á los enemigos, y el rey aprovechándose de esta victoria, se entró por las provincias enemigas, esparciendo el espanto por donde pasaba. El sultan, para oponerse á la marcha victoriosa del ejército cristiano, acudió á un remedio tal vez más peligroso que el mal que queria evitar, y fué mandar en su desesperacion romper los diques del Nilo é inundar el país, creyendo que con esto se libraria de los cristianos pero se le presentó un enemigo más temible que el rey de Jerusalem.

Dargam, visir del Cairo, que habia usurpado el poder á Schaour, creia gozar de su poder ilegítimo con toda tranquilidad; pero su rival no omitió medio para recobrar su dignidad, y á este efecto, hallándose refugiado Schaour en Alepo, suplicó á Noradino su apoyo y socorro contra el usurpador, prometiendo á este último que si le ayudaba para su restablecimiento en el califato de Egipto, se constituiria en su vasallo, dándole la tercera parte de las contribuciones. Noradino, que era tan hábil político como gran capitán, vislumbró un porvenir halagüeño, y por medio de las divisiones intestinas de las tribus, se convenció de que sin tardar seria el único dueño y señor del Egipto. En su consecuencia admitió el ofrecimiento de Schaour, y firmado su correspondiente tratado, Siracon general de la confianza de Noradino se puso al servicio de Schaour con un ejército respetable. Dargam, al tener conocimiento de la alianza de Schaour con Noradino no hallándose con fuerzas suficientes para oponerse ni á los cristianos de la Palestina que le estaban atacando, ni á los turcomanes de la Siria, pidió al rey de Jerusalem firmar un tratado de paz y alianza: se accedió á ello, pero con la condicion de pagar, además del tributo, los

gastos de armamento que habia ocasionado. Dargam se sujetó á todo. En virtud de este acuerdo, el rey de Jerusalem con su ejército avanzó con precipitacion para ayudar á su nuevo aliado, enemigo de la vispera; sin embargo antes de llegar, Dargam tuvo la imprudencia de presentar batalla en la cual fué vencido y muerto. Con esta victoria Schaour se apoderó del Cairo, y restablecido en su antigua dignidad despidió duramente é Siracon, y se negó á pagar á Noradino lo que solemnemente le habia prometido; lo que motivó otra guerra. Siracon recibió orden de Noradino de que vengase la ingratitud del egipcio; y en efecto se puso en marcha el ejército y se apoderó de Pelusa y Alejandria. Schaour al verse en este apuro acudió al rey de Jerusalem, pidiendo su auxilio, y prometiendo aumentar el tributo que le habia negado, y de momento envió sumas considerables en dinero. Recibido éste, el tratado fué firmado, y para su ratificacion fué enviado Hugo de Cesarea, uno de los más ilustres caballeros.

En virtud del tratado, Amauri acudió en socorro del sultan del Cairo; fué derrotado Siracon y perseguido hasta Bilbeis ó Pelusa, en donde se habia retirado despues de la derrota; y como luego se le sitió en ella, al cabo de tres meses tuvo que rendirse, lo cual se debió á los esfuerzos del rey y de las Órdenes militares (1).

Durante los tres meses que duró el sitio, Noradino, aprovechándose de la ausencia de los cristianos, entró en sus tierras, y se quedó en el condado de Trípoli, y sus soldados se entregaron á la algazara y divertimento, sin disciplina alguna, como si no debieran temer nada. Algunos señores y caballeros, al tener noticia de esto, juzgaron la ocasion propicia para dar un golpe de mano, para cuyo objeto sacaron todas las fuerzas posibles de las guarniciones vecinas, y durante la noche entraron en el campamento de Noradino. La derrota fué completa, haciendo prisioneros á un gran número de musulmanes, y los restos quedaron sobre el campo de batalla. El mismo sultan se escapó sin armas y medio desnudo. Los principales héroes de esta operacion fueron un inglés llamado Roberto Menfel, Fr. Gilberto de Laci, preceptor del Temple en el condado de Trípoli, calificado en la historia de personaje ilustre en el arte de la guerra (2).

Noradino, avergonzado de la afrenta que habia experimentado, nada olvidó para vengarse; sin perder tiempo reunió el ejército que le fué posible; parte con dinero y parte con súplicas, obtuvo de sus vecinos los árabes poner un ejército respetable en pié de guerra. Con este ejército Noradino hizo sentir á los cristianos todo el peso de su venganza, y al

(1) Hist. gen. de los Hunos, tom. 2, lib. 13. — Hist. gen. de Jerusalem, lib. 4, cap. 3.

(2) Guill. de Tiro, lib. 19, cap. 8.

propio tiempo la imprudencia que habian cometido de desguarnecer sus pequeños estados para llevar la guerra á Egipto, como veremos luego. Embistió el castillo de Harem, y se hubiera apoderado de él, si Toros, príncipe de Armenia, Raimundo conde de Trípoli y el nuevo príncipe de Antioquia, Bohemundo III, con los Templarios, no hubiesen acudido para hacerle levantar el sitio. A su aproximacion Noradino se retiró hácia Artesia, más los cristianos no consideraron sino su valor, atacaron el ala derecha del sultan, y ésta aparentó tomar la fuga, y mientras se la perseguía el resto de los musulmanes acometió sable en mano sobre ellos é hizo un espantable destrozo (1).

Los asalariados del Temple, lo mismo que sus turcópoles ó caballos ligeros, fueron completamente derrotados en esta accion, y de sesenta caballeros que los mandaban solamente pudieron escaparse siete. La accion fué desesperada: 10,000 cristianos quedaron en el campo, y el número de prisioneros fué aún mayor. Raimundo, Bhoemundo, Joselin, Hugo de Lusignan fueron conducidos cautivos á Alepo.

Noradino, que sabia aprovecharse de la victoria, volvió á Harem que le abrió las puertas. Estos dos acontecimientos que Guillermo de Tiro coloca el uno en 1165 y el otro en 1167, son del segundo año del reinado de Amauri, y por consiguiente de 1164.

Se ha creído sin fundamento que el Gran Maestre del Temple Blancafort se halló en esta jornada de Harem (2), y no es verdad, pues se encontraba con Amauri en Egipto con la mayor parte de los Templarios (3). Entonces se hallaban ocupados uno y otro en adelantar el sitio de Pelusa, cuando se recibió la noticia de este desastre, motivando un tratado de paz con el visir para poder llevar socorro á Paneas, sitiada por el musulmán; pero á pesar de toda su diligencia, no pudieron impedir que Noradino tuviera el tiempo necesario para minar los muros de dicha plaza y hacerse dueño de la misma.

Por otro lado, Siracon penetró en el territorio de Sidon y se apoderó de un castillo muy fuerte que los historiadores llaman Cavea de Tiro, y se pretende que fué entregada la plaza por traición de los soldados que se pasaron á los infieles. Despues de haber devastado las cercanías de dicha plaza, Siracon tomó otra fortaleza, la cual era como una especie de caverna situada á la otra parte del Jordan. Los caballeros del Temple la guarnecian. Amauri, que llegó tarde para socorrerla, acusó á los Templarios de cobardía, y se vengó, haciendo ahorcar á doce de ellos, segun se dice,

(1) Guill. de Tiro, cap. 9; Hist del Saladino, lib. 1.

(2) Gloss. verbo Templarii.

(3) Hist. de los Francos, tom. 4, pág. 697.

en cierto punto del campamento. Si es verdad el hecho, no hallamos en ninguna parte que el Gran Maestre Blancafort, por duro que fuese ese golpe de Autoridad, se quejase ni hiciera reclamacion alguna; más parece lo contrario, por cuanto los caballeros volvieron bien por mal al rey, librándole de un peligro inminente en que se halló expuesto. Amauri un dia se encontraba á caballo en una hondonada muy cerca del enemigo, que se apercibió de ello, cuando quince Templarios de los más resueltos junto con otros caballeros, viendo lejos el embarazo y peligro en que se hallaba el rey, se valieron de una estratagema; y fué presentarse al enemigo para llamar la atencion sobre ellos, á fin de dar lugar al rey de salir de aquella hondonada, como así se logró; y fué en esta ocasion que hizo voto, si escapaba de caer en manos del enemigo, de enviar á Clara-val aquella porcion de la verdadera cruz que llevaba pendiente del cuello; pero no cumplió su promesa sino al morir.

Un Templario llamado Fr. None Artaud se encargó en 1173 de dicho sagrado depósito y de otras reliquias para llevarlas á Clara-val, en donde se conservan. Este Templario prendado de la vida monacal de los discípulos de San Bernardo, pidió ser admitido, y fué nombrado cillerero de dicho monasterio (1).

Los caballeros del Temple que Blancafort habia enviado á Francia, estaban ya de vuelta algun tiempo hacia, sin que se presentara ningun refuerzo. Entretanto los asuntos iban cada dia de mal en peor, y se trataba de nombrar otra diputacion. Fr. Heustercane se excusó por sus enfermedades, y en su lugar fué escogido Fr. Gaultier para ser portador de las cartas del rey, del Gran Maestre y del Procurador general; Fr. Gaultier era un caballero muy respetable por sus costumbres y cualidades personales, así como por la nobleza de sus antepasados (2).

El Gran Maestre Blancafort decia al rey de Francia Luis VII: «Yo os lo envío como una persona de confianza que os es querida; él os hará ver por su larga permanencia, cuanto merece el honor de vuestra proteccion.»

Las comisiones de que estaba encargado Fr. Gaultier por parte del Gran Maestre, venian á manifestar en sustancia, que el rey Amauri, á pesar de toda su actividad, no podia por mucho tiempo hacer frente á tantos enemigos, pues veíase obligado á dividir sus fuerzas en diferentes cuerpos para la seguridad de sus estados, é imposibilitado de defender el país de Antioquia y condado de Trípoli, por lo cual no seria difícil á Noradino derrotar á un cuerpo despues de otro.

El procurador general Geofredo de Foulcher, despues de exponer al

(1) Maurique, tom. 2, pág. 548.

(2) Hist. de los Francos, tom. 4, pág. 45.

monarca francés la desolacion que habian tenido los fieles con la cautividad de los príncipes orientales, y los últimos triunfos de Noradino, y sobre todo en el principado de Antioquia, se ponía á los piés de Su Majestad para excitarle á compasion, y le decia concluyendo: «Si es abusar de vuestra liberalidad y hacernos importunos, suplicándoos siempre lo mismo, debido es á nuestra infortunada suerte el tener que aplicarse todo lo que resta á los desgraciados en una situacion tan afflictiva como la nuestra, y el implorar la asistencia de aquellos á quienes el cielo ha inspirado la voluntad y dado el poder de socorrernos (1).»

Por estas exhortaciones que Fr. Gaultier no dejó de apoyar, Alejandro III sumo pontifice, que en aquel entonces se hallaba en Francia, procuró hacer todo lo posible para socorro de la Palestina. Al efecto convocó en Reims una asamblea de algunos Obispos, y obtuvo del rey el que se impusiera por espacio de cuatro años sobre el clero y nobleza un vigésimo. A las súplicas del rey de Francia, el de Inglaterra ordenó que por el mismo objeto en sus estados se recaudarian dos dineros por libra, empezando en 1166, y un dinero en los cuatro años siguientes (2).

El cuarto año del Reinado de Amauri (1166) los cruzados queriendo llevar la guerra al Egipto, se reunieron en Nauplus, y se dió la orden de que todos los habitantes sin excepcion pagarian la décima de sus bienes, y que se marcharia contra Siracon, que avanzaba hácia el Cairo. Schaour, viendo á su enemigo cerca de su capital, se apresuró á poner un dique al torrente que le amenazaba, renovando con los cristianos los antiguos tratados, y aumentando el tributo que pagaba todos los años. Amauri se contentó con 400,000 escudos en oro, es decir unos cuatro millones, cuya mitad se pagó inmediatamente, á condicion de que el ejército cristiano no abandonaria el Egipto, hasta que fuera echado de él Siracon. Y como se habia exigido por el rey y caballeros que este nuevo tratado seria ratificado por el califa, se enviaron al Cairo dos embajadores, Hugo de Cesarea y el Procurador general del Temple, los cuales fueron introducidos en el palacio del príncipe, contra la costumbre de los musulmanes, por la que está prohibido á los extranjeros y sobre todo á los cristianos, aproximarse á su persona sagrada.

Entretanto Siracon tuvo el tiempo suficiente para establecerse en una isla del Delta; más el Rey y el ejército allí le atacaron, y tuvo que retirarse. Esta ventaja habiendo facilitado el paso del Nilo, persiguieron al enemigo tres dias consecutivos y alcanzándole al cuarto, se atrevieron á

(1) Id. id.

(2) Pagi, tom. 4, pág. 61.

atacarle en posiciones demasiado ventajosas, y fueron rechazados con pérdidas considerables. Siracon quedó dueño del campamento de los cristianos con todos sus bagajes. Si hemos de creer á los francos, en esta jornada no perdieron sino 100 hombres y los enemigos 1,500. Sin embargo lo cierto es que la victoria fué del musulman, y los árabes la tienen como una de las más señaladas que hayan conseguido jamás (1).

Mientras que Amauri, los caballeros y Schaour se volvieron al Cairo para reparar sus pérdidas, Siracon se presentó delante de Alejandria, y obligó á que le abriesen sus puertas; pero los cristianos, persuadidos de que no gozaria de ella mucho tiempo, por cuanto los víveres faltarian muy pronto, la bloquearon estrechamente, y al cabo de un mes Siracon, temiendo de un momento á otro ser asaltado, tomó el partido de salir de noche salvando su ejército, y pasó por el lado de los cristianos entregados al sueño. Al aperebirse se le persiguió inútilmente durante algunos dias; túvose un consejo de guerra, y determinóse volver á Alejandria y sitiaria en toda regla. Construyéronse diferentes baterías de máquinas de arrojar, y una grande torre cuadrada móvil, bastante alta, que dominase la muralla. Estando todo dispuesto, empezaron á funcionar las máquinas, y el ataque fué simultáneo en diferentes puntos y los asaltos continuos; mas la guarnicion, aunque no muy numerosa, rechazó los ataques, y derribó muchas veces las máquinas de los sitiadores.

El gobernador de Alejandria (1167) era el sobrino de Siracon, que se llamaba Saladino, en árabe Saha-Aldin, que quiere decir *Santo de la fe*, aventurero y licencioso, y toda su consideracion y crédito lo debia á su tío; sin embargo, muy luego se captó las simpatías de los soldados por su intrepidez y liberalidad, pues abandonando su libertinaje y disolucion, aspiró á grandes empresas, empujado por el deseo de la gloria y fama, y logró ambas cosas, pasando á ser el capitán del siglo. Saladino, pues, defendió largo tiempo á Alejandria con un valor inusitado.

Las salidas eran continuas contra el campamento sitiador, de manera, que al cabo de tres meses Amauri se hallaba como el primer dia del sitio. Sin embargo, los alejandrinos, gente de comercio, importádoles poco estar sujetos á uno ú otro soberano, disgustados de las fatigas del sitio, trataron de echar á Saladino su gobernador, y le obligaron á que avisase á su tío de la situacion en que se hallaba la ciudad. Siracon, que entonces se encontraba en el alto Egipto, se apresuró á socorrer á su sobrino; pero informado durante su marcha de que los cristianos recibian fuerzas por mar, ofreció la paz á estas condiciones: Que se entregaria la plaza de Alejandria, habria canje de prisioneros, se dejaria libre el paso para ir á

(1) Guill. de Tiro, Hist. de Saladino, lib. 1.—Dezguigues: Hist. de los Hunos.

Damascó, quedarían los cristianos dueños de todas las riquezas de que se hubiesen apoderado, y se les daría además 50,000 piezas de oro.

El tratado se firmó, y los cristianos entraron en Alejandría, tomando posesión de ella Schaour (1).

Saladino, al salir de la ciudad, viendo á Onfroy de Toron, gran condestable del reino, entusiasmado del valor que había desplegado durante el sitio, le rogó que como el más bravo de los nobles que había conocido, le armase caballero á la usanza de los cristianos; lo que hizo el condestable, previo el permiso del rey, reconociéndole las prendas de valor y obstinada defensa que había sabido imprimir dentro de la plaza durante el sitio.

Antes de salir de Egipto, Amauri hizo un nuevo tratado con Schaour, con el cual quedó estipulado que en el Cairo había una guarnición cristiana, y que el visir pagaría cada año 100,000 besans como tributo. Amauri fué colmado de magníficos regalos, así como todos los jefes del ejército, el cual tomó el camino de Ascalon, entrando en la Palestina, cubierto de gloria y honor.

En este tiempo Fr. Godofredo Foulcher, de procurador general pasó á ser nombrado gran preceptor de Palestina, y en esta calidad fué enviado á Occidente como embajador á los reyes de Francia é Inglaterra.

Amauri le dió una carta de recomendación para Luis el Joven, en la cual se leen estas palabras: «Es de vuestro reino sobre todo, y aun mucho más de vuestra bondad paternal, que la Iglesia de Oriente espera alivio á sus males. Penetrados de vuestro natural bienhechor, recomendamos á Vuestra Majestad á todos aquellos á quienes les ha quedado algun celo por el honor de los Santos Lugares, pero especialmente á los caballeros del Temple, que nosotros vemos se sacrifican todos los días, y que les somos deudores, despues de Dios, de lo poco que podemos, y de todo lo que hay de glorioso en nuestras empresas. Todo el bien que ellos reciban de vuestra liberal mano, estad persuadido que lo consideraremos como hecho á Nos mismo (2).

Fr. Godofredo fué recibido con mucha distinción por Luis VII y Enrique II; durante su permanencia en Inglaterra, se le empleó en diferentes negociaciones; fué comisionado en unión del obispo de Auxerre y el abad del Cister, para trabajar en la reconciliación de Enrique II de Inglaterra y Tomás Becquet, arzobispo de Cantorbery (3).

Dos años había que el arzobispo de Cesarea y Fr. Odon de S. Amand, mariscal del reino, despues Gran Maestro del Temple, negociaban en Cons-

(1) Historia gen. de los Hunos, tom. 2, pág. 193; Historia de Saladino, lib. 1.

(2) Gesta Dei per Francos inter regum et principum, Epist., pág. 1181.

(3) Johan. Sarejb., Epist., pág. 472.

tantinopla el matrimonio de Mauri con la sobrina del emperador Manuel Comneno, cuando llegaron dichosamente al puerto de Tiro con la futura esposa á mediados de setiembre de 1167. La alianza que Amauri contrajo con los griegos por razón de dicho matrimonio, despertó de una manera violenta su ambición para apoderarse del Egipto. Sus ensueños eran vivos é inquietos; le atormentaba la continua representación de la grandeza de aquel país, de su fertilidad y de la riqueza de sus habitantes, de las armadas y comodidad de sus puertos; su imaginación le devoraba, al considerar que con un reino tan vecino y formidable, el día en que apareciera un califa ó sultán belicoso, los latinos no podrían conservar la Palestina ni los Santos Lugares, cayendo irremisiblemente en manos de los infieles, y que por lo tanto sería una provincia del Egipto, como era antes de la conquista de Godofredo de Bullon; y así sucedió, pues el génio militar que debía subyugarlo todo era Saladino. Preocupado con estos pensamientos, y teniendo en cuenta el poco valor de los egipcios, creyó que no podía afianzar mejor su dominación y la de sus sucesores, sino apoderándose del Egipto; y como entraba en su designio, más que todo lo antedicho, la posesión de las inmensas riquezas, que era su pasión dominante, de ahí es que su imaginación calenturienta contaba ya en sus cofres los tesoros del califa, lisonjeándose de que, aunque no lograra el apoderarse de todo el reino, á lo menos sería dueño de una gran parte de él. Para poner en ejecución este plan, que fué desastroso y puede decirse el principio de la pérdida de la Palestina, envió á Constantinopla, para pedir socorros á Manuel Comneno, á Guillermo de Tiro autor de la historia de Jerusalem, arcediano, preceptor que fué despues de Balduino, y últimamente arzobispo, el cual negoció un tratado de alianza, y desde luego se nombró al almirante Contostefane para que con una escuadra desembarcase tropas en auxilio de Amauri (1).

Mas todo esto no bastaba; era necesario asegurarse de los dos Grandes Maestros. El de los Hospitalarios, Fr. Gilberto de Assalit, no tuvo reparo en secundar el plan del soberano, seducido por la halagüeña promesa de que la primera plaza que se rendiera sería propiedad de la Orden, olvidándose de que á pesar de ser él Gran Maestro, su autoridad se hallaba restringida por el Gran Consejo, y que ninguna empresa se podía hacer, sin sujetarse á un plan fijado por la regla y estatutos de la Orden. Cuando el Gran Maestro comunicó á sus caballeros la campaña que iba á emprenderse, los de más importancia, crédito é inteligencia fueron de contrario parecer, diciendo que no teniendo la expedición por principal objeto la defensa de los Santos Lugares, socorro y conservación de los peregrinos y

(1) Guill. de Tiro, lib. 26, cap. 1.

pueblo cristiano, la Orden no debía tomar parte en ella. A vista de estas observaciones justas y razonables del rey, aconsejado por el Gran Maestre, ofreció al Consejo, en recompensa del auxilio que le prestase, sufragar todos los gastos, anticipos y perjuicios, concediendo entregar Pelusa en propiedad á la Orden. Bajo este punto de vista el Gran Maestre se esforzó en convencer al Consejo, ponderando la importancia de la plaza y las ventajas que resultarían de ella en favor de la religión. No obstante, hubo caballeros que dijeron que la delicadeza de su honor y la observancia de la regla se lo impedían, pues la iglesia no les había confiado las armas para conquistar, sino para defender los Santos Lugares, añadiendo con entereza que dicha expedición era injusta, pues á pesar de que el Egipto era una nación infiel, sin embargo se faltaba á la fe de un tratado de paz, que un rey cristiano no debía romper sin un grave motivo, y que en el caso presente éste no existía. No obstante hubo en el Consejo otros caballeros, sea por amistad ó deferencia al jefe de la Orden, sea por compromisos secretos, que se declararon por la guerra. Se pasó á votación, y la pluralidad apoyó á los últimos, deliberando que si el rey marchaba á Egipto, el Gran Maestre á la cabeza de los Hospitalarios le siguiese. Para los gastos se abrió un empréstito con los banqueros de Florencia y Génova, y con este dinero y el que remitió el emperador de Constantinopla, pudo formarse un cuerpo respetable de tropas á sueldo de los Hospitalarios.

El rey Amauri contaba, pero equivocadamente, con el concurso poderoso de los Templarios, quienes rehusaron constantemente tomar parte en esta expedición, fundándose en que la guerra que se pretendía hacer contra el Egipto era injusta, que no había sido roto el tratado de paz, y ni tampoco se había proclamado la guerra según uso y costumbre de la época, es decir, mediante declaración de guerra publicada por un heraldo (1). El Gran Maestre de los Templarios, Blancafort, representó al rey los motivos por los cuales la Orden no debía tomar parte en dicha campaña, diciéndole entre otras cosas «que el día en que entró en la Orden del Temple, no se le habían puesto las armas en la mano para hacer de ellas tan mal uso, que no podría obrar sino contra su conciencia tomando parte en dicha expedición, pues era contra todas las reglas de equidad marchar sobre el Egipto, que descansaba en la probidad é hidalguía de los cristianos, debiendo considerar como inviolable la fe de un tratado, en el cual el Procurador general de la Orden había sido uno de los principales mediadores en nombre de todos los cruzados.» Si debiéramos creer al caballero Jauna, fué menos por delicadeza de conciencia que por animosidad, el que los Templarios vituperaron la conducta del Gran Maestre del Hospital.

(1) Guill. de Tiro, lib. 20, cap. 5.

Dice este historiador, prevenido contra los Templarios: «Al contrario, los del Temple, aunque igualmente ávidos, y poco escrupulosos también como los Hospitalarios, sea que la emulación que reinó después con tanto furor entre estas dos Ordenes ya había empezado, ó que no quisiesen mezclarse en nada en este asunto, en el cual habían tomado tanta parte sus rivales, ó en fin que no considerasen tuviera buen éxito esta empresa, lo cierto es que jamás consintieron en formar parte de ella (1).» Atribuir así á mal fin una acción laudable es descubrir la injusticia de sus prevenciones, es para un escritor, declarar demasiado su inclinación de detractor, y bajo este supuesto hacerse sospechoso.

Amauri se impresionó muy poco de las observaciones del Gran Maestre del Temple, ni de la falta tan importante que haría al ejército, no formando parte de él esta Orden. Impaciente por entrar en campaña, no esperó siquiera la vuelta de su embajador, y en el mes de octubre de 1168 atravesó rápidamente los desiertos que separan la Siria del Egipto, y en diez días se presentó delante de Pelusa, que está situada á la ribera del Nilo. Mahazan hijo del califa Schaour y un sobrino suyo mandaban en la plaza: al divisar el ejército cristiano delante de sus muros, enviaron á Amauri una embajada, para significar la sorpresa que les causaba el ver al pie de las murallas y como enemigo á un príncipe, que el sultán de Egipto consideraba como aliado, mediando un tratado de paz que no podía considerarse roto de ninguna manera. Amauri contestó á los embajadores, diciendo que trataba de reprimir las correrías que los sarracenos habían hecho en sus fronteras y castigar su atrevimiento; lo que fué desmentido, porque Mahazan dijo que justificaría como desde la conclusión del tratado ningún soldado de su padre había entrado en tierra de cristianos: pero como la fuerza estaba en lugar de la razón, se rechazaron las observaciones del gobernador de la plaza, y se le intimó la rendición. La ciudad se preparó á la defensa, y cuando vino el asalto, es indescriptible el arrojamiento de unos y el furor de otros: flechas, dardos, fuegos artificiales, todo se puso en juego para impedir la toma de la plaza; el combate fue terrible y el asalto espantoso, muriendo muchos oficiales y soldados cristianos, víctimas de su valor y arrojo; y penetrando por último después de una prolongada y encarnizada lucha dentro de la ciudad, pasaron á degüello á hombres, mujeres y niños sin piedad ni compasión, pareciendo que los cristianos querían sobrepujar en barbarie y crueldad á los árabes y sarracenos y sólo respetaron la vida de algunos habitantes por la sed de avaricia, haciéndoles pagar por su rescate sumas enormes. Conquistada la plaza, según el convenio hecho entre el rey y el Hospital, fué entregada á la

(1) Hist. gen. de Jerusalem, tom. 1, pag. 188.

Orden de San Juan, y el ejército tomó en seguida el camino del Cairo, capital del Egipto. No pueden explicarse la sorpresa y la consternación que experimentó el sultán, al saber la toma de Pelusa y la prisión de su hijo y sobrino, y mucho más al considerar que dentro de poco iba á tener al ejército cristiano delante de sus muros. Schaour, al verse en peligro tan inminente, acudió á Noradino, por más que se avergonzase de haber faltado á su palabra. Noradino, que observaba y temía á los Templarios vecinos de sus estados en Siria, se contentó de enviar á Siracon con un cuerpo de tropas en favor del sultán del Cairo. Mientras tanto Amauri acampó delante de la capital, y Schaour, temiendo que su ciudad fuese tratada como Pelusa, procuró contentar á los cristianos, y envió una diputación á Amauri protestando de ser su más fiel aliado, y ofreciendo dos millones en oro por la paz y rescate de su hijo y sobrino. El rey, ofuscado por la brillantez de tanto dinero, admitió las condiciones, levantando el sitio y retiróse á Pelusa, aguardando sin inquietud el dinero que se le había prometido.

Entre tanto Siracon á la cabeza del ejército y las fuerzas del sultán del Cairo, que llegaban de todas partes, se unieron, obligando al ejército de Amauri á retirarse, con el pesar de haber aumentado el número de sus enemigos, y de verse privado del tributo que antes cobraba anualmente de los egipcios (1).

Para mayor desgracia del rey de Jerusalem, una flota que desde Constantinopla iba en socorro de su ejército, parte pereció, y parte fué dispersada por una furiosa tempestad. Agobiado con tantos contratiempos, diezmado el ejército por enfermedades, deserciones y otros accidentes de la guerra, y no pudiendo resistir á tantas fuerzas enemigas, trató de ganar la frontera de Palestina; y como no habia esperanza de sostenerse tampoco la guarnición de Pelusa, el Gran Maestre del Hospital se vió en la triste necesidad de retirar los caballeros que tenia en ella de guarnición. El ejército fué perseguido todo el camino por los destacamentos del ejército musulmán; sin embargo llegó á Palestina y á Jerusalem, con la confusión de haber roto inútilmente un tratado solemne y emprendido una guerra injusta y mal dirigida.

Los cortesanos acumularon esta desgracia al Gran Maestre del Hospital, y los caballeros de dicha orden se lamentaron altamente, diciendo que por su vanidad la orden se hallaba con una deuda de más de 200,000 ducados. Unos con desprecios y otros con reproches obligaron á dicho Gran Maestre á renunciar su dignidad en pleno capítulo, y tuvo que marcharse luego de Palestina para ocultar lejos de aquel país, su vergüenza

(1) Hist. de Saladino. — His. general de los Hunos, tom. 2. — Guill. de Tiro: Hist. de los Arabes.

y su dolor; atravesó la Francia, y habiéndose embarcado en Dieppe para pasar á Inglaterra, naufragó el buque, y se ahogó desgraciadamente.

La estancia que hizo en Occidente Fr. Geofredo de Foulquier, fué de gran provecho á los orientales, por cuanto en este año de 1168 recogió una suma considerable de dinero, ya de economías de la Orden, ya también de las limosnas de los fieles, y sobre todo por la munificencia de Luis VII, como así se desprende de una carta de reconocimiento que remitió á dicho rey el Gran Maestre Blancafort, en que le decía: «Los favores sin número que Nos y nuestros predecesores hemos recibido de vuestra munificencia real, son sobre toda ponderación, y seria decir poco, que desde vuestros tiernos años nos habeis hecho experimentar los efectos más magníficos de vuestra liberalidad, y lo que acabais de hacer recientemente en nuestro favor, nos hace creer que el origen de vuestras larguezas es inagotable. Lo pasado nos lo habia convencido, pues vuestro gran corazón no ha faltado jamás en ayudarnos, sea prodigándonos vuestras limosnas, sea procurándonos las de otros. En reconocimiento de todos estos beneficios, y del recibimiento favorable con el cual Fr. Godofredo ha sido honrado en la corte, Nos conjuramos al Todopoderoso, para que os recompense centuplicado en el cielo, no pudiendo por Nos mismo, al presente, reconocer tantas gracias, por más sumisos y adictos que seamos á vuestras órdenes (1).»

Fr. Godofredo por su parte no fué menos reconocido hácia su bienhechor; despues de haberlo manifestado en términos casi semejantes, decía así: «Yo me he acordado con mucho cuidado de la comisión que al partir me habiais hecho; he visitado en vuestro nombre todos los Santos Lugares; en todas partes he hecho memoria en mis oraciones de vuestra sagrada persona, como así lo deseabais. Este anillo que os remito ha tocado todo aquello que hay de más digno de respeto y veneración en la Palestina. Yo os suplico que no rehuseis esta débil muestra de mi recuerdo y gratitud.»

Este año, que fué el último del maestrazgo de Blancafort, se renovó la antigua unión que habia entre los Templarios y los Cistercienses, á condición de que ninguno de ellos podian pasar de una Orden á otra (2). También en este mismo año, Alejandro III terminó la cuestión que habia sobrevenido entre los canónigos de S. Estéban de Dijon y los Templarios de dicha ciudad. Estos habiendo tratado de levantar un oratorio, á tenor de sus privilegios, y erigir un cementerio en un terreno suyo, situado en lo

(1) Gesta Dei per Francos, pág. 1181 y 1183.

(2) Journ. al des Sabants, 1.º 98, pag. 1.º

que ahora se llama la Madalena, el abad de S. Estéban se opuso, bajo pretexto de un privilegio particular concedido á su Iglesia, que prohibia levantar capilla ó altar dentro de la jurisdiccion de sus parroquias sin su permiso. El asunto se llevó á Roma, y oidas las partes y discutidos los privilegios de una y otra parte, el Papa sentenció á favor de las Templarios y confirmó su derecho, sin autorizarles no obstante en el abuso que podian hacer de él, sea enterrando libremente en su cementerio en perjuicio de los párrocos, sea solicitando en ellos las ofrendas del pueblo, sea alejando á los fieles de su propia parroquia los domingos y fiestas solemnes (1).

DONACIONES.

La Orden del Temple en el espacio de algunos años adquirió posesiones considerables, por cuyo motivo no es posible hacer una relacion minuciosa de todas ellas, pues seria enojosa; sin embargo bastará apuntar las más importantes, así como ciertas circunstancias particulares.

En 1132 el conde de Urgel, llamado Ermengol de Castilla, hizo donacion de los derechos que tenia sobre el castillo de Barbará en la Marca y frontera de los moros, en favor de los Templarios, de consentimiento del conde de Pallars y otros nobles.

En 1134 el conde de Barcelona D. Ramon Berenguer IV dió al Temple dicho castillo de Barbará.

El 9 de las calendas de abril de 1143, el conde de Urgel Ermengol VI otorgó testamento, y entre otras cláusulas, dejaba á los Templarios uno de sus mejores caballos, con su silla, freno, lanza, morrion, loriga y espada.

En 1150, Roger vizconde de Carcasona, por testamento y por un acta anterior, señaló al Temple algunas rentas, y da en vasallaje los vecinos del lugar llamado Falgaires, diócesis de Narbona (2).

Richardo señor de Renneville, hijo de Roberto señor de Harcourt, funda una encomienda y profesa en el Temple.

En 1151, Gaufredo Oliver confirma y aumenta las donaciones hechas por su suegro á los Templarios de Sicilia; las rentas á que hacia referencia eran llamadas con el titulo de Pentargus y Scudia (3).

En 1152, en Cataluña el conde de Barcelona dió á los Templarios Ambila y otros pueblos, conquistados á los moros en las riberas del Segre y Cinca, y los castillos entre Tarragona y Tortosa, bosques y lugares al-

(1) Hist. de la abadía de S. Esteban pág. 200, pruebas.

(2) Hist. del Languedoc, tom. 2, pag. 523.

(3) Sicilia Antiq., vol. 3, col. 1091.

tos, Miravet y ribera del Ebro, con la condicion de tener á Miravet bien pertrechado y buena guarnicion de Templarios.

En los anales de Baviera se hace mencion de los Lugares importantes llamados Tissia y Altmuhenster, en donde tenian convento los Templarios en 1155, debido á la munificencia de Oton y Enrique condes de Rítemberg; dicho convento se hallaba á cuatro millas de Ratisbona á la embocadura del Almut (1).

En 1157, Enrique II de Inglaterra fundó en el país de Gales una casa prioral para el Temple, situada entre los castillos Rodelent y Basiquer (2).

El arzobispo de Artes con anuencia del Cabildo concede á los Templarios la iglesia de San Martín de Almenard, diócesis de Tolon. Fr. Pedro de la Rovere, Maestre del Temple de Provenza, Aragon y Cataluña, al aceptar dicha donacion, se obligó á un censo de 15 sueldos melgorienses que debia pagar al Arzobispo (3).

A últimos de 1158, D. Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona, dió, como limosna por sus pecados y para eterno descanso del alma de su difunto padre que se habia hecho Templario, un terreno en la comarca de Arsat, cuya donacion fué aceptada por Fr. Elías de Montbrun preceptor del Temple. Dicho conde de Barcelona fué uno de los más insignes bienhechores del Temple.

En este mismo año se edificó una iglesia para el Temple, llamada Santa Eulalia de Arsat, segun consta en los registros del archivo de Milhau (4).

En este mismo año Juan obispo de Cannes en Sicilia reconoció el derecho que tenian los Templarios sobre la iglesia y territorio de Santa Maria de las Salinas, derecho que algun tiempo se les habia disputado, y que Bonifacio sucesor de Juan en 1185 tambien reconoció, pero imponiendo un censo de tres libras cada año.

Siendo arzobispo de Ruan Hugo de Amiens, se fundaron dos casas para el Temple dentro de su diócesis, la una en Treport (1141) y la otra en Ruan (1160), en el mismo lugar en donde despues de la extincion se edificó la casa municipal; al cabo de poco tiempo se fundó otra casa en Ruan, en la calle de los Ermitaños (5).

Durante el Maestrazgo de Blancafort, los Templarios de San Gilles adquirieron 60 mojadas de tierra en Argenza á lo largo del Ródano, por la suma de 150 marcos de plata fina, quien hizo la venta fué Ramon conde

(1) Aventinus, lib. 7, cap. 1, n. 7.—Id., Chron. Triveti.

(2) Chron. Normannie, pag. 993.

(3) Gallia Christ. nova, tom. 1, col. 501.

(4) Id. id., tom. 1, col. 193.

(5) Gallia Christ. nova, tom. 11, col. 46, 47 y 72.

de Tolosa, á vafor de Fr. Hugo de Barcelona, procurador general de los Templarios de Provenza, Aragon y Cataluña, á Fr. Hugo de Veirieres y á Fr. Bernardo Catalan, procurador de San Gilles. El acta está firmada por Benard de Uzés, Eleazar su hijo y otros testigos. A estas 60 mojudas compradas al Conde se añadieron 10 más por limosna, y á la condesa, por haber dado su consentimiento á dicha venta, los compradores le dieron 300 sueldos melgorienses (1).

Despues de la abolicion del Temple, dichos bienes fueron adjudicados á la Órden del Hospital, y pertenecian á uno de los grandes prioratos de Malta.

No debe admirarse que los Templarios fuesen tan opulentos en Ruan; la razon es que en dicho punto les favorecia para las expediciones á ultramar, la comodidad de su puerto sobre el Ródano, les servia de asilo y lugar de refugio para los peregrinos, no solamente de los que iban, sino tambien de los que llegaban de Jerusalem, y con este motivo los grandes y el pueblo procuraron favorecer á los Templarios y Hospitalarios de San Gilles.

En 1163, Fernando rey de Leon, en una entrevista que tuvo con Don Alonso de Castilla su sobrino, convinieron los dos soberanos en conceder á los Templarios la villa de Uclés, á fin de asegurar el reino de Toledo y oponer una valla á las incursiones de los moros (2).

En 1165, Balduino abad de San Quintín en Isla, dió á los Templarios la tierra de Perence sobre el Lys, con todas sus dependencias, con la obligacion de un censo anual, consistente en un medio besse de plata, equivalente á la cuarta parte de un sueldo (3).

En 1167, el Maestre del Temple de Cataluña y Aragon, Fr. Arnaldo de Tarroja, Fr. Begon de Vesperies, Fr. Elías de Montbrun y Fr. Deodato de Corbera cedieron con ciertas condiciones el territorio de Falgueras, con todos los derechos que podia tener la Órden del Temple de Spelé, á Aldemaro, primer abad de Bonesvalls de la órden del Cister (4).

Algun tiempo antes se habia hecho un acuerdo entre los Templarios de Marbode en Lorena y los Benedictinos de San Mihiel, cuyo abad pretendia el derecho sobre un molino construido en territorio de la jurisdiccion del monasterio, así como sobre una pieza de tierra que los Templarios poseian en Meserins. La cuestion se terminó, obligándose los Templarios á pagar cada año 6 sueldos de censo á la abadía y otros 10 si no

(1) Hist. general del Langu-dc c. lib. 18, p. 186.

(2) Arte de verificar las fechas, pag. 689.

(3) Gallia Christ., tom. 9, col. 1088.

(4) Gallia Christ., tom. 1, col. 253.

pagaban con exactitud. Este convenio fué confirmado por el preceptor de Francia (1).

Tambien tuvieron lugar en este tiempo otras transacciones, como por ejemplo entre los ciudadanos de Arles y los Templarios de la misma ciudad entre los de Laon y la abadía de San Juan, entre el abad de Pont-le-Roi y la casa del Temple que habia fundado en Valentia, diócesis de Couserans; hemos tan solo hecho indicacion de estas transacciones, pues si quisieramos dar detalles minuciosos, nos hariamos interminables (2).

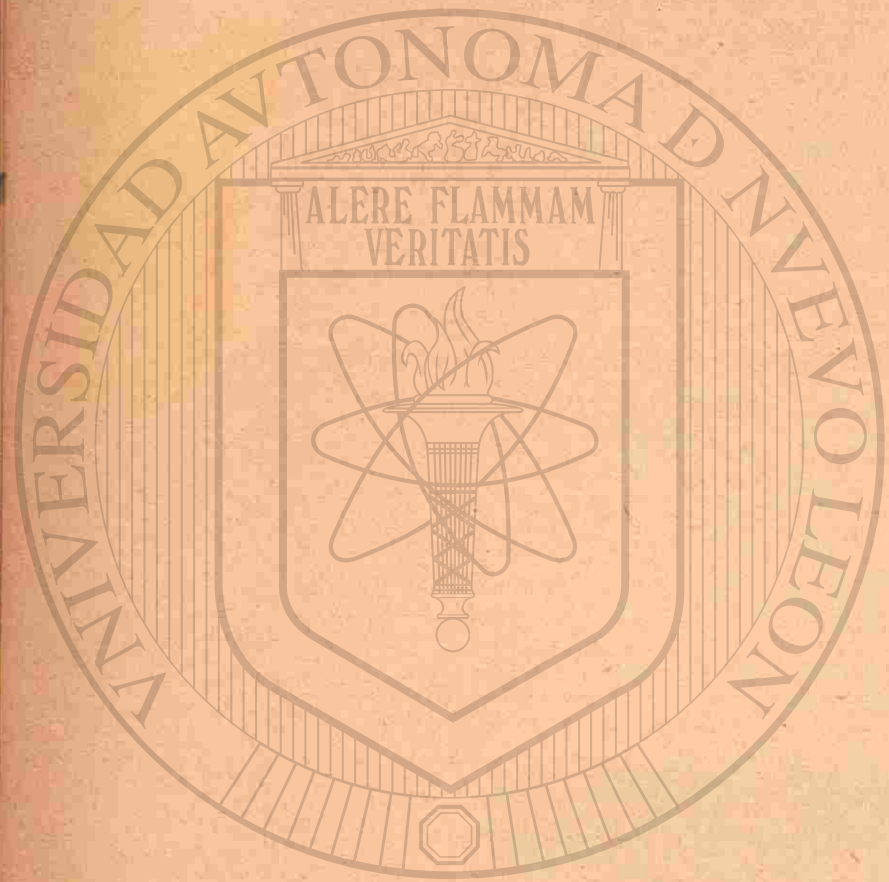
En 1169 la Órden del Temple tenia un establecimiento y su capilla correspondiente en Brunswick (3).

(1) Hist. de San Mihiel, pag. 120.

(2) Cartularium S. Egidii Arrelatensis; Gallia Christ., tom. 9, col. 595; Id. id., tom 8, col. 1382; Id. id. tom. 1, col. 129.

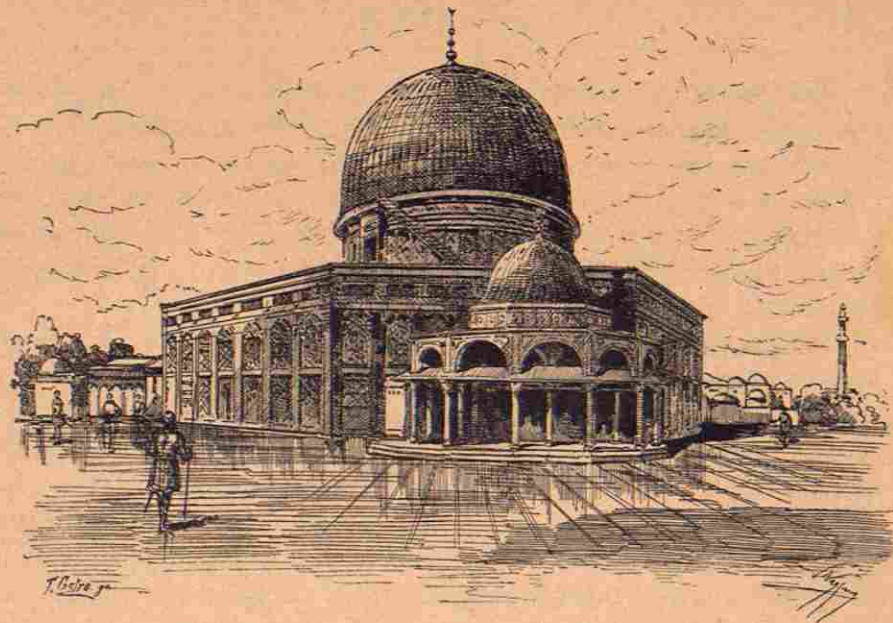
(3) Chron. Riddagshusense apud Meibomium, tom. 3, pag 317.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO IX.

Fr. Felipe de Naplusa, sexto Gran Maestro.—Elección del Gran Maestro.—Sitio de Damietta; desastre de la flota griega, se levanta el sitio.—Cartas del Papa en favor del Temple.—Terremotos en Siria.—Suspension de hostilidades.—Saladino sitia á Daroum.—Ataque de Gaza.—Noticias sobre Saladino.—El Gran Maestro abdica el maestrazgo.—Fr. Odon de San Amando, séptimo Gran Maestro.—Elección del Gran Maestro; biografía de este ilustre caballero.—El apóstata Milon pretendiente del reino de Armenia.—Carta del Papa en favor del Temple.—El duque de Sajonia.—Los Batenianos ó asesinos.—Muerte de Boabdelle enviado del Viejo de la montaña.—Conflicto entre la Orden y el rey; reflexiones.—Muerte de Noradino y del rey de Jerusalem.—Minoridad de Balduino IV; regencia.—Derrota de Saladino en Ramla.—Los Templarios fortifican el vado de Jacob.—Combates y derrotas de los cristianos é infieles.—El Gran Maestro cautivo; rendición del vado de Jacob; los Templarios son pasados á cuchillo ó aserrados de por medio; respuesta heroica del Gran Maestro á Saladino.—Rivalidades entre las dos Órdenes convenio; el Papa lo confirma.—Tregua, gobierno interino de la Orden durante el cautiverio del Gran Maestro.—Concilio de Letran.—Sitio y rendición de Belfort; la guarnición hospitalaria es pasada á cuchillo; el Maestre de dicha Orden cae prisionero y muere de hambre en un calabozo; el del Temple cargado de hierros sucumbe en las mazmorras de Damasco.—Donaciones.

AUNQUE nos apartamos de la comun opinion de algunos historia-[®]dores, dando por sucesor de Blancafort al caballero Fr. Felipe de Naplusa en lugar Fr. Andrés de Montbard, tío materno de san Bernardo, razones poderosas tenemos para ello.

Los historiadores, para hallar lugar á este pretendido maestrazgo, hacen acabar el de Blancafort en 1165, sin hacer atencion á que este último firma como Gran Maestro en 1168 la carta que dirigió al rey de Francia, como acabamos de ver anteriormente.

Para probar que Andrés sucedió á Blancafort, Ducange no ofrece otros testimonios que dos lugares de la vida de san Bernardo, escrita por el monje Godofredo, en uno de los cuales se dice, que cuando el santo abad escribió á su tío (1163), este caballero era uno de los más firmes apoyos de su religion; y en el segundo, que entonces era ministro, y es aun ahora (es el monje Godofredo que habla, 1155 ó 1156) Maestre de la milicia del Temple (1).

Si estos términos equívocos que han engañado frecuentemente á los historiadores, se toman en el sentido de que este gran maestrazgo no ocurrió en 1165 sino en 1155, Fr. Andrés hubiera sido Gran Maestre, y hubiera sucedido más bien á Fr. Tramelay que á Blancafort, siguiendo las pruebas de Ducange; pero como este escritor en sus notas de Cinnamus (2) alarga la vida de Tramelay hasta 1158, de ahí se sigue que ha sido necesario para colocar á Montbart, buscar y hallar plaza en otro lugar, aunque faltando á la cronología, al pretendido maestrazgo de Fr. Montbard, colocándolo despues de Blancafort, lo que no es posible, por cuanto hallamos Gran Maestre á Blancafort en 1168, y á Fr. Felipe de Naplusa en 1169, y sería por cierto muy extraño que la historia hablase muchas veces de Felipe y de su maestrazgo, que ocupó solamente algunos meses, sin hablar una sola vez de Montbard, cuyo magisterio debía haber durado á lo menos cinco años, desde 1155 hasta 1160, si verdaderamente hubiera sido Gran Maestre.

Despues de la muerte de Blancafort, fué elegido Fr. Felipe de Naplusa, de la antigua familia de Milly, originaria de Picardia, hijo primogénito de Guido de Milly y Estefanía, dama flamenca; fué señor de Naplusa en Siria antes llamada Sicheu, que la cedió al rey en cambio de Krac de Montreal y de S. Abraham. Se halló en el sitio de Edesa en 1144. Antes de profesar había estado casado y tenido dos hijas, de las cuales la primera casó con Onfroy de Toron condestable del reino (3). Despues de la muerte de su esposa, Felipe se hizo Templario, y mereció por sus cualidades ser elevado á la primera dignidad de la Orden, que no conservó sino muy poco tiempo, por cuanto antes de Pascua de 1171 (4) había abdicado el maestrazgo.

En el mes de setiembre (1169) Felipe firmó como Gran Maestre del Temple junto con el del Hospital, una donacion hecha por Amauri á la Comuna de los pisanos orientales (5). Por el mes de octubre se halló cerca

(1) Vida de san Bernardo por Geofredo, lib. 3, alias 3, cap. 1; lib. 4, alias 3, cap. 4.—Angelo Manrique año 1153, cap. 11.

(2) Ducange, Cinnamus, pág. 415.

(3) Assises de Jerusalem, pág. 229 y 282.

(4) Guill. de Tiro, lib. 22, cap. 5.

(5) Italia Sacra, tom. 3, pág. 107.

de Ascalon en una revista que Amauri hizo á sus tropas para una nueva expedicion al Egipto.

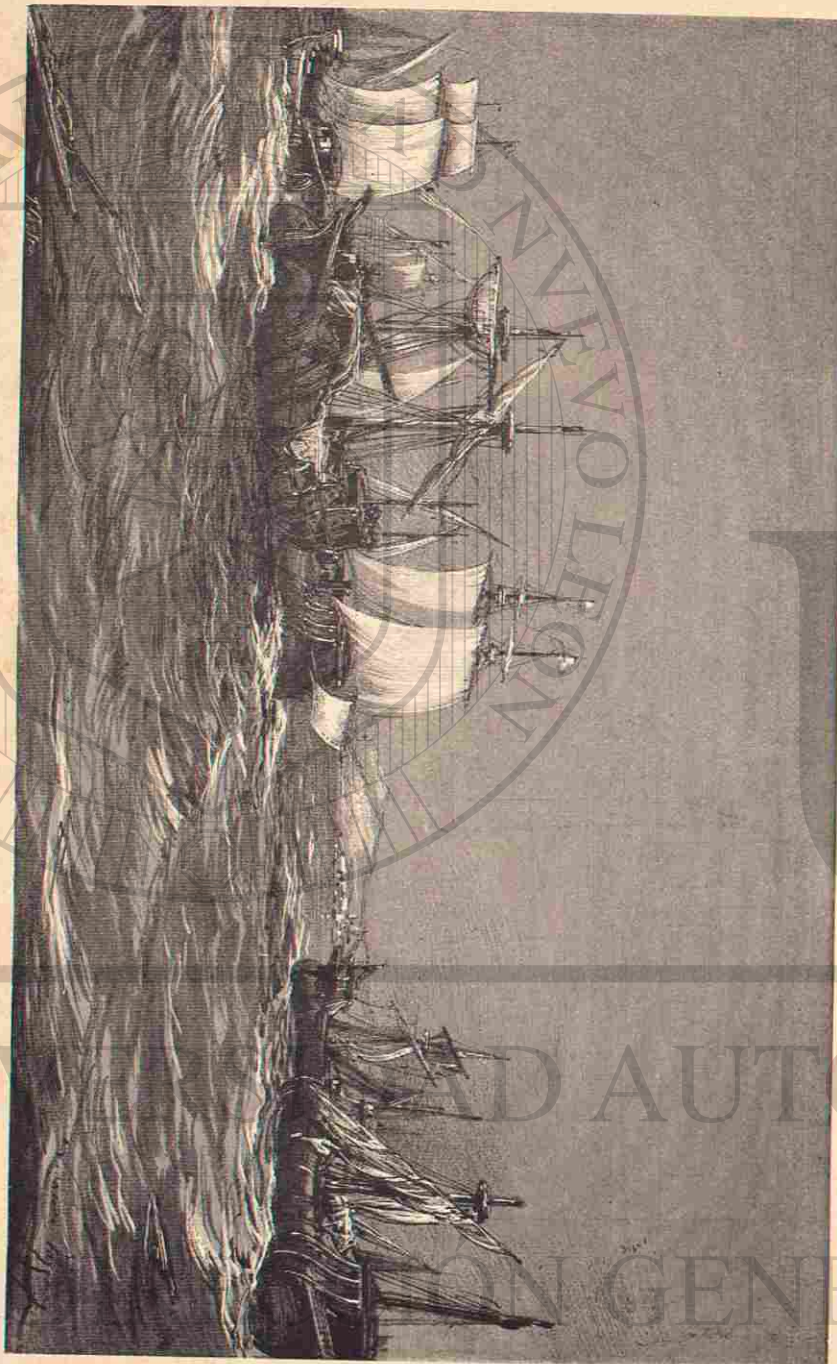
El rey de Jerusalem Amauri, que en este año no habia podido alcanzar nada de los occidentales, logró de los griegos que le equipasen una flota de 220 barcos cargados de tropas y municiones. Con este auxilio pasó con su ejército á sitiar Damietta, pero lo hizo imprudentemente, atacándola por la parte más fuerte. Los cristianos que consideraban tomarla con facilidad, se vieron obligados por el desengaño á sitiaria en toda regla. El sitio duró 50 días, durante los cuales la flota se encontró falta de víveres, y los sitiados hallaron medio de pegarle fuego, lo que causó un gran desorden, y entre las enfermedades y la gruesa mar junto con la carestía acabaron de arruinarles.

No obstante Amauri, que tenia un gran número de máquinas de guerra, redobló vigorosamente el sitio, pero como la guarnición era numerosa y valiente, entorpecía todos sus esfuerzos, rechazando los ataques con ventaja, quemando sus ballestas y cortando sus galerías. Además los egipcios atacaban al ejército cristiano en sus mismas líneas, mientras que Noradino devastaba impunemente la Palestina. No pudiendo hacer frente á tantos enemigos, Amauri se vió obligado á levantar el sitio, haciendo antes una tregua con los sitiados. Este desgraciado suceso, permitido sin duda por la Providencia para castigar la avaricia del rey, se acumuló al emperador griego, por no haber cumplido su palabra de enviar todo lo necesario para el suministro del ejército (1).

En otro lugar ya hemos visto en una carta del Papa Alejandro III, enviada al arzobispo de Reims, la alta estima en que la Santa Sede tenia á los Templarios. Aún encontraremos nuevos testimonios bajo el maestrazgo de Fr. Felipe de Naplusa en muchas cartas del mismo Papa, en data de Veroli; por consiguiente en este año de 1170 (2) el Pontífice exhorta á su legado á defender con toda su autoridad á los Templarios contra aquellos que disputaban sus tierras y posesiones, encargando á los prelados emplear las censuras contra los usurpadores, si despues de las amonestaciones ordinarias se resistiesen á la reparacion de sus injusticias, queriendo que se declare públicamente por excomulgado entre otros á Raoul de Coucé, el cual, despues de haber cometido muchas violencias en una de las iglesias de los Templarios, se habia atrevido á demolerla. En fin, por razon de las observaciones de los Templarios, pretende que se de sepultura eclesiástica á un particular que se habia exhumado indebidamente de su

(1) Guill. de Tiro, lib. 10.—Hist. gen. de los Hunos, tom. 2, pág. 207.

(2) Vet. Scrip. ampl. Coll., tom. 2, col. 816, 817 y 883.



Desastres de la Escuadra Griega delante de Damietta.

cementerio por temor del Ordinario, por razón de que se dijo injustamente haber muerto estando excomulgado y enterrado sin reconciliación.

Es de notar en las cartas de este Pontífice, que entonces Fr. Eustaquio, Maestre del Temple cerca de París, era el depositario del dinero destinado para Roma, que los Templarios gozaban de prebendas en las catedrales (1), que la Santa Sede era su refugio ordinario en los asuntos que se les suscitaban, y que merecían la protección de los Obispos. Esta distinción creemos que no era sólo por su mérito personal, si que también por los servicios que de continuo prestaban a la Iglesia oriental.

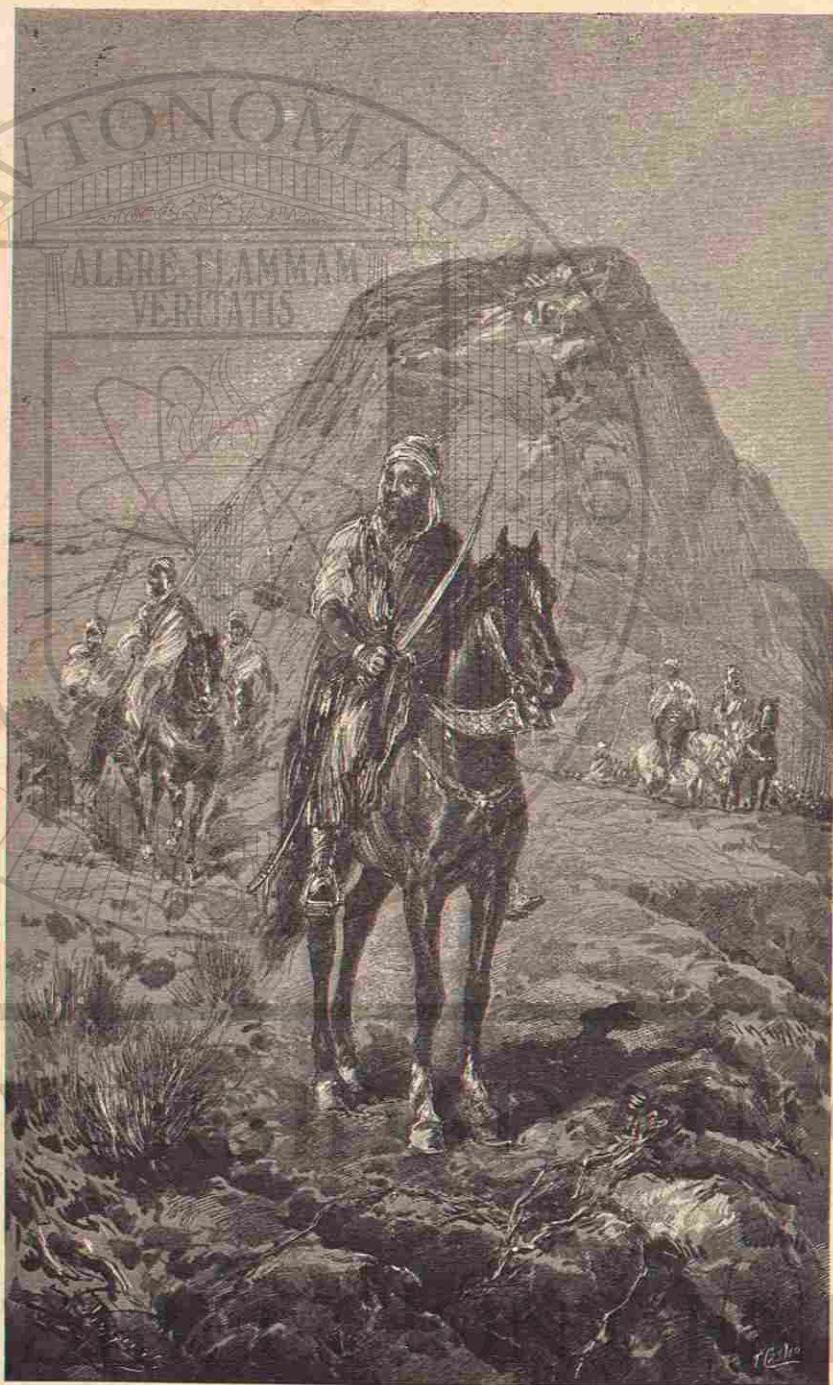
Con motivo de violentos temblores de tierra que experimentó la Siria en este año de 1170, no se hizo expedición alguna en esta campaña; muchas poblaciones tanto cristianas como mahometanas fueron destruidas, quedando sepultados entre los escombros muchos de sus habitantes; las que sufrieron más de los cristianos fueron Tiro, Antioquía y Trípoli; las de los infieles, Hama, Balbek, Emesa, Schizour y Barin; en Alepo y Trípoli no quedó una sola casa en pie. El desastre fué espantoso; por todas partes se encontraban habitantes alarmados y familias errantes; en la mayor parte del país se veían las torres y murallas caídas, los castillos medio arruinados y abiertos al enemigo. La crónica de Pisa dice que hubo cerca de 6.000 entre cristianos y musulmanes aplastados bajo las ruinas de los edificios (2).

Durante los cuatro meses que duró esta calamidad, se experimentaron los sacudimientos cuatro ó cinco veces en 24 horas; entonces las dos naciones igualmente poseídas por el terror, y acampados todos bajo tiendas, se ocupaban menos de luchar que de aplacar la cólera del cielo y reparar sus respectivas pérdidas (3). Sin embargo, al divulgarse el rumor á mediados de diciembre que Saladino sitiaba el castillo de Daroun en Idumea, Amauri salió de Ascalon á toda prisa, al frente de unos 2.000 hombres de infantería, 250 caballos y algunos hospitalarios, y para aumentar sus fuerzas, se dirigió hácia Gaza de donde sacó una parte de la guarnición que estaba á sueldo del Temple, al cual pertenecía dicha ciudad. Con este pequeño ejército el rey dispuso de tal manera sus operaciones, que á pesar del enemigo supo introducir refuerzos en el castillo sitiado, alojándose el resto en los arrabales y arrojando de ellos á los turcomanos. El enemigo desconcertado levantó el sitio durante la noche, y considerando que Gaza estaría con poca guarnición, se dirigió á ella, que estaba lejos de Daroun unas cuatro millas, sorprendiéndola al apuntar el día; pero desde los pri-

(1) Vet. Scrip. ampl. Coll., tom. 2, col. 647.

(2) Chron. Pisana, 1172.

(3) Guill. de Tiro, lib. 20, cap. 19



Saladino.

meros ataques se convenció Saladino de que los caballeros Templarios se hallaban en gran número para defender aquella plaza, que se consideraba la llave de la Palestina, pues la resistencia fué de las más heroicas, haciendo experimentar al infiel grandes pérdidas; y aunque llegó á apoderarse de la ciudad, pero la ciudadela resistió obstinadamente, obligando á Saladino á levantar el sitio; y ofreciéndole los cristianos batalla, no la aceptó; y se retiró á Egipto devastando el país, así como sus tenientes hacían lo mismo en Antioquía y Fenicia (1).

Hé aquí una pequeña descripción de Saladino. Este se llamaba Joseben-Schadi-Selah-Eddin, y era sobrino de Siracon que le instruyó en el arte de la guerra; después de la muerte de su padre, le sucedió en calidad de emir ó generalísimo de los ejércitos de Egipto. Adhed, califa del Cairo, le honró con un grado á que jamás podía aspirar. Más luego el ingrato Saladino proyectó arrojar á su bienhechor de su soberanía, quitando á la dinastía de los Fatimitas la autoridad del califato y pasándola á la dinastía de los Abassises. El califa murió de pesar, y no es verdad lo que dice Guillermo de Tiro, quien acusa á Saladino de haberle asesinado. Adhed no hubo apenas cerrado los ojos, cuando el nuevo emir tomó posesión del palacio imperial y de las riquezas inmensas que allí se hallaron, y como ya gozaba fama de valiente, mucho más la adquirió distribuyendo á manos llenas aquellos tesoros entre los soldados, á fin de ganar su adhesión, al propio tiempo que manifestaba su liberalidad con magníficas recompensas; era por otra parte severo en el castigo, dulce y equitativo con sus súbditos, pero cruel enemigo de los Templarios y Hospitalarios por principios de religión. Era un gran capitán, y sus conquistas le valieron un imperio: hábil político como gran soldado, dominado por la ambición, la avaricia y la astucia, alcanzó este hombre de fortuna en menos de cuatro años, por medio de sus victorias, la mayor parte de la Siria, Arabia, Persia y la Mesopotamia (2).

Solamente quedaba la Palestina que separase sus vastos dominios; este pequeño estado fué el objeto de sus empresas, como veremos más adelante.

Después del sitio de Daroun, el rey de Jerusalem, persuadido de que con las pocas fuerzas de que disponía era imposible emprender ni ejecutar una campaña favorable, ni tampoco resistir á las fuerzas de sus enemigos, convocó á los barones, para declararles que la última diputación enviada á Europa no produciría gran resultado según todas las apariencias, en cuyo caso estaba resuelto á pasar él mismo personalmente á Cons-

(1) Guill. de Tiro lib. 20, cap. 20 y 21.

(2) M. Martin, Paris, 1758.

tantinopla, para implorar de su emperador los socorros necesarios por razón de que no había otro príncipe en quien se pudiera tener alguna esperanza. A pesar del voto contrario de los generales, Amauri se embarcó para Constantinopla en marzo de 1171, después de haber marchado antes por tierra Fr. Felipe de Naplusa, que había abdicado el maestrazgo del Temple.

Algunos historiadores aseguran que la abdicación del maestrazgo hecha por Fr. Felipe de Naplusa tuvo por motivo la aflicción y el dolor que le causaron la apostasia y los estragos que ocasionaba con su bandolerismo un caballero Templario, descendiente de la casa real de Armenia, llamado Melier ó Milon. Sea ó no sea esta la causa de la abdicación de Fray Felipe, el capítulo general de la Orden se reunió para pasar á la elección de un nuevo jefe, y recayó á favor del caballero Fr. Odon de S. Amando, hijo de una de las familias más distinguidas de la aristocracia francesa, celebrada en la historia por la nobleza de su sangre, y aun más por la pureza de sus costumbres, por cuanto sus padres dieron un ejemplo admirable de la más perfecta virtud, abandonando el mundo de comun consentimiento y profesando el estado religioso, después de haber tenido tres hijos de legítimo matrimonio, á saber, Odon y dos hijas llamadas Flandrina y Matea, que, según la opinión de muchos autores, son consideradas como santas.

El caballero conocido por el ermitaño Souliers, al hablar de esta familia, se equivoca cuando asegura que Matea, á la cual llama Marta, fué hija de Odon, y no su hermana (1). Matea contrajo matrimonio con el caballero Geraldo de Berruyer, hermano de S. Guillermo arzobispo de Bourges, de cuyo matrimonio hubo á S. Felipe, 71.º prelado de la misma iglesia metropolitana de Bourges.

La otra hermana, Flandrina, casó también con un caballero de distinción, y tuvo solamente una hija que abrazó la vida del claustro, entrando en la Orden del Cister que la venera por santa.

El historiador que hemos consultado, y de quien hemos tomado estos apuntes, ocupándose más de las excelentes cualidades y virtudes del padre de Odon que de su nombre, consigna únicamente que después de haberse distinguido de una manera muy notable en la milicia secular bajo las banderas del rey de Francia, pasó á las del Temple, en donde como militar aguerrido probó de un modo particular su ardiente celo por la defensa de la religión y su indómito valor contra los enemigos de la fe, y que á sus instancias su esposa, dama de raro mérito y de una piedad ejemplar, profesó en la Orden Benedictina en el monasterio de Beaumont, cerca

(1) Inventario de la historia genealógica de la nobleza de Turena, pág. 82.

de la ciudad de Clermont, en Auvernia (1). En esta familia que propiamente puede llamarse de santos, y en medio de ejemplos domésticos que respiraban el suave perfume de todas las virtudes, fué la escuela en donde aprendió y se educó el joven Odon, que un día debía ocupar el más distinguido lugar y el supremo maestrazgo en la Orden del Temple; en esta escuela se formó en la virtud y demás cualidades que constituyen un cumplido caballero cristiano.

Si hemos de creer al historiador del cual tomamos estos apuntes, la figura del joven Odon era hermosa, é interesante su persona, su porte y maneras elegantes; fino, atento y obsequioso con sus amigos, así como hidalgo y caritativo con los necesitados; pero lo que realzaba más su mérito, sobrepujando á todas estas cualidades que proceden, y que merece más aprecio y recomendación, era el ser fiel imitador de la religión y de la vida edificante de sus progenitores, en cuya escuela práctica había aprendido la virtud, y con el fin de ejercitarla pasó á Oriente, en donde fué distinguido por el rey Amauri, que le nombró mariscal y copero mayor, encargándole asuntos importantes; pero él renunciando aquellas dignidades, entró en la Orden del Temple, y en atención á sus relevantes méritos, el capítulo general le nombró Gran Maestre.

Todo el tiempo que Amauri rey de Jerusalem permaneció en Constantinopla, se pasó entre fiestas, juegos y regocijos; no obstante se ocupó algún tanto del estado de la Palestina y de los medios que podían emplearse para resistir al empuje de los infieles. A este efecto concluyó un tratado con el emperador griego, y luego después Amauri se hizo á la vela con diez galeras, que á la verdad fueron de poco socorro para las grandes necesidades que reclamaba la Tierra Santa. A su llegada, el rey tuvo el sentimiento de saber que durante su ausencia Noradino había rendido tres plazas y devastado las comarcas de Tripoli, que el arzobispo de Tiro había vuelto de Europa sin socorros ni esperanza de la cruzada que había ido á reclamar de los príncipes cristianos, y para colmo de desgracias, que el apóstata Templario Melier ó Milon devastaba la Cilicia á la cabeza de un cuerpo de tropas musulmanas, á fin de apoderarse del trono de Armenia, que pretendía pertenecerle por la muerte de su hermano. La pequeña Armenia, provincia inmediata á la Siria, tenía príncipes, algunos de ellos cristianos de religión, y otros cismáticos, lo mismo que sus vasallos. Teodoro que reinaba en aquella época, aunque cismático, para resistir á los griegos, había firmado alianza con los cristianos latinos de Oriente, permitiendo erigir sus iglesias á los Templarios y Hospitalarios.

(1) Patriarchium Ritocens, tom. 2. Bibl. Labbeanae, pág. 110.

Un hermano suyo llamado Melier ó Milon, renunciando el cisma, se hizo Templario. Teodoro, para estrechar más y más las relaciones con los latinos, casó una hermana suya con un gran señor cristiano, de cuyo matrimonio hubo un niño que se llamó Tomás, y que Teodoro reconoció por heredero inmediato de la corona de Armenia. Durante el reinado de Teodoro, fué protegida de un modo especial la Orden del Temple, concediéndole cuantiosos bienes. Muerto Teodoro, su sobrino Tomás, á pesar de no querer abrazar el cisma, como querian algunos armenios, tomó posesion del reino con el apoyo de los grandes. Milon, que la historia no dice si fué echado del Temple, ó si desertó de la Orden, tomó las armas, con la ayuda de Saladino, para disputar la corona á su sobrino, al cual arrojó del trono, y se apoderó de Armenia; y no contento con esto, invadió el principado de Antioquía, llegando hasta las fronteras de la Palestina, pasándolo todo á fuego y sangre y dejando en pos de si no mas que ruinas.

No es posible describir el horror de las crueldades que dicho apóstata ejerció contra los cristianos latinos que caian en sus manos, pero singularmente cebaba su odio con los Hospitalarios y sus antiguos hermanos de religion, es decir los Templarios, á los cuales hacia sufrir los más atroces tormentos. Las crueldades, la devastacion y el terror que causaba dicho apóstata, excitaron en todas partes una indignacion general; y para detener aquel torrente asolador, tanto el Temple como el Hospital y Bohe-mundo III de Antioquía reunieron todas sus fuerzas para perseguir á Milon, que tantos estragos causaba. El rey Amauri, que habia llegado hacia poco de Constantinopla, en donde halló mas honores que recursos, se dispuso tambien á marchar á la cabeza del ejército; más se detuvo al saber que Milon se habia retirado á los desfiladeros de las montañas y atrincherado en ellas, esperando ser atacado. Saladino, á fin de distraer las fuerzas que iban en persecucion de Milon, dirigió su ejército hácia la Siria, amenazando las fortalezas de Krac y Montreal sobre la frontera de Arabia, y consiguió en parte su designio; no obstante acudió al socorro de estas plazas Toron, condestable del reino, con todas las fuerzas que pudo reunir en Jerusalem de Hospitalarios y Templarios, é hizo retirar á los infieles.

Sin embargo, Milon no pudo gozar por mucho tiempo del fruto de su desatentada ambicion, por cuanto fué asesinado por Rupin de la montaña su pariente, que le sucedió (1).

Durante estos acontecimientos, el Papa Alejandro III dirigió á los Templarios una bula sobremanera honorífica para la Orden, en la cual empieza por felicitarles, por cuanto su instituto se tiene en gran venera-

(1) Descripción de la isla de Chipre por el P. Lusignan.

cion en el mundo cristiano, porque dóciles á la gracia de su vocacion, marchan con ánimo y perseverancia por el camino estrecho, renunciando las pompas y placeres del siglo, como verdaderos israelitas y soldados del Señor, y se hallan siempre animados de aquella caridad que todo lo sacrifica en utilidad y provecho del prójimo. Despues de este preámbulo continúa el Papa: «Aunque vuestro celo no se haya jamás entibiado, Nos os exhortamos no obstante y recomendamos tanto á vosotros como á vuestros sirvientes, á aplicaros enteramente á la defensa de esa porcion de la Iglesia católica que gime bajo la tiranía de los paganos, á oponeros con todas vuestras fuerzas á los enemigos de la cruz, y á fin de secundaros, os concedemos el poder convertir á vuestro uso y provecho todo cuanto podréis recoger de sus despojos, sin que nadie pueda participar de ellos sin vuestro consentimiento.

«Nos queremos que el Temple en donde os reunís para la gloria de Dios, defensa de sus servidores y libertad de la Iglesia, sea ahora y en adelante perpétuamente bajo la proteccion de la Santa Sede, con todos los bienes y posesiones que goza y que obtendrá en lo venidero, tanto de la liberalidad de los príncipes, como de las limosnas de los fieles.

«Nos declaramos por las presentes, que la disciplina regular que está en vigor en vuestra casa, sea inviolablemente observada por cada uno de sus miembros, que se viva con la castidad y pobreza conformes á su profesion, y con la obediencia perfecta al Gran Maestre, y á aquellos que éste designare; y por cuanto dicha casa es el origen de todas las demás de vuestro santo instituto, Nos queremos que ella sea tambien considerada de aquí en adelante como cabeza y matriz.

«Nos estatuímos además, que á la muerte del Gran Maestre Odon, nuestro amado hijo, y de la de sus sucesores, nadie sea reconocido por superior general vuestro, que no haya sido profeso, elegido del rango de los caballeros, y votado unánimemente por todos los hermanos, ó á lo menos por la mayor parte más sana del capítulo. En cuanto á los usos establecidos por el Gran Maestre y hermanos para el mantenimiento de la disciplina claustral y militar, no será permitido á ninguna persona eclesiástica ó secular derogarlos ó infringirlos. Sólo el Gran Maestre, de acuerdo con la más sana parte del capítulo, podrá cambiarlos cuando hayan estado en vigor, y hallados por escrito.

«Nos prohibimos tambien á todas las personas eclesiásticas y seglares exigir del Maestre y miembros de dicha casa ningun homenaje, salvo-conducto ni juramento de fidelidad que está en uso entre los seglares.

«Haced atencion sobre todo, que habiendo sido suscitado vuestro santo instituto por Dios por una providencia especial, no conviene que vosotros paseis á otra orden bajo el pretexto de mayor regularidad. Aquel, cuya naturaleza es ser inmutable y eterno, no puede aprobar esta incons-

tancia, y no inspira los buenos designios, sino á fin de que se persevere en su ejecucion. ¿Cuántos de vosotros no se han hecho agradables al Señor, y han alcanzado un nombre inmortal bajo el casco y la coraza? ¿Cuántos no se conocen de entre vosotros, que han conseguido una gloria eterna, fortificándose en medio de los penosos trabajos de la guerra? Por lo tanto poned cuidado, ya seais caballeros ya sirvientes, en concebir la más alta estima de vuestro estado, y que cada uno de vosotros permanezca en su primera vocacion. Por esto se os declara una vez admitidos por la profesion religiosa, que ya no sois libres de volver al siglo, ni despedir á ninguno de los que han hecho y pronunciado sus votos, ni de pasar á otro monasterio para llevar una vida más ó menos estrecha, á menos que consultado el Gran Maestro ó hermanos se obtenga la permission; sin esta condicion, ninguna persona será recibida en otra corporacion eclesiástica ó secular. Y por cuanto es justo que aquellos que son por estado los defensores de la Iglesia, vivan de los bienes eclesiásticos. Nos prohibimos á cualquiera que sea, exigir el diezmo de todo lo que pertenece á vuestra venerable casa, sin vuestro asentimiento. Asimismo, á fin de que nada os falte de cuanto pueda contribuir á vuestra salvacion y cuidado de las almas, y tambien podais más cómodamente recibir los Sacramentos y asistir á los officios divinos en vuestro sagrado colegio. Nos os permitimos el admitir presbíteros y otros clérigos de reconocida probidad, recibéndolos de cualquier punto que vengan, despues de estar informados que están bien y válidamente ordenados. No solamente se os permite el agregarlos á la casa matriz de la Orden, sino tambien á todas las encomiendas y otros lugares dependientes, á condicion no obstante de que no serán miembros de ningun otro instituto, y si no vienen de lejos se pedirán á los Ordinarios. Si despues de esta diligencia os los rehusasen, podreis recibirlos y conservarlos por la autoridad de esta Santa Sede.

«Si dichos clérigos despues de su recepcion se hacen inútiles é incómodos, sembrando la discordia entre los hermanos, el capítulo podrá despedirlos, permitiendo que se alistén en otra orden que sea de su agrado, y reemplazándolos por otros sujetos más aptos, los cuales despues de un año de prueba, serán recibidos á la profesion haciendo voto de vida regular y de obediencia al Gran Maestro. Si su conducta da lugar á esperar que se harán necesarios, en este caso tendrán derecho al mismo tratamiento de dormir, vivir y vestir como vosotros, llevando sus hábitos cerrados por delante.

Ellos no tendrán ningun derecho en los asuntos de capítulo ni en el gobierno de la casa, sino cuando se considere útil el concedérselo. Respecto á la cura de las almas no se inmiscuirán hasta tanto que vos se las encargáreis, ni reconocerán otros superiores más que á vuestro capítulo.

Ellos estarán sujetos en todo y por todo á vos, Odon nuestro caro hijo, y á vuestros sucesores como á su Maestre y prelado ordinario. Nos queremos además, que cuando se tratare de promover á estos clérigos á órdenes sagradas, vos tendréis facultad de enviarlos al prelado católico que querais, el cual revestido de nuestros poderes les concederá lo que se le pidiere.

«Nos les prohibimos prelicar para recoger dinero, ni por algun otro interés temporal, así como el que se remita á vos con este fin. Vos no recibireis á nadie que no haga voto de estabilidad y que no prometa trabajar todo el resto de su vida en la conversion de sus costumbres, bajo la obediencia del Gran Maestro. Estas promesas serán hechas por escrito y depositadas sobre el altar.

«Sin derogar nada al derecho de los obispos sobre los diezmos, entierros y oblata de los fieles, Nos os concedemos el poder construir ó edificar oratorios en los lugares de que os hagan donacion, y que son habitados por familiares vuestros á fin de que podais vos y aquellos asistir á los officios divinos y recibir la sepultura; por cuanto seria indecente y aun peligroso para personas religiosas hallarse con mujeres y confundirse con seglares todas las veces que se tratase de asistir á la iglesia. Por último, Nos os autorizamos en el goce de todos los diezmos que podreis adquirir y recibir de manos de clérigos y laicos con el consentimiento de los prebados.

«A fin de que nada os falte respecto á lo que concierne á la participacion de los bienes espirituales, Nos estatuímos y ordenamos que en cualquier lugar á que vos llegéis, os sea permitido recibir los sacramentos de la Penitencia, Extremauncion y demás de todo sacerdote católico; y como todos hacemos un mismo cuerpo en Jesucristo, y en Dios no hay excepcion de personas, Nos extendemos á vuestros familiares y hermanos sirvientes todas las gracias y favores, la remision de los pecados, y las bendiciones apostólicas que os han sido concedidas; y cuando aquellos de los vuestros que son enviados para recoger las limosnas de los fieles llegaren á alguna poblacion, ciudad, castillo ó villa, se tendrá cuidado, aun cuando dicho lugar esté en entredicho, de hacerse abrir la iglesia una vez al año, y celebrar los santos misterios, pero sin admitir á ningun excomulgado, y todo en consideracion á la milicia del Temple, por respeto á sus caballeros y en señal de alegría por su llegada.

«Por lo tanto, que persona alguna tenga la temeridad de molestar á vuestra milicia, ni de causarle perturbacion alguna, arrebatando, reteniendo ó disminuyendo sus posesiones; que cada uno al contrario se interese en conservárselas, pues que ellas deben servir no solamente á vuestro uso, si que tambien á utilidad de los fieles en general.»

Hasta ahora no hemos hallado nada más expreso ni más detallado sobre los privilegios de los Templarios como este documento, no obstante

debemos advertir que se halla sin data, y está inserto en las actas de Rimer, al 18.º año del reinado de Enrique II de Inglaterra, y por consiguiente corresponde á 1172 (1).

Dicha bula nos parece menos una nueva concesion, que una confirmacion ó extension de los privilegios anteriormente concedidos. Es evidente que los Templarios estaban sujetos inmediatamente á la Santa Sede, tanto en lo espiritual como en lo temporal; que de ella tenian el poder y la facultad de instituir y destituir presbiteros; que fué la Santa Sede la que les sustrajo de la jurisdiccion del Patriarca; equivocándose la mayor parte de los historiadores al decir que dicha separacion tuvo lugar durante el pontificado de Calixto II, segun unos, y segun otros, siendo Gran Maestre Monteagudo; por fin, tampoco puede admitirse lo que dice el historiador Gaufredi, que en este tiempo fuese Gran Maestre Hugo Geoffroy, preceptor de Provenza, el cual fué escogido por árbitro en las cuestiones que mediaban entre el rey de Aragon y el conde de Tolosa (2).

Durante el verano de 1172, Saladino en vez de atacar vigorosamente á los cristianos segun las órdenes que tenia recibidas, se entretuvo por espacio de tres meses en merodear y devastar las fronteras de Siria, entre Krac y Montreal. Noradino, que observaba todos sus movimientos, se convenció de que Saladino buscaba el momento de declararse independiente, y por consiguiente de sustraerse á sus órdenes, por cuyo motivo resolvió marchar contra dicho emir y despojarle si le era posible de su mando y dignidad. Bajo este punto de vista firmó una tregua con Amauri, al objeto de no tener al ejército cristiano por obstáculo que le impidiese la realizacion de aquella empresa (3).

En este intervalo, llegó á Oriente el duque de Sajonia Enrique de Leon, seguido de algunos caballeros, y hallando á los cristianos con la tregua de que hemos hecho mencion, y por otra parte no habiendo fuerzas bastantes para hacer frente á Saladino, se contentó el duque con visitar los Santos Lugares, hacer sus ofrendas y mandar se fortificasen algunas plazas; y antes de volverse á Sajonia, entregó á los Templarios más de mil marcos de plata para complemento de su voto (4).

Habia en esta época, siguiendo el Itinerario del judío Benjamin, dos hospitales en Jerusalem, y de cada uno de los cuales salian muy amenudo 400 caballeros para ir á la guerra, sin contar los que llegaban de

(1) Rimer tom. 1, pag. 10.

(2) Hist. de Provenza, tom. 1, pag. 111.

(3) Hist. de Saladino, tom. 1, pag. 217.

(4) Rerum Brunsvicensium, tom. 3, pag. 723.

Francia, España y otros países cristianos; es evidente que dichos hospitales eran del Temple y de S. Juan (1).

En 1173 tuvo lugar un acontecimiento lamentable, del cual se aprovecharon despues los enemigos del Temple para infamar á toda la Orden, y que no fué sino una falta personal. La apostasia de Milon no hubiera merecido un ápice la reputacion de los Templarios, si no acaeciera otro suceso de grave importancia que ha dado lugar á injustas acusaciones.

Desde algunos siglos se habia establecido en las extremidades de la Siria, entre Fenicia, Anterade y Trípoli, una secta de mahometanos, llamados Batenianos por los árabes, y Asesinos por los cristianos, los cuales eran procedentes de la Persia y habitaban las montañas del Líbano. Su jefe, que se llamaba el Señor de la montaña, era como un lugarteniente del rey de Persia. Esta horda de bandidos y bárbaros, sin ley y sin fe, pero con un odio mortal á los musulmanes y á los cristianos, admitian la metempsychosis, el incesto, y sobre todo la bajada del Espíritu Santo sobre sus imanes. La viva persuasion de este último punto les inspiraba una obediencia ciega hasta el punto de afrontar la muerte con una intrepidez sin ejemplo (2), y muy particularmente mostraban dicha obediencia, cuando su señor les mandaba asesinar á algun personaje.

Más de una vez algun extranjero fué testigo de su fanatismo, pues á una señal de su jefe se precipitaban al agua, al fuego y á la punta de sus armas; ellos ejercian su furor indistintamente, tanto con los cristianos como con los musulmanes si les eran de estorbo á sus planes, y bastaba que su señor les señalase la victima para que aquellos malvados le asesinaran, fuese príncipe ó soberano, introduciéndose en sus mismos palacios para cometer aquel crimen. Su arma era el puñal, y de ahí vino el llamarse Asesinos por la razon de que dicha arma en lengua persa es *hassissia*.

Su territorio ó estado consistia en algunos castillos fortificados en la cima de montañas casi inaccesibles y valles rodeados de desfiladeros, y en sus gargantas tenian sus villas. Su número era de unos 60,000 habitantes, todos crueles, fanáticos y homicidas, de manera que los príncipes vecinos no se atrevian á molestar á estas fieras.

Algunos soberanos, tanto cristianos como infieles, para librarse del furor de dichos asesinos, enviaban de cuando en cuando magníficos presentes al jefe de estos bandidos. Sólo la Orden del Temple hizo una guerra sin tregua á estos monstruos.

Hallamos en la historia, que un emperador de Mossul, un sultan de

(1) El abate Fleuri: Hist. Eccl.

(2) Disertacion sobre los Asesinos, memoria de la Academia de Inscripciones, tom. 17, pag. 127.

Korassan, dos califas, el uno de Bagdad y el otro de Egipto, fueron asesinados por emisarios del Señor de la montaña sin contar al visir Nazam, á muchos príncipes Seljucidas y otros (1). El mismo Saladino fué atacado diferentes veces; el hijo del rey de Inglaterra fué herido y pudo escapar apenas de sus golpes. Llegó á tanto su maldad é infamia, que alguna vez aparentaban convertirse á la religion cristiana, y se bautizaban para ocultar sus siniestros proyectos, y así tener más fácilmente ocasion de cometer un crimen. Sus crueldades llegaron á tal punto, y sus atentados causaron tanta indignacion, que apenas se concedia el derecho de gentes á sus enviados, de suerte que en algunas ocasiones se amenazó á éstos con arrojarlos al mar.

El primero de los cruzados que pereció por medio del puñal de estos asesinos fué Raimundo II, hijo del conde de Trípoli, que asesinaron al pié del altar en Tortosa (1148).

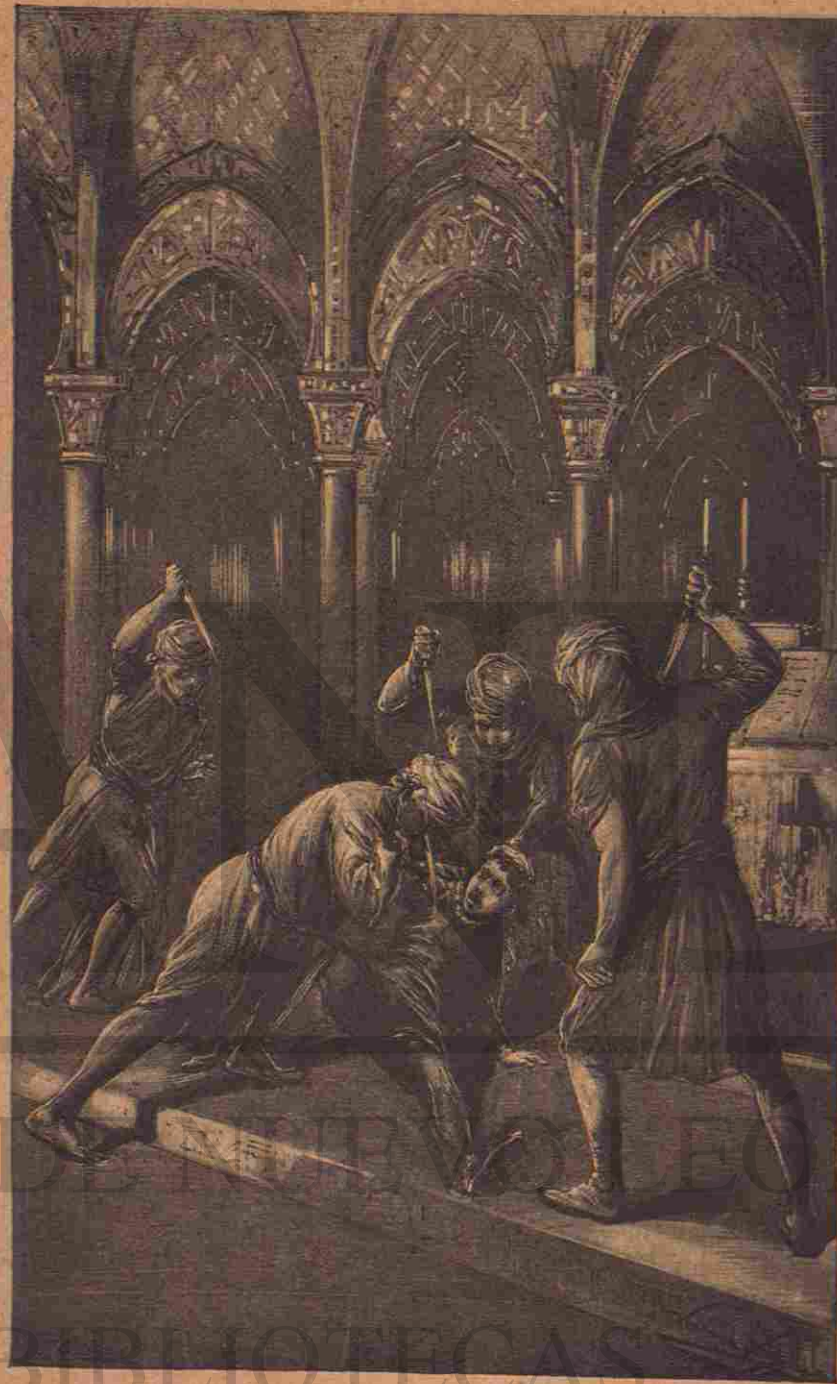
Los Templarios que ocupaban las plazas vecinas á estos fanáticos, fueron los únicos que tuvieron el valor para vengar la muerte de Raimundo. Después de haberlo meditado bien, encontraron las avenidas para atacar á aquella horda de caribes. En efecto, entraron los Templarios dentro de aquel territorio que se juzgaba impenetrable, y fué tanto el terror que infundieron los caballeros al Señor de la montaña, que se hizo su tributario, comprometiéndose á pagar cada año á la Orden del Temple 2,000 besans de oro que equivalen á 20,000 libras, con tal que no molestasen su pequeño estado. Este señor temía de tal modo á los Templarios, que jamás se atrevió á atentar á la vida de ningún Gran Maestre, aunque le era fácil; con cuyo motivo, dice Mezeray, los Templarios podian gloriarse de ser formidables á aquel que era temido de todo el mundo (2).

Dichos bárbaros, cansados de una servidumbre de veinte y cuatro años, se imaginaron que el mejor medio de librarse de ella seria tratar de su conversion al cristianismo; en su consecuencia, el Señor de los asesinos envió al rey Amauri un cortesano fino y astuto, llamado Boabdelle, quien indicó que su principal, hombre de carácter, despues de haber hecho un estudio profundo del Evangelio, se habia enamorado de sus máximas, adoptado sus misterios, admirado sus prodigios, y habia procurado enseñarlos á sus pueblos; que resuelto á renunciar las imposturas de Mahomet habia mandado destruir las mezquitas, introducido el uso del vino y del jamon; en una palabra, que todos recibirian el bautismo, si se les dejaba gozar de la misma libertad como los cristianos, eximiéndoles del tributo que pagaban á los Templarios (3).

(1) Hist. de los Hunos, término. Asesinos. — Hist. universal, tom. 17, pag. 119, 128, 129, 132, 139.

(2) Hist. de Francia primera edicion en folio, lib. 13.

(3) Guillermo de Tiro, Hist., lib. 20, cap. 21.



Raimundo II, hijo del Conde de Trípoli,
fué asesinado al pié del altar

El rey Amauri, no advirtiendo lo capcioso de estas proposiciones, las aceptó con muestras de alta estima; en cuanto á los Templarios no se ha dicho que rehusasen pagar á tan alto precio una conversion simulada, á lo menos sospechosa; sin embargo es positivo que el rey prometió indemnizar al Temple de su propio dinero la suma del tributo. Se trató al enviado con todos los honores, y para su vuelta le acompañó uno de la guardia del rey hasta la frontera. Boabdelle habia pasado ya más allá de Trípoli, cuando vino á su encuentro un Templario que le hizo aparentemente algun reproche; se siguió luego una disputa, de las palabras se pasó á vias de hecho, y el caballero mató al enviado.

Al llegar á noticia del rey la muerte de Boabdelle, irritado de este acto por las consecuencias que podian sobrevenir, pidió al Gran Maestre, Odon de San Amando, completa satisfaccion, mandándole entregase á Gaultier Dumesnil que era el caballero culpable. San Amando, fundado en las inmunidades de la Órden que acababan de renovarse por la bula anteriormente citada, rehusó entregar su súbdito á los oficiales reales, sosteniendo que el caballero estaba sujeto á su autoridad, y que á este fin estaba arrestado, y se le habia impuesto penitencia; y que como los Templarios estaban inmediatamente sujetos á la jurisdiccion de la Santa Sede, dentro de poco lo remitiria á Roma para que allí fuese juzgado, y que entre tanto prohibia en nombre de la Santa Sede que nadie, fuese quien fuese, se apoderase de dicho caballero.

El rey, sin hacer cargo de las protestas del Gran Maestre, por medio de la fuerza pudo arrebatar al Templario que estaba preso en Sidon, y le trasladó á las cárceles de Tiro.

Hé aquí lo que autoriza al historiador de Amauri para manchar la reputacion del Gran Maestre; hé ahí lo que ha dado lugar á otros escritores (1) para decir que S. Amando, tambien culpable como Dumesnil, fué encarcelado con él y otros cómplices, más pérfidos y más infames que los mismos asesinos, por no haber hecho atencion á las consecuencias funestas de una accion tan criminal como habian meditado. Tales son las circunstancias falsas con las cuales el caballero Jauna ha revestido la accion del Templario Dumesnil; ellas son demasiado odiosas é insultantes para la memoria del Gran Maestre S. Amando y de sus caballeros, para que pasen desapercibidas. A consecuencia del arrebato del rey Amauri en infringir ó atropellar las inmunidades de los caballeros, se temió que se sublevarian todos los religiosos de Siria, no solamente del Temple y del Hospital, si que tambien de las demás órdenes, los cuales, celosos de sus privilegios, temian que este ejemplo no se repitiera con los otros; pero la muerte de

(1) Pentaleo: De ordinis Joannitarum rebus gestis, lib. 2, pag. 43.—Hist. general de Jerusalem, lib. 5, cap. 2.

Amauri impidió que este asunto produjera consecuencias desagradables, que sin duda hubieran tenido lugar, por cuanto el rey se había propuesto que este asunto se terminara por las potencias extranjeras, y los regulares por su parte hubieran acudido á la Sede Apostólica, que infaliblemente hubiera sostenido su obra.

Como los enemigos del Temple declamaban sordamente que Dumesnil si tal cosa hizo, fué á instigación de sus cohermanos, de ahí es que Guillermo de Tiro no titubeó en hacerlo constar como una felonía premeditada por gente á la cual sería perjudicial la conversión de los asesinos. Esta razón cae por sí misma; los Templarios nada perdían con el tratado, por cuanto el rey se encargaba de su indemnización.

Nosotros encontramos en el modo de contar este hecho ciertas señales de incertidumbre, las que hacen presumir que el historiador de Amauri no estaba bastante instruido del hecho que relataba, por cuanto repite en este lance cuatro veces estas palabras, *como se dice, como se decía*, lo que nos hace recordar la observación de un crítico, hablando de Guillermo de Tiro, á saber, «que se equivoca no solamente en lo que asegura por el testimonio de otro, si que también en lo que pasó en su tiempo y bajo sus ojos (1).» ¿Es creíble, por ejemplo, en lo que asegura tocante á la conversión de los Asesinos? No hay ningún trabajo en concebir cómo y por qué el mahometismo hizo tan rápidos progresos en Asia; pero que una nación compuesta de 60,000 súbditos, la mitad judíos y los demás celosos partidarios de una ley hecha para lisonjear los sentidos, de un golpe se haya desprendido de sus preocupaciones y fanatismo, y haya dicho anatema á Mahomet, renunciado á la vida sensual, derribado sus mezquitas y abandonado el culto exterior del profeta á la sola predicación ó voluntad del Viejo de la montaña, es decir, de un jefe electivo y dependiente de un soberano que podía frustrar sus proyectos y disipar sus prosélitos; esto era demasiado maravilloso para ser creído bajo la palabra de Guillermo de Tiro.

El Bateniano era tan poco cristiano en su alma, que el año siguiente intentó asesinar á Saladino delante de Alepo (2).

Creemos que había tanta realidad en el proyecto de convertirse estos fanáticos, como verdad en la descripción que se hacía de los lugares encantados en donde instruían á sus emisarios. Eran, se decía, magníficos palacios, resplandecientes de oro y pedrería, con mármoles preciosos, adornados y enriquecidos de cuanto el arte y la naturaleza tienen de más raro y maravilloso: de todas las montañas vecinas se habían reunido las jóvenes de una hermosura encantadora, á las cuales se instruía desde su ju-

(1) Pagl, tom. 4, pag. 338, n. 18.—Idem. pag. 66, n. 10 y 11.

(2) Hist. de Saladino por M. Marin, lib. 4, pag. 279.

ventud en el arte de inspirar la voluptuosidad por todos los sentidos, puesto que se las dedicaba á la danza, música y espectáculos; en el recinto de dichos palacios nada faltaba de cuanto podía desearse para una vida de sensualidad, jardines deliciosos, flores y plantas aromáticas, riachuelos de aceite y vino, fuentes de miel y leche, etc. (1). *Credat judæus Apella, non ego.*

El historiador Fleury, después de haber contado la acción de Dumesnil, empieza por atribuirle á la corporación del Temple, y concluye diciendo, que los Templarios y Hospitalarios habían de tal manera degenerado, que los escritores cristianos y mahometanos están acordes, pintándolos como los más perversos de todos los hombres, y que en sus rapiñas y latrocinios no diferenciaban más á los cristianos que á los infieles, con los cuales no guardaban tratados ni palabra.

Ningún fundamento tiene esta inventiva; el papa Alejandro III que entonces ocupaba el solio pontificio, mejor informado que nuestros modernos, usa de un lenguaje muy diferente en sus letras apostólicas (2) y en la bula que hemos copiado; á ella es fácil recurrir, y por cierto que no se hallará en la misma alusión alguna á latrocinios.

Por otra parte, asegurar indefinidamente que los Templarios no hacían diferencia de cristianos ó infieles en el pillaje, esto es detractor de una manera irritante, y es del todo contrario á la conducta que observaron las dos Órdenes en la época de que se trata. Si el historiador eclesiástico hace aquí relación al saqueo de Pelusa, en donde muchos cristianos perecieron en el tumulto, se sabe que los Templarios rehusaron formar parte de esta expedición, y que cuanto sucedió, se debe atribuir menos á la avaricia de los Hospitalarios que al ciego furor del soldado.

Pero ¿á que fin maltratar á los Hospitalarios, con motivo de un muerto que no debe imputarse sino á un solo Templario? decimos de un solo Templario, como puede verse en Mateo de París (3), en Jacobo de Vitri (4) y en el cronista Pipin (5). Estos dos últimos no dicen si el que mató á Boabdelle era ó no caballero.

Un autor tan grave como Fleury, fundado, según pretende, sobre el acuerdo anónimo de escritores cristianos y árabes, para desacreditar á las dos Órdenes, debía á lo menos citar al margen algunos de sus garantes. Sin embargo, no se apoya sino en una vida de Saladino y aun manuscrita, que no ha visto la luz pública y tememos que no la verá nunca, por

(1) M. Pauli Veneti: De Regionibus orientaliibus, lib. 1, cap. 28.—Item, Chronicon Francisci Pippini cap. 39.

(2) Vet. Scrip. amplissim. Collect., tom. 2, col. 842, 847, 850, 847, 833.

(3) Al año 1119.

(4) Jacob. Vitriac.: Hist. de Jerusalem, cap. 11.

(5) Fr. Pippinus in Chronico, cap. 40.

cuanto la de M. Marin explica detalladamente esta materia. Este habil historiador, bien ilustrado por cierto sobre la historia árabe y cristiana, y mejor fundado que el manuscrito citado, no dice en ninguna parte que en esta época los caballeros hubiesen degenerado hasta el punto de ser los más perversos de todos los hombres, á pesar de haberse propuesto no perdonar á nadie al trazarnos fielmente la corrupcion de los orientales. Las fuentes á donde ha acudido son Jacobo de Vitri (1) y Marin Sanut (2). Lejos de hallar lo que Fleury se ha atrevido á consignar, ninguna mencion hace de los caballeros, ni tampoco con el nombre general de regulares por el cual dichos autores entendian los monjes, freiles, religiosos y capellanes. En cuanto á lo que añade en general, que no guardaban tratados ni palabra con los infieles, esta acusacion no es menos atrevida que las antecedentes. Por poco versado que se esté en la historia de las cruzadas, se sabe que la ruptura y falta de fe de los cristianos provenia ordinariamente de parte de los nuevos desembarcados, los cuales, poco inquietos de si los cristianos se hallaban ó no en paz, se avergonzaban de volverse á su país sin haber antes guerreado con los infieles; y en tanto es así, que los sicilianos el año siguiente comprometieron á los cristianos para poner sitio á Alejandria durante la tregua hecha con los musulmanes. Los sacerdotes, dice un autor moderno (3), creian poder dispensar los juramentos hechos á los infieles, considerando como una accion santa enganar á los enemigos del cristianismo. Por lo tanto es en vano querer probar por la infraccion de los tratados, el que los caballeros fuesen los más perversos de todos los hombres, cuando este vicio era el de los sacerdotes y de la nacion.

No pretendemos extendernos mas sobre el Bateniano asesinado, que nos conduciria demasiado lejos, por lo demás, no queremos disculpar á Dumesnil; su accion es inexcusable, y seria indigno de la historia querer borrar dicha mancha á expensas de la verdad; pero la falta es personal, y la firmeza que tuvo el Gran Maestre para no entregar al reo, no prueba que aquel le hubiera aconsejado ni autorizado, sino que deseaba fuesen respetados los privilegios, á fin de tranquilizar los espíritus contra el temor de verse condenar á una muerte deshonrosa por causas ligeras, como habian sido poco tiempo antes ahorcados doce infortunados Templarios por orden de Amauri, sin forma de proceso, por haber rendido un fuerte que no podia defenderse.

Debemos consignar en honor del Gran Maestre, Odon de S. Amando, que hasta aquí los Templarios no habian tenido un jefe más celoso por la

(1) Jacob. Vit., cap. 69, 70, 71, 72, 87, 88.

(2) Mar. Sanut, lib. 3, part. 8, cap. 5 y 6.

(3) Hist. de Saladino, lib. 3, pag. 211

conservacion de sus privilegios; y este celo y firmeza le han hecho calificar de personaje orgulloso y altivo por Guillermo de Tiro y sus copistas.

En este año 1173 por el mes de mayo murió el sultan Noradino, y en 11 de julio falleció tambien Amauri rey de Jerusalem. Al primero sucedió su hijo Saleh, de edad de 11 años, y al segundo su hijo Balduino de 13. Noradino, segun la historia no tenia vicios; conocidos, pero sí grandes cualidades, á diferencia de Amauri que poseia pocas virtudes y gran número de vicios; abrumaba los vasallos con impuestos, porque decia que un soberano debia ser rico. El sultan por otra parte se consideraba el tesorero de los musulmanes, y en efecto parecia el depositario del tesoro público. La devocion del uno consistia en frecuentar la iglesia y llevar reliquias pendientes del cuello; la del otro era levantarse por la noche para orar, no llevando ni sedas, ni oro, ni plata; el uno era negligente en la administracion de la hacienda, no admitiendo observaciones de ningun género sobre este asunto; el otro arrojaba de sus estados á los usureros y agiotistas, estableciendo un tribunal de justicia para reprimir los vejámenes que los emires ejercian sobre los pueblos; el uno mandaba edificar hospitales, mezquitas y monasterios para religiosos mahometanos; el otro atentaba á las inmunidades y privilegios del clero, reducía las iglesias á la indigencia, obligándolas á pagar lo que no permitian sus facultades. Noradino, excitado por los suyos para aprovecharse de la muerte de Balduino III á fin de que atacase á los cristianos, habia contestado que no era hombre para aprovecharse de la desgracia de otros. Amauri, menos generoso, apenas supo la muerte de dicho sultan, atacó á los musulmanes, porque creia hallarlos sin defensa, pero se engañó. La sultana viuda de Noradino le detuvo delante de Paneas por espacio de quince dias, obligándole á levantar el sitio y aceptando proposiciones de paz; en esta expedicion contra Amauri la enfermedad que acabó sus dias.

Con la muerte de Amauri subió al trono su hijo Balduino IV. Este príncipe, nacido con grandes enfermedades, puede decirse que reinó muriendo á cada paso, y durante su menor edad, fué regente Raimundo III, conde de Trípoli, su más cercano pariente. Durante la misma, las fuerzas cristianas iban disminuyendo á medida que el poder de Saladino aumentaba extraordinariamente. Este afortunado capitán, despues de haberse apoderado de la mayor parte de los estados de Noradino, de concierto con su viuda, con la cual se casó, habia entrado en Damasco. El conde de Trípoli, regente del reino, alarmado de la pujanza de un vecino tan temible, reunió todas las fuerzas posibles, y las acantonó hácia la parte más amenazada. Esto sucedia en 1174.

El año siguiente, 1175, la historia nos ofrece acontecimientos desgraciados para los orientales, disensiones entre los grandes con motivo de la regencia, y las frecuentes ventajas que alcanzó Saladino; el cual como

hábil político supo aprovecharse de la menor edad de Balduino IV y del joven sultan Saleh á fin de realizar sus proyectos.

En 1176, Felipe conde de Flandes desembarcó en el puerto de Acre con un refuerzo considerable, llevando por objeto visitar los Santos Lugares y medir sus fuerzas con Saladino. A su llegada, los dos Grandes Maestros á la cabeza de la nobleza le ofrecieron el gobierno del reino, por cuanto era general el descontento del conde de Trípoli, que se habia apoderado de la regencia. Pero el conde de Flandes rehusó admitir el gobierno que se le ofrecia, contestando que habia ido á la Palestina para cumplir su voto, y no para recibir honores ni ejercer autoridad; y sin perder tiempo se puso á la cabeza de sus tropas, sin cuidarse si los infieles guardaban ó no los tratados con los cristianos, y empezó las hostilidades devastando las comarcas de Damasco y Alepo, auxiliado por una gran parte de las fuerzas orientales.

1177. Saladino irritado por las reiteradas infracciones de los tratados de tregua, salió de Egipto con un ejército de 26,000 caballos, y avanzando hácia las costas marítimas de Palestina, se acampó entre Ascalon y Ramla. Balduino desconcertado por la proximidad del enemigo, apenas pudo reunir 3,000 hombres de infantería y 400 caballos, á los cuales se unió el Gran Maestro del Temple con 80 de sus caballeros; mandando retirar la guarnición de Gaza: las demás fuerzas del reino se hallaban entonces ocupadas en levantar los muros del castillo de Hama bajo la dirección del conde de Flandes y del regente de los Hospitalarios. Balduino á pesar de sus enfermedades continuas y de la desigualdad del número no titubeó en correr á la defensa de sus fronteras. Saladino presentó la batalla, pero se evitó ésta á propósito, encerrándose en Ascalon para entretener al enemigo.

Esta circunstancia fué causa de que Saladino, despreciando la debilidad de su rival, descuidó sitiarse, esperando tomarla cuando quisiera. Con esta persuasión dividió su ejército en diferentes destacamentos, que llevaron el hierro y fuego á las comarcas vecinas. S. Amando, Joscelin Baleán y otros señores que componian el consejo del joven rey, advertidos de las disposiciones del sultan, y viendo al enemigo considerablemente disminuido, creyeron llegado el momento de atacarle con ventaja. En efecto, combinado el plan, salieron de Ascalon á favor de una noche oscura, y por caminos desviados avanzaron en buen orden hasta las líneas musulmanas. Saladino se apercibió, pero tarde, de la falta que habia cometido: los cristianos se arrojaron con intrepidez y furor contra el enemigo; no obstante éste opuso tal resistencia, que obligó á replegarse á los primeros; pero volviendo éstos á la carga rompieron el cuerpo de los mamelucos, matando á su comandante y penetrando hasta el lugar

en donde Saladino estaba atrincherado, lo que le causó tal espanto, que abandonando el campo, huyó con precipitación sobre un dromedario. La derrota de los egipcios fué general: los que pudieron escapar del campo de batalla murieron unos de sed y hambre, atravesando los desiertos de la Arabia, y otros desarmados y cansados perecieron á manos de los paisanos, los cuales bajando de las montañas acabaron con ellos con piedras y bastones, como si fueran bestias feroces (1). Los destacamentos que Saladino habia enviado para forrajear y robar, fueron derrotados ó hechos prisioneros.

Balduino, si adquirió esta gloria, tuvo que compartirla con Odon de S. Amando, Renaldo de Chatillon, librado poco antes de su cautividad, y algunos otros señores. Los condes de Flandes y de Trípoli se hallaban entonces delante de Hama, que se vieron obligados á abandonar. Desde allí pasaron á Harem, plaza fuerte situada entre Alepo y Antioquía. Balduino se reunió á aquellos con su ejército victorioso; se tuvo sitiada la ciudad por espacio de cuatro meses, hallándose la guarnición en grande aprieto y en vigiliias de rendirse; pero Salhe, conociendo la avidez de los francos, corrompió con regalos al conde de Trípoli, el cual fué el primero que se retiró; despues siguieron los otros barones, y por fin el rey que, tentado como los otros, recibió una grande suma y levantó el sitio; lo que causó general asombro á los Templarios, Hospitalarios y demás jefes incorruptibles del ejército cristiano. Este comercio reprehensible de un príncipe católico con los infieles fué causa de funestas consecuencias para el porvenir de los latinos (2).

El abate Vertot en su historia de Malta, llama á esta convencion un comercio infame; no obstante preguntaremos, ¿no era permitido á los cristianos fatigados en extremo con un sitio de cuatro meses el poder transigir con el enemigo sin deshonorarse? ¿Se sabe la suma que se recibió, si equivalia á la plaza que se abandonaba? Lo positivo es que los Templarios no tuvieron ninguna parte ó participacion en este convenio, por cuanto Guillermo de Tiro no les hace ningun cargo, que por cierto no lo hubiera disimulado. Si Roger de Hoveden insinúa que á consejo de los Templarios se aceptaron los ofrecimientos de Saleh, es tan poco digno de fe sobre esto como sobre lo que añade de que el sitio duró no más que un mes, que el oro y la plata entregada, á la mañana siguiente se hallaron convertidos en cobre, y que en la última batalla habia bajado del cielo un ejército para luchar contra los 500,000 soldados de Saladino, lo que todo es una pura imaginacion (3).

(1) Hist. universal traducida del inglés, t. 16, pag. 517.—Guill. de Tiro, lib. 21, cap. 23.—Hist. de Saladino, lib. 4.

(2) Hist. de Saladino, lib. 4.

(3) Roger de Hoveden año 1177.

A pesar de los estragos que la peste y el hambre hacían en la Siria el año 1178, los Templarios pidieron á Balduino IV la autorización para levantar una fortaleza dentro del territorio de Saladino, un poco más allá del Jordan, llamado el vado de Jacob, con el fin de contener las correrías de los árabes. Lograda la permisión, se empezó la obra en el mes de octubre, y para seguridad de los trabajadores acampó el ejército cristiano en la llanura vecina. Saladino, viendo el peligro y la importancia de esta plaza en construcción, trató de impedirlo, y á este objeto mandó á sus generales inquietasen al ejército cristiano; pero al ver que sus disposiciones no habían interrumpido el que se hubiese acabado la fortaleza en seis meses, y que los Templarios la guarnecían, pues que ellos habían sufragado los gastos, el mismo Saladino se puso en marcha con el grueso de su ejército para dar la batalla á los cristianos, á los cuales encontró á tres leguas de dicha fortaleza, logrando atraerles á una emboscada que tenía preparada, en donde experimentaron grandes pérdidas.

Después de esta funesta batalla, Balduino se quedó atrincherado en una montaña, y los barones, impacientes de reparar las pérdidas que habían sufrido, le aconsejaron que fuese al encuentro del enemigo; y siguiendo este dictamen, se colocó el ejército cristiano entre el Jordan y el campo musulmán. Saladino, que no esperaba semejante movimiento, se sorprendió, por cuanto esta posición impedía la vuelta á su campamento del destacamento de forrajeadores y la unión del cuerpo de mamelucos. Inminente era el combate, cuando los mamelucos aparecieron á la otra parte del río, y se echaron á nado resueltos á abrirse paso, atravesando las filas del ejército cristiano. Este, al ver tal bravata, ataca á los temerarios mamelucos; la mayor parte perece, y quedan en poder del cristiano su convoy y despojos, persiguiendo á los fugitivos á toda brida. Este brillante suceso ocasionó la derrota del ejército cristiano, por cuanto al querer perseguir al enemigo lo hizo con tal desorden, que Saladino, al percibirse de ello, contuvo á los fugitivos, y con el grueso del ejército se abalanzó contra Balduino, que no pudo resistir aquel empuje. La acción duró poco; solamente estuvieron firmes é hicieron prodigios de valor y proezas de eterna fama los dos grandes Maestres del Temple y Hospital, los cuales, al frente de sus escuadrones de caballeros, y á pesar de hallarse envueltos por innumerables enemigos, vendieron caras sus vidas, matando á cuantos se ponían á su frente. Odon de San Amando, que había apoyado la retaguardia del rey contra una colina, se halló solo con los Hospitalarios y el conde de Trípoli, por lo que le fué necesario ceder á la fuerza. El rey se salvó por milagro; el conde de Trípoli huyó á Tiro; el Gran Maestre del Hospital Joubert, cubierto de heridas y con algunos Hospitalarios, pasando á nado el Jordan, se refugió al castillo de Belfort. En cuanto al bravo Maestre del Temple se defendió hasta el extremo; y hu-

biera muerto en la lucha desesperada que con sus caballeros sostuvo contra los sarracenos, si estos no hubiesen querido cogerle prisionero.

Concluida la batalla, Saladino al ver la multitud de muertos que cubrían el campo, y el número de prisioneros, avanzó incontinenti contra la nueva fortaleza, la cual después de una vigorosa resistencia fué tomada por asalto casi á la vista de Balduino, que no se atrevió á socorrerla. El primer cuidado del vencedor fué ordenar la demolición completa de aquel fuerte. Todos los Templarios que cayeron prisioneros de aquel castillo, después de haber sufrido los groseros insultos de la soldadesca, fueron aserrados de medio cuerpo con una crueldad inaudita, y que apenas se concibe con el carácter de Saladino. El menologio del Cister hace memoria de estos caballeros el 14 de junio, como discípulos de san Bernardo, muertos en odio de la religión (1). Solamente se perdonó la vida á algunos de los más notables, que se enviaron á Damasco cargados de hierros (2), y entre estos se hallaba el Gran Maestre del Temple, Fr. Odon de S. Amando, que prefirió morir en el cautiverio, antes que consentir en un canje que consideraba como un ejemplo de peligrosas consecuencias.

Después de la batalla, Saladino mandó le presentasen al Gran Maestre, al cual ofreció la libertad á condición de devolverle á un emir su sobrino, prisionero de la Orden, á cuya proposición respondió el Gran Maestre: «A Dios no plazca que yo dé á mis súbditos un ejemplo tan pernicioso pues con él les autorizaría á rendirse prisioneros con la esperanza del canje. Un templario no debe dar más por su rescate sino su cinturón ó su cuchilla. Vencer ó morir, esta es mi divisa, este es el espíritu de la Orden (3).» Así pensaba esta alma grande, espíritu vigoroso, inquebrantable y valiente, que Guillermo de Tiro nos describe como un genio amasado de maldad, soberbia y arrogancia, como un hombre brutal que no temía á Dios ni tenía consideración á nadie (4). El abate Fleury añade para acabar el retrato: «Tanto había ya degenerado esta Orden (5).» Al lector desapasionado toca decidir cuál de los dos es más reprehensible, Fleury que concluye de particular á general en materia de costumbres, ó Guillermo de Tiro, que manifiesta de una manera tan indecorosa su aversión por San Amando. Después de frases tan inconvenientes, no debe causar extrañeza si los antiguos que copian (6) ordinariamente á este historiador sobre toda otra materia, le han abandonado sobre lo que se permite contra los caballeros del Temple. En efecto, nada se halla en la conducta de este

(1) Menologium Cisterciense, pag. 191.

(2) Bernardus Thesaurarius: De acquisitione Terra Sanctae, cap. 139.

(3) Roberto de Monte, pag. 608. Item, Trivet, Chron., año 1180.

(4) Guill. de Tiro, lib. 21, cap. 29.

(5) Hist. Eccl., tom. 17, pag. 193.

(6) Jacob. Vitriac., cap. 19, 70, 71, etc.—Mar. Sanut, lib. 3, pag. 8, cap. 5, 6.—Bernard, Thesau, cap. 113.

Gran Maestre que haya merecido semejante tratamiento; su firmeza en el asunto de Dumesnil, la adhesión que mostró por las inmunidades de la Orden, es cuanto se le puede echar en cara.

El historiador de la Orden de Malta comete también una inexactitud, al asegurar que Odon de S. Amando salió de su cautiverio y volvió a Jerusalén. Nosotros tenemos pruebas de lo contrario en la Crónica de Trivet y en otras partes (1). El Gran Maestre murió en Damasco, después de algunos meses de su cautividad (1180). Su celo ciertamente no se había limitado a resistir a los enemigos del nombre cristiano, pues también había procurado poner fin a algunas diferencias hasta entonces indecisas, originadas entre los procuradores de las dos Órdenes, con motivo de algunas sumas de dinero que debían repartirse entre ellas, y de muchas tierras sobre cuya posesión entrambas disputaban.

Estas Órdenes se hacían rivales, á proporción de la necesidad que había de ellas, pero esta rivalidad no había llegado á una ruptura estrepitosa; lejos de esto, todas las veces que los Templarios mandaban al Oriente refuerzos considerables, los Hospitalarios por su parte, como cosa de honra, hacían otro tanto, y aun procuraban sobrepajarlos: y en este tiempo no habían llegado á las manos, como dice el abate Vertot (2), por cuanto esto no tuvo lugar sino mucho tiempo después, cuando los Hospitalarios sitiaron á los del Temple en un castillo, como veremos más adelante.

Fr. Odon de S. Amando, resuelto á poner fin á dichas diferencias, concluyó un tratado con el Gran Maestre del Hospital, concebido en estos términos:

«En el nombre del Padre, etc.

«Nos Odon de S. Amando, humilde Maestre de la milicia del Temple, y Nos Roger des Molins, Maestre de la casa del Hospital, hacemos saber á todos, presentes y venideros, que para obedecer á la voluntad de Dios y á las órdenes de nuestro señor el papa Alejandro, á quien solamente debemos obedecer después de Dios. Nos hemos terminado, de consentimiento de nuestros capítulos, voluntariamente y de una manera irrevocable, todos los debates originados entre las dos Órdenes, tanto de la otra parte de mar como de esta, con motivo de nuestras tierras, cantidades y cualesquiera posesiones, con estas cláusulas y condiciones.

«Nos queremos y estatuímos que en virtud de este acuerdo, que es una renovación de la unión fraternal entre nosotros, y como á término de nuestras querellas, cada una de las dos Órdenes goce de aquí en adelante pacíficamente de todo cuanto se halle en actual posesión, tanto en esta como en la otra parte de mar.

(1) Roberto de Monte, loco citato.

(2) Vertot: Hist. de la orden de Malta. lib. 2. pag. 182.

«Que si acontece algun nuevo motivo de disputa entre nuestros hermanos, ó entre Nos y sucesores nuestros, Nos ordenamos que, conforme á la intención del Soberano Pontífice, sea terminado el asunto por caballeros escogidos de una y otra parte, á saber, que los Preceptores de provincias ó casas lo deliberen entre ellos, y lo resolverán absolutamente, llamando por árbitros cada cual de su lado á aquellos de su Orden que se creará ser los más expertos y mejor dispuestos á contribuir al restablecimiento de la paz, y dar á cada uno lo que sea de derecho.

«Que si estos árbitros no pudieran convenirse entre sí, se remitirá el asunto á amigos comunes, al juicio de los cuales será necesario atenerse, y todas las veces que la pluralidad de los votos, tanto de los caballeros como de los amigos comunes, se hubiere pronunciado, el asunto quedará terminado y juzgado, y la paz restablecida.

«Si no fuera posible obtener un juicio definitivo por semejante medio, el asunto será remitido por escrito á nuestro Tribunal, y hasta tanto que Nos lo hayamos terminado, los súbditos de las dos Órdenes vivirán en paz y buena inteligencia, y si algunos de entre ellos dan el menor motivo perturbando esta unión, sepan y entiendan que es contra la intención de sus jefes, contra los estatutos de sus capítulos, y que no pueden satisfacer á esta falta, sino presentándose á Nos y á nuestro Consejo.»

Este convenio fué firmado por los dos Grandes Maestres y remitido al Papa, quien lo confirmó en estos términos:

«Alejandro Obispo, siervo de los siervos de Dios, á nuestros amados hijos el Maestre y hermanos de la milicia del Temple, salud y bendición apostólica. Cuanto más vuestra casa y la de los Hospitalarios se hacen agradables á Dios y á los hombres, y necesarias á la Iglesia de Oriente, tanto más Nos debemos regocijarnos de la unión que existe entre ellas, y trabajar á fin de que no se dividan de aquí en adelante. Por cuya razón Nos ratificamos y confirmamos el convenio que habeis concluido tocante á las disputas que mediaban entre vosotros desde mucho tiempo, y deseamos que sea para siempre.»

El Papa concluye exhortando á los caballeros de las dos Órdenes que «aprovechen todas las ocasiones para prestarse mutuos servicios, concurrendo unánimemente á la utilidad de las dos casas, y haciendo ver por su conducta, que aunque la institución sea distinta, el lazo de la caridad debe unirlos para que parezca una sola orden militar (1).

Esta bula datada en Segni no puede ser del tiempo que se le señala, á saber de 1182, pues antes de dicho año Odon de S. Amando ya había muerto, lo mismo que Alejandro III.

(1) Rimer: Pacta, conv. ntionones, etc., tom. 1, an. 1182.

La consternacion que causaron á los latinos los desgraciados sucesos de que hemos hablado, es imposible de describir. El ejército victorioso de Saladino pasaba á sangre y fuego, como era su costumbre, todas las comarcas cristianas, el ejército cruzado estaba en dispersion, el rey de su ordinaria enfermedad pasó á la lepra; los dos grandes Maestres, el uno cargado de hierros en la esclavitud, y el otro fuera de combate por razon de sus heridas. En semejante extremo la Palestina no podia sostener la guerra: fué necesaria una negociacion, que es el recurso de los débiles. Se pidió una tregua á Saladino que la concedió á peso de oro, y seguramente no hubiera accedido á ella, si el hambre no hubiera desolado el Egipto.

La Orden del Temple, en vista de que su Gran Maestre estaba cautivo, no pasó á la eleccion de un nuevo jefe superior, sino que gobernó interinamente la Orden Fr. Arnaldo de Tarroja, catalan, honor de nuestra patria, el cual habia sido Maestre de Valencia, Aragon y Cataluña, lo que prueba los méritos y servicios que habia prestado á la Orden.

En vista de las grandes calamidades por las cuales atravesaba la Palestina, á fin de remediarlas en cuanto fuese posible, el papa Alejandro III, en 1179, convocó un concilio en Roma, que fué el III de Letran, al que asistieron los prelados orientales, que como testigos de vista podian ilustrar á la Asamblea sobre los medios que debian adoptarse para socorro de la Tierra Santa. Dichos prelados eran los arzobispos de Cesarea y Guillermo de Tiro, Alberto obispo de Belen, Raobel de Sebaste, José de Tolemaida, Roman de Tripoli, el prior del Santo Sepulcro, diputado del patriarca de Jerusalem, y el abad de Monte Sion. Guillermo de Tiro fué encargado de redactar las actas del concilio. Al tratarse en éste de los asuntos de Oriente, los prelados representaron, como único medio para conservar lo que restaba á los cristianos en la Palestina, el tomar á Damietta, la cual serviria de barrera y como de llave y base para hacer progresos en Egipto, cuyo proyecto lo habia comenzado á poner en obra Amauri III, y que hubiera dado grandes resultados, si en el curso de aquella empresa el rey no hubiera sido más bien dominado por la avaricia, que por el deseo de poner á cubierto sus estados de las excursiones de los infieles.

Sin embargo nada de provecho salió de este concilio para la Tierra Santa; lo único que hallamos notable es la amarga queja que en él hicieron los Obispos orientales sobre el abuso que ciertos regulares, los del Temple sobre todo y del Hospital, hacian de sus privilegios. Se les acusó de recibir iglesias de manos de los laicos sin consentimiento del Ordinario, de admitir á los sacramentos y sepultura eclesiástica á excomulgados y entredichos, de admitir y despedir sacerdotes en sus iglesias, sin la participacion del obispo diocesano, de celebrar los santos misterios en una iglesia entredicha muchas veces al año, contra la intencion de la Sede Apos-

tólica, que lo concedia solamente una vez al año; en fin, de enterrar los difuntos en iglesias entredichas, y comunicar sus privilegios á ciertos cofrades ó asociados que no eran religiosos. Como estas quejas se elevaron más bien por miras de intereses terrenales que por celo de la religion, y que tanto podian ir dirigidas contra los caballeros de las Órdenes, como contra otros regulares, los PP. del Concilio despues de haber advertido, que dichos abusos venian menos de la connivencia de los superiores que de la indiscrecion de los particulares, deliberaron hacer un reglamento, prohibiendo á todos los religiosos comunicar con los excomulgados y entredichos, así como recibir de los laicos diezmos ó iglesias sin el consentimiento de los Obispos, con la orden de abandonar aquellas que recientemente posesesen. Y dice el Concilio: «Ellos tendrán cuidado de presentar á los Ordinarios los sacerdotes que destinen para el servicio de las iglesias, que no les pertenezcan con pleno derecho, no reservándose sino el conocimiento temporal de sus iglesias. En cuanto á los del Temple y del Hospital que son enviados para pedir limosnas en los lugares entredichos, no podrán mandar se les abran las iglesias sino una vez al año, y no darán sepultura eclesiástica sea á quien sea, y nadie presuma participar de sus privilegios, si no lo ha renunciado todo para abrazar su instituto.»

Hé aquí todo lo que se reglamentó á consecuencia de las quejas formuladas contra los caballeros. Sus inmunidades quedaron como estaban antes del Concilio. Por sus iglesias que se supone pertenecerles de pleno derecho, deben entenderse aquellas que lo eran de su fundacion, y que era necesario las sirviesen presbíteros de la Orden. El Concilio permite instituirlos ó destituirlos sin permiso de los Obispos.

En tiempo de los hijos de Luis el Benigno, los laicos establecian sacerdotes en sus iglesias y los despedian sin consentimiento de los Ordinarios.

A pesar de la envidia que una parte del clero de Palestina conservaba contra las órdenes religiosas, que tantos servicios prestaban á la religion, no impidió que Renaldo señor de Margat cediera al Hospital un castillo situado en los confines de la Judea, para que dicha Orden lo fortificase y guarneciese, como así lo hizo, siendo uno de los más poderosos baluartes de la cristiandad de Oriente. En este intervalo, Saladino envió á uno de sus generales para que sitiase á Belfort, donde se hallaba refugiado el Gran Maestre Joubert del Hospital. El sitio fué largo y mortífero; Joubert y sus caballeros rechazaron con valentía y vigor cuantos asaltos intentó el enemigo. Los caballeros, animados por el ejemplo que les daba su jefe superior, á pesar de sus heridas recientes, preferian morir en la brecha antes que capitular.

No obstante, los infieles hicieron esfuerzos poderosos para rendir la plaza, y lograron penetrar en ella, pasando á cuchillo á todos, excepto al

Gran Maestre á quien se hizo prisionero: y el general enemigo para vengarse de su tenaz resistencia, le encerró en un hediondo calabozo, en donde acabó sus dias muriendo de hambre (1).

En este año 1180 murieron los dos Grandes Maestres del Temple y del Hospital, ambos en la esclavitud, consagrando sus vidas en la defensa de los altares, y con una muerte preciosa á los ojos de Dios.

DONACIONES.

En 1171, segun disposicion testamentaria, Guillermo señor de Montpellier que tenia tres hijos, confia la educacion del más jóven á los Templarios, rogándoles se encarguen de aquella por seis años, y si concluidos éstos sus dos hermanos viven, tome el hábito del Temple, y por dote le señala 1,000 sueldos melgoriens (2).

Como el año antecedente, es decir 1170, el rey de Inglaterra habia mandado asesinar al arzobispo de Cantorbery, Tomás Becket, entre los enviados al Papa para arreglar este asunto habia un Templario, y alcanzando del Pontífice la absolucion, al recibirla Enrique, juró y prometió en la asamblea de Avranches enviar á los Templarios orientales todo el dinero que éstos juzgaran necesario para sostener á 200 caballeros, hasta tanto que él mismo en persona íria á Palestina, cuyo viaje se comprometia á hacer dentro tres años (3).

En 1173, Enrique de Francia arzobispo de Reims funda en dicha ciudad iglesia y convento de Templarios, concediéndoles la iglesia que se decia era fundada por S. Remigio, y que habia sido aumentada por un deán de la catedral, señalándoles algunas prebendas para su sosten. Dicha encomienda redituaba despues unas 10,000 libras (4).

Un rico señor de Languedoc, llamado Arnaldo de Fenouillet, deja por testamento á las dos Órdenes del Temple y Hospital sus tierras y dependencias de Prugnanas, con la obligacion de pagar á sus acreedores 300 sueldos (5).

En el parque ó la casa de S. Vaubourg, á dos leguas de Rouen sobre la ribera derecha del Sena, cuyo lugar perteneció despues al Hospital, su comendador presentaba diferentes beneficios (6). En esta casa se hizo una transaccion entre los canónigos regulares de S. Víctor y Fr. Aimon de Hayes, procurador general, acordando que los Templarios que gozaban en

(1) Rog. de Hoved.: Enrique II, pag. 553.

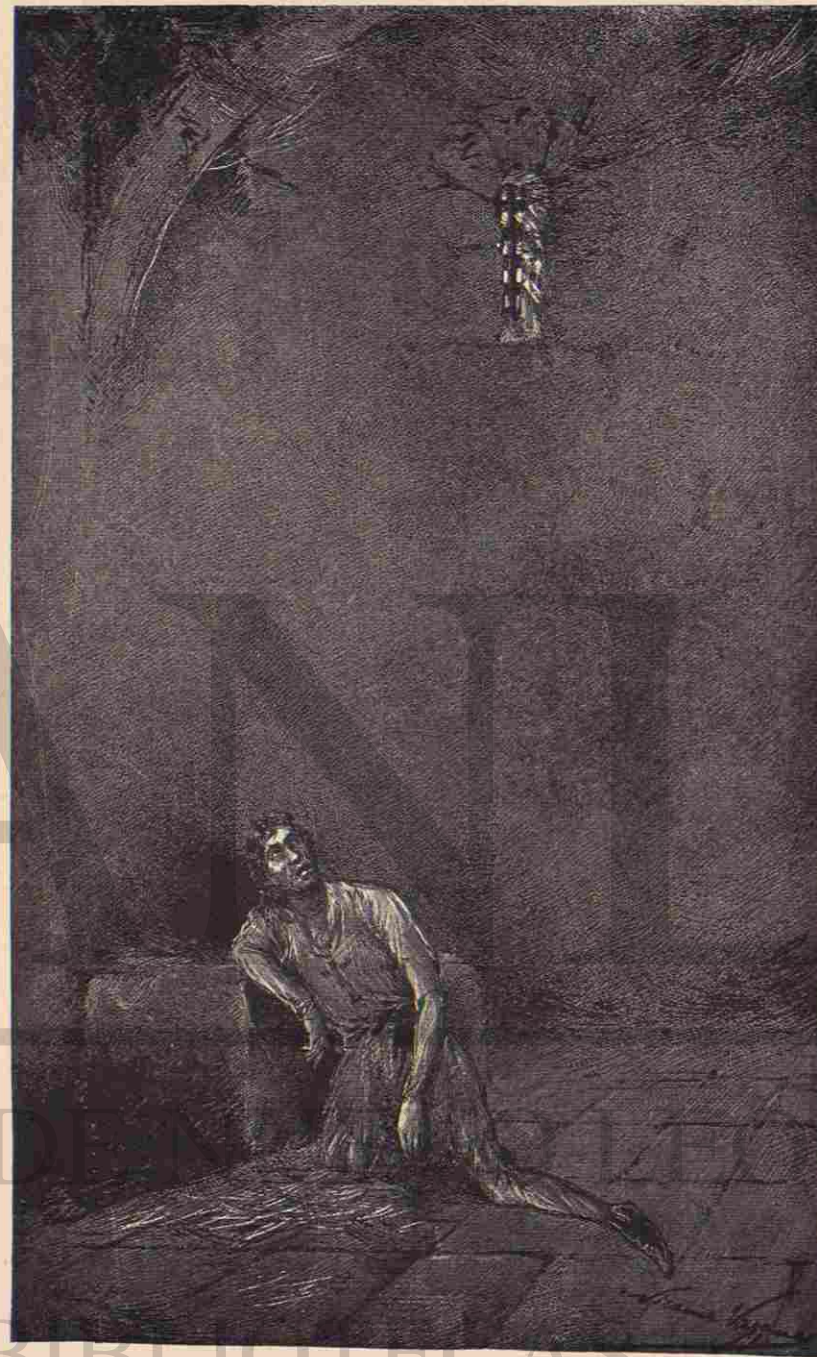
(2) Duchesne: Hist. de los duques de Borgoña, tom. 2, pag. 173.

(3) Concl. Mag. Britanniae, tom. 4, pag. 788.

(4) La Martiniere: Dicc. geograf.

(5) Thesaur. Anecdol., tom. 1, col. 373.

(6) La Martiniere: Dicc. geograf.



El Maestre del Temple prisionero muere de hambre, en su calabozo.

las iglesias de Doissy y de Etampes de una prebenda y mitad de otra, cederían la renta de un año á los Victorinos á cada elección de Gran Maestro, así como ellos lo habían obtenido á cada cambio de canónigos regulares, antes que dichas prebendas pasasen á los Templarios (1).

Guinard conde de Rosellon por su testamento cede al Temple todas las adquisiciones que poseía en Pujols, con la obligación de pagar al monasterio de Fontfreda 1,100 morabatines, pieza de oro de valor de unas nueve libras; además les hace donacion de su castillo de Palacio con todas sus entradas y dependencias, todos los hornos, batanes y la mayor parte de los molinos de Perpiñan, con los derechos sobre cada cuartera de trigo que se vendiese en dicha ciudad, á condicion de que la mitad del producto de esta donacion y de algunas otras hechas á los Hospitalarios se empleara para pagar una deuda de 3,500 sueldos melgoriens (2).

(Omitimos otras concesiones y acuerdos de menos importancia (3) para consignar las que merecen más atencion).

En 1174 comenzó una serie no interrumpida de donaciones hechas á Fr. Bernardo Catalan, preceptor de la casa de S. Guilles, por Pedro, Bernardo, Guillermo, Galburge, y Azalaide, de la noble familia de Porcellets, como consta en los archivos del Temple de Arles. Tambien se halla que Guillermo de Porcellets y Juana su esposa hicieron voto, de comun consentimiento, de darse á la casa del Temple de S. Guilles, y ceder á ella cuanto poseian en tierras, censos y muebles, á condicion de ser considerados como miembros, y enterrados en ella, y que á la muerte de uno de los dos esposos el otro viviria en continencia bajo la direccion del superior de dicho Temple, lo que fué aceptado por Fr. Bernardo Catalan algunos años despues (4).

En 1175, la liberalidad de los occidentales indemnizó abundantemente á los Templarios de los perjuicios y pérdidas que sufrían en Oriente.

Felipe de Alsacia, conde de Flandes, les da las parroquias de Slipes, Lephinge, Steenen, y la capilla de Sta. María cerca de Mannechin Overve. Estas iglesias pertenecian á la encomienda de Slipes, próxima á Brujas, y los caballeros cobraban tiempo hácia el diezmo. Esta donacion fué hecha entre las manos de Fr. Geófredo de Foulcher, preceptor de Francia, y de Fr. Balduino de Lidenghein, comendador de Flandes.

En 1175, un señor artesano, llamado Sagalon Kujeden, concede á los Templarios de Arras el derecho de percibir la mitad de los diezmos de Meuricourt que le pertenecian, lo que fué confirmado por el obispo dioc-

(1) Martene: *amplissima collect.*, tom. 6, col. 227.

(2) *Marca Hisp.* col. 1370.

(3) *Idem*, col. 1361. — *Gallia Christiana nov.*, tom. 5, col. 243, etc., tom. 2, c. 1006.

(4) *Genealogia de la casa Porcellets*, manuscrito de la Bibliot. de S. Jose de Nancis.

sano y aceptado por Fr. Eustaquio, procurador general de la orden de París, y por Fr. Balduino, gran preceptor de Flandes (1).

En 1176, el conde de Rodes hace un legado de 600 sueldos. Bernardo de S. Eusebio Abad, en la Diócesis de Apt, cede la iglesia de S. Mauricio, en el territorio de S. Saturnino, con el cargo de un censo anual (2).

En 1177, Gaufrédo de Monchon hace grandes liberalidades y limosnas no tan sólo á los Templarios occidentales, si que tambien á los de Oriente, como se ve en el cartulario de Champaña (3).

En 1180, Bernardo obispo de Beziere, de acuerdo con los canónigos de su Catedral, hace donacion á los Templarios de la casa de Sta. Eulalia de Beziere y á Fr. Bernardo de Escafré, procurador de la Orden, la iglesia parroquial de S. Martin de Ubertas á presencia de Fr. Guiraut de Salivo, comendador de Pozenas, de Fr. Artaldo de Espinay, comendador de Peiries de la diócesis de Nabona, de Pedro de Firac, Estéban de Rodez y de otros (4).

En esta época florecia D. Galdin Paez de Braga, gran Protector del Temple de Portugal, quien habia adquirido una alta reputacion durante los cinco años que combatió en Palestina. Sobre sus hechos se compuso la novela *Palmerin de Inglaterra*. Este caballero obtuvo en 1180 la autorizacion de fundar á Tomar en Extremadura sobre el rio Naboau. Esta fortaleza á la cual se llama alguna vez la villa de Tomar, se halla situada en medio de un bosque de olivos; gozaba del derecho de voto en cortes. Fr. Galdin hizo levantar dicha fortaleza sobre la montaña que domina la poblacion, que despues de la extincion del Temple fué concedida á la orden de Cristo. Era la casa más grande y rica que tenian los Templarios; habia doce claustros, y el principal de una belleza y gusto artístico sorprendente, poseía una magnífica biblioteca (5).

No debemos olvidar en este lugar los bienhechores del Temple que más se distinguieron en la época de que nos ocupamos. Los más notables fueron Godofredo duque de Lorena y de Brabante, los señores de Brescia, Renaldo III y Ulrico III. Godofredo, no satisfecho de tomar bajo su salvaguardia los muebles, efectos y rebaños pertenecientes al Temple, declaró además fuesen exentos de pago de todo cuanto comprasen y vendiesen en toda la extension de sus estados, concediendo el mismo privilegio á los que hiciesen contratos de venta ó compra dentro de las casas de la Orden (6).

(1) Aub. Mirai op. dipl., tom. 2, pag. 1316.—Gallia Christ., t. 3, col. 32, documentos.

(2) Vet. Scrip. coll., col. 830.—Gal. Christ.; tom. 1, col. 379.

(3) Follio 161.

(4) Hist. gen. del Languedoc, tom. 3, pag. 25.

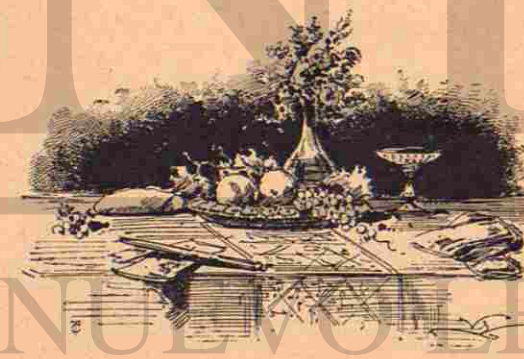
(5) Descripcion de las delicias de España, tom. 2, pag. 259.—Hist. de Portugal por La Clede, t. 1, pag. 102.

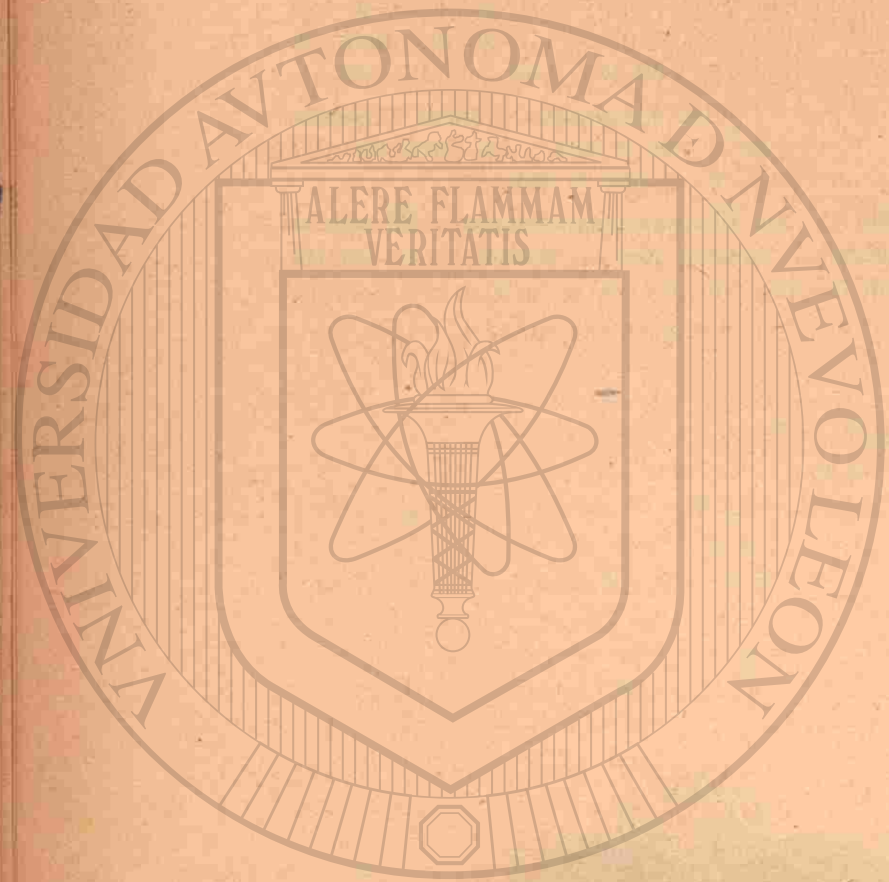
(6) Aub. Mirai, tom. 3, pag. 61.

Las casas del Temple á las cuales los señores de Brescia derramaron su liberalidad, fueron las de Musa y de Fevillés. Esta se hallaba situada en la parroquia de Villette, cerca del castillo de Vernay en los limites de Dombes, y despues de la extincion, fué cedida á los Hospitalarios por el conde de Saboya; la encomienda aun se llama del Temple; de Molisole. La Musa se hallaba situada entre Baugé y Macon, llamada antiguamente el Hospital de los hermanos del Temple; ella gozaba de mediana y baja justicia, en la cual los comendadores fueron sostenidos por diferentes cartas patentes y declaraciones de los principes de Saboya.

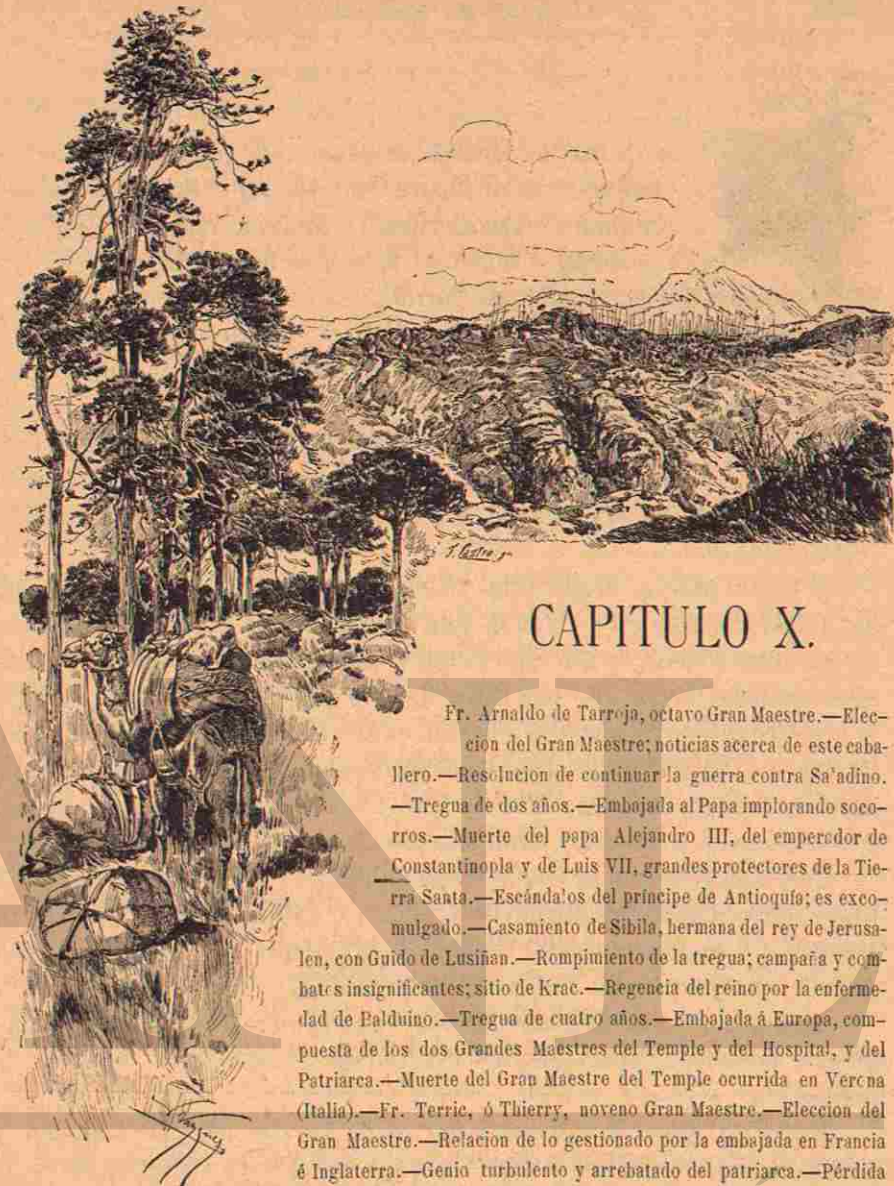
De dicha casa dependieron tres encomiendas situadas en Brescia á saber, el Temple de S. Martin le Chastel, Espeses y Tesonges cerca de Bourg. En esta iglesia de la Musa fué enterrado en 1180 Bernardo III. Fr. Juan de Castelus fué el último rector de este Hospital (1).

(1) Hist. de Brescia, tom. 1, pag. 52, 53 y 88.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VENEZO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



CAPITULO X.

Fr. Arnaldo de Tarroja, octavo Gran Maestro.—Elección del Gran Maestro; noticias acerca de este caballero.—Resolución de continuar la guerra contra Sa'adino.—Tregua de dos años.—Embajada al Papa implorando socorros.—Muerte del papa Alejandro III, del emperador de Constantinopla y de Luis VII, grandes protectores de la Tierra Santa.—Escándalos del príncipe de Antioquia; es excomulgado.—Casamiento de Sibila, hermana del rey de Jerusalen, con Guido de Lusignan.—Rompimiento de la tregua; campaña y combates insignificantes; sitio de Krae.—Regencia del reino por la enfermedad de Balduino.—Tregua de cuatro años.—Embajada a Europa, compuesta de los dos Grandes Maestros del Temple y del Hospital, y del Patriarca.—Muerte del Gran Maestro del Temple ocurrida en Vercna (Italia).—Fr. Terric, ó Thierry, noveno Gran Maestro.—Elección del Gran Maestro.—Relacion de lo gestionado por la embajada en Francia é Inglaterra.—Genio turbulento y arrebatado del patriarca.—Pérdida de plazas en Palestina.—Muerte de Balduino y de su sucesor; sospecha de envenenamiento.—Episodio en la coronacion de Sibila como reina de Jerusalen.—Tratos indignos del conde de Trípoli con Saladino.—Desgraciado combate de las dos Órdenes; muerte del Gran Maestro del Hospital; el del Temple, aunque mal herido, se salva; episodio de un Templario y de un Hospitalario.—Sitio de Krae; devastacion del condado de Trípoli; desgraciada campaña de Tiberiades; desastre espantoso y derrota completa del ejército cristiano; caen en poder de los musulmanes la santa cruz, el rey de Jerusalen, los grandes señores de Monferrato, Chatillon y el Gran Maestro del Temple y otros magnates del ejército.—Saladino con un golpe de cimitarra mata á Chatillon delante del rey de Jerusalen.—Desolacion de la Palestina.—Carta del Gran Maestro del Temple enviada á Europa, escrita desde su cautiverio de Damasco.—Sitio de Jerusalen por Saladino; capitulacion; amargura de los cristianos al abandonar la santa ciudad.—Sitio de Tiro; glorioso combate naval del almirante catalan Margarit contra la flota musulmana, que obliga á Saladino á levantar el sitio.



A Orden del Temple al saber auténticamente el fallecimiento de su ilustre Gran Maestre, Fr. Odon de San Amando, en su gloriosa esclavitud, reunió el capítulo general, y teniendo presentes las distinguidas cualidades de Fr. Arnaldo de Tarroja, así como el buen gobierno y acierto desplegado por dicho caballero en el desempeño del maestrazgo que había ejercido interinamente, fué confirmado en aquel supremo cargo con aplauso y satisfacción de toda la Orden.

Fr. Arnaldo de Tarroja, natural de Barcelona (1), había ocupado los principales destinos de la Orden en Cataluña y Aragón como Maestre provincial, según consta en muchas actas de 1167, 1174 y 1175 (2).

A lo que parece, desde esta última fecha, pasaria á la Tierra Santa, donde por muerte de Fr. Odon de San Amando fué elegido por Gran Maestre en 1180, á pesar de que una crónica española equivocadamente consigna en este mismo año por Gran Maestre á Fr. Arminde, que jamás lo fué, y dice que tuvo algunas cuestiones con Fr. Fernando Escasa, Gran Maestre de Calatrava; nosotros consideramos que, si Fr. Arminde tuvo tales cuestiones, seria como Maestre provincial de Castilla y Leon, que en efecto lo fué, pero no como Gran Maestre (3).

Tambien es inexacto lo que dicen algunos historiadores de que Fray Hugo Jofre, Maestre provincial de Aragón y Cataluña en 1176, fuese Gran Maestre, por cuanto no lo fué jamás, á pesar de que los privilegios de San Juan lo consignan como tal ya en el año 1151 (4).

Asimismo, y sin fundamento, los historiadores de Provenza y Languedoc ponen por Gran Maestre del Temple en 1176 á Fr. Gaufrédo de Cognac (5).

Este Fr. Cognac pertenecía á la casa de los vizcondes de Marsella, y gozaba de gran prestigio y valimiento por su saber y virtudes, de modo que en las más arduas empresas y expediciones era consultado por los grandes capitanes de aquella época; y en prueba de esto D. Alfonso de

(1) La familia de Tarroja era una de las casas más ilustres y distinguidas de Barcelona. Fr. Arnaldo era hermano de Guillermo VIII de Tarroja; obispo que fue de Barcelona en 1111 y arzobispo de Tarragona en 1172, y murió en 1175. (*Episcopolog. Barcía.*)

(2) Rodríguez Campomanes: *Dis. rt. hist. del Temple.*—*Gallia Christ.*, tom. 1, col. 28.—*Idem*, página 172 *Instrumentorum.*—*Hist. general del Languedoc*, tom. 3, pág. 431.

(3) En el catálogo de los Maestres provinciales de Castilla y Leon se halla como tal Fr. D. Gutierre Hermildes.

(4) Privilegios de San Juan de Jerusalem, pag. 101.

(5) *Hist. gen. del Languedoc*, tom. 3, pág. 510 y 511.—*It. m. Bouche* tom. 2.

Aragón quiso que este caballero Templario fuese con él en su expedición contra Niza; y en las ruidosas querellas que mediaron entre dicho D. Alfonso y el conde de Tolosa, Fr. Gaufrédo de Cognac, fué elegido árbitro y componedor de las enemistades y rencillas de aquellos personajes. Sin embargo, el citado Fr. Gaufrédo de Cognac no fué jamás Gran Maestre del Temple, como se supone, y carece por consiguiente, de fundamento el darle por sucesor á Fr. Arnaldo de Tarroja, en dicha dignidad, hácia el año 1176.

Tanto Fr. Hugo Jofre como Fr. Gaufrédo de Cognac, en aquel entonces no eran sino Maestres provinciales; el nombre genérico de Maestre del Temple, que comunmente se usaba, *Magister Templi*, ha sido causa de equivocarse con frecuencia los historiadores, confundiéndolo con el Gran Maestrazgo. No era difícil hallar el equívoco, si se hubiese consultado bien una escritura pública, pues con ella quedaba desmentida su afirmación; es una acta de 1176 consignada por el célebre historiador Vaissete, hecha por el ilustre abad Vidal del monasterio de Fontfreda, de una parte, y de la otra por Fr. Ramon de Canet. Este último, aunque comendador de Mas de Janes, se llama Maestre, lo que prueba que esta expresión no quiere significar ni decir Gran Maestre ó jefe general de la Orden, sino que lo tomaba todo el caballero Templario constituido en dignidad.

Fr. Arnaldo de Tarroja y Fr. Roger Desmolins, nuevamente elegido Gran Maestre del Hospital, procuraron luego después de su respectiva elección presentarse al regente del reino, así como á los principales señores para exhortarles á continuar con vigor la guerra contra Saladino, que era el más temible enemigo que tenia la Palestina; sin embargo, la envidia y la emulación de los grandes por participar del gobierno del estado durante la enfermedad del rey, las criminales inteligencias de alguno de los barones con los infieles, todo esto contribuyó mucho más á los triunfos y conquistas de Saladino, que su propio talento y el valor é intrepidez de los musulmanes.

Los principios del maestrazgo de Tarroja no fueron más afortunados que los últimos años de su antecesor. Los cristianos humillados por pérdidas continuadas, no hallando otro medio más seguro que el de la negociación, compraron á gran precio una tregua de dos años, que pareció tan vergonzosa á los dos Grandes Maestres, que no querian aceptarla voluntariamente. En vano procuraron alcanzar condiciones más honrosas; pero todo fué inútil, pues se trataba con un enemigo implacable porque era más fuerte, y para hacerles ceder, Saladino devastó las campiñas, pegando fuego á los almacenes y causando grandes estragos en el territorio cristiano. Para evitar mayores desgracias, los Grandes Maestres se sujetaron á la tregua.

Luego que dichos Grandes Maestres hubieron firmado este último tra-

tado con Saladino, enviaron al Papa á dos caballeros de ambas Órdenes á fin de informarle de su conducta, y al propio tiempo del peligro á que se hallaba expuesta la Palestina de sufrir por mucho tiempo la ley del más fuerte, si no se procuraba lo más pronto posible enviar á Oriente socorros suficientes para contrarestar la osadía de Saladino.

A consecuencia de esta relacion hecha por los comisionados, el papa Alejandro expidió dos breves, uno á todos los principes cristianos y otro á los obispos, representando á unos y á otros el estado deplorable en que se hallaba el reino de Jerusalem, concediendo á todos los que se alistasen para socorrer la Palestina, las mismas indulgencias concedidas por sus predecesores, no omitiendo nada de cuanto podia entusiasmar á los occidentales para tan piadoso objeto. Los encargados de las letras apostólicas fueron los mismos caballeros que habian sido enviados á Roma, y que pasaron á Normandía y presentaron su comision á los reyes de Francia é Inglaterra, que en aquella sazón se hallaban reunidos en Chinon: esto era el 27 de abril de 1181.

Ambos soberanos, vivamente conmovidos de la desolacion de la Palestina, por el relato hecho de viva voz por los comisionados, prometieron ocuparse con preferencia de este asunto, enviando socorros incesantemente (1). El rey de Inglaterra, para satisfacer á la penitencia impuesta por los obispos por la muerte de santo Tomás de Cantorbery, legó por su testamento á las dos Órdenes 15,000 marcos de plata, que debian emplearse para la defensa de los Santos Lugares, sin contar otros 5,000 que los dos Grandes Maestres debian distribuir á los hospitales de leprosos y casas religiosas (2).

En este mismo año de 1181 murieron á la vez con poco intervalo de tiempo los tres más poderosos protectores de la Orden del Temple, á saber, el papa Alejandro III, el emperador Manuel Comneno, y Luis VII llamado el Jóven. A este sucedió Felipe Augusto, á Comneno su hijo Alejos II, y al papa Alejandro Lucio III, el cual, luego de haber subido al trono pontificio, expidió una bula dirigida al Gran Maestre, Fr. Arnaldo de Tarroja, confirmando á la Orden todos los privilegios concedidos por su antecesor (3).

La muerte de estos tres celosos personajes no fué el solo contratiempo que contribuyó á la desgraciada situacion de los asuntos orientales. El reino de Jerusalem se iba debilitando por momentos, en el interior, por las divisiones intestinas de los señores, y en el exterior por su mala conducta para con los infieles. La molicie y la corrupcion de costumbres se generalizaron en el ejército, haciéndole incapaz de los ejercicios militares: fal-

(1) Rog. de Hoveden, pag. 611.

(2) Cuerpo univ. de Diplom., tom. 1, col. 167.

(3) Rimer: Pacta. convent. etc., tom. 1, pag. 18. — Item: Regule, Constit. et privileg. Ord. Cist., pag. 179.

to del valor que da la virtud, presenciaba con la mayor indiferencia como todas las pequeñas provincias que habian sido conquistadas unas tras otras por la intrepidez de los primeros cruzados, pasaban al poder de Saladino, sultan infatigable, poderoso y experimentado en el arte de la guerra. Además, las turbulencias y divisiones entre los barones, entorpecian la marcha regular de las operaciones; todo parecía que se conjuraba contra la Palestina, y para complemento de perturbacion, la incontinencia del príncipe de Antioquia, además del público escándalo, amenazó por momentos con una guerra civil, si los dos Grandes Maestres de las Órdenes no la hubieran impedido por medio de su influencia y valimiento.

Detengámonos algo en este ruidoso suceso, que fué principio de una guerra civil.

Bohemundo, príncipe soberano de Antioquia, se habia casado con una dama de la casa de Iblin, y como ésta hubiese fallecido, casó en segundas nupcias con Teodora princesa griega. Durante este matrimonio, Bohemundo se enamoró de los encantos de una jóven, á la cual tomó por concubina, abandonando á su legitima esposa, dama de bellas y excelentes cualidades. Habiéndose hecho público el escándalo, el patriarca, cumpliendo con su sagrado deber, amonestó y reconvino varias veces á Bohemundo por su criminal pasion, y no haciendo caso el príncipe de dichas reconvenciones, el patriarca le excomulgó. Irritado entonces Bohemundo, echó por la fuerza y con ignominia al patriarca de su sede, quien se refugió á un castillo, donde fué sitiado por las tropas de Bohemundo. A vista de estas injusticias algunos señores en union del pueblo, descontentos del gobierno y conducta del príncipe, tomaron las armas con el pretexto de defender á la Iglesia oprimida en la persona del patriarca, así como para vengar agravios personales.

Esta situacion era gravísima, y por lo tanto se hacia necesario resolverla pronto; así es que el rey de Jerusalem, ó mejor dicho su consejo de Estado, temiendo, y con razon, que Saladino podia prevalerse de semejantes divisiones y disturbios, y obtener mayores conquistas, instó al patriarca de Jerusalem y á los dos Grandes Maestres, para que con toda actividad pasasen á los lugares conmovidos, arreglasen este asunto, y restableciesen la calma y tranquilidad tan necesarias en aquellos momentos para la salvacion de la Palestina.

En efecto, partieron los tres diputados, y al pasar por Trípoli, suplicaron á su conde Raimundo, amigo particular de Bohemundo, se uniese con ellos para intervenir en el arreglo que se descaba. Después, desde Laodicea, se trasladaron á Antioquia.

Luego de haber llegado, se apersonaron con Bohemundo, y despues de algunas conferencias, pudo obtenerse una especie de tratado provi-

sional, en virtud del cual se depodrian las armas por una y otra parte; el patriarca sería repuesto en el goce de las temporalidades, y el entredicho sería levantado, pero que Bohemundo permanecería excomulgado mientras no abandonase á su concubina.

Esta restriccion no hizo más que enardecer aun en mayor delirio la pasion del príncipe para con su querida, y excitar la venganza contra algunos señores de su principado, que se habian declarado á favor del patriarca y en contra de sus amores. En efecto, fueron desterrados el condestable, el chambelan y otros tres grandes barones, los cuales habian secundado las medidas del prelado. Al ser desterrados dichos señores, se retiraron á la pequeña Armenia bajo el gobierno de Rupin, quien con la ayuda de los magnates de dicho país, habia logrado arrojar y dar muerte al apóstata Milon que habia sucedido al trono de Armenia.

En 1182, como continuase enfermo el rey de Jerusalem, que por añadidura era leproso, y, por consiguiente, se veía imposibilitado de contraer matrimonio, y de empuñar las riendas del gobierno; para obviar estos inconvenientes, se trató de casar á su hermana, la princesa Sibila, viuda del marqués de Monferrato, con Guido de Lusignan de la casa de la Marche, el cual habia ido por devocion á Palestina; y en efecto, realizóse el matrimonio. Guido era un príncipe gallardo y de buenas cualidades, pero debemos decir que era más galante que guerrero.

Balduino, prendado de las dotes de su cuñado, le nombró regente del reino, siendo esta eleccion motivo de un descontento general, principalmente de muchos señores, por cuanto habiendo nacido en Palestina, hijos de los ilustres y distinguidos cruzados del tiempo de Godofredo de Bullon, y, por consiguiente, conquistadores de la Tierra Santa, se consideraban ofendidos, viéndose pospuestos á Lusignan, á quien reputaban por extranjero. Raimundo, conde de Trípoli, fomentó la division; este gran vasallo de la corona aspiraba á la sucesion de Balduino, pero la eleccion del rey destruyó todas sus esperanzas, y para hacerlas revivir, parece que entabló secretas inteligencias con Saladino.

La tregua que éste habia hecho con Balduino duraba aun, y para romperla era preciso valerse de un medio del cual no pudiera culpárse á los musulmanes. Saladino lo encontró, dando órdenes secretas á un gobernador de la frontera, para que tolerase entrar en las tierras y campos de los cristianos, á la sazón de cosecha, y arrebatar rebaños enteros de ovejas, vacas, caballos y otros animales.

Para complemento de conflictos y acrecentar motivos de guerra, Renaldo de Chatillon; que era un aventurero y soldado de fortuna, no obstante distinguido por un gran número de actos de valor, á pesar de su desigualdad de linaje, se habia casado secretamente con Constanza princesa de Antioquia, viuda del conde Raimundo; dicho Chatillon era señor

de Krac, plaza fuerte situada en lo alto de una montaña á la entrada de la Arabia Petrea, y con la ayuda de los Templarios se habia fortificado en aquel lugar, desde donde hacia sus correrías. Los mahometanos le temian como un enemigo terrible, porque les sorprendía las carabanas enteras que iban á la Meca, cargando de hierros á los prisioneros, despues de haberlos despojado de cuanto llevaban. Chatillon habia proyectado hacer una expedicion á Medina para arruinar el sepulcro de Mahoma, y lo hubiera llevado á cabo á no haberlo descubierto el gobernador que Saladino tenia en Arabia, y haberse prevenido con respetables fuerzas para oponerse al designio de Chatillon.

Sin embargo, lo cierto es que Chatillon durante la tregua arrebató á los musulmanes algunos rebaños y los condujo á sus tierras de Krac. Ya se sabe que Chatillon habia caido prisionero de Noradino en 1159, y no alcanzó su libertad sino en 1176. Desde este tiempo sin respetar tratados ni convenios, no cesó de molestar á sus antiguos enemigos, haciendo en sus territorios continuas correrías y causándoles males incalculables.

Cerca la violacion de la tregua, unos culpan al conde de Trípoli, otros á Renaldo de Chatillon, y algunos á Saladino, quien, permitiendo intencionadamente soltar rebaños á las cosechas de los cristianos, dió lugar al rompimiento de dicha tregua, afectando no tener él la culpa. En fin, sea lo que fuere, lo cierto es que los musulmanes reclamaron la restitucion de los rebaños cogidos por Chatillon, así como los peregrinos de la Meca, y en vez de ser escuchados fueron recibidos los enviados con bastante destemplanza.

Saladino que no deseaba otra cosa sino tener un pretexto para declarar la guerra, tomó motivo de lo que precede para ejercer su rigor contra los cristianos; y como en represalias mandó poner hierros y cadenas á 1,500 mercaderes y peregrinos cristianos que en aquellos días habian naufragado cerca de Damieta, confiscando sus mercancías, y enviando un embajador á Balduino, para reclamar no sólo satisfaccion de todos los agravios, sino tambien la restitucion de cuanto habia arrebatado Chatillon en perjuicio de la tregua, con protesta, en caso de no acceder á lo pedido, de tratar á los cristianos de la misma manera que ellos harian con los animales, y de declarar la guerra en nombre de Saladino.

Balduino prefirió confesar su debilidad á paliar una injusticia, y contestó que, habiendo tentado en vano reducir á su vasallo rebelde, no habia podido vencer su obstinacion. Saladino entonces se puso en campaña.

Fleury y Vertot, fundados, el primero en un manuscrito moderno que no ha visto la luz pública, y el segundo en la autoridad de una historia llena de faltas y errores (1), suponen que los Templarios contribuye-

(1) Hist. Eccl., tom. 15, pág. 515.—Hist. de Malta, lib. 2.

ron á esta ruptura, rehusando restituir el botin que habian cogido á los infieles. Un hecho de esta naturaleza debia apoyarse en la historia oriental; no obstante, ningun vestigio se halla de esto en Jacobo de Vitri (1), ni en Marin Sanut (2), ni en el autor anónimo de la Historia de Jerusalem (3), que solo acusan á Renaldo de Chatillon, ni en la historia de las guerras santas (4), ni en la crónica de Nangis, ni en Dupuy, ni tampoco en Guillermo de Tiro, quien acusa la mala fe de Saladino y de su embajador (5). La verdad es que ningun escritor antiguo ni árabe ni cristiano, ha culpado á los Templarios de esta falta (6).

Saladino entró en campaña, y penetró por dos puntos en el territorio cristiano. Al tener noticia de estos movimientos, todos los barones seguidos de sus vasallos se pusieron en armas, y las dos Órdenes reunieron cuantos caballeros les fué posible, formando entre unos y otros 16,000 hombres. El rey Balduino que, á causa de la lepra, habia quedado ciego é imposibilitado de pies y manos, y por lo tanto no podia salir á campaña, confió el mando del ejército á su cuñado, conde de Jafa y Ascalon, títulos afectos al heredero presunto de la corona. Lusignan, pues, con el ejército acampó en Sephouri cerca de Tiberiades. Saladino habia avanzado á pequeñas jornadas hasta el territorio de Faba, castillo perteneciente á los Templarios, donde aguardó á pié firme á los cristianos. Estos, aunque muy inferiores, se acercaron al enemigo hasta una legua de distancia. Era un viernes; á la mañana siguiente, despues de haberse preparado muchos por la confesion y comunión, atacaron y desalojaron á los musulmanes de una ventajosa posición, pero sea por incapacidad, sea por envidia de los jefes, no se persiguió al enemigo, tal vez por temor de comprometerse en una batalla general, ó de caer en alguna celada del enemigo, el cual no dejó de atacar á los cristianos, matando á muchos y cogiendo prisioneros, demantelando tres fuertes y devastando el país. Pero el objeto principal de Saladino era batir á su implacable enemigo. Arnaldo de Chatillon, y confuso de no haberle derrotado en esta ocasion, resolvió por segunda vez sitiarse en su fortaleza de Krac, y desalojarle, costase lo que costase. Al fin mandó por jefe de esta empresa á Nour-Eddin, uno de sus más acreditados generales; pero la invencible firmeza y valor extremo de los Templarios, y el socorro que recibió la plaza, hicieron inútiles los esfuerzos del musulman, que se vió obligado á levantar el sitio, y abandonar la ciudad

(1) Jacob. vitrius, pág. 1117.

(2) Mar. Sanut, pag. 191.

(3) Hist. de Jerusalem, pág. 1152.

(4) Rerum Italicar. Script., tom. 7, col. 661.

(5) Guill. de Tiro, lib. 22, cap. 11.

(6) Véase Renaudor, Hist. Patr. Alex., año 1182 pág. 513; año 1186, pág. 511.— Hist. de los Arabes, pág. 529.— Hist. Univ., tom. 1.^o.— Hist. de Saladino por M. Marin, tomo 1, pág. 417.

baja que habia tomado, volviéndose á Damasco despues de haber devastado las comarcas de Naplusa, y haber pasado al filo de la espada á muchos de sus habitantes. Todos estos sucesos acaecieron durante el año 1183.

Desde que Balduino IV, incapacitado de gobernar por sí mismo, habia encargado la regencia á Lusignan, los grandes y el pueblo no habian cesado de murmurar y reprobar su gobierno, llegando á declarar que no marcharían bajo las órdenes de Lusignan por incapaz y cobarde; y fatigado el rey con las repetidas quejas y reconvenciones, destituyó á dicho ministro, quitándole el condado de Jafa, puesto que se consideró no sabia defender tan importante plaza, que era una de las llaves del reino, y confió el cargo supremo de la regencia á Raimundo conde de Trípoli, personaje ambicioso que todo lo habia revuelto para llegar á sus fines. Lusignan, lleno de cólera, tomó las armas y se encerró en Ascalon, devastando las cercanías de Daroun. Alarmados los dos Grandes Maestros á vista de estas turbulencias, se consideraron en el deber de impedir sus progresos, haciendo gestiones cerca del rey. En efecto, se le presentaron proponiéndole medios de reconciliación, pero fueron mal recibidos, y tuvieron que retirarse de palacio con disgusto; no obstante, al cabo de pocos dias, el rey mandó llamar á Lusignan, y se restableció la armonía mediante algunas condiciones, teniendo los Grandes Maestros la satisfacción de haber contribuido al restablecimiento de la paz (1).

El conde de Trípoli, autor de la traición delante de Harem y de las secretas cábalas de la corte, elegido regente del reino, imaginándose ser él solo capaz de figurar al frente de los asuntos, afectó antes rehusar la regencia con la más refinada hipocresía, y por último, la aceptó á condición de que los Templarios y Hospitalarios se encargarian de defender todas las plazas fuertes, y que á nadie se confiaria la tutela del joven Balduino sino á su persona. Este Balduino era un niño de 5 años, hijo de Sibila y del marqués de Monferrato, á quien su tio destinaba á sucederle, y que fué coronado solemnemente para quitar á Guido de Lusignan toda esperanza de llegar al trono. El nuevo regente, viendo la Palestina agotada de fuerzas, afligida por la sequía y el hambre propuso al Consejo enviar una embajada á Saladino, ofreciéndole una suspensión de armas. El sultan accedió á ella, y se firmó por cuatro años; en virtud de cuya tregua permitió que pasasen de Damasco todo género de granos y víveres á la Palestina; al mismo tiempo se propuso enviar otra embajada á Occidente á fin de obtener el socorro de una cruzada, y sin duda se hubiera alcan-

(1) Will. Tyr.: Continuata Hist. ab Hugone Plagon. apud Edmund.— Martene. in Vet. Script. amplissima Collect., tom. 5, col. 584.

zado, si el patriarca de Jerusalem no hubiera tenido la altanería de ser su jefe. Llamábase Heraclio, y era de genio vano y presuntuoso, de conducta bastante reprehensible, y de todo el Oriente, el menos digno de la confianza de los príncipes cristianos. Él se lisonjeó de volver con un ejército compuesto de los más poderosos príncipes de Europa, confiando sobre todo en Enrique II de Inglaterra, nieto de Foulques, conde de Anjou, rey de Jerusalem, y por consiguiente primo hermano de Balduino, apoyándose además en el buen éxito por razón de que dicho rey de Inglaterra no había sido absuelto de la excomunión por su atentado contra Sto. Tomás de Cantorbery; y como el expresado rey en el concilio de Avranches, Normandía (27 setiembre 1172), había prometido cruzarse y pasar á la Tierra Santa, no solamente al frente de tropas, sino también sostener á sus expensas por espacio de un año á 200 Templarios, cuyos compromisos aun no había cumplido después de trece años, de ahí es que, en su vana presunción, confiaba sacar gran partido.

El Consejo, el rey y el regente no ignoraban que el patriarca ponía en juego todos los resortes para lograr dicha embajada, y á pesar de lo halagüeño que presentaba su éxito, no tenían mucha confianza en sus gestiones por razón de sus maneras altivas. No obstante, habida consideración á su elevada dignidad, se accedió á que fuese de embajador á las cortes de Europa, pero nombrando al propio tiempo para formar parte de la embajada á los dos Grandes Maestres de las Órdenes, Fr. Arnaldo de Tarroja, de la del Temple, y Fr. Roger Desmolins, del Hospital, capaces los dos por su moderación, finura y delicadeza, de dulcificar lo áspero del humor del patriarca. Además ambos Maestres, por razón de su linaje y valor, eran muy considerados en el Occidente cerca de los soberanos, en cuyos estados habían nacido, y por los servicios que habían prestado á la religión.

En efecto, partió la embajada del puerto de Jafa y llegó á Brindis, donde tuvo noticia de que el papa Lucio III y el emperador Federico I se hallaban en Verona, tratando de apaciguar la Italia bastante turbada por disensiones intestinas. Sin demora allí se dirigió la embajada, y al presentarse ante el Papa y el Emperador, expuso el objeto de su misión, haciendo una pintura exacta del estado en que se hallaba la Palestina, del poder formidable de las armas musulmanas, de las conquistas de Saladino, de la debilidad del reino de Jerusalem, y por fin manifestando la necesidad absoluta y apremiante de un pronto y eficaz socorro, si se quería conservar la Tierra Santa.

Consiguieron sólo bellas promesas del emperador, de que enviaria tropas, que nunca envió, y del Papa muchas indulgencias y cartas de recomendación (1). Una de ellas iba dirigida al rey de Inglaterra, en la cual

(1) Radulpho de Diceto Angl., pag. 25.

le amenazaba con el severo juicio de Dios, si no cumplía la penitencia que se le había impuesto de pasar á la defensa de la Palestina (1). La otra era para el rey de Francia, solicitándole vivamente señalase su celo, por su advenimiento al trono, con una obra tan digna de la piedad de sus antepasados.

Los embajadores, cargados solamente de indulgencias, promesas y cartas de recomendación, se disponían para pasar á las cortes de los soberanos antedichos; pero la grave enfermedad que acometió al Gran Maestro del Temple les detuvo en Verona, donde sucumbió al cabo de pocos días, á últimos del año 1184.

Algunos historiadores han querido suponer que este Gran Maestro, Fr. Arnaldo de Tarroja, en una batalla fué muerto de un sablazo por el mismo Saladino, lo cual está destituido de todo fundamento, por cuanto en razón de la última tregua no se dió ninguna batalla, y además el ser elegido por embajador y pasar á Europa destruye aquella suposición.

Luego que los caballeros Templarios supieron auténticamente la muerte de su Gran Maestro Fr. Arnaldo de Tarroja, convocaron según los estatutos el capítulo general, á fin de proceder á la elección del sucesor, y la suerte recayó á favor de un caballero llamado Fr. Terric ó Thierry, del cual la historia no ha consignado ni el país ni la familia á la cual perteneciera (2). M. Marin, Fleury y Vertot se equivocan al afirmar que el sucesor del Maestro Tarroja fuese Fr. Gerardo de Riderfort; este fué en efecto Gran Maestro, pero fué el sucesor de Fr. Terric (3).

A consecuencia de la muerte de Fr. Arnaldo de Tarroja, los embajadores, á saber, el patriarca y el Gran Maestro del Hospital, después de haber tributado los honores fúnebres para el eterno descanso del alma del Gran Maestro del temple, resolvieron continuar el viaje, dirigiéndose á Francia para desempeñar el cometido que se les había confiado, y del cual esperaban alcanzar grandes resultados. En efecto, llegaron á París á principios de enero de 1185.

En aquella época gobernaba la Francia Felipe II, joven de unos 20 años, el cual recibió á dichos embajadores con mucha consideración y cordialidad, y después de haber entregado al monarca la carta autógrafa del papa Lucio III, hicieron de viva voz una relación circunstanciada del estado deplorable en que se hallaba la Palestina, manifestando el peligro inminente que les amenazaba de caer bajo la tiranía y despotismo musulmán; y con el fin de conmover el ánimo piadoso del rey, para que se pu-

(1) Roger de Hov., pag. 628.

(2) Italia Sacra, tom. 3, pag. 117.—Chronicon Reicherspergense, ann. 1187.—Godofridi Monachi Annales, ann. 1187.

(3) Hist. Eccl., lib. 71.—Hist. de la orden de Malta, lib. 2.—Hist. de Saladino, tom. 1, pag. 136.

siese al frente de la nueva cruzada en defensa de los Santos Lugares de Jerusalem, los embajadores le presentaron las llaves no sólo de la santa ciudad, sino también de la torre de David y del Santo Sepulcro del Salvador, como una investidura, ó por mejor decir, como una garantía del derecho de defensa y protección que debía procurar conservar por medio de las armas.

El rey escuchó con mucha atención el razonamiento de la embajada, y recibió con muestras de grande aprecio y veneración los objetos que le presentaron el patriarca y el Gran Maestre del Hospital, besando con devoción y ternura principalmente las llaves del Santo Sepulcro; y luego después dirigiéndose á los embajadores, les manifestó con sentimiento la imposibilidad en que se encontraba de marchar, como era su deseo á la cabeza de una cruzada, ya por razón de no tener ningún hijo para asegurar la sucesión á la corona de Francia, ya también por causa de la continua guerra que tenía que sostener contra la invasión de los ingleses y flamencos; pero, esto no obstante, secundando los impulsos de su corazón, y queriendo imitar el ejemplo de sus augustos antecesores, que tanto habían hecho á favor de la Tierra Santa, ordenaría desde luego que se predicase en todo el reino la cruzada, excitando á los obispos y clero, para que, por su parte, exhortasen á los fieles á contribuir á tan laudable objeto, así como solicitaría el concurso de la nobleza, recordándole los brillantes hechos de armas de sus mayores, para que añadiera nuevos blasones á sus escudos, acudiendo al socorro de la Tierra Santa amenazada por el furor musulmán.

Por fin prometió el rey favorecer por su parte la cruzada con todos los subsidios posibles, sufragando los gastos de la misma, y una vez organizada, enviaría á la Tierra Santa caballos y gente para un objeto tan santo y piadoso (1).

Cumpliendo el rey lo ofrecido á los embajadores, mandó reunir en París un concilio, que tuvo lugar á fines de enero, por el cual se mandó á todos los prelados exhortasen á los fieles hicieran el viaje á Jerusalem para la defensa de la fe. Mientras se predicaba la cruzada en Francia, partió la embajada para Londres, y fué recibida por Enrique II en Rhedings: de dicho rey confiaba el patriarca alcanzar cosas fabulosas; de manera que al presentarle la carta del Papa, el prelado le dijo que la Palestina necesitaba de un ejército cristiano para su socorro, y que esperaba sería conducido por el rey de Inglaterra. Este, al oír semejante proposición, con una cierta frialdad dijo que agradecía el honor que se le hacía, y que no pudiendo resolver por sí mismo un asunto de tanta trascendencia, reuniría inmediatamente un concilio y una asamblea, á cuya delibe-

(1) Rigord, pag. 171.

ración se propondría este negocio. En efecto, el 18 de marzo ambas reuniones tuvieron lugar en Londres, y unánimemente resolvieron que no era conveniente ni acertado que el rey abandonase al reino y á sus súbditos, ni expusiese su persona á los azares de la guerra de Oriente; sin embargo, podía el rey autorizar que se predicase la cruzada, y tanto los señores como súbditos que se alistasen para ella, podrían salir del reino para un fin tan religioso.

Al presentarse la embajada para saber la resolución, el rey se la manifestó con toda claridad, exponiendo la razón de estado y su avanzada edad, cuyas causas le impedían pasar al Oriente. Al oír el patriarca por boca del mismo rey la resolución del Parlamento, dejándose arrebatar de la impetuosidad de su carácter, apostrofó al rey, echándole en cara sus infidelidades con el rey de Francia, su complicidad é impenitencia acerca del asesinato sacrilego del arzobispo de Cantorbery, y en su arrebato dijo al rey: «Haced en mí lo que hicisteis con mi hermano Tomás; me es indiferente ser asesinado en Inglaterra, ó que lo sea por los sarracenos en Siria; sois peor que los infieles (1).»

A pesar de este y otros apóstrofes, la cosa no tuvo las consecuencias que eran de temer, atendido el carácter iracundo del rey de Inglaterra. El Gran Maestre del Hospital, aunque confuso y lleno de pesar, atenuó en cuanto le fué posible la gravedad de las palabras del patriarca, lamentándose interiormente de la desgraciada elección que se había hecho de un cargo tan importante en un hombre, que con su genio y proceder aruinaba del todo el gran fruto que se hubiera sin duda alcanzado, llevando aquella negociación de un modo diferente.

No obstante lo sucedido, en otra conferencia, el patriarca amenazó al rey con la cólera del cielo, si él ó uno de sus hijos no se ponían al frente de la cruzada, diciéndole con orgullo: No nos falta dinero, pues lo recibimos de todas partes; lo que necesitamos es de un hombre, más claro, de un jefe.» A pesar de esta altanería y lenguaje tan poco mesurado del patriarca, el rey procuró reprimir con tanto disimulo su enojo, que aún pidió al patriarca le acompañase á Normandía para conferenciar con el rey de Francia y acordar los medios con que socorrer la Tierra Santa.

En la entrevista que tuvieron los dos soberanos, renovaron las promesas, ya anteriormente hechas, de enviar con prontitud subsidios en hombres y dinero, y dando algunos regalos á los embajadores, los despidieron. Durante la permanencia del patriarca en Londres, consagró con gran solemnidad la iglesia de los Templarios de dicha capital.

Efímero fué el resultado de la famosa embajada, cuyo jefe, el patriar-

(1) Chron. Joan. Brompton in Henr. II.

ca, se había lisonjeado de volver á la Palestina á la cabeza de un poderoso ejército, y todo él se redujo á algunos ingleses que uniéndose á los franceses pasaron á Oriente; pero como no había príncipe ni personaje de bastante autoridad que los mandase é hiciera obedecer, no sirvieron de grande utilidad tales reclutas. Puede decirse que la embajada llegó casi sola á Palestina; así es que la consternación llegó á su colmo, al verse desvanecidas las ilusiones que había hecho concebir la presunción del patriarca.

Al llegar á Palestina los dos embajadores, encontraron al rey de Jerusalen desahuciado de los médicos, el pueblo sumido en la tristeza, y las dos Órdenes en general desaliento.

La Tierra Santa, que continuaba amenazada, cifraba siempre toda su confianza en el Occidente; por esto había enviado la antedicha embajada para implorar los auxilios de la cristiandad; pero la Europa, á la sazón muy perturbada, no podía ocuparse en la defensa del reino de Jerusalen. El ardor de las cruzadas no se había extinguido, pero para encontrar de nuevo su primera energía y despertar toda su fuerza, necesitaba sucesos extraordinarios y grandes calamidades que pudiesen conmover los corazones é impresionar la imaginación de los pueblos. La decadencia era progresiva en todos los asuntos de Palestina; no faltaban presagios funestos que anunciaban las calamidades futuras; los temblores de tierra, los eclipses de luna y de sol, parecían señales evidentes de la próxima ruina; la extrema licencia de las costumbres asustaba también á los hombres piadosos; además un indicio de desgracias era que los imprudentes, los débiles ó perversos dirigían los negocios del reino. En fin, el reino de Jerusalen, entregado á manos poco hábiles, había de sucumbir sin remedio; pero el bizarro valor de los cristianos estaba destinado á mezclar mucha gloria con el recuerdo de sus días postreros (1).

Roger de Hoveden, con siniestra intención, supone que á esta situación deplorable contribuyó mucho la apostasia del Templario inglés, Roberto de San Alban, quien desertó de la Orden y se pasó al campo de Saladino, ofreciéndole sus servicios y prometiendo hacer caer en sus manos la ciudad de Jerusalen y aniquilar la Iglesia oriental, y que en prenda de su palabra, abjuraría la religión cristiana y se haría mahometano; y en fin, que habiendo sido admitidos por Saladino sus ofrecimientos, dió su sobrina en matrimonio al apóstata Templario, y además le confirió el mando general de su ejército.

Si debiéramos creer á este historiador, el Templario apóstata, al frente de los musulmanes, se presentó en la llanura de S. Jorge, donde dividió el ejército en tres cuerpos, dos ocupados en devastar la campaña des-

(1) Hist. de las Cruzadas.

de Sebaste ó Samaria hasta Jericó, y el otro cuerpo bajo sus órdenes marchó á Jerusalen para sorprenderla; y añade, que los pocos militares que guarnecían la ciudad, en unión de los ciudadanos, saliendo por las poternas, sorprendieron al traidor cuando menos lo pensaba, y atacándole vigorosamente le obligaron á emprender la fuga, y así evitar el justo castigo de su perfidia (1).

Poco importa discutir si ese caballero fué apóstata ó no. Las sociedades más regulares se purgan de tiempo en tiempo con semejantes erupciones. Sin embargo, cosa singular, que tal Roberto no se halla en ninguna parte en el número de los generales que entonces tenía Saladino, ni historiador alguno de los que han tratado de las guerras santas, ha dicho que Jerusalen fuese sitiada, bloqueada ó amenazada en 1185. Se sabe que Saladino, á los principios de dicho año, tuvo que habérselas con muchos reyes de Oriente, celosos de sus victorias, que atacó repetidas veces á Mossul y otras plazas, que los calores excesivos le habían causado una grave enfermedad que le obligó á retirarse á Harran, para cambiar de aires, que después de su restablecimiento pasó el Jordan á principios de julio, se apoderó de Naplusa, Janin, Sebaste y del castillo de Beauvoir, dependiente de los Hospitalarios, del grande y pequeño Gerin (este pertenecía á la casa del Temple); en fin, que devastó él mismo todos estos lugares, sin auxilio de otro general que su hermano Al-Malec, y de Nour-Eddin (2).

Mateo de Paris, enemigo de los Templarios, explica detalladamente todas estas operaciones, sin decir una palabra de este supuesto apóstata. ¿De dónde, pues, ha sacado el historiador de Hoveden todo cuanto dice de Roberto S. Alban? Nos parece que lo sacaría del manantial donde se halla que el diablo, haciendo este año las funciones de comadrona á una pastorcilla; declaró á ésta, que, después de la resurrección de Jerucristo, jamás había habido tanta desolación en el infierno, como en estos últimos días, en los cuales se había visto muchos obispos y prelados y casi todos los barones ingleses cruzarse; pero que este duelo muy pronto se cambiaría en gozo, por cuanto la mayor parte de los cruzados se pasarían á los infieles, y entregándose á todos los desórdenes, serían borrados del libro de la vida (3).

Como para certificar la predicción del comadron, Hoveden cuenta sin duda la historia de S. Alban; pero, tan creíble es en un caso como en otro. Volvamos á tratar de cosas más serias.

(1) Rog. de Hov. Ann., pag. 631.

(2) Hist. de los Arabes, año 1181 y 1183.—Tom. 16 de la Hist. Univ.—Hist. de Saladino, tom. 1. pag. 440.

(3) Roger de Hoveden, pag. 629.

No hubo en Jerusalem quien no se ocupase de la conducta altanera y extravagante que habia observado el patriarca en la corte de Inglaterra, y todo el pueblo se desataba contra él, llegando á decir en alta voz: «La verdadera cruz del Salvador que en otro tiempo fué recobrada por un principe llamado Heraclio, será perdida bajo el pontificado y por falta de un patriarca del mismo nombre.» Todo el mundo murmuraba y detestaba su arrogancia, no escaseando tampoco la crítica severa que se hacia de su conducta (1).

A estas quejas y lamentos contra el prelado sucedieron tristes sentimientos por el porvenir: el rey moribundo, el sucesor un niño de menor edad, un regente ambicioso, sin religion, sospechoso de aspirar á la corona y en inteligencia con los infieles, la tregua á punto de concluir, el enemigo poderoso y temible, pocas tropas, menos dinero, diferentes partidos y divisiones mucho más funestas en la minoridad del principe: en estas lamentables conjeturas sobrevino la muerte del rey Balduino IV (1186).

Apenas hubo muerto el rey, su sobrino y sucesor Balduino V fué conducido á San Juan de Acre para confiarlo al cuidado del conde Josselin. Al cabo de siete meses, el joven principe fué hallado muerto sin saberse como ni de qué enfermedad, sospechándose haber sido envenenado, lo cual ocasionó nuevos motivos de turbacion y divisiones. Ninguno de los barones, ni el mismo tutor del pupilo asistieron á los funerales, por temor sin duda de que se les intimara cumplir la palabra que habian dado de reconocer por heredera de la corona á una ú otra de las dos hermanas de Balduino IV, Isabel y Sibila, si venia el caso de morir el jóven rey en el espacio de diez años. En su consecuencia, los Templarios se vieron obligados á conducir á Jerusalem el cuerpo de Balduino V, para inhumarlo en la iglesia del Temple, en donde habia el sepulcro del marqués de Monferrato su difunto padre (2). Despues de la ceremonia de los funerales, á los cuales asistieron el Patriarca, los dos grandes Maestres, Terric y Desmolins, la condesa Sibila, esposa de Lusignan, hermana de Balduino IV, madre del último rey y heredera de la corona, como hija mayor de Amauri, hizo llamar al patriarca Heraclio y á los dos Grandes Maestres para consultarles en el conflicto en que se hallaba, y tomar las medidas necesarias á fin de inutilizar la oposicion que temia se le hiciese para su coronacion. Ella no ignoraba por cierto que el conde Raimundo habia formado un partido numeroso, y que con intrigas y manejos le haria mucha oposicion. El

(1) Mar. Sanut, lib. 3, part. 6, cap. 24, pag. 147.

(2) Bernard Thesaurarius, cap. 137; Hist. Montisferrati á Benavento et S. Georgio.

consejo le aseguró que seria coronada y reconocida por única heredera del reino, á pesar de sus competidores, y sin perder tiempo, despues de haber reunido á algunos señores adictos, se avisó á los del bando de Raimundo, que sin dilacion se presentasen á Jerusalem para la ceremonia de la coronacion. Estos últimos, en vez de comparecer, mandaron una diputacion al partido contrario, prohibiendo pasar adelante, y declarando que la condesa no seria jamás reconocida por heredera de la corona, á menos que fuese declarado nulo su matrimonio con Guido de Lusignan. Sibila, que era una princesa habil y astuta, fingió consentir en semejante proposicion, exigiendo que los grandes se comprometiesen con juramento solemne á reconocer por soberano á aquel que eligiera por esposo. El juramento se hizo, y á pesar de que el conde de Trípoli era casado, juzgaba que Sibila le eligiria por esposo, ya por derechos de nacimiento, como por sus fuerzas, crédito y poder de sus partidarios, que propagaban la urgente necesidad de un principe que fuera capaz de sacar á la Tierra Santa de la triste situacion en que se hallaba, y que tuviera las cualidades de gran capitán para merecer la estima y la confianza del ejército; y este principe era Raimundo.

El patriarca, hombre capaz para todo, anuló el matrimonio, y habiendo obtenido de los dos Grandes Maestres las llaves del Tesoro Real, del cual eran depositarios, tomó dos coronas, una para la condesa, y otra para el que eligiera por esposo. El día de la coronacion, se cerraron las puertas de la ciudad para evitar una sorpresa; Terric, Gran Maestre del Temple, y Renaldo de Chatillon fueron á buscar á Sibila y la acompañaron á la iglesia del Santo Sepulcro, donde se hallaba reunida la corte, los grandes y los barones, y el patriarca hizo la ceremonia de ponerle la corona, y luego le señaló la otra corona que estaba sobre el altar, y le dijo: «Señora, ahora pertenece á vos el disponer de dicha corona, colocándola á quien sea digno del trono.»

Sibila la tomó, y llamando á Lusignan su marido, se la colocó en la cabeza, diciendo con energia: «Señor, yo no conozco persona más digna que vos para ceñir esta diadema; es en vano que los hombres hayan intentado separar lo que Dios habia unido (1).»

Despues de esta imponente á la par que ruidosa función, el rey y la reina pasaron á la casa del Temple, donde, segun antigua costumbre, la ciudad estaba obligada á servirles la comida (2). La sorpresa que causó á los partidarios del de Trípoli este desenlace, no pudo ser mayor, diciendo en alta voz que habian sido vilmente engañados. El conde Raimundo vió

(1) W. Tyr.: Continuata Hist., col. 591.—Rog. de Hoveden, pág. 131.

(2) Asisses de Jerusalem, cap. 288.

en ello una injusticia y una felonía y dejándose dominar por el furor y la venganza, y juzgando que cuanto había sucedido era obra de los Templarios, juró desde entonces su ruina y la de Lusñan. Lleno, pues, de este espíritu de venganza, y con la firme resolución de sacrificarlo todo á su resentimiento, salió bruscamente de Jerusalem para sus estados, rehusando prestar homenaje al rey Lusñan; y en su despecho llegó á proponer se eligiera otro rey, y que este fuera Onfroy de Toron, esposo de Isabel, hermana de la reina Sibila, cuyo proyecto de rebelion, fracasado en su calenturienta cabeza, le inspiró otro, que fué acudir á Saladino, concertando una alianza con los infieles, que supieron aprovecharse de tales divisiones para tender asechanzas, en las cuales cayeron los cristianos (1).

Saladino, tan hábil político como gran capitán, luego que tuvo conocimiento de cuanto había acontecido, por las noticias que le había comunicado el conde, envió á un personaje de toda su confianza para tratar con el de Trípoli. El emisario representó con una franqueza simulada, que el interés de su amo no podía permitir que un reino cristiano é independiente fuese enclavado dentro de los estados que componian su imperio, pero que si el conde se hacia creyente y feudatario, Saladino tenia poder bastante para colocarle como rey de Jerusalem, y para sostenerle haria una guerra sin cuartel á los Templarios, enemigos irreconciliables tanto del uno como del otro.

El conde de Trípoli, ciego de pasión y venganza, accedió á todo, y se dice aún, que desde luego se hizo circuncidar, acordando con el emisario, que para obtener mejores resultados, no se haria público su cambio de religion, ni su tratado con Saladino, hasta que subiera al trono de Palestina. Concluida la conferencia y arreglado el tratado, partió el emisario para el campamento de Saladino, y el conde de Trípoli quedó imaginando planes contra Guido de Lusñan. Este, para afianzar su trono, reunia tropas para oponerse á su rival; pero los hombres más sensatos y prudentes le aconsejaron los medios de dulzura y conciliación, enviando á Tiberiades personas de valer y prestigio, á fin de reducir y calmar á los descontentos; y Lusñan, accediendo á este consejo, no halló personas más á propósito para hacer entrar al conde en razón que los dos Grandes Maestres de las Órdenes, quienes se encargaron de esta misión, y partieron al momento acompañados de dos prelados.

Apenas habían llegado á Nazareth, después de una jornada de camino, á la madrugada el grito confuso de la gente «á las armas» les despertó; y al preguntar la causa de esta alarma, se les dijo que el enemigo, esparra-

(1) W. Tyr., Cont. Hist., col. 567, n. 1.

mado por la Galilea, saqueaba y recogía impunemente cuanto encontraba, habiéndose apoderado del camino que conduce á Tiberiades (1).

Todo esto era debido á que el traidor conde de Trípoli, no pudiendo negar nada á quienes había pedido protección, había permitido á Afdal, uno de los hijos de Saladino, que entrase é hiciese una correría dentro la Galilea, con la condición de no maltratar á nadie, ni causar daños ni perjuicios en las comarcas. Más el hijo de Saladino, impaciente por hacerse también temible como su padre, y adquirir fama de gran general, haciendo poco caso de las promesas que se le habían exigido, pasó el Jordán con 7,000 hombres, maltrató á los cristianos acusándoles de cobardes, y devastó el país con el objeto de llamar la atención de las fuerzas cristianas y combatir con ellas (2).

Los dos Grandes Maestres, á quienes pareció que esta invasión era un rompimiento de la tregua, reunieron con prontitud de las plazas vecinas todas las fuerzas posibles, y se pusieron á la cabeza de 130 caballeros y de 400 entre soldados y sirvientes de armas; pero antes de marchar contra el enemigo con este puñado de gente, como verdaderos Matatías, animaron á los suyos al combate, procurando inspirarles los sentimientos de celo y honor de que estaban penetrados. Terric gritó á los Templarios:

«Queridos amigos, azote del musulmán, siempre intrépidos, vosotros que no habeis sabido jamás retroceder ni temblar á la vista de estos impíos, este es el momento de recordar vuestro antiguo valor, y de reanimar vuestro coraje; este es el combate del Señor, y vosotros ocupais el lugar de los ilustres Macabeos; se trata de imitar su bravura y defender lo que os es más querido. Por la fe, por la Iglesia y por el honor de los Santos Lugares, sostenidos por la fuerza de un brazo todopoderoso, nuestros antepasados no contaron jamás el número de los enemigos. Yo que confío más en el ardor de vuestro celo, que en estas frágiles armas, lo espero todo de vuestros esfuerzos y de vuestra magnanimidad (3).» Estas palabras pronunciadas con fuego fueron acogidas con general aclamación, y con voz unánime gritaron los Templarios: «Vencer ó morir por aquel que nos ha redimido. Marchemos; ¿qué es lo que esperamos? La victoria es segura, tanto en la vida como en la muerte.»

Poseídos del ardor que inspira la presencia y ejemplo del jefe, corrieron á encontrar al enemigo, y sin atender á la superioridad del número, le atacaron con tal impetuosidad, que, á pesar de ser un cuerpo numeroso, no pudo resistir, introduciéndose en él tal desorden, que se desbandó, perdiendo mucha gente. Sin embargo, advertido del pequeño número de

(1) Chron. Terre Sancte Radulf. Coggeshale, al año 1187.

(2) Hist. de Saladino por Marin, tom. 1, pag. 45^o.

(3) Chron. Terre Sancte, col. 519. — Martene, t. 5, Vet. Script.

caballeros que le atacaba, vuelto de su espanto y reanimado, fingió huir para atraerles al llano, con el fin de separarlos de los sirvientes ó infantería, impidiendo se socorriesen los unos á los otros, y desgraciadamente se cayó en el lazo, y el pequeño cuerpo así separado fué muy pronto derrotado. Los soldados y sirvientes fueron acuchillados y pisoteados por los caballos; el cuerpo de los caballeros luchó con la firmeza proverbial de la Orden, y fué necesario para vencerle y arrollarle el esfuerzo de todos los 7.000 musulmanes, y aún no lograron su objeto, hasta tanto que se le puso en la imposibilidad de luchar, oprimiéndole tan de cerca, que no tenían los caballeros ni espacio ni libertad suficiente de manejar la lanza ó espada, ni tampoco avanzar ó retroceder, prefiriendo morir cubiertos de lanzadas antes que rendirse.

El Gran Maestre de los Hospitalarios, Fr. Roger Desmolins, cayó muerto de una lanzada que le atravesó de parte á parte: el de los Templarios, casi aplastado por los golpes de maza, pudo escapar con algunos de los suyos, abriéndose paso al través de los enemigos. Quedaron en el campo de batalla solamente dos caballeros vivos, combatiendo tan heroicamente, que debe consignarse de un modo particular.

El uno era Templario, y el otro del Hospital, el primero era portaestandarte de la Orden, que un autor contemporáneo dice se llamaba Jaquelin de Mailly, gran capitán y de una fuerza poco común (1). Semillante á una leona, que viendo se le han quitado sus cachorros despedaza con sus dientes y destroza con sus uñas todo cuanto encuentra alrededor de su caverna, así también el bravo Templario, viendo á su compañero hospitalario ya derribado y exánime, se anima de nuevo coraje, y firme contra todos, abate y derriba á cuantos se atreven á acercarse y medirse con su poderoso brazo. A vista de este prodigio de valor, los musulmanes atónitos y admirados apenas creían á sus ojos y sea que nadie se atreviese ya á luchar con él sea le mirasen como uno de aquellos héroes, que consideraban más dignos verles gloriosos en su poder que quitarles la vida, cesaron de combatirle, y para que se rindiera, se le alarga la mano, se le promete la vida, pero inútilmente. Aquella grande alma no pudiendo sobrevivir á la desgracia de sus cohermanos, no admite proposiciones, y continúa en la lucha, prefiriendo una muerte gloriosa á una vida de angustias, y por fin sucumbe, no tanto vencido cuanto ahogado y cubierto bajo un monton de dardos y lanzas, hasta aparecer sepultado entre ellas.

Como iba montado en un caballo blanco, y sus armaduras lucían extraordinariamente, los sarracenos, al verle caer, dieron un gran grito considerando haber cogido al san Jorge de los Francos, pues era en aquel

(1) Chron Terræ S., col. 551.—Martene, tom. 3 Vet Script.—Hist. Jerosol. incerti auct. in Gestis Dei per Francos, pag. 1151.—Hist. de Saladino por Marin, tom. 1, pag. 460.

tiempo común la opinión, y hasta entre los infieles, el haberse visto con frecuencia á san Jorge, montado en un caballo blanco á la cabeza de los cruzados, y combatiendo en su favor.

El cuerpo del Templario bien pronto fué rodeado de curiosos, disputándose las prendas más insignificantes de sus ropas y despojos; algunos se frotaban la cabeza con el polvo empapado de sangre, como si esta superstición pudiera tener la virtud de hacerles herederos de su bravura (1). Este combate tuvo lugar en una era que aún hoy se encuentra cerca de la aldea llamada El-Mahed.

El conde de Trípoli, se dice, asistía á esta acción, pero disfrazado, quien combatió contra el Gran Maestre del Hospital y le derribó del caballo. Muchos Hospitalarios y más de 60 Templarios murieron generosamente; defendiendo á dicho Gran Maestre para arrancarlo de las manos de los bárbaros (2); mas era ya difunto. Los Hospitalarios, después de la batalla, buscaron el cadáver de su jefe, y con mucho trabajo le reconocieron debajo de un monton de cadáveres de sarracenos; fué transportado á Tolemaida, donde le hicieron suntuosas funerales, y se pasó luego á la elección de otro Gran Maestre, que se llamaba Fr. Garnier de Siria.

Esta derrota tuvo lugar el 1.º de mayo de 1187, la cual obligó el Gran Maestre del Temple á volver á Nazareth para la reorganización de sus caballeros, y los otros diputados continuaron su camino hacia Tiberiades para reducir á la obediencia del rey de Jerusalem al conde de Trípoli, quien tuvo la culpa de esta última desgracia, por más que quieran defenderle algunos autores (3). Los diputados tuvieron una conferencia con el conde, haciéndole cargos por las funestas consecuencias que podían seguirse de sus tratos y compromisos con Saladino, y le manifestaron el mal inmenso que causaba al reino, así como á su reputación, y las ventajas y utilidad que podrían resultar de su reconciliación con Lusignan. El conde Raimundo aparentó convencerse de sus razones, y ofreció romper la alianza con Saladino; y para dar colorido á su resolución hipócrita, licenció á los sarracenos que tenía á sueldo (4), marchando con los diputados para someterse á Lusignan. La noticia de esta determinación restableció la calma en todos los ánimos. El rey, acompañado de obispos, Templarios y barones fué á su encuentro, y al verle, desde luego bajaron todos de caballo. El conde en presencia del rey dobló la rodilla, y le reconoció por su soberano, y éste le levantó y abrazó, marchando juntos hasta Naplusa, con

(1) Hist. de Saladino por Marin, tom. 1, pag. 460.

(2) Roger de Hoved. en Enrique II.—Cont. de W. de Tyr., lib. 1, cap. 5.

(3) Los Benedictinos autores de la Hist. del Languedoc, tom. 2, pag. 646.—Hist. de Saladino, tom. 2 pag. 26.

(4) W. Tyr.: Cont. Hist. belly sacri col. 600.

demostraciones de afecto y simpatía, y al llegar á Jerusalem, el conde prestó homenaje segun las ceremonias acostumbradas.

Los cristianos no tenían ya derecho á quejarse del poco respeto que se tenía en observar la última tregua. Saladino por su parte podia acusarles, de haber sido ellos los primeros en romperla, por cuanto antes del combate del 1.º de mayo, el señor de Krac habia hecho una expedición hasta la Arabia, y hecho prisionera á una caravana de musulmanes que iban á la Meca. Un historiador al hablar de este hecho, añade que Chatillon en su cólera y atolondramiento habia dicho mil indignidades contra Mahomet, y que rehusó entregar los peregrinos, siguiendo la costumbre de los Templarios, de los cuales estaba llena su villa. Nosotros no hallamos culpables á los Templarios de esta supuesta costumbre, sino en el abate Fleury. Debe hallarse muy falto de pruebas contra estos caballeros, cuando tiene que citar una vida de Saladino manuscrita que no es fácil consultar. Si dicho manuscrito es el del abate Renaudot (1), puede oponérsele otra obra del mismo escritor, el cual hablando del mismo hecho, no dice una sola palabra de los Templarios.

Si esta circunstancia se hallase entre los historiadores árabes, ¿por cuál casualidad se hubiera escapado á los escritores que los traducen tan escrupulosamente (2)? La fortaleza de Krac, tantas veces atacada, no fué jamás defendida por guarnición de Templarios; ¿por qué se dice, pues, que toda la villa estaba llena de ellos (3)?

En vano puede buscarse en otra parte el origen de las desgracias en que se vieron sumergidos los cristianos, sino en sus divisiones y su mal gobierno. Al conde de Trípoli y á Chatillon buscaba Saladino para exterminarlos, ultrajado y ofendido de la perfidia y villanía de los dos.

Mientras se formaba su ejército en las llanuras de Damasco, Saladino con un cuerpo de tropas marchó contra Chatillon para satisfacer una cruel venganza. La vista del castillo de Krac exaltó la cólera del sultan contra su temible rival, lo bloqueó algun tiempo, y al retirarse le insultó y desafió al combate; y como nadie se presentase, juró cortarle la cabeza con su propia mano, si algun dia caía en su poder. En fin, contento de haber saqueado y destruido la comarca de esta plaza, la abandonó para llevar el fuego y el hierro á los estados del conde de Trípoli.

Al rumor de las devastaciones hechas y del sitio que habia emprendido el temible Saladino contra Tiberiades, los cristianos alarmados pro-

(1) Hist. Patriarcharum Alexand., an. 1186, pag. 311.

(2) Hist. de los Arabes, en 4.º; tom. 16 de la Hist. Universal de los Ingleses, pag. 312.—Hist. de Saladino, año 1187, t. 1, pag. 152.—Hist. de los Arabes por el ab. Marigny, tom. 4, pag. 27.

(3) Hist. de Saladino, tom. 1, pag. 214, 438; tom. 2, pag. 119.

curaron hacer todos los esfuerzos imaginables para contrarestar á Saladino. El Gran Maestre del Temple, al ver reducidos sus caballeros á un número insignificante, por razon de las grandes pérdidas sufridas en la batalla anterior, dispuso que de todas las guarniciones de las plazas y del Santo Sepulcro acudiesen cuantos fuera posible, para formar un cuerpo respetable en vista del peligro que amenazaba. El nuevo Gran Maestre del Hospital, Fr. Garnier de Siria, siguió el ejemplo de Terric, mandando la admision de novicios, su profesion inmediata y su remision al campamento, para reemplazar las bajas sufridas en el desastre pasado. Entre Templarios, Hospitalarios y demás fuerzas que se reunieron, pasaban de 1,200 caballeros y 20,000 infantes, mandados cada cuerpo por un soberano particular. Habia el que mandaba Renaldo de Chatillon, otro por Renaldo de Sidon, los galileos por el conde de Trípoli, y los de Naplusa por Balizan. Desde la conquista de los Santos Lugares, los cristianos no habian reunido un ejército tan numeroso; todos los hombres y jóvenes, tanto de las ciudades como del campo que se hallaban en estado de empuñar la lanza ó manejar el arco, fueron obligados á alistarse y formar en el ejército.

Para sufragar los gastos de este armamento, compuesto más de hombres que de soldados, fué necesario acudir á los Templarios, que tenían en depósito el tesoro del rey de Inglaterra, y sacar de él lo preciso para las urgencias de la guerra. Ya hemos visto que todos los años Enrique II estaba obligado á remitir al Temple sumas considerables en penitencia de la muerte del arzobispo de Cantorbéry.

Los cristianos fueron á acamparse en las llanuras de Sefhourí. La condesa de Trípoli, á la cual Raimundo su esposo habia encargado defendiese á Tiberiades, envió á decir que si no llegaba un pronto socorro, dicha plaza, pues la ciudad estaba ya tomada y quedaba sólo la ciudadela, no podria sostenerse sino algunos dias. Al llegar esta noticia hubo consejo de los barones, y la mayoría entusiasmada dijo que debia marcharse inmediatamente contra el enemigo. El conde de Trípoli sostuvo que lo más conveniente era buscar posiciones ventajosas, apoyando su parecer con razones capaces de conmovér los ánimos y arrastrar los espíritus, si ellas hubieran sido menos insidiosas y más sinceras, por cuyo motivo se escucharon con prevencion.

El Gran Maestre del Temple tuvo el valor de resistir á la opinion del conde, procurando hacer desistir á los que se habian dejado conmovér por el discurso del de Trípoli; y cuando todos se hubieron retirado á sus tiendas, el del Temple sospechando mala fe en el conde Raimundo, habló al rey en estos términos: «¿Pensais, señor, que seria prudente practicar y poner en ejecucion el consejo que os dan? ¿Estais bien seguro de que no se busca otra cosa que hacer os traicion? ¡Qué mancha para vuestra repu-

tacion dejar tomar casi á vuestra vista una plaza de tal importancia, mandando un ejército tan florido! Yo me atrevo á aseguraros, señor, que los Templarios preferirán dejar la cruz y la capa blanca, y vender cuanto poseen, antes que dejar de vengarse de la afrenta que han sufrido en mi persona. No hay que titubear, es preciso correr. Si el conde no es de este parecer, no tenemos que admirarnos; es un enemigo cuya reconciliacion no es sino simulada, y la prudencia aconseja no abandonarse á él ciegamente; hay peligro en la demora; no tenemos más tiempo que el preciso para hacer venir el madero de la cruz, advirtiendo al patriarca que se halle dispuesto á marchar (1).»

Lusiñan, convencido por estas razones, y arrastrado por la confianza que tenia en el Maestre, empleó el resto de la noche en arreglar la marcha, y dar las órdenes para ella, que parece fueron mal recibidas. La mañana siguiente, viernes, 3 de julio de 1187, salió el ejército de su campo de Sefhourí; el conde de Trípoli marchaba á la cabeza como el más conocedor del país, el rey estaba en el centro con la verdadera cruz, y los Templarios y Hospitalarios en la retaguardia como el punto más peligroso. Así marchaba este ejército, compuesto en su mayor parte de confusa multitud de soldados, ciudadanos y paisanos armados extravagantemente, sin orden ni concierto, y mucho menos disciplina, ni manejo del arma que tenian en la mano; lo único que dominaba en este ejército heterogéneo, era el furor y la cólera; y acampó en una aldea llamada Marescalcia, á 3 millas de Tiberiades.

Saladino, informado del avance del ejército cristiano, suspendió el sitio de Tiberiades, ordenando colocar sus tropas ligeras á derecha é izquierda, á fin de fatigar y entorpecer la marcha de los cristianos, y llevarlos á algun lugar desventajoso. La retaguardia sobre todo sufrió mucho de los ballesteros sarracenos que la picaban sin descanso, cerrando las avenidas con objeto de privarles de agua y socorro. A medida que avanzaba, hallábase el ejército con nuevos obstáculos que vencer, y obligado á luchar y atacar, de suerte que, despues de un dia y una noche de marcha penosísima, los cristianos se hallaron metidos insensiblemente en los desfiladeros de un terreno rudo y cortado por peñascos, donde no era posible hallar una gota de agua. Esto era lo que deseaba Saladino. En este conflicto Lusiñan consultó al pérfido conde el partido que debia tomarse, y su dictámen fué permanecer en aquel lugar, por cuanto Saladino no podria forzar aquel paso.

La estacion era la más fuerte del estío; los cristianos, rendidos de cansancio, tenian que sufrir la sed, el calor y los abrasados rayos del sol

(1) Chronicon Terrae Sanctae.

que les desvanecian; se podia decir que toda la naturaleza se habia conjurado contra ellos. A una legua de Tiberiades se encontraron los dos ejércitos, los cuales se observaron algun tiempo sin entrar en batalla. A la mañana siguiente, Saladino al ver que se le presentaba batalla, replegó su ejército para evitarla, y colocó sus fuerzas en la llanura, donde tenia á su disposicion aguas y forraje en abundancia. Esta era la ocasion para atacar al enemigo, si la infanteria cristiana abrasada por el calor y medio muerta de sed no se hubiera separado de la caballería, para posesionarse de una montaña, de la cual no fué posible hacerla bajar ni de grado ni por fuerza (1).

Entonces los Templarios, á quienes la vista del peligro y la necesidad de luchar habian hecho más intrépidos, se ofrecieron á abrir paso á los cristianos al través de los batallones enemigos, con la condicion de que fueran secundados por las tropas. El rey aprobó el plan, y dada la señal, se vió á esos valerosos campeones, comparables á un torrente que arrastra en su impetuosidad todo cuanto encuentra, echarse sobre los musulmanes, en seguimiento de su Gran Maestre, que con un valor extraordinario llevaron la destruccion y esparcieron el terror entre los enemigos. Jamás estos bravos guerreros habian demostrado tanto valor é intrepidez; pues á su paso destrozan y arremolinan los primeros escuadrones de los infieles; jamás ataque fué comenzado con mejores auspicios, y por poco que hubieran sido secundados, á lo menos el ejército cristiano hubiera podido acamparse en mejores posiciones. El conde de Trípoli siguió á los Templarios, pero habiendo sido rechazado y obligado á retroceder, sus tropas se desbandaron y fueron acuchilladas, y su jefe huyó villanamente, acreditando así su infame traicion. Los Templarios abandonados y embestidos por todas partes, abrumados por la multitud, quedaron muertos en el campo unos, y prisioneros los demás.

El resto del ejército se retiró á su campo, es decir, á los peñascos que les habia señalado el conde de Trípoli; la huida de este, en cuyo valor y capacidad se habia confiado, hizo creer á los cristianos que todo estaba perdido, y pasaron la noche entre los peñascos y sin agua.

El tercer dia viendo Saladino que el ejército cristiano no se atrevia á salir de aquellas posiciones, é informado por otra parte por desertores del estado lastimoso en que se hallaba, para aumentar el calor y rendir á los cristianos, en cuyo campamento reinaban la confusion y el desaliento, mandó pegar fuego á los bosques inmediatos al campo cristiano, y durante el incendio atacó á la infanteria que apenas pudo resistir, y desa-

(1) Tyríi: Continuata Hist.—Historia de los Árabes por el abate Marigny, tom. 4, pág. 272.—Historia de los Árabes por una sociedad de ingleses, sobre el año 1187.

lojándola de la montaña, la arrastró hacia el llano en donde hubo más bien una carnicería que un combate; no obstante, se hicieron prodigios de valor por los que rodeaban la cruz del Salvador. Así como antes se había observado que el que había llevado la cruz en las batallas no había jamás recibido la menor herida, desgraciadamente en ésta, Rupin el monje, obispo de Acre, hijo de Heraclio, que era el que la llevaba en defecto del patriarca, perdió la vida; la santa reliquia fué presentada á Saladino, como uno de los más gloriosos trofeos de su victoria. El terror fué tan grande entre los cristianos, que un solo soldado sarraceno hizo 30 prisioneros, que él solo conducía atados los unos con los otros con las cuerdas de su tienda; muy pocos cristianos escaparon del furor del musulmán.

La historia consigna que cayeron prisioneros Guido de Lusignan, rey de Jerusalem, el marqués de Monferrato, Renaldo de Chatillon, el Gran Maestre del Temple (1), los comendadores Templarios, Fr. Radulfo de Diceto y Fr. Nicolás Triveto, con otros grandes señores del reino y caballeros de las Órdenes. El Gran Maestre del Hospital, despues de haberse distinguido, lleno de heridas y seguido de algunos caballeros de su orden, espada en mano, atravesó los escuadrones enemigos, y pudo entrar en Ascalon, donde murió á consecuencia de sus heridas.

Saladino dió gracias á Dios por la victoria que había alcanzado protestando que era menos el efecto de su valor, que el castigo de los crímenes del cristiano; despues mandó se le presentasen los prisioneros más notables y fueron Guido de Lusignan, Chatillon y otros señores. El Sultan hizo sentar á su lado al infortunado rey de Jerusalem, medio muerto de sed y debilidad, dándole una copa de licor agradable y fresco; y como éste la pasase á Chatillon, Saladino lo impidió, diciendo: « Solo para ti es la bebida, y no para ese hombre malvado que no debe esperar clemencia; » y dirigiéndose á Chatillon le dijo: « Tú que has violado tantas veces la tregua, que te has entregado al bandolerismo, y convertido en ladrón; has demostrado tu inhumanidad con los prisioneros, por el crimen que intentabas cometer, de sorprender y devastar las ciudades de Meca y Medina, te doy á escoger para reparacion de tantos ultrajes, ó que renuncies desde luego á Jesucristo, ó mueras para vengar á nuestro santo profeta. » Al oír Chatillon semejante propuesta, fiero é intrépido, aunque bajo la espada del vencedor, le contestó con entereza « que un cristiano no rescataba su vida con una cobardía semejante. » Entonces Saladino arrebatado de cólera le coge por los cabellos, y con su cimitarra le corta

(1) Comes Tripolitanus et Fr. Terricus Magister Domus Templi vix evaserunt. Ita Chron. Richerspergense. Math. Paris., an. 1187.—Godefridi Monachi, et Henricus Bangertus sup Chron. Slav., pag. 319.



La santa cruz cae en poder de los Musulmanes. Batalla de Friteriades.

la cabeza, cayendo su cadáver á los piés del rey de Jerusalem. Este y los demás ilustres prisioneros fueron conducidos á los calabozos de Damasco.

Saladino, creyendo que si extinguía las dos Órdenes militares, que eran el más fuerte baluarte de los cristianos, le sería más fácil conquistar lo que restaba de la Palestina, hizo anunciar á los Templarios y Hospitalarios que escogiesen, ó la muerte ó el mahometismo; pero estos intrépidos guerreros no titubearon un momento en preferir mil muertes antes que cambiar de religion, disputándose entre ellos quien sería el primero en presentar su cabeza á la cortante cimitarra. Un Templario sobretodo se distinguió en esta edificante disputa, y alcanzó el honor de morir el primero, y siguieron los demás, que fueron todos degollados (1). La constancia de estos atletas reanimó la fe de muchos soldados y de otros particulares, quienes, para conseguir el martirio, gritaron en alta voz que eran Templarios, y temiendo no llegase su turno, se precipitaban á las manos del verdugo para ser inmolados antes que otros.

Algunos escritores han consignado que los dos Grandes Maestros experimentaron la misma suerte, pero se han engañado. Hemos visto que el del Hospital pudo escaparse á Ascalon, donde murió; y veremos que el del Temple, despues de su cautividad, se retiró á Roma donde vivía en 1199 (2).

Despues de la cruel ejecucion de tan ilustres caballeros, Saladino ordenó á sus emires esparramarse por la Palestina, y arrasar cuanto se opusiese á su poder. En menos de tres meses, cayeron en manos del infiel más de quince entre castillos y fortalezas, sin contar la Cava y Marle del Temple, la Cisterna roja, Faba, Sidon, Assur y otros fuertes de pertenencia de los Templarios; y esto se consiguió con tanta más facilidad, por cuanto en dichas plazas no había más que mujeres y ancianos. Acre se rindió casi sin resistencia. Cesarea fué tomada por asalto, y en su consecuencia entregada al pillaje y saqueo. A los pocos templarios que habían quedado en Gaza rechazando las proposiciones de rendirse, Saladino les envió á decir: « Vosotros no podeis dudar de que Dios no os ha permitido aún caer en nuestras manos; no obstante quiere seais dueños de vuestra suerte; si resistís, temedlo todo, pero si os rendís voluntariamente, os prometemos salvar las vidas, conduciéndoos á vosotros y todo lo que queráis á lugar seguro. » Los caballeros, contando con las fuerzas de Ascalon, á la cual Saladino entonces atacaba, respondieron que cuando dicha ciudad se hubiera rendido, ellos resolverían. En efecto, habiendo los ascalonitas

(1) Hist. de Jerusalem, pág. 1153.—Rog. de Hoved., pág. 637.

(2) Balucio: Epist. Innocentii III, tom. I, pág. 321.

resistido con vigor los ataques del musulman, Gaza pudo sostenerse algunas semanas, no rindiéndose sino con las mismas condiciones que Ascalon, á saber, que el rey, el Gran Maestre del Temple y algunos otros prisioneros serian puestos en libertad dentro de seis meses (1).

El reino de Jerusalem estaba sumido en espantosa desolacion, sin tropas y sin rey; se veian despobladas las ciudades, las dos Órdenes militares habian quedado casi sin caballeros, el Gran Maestre del Hospital acababa de morir de sus heridas, y el de los Templarios estaba en cautiverio.

Saladino, aprovechándose de la consternacion general de los cristianos, siguió rápidamente su avance; la mayor parte de las ciudades le habrian las puertas; Tolemaida, destituida de los caballeros de las Órdenes, resistió dos dias; y de tantas conquistas no quedaban á los cristianos sino Jerusalem, Tiro, Ascalon, Tripoli y Antioquia; y aun de éstas dos últimas plazas la una dependia de la corona de Jerusalem, y la otra era feudataria.

Despues de algunos dias de cautividad, Balizan señor de Iblin, al saber que Saladino queria sitiar á Jerusalem, le pidió y obtuvo el permiso de pasar á dicha ciudad para hacer salir á su familia; y por este medio Fr. Terric, testigo ocular de la espantosa situacion á que estaban reducidos los cristianos, despues de tanta sangre derramada y de tantas ciudades tomadas, dirigió una carta circular á los Templarios, para recomendarles acudir prontamente al socorro de la Palestina. El texto de este documento se halla en Baronio, y empieza así:

«Fr. Terric, Gran Maestre de la pobre casa del Temple, casi aniquilada, á todos los Preceptores, y á todos nuestros hermanos y súbditos, salud en Aquél que merece nuestros suspiros, y á quien el sol y la luna obedecen. La mano del Señor ha dejado sentir su pesadez sobre nosotros, queridos hermanos, y los males con los cuales el cielo justamente irritado nos aflige, han llegado á tal punto, que no hallamos términos bastante fuertes para expresarlos, ni lágrimas bastante amargas para deplorarlos. Un cuerpo formidable de turcomanos, acampado frente de Tiberiades, habiase apoderado de la ciudad, y poco faltaba para rendir el castillo, cuando nosotros al ponernos en marcha para detener los progresos de Saladino, éste salió de su campo y nos acosó hácia unos desfiladeros, donde el ejército cristiano ha quedado enteramente destruido. Nosotros hemos perdido en esta desgraciada jornada 230 caballeros, á quienes han cortado la cabeza (2), sin contar 60 que perecieron en la batalla anterior; las tropas han sido destrozadas: 30,000 hombres han perecido. A duras penas el

(1) Chron. Terre Sanctae, col. 574.—Item, Hist. Montisferrati á Benvenuto de S. Georgio, an. 1187.

(2) Saladino, para coronar la victoria, mandó cortar la cabeza á 230 Templarios prisioneros, porque no quisieron abjurar la religion cristiana y hacerse musulmanes.

rey, algunos barones y yo hemos podido escapar al furor del soldado turco; pero lo que es más deplorable, el madero precioso de la verdadera cruz ha caido en poder de los infieles. Estos cada dia más sedientos de sangre cristiana, acaban de rendir Acre, y sitian actualmente á Tiro, de suerte que no nos quedan más que Jerusalem, Beyruth, con dos ó tres plazas sin guarnicion. Ellos son en tan gran número, que desde Tiro hasta Jerusalem y Gaza lo tienen como inundado, y cubierta la superficie del país. De hecho está todo perdido. Si el cielo no nos ayuda, y si vosotros tardais en socorrernos, es imposible sostenernos aquí por algun tiempo (1). »

Desgraciadamente el socorro de la tierra estaba muy lejos, no vislumbrándose siquiera una apariencia á fin de detener el progreso de las armas victoriosas de Saladino, que rindió unas despues de otras á Tolemaida, Jafa, Naplusa, Sebaste, Nazareth, Sefhourí, Cesarea, Sidon y Beyruth. La firmeza de los Hospitalarios en Ascalon, y la heroica resistencia de los Templarios en Gaza, mortificaron é irritaron á Saladino, quien no las pudo rendir entonces, y dirigió su marcha á la capital, es decir, á la santa ciudad de Jerusalem.

Muchísimos cristianos, desconsolados de verse sin jefe y sin defensa, se hallaban refugiados en esta populosa ciudad; pero la mayor parte de sus habitantes pertenecía á la comunión griega cismática, y por consiguiente enemiga de los latinos. Además habia poca gente de armas: Saladino no ignoraba estas circunstancias, y considerándose ya señor de dicha ciudad, intimó la rendicion antes de presentarse delante de ella. La reina Sibila, por consejo de Balizan y los caballeros de las dos Órdenes que habian quedado para la guardia de sus casas, rechazó con entereza la intimacion que se le hacia, procurando Balizan y los caballeros animar á los ciudadanos para la defensa, y exhortándoles á ser intrépidos defensores de la santa ciudad.

El sábado 19 setiembre de 1187 se presentó Saladino delante de Jerusalem, y como ésta no contaba sino con pocos militares, los sacerdotes, monjes, canónigos y mujeres tomaron las armas, y se distinguieron de una manera extraordinaria en este famoso sitio. El principio fué bastante ventajoso á los sitiados, por cuanto rechazaron con frecuencia de sus líneas al enemigo, llegando en un solo dia á desalojarle tres veces, de manera que desde la primera semana los sitiadores no habian avanzado nada, ni tampoco podido colocar una sola bateria (2). Esto obligó á Saladino, el 26, á cambiar el punto de ataque, pasando del occidente al norte de la ciudad, en la creencia de que las salidas serian más raras por ser difi-

(1) Baronio, tom. 12, pág. 981.

(2) W. Tyrri, Continuata Hist., col. 613.

les. En este mismo día fué establecida una batería de catapultas que disparó hasta siete veces; á la mañana siguiente ya habia hasta doce en estado de hacer otro tanto. En dos días habia quince toesas de muralla minada ó derribada. Un testigo ocular dice, que no habia suficientes cirujanos en los hospitales para arrancar los dardos de los cuerpos de los heridos, y que, como una nube de flechas caia sobre la ciudad, se hacia imposible acercarse á la muralla sin estar expuesto á una muerte inevitable.

A la vista de un ejército tan numeroso como era el sitiador, y los terribles efectos causados por las máquinas de guerra musulmanas, los cristianos se abandonaron al desaliento, y no pensaron más que en lamentarse y deplorar la causa de sus desgracias. Los viciosos más insensibles á las lecciones de la prudencia, acababan por ser dóciles á la vista de sus calamidades. Para aplacar la cólera del cielo, las damas cortaban los cabellos de sus hijas, y las sumergian hasta el cuello en cubas de agua; los niños y los viejos hacian resonar las iglesias y plazas públicas con gritos lamentables; los eclesiásticos con casco en la cabeza y la pica en la mano, y descalzos, hacian durante la noche procesiones con el Santísimo Sacramento por encima de los baluartes; mas todos se habian hecho indignos de ser escuchados de lo alto; los vapores de su corrupcion habian formado entre ellos y el cielo una nube espesa, que impedia que sus plegarias llegasen hasta Dios. Se encontraba toda la ciudad en tal extremo de turbacion y terror, que el patriarca prometió, por medio de pregon público, 5,000 besans á cualquiera que reuniera 50 hombres para defender una sola noche la brecha que habia en la muralla, y no hubo quien pudiera reunirlos, aunque se habia ofrecido proporcionarles las armas que quisieran escoger (1).

En tal extremo, el consejo de guerra decidió que no habia otro partido que implorar la clemencia del sultan, y capitular con las condiciones que fueran menos deshonrosas para la ciudad. Salió en efecto una comision, y Balizan, que llevaba la palabra, hizo presente á Saladino que la ciudad se entregaria, pero con capitulacion honrosa; pero el fiero musulman no quiso oír una palabra de capitulacion, y respondió: «Yo quiero que Jerusalem sea tomada por asalto; en ello va mi honor, no puede ser purificada sino por la sangre de los cristianos; lo he oído decir á los sabios de mi nacion, á quienes he querido consultar (2).»

Envióse una segunda diputacion al campo enemigo, y se ofrecia á entregar las llaves de la ciudad y 100,000 besans como rescate de esclavitud, pero tambien fué rechazada con desprecio esta proposicion. Enton-

(1) Chron. Terrae Sanctae, col. 570.—W. Tyrrii, Cont. Hist., col. 613.

(2) W. Tyrrii, in Vet. Script. Col. Ampl. tom. 3, col. 570.

ces Balizan, con un valor digno de su nobleza; dijo á Saladino: «Si tal es vuestra resolucion, sabed, terrible vencedor, que aun somos en número bastante para haceros experimentar los terribles efectos de la desesperacion. Vos tendréis que presenciar el espectáculo de un incendio general; lo reduciremos todo á ceniza, nuestros efectos, casas y metales, sin perdonar la roca sagrada y ese templo. por el cual vos teneis tanta veneracion. En todos vuestros pasos no hallaréis sino objetos de horror. Nosotros empezaremos por asesinar á 5,000 musulmanes que tenemos prisioneros; el plan está formado, en caso que se nos rehuse la libertad; despues de esto saldremos en masa, con las armas en la mano resueltos á vencer, y haceros experimentar cuán terribles son los cristianos, cuando se trata de librarse de una vergonzosa esclavitud (1).»

Conmovido Saladino por estas palabras, y dispuesto á economizar la sangre de sus soldados, pidió á Balizan que fuera á la ciudad, y que volviera á la mañana siguiente.

En efecto, Balizan se presentó otra vez y halló más tratable al vencedor, quien otorgó una capitulacion concebida en estos términos:

«Primero: Que la ciudad se entregaria sin destruccion alguna.

«Segundo: Que la nobleza y gente de guerra podrian salir con armas, y acompañados por una escolta irian á Tiro, ó á donde quisiesen.

«Tercero: Que los griegos podian permanecer en la ciudad como los ciudadanos.

«Cuarto: Que los latinos tendrian 40 días de tiempo para salir de la ciudad, durante el cual serian libres de vender sus efectos, sino deseaban llevárselos consigo.

«Quinto: Que á su salida los hombres pagarian 10 escudos de oro, las mujeres 5, y 2 los niños.

«Sexto: Que los que no pudiesen satisfacer esta tasa, quedarian esclavos.»

Vuelto Balizan á Jerusalem, presentó la capitulacion estipulada á las autoridades y jefes de las Órdenes, quienes firmaron aquella, y en seguida se mandó publicar por toda la ciudad para conocimiento del público, y salió despues una comision para presentar á Saladino las llaves de la ciudad.

Durante la noche que precedió á la entrega, dentro de Jerusalem no se oian sino lamentaciones, suspiros y gritos de desesperacion de los pobres cristianos, deplorando la infeliz suerte á que se hallaban sumergidos. Hombres, mujeres y niños, postrados ante el Sepulcro del Salvador, se deshacian en lágrimas, se postraban y besaban aquellos Santos Lugares

(1) Hist. Universal por una Sociedad de ingleses, tom. 16, pag. 517.

que bien pronto debían abandonar para siempre; pero aún fué mayor el desconsuelo al acercarse el día en que debían alejarse de Jerusalén y dar un adiós eterno al Santo Sepulcro y al Calvario, día en que quedó como sepultado aquel pobre pueblo en el dolor más amargo: querían los cristianos abrazar por última vez los vestigios sagrados de Jesucristo, y hacer una oración postrera en aquellas iglesias en que con tanta frecuencia habían rezado. Todos los ojos derramaban lágrimas; Jerusalén nunca había sido tan querida para los cristianos, como el día en que les fué preciso abandonar aquella santa patria.

Cuando llegó la hora de la entrega y entrada de Saladino, se cerraron todas las puertas de la ciudad excepto la de David.

Saladino, colocado en un trono, vió pasar por delante de sí á un pueblo afligido. El patriarca seguido del clero fué el primero que apareció, llevando los vasos sagrados, los ornamentos de la iglesia del Santo Sepulcro, y tesoros cuyo valor, según dice un autor árabe, sólo Dios conocía. Seguía la reina Sibila con sus hijos, acompañada de los principales varones y caballeros; Saladino respetó su dolor y le dirigió algunas palabras de consuelo. Un número considerable de mujeres seguía á la reina: todas llevaban sus hijos en brazos, llenando el espacio con gritos desgarradores. Al pasar por delante del trono de Saladino, suplicaron les restituyese sus hijos y esposos que quedaban cautivos, y el sultán accedió á sus ruegos.

Varios cristianos, abandonando sus muebles y efectos más preciosos, llevaban sobre sus hombros, unos á sus parientes debilitados por la edad, otros á sus amigos enfermos ó imposibilitados. Este espectáculo conmovió el corazón de Saladino, y en su generosa compasión permitió á los Hospitalarios permanecer en la ciudad para cuidar á los peregrinos, y á aquellos á quienes enfermedades graves impedían salir de Jerusalén.

El 2 de octubre de 1187 entró triunfante Saladino en Jerusalén, 88 años después que Godofredo de Bullon la había tomado. El culto del falso profeta de la Meca sustituyó á la religión de Jesucristo en la ciudad conquistada; todas las iglesias excepto la del Santo Sepulcro, (cosa providencial) fueron convertidas en mezquitas. Saladino mandó lavar con agua de rosas, llevada de Damasco, las paredes interiores y exteriores de la mezquita de Omar. En el primer viernes que siguió á la toma de Jerusalén, el pueblo y ejército musulmán se reunieron en la mezquita principal, y el jefe de los ulemas pronunció un discurso acerca de las victorias de Saladino. Mientras que en los Santos Lugares resonaban himnos de un culto extranjero, los cristianos vagaban tristemente por la Siria, rechazados por sus hermanos, que les acusaban de haber entregado el Sepulcro del Hijo de Dios. La ciudad de Trípoli les cerró las puertas; los que se trasladaron á Egipto fueron menos desgraciados y conmovieron el corazón de los musulmanes; muchos cristianos se embarcaron para Europa,

donde anunciaron con gemidos y lamentos, que Jerusalén había caído en poder de Saladino (1).

Una vez rendida Jerusalén, las disposiciones del nuevo señor fueron fundir las campanas, destruir los altares, destrozarse las imágenes y borrar todos los vestigios del cristianismo. Uno de los más notables era una gran cruz de bronce dorado, elevada sobre la cúpula de la iglesia de los Templarios; al verla caer los pocos cristianos que lo presenciaron, dieron un grito de dolor é indignación.

El tesoro del rey de Inglaterra fué empleado para el rescate de 7,000 pobres, sin contar los que rescataron los Templarios con su propio dinero, y aquellos que fueron concedidos liberalmente á ruegos del patriarca y de Balizan.

Aún quedaban 14,000 cautivos; pero Saladino concedió la libertad á más de la mitad, para manifestar á los cristianos que no les cedía en generosidad; y no contento con dar las órdenes más severas para que se respetase á los ciudadanos, hizo magníficos presentes á las damas y jóvenes de distinción, además de dar libertad á sus esposos y parientes.

Así se portó Saladino, que no tenía de bárbaro sino su nacimiento, vengándose de la sangre de 70,000 turcos muertos por los primeros cruzados (2).

Si las desgracias que acabamos de relatar, llenan el corazón del cristiano de profunda pena, nosotros no podemos menos que inclinar nuestra frente y bendecir á la Providencia, cuyos designios son desconocidos á la menguada razón humana. ¿No se cruzaban los cristianos con fe, ardor y entusiasmo para pelear contra los enemigos de la cruz? ¿No era su único objeto librar los Santos Lugares del poder de los sectarios del falso profeta? ¿No era la devoción y el celo que animaba á los cristianos, al abandonar su patria para venerar el Santo Sepulcro del Salvador, y arrancarlo de las manos del infiel? ¿Por qué así había degenerado el valor de los cristianos, y pasó todo á poder de los enemigos de la fe?

No podemos decir sino que fué un castigo de la Providencia por culpas que no pueden precisarse; pero como Dios castiga y vivifica, según la Sagrada Escritura, al través de las mayores calamidades podemos esperar siempre en su misericordia.

Los Templarios, en la angustiosa situación en que vieron á los cristianos de Jerusalén no les abandonaron un momento. Además de haberles rescatado con su dinero, como hemos visto, con caridad fraternal, se encargaron de acompañarlos hasta lugar seguro, y para este efecto se formaron tres cuerpos: el primero fué el Temple, el segundo la Orden del

(1) Hist. de las Cruzadas, cap. XIII.

(2) Chron. Terrae Sanctae.—W. Tyrif, Continuat. Hist.—B. rnard. Thesaur., cap. 111.

Hospital, y el tercero el patriarca, de los cuales el que tomó el camino de Antioquia y Trípoli, experimentó el trato más inhumano, que no puede leerse sin indignación; el que se dirigió á Alejandría, fué tratado por los infieles con la mayor compasión (1).

La reina Sibila con sus hijos y principal nobleza se retiró á Ascalon, con la segura promesa que le hizo Saladino de que con poco rescate daría libertad á su esposo Guido de Lusignan.

Como consecuencia de cierta prevención de que se hacen esclavos algunos escritores, el historiador de las Órdenes militares (2) escribe que, si Jerusalen cayó en poder de los infieles, fué á instigación de los Templarios. Esta acusación es tan visiblemente falsa, que ni merece la atención de ser refutada. Si Jerusalen se hubiera rendido por traición, no podría acusarse con justicia sino á los griegos que formaban el mayor número de sus habitantes, quienes, cansados del yugo de los latinos, buscaban como sacudirlo, exaltados por los discursos de un rico comerciante, conocido en la historia con el nombre de José Elbatith (3).

Apenas fueron reparadas las murallas de Jerusalen, Saladino marchó con el ejército hacia Trípoli, y no habiendo podido rendirla, dirigió sus conatos sobre Ascalon, donde se hallaba la reina Sibila, la cual rindió la plaza con la condición de que el sultan daría libertad á su esposo Guido de Lusignan, al Gran Maestre del Temple, Fr. Terric, á los grandes comendadores Templarios, Fr. Radulfo de Díceto y Fr. Nicolás Triveto, y á quince señores de la nobleza de Jerusalen. En virtud de este tratado, los arriba dichos lograron la libertad.

Pero la conquista más importante para Saladino era la de Tiro. Antes de marchar á ella, mandó un oficial para que intimase la rendición, y por cierto que se hubiera rendido, si en aquellos momentos supremos no se hubiera presentado el joven Conrado, último de los hijos del marqués de Monferrato, quien, viniendo de Constantinopla en socorro de los cristianos, al abordar á Acre ó Tolemaida, supo que estaba en poder del musulman, y virando dirigió su rumbo hacia Tiro, donde fué recibido como un enviado del cielo, para salvar los restos que quedaban de los cristianos. Antes de ponerse á su cabeza, propuso se le reconociera por su señor y soberano, á lo que accedieron los ciudadanos de Tiro, y sin preocuparse de si eran libres ó no de escoger otro soberano que Lusignan, prestaron á Conrado juramento de fidelidad y obediencia.

(1) Hist. de Saladino, tom. 2.—W. Tyrif, Cont. Hist.

(2) Tom. 2, pag. 86.

(3) Renautot: Hist. Patriarch. Alexand., pag. 313.—Hist. de los Arabes por el abate Marigny, tom. 4, pag. 278.

El joven marques, sostenido por los caballeros de las dos Ordenes que de Gaza y Ascalon se habian refugiado en Tiro, empezó con gran actividad por restablecer las fortificaciones y profundizar los fosos, animando á unos con su ejemplo, y á otros por medio de liberalidades y exenciones. En una acta que aún se conserva, Conrado confirma á la Comuna de los Pisanos sus antiguos privilegios, concediendo otros nuevos, de consentimiento de los prelados y barones, en cuyo número se halla Terric con su cualidad de Gran Preceptor ó sea Gran Maestre. Este documento es del mes de octubre, firmado por diez y siete ciudadanos y seis Templarios, con el preceptor de Tiro á la cabeza (1). Segun todas las probabilidades, parece que en estas circunstancias, Terric, alcanzada la libertad, hizo dimisión del maestrazgo, rogando á los Templarios escogiesen un sucesor bastante celoso, que los gobernase en medio de la tempestad en que la Orden y la Iglesia oriental se hallaban agitadas.

Para resistir más vigorosamente á Saladino cuando se presentase delante de Tiro, Conrado reunió todos los caballeros Templarios y Hospitalarios que pudo, y les encargó la instrucción de los tirios en el manejo de las armas; y en efecto, por su industria en pocos días los ciudadanos se vieron convertidos en soldados animosos y poseidos del mismo espíritu de sus jefes. Por otra parte, en la ciudad todo era animación y aprestos para la defensa. Entre tanto Saladino avanzaba, presentándose delante de Tiro, á principios de noviembre 1187, pero halló cerradas las puertas y cubiertas las murallas de defensores, cosa que le admiró, pues estaba convencido de que al presentarse se le abrirían las puertas. A pesar de su equivocado cálculo, formó el sitio por mar y tierra, con la resolución de hacer pagar cara la resistencia. Durante siete semanas los ataques fueron rudos, pero la defensa heroica; los hombres, sin descansar día y noche, estaban en los baluartes y murallas; las mujeres tambien disparaban flechas contra los musulmanes, así como servían víveres y refrescos durante las refriegas: jamás habia visto Tiro una defensa tan obstinada desde la de Alejandro Magno.

Saladino exasperado por tan prolongado sitio, que le impedía otras operaciones, quiso probar una acción, cuya sola idea irrita y repugna, y fué hacer conducir al marqués de Monferrato, hecho prisionero en la batalla de Tiberiades, y por consiguiente padre de Conrado que defendía la ciudad, ponerlo delante de las murallas, y que un heraldo en clase de parlamentario entrara en la ciudad, y declarase al hijo que, si no habria la ciudad á Saladino, se cortaría inmediatamente la cabeza á su padre. A semejante proposición inhumana y bárbara, titubeando el joven Conra-

(1) Italia Sacra, tom. 3, col. 415.

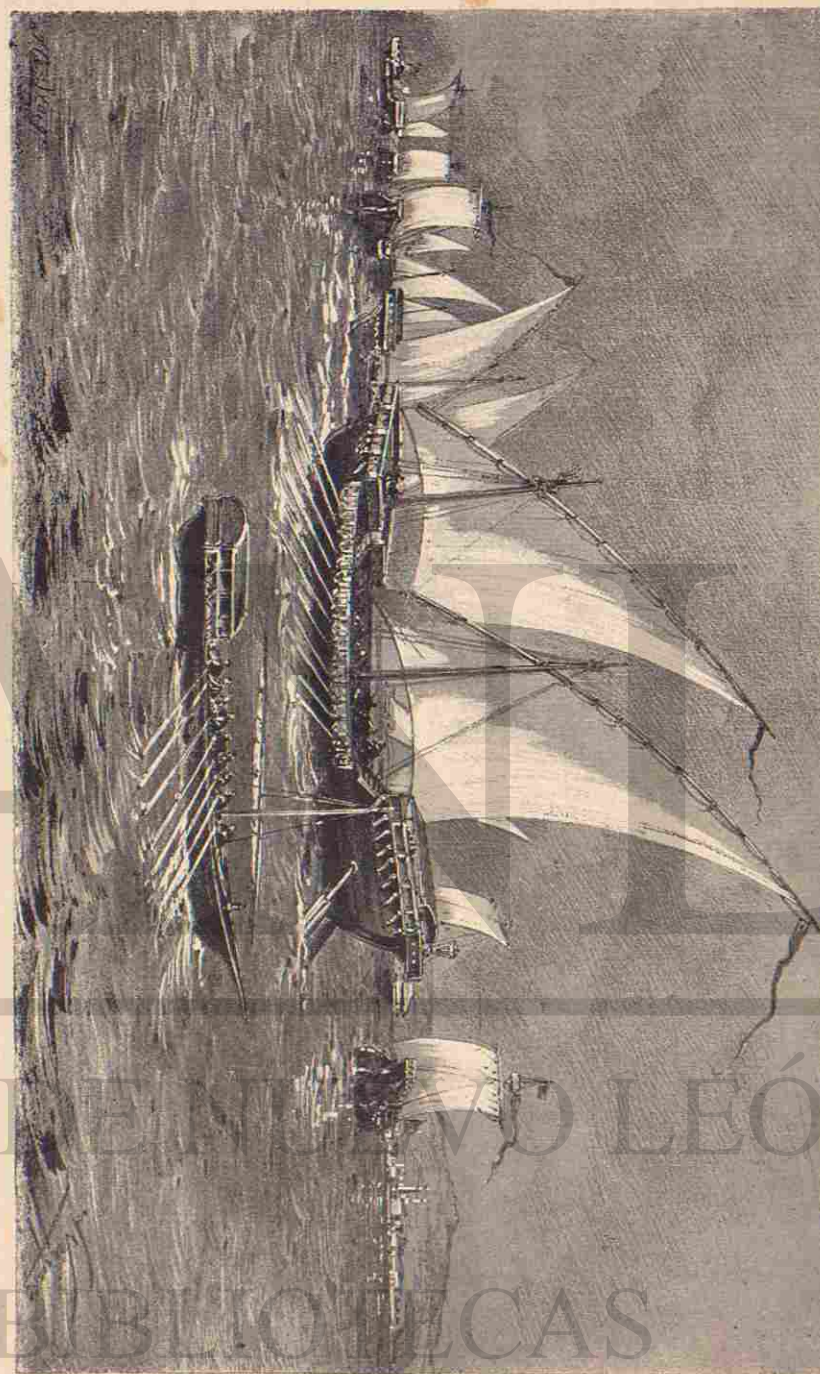
do entre dos deberes igualmente imperiosos, ó de salvar la vida á su padre, ó de abandonar á los cristianos á quienes habia prometido defender, con una resolución digna de los mayores elogios, dijo al heraldo: «Véte, y di á tu señor de mi parte, que no puede matar á un prisionero de guerra que se ha rendido bajo su palabra, y esto no lo hará sin deshonorarse, y en caso que así suceda, yo me tendré por muy dichoso de haber tenido por padre á un mártir de Jesucristo.»

Después de la salida del heraldo, los soldados volvieron á disparar al campo enemigo, pero con la precaucion de no tirar en la direccion en donde se hallaba colocado el marqués de Monferrato, cargado de cadenas. Saladino mandó quitarlo y volverlo á la prision, continuando el sitio con más vehemencia que antes. A pesar de la vigorosa defensa de Conrado, de los Templarios, Hospitalarios y ciudadanos, la ciudad habria sucumbido, como las otras, á no llegar en aquellas críticas circunstancias el almirante catalan, terror de las aguas del Mediterráneo, el intrépido Margarit, quien, al frente de la escuadra catalana, se habia dirigido en socorro de la Palestina por orden del rey de Sicilia, de la casa de Aragon. Su armada se componia de 40 galeras y otros buques montados por 3,000 ballesteros y 1,000 hombres de armas. Este intrépido y hábil marino, habiendo reconocido por una señal que la ciudad se hallaba en apurado trance, y los cristianos en combate con los musulmanes, forzó la marcha y cayó como un relámpago sobre la escuadra turca, abordando á unas galeras, poniendo fuego á otras, y apresando á muchas, de suerte que el sarraceno aterrorizado por el incendio perdió todo su valor. Toda la escuadra musulmana quedó destruida, puesto que unos buques fueron presos, otros incendiados, algunos sumergidos, y otros encallados voluntariamente en la arena. Este hecho glorioso de la marina catalana tuvo lugar bajo la presencia del mismo Saladino, desesperado de no poder prestar socorro alguno á los suyos, viéndolos perecer en la playa (1).

Este desastre, que abria á los cristianos un punto seguro de socorro en Tiro, desanimó al musulman; y como la estacion avanzaba, levantó el sitio, puso al ejército en cuarteles de invierno, y Saladino se retiró á Acre.

Al tenerse en Europa noticia de los progresos que hacia Saladino, y de los desastres experimentados por los cristianos, trató de socorrer á estos últimos, y al efecto formóse en Verona un ejército para marchar al auxilio de los cruzados, á cuyo objeto el papa Urbano III se dirigió á aquella ciudad para revistar y bendecir aquellas tropas cristianas; pero al sa-

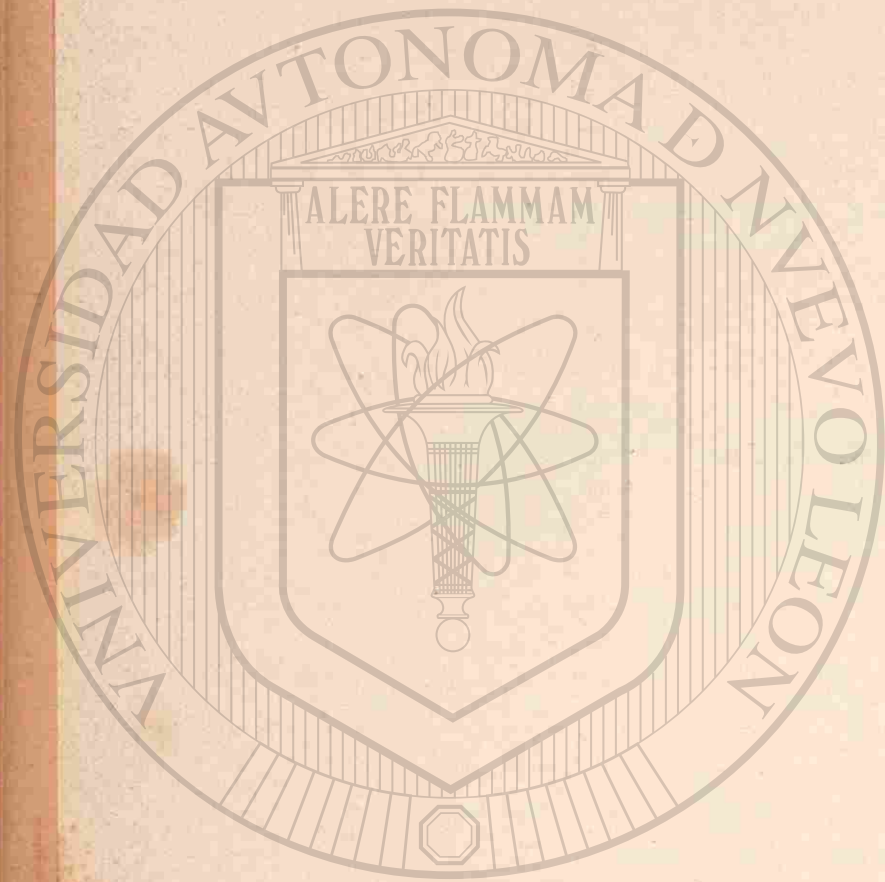
(1) Historia general de Jerusalem, lib. 8.



El almirante catalan Margarit y su escuadra.

ber allí la toma de Jerusalem por Saladino, experimentó tan profundo dolor, que le causó la muerte, estando en Ferrara, en 19 de octubre de 1187.

Por la muerte de Urbano III, fué elegido el 21 del mismo mes y año Gregorio VIII, quien hizo concebir grandes esperanzas, por ser hombre que, á su sabiduría y santidad, reunia gran celo por la religion; más por desgracia ocupó la sede apostólica solo un mes y veinte y ocho dias. Sin embargo, tan luego como subió al trono, su primer cuidado fué la reconquista de la Tierra Santa, y para aplacar la justicia divina, ordenó un ayuno general en toda la cristiandad, proyectando una cruzada para ir al socorro de Oriente cuando sucumbió en Pisa el 17 de diciembre del mismo año. El 19 de diciembre fué elegido Clemente III, quien se propuso llevar á cabo los planes que concibiera su predecesor sobre la reconquista de la Tierra Santa, mandando que se observasen como digna preparacion los ayunos que aquél habia prescrito, con el objeto de aplacar de este modo la ira de Dios y atraer su misericordia.



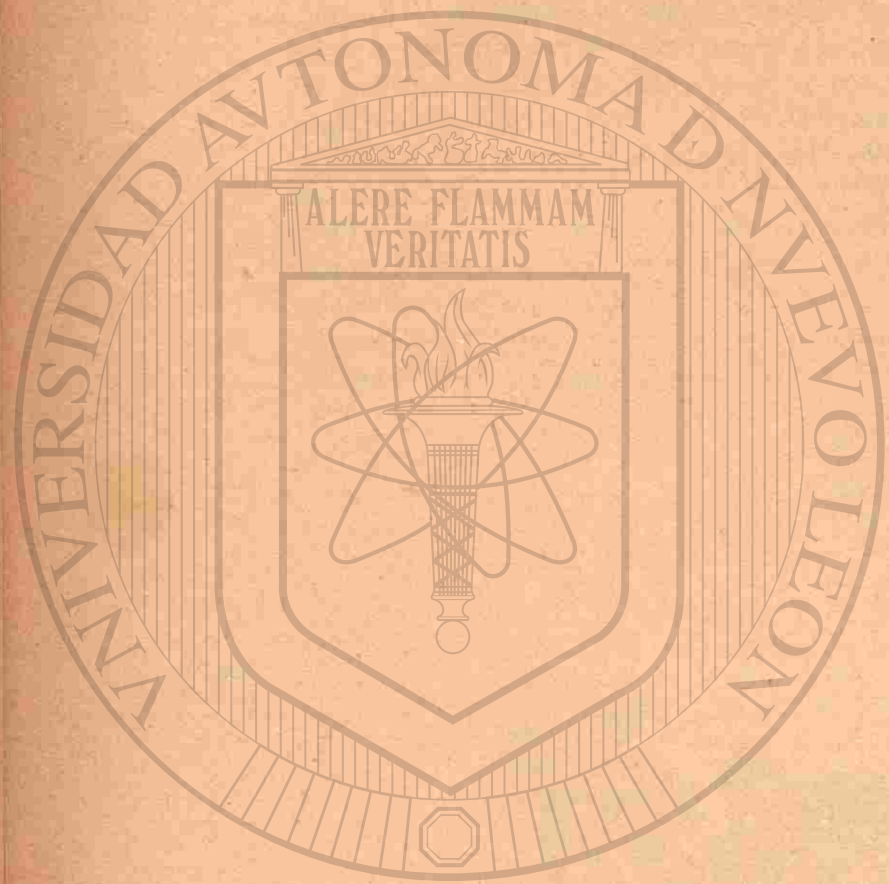
U A N I L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

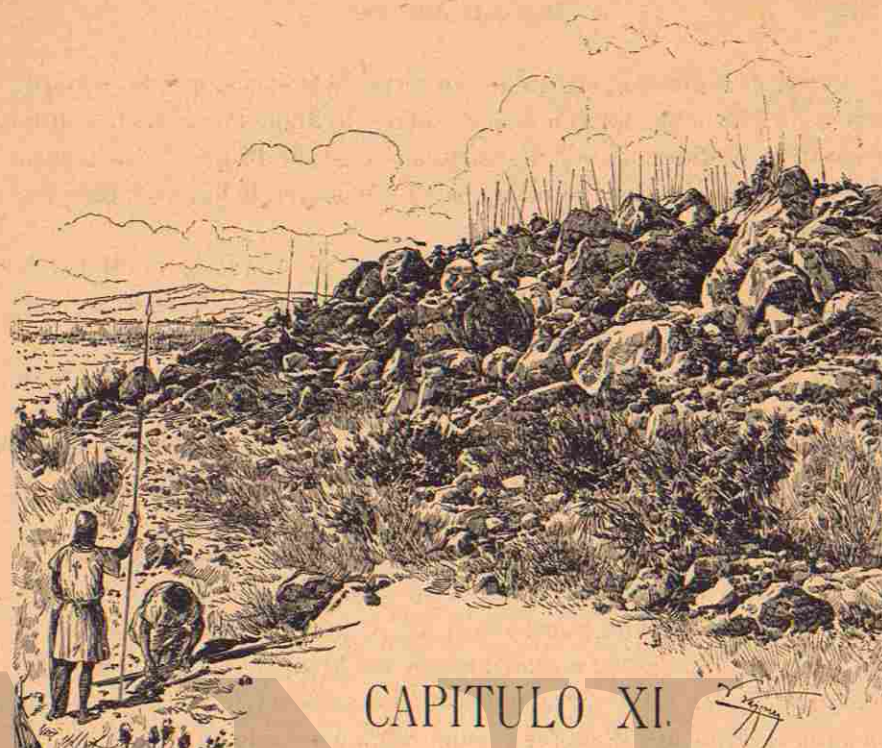


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE LIBROS Y REVISTAS



CAPITULO XI.

Elección del Gran Maestro.—Operaciones militares de Saladino.—Pérdida de plazas cristianas; muerte desgraciada del traidor y apóstata conde de Trípoli.—Carta de Terric al rey de Inglaterra.—Consternación de Europa por los desastres de la Tierra Santa.—Predicación de la tercera cruzada; Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto con ejército pasan a Palestina; también acuden en socorro de los cristianos de Oriente los pisanos, venecianos y otros pueblos.—Libertad de Guido de Lusignan; insulto del marqués de Monferrato.—Sitio de Tolemaida; batallas sangrientas; escándalos del príncipe de Tiro.—El emperador de Alemania marcha con ejército a Palestina; muere en el camino.—Institución de la Orden Teutónica.—Los ejércitos de Francia é Inglaterra frente de Tolemaida.—Fr. Armando de Peiragrós, Gran Maestro.—Elección del Gran Maestro.—Relación de los sucesos de Oriente y de los acaecidos en Italia con la llegada del Emperador de Alemania Federico II.—El Papa releva del juramento de fidelidad á los vasallos del Emperador.—Sumisión de Federico.—San Gerlando Temporario.—Graves sucesos de la Palestina.—Noticia sobre diferentes asuntos referentes á la orden del Temple.—Muerte del Gran Maestro.

T consecuencia de la abdicación del maestrazgo hecha por Fray Terric, el capítulo general de la Orden del Temple se reunió y pasó á deliberar sobre la elección de un nuevo jefe, y cupo la suerte de Gran Maestro á un caballero flamenco, llamado Fray Gerardo de Riderfort, persona muy distinguida por los elevados cargos que habia desempeñado, entre otros el de la importante dignidad de senescal, ó sea mayordomo de la real casa de Lusignan.

Es opinion general, según las crónicas de la época, que Fr. Gerardo pertenecía á la noble familia de los señores de Ruddervoorde, cuyo antiguo castillo de Riderfort se hallaba situado cerca de Brujas. En la historia de aquellos tiempos viene conocido bajo los nombres de Ridefort, Bidesfort y Rilefort.

Se asegura que á dicha eleccion asistieron al capítulo general más de 300 caballeros y otros tantos sirvientes, la mayor parte franceses (1), así como se afirma sin prueba alguna que entonces tuvo principio el sustraerse de la jurisdiccion del patriarca de Jerusalem, y elegirse y nombrarse por propio derecho su Gran Maestre, á imitacion de la orden Hospitalaria de San Juan; y con una ignorancia que no se comprende en historiadores de nota, se añade, que en este capítulo de Templarios adoptaron la cruz negra de ocho puntas, en lugar de la patriarcal que antes llevaban.

Esta asercion ni merece siquiera los honores de la refutacion, sabiendo y constando que siempre usaron los Templarios de la cruz roja; y á quien se obligó por bula pontificia el uso de la cruz negra, en vez de la roja que pretendia llevar á semejanza de los Templarios, fué á la orden Teutónica. Todas estas extravagancias son sueños é imaginaciones que consignan ciertos historiadores y están refutados ya de antemano.

Crítico y angustioso era el tiempo en el cual fué elegido Gran Maestre Fr. Gerardo Riderfort, y mucho esfuerzo se necesitaba para hacer frente á las grandes calamidades que amenazaban á la Palestina. El célebre Saladino, que puede llamársele el gran capitán del siglo, tenia en jaque á todas las fuerzas de los cristianos; así es que la campaña de 1188 no fué menos fatal á los cruzados que lo habia sido la anterior; pues tan pronto como el tiempo lo permitió, Saladino al frente de numeroso ejército emprendió las operaciones, y su actividad é incansable afán de conseguir victorias y destruir la dominacion cristiana, en menos de tres meses alcanzaron el que cayeran en su poder veinticinco fuertes en el solo principado de Antioquia, despues de haber rendido la importante plaza de Tortosa ó Antarade y Laodicea, en cuya ciudad la Orden del Temple tenia un convento edificado sobre el puerto (2), y tambien Schyun, que, segun conjeturas, se cree era el castillo llamado Bellfort, famoso por su situacion topográfica, defendido por tres recintos, con fosos profundos trabajados á la roca y á la altura de 60 codos (3). Saladino conservaba todas estas plazas rendidas, con fuertes guarniciones, que constituian bloqueada la capital. Solamente quedaban para los cristianos Antioquia, Tiro y Trípoli.

(1) Andrés Favyn: «Teatro de honor.» tom. 2, pag. 1628.

(2) Hist. de Jerusalem, lib. 6.—Italia Sacra, tom. 3, pag. 407.

(3) Esta plaza fué vendida al Temple, así como Sidon en 1126. Canut, pag. 221.

El conde de Trípoli, ese traidor y desgraciado instrumento de la pérdida de la Tierra Santa, al ver á su enemigo en cierta manera destronado, es decir á Guido de Lusignan, fugitivo y errante dentro de sus propios estados, consideró la ocasion favorable para recordar á Saladino el cumplimiento del tratado secreto, y la ejecucion de los compromisos que habian mediado, y por lo tanto que cumpliera lo pactado, entregándole la corona de Jerusalem y las plazas fuertes, pues con su huida en la batalla de Tiberiades le habia proporcionado sus victorias.

Saladino, despreciando al traidor, no se dignó siquiera contestar á su pretension sino con burlas y sarcasmos; y entonces el conde ultrajado, y aborrecido de todos, se abandonó á la desesperacion, y perturbada su mente, cayó en delirio, muriendo agitado y convulso entre la cólera y la desesperacion; y al ser reconocido su cadáver antes de inhumarle, se le halló la señal de la circuncision, clara evidencia de que se habia hecho musulman para lograr su desmedida ambicion (1). La condesa su esposa, que quedó sin hijos y sin recursos, llamó en su socorro á Raimundo príncipe de Antioquia, que era su más próximo pariente, y le hizo entrega de Trípoli y de todas sus pertenencias.

Juzgamos oportuno consignar en este lugar la carta que escribió fray Terric al rey de Inglaterra, pues, aunque dicho Fr. Terric habia abdicado el maestrazgo, no obstante no cesaba por esto de excitar el celo de los cristianos de Occidente á fin de estimular á los príncipes para que acudieran al socorro de la Tierra Santa. Al efecto, como el rey de Inglaterra era conocido suyo, le dirigió la siguiente carta:

«A mi muy amado señor Enrique, ilustre Rey de los ingleses, duque de Normandía, de Aquitania y conde de Anjou, salud en Aquel del cual depende la vida de los reyes.

«Fr. Terric, antes Gran Preceptor de la casa del Temple de Jerusalem: Señor, no se os debe hacer ignorar que Jerusalem y la torre de David han caido en poder del sultan, y que los cristianos de Siria ya no guardan el Santo Sepulcro desde el 4 de octubre. Solamente se ha permitido á los Hospitalarios permanecer en su casa en número de diez al objeto de curar y cuidar á los heridos y enfermos. Los de esta Orden que defienden el castillo de Bellfort se distinguen por su bravura; ellos han sorprendido dos caravanas, en una de las cuales han encontrado armas, efectos y viveres que el enemigo enviaba de Faba despues de haber destruido dicho fuerte.

«Las cercanías de Trípoli y Antioquia se hallan en estado de defenderse; algunos fuertes entre otros Margat, Saphet, el Temple, Montreal, Castellblanc, uno y otro Krac han despreciado las amenazas de Saladino,

(1) Guill. de Tiro, tom. 3, pag. 132.—Nannis, ann. 1188.

el cual no contento con haber hecho derribar la cruz que estaba colocada en lo alto de la iglesia que está inmediata al antiguo templo, la ha tenido expuesta por dos días consecutivos á las risas é insultos de la soldadesca desenfadada; ha mandado purificar con agua de rosas de arriba á bajo el interior y exterior de la iglesia principal, y ha hecho proclamar con gran solemnidad la ley de Mahomet; ha tenido bloqueada á Tiro, desde San Martín hasta la Circuncisión, sin cesar un momento de atacarla día y noche con ballestas y catapultas. La vigilia de San Silvestre el joven marqués de Monferrato, después de haber colocado su infantería en las murallas de dicha ciudad á la cual confió la defensa, salió del puerto con 17 galeras y 10 buques menores, atacó la escuadra musulmana, apresando 11 galeras, se apoderó del grande almirante y de 8 emires, y sostenido por el ejemplo de los Templarios y Hospitalarios, enrojeció las aguas del mar con la sangre de los infieles (1). El resto de los buques enemigos habiendo encallado en la costa, Saladino prefirió verlos reducidos á cenizas que sufrir el que los cristianos pudieran aprovecharse de ellos; y para hacer caer sobre los musulmanes lo vergonzoso de esta derrota, afectó presentarse delante de los suyos con un traje ridículo y montado sobre un caballo de batalla sin cola y sin orejas (2).

Ya hemos dicho que al llegar á Europa la noticia de la rapidez de las victorias y conquistas de Saladino, y las desgracias experimentadas por los cristianos de Oriente, la pusieron en alarma y la sumergieron en un amargo dolor, compadeciendo la triste situación en que se hallaban sus hermanos; y ardiendo en deseos de auxiliarlos, coincidió la llegada de Joric arzobispo de Tiro, que algunos autores han confundido equivocadamente con Guillermo el historiador (3), el cual fué nombrado por el Oriente como embajador para solicitar del Pontífice y cortes de Europa un pronto y eficaz auxilio para salvar la Palestina de la total ruina que la amenazaba.

TERCERA CRUZADA.

Dos papas, Urbano III y Gregorio VIII, que se habían ocupado con celo y ardor para salvar la Palestina, el uno reuniendo un cuerpo de tropas en Verona, y el otro disponiendo ayunos generales para preparar el corazón de los cristianos á fin de aplacar la indignación divina, no pudie-

(1) Esta gloriosa acción naval no se debió al marqués de Monferrato, sino al almirante catalán Margarit, como lo hemos consignado antes.

(2) Roger de Hoveden, lib. 2, pag. 647.

(3) Oriens Christianus, tom. 3, col. 1311.

ron ver realizados sus ardientes deseos por la muerte prematura de ambos Pontífices. Estaba reservado á Clemente III el llevar á cabo la cruzada en favor de los Santos Lugares. En efecto, al llegar á su presencia el arzobispo de Tiro, y oída la triste y desconsoladora situación de la Tierra Santa, le nombró legado de la Santa Sede, asociándole al cardenal Enrique obispo de Albano, para que ambos se presentasen á los reyes de Francia é Inglaterra, y reprobando sus rivalidades se uniesen para salvar la Palestina.

El celoso arzobispo, fiel á la confianza que en él había depositado el soberano Pontífice, predicó por los grandes centros de Italia, y en seguida se trasladó á Francia con el propio objeto.

En aquella sazón el rey de Inglaterra Enrique II y el de Francia Felipe Augusto se hallaban en conferencia en Trie de Gisors (Normandía), y allí acudió el arzobispo de Tiro, y á su presencia predicó con tanta elocuencia y copia de razones, describiendo las desgracias de los cristianos que inhumanamente habían sido arrojados de sus moradas y despojados de sus bienes, y dando en rostro á los príncipes cristianos por haberse dejado arrebatar la herencia de Jesucristo; que todos los corazones se conmovieron; pero cuando causó más emoción fué al describir los gemidos de la santa ciudad, la muerte de tantos cristianos inmolados por la barbarie musulmana, la esclavitud de unos y la dispersión de otros, y al pintar el deplorable y sensible espectáculo de los pequeñuelos de uno y otro sexo, que, nacidos libres, se vieron de repente esclavos antes de conocer su desgracia, con el peligro de ser instruidos en el error ó seducida su razón, ponderando luego los artificios y crueldades de que se valían los infieles para pervertir á los jóvenes; en fin detalló el estado espantoso en que se hallaban reducidos los orientales de tal modo, que derramando lágrimas al describirlo, las arrancó de los príncipes y de todos los circunstantes.

Los dos soberanos, que casi siempre se hallaban en guerra por la posesión del Vexino, al relato de las desgracias de la Tierra Santa que acababan de oír, se abrazaron en presencia de la multitud, olvidándose de sus querellas, y pidieron con lágrimas en los ojos la cruz. Un grito unánime resonó: ¡la cruz! ¡la cruz! y este grito de guerra resonó hasta los últimos confines de la Francia.

Los pueblos al saber los lamentables acontecimientos de la Palestina se llenaron de consternación, y poseídos luego de fervor y entusiasmo, gritaban que no eran dignos de llevar el nombre de cristiano, si no se levantaban en masa y no corrían á la defensa de Jesucristo. La efervescencia popular fué indescriptible. Se convocaron asambleas y concilios, como el de Gisors, Trie y Mens á causa de la cruzada.

Mas como la expedición exigía naturalmente crecidísimos gastos que era difícil sufragar, para hacer frente á este inconveniente se tomó la re-

solucion de que todos aquellos que no se cruzasen por cualquier causa, pagasen la décima parte de sus rentas y del valor de sus muebles. A este impuesto se le denominó *diezmo Saladino*, y fué bien recibido, pues no habia un solo corazon cristiano que no estuviese entusiasmado, y todos deseaban que se llevase á cabo la ansiada reconquista de la Tierra Santa.

Para el cobro del diezmo Saladino se nombraron colectores, y lo fueron dos presbíteros, un oficial real y capellan de palacio, un Templario y un Hospitalario, los dos últimos deputados por sus Ordenes respectivas con el objeto de facilitar la organizacion y armamento, así como para acompañar y guiar la expedicion (1).

En Francia muchos señores al tiempo de cruzarse hicieron el juramento de libertar á Jerusalem; entre ellos figuraban Ricardo hijo de Enrique, duque de Guyena, Felipe conde de Flandes, Hugo duque de Borgoña, Enrique conde de Champaña, Tibaldo conde de Blois, Rotron conde de Perche, los condes de Soissons, de Nevers, de Bar y de Vendome, los dos hermanos Josselin y Mateo Montmorency, y otra multitud de varones y caballeros, y algunos obispos y arzobispos, tanto de Francia como de Inglaterra.

A pesar de que en este intervalo murió Enrique II de Inglaterra, no por esto se interrumpió la organizacion de la cruzada, pues su hijo Ricardo llamado Corazon de Leon, al tomar la corona, aceleró el armamento, convocó cerca de Northampton á los varones y prelados del reino, y en esta asamblea predicó la cruzada Balduino arzobispo de Cantorbery. Este prelado recorrió las provincias, procurando difundir por todas partes el ardor religioso y guerrero, y acompañando su predicacion, segun se dice, hechos sobrenaturales.

Mientras se hacian los preparativos necesarios para la cruzada, los reyes Felipe Augusto y Ricardo se reunieron en Nonancourt para ponerse de acuerdo sobre las disposiciones que debian adoptar para el mejor éxito de la expedicion. En su consecuencia, y recordando los grandes desórdenes á que habia dado lugar la presencia de las mujeres en la primera cruzada, se les prohibió absolutamente y sin excepcion de ninguna clase el viaje de la Tierra Santa con los cruzados, dictán lose al mismo tiempo otras disposiciones de no menos importancia.

Como el arzobispo de Tiro habia pasado á Alemania para predicar la cruzada, se dirigió á Maguncia en cuya ciudad el emperador tenia una Dieta del imperio, y en virtud de las exhortaciones del legado, Federico I llamado Barbaroja, á pesar de su avanzada edad, lleno de celo y valor quiso cruzarse, cuyo ejemplo siguieron el duque de Suabia su hijo, mu-

(1) Roger de Noved., pag. 611.

chos príncipes, grandes señores y eclesiásticos, organizándose con celeridad un respetable cuerpo de ejército que debia partir por la Pascua de Pentecostés.

El rey de Inglaterra puso en pie de guerra 30,000 infantes y 5,000 caballos, que embarcó en Douvres, luego pasó á Flandes y á Normandía, y uniése con Felipe Augusto en Vezelay sobre la frontera de Borgoña, y pasado el Ródano se separaron. Felipe Augusto con su ejército pasó á Marsella, siendo el punto de reunion designado Mesina (Sicilia).

La Italia tambien presentó su contingente, formado de pisanos y venecianos, los cuales reunidos con Geofredo de Lusiñan, hermano de Guido de Lusiñan, rey de Jerusalem, fueron los primeros que se embarcaron, siguiendo luego muchos holandeses y flamencos bajo las órdenes de Jaime de Avene.

Se extrañará sin duda que la España, tan guerrera, hidalga y católica, no figure en primer lugar en las cruzadas de que venimos hablando, ó que tal vez tendria olvidada la Tierra Santa por falta de celo y devocion por ella: nada más lejos de esto, por cuanto no faltaron muchos caballeros de las principales casas de la nobleza catalana y aragonesa que compartieron las fatigas y el honor de combatir en Palestina contra los infieles, con los cruzados de las otras naciones de Europa. Además deben tenerse en consideracion las circunstancias excepcionales en que se hallaba la Península, invadida y completamente ocupada por los sarracenos, y al hacerles la guerra en la patria, combatian tambien por la cruz de Jesucristo, como los cruzados en la Palestina.

Como ya hemos indicado, el emperador Federico llamado Barbaroja se adelantó á los reyes de Francia é Inglaterra, y se puso en marcha el 23 de abril de 1189. Al atravesar la Hungría encontró hospitalidad franca en todos los pueblos; mas al llegar á la Bulgaria, todo mudó de aspecto, pues halló desiertas las ciudades, destruidos los molinos, y los desfiladeros por donde habia de pasar obstruidos con piedras de gran tamaño, y custodiados por numerosas partidas de bandidos.

Tanto el ejército del emperador Federico Barbaroja como el de los francos sufrieron en esta peregrinacion inauditos trabajos, encontrándose en varias ocasiones con absoluta carencia de víveres. No nos detendremos en seguir el itinerario de ambos ejércitos, porque nos haríamos interminables; tan sólo citaremos lo más principal, que demostrará suficientemente cuánto tuvieron que padecer aquellos valerosos defensores de la fe. Un musulman que servia de guia al ejército del emperador en su marcha hácia la capital de Licaonia, lo condujo á un paraje desierto y desprovisto de agua, donde tuvo el ejército que sufrir el tormento de la sed, hasta el extremo de que para aplacar su ardor muchos caballeros bebian la sangre

de sus caballos. Los peregrinos encontraron al fin un pantano de agua corrompida, á la cual se arrojaron, siendo para ellos, como dice un antiguo escritor testigo ocular, tan dulce como el néctar.

Durante la penosa marcha del ejército, se presentó á Federico un embajador musulmán, ofreciéndole por precio de 300 escudos de oro la libertad de atravesar el territorio enemigo, á cuya proposición contestó el emperador con energía: «Nosotros no acostumbramos comprar nuestro camino con oro, sino abrimoslo con el acero y el auxilio de nuestro Señor Jesucristo.» En efecto los alemanes supieron abrirse paso por todas partes no retrocediendo en su marcha, ni desplegando sus labios para quejarse á través de tantas fatigas y trabajos como experimentaban. «¿Quién no se habria conmovido hasta el extremo de derramar lágrimas, dice un antiguo cronista, al ver á los jefes más nobles del ejército, á quienes las enfermedades ó el cansancio impedían andar, llevados en camillas entre dos mulas, por entre rocas escarpadas y senderos peligrosos? ¿Quién hubiera visto, sin enternecerse, á caballeros, príncipes y obispos ilustres, trepar por montes inaccesibles para los gamos, y caminar por el borde de abismos, ayudándose con los piés y las manos como los cuadrúpedos? ¿Cuántos peregrinos perdieron sus armas, sus bagajes y sus caballos, ó corrieron el peligro de caer ellos también en los precipicios! El amor hacia Aquel que guiaba sus pasos, y la esperanza de la patria celestial á que aspiraban (así se expresa la crónica contemporánea), les hacia sobrellevar todos estos males sin quejarse.» Cuando un jefe tan valeroso iba al frente de aquel denodado ejército, y todos los peregrinos rivalizaban en buenas disposiciones y en una fortaleza verdaderamente admirable, ¿quién habia de pensar que aquella expedición habia de tener un fin funesto? ¿Quién habia de sospechar que una catástrofe terrible habia de ser el resultado de tantos esfuerzos? Desgraciadamente fué así, y de nuevo hay que adorar los designios de la Providencia. El emperador Federico, al querer atravesar un río, fué sacado de él sin vida, sin que nadie pudiese evitar esta desgracia, que sembró el terror y espanto por todo el ejército, y esto de tal manera que algunos peregrinos no pudieron sobrevivir á la pena que experimentaron. Los cruzados llevaron consigo el cadáver de su ilustre jefe, al que, según los historiadores, enterraron en Antioquia ó Tiro.

El ejército entonces se dividió en dos cuerpos diferentes, de los cuales uno pasó á Antioquia en donde sufrió enfermedades contagiosas que hicieron multitud de víctimas en los peregrinos, y el otro pasó al territorio de Alepo, donde casi todos cayeron en poder de los musulmanes que los tuvieron por esclavos, de suerte que de 50,000 guerreros teutones que salieron de Europa, escasamente llegaron 8,000 á Palestina.

¡Tal fué el triste fin de aquella desgraciada cruzada!

Entre tanto Felipe Augusto llegó frente de San Juan de Acre (Tolemaida). Su presencia reanimó el valor de los cristianos, que tenían puesto sitio á dicha ciudad, la que por fin cayó en poder de los cruzados.

Después de haber salido de Mesina, Ricardo Corazón de León experimentó una horrorosa tempestad antes de llegar á Chipre y Tolemaida. Con el considerable socorro de las fuerzas de Alemania, Francia, Inglaterra é Italia, el ejército cristiano de Oriente no solo pudo continuar el sitio y alcanzar la rendición de Tolemaida, si que también contener á su más terrible enemigo, Saladino, quien, al ver los numerosos refuerzos que de Occidente llegaban continuamente al campo cristiano, se sorprendió de tal manera, que se hizo más tratable y moderado en su conducta.

No es, como se ha dicho, por aprensión á todos estos movimientos de fuerzas europeas, el que Saladino diera libertad á Guido de Lusignan, sino en virtud del tratado hecho en Ascalon seis meses antes. Este infortunado príncipe, habiendo reunido en Trípoli los restos de los cruzados que le fué posible, se puso á la cabeza de ellos, acompañado del Gran Maestre del Temple Riderfort, y se presentó delante de Tiro con la seguridad de ser recibido y secundado por Conrado marqués de Monferrato, con el designio de recuperar algunas de sus plazas; pero lejos de recibirle y proporcionarle un refugio, Conrado le cerró las puertas. Esta injuria é insulto causaron una sedición en la ciudad. Los pisanos, que ocupaban una gran parte de ella, gritaban que era una injusticia; los Templarios, y sobre todo su Gran Maestre, que era del Consejo del rey, y que le habia acompañado durante su próspera como adversa fortuna, tomaron parte en este asunto, tachando la conducta de Conrado de usurpación é inhumanidad; y era con fundada razón, por cuanto Conrado no habia sido reconocido por soberano de Tiro, sino á condición de entregar la ciudad al rey ó al heredero de su corona, como así lo asegura un inglés contemporáneo y testigo ocular (1).

Conrado, ofendido de ver que los Templarios vituperaban su conducta, se quejó amargamente de ellos en una carta que dirigió el arzobispo de Cantorbery, y en que le decia:

«Vos sabéis lo que me ha costado el defender á los cristianos en Tiro, y por qué quiero conservarla. Yo soy odioso á Guido de Lusignan, antes rey de Jerusalem, á sus barones y al Gran Maestre de los Templarios, y no contentos de desacreditarme y atacar mi honor, interceptan los socorros que me son necesarios, y lo que es peor, Riderfort se ha apoderado del dinero que el rey de Inglaterra ha enviado, y rehusa entregármelo, lo que me obliga á dirigir á vos mis quejas con las lágrimas en los ojos, á dife-

(1) Hist. Jerosolim, incerti auct., pag. 1163, in Gestis Dei per Francos.

rencia de los Hospitalarios, que no puedo menos de congratularme por ello, tomando á Dios por testigo y á vos de mi sincero reconocimiento á esos caballeros, que, despues de haber tomado las armas para la defensa de la plaza, no han cesado de prestar servicios utilísimos, y muy lejos de hacer como los Templarios, que distraen parte de las limosnas del rey de Inglaterra, os aseguramos que ellos han empleado más de 8,000 piezas de su dinero para la defensa de la ciudad de Tiro, para impedir que cayese en poder de los infieles, que á pesar de su pujanza formidable se han visto obligados á levantar vergonzosamente el sitio (1).»

El contenido de esta carta puede considerarse como un tejido de lamentos injuriosos y de quejas del todo frívolas, pues sabido es que todo depósito es cosa sagrada, del cual no se puede disponer con lijereza, y Enrique de Inglaterra, si remitía limosnas á los cristianos, eran destinadas para defenderlos del enemigo comun. El marqués de Monferrato, pues, no tenía más derecho de emplearlas á este uso, que el mismo Lusignan y aquellos á quienes se enviaban directamente, como eran los Templarios y su Gran Maestre.

Guido de Lusignan, obligado á acampar bajo los muros de una ciudad que le pertenecía, privado de comunicar con sus vasallos, se propuso sitiaria, y lo hubiera hecho así, si el Gran Maestre del Temple no le hubiera representado lo imprudente de esta resolución, bajo el punto de vista de sus pocas fuerzas, y lo innoble de sacrificar la causa comun por resentimientos é intereses particulares. Penetrado de estas observaciones, se determinó con su pequeño ejército, compuesto de 8,000 infantes y 700 caballos, comprendidos los caballos de las dos Órdenes, y el apoyo de su hermano Geofredo, emprender pequeñas operaciones, es decir, perseguir y hostigar á los destacamentos musulmanes. Entusiasmado por algunas ventajas, y por la ayuda de fuerzas occidentales que á menudo llegaban y se unían á las suyas, tuvo el propósito de presentarse delante de Acre (Tolemaida) y ponerle sitio, en cuyo puerto podia recibir el socorro de Occidente, que se esperaba de un momento á otro.

Esto era en 1189. Saladino se hallaba en esta ocasion atacando una plaza vecina de Paneades, y sumamente sorprendido de la empresa de Lusignan, dió gracias á su Dios y al profeta, considerando que su providencia le proporcionaba la coyuntura de exterminar completamente los restos desgraciados de la cristiandad en Oriente, reunidos todos en un mismo punto; pero se equivocó grandemente, pues los Templarios y Hospitalarios acudieron al campamento, llegando sucesivamente tres cuerpos particulares, que eran como la vanguardia de las grandes armadas que se esperaban de Europa.

(1) Radulpho de Diceto, lib. 2, pág. 142.

Saladino acudió con un cuerpo formidable para atacar, como él creía, á aquel puñado de cristianos, que antes habia despreciado, y los halló tan notablemente aumentados y atrincherados, que no le fué posible forzar sus líneas á pesar de los terribles ataques y asaltos que ordenó se les dieran, tanto de dia como de noche.

Durante estos ataques, la sorpresa de Saladino fué mayor al ver llegar al campo dos numerosas cruzadas, que desembarcaron en Tiro, compuesta la una de 12,000 hombres mandados por el landgrave de Turingia y el duque de Güeldres (estos eran alemanes), y la otra del Norte, compuesta de daneses, frisonos y flamencos, llegando pocos dias despues los venecianos, lombardos y pisanos. Los duques de Dreux mandaban parte de dichos cruzados. Conrado, prescindiendo de sus querellas y rivalidad con Guido de Lusignan, quiso participar de los peligros y gloria de esta empresa, y se presentó delante de Tolemaida. Con estos refuerzos el ejército cristiano se componia de más de 80,000 hombres, y ocupaba desde Thoron hasta la plaza sitiada. El enemigo, mucho más numeroso, se hallaba acampado en el mismo llano á la parte opuesta. Despues de algunas escaramuzas hubo por fin una batalla importante, que se renovó y continuó con furor durante dos dias, pero que no fué decisiva ni por una ni por otra parte.

Los cristianos, á pesar de Saladino, continuaron el sitio con toda valentía. La plaza tenia, además de una numerosa guarnicion, un general de grandes cualidades llamado Caracos, bajo cuyas órdenes el mismo Saladino habia militado en sus primeras campañas. Este inteligente general hacia frecuentes salidas que podian reputarse como otras tantas batallas. Saladino, para hacer levantar el sitio, intentó varias veces atacar el campo cristiano; pero fué siempre rechazado. Sin embargo á fines de agosto, convencidos los cristianos de que la plaza no se tomaria, mientras se tuviera al enemigo á su espalda, resolvieron librar batalla ó atacarle en sus líneas, y sin perder tiempo se formaron en el llano para marchar contra el campo de Saladino.

Guido de Lusignan, al frente del primer cuerpo, compuesto de sus tropas particulares, formando franceses y caballeros de S. Juan el ala derecha, el marqués de Monferrato el ala izquierda, el landgrave de Turingia el centro ó sea el cuerpo de batalla; Fr. Gerardo de Riderfort Gran Maestre del Temple, con sus caballeros y fuerzas á su sueldo, mandaba el cuerpo de reserva. Un gran número de catalanes, alemanes, frisonos é italianos quisieron combatir bajo las órdenes de los Templarios, y siguieron su estandarte el Bausan ó Balza.

Saladino, al ver el movimiento de los cristianos, salió de sus líneas al frente de más de 100,000 combatientes, esperando á pié firme, dejando que ellos empezasen el ataque. La caballeria cristiana, abandonándose á

su primer ardor, atacó el ala derecha del musulman con un éxito inesperado, y fué sostenido aquel avance y ataque tan oportunamente, que pudo hacer comprender á Saladino lo que podia esperar de los sirios acostumbrados á huir al primer empuje. Los cristianos habian cortado el centro enemigo, y puesto el ala derecha en derrota, cuando en vez de proseguir la victoria y aprovecharse de aquellas ventajas, la avaricia los cegó para correr al botín, arrastrándolos hasta el campamento enemigo que vieron abandonado. El conde de Bar llegó hasta la misma tienda del sultan; pero mientras se cargaban de despojos, Saladino pudo contener á los suyos, y en compacta masa volvió á la carga. Sin la resistencia del Gran Maestre del Temple con todas sus reservas, que sostuvo por más de una hora toda la impetuosidad de los musulmanes, estos hubieran hecho de los cristianos una verdadera carnicería, y tal vez hubiera quedado destrozado su florido ejército; pero el valor y la intrepidez de Riderfort y de sus caballeros dieron el tiempo suficiente al cuerpo que habia quedado guardando el campo para llegar á su socorro.

Esta firmeza de los Templarios les fué funesta, pues gran número de ellos quedaron en el campo de batalla, entre otros el Senescal de la Orden y el Gran Maestre, demasiado dichoso, dice un contemporáneo, de terminar tan bellas acciones por una muerte asimismo gloriosa (1). Lo que prueba que Riderfort se habia distinguido en otras ocasiones. El combate habiéndose reanimado, los cristianos avergonzados de su falta, se oponen como un muro de bronce á los progresos del sultan. Los avances de uno y otro ejército se hacian con la misma animosidad, y eran sangrientos por demás; los ataques no eran menos mortíferos, y las cargas sembraban de muertos el campo. Se combatió por espacio de algunas horas, pero con éxito indeciso; no obstante el musulman medio vencido fué bastante feliz para rechazar á los cristianos hasta sus trincheras, no logrando hacerles levantar el sitio, que era todo su conato. En lo mas rudo de la batalla, Lusignan habiendo observado que Conrado su rival, por haberse avanzado demasiado, iba á caer en manos de los infieles, corrió á su auxilio, abriéndose paso en medio del enemigo, y arrancándole de sus manos, como si hubiera sido uno de sus mejores amigos. Conrado no fué ni más reconocido ni menos ambicioso. No contento de pasar como señor de Tiro, aun quiso hacerse rey de Jerusalem.

(1) Militia Templi, qua nulla insignior jam cuneos hostiles, cædi devota, perruperat: quod si cæteri, pari voto, persecuendis institissent hostibus, dies illa felicem tam urbis quam belli victoriam reportasset cumque longius fortunam secuti et nimium Templarii processissent, in eos subito irruunt oppidani. Ibi Magister M. Templi Gerardius de Bidesfordia... cæsus occumbit. Felix, cui tantam Dominus gloriam contulit, ut lauream quam tot bellis meruerat, martyrum collegio sociandus habuerit.—Hist. Jerosol. incerti auctoris. pag. 115.)

La peste que desolaba al campo cristiano, arrebató en pocos dias á cuatro príncipes y á dos princesas, todos hijos de Guido de Lusignan y Conrado príncipe de Tiro. Isabel, hermana de Sibila, con este motivo venia á ser la heredera presunta de la corona, y á pesar de que estaba casada con Honfroy de Thoron, Conrado ciego de ambicion, no viendo otro medio de llegar al trono sino casándose con Isabel, ideó el que se declarase nulo el matrimonio, y para lograr su descabellado proyecto procuró cautivar el corazon de la princesa, y con astuta política concilióse la amistad de los grandes, y por medio de galanteria, regalos y promesas logró la proteccion de muchos, y cuando tuvo las cosas al punto deseado, arrebató á la princesa del lado de su esposo Onfroy de Thoron, consintiendo ella en casarse con el marqués de Monferrato, declarando que no habia sido arrebatada por la fuerza, sino que habia seguido su inclinacion entregándose á Conrado, y además que habia sido casada á la edad de ocho años y por consiguiente antes de la pubertad, y que no habia consentido en semejante union. Como el principal punto era pronunciar contra la validez de dicho matrimonio, no faltó un obispo, el de Beauvais, que lo declaró nulo, y unió en matrimonio á dicha princesa Isabel con Conrado, marqués de Monferrato y señor de Tiro, á pesar de las protestas y reclamaciones del legítimo esposo, y sin tener el obispo ningun escrúpulo ni consideracion de que Conrado tenia su esposa en Constantinopla. Este acontecimiento, ó aventura escandalosa, excitó la indignacion de todas las personas de bien. Los Templarios, á quienes la ambicion del marqués siempre les habia disgustado, compadeciendo el destino de Lusignan y de Onfroy, detestaban en el fondo de su alma una accion cuyas consecuencias funestas preveian; pero como Conrado con sus manejos y astucias se habia hecho necesario, fué preciso disimular por el momento, y dejar las cosas en el estado en que se hallaban. Lusignan por su parte queria conservar el título de rey de Palestina, y otro tanto pretendia Onfroy, de manera que podian considerarse tres reyes de una monarquía titular, y una soberania sin vasallos, en el ejército tres soberanos, y una reina con dos esposos vivos. Un estado tan violento no podia dar por resultado sino una escision en el ejército, y para evitar mayores males y consecuencias lamentables se obligó á los pretendientes á sujetarse al juicio de los reyes de Francia é Inglaterra, que eran esperados de un momento á otro.

Entre tanto los sitiadores tuvieron que hacer frente á la escasez de víveres, pues Saladino impedia su llegada, y á la peste que arrebatava más soldados que los combates con el enemigo. Este por otra parte no dejaba un momento de reposo al sitiador, ora haciendo salidas imprevistas y casi siempre ventajosas, ora desmontando las máquinas, ó destruyendo trincheras ó torres á las cuales pegaba fuego. Aquello era un incesante combate. Un dia que los Hospitalarios se hallaban de guardia, y en un

punto en que impedían la comunicación de la ciudad con el campamento de Saladino, se vieron de tal manera por sorpresa envueltos y atacados, que fué necesaria toda la intrepidez y bravura de los Templarios que se hallaban allí cerca, y corrieron á su auxilio, para librarles de aquel peligro (1).

Se pretende que en esta situación por demás embarazosa para los Templarios, el maestrazgo y el mando de las tropas de la Orden pasaron de las manos de Riderfort á las de un caballero conocido bajo el nombre de Gualtero, personaje conocido y célebre en la historia, hallándose su elogio en una carta del Gran Maestre Blanquefort al rey de Francia. Es verdad que Fr. Gualtero merecía este honor, captándose la estima y confianza de los orientales; es positivo que por el éxito de sus negociaciones con el rey Luis el Joven había adquirido un amor y afección universal entre sus cohermanos; sin embargo, no se halla ninguna prueba cierta de que fuera elegido Gran Maestre del Temple (2).

Los orientales esperaban con impaciencia la llegada del emperador de Alemania; la noticia de su marcha había contribuido no poco á levantar el espíritu abatido del ejército cristiano, que no tuvo la satisfacción de verle. Como hemos dicho Federico de Alemania, á pesar de sus 70 años, había precedido á los reyes de Francia é Inglaterra, por cuanto pasada la Pascua de 1189 se puso en marcha, dominó á los griegos que se oponían á su paso, derrotó al sultan de Iconio, penetró en Cilicia, aunque los mahometanos hicieron todos los esfuerzos imaginables para detener su camino victorioso, y sea por el cansancio y la fatiga, ó sea, como dicen algunos historiadores, por haberse bañado en el río Cidnus al otro lado del célebre monte Tauro, lo cierto es que murió en dicha provincia. Con su muerte la Orden del Temple perdió á un gran protector. No obstante de tan sensible pérdida, el duque de Suabia, llamado también Federico, continuó su marcha hasta los muros de Tolemaida, pero su ejército llegó horriblemente disminuido; basta decir que de 50,000 hombres de que se componía en su salida, apenas llegaron á Palestina 8,000; unos muertos por la fatiga, otros en el campo de batalla, y muchos por las enfermedades, pereciendo oficiales de gran reputación.

El ejército sitiador no se hallaba tampoco en mejores condiciones, es decir, era bastante débil y poco numeroso por razón de las pérdidas experimentadas en los combates sucesivos, á los cuales había tenido que hacer frente, en las continuas y sangrientas salidas de los sitiados, como así lo relata el historiador de dicho sitio (3).

(1) Hist. Jerosolim., pag. 1184.

(2) In Gestis Dei per Francos, ad calcem, pag. 1179 et 1184.

(3) Monachi Florentini Iconensis Episcopi: De recuperata Ptolemaida.

Entre otros sucesos consigna el siguiente episodio digno de las Órdenes militares. Dice así: «Los caballeros Hospitalarios habiendo observado en una salida que los musulmanes hacían muchos prisioneros, aquellos generosos guerreros, parecidos á una osa presa de furor cuando ve que le arrebatan sus cachorros, bajan de sus caballos y espada en mano se introducen entre los batallones enemigos; destrozan á unos, derriban á otros, y cortando las ataduras de los prisioneros y haciéndoles montar á caballo, persiguen y acosan al infiel hasta las puertas de la ciudad.»

Pero también hay que decir, que si los turcos experimentaban pérdidas, no menos las sufrían los cristianos. El cambio de clima, la escasez de víveres, los combates continuos y las enfermedades contagiosas, diezmaron de una manera horrorosa á los occidentales; y para colmo de desgracias el soldado alemán herido, por razón de su idioma apenas era comprendido, y por esta causa si tenía alguna otra enfermedad, ni se conocía su mal, ni se entendían sus necesidades; de ahí es que algunos gentiles hombres alemanes que habían seguido al emperador en calidad de voluntarios, unos por un sentimiento de piedad, otros por el deseo de gloria, se alistaron en la milicia del Temple y del Hospital, ocupándose en cuidar y curar en el campo de batalla á los heridos y enfermos de su nación, y de las velas de un buque formaron tiendas en donde los recogían, sirviéndoles con esmerada solicitud y caridad.

Este es el origen de la orden Teutónica, primera rama de la del Temple.

El Estado queriendo proteger á esos piadosos nobles y enriquecer con tal instituto á la nación alemana, les propuso instituyesen una nueva orden de caballería que fuese al mismo tiempo hospitalaria y militar; así es que cuarenta señores alemanes, distinguidos por su nobleza y hechos de armas, se unieron á aquellos y fueron los fundadores y sus primeros miembros. En su profesión pronunciaban los tres votos solemnes añadiendo el cuarto de servir á los pobres como los Hospitalarios, y seguir la disciplina claustral y militar como los Templarios, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra (1).

A instancias del emperador de Alemania, de los orientales y de los Grandes Maestres, el papa Celestino III aprobó el instituto Teutónico por bula de fecha 23 febrero 1192, que no se halla en el Bulario.

Como hija del Temple adoptó el hábito blanco, pretendiendo llevar

(1) «Statuimus ut ordo fratrum Hospitalis Hierosolymitani circa pauperes et infirmos, ordo vero fratrum Militiæ Templi circa clericos et milites et alios fratres juxta institutionem domus vestre perpetuis ibidem temporibus observetur.» Ita Honorius III.

con el tiempo la cruz roja en sus capas, que fué origen de serias cuestiones, mandando por último que usasen la cruz negra sobre su escudo, capas y estandarte en fondo blanco.

Enrique Wallpot fué el primer Gran Maestre de esta naciente orden, la cual se estableció y tomó posesion del hospital de Monte Sion, como principal punto de su fundacion.

Los Papas y los soberanos temporales en vista de los eminentes servicios que las dos Órdenes habian prestado hasta entonces en favor de la religion y de la patria, no tardaron en dar pruebas de predileccion á la Orden Teutónica. En efecto la Santa Sede le concedió los mismos privilegios de que gozaban los Templarios y Hospitalarios, concediéndole el derecho de poseer perpetuamente todas las tierras y provincias que conquistase de los infieles.

Antiguamente se hallaba dividida la orden Teutónica en 7 provincias, que eran *Armenia, Acaya, Sicilia, Pulla Teutónica, Austria, Prusia, y Livonia*; posteriormente por razon del luteranismo se dividió en 12 bailios, 8 católicos y 4 protestantes: estos son *Hesse, Turingia, Sajonia y Utrech*: los católicos son *Alsacia, Austria, Tirol, Coblenza, Franconia, Aldebiessen, Lorena y Vestfalia*.

En tiempo de guerra la orden estaba obligada á un contingente de 19 caballeros montados y 55 infantes equivalentes á 44,800 libras, y una tasa de 150 libras para la Dieta del imperio.

Los estatutos más antiguos de esta ilustre caballería fueron impresos en 1724 (1). Se dividen en tres clases: la primera contiene lo que dicha orden tenia de comun como toda otra. La segunda referente á la parte hospitalaria y servicio de los enfermos, y la tercera contenia 33 capítulos sacados de la regla del Temple, de la cual era hija, como puede verse confrontando los capítulos de una y otra regla.

REGLA
DE LA ÓRDEN TEUTÓNICA.

Capítulos.

I.

II.

III.

IV.

V.

VI.

VII.

VIII.

REGLA
DE LA ÓRDEN DEL TEMPLE.

Capítulos.

I, II, III.

III.

XX, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, LXX.

XXVIII.

IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XIX.

XV.

X, XII, XIII.

(1) Raym. Duellius: Miscellan., tom. 2, pag. 12.

IX.	XVI.
X.	LXII.
XI.	XVII.
XII.	XLI.
XIII.	XLIII, XLV.
XIV.	XL.
XV.	XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX.
XVI.	XLVI, XLVII, XLVIII.
XVII.	LII, LIII.
XVIII.	LXIII.
XIX.	LXXI.
XX.	LIX.
XXI.	XVIII, LVII, LXIV, LXXII.
XXII.	LVIII.
XXIII.	LXII.
XXIV.	LXVI.
XXV.	LV.
XXVI.	XXXII.
XXVII.	LXVIII.
XXVIII.	LXXI.
XXIX.	LXVII.
XXX.	L.

Como el gobierno de la Orden del Temple era monárquico aristocrático, pues el Gran Maestre era el jefe superior, y los altos dignatarios el Mariscal, Drapero, Senescal con los Maestres Provinciales, de ahí es que la orden Teutónica hija del Temple, aunque algunos historiadores por error la hacen hija del Hospital, adoptó el mismo régimen gubernativo, añadiendo á los altos destinos el oficio de Gran Hospitalario, á ejemplo de los Sanjuanistas, y despues otro, el de Gran Comendador.

Cuando en 1291 aconteció la pérdida de Tolemaida, la orden Teutónica abandonó totalmente el Oriente y se estableció en Prusia en donde hizo grandes progresos. Dicha orden se llamó de los caballeros de la casa de Santa María de Jerusalén; la residencia de su Gran Maestre en Prusia estaba en Marienthal.

Volvamos á reanudar la relacion sobre el sitio de Tolemaida. Puede decirse y con razon que las tres órdenes militares, ya por su mejor organizacion, ya por su disciplina y obediencia religiosa, formaban la fuerza principal del ejército cristiano, y sea que se tratase de alguna empresa de importancia, sea que hubiesen de ocuparse los puntos mas avanzados y de mayor peligro, ó de rechazarse las salidas de

la guarnición de la ciudad sitiada, triste es decirlo, las m's de las veces no eran sostenidas por el resto del ejército por estar dividido entre sí: por esto seguía el sitio lentamente por no decir suspendido por razón de las discusiones entre Lusignan y Conrado, en las cuales los cruzados habían tomado partido, cada uno según su inclinación. Casi cerca de dos años duraba este memorable sitio. La llegada de los alemanes había producido muy pocos resultados, y la gloria de terminar este sitio parecía estar reservada á los reyes de Francia é Inglaterra.

Felipe Augusto, antes de marchar, había ordenado por testamento que durante su ausencia, todas las rentas de sus dominios fuesen depositadas en la casa del Temple de París, en cuyos cofres hubiera diferentes llaves, que las guardaran los tesoreros del reino, y una de ellas el tesorero del Temple. De este tesoro, decía el príncipe, se sacará todo el dinero necesario, y se me enviará cuantas veces lo pediré (1). Ricardo Corazón de León, que por la muerte de su padre Enrique II, había sucedido al trono de Inglaterra, había equipado con inmensos gastos una escuadra de 73 buques, la que confió á la dirección de algunos obispos y señores; uno de los cuales era Roberto, tercero de este nombre, señor de Sabloí ó Sablé, en Anjou, que se hizo Templario al llegar al campo de los cristianos de Palestina, y que al poco tiempo fué elegido Gran Maestre de la Orden (2). Al pasar la flota inglesa por las costas de Portugal, el sultán Miramamolín de Africa tenía puesto sitio á Tomar con 50,000 hombres. El célebre D. Galdin Paez, que había fortificado esta plaza algunos años antes, era su gobernador, y la defendía secundado por sus cohermanos los Templarios, con un valor tal, que obligó á los sarracenos á retirarse á Santaren. Afortunadamente para el rey D. Sancho, que se hallaba encerrado en dicha plaza, con motivo de una tempestad que impidió á la escuadra pasar el estrecho de Gibraltar y la arrojó á la embocadura del Tajo, al saber Roberto de Sablé los apuros de D. Sancho, desembarcó parte del ejército inglés, introdujo socorro á Santaren, por cuyo motivo tuvieron que huir vergonzosamente los sarracenos (3).

A últimos de 1190 llegaron los dos reyes á Mesina, y obligados por el mal tiempo á pasar el invierno en ella, no se tardó mucho tiempo en romperse la paz entre los dos soberanos. El carácter y humor de uno y otro eran demasiado contrarios, para armonizar. Ricardo se malquistó con los franceses, y después con los de Mesina, hasta el punto de sitiar á estos últimos, entregando la ciudad al saqueo. Estos desagradables inci-

(1) Rigordus, in gestis Philippi Augusti.

(2) Historia de la casa de Sablé, lib. 6, cap. 5, pag. 174, 175.

(3) Historia de Portugal por Laclede, pag. 202.—Historia de Inglaterra por Larrey, tom. 1, pag. 413.

dentes hubieran hecho fracasar la cruzada, si los caballeros y señores de las dos naciones no se hubieran puesto de por medio á fin de terminar sus querellas por un acomodamiento amigable. Ricardo consintió en que Mesina quedase bajo la custodia de los Templarios y Hospitalarios, hasta que se hubiera convenido con el rey de Sicilia. Tancredo se sometió al acuerdo de los mediadores, y Felipe Augusto que tenía un fondo de bondad natural, con el cual moderaba sus resentimientos, quiso reconciliarse con Ricardo, y con esta disposición renovóse la alianza que habían jurado al cruzarse, declarando que todo el dinero y muebles de los que muriesen en el camino, se dividiría en dos partes; que de la una cada cual dispondría á su voluntad, pero con la condición de no remitir nada á la familia del difunto; y la otra se entregaría á los jefes de la escuadra, pero principalmente á Roberto de Sablé, al arzobispo de Ruan, á los Templarios y Hospitalarios. Fué necesario que todos, sin excepción de los caballeros, se sujetasen á este convenio y á otras condiciones consignadas por el analista inglés (1).

Pasado el rigor del invierno, Felipe Augusto se hizo á la vela á la mitad de marzo de 1191, llegando en 22 días delante de Tolemaida. Su presencia reanimó á todo el ejército. Después de haber desembarcado sus tropas, el sitio tomó luego otro aspecto, y aunque había gente de todas costumbres y naciones diferentes, no obstante tanto los soldados como los oficiales, por una generosa emulación, buscaban como señalarse á los ojos de tan preclaro príncipe. Este ordenó colocar las máquinas de guerra con las cuales se logró hacer una brecha respetable, á cuya vista todo el ejército pedía á gritos montar al asalto; pero el rey de Francia, por deferencia al de Inglaterra y por compartir la gloria con dicho soberano, suspendió de día en día el avance hasta la llegada de aquel. Entre tanto los sitiados aprovecharon esta coyuntura para fortificarse y retrincherarse más y más en el interior, de modo que se hizo más dificultosa la conquista.

Ricardo se reembarcó en Mesina tres semanas después de la salida del rey de Francia, dividiendo su escuadra en dos, en la una de las cuales iban Eleonor de Navarra que debía casarse con dicho Ricardo, y la hermana de éste, llamada Juana de Inglaterra, viuda de Guillermo II, rey de Sicilia, y en la otra iba el rey con parte de las tropas. Ambas escuadras sufrieron una horrible tempestad en el Archipiélago; la del rey fué á parar á Rodas, y la de las princesas frente de Limiso (Chipre), en donde algunos buques se estrellaron, quedando los soldados y marineros esclavos de los musulmanes, que impidieron se desembarcasen las princesas. Calmada la tempestad y reunidas las dos escuadras, el rey, enterado de lo acontecido, pidió al sultán de la isla satisfacción de tan bárbaro proceder,

(1) Rog. r. de Hoveden: Anales, pag. 474, 475.

y la restitucion de sus súbditos, y no queriendo el sultan acceder á una y otra, el rey abordó Limiso, derrotó el ejército musulman, y persiguiendo sin tregua de una á otra plaza al sultan, por fin éste cayó prisionero junto con la princesa de Chipre, hija única que tenía. Antes de partir de Chipre, Ricardo casó con Eleonor de Navarra, y se llevó cargado de cadenas al sultan como un trofeo de victoria; y como el sultan se lamentase del trato que se le daba sin consideracion á su nacimiento y dignidad, y pidiese que Ricardo moderase su rigor, el de Inglaterra mandó cambiar en plata las cadenas de hierro que le sujetaban, y al llegar á Palestina lo confió á los Hospitalarios que le encerraron en el castillo de Margat, quedando la hija en compañía de las princesas Eleonor y Juana (1).

Ricardo confió á algunos de sus favoritos el gobierno de Chipre, y despues la cedió á los Templarios por la suma de 25,000 marcos de plata, equivalentes á 300,000 libras (2). Los Templarios tomaron posesion de la isla, teniendo en ella un cuerpo respetable de tropas á su sueldo, y si al cabo de poco tiempo la devolvieron, fué más por las revueltas de los griegos y su antipatia por los latinos, que por la dureza del gobierno de la Orden del Temple, como algunos han dicho. El motivo por que el Temple la abandonó, fué el siguiente: Los isleños de Chipre jamás fueron guerreros, no obstante se rebelaron contra sus nuevos señores, obligándoles á encerrarse en una fortaleza en donde esperaban sitiarnos por hambre; pero los Templarios, prefiriendo morir con las armas en la mano, antes que rendirse á discrecion, salieron en buen orden, y empeñada la accion los griegos fueron derrotados.

Hay escritores que cuentan esto de la manera siguiente: Queriendo los Templarios, á pesar de los insulares, tomar posesion del castillo de Nicosia, los últimos lo ocuparon antes, resueltos á oponerse y defenderse en dicha fortaleza: pero al ver que iban los Templarios á sitiarles, salieron de la plaza con furor y degollaron á los caballeros, añadiendo P. de Lusignan que fué tanta la sangre derramada en esta ocasion, que corrió desde el castillo hasta el llano. Sin embargo los Templarios se hicieron dueños de la plaza y la arruinaron, construyendo en dicho lugar una pequeña iglesia que llamaron Chatilloneta.

El Gran Maestre Riderfort, informado de sus caballeros de que era imposible conservar la isla, instó al rey de Inglaterra para que volviera á encargarse de ella, y como Ricardo la habia erigido en reino, la vendió por igual suma á Guido de Lusignan. Los príncipes de esta casa la poseyeron por espacio de más de dos siglos (3).

(1) Trivetti, Chron., an. 1191.

(2) Script. Italic., tom. 7, pag. 809.

(3) Itiner. Reg. Angl., tom. 2.—Hist. d. Inglaterra, lib. 2, cap. 37.—Tyr. Cont. Hist., Hist. de Chipre, pag. 122.

Más de dos años habia que duraba el sitio de Acre ó Tolemaida.

El rey de Inglaterra llegó delante de esta ciudad el 8 de junio de 1191. Con la llegada de éste y de los demás occidentales, el ejército era fuerte de 300,000 hombres.

Interín, llegaban cada día nuevas tropas cristianas de los países de Occidente, y con cada refuerzo se ensanchaba el campamento, que parecia ya una plaza fortificada, con sus parapetos y profundos fosos. De este modo se habian reunido ya más de cien mil guerreros alrededor de Tolemaida, mientras que los reyes puestos al frente de la cruzada, disponian todavía los preparativos de su marcha. Despues de cuarenta y cinco dias de sitio en los que tenian los cruzados que batallar continuamente con las tropas de Saladino, bajó éste el 4 de octubre de la colina donde estaba acampado, y se presentó en la llanura en orden de batalla. Casi todos los prelados se armaron aquel día con yelmo y coraza; el rey Guy iba al frente de los hospitalarios y franceses, precedido de cuatro caballeros con el libro de los santos Evangelios; el landgrave de Turingia capitaneaba á los alemanes, ingleses y pisanos, formando el centro del ejército; Conrado, que habia salido de Tiro para cooperar á la empresa de los cristianos, tenia á sus órdenes á los lombardos, venecianos, y á los guerreros de Tiro; y el gran Maestre del Temple con sus caballeros, y el duque de Güeldres con sus soldados, iban á la reserva: la guardia del campo estaba confiada á Jacobo de Avesnes y á Geofredo de Lusignan.

El ala izquierda de los musulmanes se retiró ya desordenada á la primera embestida de los cristianos; los cruzados penetraron en el campamento de Saladino, y muchos de sus soldados, presos del terror, huyeron hasta Tiberiades. Los soldados de la cruz, dueños ya del campamento de los turcos, se introdujeron confusamente por las tiendas para saquearlas, y notando los sarracenos que no se les perseguía, á pesar de su fuga, obedecieron la voz de Saladino que mandaba rehacerse, y comenzaron de nuevo la batalla. Notáronlo sorprendidos los cristianos y sucediendo el espanto á la codicia, no dieron ya oidos á las voces de sus caudillos y jefes que les mandaban ordenarse y resistirse. Los caballeros del Temple fueron los únicos que resistieron á los musulmanes, pereciendo empero la mayor parte de ellos. Su gran maestre, hecho prisionero, murió decapitado en la tienda de Saladino.

Este desastre y los innumerables que sufrían diariamente los cristianos, les tenían completamente consternados, y se colmó su dolor al saber la desgraciada muerte de Federico Barbarroja. Desde entonces los jefes de los peregrinos no pensaban ya sino en volver á Europa; pero renació su esperanza al ver llegar una escuadra que se presentó en la rada de Tolemaida, desembarcando muchísimos italianos, franceses é ingleses, capitaneados por Enrique, conde de Champagne. Al saberlo Saladino, dejó á

Tolemaida expuesta á nuevos ataques retirándose segunda vez á las alturas de Karuba, ó montañas de Sarón. Enrique había mandado construir dos enormes torres de madera cubiertas de acero, hierro y bronce, con que amenazaba seriamente á las murallas de la plaza; pero infatigables los sitiados por defenderse, además de incendiar las máquinas de los cruzados, hicieron algunas salidas en las que rechazaron á éstos hasta su campamento. Mientras tanto se consumían el tiempo y los hombres en estériles hazañas, porque la guarnición de la plaza recibía continuamente socorros por mar, no obstante los inauditos esfuerzos que por evitarlo hacían los cristianos. Estos se vieron otra vez afligidos por el hambre, hasta el extremo de tener que matar los caballeros sus caballos de batalla, por cuyos intestinos se daban diez sueldos de oro. Los barones y señores buscaban con afán plantas y raíces para su alimento, y no faltó guerrero cristiano que desertó de sus banderas y se pasó al enemigo para no morir de hambre. Siguiéronse luego las enfermedades contagiosas desarrolladas por los miasmas de los cadáveres insepultos esparcidos en la llanura. Muchos héroes perdonados por las batallas sucumbieron víctimas del contagio, muriendo no pocos más de miseria que de enfermedad. A todo esto hay que agregar para mayor colmo de desdichas, las disputas suscitadas para heredar el trono de Jerusalem, por haber muerto Sibila, esposa de Guy de Lusignan, y sus dos hijos.

Esperábase la próxima llegada de Ricardo y Felipe, detenidos en Sicilia por una guerra de sucesión, ocasionada por la muerte de Guillermo II, que había dejado dos hijos: Constanza, su heredera casada con Enrique VI, rey de los romanos, y encargado de la defensa de sus derechos; y Tancredo, hermano natural de Constanza, querido del pueblo y de la nobleza, y que se mantenía por la fuerza de las armas en el trono de su hermana.

El primer día de la primavera dirigiéronse hácia la Palestina las escuadras cristianas, y Felipe Augusto fué recibido en el campamento de Tolemaida como un enviado de Dios. Al salir Ricardo de Mesina, fué su escuadra dispersada por violenta tempestad, estrellándose tres de sus buques en las costas de Chipre, recibiendo los naufragos muy malos tratos de sus habitantes.

Luego de llegados los franceses á Tolemaida, pusieron sus cuarteles á tiro del enemigo, ocupándose al momento en los preparativos de un asalto que hubiera podido ser decisivo y hacerles dueños de la plaza, si Felipe, cediendo la política á la caballerosidad, no hubiese querido que Ricardo asistiese á aquel primer hecho de armas, con cuya demora pudieron los sitiados recibir socorro.

Después de haber Ricardo tomado posesión de la isla de Chipre, fué á reunirse á los cruzados franceses, acampados delante de Tolemaida. Al sa-

berlo Saladino, envió mensajeros á todos los príncipes sarracenos. Los imanes predicaban la guerra santa y en todas las mezquitas se oraba por el triunfo de sus armas; por lo cual, enardecidos los fanáticos con las palabras de los apóstoles del islamismo, acudieron de todas partes al campamento de Saladino.

Es digno de observarse que mientras el islamismo conspiraba siempre á la unidad, y á la defensa de sus intereses religiosos, sacrificándolo todo á ese ideal; en el cristianismo tendía todo á la división, trabajando todos en sentido opuesto á los verdaderos intereses del principio cristiano. Ricardo y Felipe Augusto andaban divididos desde las disputas que habían tenido en Mesina, y en sus relaciones se notaba cierta susceptibilidad é indiferencia. Es verdad que sus discusiones terminaban siempre con juramentos de reciproca amistad, pero lo es también que se daban al olvido á poco de pronunciados.

Esas rivalidades perjudicaron mucho los trabajos del sitio y fueron causa de que se retrasara no poco la toma de Tolemaida. Un hecho imprevisto puso el sello, que digamos, á la enemistad entre los dos soberanos. Sometióse al arbitraje de Felipe Augusto la cuestión acerca de la corona de Jerusalem, y falló á favor de Conrado, por lo cual abrazó Ricardo la causa de Guy de Lusignan. Resultó de ahí la división del ejército cristiano en dos parcialidades: una, de los franceses, alemanes, genoveses y templarios, y otra de los ingleses, pisanos y hospitalarios. Mientras los cristianos perdían así el tiempo en frívolas disputas, aprovechábanlo los musulmanes fortificando la plaza.

Al llegar á Palestina Ricardo y Felipe Augusto pagaron el tributo al clima cayendo enfermos desde luego, debiendo estar en reposo en sus respectivas tiendas, pero mantenían con Saladino corteses relaciones no acostumbradas hasta entonces.

Comprendiendo luego de recobrada la salud que nada bueno podían prometerse de sus intestinas divisiones, decidieron por el bien común reunir todas las fuerzas contra el enemigo de todos, acordando que Guy de Lusignan conservase durante su vida el título de rey de Jerusalem, pero que Conrado y sus descendientes le sucedieran después de muerto. Además, y con el fin de restablecer en lo posible una perfecta armonía, decidióse que cuando uno de los dos reyes atacase la ciudad, velase el otro por la seguridad del campamento y tuviese á raya el ejército de Saladino.

Aceptadas estas bases, y en vista de la resistencia que no esperaban de los sitiados, comenzáronse otra vez formales combates para atacar la ciudad y rechazar á la vez al ejército de Saladino, y se llevaban á término asombrosas hazañas por parte de ambos ejércitos, rivalizando cristianos y musulmanes en valor, actividad y desprecio de la muerte. Los sitiadores apelaron á todos los recursos del valor para apoderarse de la plaza, y de-

bilitados ya los sitiados por el hambre y las enfermedades se dispusieron para capitular.

Habiéndose prolongado todavía más su inútil resistencia por no haber accedido á las proposiciones del ejército cruzado, volvieron á la tienda de Felipe Augusto, á quien prometieron entregar á los francos el madero de la verdadera cruz y mil seiscientos prisioneros, obligándose además á pagar doscientas mil monedas de oro á los príncipes cristianos. Obligáronse asimismo á dejar rehenes y todo el pueblo encerrado en Tolemaida en poder de los cruzados, hasta la completa ejecución del tratado, y así quedó aceptada la capitulación. Saladino quedó abrumado de dolor al recibir la noticia, y más que todo porque se preparaba para un último esfuerzo al objeto de salvar la plaza. Dos años había resistido ésta, defendiéndose con valor y resignación de héroes, y, según dice un historiador, «los cruzados derramaron más sangre y mostraron más valor al frente de aquella plaza, del que hubiera sido necesario para conquistar el Asia; pues durante aquel tiempo el hierro ó las enfermedades costaron la vida á cerca de cien mil cristianos.» Y es que la tierra y las playas de Siria devoraban todas las legiones que sucesivamente iban llegando de Europa. Merece que se fije la atención lo ocurrido en Tolemaida: un rey fugitivo, y sin cualidades para ceñir una corona, comienza el sitio que fué reuniendo todas las fuerzas de la cristiandad, y mientras todo el Occidente andaba revuelto por conquistar la antigua Salem del poder de Saladino, se concentró todo el valor de los guerreros de la cruz en una sola ciudad de las costas de Palestina, olvidando el verdadero objeto de las expediciones santas.

Y ya que estamos en el terreno de las consideraciones, no holgarán aquí algunas que se nos ocurren recordando el sitio y toma de Tolemaida.

La mucha duración del sitio fué causa de que puestas en contacto las pasiones y costumbres de sitiados y sitiadores se desarrollaran y penetraran por decirlo así. Vióse allí la supremacía de la marina del Occidente contra la del Oriente, y á la marina se debió más que á nadie el buen éxito de las armas cristianas que habrían sucumbido ante la indomable constancia de los sitiados, sin los abastecimientos proporcionados continuamente por las naves que á su vez debían sostener combates con las de los sarracenos. La necesidad aguzó el ingenio de los combatientes de los dos campos, y se adelantaron mucho los medios así en la defensa como del ataque. Esto no obstante, fueron más perfectos también y nobles los sentimientos de humanidad que en las guerras anteriores; no fué tan refinada la barbarie, y se abstuvieron unos y otros, sarracenos y cristianos, de actos indignos de hombres, aun en los azares de la guerra. «Durante los días de tregua, dice un autor competente, las fiestas de la caballería interrumpieron la triste monotonía de los combates, y en la llanura

de Tolemaida se celebraron torneos, á que fueron invitados los guerreros sarracenos. Los francos danzaban al son de los instrumentos árabes, y los musulmanes á su vez danzaban también al son de los ministriles. El campamento cristiano delante de Tolemaida era como una grande ciudad de Europa, con sus artes y oficios; la industria ávida se aprovechó no pocas veces de la miseria de los cruzados, y muy amenudo también la codicia recibió su castigo. La miseria no pudo hacer cesar los vicios que reinan siempre entre una numerosa muchedumbre, aunque no faltaron tampoco grandes motivos de edificación, ni resplandecientes ejemplos de caridad. Formáronse asociaciones de hombres piadosos para asistir á los moribundos y dar sepultura á los muertos: los generosos auxilios que se prodigaron á los pobres soldados del Norte, dieron origen á la asociación hospitalaria de los caballeros teutónicos; y en aquella misma época se estableció también el Instituto de la Trinidad, cuyo objeto era el rescate de los cristianos cautivos en poder de los musulmanes. Felipe Augusto y Ricardo se repartieron los viveres, municiones y riquezas de la ciudad con señalado agravió de la multitud de los cruzados, que habían sufrido y peleado durante dos inviernos al pié de aquellas murallas. El rey de Francia se mostró benigno y moderado; pero el de Inglaterra abusó de la victoria sin consideración ninguna, no sólo respecto de los infieles, sino también de los mismos cruzados. Leopoldo de Austria había hecho prodigios de valor, y su bandera ondeaba en una torre de la ciudad; pero Ricardo mandó quitarla y echarla en los fosos. Leopoldo no quiso permitir que los guerreros alemanes tomaran las armas para vengar aquel ultraje, y la fortuna le deparó más adelante una ocasión propicia para satisfacer su resentimiento. Conrado tenía también sus quejas contra el rey de Inglaterra, y así se separó precipitadamente del ejército, y se retiró á Tiro.»

La rendición de Tolemaida parece que fué la señal de la partida de los cruzados, como si el objeto que les llevara á Palestina no fuera otro que la conquista de esta plaza. Felipe se retiró á Francia, aunque dejó en Palestina diez mil hombres á las órdenes del duque de Borgoña. El rey de Inglaterra, á quien sus hazañas y valor dieron el nombre de *Corazón de León*, continuó la empresa de las cruzadas.

Interín quedaba sin cumplir el tratado de la capitulación de Tolemaida, á pesar de haber trascurrido más de un año, porque Saladino no podía vencer la repugnancia que sentía á tener que entregar á los cruzados dos mil prisioneros prontos á armarse otra vez contra él, doscientas mil monedas de oro que servirían para mantener el ejército, y, sobre todo, el madero de la verdadera cruz, cuya sola presencia enardecía á los cristianos, y les hacía invencibles en los combates.

Muchas veces habían recordado éstos á Saladino el cumplimiento del citado convenio de capitulación, acompañando la intimación con amena-

zas de muerte contra los musulmanes que tenían en su poder; y á pesar de esto Saladino se mantenía inflexible, comprometiendo la suerte de los suyos y agotando la paciencia de sus enemigos. Como última intimación, fueron conducidos dos mil setecientos sarracenos prisioneros hasta donde acampaba Saladino, queriendo los cruzados que el sitio escogido fuese la más apremiante y última amenaza hecha al Sultán. Esta medida fué adoptada por Ricardo después de acordada en un consejo celebrado por los caudillos del ejército.

Después de haber dado bárbara muerte á todos estos prisioneros, salieron cien mil cruzados á las órdenes de Ricardo con dirección á Cesarea á donde no llegaron hasta después de seis días de penosa marcha. El estandarte de la guerra santa era llevado en un carro montado sobre cuatro ruedas, cubiertas de hierro, enarbolado en un alto mástil. Los heridos se colocaban alrededor de este carro y entorno del mismo se agrupaba el ejército en momentos de peligro. Como siempre, debían sostener los cruzados en su camino, continuos y pesados combates con los innumerables enemigos que á cada momento les interceptaban los pasos, prescindiendo aún del luchar con la aspereza de los caminos. Según refieren las crónicas de aquellos días, curiosas en extremo, antes de entregarse los soldados al sueño, recorría un heraldo el campamento, gritando: «Señor, socorred al Santo Sepulcro»; pronunciaba tres veces estas palabras, y el ejército las repetía con los ojos alzados hacía el cielo.

Los mayores peligros encontraronlos por su desventura los cruzados después de salir de Cesarea, porque deseoso Saladino de vengar la pérdida de Tolemaida y la muerte de los prisioneros sarracenos, había reunido su ejército para salir al encuentro del cristiano. Doseientos mil de los suyos opuso Saladino al ejército de Ricardo en las márgenes del Rocatalia, hoy Leddar, para cerrarle el paso. Preparó Ricardo el suyo en orden de batalla dividiéndolo en cinco cuerpos, dando la orden á todos de no separarse de sus puestos, y permanecer inmóviles cuando se acercase el enemigo. La retaguardia se vió acometida de improviso por una muchedumbre de sarracenos que se adelantaron desde las montañas veloces como rayos al son de sus clarines y ensordeciendo el aire con horribles gritos. En un momento quedó completamente cercado todo el ejército cristiano. La retaguardia, formada por los hospitalarios detuvo el primer ímpetu del enemigo, hasta el extremo de no interrumpirse la marcha de los cristianos á pesar de las muchas y violentas acometidas que sufrieron. Volvió Ricardo á circular la orden de sostenerse á la defensiva hasta que diesen la señal seis trompetas, dos al frente del ejército, dos al centro y dos á la retaguardia; pero no pudiendo algunos caballeros resignarse á la humillación de no aceptar el combate que se les presentaba, se arrojaron sobre los sarracenos sin esperar la señal de Ricardo, y seguido su ejemplo por algunos cuerpos del ejército, se hizo ya general la batalla.

Ricardo se multiplicaba, acudiendo á todos los puntos donde los cristianos necesitaban socorro, y la dispersion de los musulmanes era la señal de su llegada. El campo de batalla estaba cubierto de estandartes rasgados, espadas y lanzas rotas, no obstante de extenderse desde la colina de Arsur hasta la llanura de Ramla, y desde el mar hasta las montañas. Al fin, no pudiendo los musulmanes resistir los impetuosos choques de los cruzados, plegaron sus estandartes amarillos que huyeron perseguidos por las banderas de Ricardo. Como otras muchas veces, pareciéndoles á los cristianos un sueño su victoria inesperada, permanecieron inmóviles en el lugar donde habían vencido, y mientras se ocupaban en socorrer á los heridos, y recoger la abundancia de armas esparcidas por el suelo, admirados los sarracenos de no verse perseguidos, presentáronse veinte mil de ellos que pudo reunir Saladino, para renovar el combate. El inesperado ataque cogió desprevenidos á los cruzados, y fué menester todo el valor de Ricardo, cuya presencia reanimaba á los suyos, para no ceder el campo á sus enemigos. Al emprender otra vez su camino para Arsur los cruzados victoriosos, volvieron los musulmanes á la carga con todo el valor que da la desesperación, para probar un último ataque contra la retaguardia; pero Ricardo voló al sitio del combate con quince caballeros solamente, después de haber rechazado dos veces al enemigo, repitiendo el grito de guerra: «Socorred, Señor, al Santo Sepulcro.» A la primera embestida quedó deshecho el ejército musulmán, y hubiera sido completamente aniquilado, después de vencido ya por tres veces, sino se hubiesen refugiado sus restos en el bosque de Arsur, cuya espesura favoreció su pronta y vergonzosa retirada.

Esta batalla pudo ser decisiva para la suerte de la empresa cristiana en la Palestina. Si Saladino la hubiese ganado, es indudable que desde aquel día habría desaparecido de Siria la cruz emblema del cristianismo; pero los cruzados no supieron aprovecharse de su victoria, persiguiendo á sus enemigos vencidos y fugitivos, que les hubiera dado por recompensa arrancar la Siria y el Egipto del poder de los sarracenos. El sitio de Tolemaida fué para éstos una lección severísima, como que ya no se atrevían á confiar su suerte dentro de murallas, por muy fortificadas que fueran; y prueba de ello es que Saladino destruyó á su paso cuantos castillos y ciudades encontró cuya defensa fuera difícil. La misma Jaffa no presentó á los guerreros de la cruz más que un vasto montón de ruinas. ®

No obstante, se realizaban heroicos hechos de armas entre tanta multitud de trabajos del ejército cruzado, y Ricardo triunfaba siempre de sus enemigos, como lo prueban los encuentros de Lidda, Ramla y Ascalon. Mientras tanto, las tropas del duque de Borgoña, y hasta él mismo soportaban difícilmente la autoridad de Ricardo, y el marqués de Tiro, Conrado, movido por su resentimiento, llegó á la baja de ofrecer á los sarracenos

su alianza contra el rey de Inglaterra. Éste, por su parte, renovaba á Saladino la promesa que le tenia hecha de volverse á Europa, con tal que restituyera á los cristianos el leño de la verdadera cruz y la santa ciudad de Jerusalem. Propuso asimismo á Saladino casar á Juana, viuda de Guillermo de Sicilia, con Malek-Adel, su hermano, y que reinasen los dos esposos sobre cristianos y musulmanes, gobernando el reino de Jerusalem; y si bien es verdad que este proyecto de enlace sorprendió no poco á los doctores del islamismo, adoptólo el sultan sin repugnancia, pero se frustraron todos los proyectos ante la oposicion hecha por los obispos cristianos.

Ricardo, contra lo que esperaba, fué acusado de traidor á la causa de la cruz, y se dispuso para recobrar la confianza de los suyos, á cuyo efecto hizo decapitar á todos los musulmanes que tenia prisioneros, y anunció además el proyecto de querer salir contra Jerusalem para conseguir su libertad. La esperanza de recobrar la ciudad santa resucitó el muerto valor de los cruzados; porque habian perdido su energía al ver destrozado su campamento por las lluvias del invierno, y haber perecido gran número de caballos y acémilas.

No dormía tampoco Saladino; antes al contrario, se ocupaba en fortificar cada día más á Jerusalem; reparaba sus torres y murallas, y hacia guardar los caminos que conducian á la ciudad de David por caballería musulmana. No faltaba, entre los cristianos, quien desaprobaba el sitio de Jerusalem en pleno invierno, pero la mayoría de los cruzados sentíase animada de ardiente entusiasmo; y al resolver los caudillos la reedificación de Ascalon, demolida por Saladino, se apoderó del ejército profundo desaliento manifestado por las murmuraciones contra Ricardo y lo que es más contra la Providencia.

Ascalon no era más que un monton de ruinas; todos trabajaron en reedificar la ciudad; como siempre, se multiplicaba Ricardo, removiendo él mismo los escombros y las piedras. Los trabajos de reedificación cobraron nuevo impulso con la llegada de mil doscientos prisioneros cristianos rescatados por Ricardo en el camino de Egipto. Mientras tanto, muchos caballeros no ocultaban decir que no habian ido al Asia para reedificar fortalezas sino para conquistar á Jerusalem.

Sentida por todos, al poco tiempo, la necesidad de la partida, propusieron elegir un rey que se pusiera al frente de los intereses cristianos, y designaron á Conrado universalmente conocido por su destreza y valor, aunque no muy querido del ejército. No pudo Conrado disimular su sorpresa y alegría, pero tampoco pudo gozar de la corona, porque fué asesinado por dos ismaelitas, mientras los habitantes, con banquetes y festines, celebraban su eleccion.

Enrique, conde de Champaña, sobrino tambien del rey de Inglaterra y del de Francia, reemplazó á Conrado en la dignidad de rey de Jerusalem,

como antes le habia sucedido en el gobierno de Tiro, y se casó con la viuda de dicho príncipe. Cuando Ricardo supo la muerte de Conrado y la eleccion de Enrique de Champaña, recorria las llanuras de Ramla: llamó en seguida á su sobrino y le hizo entrega de las plazas cristianas conquistadas por sus tropas. Presentóse luego en Tolemaida el nuevo rey de Jerusalem, é hizo su entrada entre las aclamaciones de la muchedumbre; las plazas presentaban nubes de incienso; las calles ostentaban vistosas colgaduras de ricas sedas, y entre coros de mujeres y niños, acompañó el clero á la iglesia al nuevo monarca de la antigua ciudad jebusea. Nadie, ni un solo voto, se acordó de Guy de Lusignan despues de la muerte de Conrado, porque todos le tenian por hombre inepto.

Ricardo, entre tanto, tuvo otra vez mayores motivos de recelo por su reino, ocasionados por las noticias, que le daban nuevos mensajeros llegados de Occidente. Un día que el rey de Inglaterra, solo en su tienda,—como acostumbra á menudo,—é inclinada la cabeza, parecia estar más inquieto que otras veces, vió presentársele un sacerdote peregrino, llamado Guillermo, en ademan compasivo y triste. Fijo como una estatua en el umbral de la tienda, esperaba una señal para adelantarse. Sus ojos soltaron algunas lágrimas al mirar al rey. Ricardo mandó á Guillermo que se le acercase, y despues de haberle aquél prometido que le escucharía sin enojarse, manifestóle que el ejército estaba descontento por su resolucion de abandonar la Palestina, y que la posteridad le reprobaba el haber abandonado la causa de Dios. Despues de recordarle sus gloriosas hazañas y decirle que los peregrinos veían en él su padre y amparo, manifestóle que todos los cristianos quedarian sumidos en profundo desconsuelo por su partida. Un heraldo publicó al día siguiente á todo el ejército que el rey de Inglaterra no partiría para Europa antes de las fiestas de Pascua del año próximo, anunciando de paso que el ejército de la cruz iba desde luego á emprender el camino para la conquista de la ciudad santa. Todos, al saber esta noticia, se dispusieron para cumplir con su deber; las alabanzas de Ricardo resonaban por todas partes, y todos comunicándose mutuamente valor, y felicitándose de antemano, se prometían la victoria. Pero ¡ay! la discordia debía hacer inútiles la intrepidez y el valor de los cruzados, y vanos todos sus deseos.

Acamparon los cristianos á siete leguas de Jerusalem, por la parte de Oriente, y allí estuvo Ricardo detenido algunas semanas, sin que consiguiera la historia si fué por haberse otra vez abandonado á la inconstancia de su carácter, ó porque temiera los preparativos de los musulmanes. Al cabo de un mes de inútil espera en el mismo campamento, decían con honda amargura los cruzados: «¿No iremos nunca á Jerusalem?» Dicen las crónicas que Ricardo aparentaba no oír estas quejas; pero que en secreto era de su mismo dictámen y que se enojaba contra su propia suerte; de ma-

niera que habiendo un día descubierto á Jerusalem, desde las alturas de Modin, á donde llegó en una de sus frecuentes excursiones contra el enemigo, lloró al ver á la ciudad santa, que él no había podido libertar, y cuyo recinto no debían pisar sus plantas.

Mientras tanto deliberó en consejo muchos días; opinaban unos por sitiar á Jerusalem, alegando que había estallado una revolucion en Mesopotamia contra la autoridad de Saladino, y que debían aprovecharse aquellos momentos tan oportunos para las operaciones del sitio. Creían otros que todas aquellas noticias eran un lazo tendido por Saladino; y objetaban, además, la falta de aguas, los largos desfiladeros que debían atravesarse, y que en caso de algun revés delante de la ciudad santa, no podían apelar á una retirada, por cercarles por todas partes las tropas de Saladino.

La historia es aquí impenetrable: no da ninguna luz acerca de la diversidad de aquellos pareceres, que se ven confundidos con multitud de intereses que no podemos apreciar por falta de datos. De todos modos, Ricardo continuaba atacando siempre á los sarracenos.

Supo un día por algunos sirios que se dirigía á Jerusalem una caravana procedente de Egipto. Reunió, al saberlo, la flor de sus guerreros, salió del campamento al cerrar la noche, durante la cual caminó á la luz de la luna, y al asomar el día llegó á Hebron, en un sitio llamado Hary, donde estaba detenida la caravana con su escolta. Puesto Ricardo á la cabeza de los suyos, arremetió contra los musulmanes, que, al primer choque, huyeron despavoridos, dejando la caravana en poder de los cristianos. Regresó Ricardo á su campamento, llevando consigo, como trofeo de su victoria, cuatro mil setecientos camellos, muchos caballos, mulos y asnos, cargados de las más preciosas mercancías del Asia. La ciudad santa quedó confundida y consternada al tener noticia de la toma de aquella rica caravana, y en el ejército musulman estallaron sordos murmullos contra Saladino que fueron fatales precursores de serias discordias.

Una vez más debemos consignar que los cristianos no supieron tampoco aprovecharse del espanto de sus enemigos, ni de aquel comienzo de insubordinación que se manifestaba ya entre las tropas de Saladino. Cuando el consejo decidió que el ejército abandonara las montañas de Judea, para dirigirse hácia el mar, apoderóse de los peregrinos honda tristeza. El duque de Borgoña y Ricardo se denostaban de distintas maneras recíprocamente, y con el desmembramiento del ejército cruzado se desvanecían todas las esperanzas fundadas en la santa empresa. Mientras tanto, reforzado el ejército de Saladino por los emires de Egipto, Mesopotamia, y Alepo, se apoderó de Jaffa despues de varios asaltos. Iba á capitular también la ciudadela, donde estaba refugiada la guarnicion, cuando Ricardo llegó de Tolemaida con muchos buques montados por guerreros de la cruz.

Estaba ocupado el puerto por muchísimos sarracenos, pero Ricardo se echó al agua, seguido de sus guerreros más osados, y ganando la orilla, arrojó de la ciudad á los enemigos, persiguiólos por la llanura, sin detenerse hasta poner sus tiendas en el mismo sitio donde pocas horas antes tenía Saladino las suyas.

Estas victorias y fatigas y otras muchas que guarda la historia no produjeron ningun fruto á la cruzada. No obstante, cristianos y musulmanes parecían cansados por igual de la guerra, y abandonado ya Saladino de muchos de sus aliados, temia por la tranquilidad de sus estados; así que lo mismo él que Ricardo tenían interés en ajustar la paz, por lo que convinieron en una tregua de tres años y ocho meses. Según lo en ella pactado, quedaba la ciudad de Jerusalem abierta á la devocion de los cristianos, y conservaban éstos en su poder toda la costa marítima, desde Jaffa hasta Tiro. Pactóse también el derribo de la ciudad de Ascalon, porque la reclamaban para sí ambas partes contratantes; pero no se hizo mencion ninguna del leño de la verdadera cruz, á cuyo efecto había enviado Ricardo varios embajadores al sultan. Los jefes principales de los dos ejércitos juraron sobre el Alkorán unos y sobre los Evangelios otros el cumplimiento de las condiciones de la tregua, pero Saladino y Ricardo se contentaron con empeñar su palabra y dar la mano á los embajadores.

Guy de Lusignan quedó enteramente olvidado en el convenio; pero, despojado de su reino, obtuvo el de Chipre, que era más positivo, aunque se debió pagar á los Templarios á quienes lo había empeñado Ricardo. A Enrique, conde de Champagne, se le dió la Palestina.

Los cruzados distribuidos en varias caravanas, fueron á visitar el Santo Sepulcro antes de regresar á Europa; pero los franceses que residían en Tiro, no quisieron ir por el camino que les había abierto Ricardo, pudiendo más en ellos la necia rivalidad que su devocion ó amor á los Santos Lugares. El duque de Borgoña murió mientras se preparaba para regresar á Europa. Al embarcarse en Tolemaida el rey de Inglaterra, para volver á su reino, lloraron los cristianos de la Tierra Santa; también lloró Ricardo, y, al salir del puerto, volvió los ojos hácia la playa que dejaba, exclamando: «¡Oh Tierra Santa, encomiendo tu pueblo á Dios; y quiera el cielo que pueda yo volver á visitarte y socorrerte!»

Este fué el término de la tercera cruzada, en la que perdió Alemania á uno de sus más grandes emperadores y su mejor ejército; y la Inglaterra y Francia perdieron lo más escogido de su nobleza, sin más ventajas que la conquista de Tolemaida y la demolicion de Ascalon. Esto, no obstante, no produjo esta cruzada, á pesar de ser tan desastrosa, tantas quejas como la predicada por San Bernardo, porque sus desgracias iban acompañadas con el recuerdo de las gloriosas hazañas que en la misma se habían llevado á cabo. Como ya lo insinuamos antes en esta cruzada los

dos pueblos en guerra, las dos religiones encontradas, parecían haber perdido algo de la barbarie primitiva: cierto que dos grandes monarcas se hacían la guerra, pero no dejaban por esto de estimarse. Ricardo admitía á veces á su mesa á emires sarracenos, como Saladino á su vez á la suya á caudillos cristianos, comunicándose reciprocamente sus usos y costumbres, su saber y hasta virtudes, siendo esta una de las principales ventajas de la cruzada. Tanto como el entusiasmo religioso movía á los compañeros de Ricardo el amor á la gloria. Ricardo y Saladino son dos nombres que ocupan la atención de todos en los últimos años del siglo duodécimo: su fama se extiende desde el Oriente al Occidente.

Se ignora completamente si Fr. Pedro de Montagut murió en Tolemaida ó en el castillo del Pelegrino, ó si abdicó el Maestrazgo, por cuanto en ninguna historia ó crónica se habla de su muerte, solo se observa que en 1229 la orden tenía por Gran Maestre y en consecuencia sucesor de aquel, á Fr. Armando de Peiragrós caballero perteneciente á una antigua familia de Lengüadoch; luego despues de haber sido elegido por el capitulo general, procuró la armonía y la buena inteligencia que había visto conservar entre el Temple y el Hospital bajo el maestrazgo de su antecesor.

Sabido es y consta por la historia que á pesar de los reveses y desastres experimentados en la Palestina, cuanto restaba de ella á los orientales se sostenía unicamente por el celo, valor, union y fuerza de las dos órdenes, y que á pesar de su antigua emulacion y envidia, no obstante no dejaron jamás de marchar juntas admirablemente cuando se trataba del bien general y de la causa comun de la cristiandad, por mas que digan sus enemigos.

Como no era posible que el convenio hecho con Medelin fuese de larga duracion, no bien el emperador Federico se había hecho á la vela para Europa, cuando una algarada de sarracenos armados intentó arrojar de Jerusalem á los pocos cruzados y cristianos que habitaban en ella, y corriendo tumultuosamente por la ciudad robaron y devastaron cuanto hallaron en las casas pasándolo todo á sangre y fuego.

Los Caballeros Templarios que habían previsto estas consecuencias, naturales de una paz mal cimentada, no les vino de sorpresa, y contrarrestando aquella audacia por medio de su valor é intrepidez lograron arrollar á aquellos bandidos dejando muertos á 500, y ahuyentados los demás (1).

El emperador, Federico II despues de haber representado la infame comedia en Oriente como hemos visto antes desembarcó á Sicilia, y su presencia reanimó al ejército imperial tomando otro sesgo la guerra contra el Papa, quitándole las plazas y ciudades que habían caí-

(1) Guill. de Tyr. hist. de Jerusal. año 1229.

do en poder de Juan de Brienne y demás generales Pontificios durante la ausencia de Federico. Los Templarios de Sicilia por razon de secundar los designios del Papa, fueron el blanco de la venganza de dicho emperador, saqueando sus residencias, y arrojándoles de sus conventos con toda clase de vejaciones al igual de otros eclesiásticos (1). Juan de Brienne con el propósito de recuperar la corona de Jerusalem que tan villanamente le había hecho abdicar el emperador, pasó á Francia á fin de organizar una nueva cruzada.

El Papa en vista de los atropellos, injusticias y crueldades que cometía Federico II, para detenerle, en el camino de tantas iniquidades, se había contentado con excomulgarle, sin ejecutar las amenazas que le había hecho de proceder á otras disposiciones mas rigurosas, y no habiendo producido la excomunion los efectos que esperaba y continuando Federico una guerra más cruel y devastadora contra el Territorio pontificio, hasta llegar á las puertas de Roma, á últimos de 1229, Gregorio IX expidió una bula en la cual además de renovar la excomunion añadía esta clausula:

«Por cuanto este príncipe por un desprecio visible de la excomunion no ha querido someterse á nuestros mandatos, Nos declaramos á todos sus súbditos y vasallos, absueltos del juramento de fidelidad que le habían prestado,» y entre otras razones que consignaba en dicha bula, decia por haber despojado de sus bienes á los Templarios y Hospitalarios del reino de Sicilia.

Entonces el emperador Federico aterrado por una parte con tan terrible sentencia, y por otra las instancias del rey de Francia que le aconsejaba la reconciliacion con el padre comun de los fieles, escuchó por fin los prudentes consejos que se le dieron, mayormente al indicarle que podría acontecerle lo mismo que á su antecesor el emperador Oton que en un caso semejante se vió abandonado de los príncipes de Alemania, en su consecuencia acudió á la mediacion de algunos Cardenales y Prelados á fin de que calmaran al Pontífice, ofreciendo someterse á las decisiones de la Sede Apostólica, en efecto interpuesta la influencia de dichos Cardenales y Prelados se negoció la reconciliacion que duró cerca de un año, prometiendo el emperador reparar todos los perjuicios causados, y para mostrar su buena fe devolvió y confirmó á la orden del Temple, á instancias de Fr. Hermando de Perigord, Preceptor de Calabria, (que fué despues Gran Maestre,) una parte de los bienes que tenía el Temple en Sicilia, con especialidad el territorio de Lentin, todas las tierras, bosques, derechos de pesca y otros privilegios que había concedido el conde de Modica, los bienes dependientes de la Iglesia de S. Leonardo del Temple, el Castillo de Rahalmastri, la Iglesia de S. Bartolomé, la tierra de Costumena con

(1) Tyril cont. historia.
TEMP.

sus derechos y adherentes, en el territorio de Poternus al pié del monte Etna, las tierras, jardines, derechos de pesca y otras donaciones hechas por el conde Payen de Patricio; en las cercanías de Butero además de los dos castillos Maltanes y Arnaderes todo lo que había concedido al Temple el Conde de Ocria, á saber, el derecho de pasto y usufructo de los bosques, libertad de puerto con la exención de derechos.

Cerca de Siracusa, el castillo Magrenten, libre de toda servidumbre segun la donación hecha por Haultier de Calatagirone. En fin todo lo que la Orden Templaria había posehido en la colina de Aidone en Catania, esta acta está fechada en el mes de setiembre indiccion tercera, el noveno del advenimiento de Federico II al imperio Aleman, el cuarto de su dignidad de rey de Jerusalem, y el 32, que era el rey de Sicilia (1).

No obstante estas restituciones y las promesas que el emperador ofrecia para que se levantasen las censuras, el Papa que conocia perfectamente su carácter, recibió friamente á los diputados enviados, diciéndoles «¿Como es posible hacer la paz con un príncipe que jamás ha cumplido su palabra? ¿Seria prudente contar con su juramento, despues de tantas protestas sin efecto?» Sin embargo el Pontífice consintió en absolverle á condicion de que restituiria á la nobleza, y sobre todo á las dos Ordenes del Temple y Hospital todo cuanto les había arrebatado, indemnizando los perjuicios causados, y como garantía de su palabra pondria en sequestro, en poder del Maestre de los Teutónicos algunas plazas, y en reparacion de los males que había originado á la Iglesia, pagaria una suma, que segun unos escritores subia á 12,000 piezas en oro, y otros á 20,000.

Estos artículos y otros concernientes á los derechos de los eclesiásticos habiendo sido jurados y firmados por Federico el 23 de julio de 1230, el Papa Gregorio IX levantó la excomunion, pero la suerte de los Templarios no mejoró, pues apenas fué absuelto, en lugar de reintegrar á la órden lo que debía de justicia y por juramento, no pudiendo olvidarse de que los Templarios no habían querido obedecerle en Siria, y por ser favorecidos del Papa, continuó bajo diversos pretextos en retener sus bienes y en perseguirlos encarnizadamente. Enrique de Monra gran justicia de Sicilia, puso en sequestro la mayor parte de los bienes del Temple, lo que obligó á los Templarios acudir de nuevo á la silla Apostólica. El Papa envió al emperador para representarle, á saber el Abad de Casemane como nuncio, á fin de hacer entender á Federico la justicia de las reclamaciones que se le hacian, diciéndole: «Si vos deseais, como estais obligado, que los asuntos de la tierra santa prosperen, lejos de perseguir á los Templarios y Hospitalarios, vos debeis honrarles con vuestra proteccion imperial, sabiendo, que estas dos órdenes además de los cuidados difíciles,

(1) Roccus Pirrus, Siciliæ Antiq. vol. 3. col. 1099.

penas continuas y á través de mil peligros á los cuales se esponen todos los dias, sostienen ellas solas aquel reino vacilante, y que es imposible conservarlo sin su apoyo. Si los protegeis será el medio de haceros agradable á Dios y recomendable á los hombres; y si impedís que dichos caballeros puedan socorrer la tierra santa es esponer á que se pierda; por lo tanto rogamos á Vuestra Magestad, advertimos y exhortamos de no obrar contra la conciencia, deshonorando vuestra reputacion así como la nuestra, concibiendo sentimientos de bondad y clemencia que serán mas honoríficos que un rigor vengativo, haciendo á los caballeros una total restitucion de sus antiguas posesiones, así reparareis una accion injuriosa á Dios, y Nos á quien habeis acarreado tantas afrentas publicaremos con justicia los efectos de vuestra clemencia imperial.»

En apariencia mostró Federico haberse conmovido á estas observaciones, haciendo al nuncio bellas promesas como era su costumbre, embaraándose poco de las condiciones del tratado que había jurado cumplir, pues el año siguiente 1231, volvió á molestar y arrebatat cuanto pudo á los caballeros. Gregorio apeló otra vez á la dulzura, conjurando al emperador á que mereciesen su agrado y benevolencia, devolviéndoles los bienes de que les había despojado, y no contento de obrar por sí mismo, le envió al Obispo de Regio para que insistiese sobre dicho asunto, pero sin resultado, pues las diligencias practicadas á este objeto fueron completamente inútiles (1).

Esta inflexibilidad era tanto más sensible á los Templarios, en cuanto tenían en Nápoles y Sicilia lo mismo que en Italia cuantiosos bienes, además de las posesiones que anteriormente hemos indicado, poseian en Trapani, un grande establecimiento, que despues de la supresion ocuparon los Agustinos. Hospicio que se debía á la liberalidad de Roger conde de Sicilia. Aun se conserva en dicha Iglesia la célebre imágen que fray Guerrege y otros tres Templarios habían traído de Oriente, con el desigmo de adornar la iglesia que tenían en el Aventino, (Roma) y que se vieron precisados á dejar en esta isla por causa de una tempestad.

Dicha estatua es de altura natural, representando la virgen con el niño Jesús que sostiene con el brazo izquierdo, esculpida en mármol blanco precioso, obra maestra de arte de una hermosura tan perfecta que parece mas obra de manos angelicales que salida de mano de hombre, por los caracteres caldeos que son esculpidos al pié de la estatua y repartidos al borde del ropage se ve que fué concluida en 733, en Endithet, por un eclesiástico de la iglesia de Chipre. Ella causa la admiracion y asombro de los extranjeros que de todos los países van en peregrinacion á visitarla en la iglesia de los Carmelitas de Trapani, antes de los Templarios.

(1) Italia Sacra tom. 8, col. 327.

Uno de los más hábiles escultores ha dicho, al considerar y contemplar la espresada estatua, «en vano se puede buscar en la tierra una figura de un talle más gracioso, perfecto, sublime y modesto, solamente puede hallarse en el cielo (1).»

La Orden del Temple tenía á extramuros de Calatagirone tierras considerables con una iglesia llamada Santa María del Temple en donde fué enterrado el bienaventurado Fr. Gerlando de Polonia que los Hospitalarios se han apropiado contra toda justicia.

Dicha iglesia en la actualidad está arruinada y las reliquias de dicho santo Templario se hallan depositadas en la parroquia de S. Jaime patron de Calatagirone. Bozio en honor de dicho santo, dice que las obras y virtudes del bienaventurado Gerlando son conocidas solamente de Dios; ignorándose precisamente la época en que vivió. Su memoria fué venerada por mucho tiempo por toda la Sicilia, las frecuentes revoluciones en dicha isla, la peste, las guerras, calamidades y vicisitudes que la desolaron, hicieron olvidar y descuidar el lugar de su sepultura, pero la providencia no permitió quedase por mucho tiempo desconocida la veneracion de su siervo.

Un siciliano en 1327, inspirado sin duda, descubrió á sus amigos que el cuerpo del bienaventurado Gerlando no podía hallarse sino en la capilla medio arruinada que se llamaba Santa María del Temple extramuros de la ciudad Calatagirone, con este aviso se hicieron excavaciones, en el lugar indicado, hallándose en efecto una caja con su osamenta y al abrirla esparció por toda la capilla un odor admirable, toda la ciudad acudió al divulgarse esta noticia y por disposicion del magistrado, el tesoro de aquellas reliquias fué trasladado con respeto y depositado en la Iglesia parroquial de San Jaime en donde obró una porcion de curaciones milagrosas, que la ciudad agradecida procuró pasasen consignadas á la posteridad, en el proceso verbal que se formó á este efecto, constan más de 100 de aquellas obtenidas en solos los 6 primeros meses después de su traslacion (2).

Desde entonces los ciudadanos de Calatagirone celebraron la fiesta de la invencion de dichas reliquias el 18 de junio y el dia siguiente el de la traslacion, cuyas solemnidades duraron más de 260 años es decir hasta 1590, que Heroscus Obispo de Siracusa las suprimió absolutamente, por la sola razon de que los milagros del Santo no habian sido recopilados y examinados sino por el magistrado; disposicion estravagante á la par que injustas por cuanto uno de sus antecesores en union del Obispo de Agrigento habian examinado y confrontado los testimonios de muchos prodi-

(1) Atlas Marianus pág. 15ª... Item Sicillie Antiq. vol. 3, col. 1006.

(2) Acta Sanct. Junius. tom. 2, pag. 631, 65ª, 653. etc.

gios obrados en Leocata diócesis de Agrigento como consta por una acta conservada en los archivos de dicha ciudad; ahora bien, si un Obispo de Siracusa examinó los milagros del bienaventurado Gerlando, obrados en una diócesis que no era la suya, ¿es siquiera verosímil que hubiera descuidado el examinar la multitud de los milagros que se obraban en su diócesis y sobre todo en Calatagirone? Si las pruebas de este procedimiento, testimoniales y declaraciones sobre este asunto, hechas sobre estos mismos lugares no se hallan, ó han desaparecido, se sigue de aquí que no han existido jamás? ¿Quién sabe, si el Obispo que suprimió aquellas festividades dedicadas á Fr. Gerlando, tendria sus prevenciones contra la orden del Temple!

Veamos ahora si nuestro Santo Templario fué de la orden del Temple ó del Hospital: la dificultad no es difícil de resolver. Es cierto y positivo que S. María del Temple, todo el terreno y ribera que hay entre Piazza y Calatagirone pertenecia á los Templarios de manera que aun conserva el mismo nombre. No hallando que jamás los hospitalarios hayan posehido nada en las cercanías de dichas ciudades.

¿Por cuál azar este pretendido hospitalario se habria hallado enterrado y honrado como santo en una iglesia estraña á su orden? podría objetarse que dicha iglesia habia pertenecido al Hospital antes del Concilio de Viena, por algun cambio ó arreglo con el Temple? esto no basta, sería necesario probarlo.

En 1327, las heridas hechas á la reputacion del Temple, estaban aun abiertas y sangrientas, y como para muchos la idea de santo y de Templario parecia tan incompatible como el de predestinado y reprobado, los que redactaron el proceso verbal de la traslacion de S. Gerlando, juzgarian prudente, atendida la prevencion que habia contra el Temple de callar la cualidad de su profesion, aunque no la ignoraban, contentándose de calificarle de bienaventurado Gerlando de Alemania; despues de estas palabras y un poco más adelante se añadió es decir en 1616 el lema con tres letras mayúsculas S. R. H. con la palabra latina *Militis* que significa Caballero de la Santa Religion hospitalaria.

La novedad de esta adiccion interlinearia, la diferencia del caracter de letra, y la pintura que en ella se observa, declaran demasiado la intencion del interpolador, que no era otra sino de aumentar el número de los Santos Hospitalarios arrebatándolos de la desgraciada Orden del Temple, que no podia reclamar atendida la injusta sentencia de supresion.

No debe pues maravillarnos despues de lo que acabamos de apuntar, si en 1619, apareció en la Iglesia parroquial de S. Jaime de Calatagirone, colocado un cuadro de dicho Santo vestido con el hábito de Hospitalario con la cruz á ocho puntas, el pintor indudablemente seguiria las prescripciones que le darian los que le encargaron pintar un Santo Hospitalario.

rio, pero en vano podría presentarse este cuadro para probar que fué Hospitalario y no Templerio San Gerlando.

Volvamos á réanudar la historia.

El emperador Federico poco caso hizo de las amonestaciones del Pontífice y continuó su persecucion contra las dos Ordenes del Temple y Hospital, y para añadir la crueldad á la hipocresía, con el manto de la religion y celo por la Tierra Santa, obligó á tomar la cruz y embarcar para la Palestina, con prohibicion de volver á todos los súbditos que se habian declarado en favor del Papa, durante sus desavenencias, lo que equivalia á un destierro perpétuo sin esperanzas de volver á la patria.

La Palestina despues de la forzosa abdicacion de Juan de Brienne se hallaba privada de la presencia tan necesaria del Soberano, viéndose como un buque sin piloto, combatido continuamente por repetidas tempestades, y que sin duda la Palestina hubiera naufragado sin el socorro y valor á toda prueba que mostraban para salvarla tanto los Templarios como los Hospitalarios. No hablamos de los Teutónicos porque desde 1226 la mayor parte de ellos pasaron á Prusia, estableciéndose allí y procurando conquistar en el Norte los territorios habitados por idólatras.

Por lo que venimos diciendo se ve claramente que la única defensa positiva de la Tierra Santa dependia de las armas del Temple y Hospital. No cabe la menor duda que el emperador Federico conocia perfectamente que este pequeño Estado no podia sostenerse por si mismo, y á este fin antes de abandonarlo habia prometido á los dos Grandes Maestres y barones que enviaria á sus espensas un cuerpo respetable de tropas, comprometiéndose en poner al frente de ellas al príncipe Conrado hijo suyo á quien tocaba la corona de Jerusalem por los derechos de su madre la emperatriz Yolanda, hija del conde Juan de Brienne y de la princesa Maria: sin embargo el emperador ocupado en sus asuntos de Italia olvidó completamente la Palestina para ausiliarla tal como habia prometido.

1232. En este año ocurrieron sucesos bastante graves que vamos á consignarlos someramente. La princesa Alix hermana uterina de la reina Maria, é hija de Isabel entonces viuda de Hugo de Lusignan rey de Chipre, pasó á Siria á fin de hacer valer sus derechos, en razon del abandono en que tenia el emperador á la Palestina, reclamando ser reconocida por reina de Jerusalem. A tales pretensiones, las órdenes militares se reunieron para deliberar sobre tan grave asunto, y á pesar de los malos tratamientos que habian experimentado del emperador Federico, fueron de contrario parecer, oponiéndose á las pretensiones de dicha princesa, declarando que la muerte ó la abdicacion voluntaria del príncipe Conrado podian solamente colocar la corona á su cabeza. Sabido por el emperador el paso dado por la reina viuda de Chipre, temiendo, sin razon, que las dos órdenes dominadas por sus intereses se declarasen en favor de la prin-

cesa Alix, se apresuró en enviar á Palestina un cuerpo de tropas alemanas bajo la direccion de Ricardo hijo de Auger mariscal de los ejércitos imperiales. Dicho general desembarcó en Tolemaida, y en vez de seguir una politica de atraccion, agrió y exasperó los ánimos tratando áspera y duramente á los señores y habitantes de las ciudades, imponiendo tributos que jamás se habian visto en Palestina, despojando á unos de sus bienes, maltratando á otros como pudieran hacerlo los infieles en país conquistado, lo que le valió la animadversion general como lo veremos luego.

Los atentados continuos que el musulman daba al último tratado, la muerte de muchos millares de peregrinos asesinados inhumanamente, no impidió que el emperador conservase íntimas relaciones con Meledin, en este mismo año recibió grandes regalos entre otros una tienda estimada en 200,000 escudos. Como acabamos de consignar, los que mandaban en Palestina á nombre del emperador cometieron tantos atropellos que los habitantes y principales señores después de haber experimentado todas las vejaciones imaginables que puede inventar la avaricia, agotados de bienes y de paciencia tomaron las armas y arrojaron vergonzosamente á los alemanes y al mariscal que los mandaba, de la ciudad, obligándoles á refugiarse á Tiro única plaza que quedaba, y que Juan de Ibelin señor de Baruth y de Jaffa se disponia á sitiarles allí, justamente ofendido del atentado que el mariscal habia cometido contra él queriéndole quitar el señorío que gozaba sobre Baruth, á no mediar la intervencion de los Templarios para extinguir el fuego de la discordia.

Sin embargo, el mariscal habia sido batido en un encuentro, cuando los dos Grandes Maestres interpusieron su mediacion, trasladándose inmediatamente delante de Baruth en donde los alemanes se hallaban, y propusieron los medios de un acomodamiento, y después de haber exhortado á los descontentos á la concordia, no dejaron los Maestres de hacer presente á los oficiales del emperador que los primeros barones cruzados al repartirse la Tierra Santa se habian comprometido á defenderse mutuamente, y á no abandonar sus posesiones sin el consentimiento de los Estados; que el emperador en lugar de tener ningun derecho sobre el territorio de Juan de Ibelin que queria arrebatarle, estaba obligado á defenderle por una ley emanada de sus predecesores y admitida en el reino. No obstante de estas poderosas razones los oficiales de Federico para quienes la voluntad de su Soberano era sobre todas las leyes, en vez de escuchar tales avisos, pegaron fuego á Baruth, al ver que no podian apoderarse del castillo que se defendia heroicamente, (1). El emperador, al tener detalladas noticias de estos acontecimientos, temeroso de sus consecuencias, acudió á la suprema autoridad del Pontífice que tanto habia despre-

(1) Tyril cont. hist.

rio, pero en vano podría presentarse este cuadro para probar que fué Hospitalario y no Templerio San Gerlando.

Volvamos á réanudar la historia.

El emperador Federico poco caso hizo de las amonestaciones del Pontífice y continuó su persecucion contra las dos Ordenes del Temple y Hospital, y para añadir la crueldad á la hipocresía, con el manto de la religion y celo por la Tierra Santa, obligó á tomar la cruz y embarcar para la Palestina, con prohibicion de volver á todos los súbditos que se habian declarado en favor del Papa, durante sus desavenencias, lo que equivalia á un destierro perpétuo sin esperanzas de volver á la patria.

La Palestina despues de la forzosa abdicacion de Juan de Brienne se hallaba privada de la presencia tan necesaria del Soberano, viéndose como un buque sin piloto, combatido continuamente por repetidas tempestades, y que sin duda la Palestina hubiera naufragado sin el socorro y valor á toda prueba que mostraban para salvarla tanto los Templarios como los Hospitalarios. No hablamos de los Teutónicos porque desde 1226 la mayor parte de ellos pasaron á Prusia, estableciéndose allí y procurando conquistar en el Norte los territorios habitados por idólatras.

Por lo que venimos diciendo se ve claramente que la única defensa positiva de la Tierra Santa dependia de las armas del Temple y Hospital. No cabe la menor duda que el emperador Federico conocia perfectamente que este pequeño Estado no podia sostenerse por si mismo, y á este fin antes de abandonarlo habia prometido á los dos Grandes Maestres y barones que enviaria á sus espensas un cuerpo respetable de tropas, comprometiéndose en poner al frente de ellas al príncipe Conrado hijo suyo á quien tocaba la corona de Jerusalem por los derechos de su madre la emperatriz Yolanda, hija del conde Juan de Brienne y de la princesa Maria: sin embargo el emperador ocupado en sus asuntos de Italia olvidó completamente la Palestina para ausiliarla tal como habia prometido.

1232. En este año ocurrieron sucesos bastante graves que vamos á consignarlos someramente. La princesa Alix hermana uterina de la reina Maria, é hija de Isabel entonces viuda de Hugo de Lusignan rey de Chipre, pasó á Siria á fin de hacer valer sus derechos, en razon del abandono en que tenia el emperador á la Palestina, reclamando ser reconocida por reina de Jerusalem. A tales pretensiones, las órdenes militares se reunieron para deliberar sobre tan grave asunto, y á pesar de los malos tratamientos que habian experimentado del emperador Federico, fueron de contrario parecer, oponiéndose á las pretensiones de dicha princesa, declarando que la muerte ó la abdicacion voluntaria del príncipe Conrado podian solamente colocar la corona á su cabeza. Sabido por el emperador el paso dado por la reina viuda de Chipre, temiendo, sin razon, que las dos órdenes dominadas por sus intereses se declarasen en favor de la prin-

cesa Alix, se apresuró en enviar á Palestina un cuerpo de tropas alemanas bajo la direccion de Ricardo hijo de Auger mariscal de los ejércitos imperiales. Dicho general desembarcó en Tolemaida, y en vez de seguir una politica de atraccion, agrió y exasperó los ánimos tratando áspera y duramente á los señores y habitantes de las ciudades, imponiendo tributos que jamás se habian visto en Palestina, despojando á unos de sus bienes, maltratando á otros como pudieran hacerlo los infieles en país conquistado, lo que le valió la animadversion general como lo veremos luego.

Los atentados continuos que el musulman daba al último tratado, la muerte de muchos millares de peregrinos asesinados inhumanamente, no impidió que el emperador conservase íntimas relaciones con Meledin, en este mismo año recibió grandes regalos entre otros una tienda estimada en 200,000 escudos. Como acabamos de consignar, los que mandaban en Palestina á nombre del emperador cometieron tantos atropellos que los habitantes y principales señores después de haber experimentado todas las vejaciones imaginables que puede inventar la avaricia, agotados de bienes y de paciencia tomaron las armas y arrojaron vergonzosamente á los alemanes y al mariscal que los mandaba, de la ciudad, obligándoles á refugiarse á Tiro única plaza que quedaba, y que Juan de Ibelin señor de Baruth y de Jaffa se disponia á sitiarles allí, justamente ofendido del atentado que el mariscal habia cometido contra él queriéndole quitar el señorío que gozaba sobre Baruth, á no mediar la intervencion de los Templarios para extinguir el fuego de la discordia.

Sin embargo, el mariscal habia sido batido en un encuentro, cuando los dos Grandes Maestres interpusieron su mediacion, trasladándose inmediatamente delante de Baruth en donde los alemanes se hallaban, y propusieron los medios de un acomodamiento, y después de haber exhortado á los descontentos á la concordia, no dejaron los Maestres de hacer presente á los oficiales del emperador que los primeros barones cruzados al repartirse la Tierra Santa se habian comprometido á defenderse mutuamente, y á no abandonar sus posesiones sin el consentimiento de los Estados; que el emperador en lugar de tener ningun derecho sobre el territorio de Juan de Ibelin que queria arrebatarle, estaba obligado á defenderle por una ley emanada de sus predecesores y admitida en el reino. No obstante de estas poderosas razones los oficiales de Federico para quienes la voluntad de su Soberano era sobre todas las leyes, en vez de escuchar tales avisos, pegaron fuego á Baruth, al ver que no podian apoderarse del castillo que se defendia heroicamente, (1). El emperador, al tener detalladas noticias de estos acontecimientos, temeroso de sus consecuencias, acudió á la suprema autoridad del Pontífice que tanto habia despre-

(1) Tyril cont. hist.

ciado, suplicándole emplease su valimiento para que los dos Grandes Maestres calmaran la agitación de la Palestina, y para obligar á las órdenes y merecer su estima y confianza, mandó restituir todos los bienes secuestrados, y darles posesion de las casas de las cuales habian sido arrojados los Caballeros. En su virtud, el Papa envió en calidad de Legado al Arzobispo de Ravena para que procurase exhortar en nombre del Pontífice á los dos jefes superiores de las órdenes empleasen su prudencia y autoridad en calmar esos movimientos, así se hizo lográndose cuanto se deseaba restableciendo la autoridad del emperador en Tolemaida y demás plazas de la Palestina.

Para que se vea la importancia que tenían los Templarios, vamos á citar un ejemplo, de los muchos que registra la historia.

En este mismo año 1232, los Templarios ingleses acreditaron por un caso raro cuanto merecian la confianza de toda clase de personas. El Gran justicia de Inglaterra, caido en desgracia por ligeras sospechas, confió sus riquezas y tesoros á los caballeros del nuevo Temple de Londres, noticioso de esto el rey mandó llamar al Preceptor para saber la verdad. Este confesó haber recibido una arquilla llena de dinero, pero que ignoraba la suma que contenia, el rey dió orden de que se le presentase aquel dinero, porque consideraba se le habia defraudado de su tesoro; los Templarios hicieron presente al soberano que ellos no podian entregar el dinero á nadie sin el permiso de la persona que se lo habia confiado, por cuanto se habia depositado como en un lugar que gozaba del derecho de asilo, y por lo tanto sagrado, y no se entregaron al rey las llaves y la arquilla con el dinero hasta tanto que se obtuvo el consentimiento del encarcelado ministro.

Ninguna orden podia vanagloriarse de obtener la confianza general, tanto de particulares como de los soberanos como la orden del Temple, mas adelante daremos mas detalles.

En el año 1233 tuvieron lugar algunas querellas entre los Templarios y algun prelado y ciudadanos como lo vamos á esponer:

Gregorio IX habia prohibido á los Prelados y Obispos alojarse en residencias de Templarios, contra su voluntad, á no ser que fuese expresado en las escrituras de donacion (1). Sobre este privilegio parece que el preceptor de Clausayes, Diócesis de Trequier en un proceso contra Lorenzo obispo de aquella Sede, fué condenado á recibirle y mantenerle con todo su séquito, una vez al año (2). Lo que causaba odiosidad á los monasterios en la visita de los Prelados era que no se contentaban solamente con los derechos ordinarios sino que exigian otros exorbitantes. Los Premonstratenses formularon graves quejas en el Concilio de Viena 1311 y 1312.

(1) Reg. Const. et Priv. ord. cist. pag. 480.

(2) Gallia Christ. nova tom. 1, col. 716.

Además de las limosnas que los religiosos acostumbraban hacer los obispos les obligaban á pesar suyo de distribuir otras en lugares en los cuales nada podian exigir por derecho de costumbre, no contentos de lo que les pagaba el monasterio que habian visitado, aun pretendian tener derecho de que se les pagase la herradura de sus caballerías y los gages de los cocineros (1).

Durante esta época se suscitó una querella entre los Templarios y los marseleses, con motivo de que las dos Ordenes habiendo sido exentas, por privilegio de los vizcondes, de los derechos de entrada y salida de los buques en el puerto de Marsella, ésta, una vez erigida en república, les privó de dichas franquicias, exigiendo sumas extraordinarias, las dos Ordenes ofendidas altamente de este proceder, se dirigieron al Condestable del reino de Jerusalem, que entonces lo era Odon de Montbeliard, pidiéndole mandase detener los buques y mercancías que de Marsella entrasen en el puerto de Tolemaida. El Condestable conociendo que esta cuestion podia originar consecuencias desagradables, procuró por los medios que tuvo á mano, terminar este asunto á satisfaccion de las partes, y se acordó, que los caballeros, dos veces al año, á saber, en los pasajes de Marzo y Agosto, podrian cargar en Marsella sus buques, de todo lo que fuese necesario y además 1,500 peregrinos, sin pagar ningun derecho, exceptuando á los comerciantes que se embarcasen. Este tratado del cual apuntamos el principal artículo fué autorizado con el sello de los dos Grandes Maestres, Peiragros y Montagut, de las dos Ordenes del Temple y Hospital y por parte de la República de Marsella, Rostando Puihaut y Guillermo de Carrancon, y aceptado en presencia de los barones orientales, por Fr. Balduino de Beaurase, René Allensand y Jaime Dubois, los superiores del Temple de Tolemaida y por muchos otros del Hospital que asistieron á este acuerdo (2); este convenio no fué del todo observado por los marseleses, por cuanto algunos años después los Templarios se vieron obligados á quejarse de ello al Papa Inocencio IV, del cual obtuvieron una bula dirigida á los ciudadanos de dicha ciudad con la cual les recuerda la observancia á que están obligados de dicha convencion, declarándoles que el obispo de Marsella tenia orden de sujetarles á ello por via de censuras.

Durante las turbaciones que agitaron en 1234, á la Francia é Inglaterra, vemos que con frecuencia los Templarios fueron elegidos para calmar los ánimos, y restablecer la armonía, el Templario Fr. Mateo, y el obispo de Excerser embajadores de Enrique III fueron enviados á Luis IX con plenos poderes para tratar y restablecer la paz con la Francia (3).

(1) Richard. Simon hist. y origen de las rentas eclesiasticas, pag. 330.

(2) Rufi, Hist. de Marsella, pag. 120.

(3) Rimeri tom. 1, part. 1, pag. 114.

Otros Templarios fueron deputedos por el mismo rey de Inglaterra para que en su nombre se presentasen al conde de Pembroke jefe y cabeza de los descontentos ingleses, á fin de recordarse el crimen de un vasallo que se arma contra su soberano.

El conde intimidado y convencido por las razones que le espusieron los Templarios encargó á los mismos lograsen el tener una conferencia con los del opuesto partido, señalando el lugar en donde debia tenerse, conviniendo una y otra parte en que los Templarios serian los mediadores. Así se hizo y reuniéndose el día señalado el Conde de Pembroke para tratar de la paz, y los otros con la siniestra intencion de batirse.

Los Templarios colocados entre los dos partidos, ignorando el plan de los últimos, se esforzaron con ardor para reconciliarlos, cuando los partidarios del rey que eran en mayor número, y más fuertes despreciaron las proposiciones del conde y le desafiaron al combate, Pembroke abandonado de los suyos fué muerto villanamente sin que lo pudieran impedir los Templarios siendo inútiles las gestiones practicadas (1).

Los Templarios no tuvieron mejor suerte en una comision que enviaron en 1235 al rey de Inglaterra para representarse las injusticias y vejaciones que ejercian sus oficiales en Gascuña. En una asamblea de eclesiásticos tenida en Burdeos se nombró al Preceptor de la provincia, y al Maestre de la Grava, un Archipreste y un Hospitalario para suplicar al rey, librase la Gascuña de los Bayles que la desolaban con sus tiranías; Enrique III se contentó de saber dichos desórdenes pero sin remediarlos con la prontitud que el caso reclamaba, y tuvo el desconsuelo de ver sublevada contra él esta provincia en 1240. El rey empleó en dicha provincia á oficiales tan desacreditados que los Templarios se vieron encargados de guardar el tesoro real por espacio de algunos años (2).

En ninguna nacion el Temple fué mas rico que en Inglaterra, no se pueden leer sin admiracion las donaciones, privilegios y prerrogativas con las cuales fueron distinguidos los Templarios, tanto por los soberanos, como por los Señores de aquella isla. Los del nuevo Temple de Londres guardaban la Cancillería y el Tesoro real; el Preceptor del reino se sentaba en el Parlamento entre los primeros barones del reino; además del derecho de asilo que hemos hablado en un capítulo anterior, ejercian en todas sus jurisdicciones alta, media y baja justicia, gozando de toda suerte de inmunidades y franquicias, no estando sujetos á ningun derecho de peage, ni medida pudiendo comprar y vender sin pagar los impuestos sujetos á géneros y mercancías.

Enrique III, fué uno de los soberanos que manifestaron más adhesión

(1) Mateo de Paris, año 1231.

(2) Gallia Christ. nova, tom. 2, col. 290.

al Temple. No contento de confirmar todos los beneficios y privilegios que habian hecho sus predecesores en favor de dicha Orden, añadió de nuevos. Concedió perpetuamente al nuevo Temple, 8 libras esterlinas cobraderas todos los años del Tesoro real, para sostén de tres capellanes, encargados de celebrar todos los dias tres misas, una por la prosperidad del Estado, otra para la Iglesia universal, y la tercera por los difuntos; y de acuerdo con la Reina su esposa, declaró por un acta auténtica, en testimonio de la estima particular que profesaba á los Templarios y que tenia á su orden, tanto el Rey como la Reina escogian por lugar de su sepultura la Iglesia del nuevo Temple, con exclusion de toda otra, ni aun de la que se edificaria dentro poco; esta disposicion no tuvo efecto.

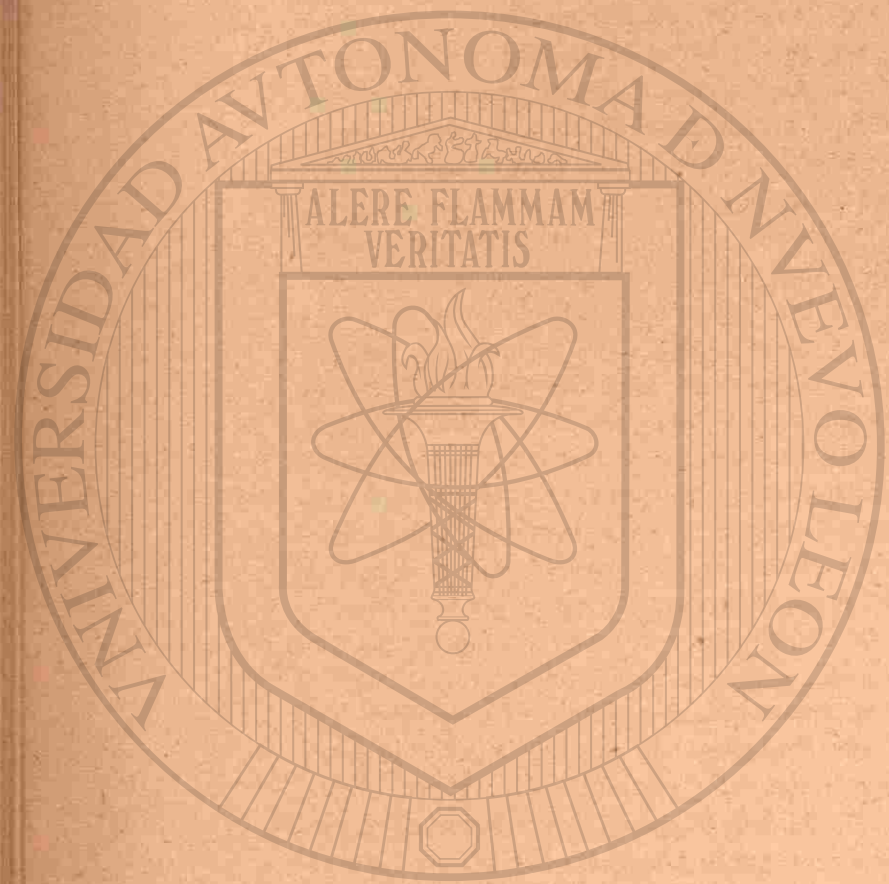
En 1236, florecia en Roma Fr. Tomás Templario eminente, y personaje de gran crédito en la corte de Gregorio IX y que merecia al mismo Papa una confianza ilimitada, mientras que los frailes predicadores y menores recorrían la Europa distribuyendo indulgencias y exhortando á la cruzada, Fr. Tomás salió de Roma, camino de Inglaterra, con amplos poderes de la Sede Apostólica para commutar en dinero los votos hechos para ir á combatir los sarracenos. A pesar de las precauciones que habia tomado el Papa, al anunciar y advertir que dichas dispensas eran para la mayor y mas grande utilidad de los orientales, muchas personas no se persuadieron de ello; sobre todo los Cruzados estallaban en murmullos, no pudiendo contener su indignacion sobre este proceder (1).

No debe extrañarse si no detallamos el carácter y los servicios del Gran Maestre Fr. Armando de Peiragros, que durante la série de estos años trascurridos desde su eleccion, estuvo al frente de la Orden del Temple, además su maestrazgo fué de corta duracion, y los historiadores de aquel tiempo dicen tan poca cosa que apenas hemos hallado el nombre de su familia. De este Gran Maestre se hace mencion bajo el nombre de Armando en una carta de Manosque perteneciente al año 1234, y en otra sin data enviada al rey de Navarra exponiéndole el estado afflictivo de los asuntos de Palestina.

Lo cierto es que gobernó durante unos tiempos desgraciados y difíciles, no obstante su conducta mereció ser aprobada segun la carta que el Patriarca Gerold, remitió al Papa.

Fr. Armando de Peiragros murió á últimos de 1236.

(1) Mat. de Paris pág. 471, 489, 519, 530.



CAPITULO XII.

Elección del Gran Maestro.—Situación de la Tierra Santa.—Combate sangriento.—Expedición contra Armenia.—Un cuerpo de cruzados marcha a Palestina.—Derrota de los cristianos.—Convenio entre el orden del Temple y el sultan de Damasco.—Retirada del rey de Navarra.—Tratado de Ricardo, hermano del rey de Inglaterra con el sultan de Egipto, con el cual se estipuló la posesión de Jerusalem y otras ciudades, y cange de prisioneros.—Reedificación de las murallas de la Santa Ciudad.—Proyecto de fortificar a Saphet (la antigua Betulia).—Noticias diversas.—Desórdenes y desgracias en Jerusalem con la entrada de los Corasminos.—Batalla de Gaza.—Muerte del Gran Maestro.

DESPUES de la muerte del Gran Maestro, Fr. Armando de Peiragros el Capitulo General de la Orden pasó a la elección del nuevo jefe superior, recayendo la suerte a favor de un ausente, Fray Herman de Perigord, en aquel entonces Preceptor de Calabria y Sicilia, Templario capaz por sus virtudes y méritos para reemplazar al difunto; este caballero descendía de los antiguos condes de Perigord. ®

Dicha casa es la misma que la de Taylerand. Por la semejanza del nombre, Dupuy en su historia de los Templarios ha confundido a Herman con su predecesor Armando (1).

(1) Dupuy pag. 535. Los de la familia Perigord son designados por Petragoriens, y los de la casa de Peiragros, por Petragrossa.

El nuevo Gran Maestre podía mas bien tener motivos para considerar su elevación á puesto tan peligroso por verdadero contra tiempo antes que escitar su vanagloria, mayormente en los difíciles tiempos por los cuales atravesaba el Oriente, y la orden sin socorros, despojada en Nápoles y Sicilia, espuesta á los resentimientos del emperador, y á las invasiones de Bela rey de Hungría, y de su hermano, Colomar duque de Esclavonia. Estos dos príncipes, de carácter completamente diferente de su hermana Sta. Isabel, arrebatában tanto á las Iglesias como á los caballeros las donaciones que les habían hecho los reyes de Hungría, llegando á tal extremo que el Papa interviniendo en este asunto les amenazó, representándoles su conducta criminal, y el mal ejemplo que daban, intimándoles el cumplimiento del juramento que había hecho ante el arzobispo de Colocz de restituir cuanto habían arrebatado, pues de lo contrario decia el Papa. «Cualquiera que pueda ser el efecto que Nos hemos tenido por vos hasta el presente, Nos no podemos dispensarnos de trataros con rigor segun los deberes de nuestro cargo pastoral» (1).

En este tiempo las fuerzas de los Cruzados se hallaban considerablemente disminuidas, lo mismo que las del Temple y del Hospital, lo que obligó, á las Ordenes á reclamar de Europa no solamente á los caballeros sino tambien nuevos reclutas ó novicios, siendo la razon de admitir luego como profesos á los que pedían la capa y cruz de Templario ú Hospitalario sin la observancia de la regla que prescribía un año de noviciado; las circunstancias y los apuros para la defensa pronta y apremiante que pedía la Tierra Santa hicieron prescindir á las dos Ordenes del cumplimiento exacto de esta obligacion; y á pesar de que continuamente llegaban á Palestina jóvenes caballeros afiliados á las Ordenes, y por numerosos que fueran, solo servían para cubrir los grandes vacíos que habían causado los obstinados sitios, los sangrientos choques, y las batallas mortíferas, que habían diezmado sus filas; no obstante de dichos refuerzos, repetimos, la Tierra Santa se encontraba sin socorro, sin tropas y sin soberano. Ya se sabe, como hemos dicho, quien estaba encargado en esta época del gobierno del reino, sin la presencia del soberano y sin subordinación por parte de los jefes que le representaban. Solamente los Templarios y Hospitalarios formaban la única fuerza compacta y subordinada para hacer frente al musulman.

Tal era la situacion de los asuntos, cuando Perigord partió de Sicilia para encargarse del maestrazgo. Apenas fué revestido de tan alta dignidad, ya tuvo que hacer frente á los infieles. Habiendo estos querido apoderarse de un castillo guarnecido por los cristianos cerca de Alepo, el Gran

(1) Odoricus Rainaldus, año 1237, n.º 86.

Maestre á la cabeza de sus caballeros y de otras fuerzas, acudió á su socorro obligando á los sarracenos á levantar el sitio, y persiguiéndoles con no pocas ventajas hasta más allá de sus fronteras, pero por desgracia cegados los Templarios con aquel triunfo, tuvieron que sostener la impetuosidad del musulman que volvió cara sostenido por un respetable cuerpo de tropas que le llegó de refuerzo; la batalla fué mortífera, el valor que desplegaron los Templarios, como siempre, en esta fué sublime, sin embargo su firmeza en combatir y no retroceder jamás, la derrota que experimentaron fué completa, el enemigo perdió 3,000 hombres. El Gran Maestre con 8 Templarios tuvo la suerte de escapar de las manos sarracenas. 100 caballeros y 300 ballesteros á sueldo de la Orden y muchos otros cruzados cayeron prisioneros y conducidos cautivos á Alepo, sin contar los que quedaron muertos en el campo de batalla (1).

Al relatar esta batalla, Mateo de Paris, ordinariamente mal informado, y prevenido siempre contra los Templarios, dice, que en esta ocasion pagaron cara su temeridad, por su imprudencia en combatir con fuerzas tan superiores como eran las de los sarracenos, acusando la pérdida de esta jornada á Fr. Guillermo de Montferrat Preceptor de Antioquia, el cual habiendo comprometido la accion contra el parecer de sus hermanos, fué el primero que huyó contra los estatutos y costumbre de la Orden.

Este Fr. Guillermo es el que algun tiempo antes había gestionado para la union de los nestorianos con la Iglesia Romana.

El Templario que se distinguió de una manera heróica fué el bravo Fr. Renaldo de Argenton Ingles, el cual llevaba el *Baucan* ó *Balza*, que no fué posible arrancárselo, hasta haberle cortado los brazos y hecho pedazos. Otro Templario Preceptor vendió tan cara su vida y no sucumbió sino despues de haber muerto con su terrible espada á 16 sarracenos, y herido mortalmente á muchos otros (2).

La desgraciada suerte que cupo á los Templarios y parte de sus tropas á sueldo de caer prisioneros y cargados de cadenas esclavos en Alepo escitaron la compasion y se reclamó del emperador procurase su libertad. Deber suyo era; pues ellos defendían su territorio y muy fácil le hubiera sido librar á dichos caballeros de las cadenas y de la cautividad que sufrían, sin embargo nada hizo para ello, Gregorio IX, más humano y más compasivo, les envió una carta para consolarles, espresando en ella su ternura paternal, exhortándoles á la paciencia y á purificarse por la tribulacion, asegurándoles, que sin descanso y poniendo todo su valimiento procuraria su libertad (3).

(1) Odoric, Rainald, año 1237, n.º 84. Ducange Glossar, verbo Balcanifer. Chron. Alberici año 1237.

(2) Mat. de Paris, año 1237.

(3) Odoric Rainald, año 1237, n.º 85.

En efecto se apresuró á recomendarles al rey de Chipre, interesando también á todos los señores orientales, para obtener un cange ú otro medio que libertase á tan ilustres prisioneros.

Mientras se gestionaba este asunto, llegaron de Roma las comisiones que recomendaban á los Grandes Maestres el restablecimiento de la union y armonía entre los alemanes, y la nobleza y pueblo que habian arrojado de Tolemaida á los alemanes obligándoles á refugiarse en Tiro.

Por respeto, autoridad y pujanza de las dos Ordenes, se aceptó su mediacion, admitiendo otra vez en dicha ciudad á los alemanes, restableciéndose la tranquilidad, manteniéndola los caballeros, únicos soberanos que gobernaban las reliquias del reino pues á pesar de la presencia del lugarteniente del emperador, los caballeros desempeñaban los cargos y empleos públicos y administraban la justicia tanto á los extranjeros como á los del país.

El afan que tenia el Sumo Pontifice para la union y concordia de los orientales, el cuidado que se tomaba en escitar á los pueblos á cruzarse, demuestran patentemente el deseo y la decidida voluntad que tenia para el recobro de los Santos Lugares, y este afan que le devoraba, se dice, que era tanto más en cuanto «tenia el dolor de saber cotidianamente la desunion y encarnizamiento con el cual las dos Ordenes procuraban destruirse mutuamente por intereses de poca importancia (1).»

Todo lo antecedente es falso y calumnioso, el caballero Jauna es el único escritor que vanagloriándose de escribir la historia con más exactitud que los otros, ha llevado su atrevimiento á consignar un hecho destituido de todo fundamento.

Si los caballeros se hallaban encarnizados los unos contra los otros en la época que recorremos, ¿cómo se comprende que el Papa les encargase la reconciliacion y armonía de los barones, no exhortándoles á ellos mismos á vivir en paz?

En la carta que el Papa dirigió á los Templarios este año, nada se habla de las divisiones cotidianas, que se dice, existian entre las dos Ordenes, y, en prueba de lo contrario, diremos, que en vez de buscar en este tiempo el destruirse una y otra, aconteció que el Gran Maestre del Hospital reclamando al sultan de Hama el pago de sumas considerables que debía como tributo á su Orden y rehusaba satisfacer, el Gran Maestre del Temple reunió todas las fuerzas que pudo, y se unió con los Hospitalarios, y juntos á mano armada emprendieron la marcha para reclamar lo que injustamente rehusaba pagar dicho sultan (2).

(1) Hist. general de Jerusalem tom. 1, pág. 558.

(2) Tyrí cont. hist. col. 715.

A la vista de las fuerzas reunidas, se obtuvo el pago del tributo, por mediacion del sultan de Damasco, el cual viendo la devastacion que hacian los cristianos en el territorio de su sobrino, le aconsejó satisficase las sumas reclamadas, á las cuales se habia sujetado voluntariamente y sin violencia.

Despues de haber prestado este servicio á la Orden Hospitalaria, el Gran Maestre del Temple reunió sus fuerzas con las de Bohemundo V, príncipe de Antioquia, para una expedicion contra Armenia y vengar el ultrage que se decia haber sufrido en la persona de algunos de sus súbditos que el rey de Armenia habia condenado á una muerte infamante. Este príncipe se llamaba Haiton, yerno y sucesor de Leon tantas veces en querellas pero por fin reconciliado, á lo menos aparentemente con los Templarios en 1213. Haiton, heredero del odio que su suegro tenia á los vasallos del Temple, habiendo sabido que ellos habian amenazado con introducir tropas en Armenia para hacer represalias por los atropellos que sufrían, mandó prender á los tales, colgando á unos, y azotando á otros. Los caballeros que se consideraban independientes de toda autoridad secular, y con derecho á defenderse con las armas en la mano contra un cristiano, siempre que fuesen ellos atacados, (1) se pusieron en marcha, avanzaron en buen orden, y entraron en Armenia. A la primera noticia de su entrada en territorio armenio, Haiton se apresuró á enviar una diputacion: sea que se reconociese culpable, ó que no se hallase en estado de hacer frente, ofreció dar cumplida satisfaccion. Despues de haberse echado en cara una y otra parte mútuas injurias, se vino á un arreglo ventajoso para los Templarios, retirándose contentos de esta expedicion, como si hubiera sido contra un príncipe musulman (2).

La suerte de las armas en Oriente no fué muy favorable como lo vamos á ver.

1238. Apesar de las apremiantes necesidades en que se hallaba la Tierra Santa, dos cosas contribuyeron al retardo de la Cruzada que se habia predicado: las victorias de las armas imperiales en el estado eclesiástico, y los disturbios de la Romanía. Juan de Briene llamado á Constantinopla para gobernar durante la menor edad de Balduino II, habia muerto en 1237. Balduino heredero presuntivo de este imperio vacilante, se hallaba ocupado en Europa mendigando socorros para oponerse á los griegos y búlgaros. No obstante obtuvo del rey de Inglaterra 500 libras que le fueron entregadas por Fr. Ricardo Renger y Fr. Hugo de Stocton Templarios guardas del Tesoro real en la torre de Londres. S. Luis le prestó 50,000 li-

(1) Véase lo dicho en 1208.

(2) Tyrí cont. hist. col. 716, 717.

bras parisienses, por cuya suma Balduino hipotecó su condado de Namur, confiando su administración á los Templarios en nombre del rey de Francia hasta la devolución de la suma prestada (1).

El Papa no pudiendo favorecer como deseaba á Balduino, permitió que una parte de los cruzados, que estaban preparados para embarcarse hácia Palestina, tomase el rumbo de Constantinopla. Los Hospitalarios en esta ocasion dejándose ganar tomaron el partido del emperador Vatace, porque les habia concedido algunas propiedades á fin de defenderle contra los latinos. Solamente Teobaldo rey de Navarra, el Obispo de Marsella, los condes Enrique de Bar, Alberico de Montfort, Gui de Nevers, Juan de Macon y algunos otros señores de la nobleza francesa á la cabeza de un cuerpo respetable tomaron el camino de Siria, los unos por mar y los otros por tierra. De los últimos, por causa de las enfermedades y fatigas, apenas llegó á Palestina la tercera parte.

Antes de emprender la marcha dicha expedicion, los prelados y Grandes Maestres habian avisado la utilidad de que se embarcase en Marsella ó Génova, y lo hiciera prontamente, por cuanto parecia que el enemigo no respetaba la última tregua, en segundo lugar de dirigir el rumbo hácia Chipre para proveerse de víveres, conferenciar con los caballeros y barones y deliberar cuál de los dos seria más conveniente, abordar en Siria, ó desembarcar en Egipto (2).

1239. Los cruzados que siguieron puntualmente las instrucciones dadas por los prelados y Grandes Maestres, esto es, los que se embarcaron en Marsella fueron los únicos que tuvieron un viaje feliz, la expedicion aunque mediana en comparacion con el grande ejército que se esperaba, no obstante reanimó la esperanza de los cristianos de Palestina, y con especialidad la de los caballeros que no se fiaban de los jefes del emperador. Apenas hubieron desembarcado los nuevos cruzados, sin esperar aviso ni infruccion de personas conocedoras del país, empezaron á recorrer la campaña, robando, saqueando y devastando indiferentemente todo el llano del territorio, cada uno segun su capricho, contra el parecer y voluntad de los templarios que reprobaban enérgicamente estos pillages (3).

Envanecidos por tales resultados, siguieron adelante bajo el mando de los condes de Bar y de Montfort, y sabiendo por los confidentes del Temple que un cuerpo de 1,500 sarracenos se hallaba atrincherado en las cercanías de Gaza, fueron allí para desalojarle. El enemigo, colocado en una altura, lejos de retroceder, esperó su avance, abalanzáronse rápidamente sobre los cruzados para ponerles en desórden.

(1) Rimeri tom. I, pag. 380. Hist. de Constantinopla pag. 118.

(2) Thesaurus Anecd. tom. 1, col. 1012.

(3) De constructione castris Saphet in Baluz, Miscell. lib. 6, pag. 357, «de suis viribus præsumentes et Templariorum et aliorum consilium contemnentes.

Aturdidos los cristianos por hallar aquella gente prevenida, cuando creian sorprenderla, trataron de retirarse del peligro á que su temeridad les habia conducido, pero el musulman reforzado con nuevos cuerpos, envolviolos por todas partes, estrechándolos de tal manera, que apenas pudieron escapar algunos. Los condes de Bar y de Clermon, con varios señores, quedaron tendidos en el campo de batalla, después de haber hecho prodigios de valor. El conde de Montfort, casi toda la infantería, algunos caballeros de las dos Ordenes, que á su pesar fueron arrastrados á esta empresa, quedaron prisioneros y conducidos al Cairo (1).

1240. Esta derrota esparció el terror entre los cruzados, causando el mayor disgusto á los Templarios, el saber la resolución del rey de Navarra que á consecuencia de este desastre queria abandonar la Palestina y reembarcándose dejaba espuesta á la Orden del Temple al resentimiento de aquellos á quienes se habian devastado sus propiedades.

Solamente un medio seguro podia detener el peligro, y era el de tomar partido entre las querellas que dividian entonces á los sultanes. En una carta que el Gran Maestre del Temple Fr. Herman de Perigord dirigió á Fr. Gautier de Avennes, se habla de esta division que existia entre Al-Malec-Ismael, Sultan de Damasco, y Al-Malec-Ayub, que habia usurpado el sultanato de Egipto. Para conseguir desposeer al usurpador, el Sultan de Damasco envió un Emir á los cristianos con plenos poderes para tratar con ellos. Los Templarios especialmente aprobaron las proposiciones del embajador, y consintieron en aliarse con su soberano, con la condicion de que dentro de 40 dias, entregasen al Temple los castillos de Bellfort y de Saphet, con todo el territorio que habian poseido los primeros cruzados desde el mar hasta el Jordan; y los cristianos por su parte se comprometian á no hacer ninguna tregua ni tratado con el sultan de Egipto, sin consentimiento de Al-Malec-Ismael. Acordado este convenio, el Gran Maestre Fr. Herman, y muchos condes lo juraron así como gran parte de los cruzados; pero como este tratado se hizo sin la participacion de los Hospitalarios, estos lo desaprobaban, y no contentos de confederarse á su vez con el usurpador, comprometieron el resto de los cruzados á seguir su ejemplo. Así se vé que por semejantes alianzas extravagantes y poco naturales, los cristianos se hallaban divididos, cabalmente en los momentos que más necesidad tenian de estar compactos y unidos contra el enemigo comun (2).

El Gran Maestre del Temple, contentísimo por haber concluido un tratado que le parecia muy ventajoso, se creyó en el deber de comunicarlo á sus súbditos ingleses, enviándoles una carta dirigida á Fr. Roberto de

(1) Tyril cont. hist. col. 721.—Item. Hist. gen. de Jerusal. lib. 11. cap. 2.

(2) Tyril cont. hist. Alberici Chronicon.

Saonfort procurador general. El mensajero encontró por el camino la escuadra del conde Ricardo hermano del rey de Inglaterra que iba al socorro de la Palestina.

El rey de Navarra, al tener noticia de la próxima llegada del conde de Cornouailles, 15 días antes se embarcó con los restos de sus tropas, á fin de que aquel no fuese testigo de su infortunio. La llegada de Ricardo consoló algun tanto á los orientales, de la marcha precipitada del rey de Navarra. Las dos Ordenes procuraron cada una atraer al conde á su lado, pero este tuvo la prudencia de no inclinarse ni á una ni á otra; no obstante, al ver que Al-Malec-Ismael aplazaba el cumplimiento de su palabra ofrecida á los Templarios, resolvió, al espirar los 40 días, firmar alianza con el sultan del Cairo, por cuanto este concedía ventajas superiores de las acordadas por el de Damasco, como veremos luego.

Ricardo, así que hubo desembarcado, sabedor de cuanto había acontecido, y considerando que el Emir de Carak, dependiente del sultan de Damasco, no observaba la tregua, ni se cumplía el tratado últimamente firmado, se puso á la cabeza del ejército y avanzó hasta Jaffa, donde recibió una embajada del sultan de Egipto, que se hallaba en guerra con el de Damasco, ofreciendo de su parte una tregua. Ricardo accedió á ello aconsejado por el duque de Borgoña, el conde Gualtier de Brienne sobrino de Juan ex rey de Jerusalem, el Gran Maestre del Temple y la mayor parte de los barones del país. El tratado consistía en que los musulmanes saldrían de Jerusalem, devolverían Belén, Nazaret, y demás ciudades y castillos que aseguran el camino de la capital de Judea, que todos los prisioneros serían cangeados, (estos eran en número de 33 señores 500 soldados, con algunos caballeros y sirvientes de las dos Ordenes militares) y que los cristianos podrían levantar otra vez las fortificaciones de Jerusalem y de las demás plazas cedidas. Este es el principal servicio que prestó Ricardo con su cruzada á los orientales, durante su permanencia en Palestina (1).

Este príncipe inglés, á falta de hazañas militares concluyó el tratado de que hablamos, y que por cierto fué de grande utilidad y alegría para los cristianos, que pudieron libremente habitar en la Santa ciudad de Jerusalem, la ciudad de los grandes misterios de la Redencion. El Patriarca con todo el clero entró procesionalmente en Jerusalem, bendijo y purificó de nuevo las iglesias, celebrando con gran contentamiento de los cruzados, los misterios de la Religión. El Gran Maestre del Hospital ofreció al Patriarca todo el tesoro de su orden para contribuir á la reedificación de las murallas de la Santa ciudad, y en efecto se empezaron desde luego tan

(1) Mateo de París.

importantes trabajos, pero lentamente por razon de la penuria y extraordinaria latitud de la ciudad.

Entre tanto continuaba la implacable discordia que dividía el sacerdocio y el Imperio en Italia. El Papa cada dia más descontento del proceder de Federico había fulminado otra vez sentencia de excomunion que mandó circular por toda Europa, una de las quejas que dirigía á dicho emperador, era el no haber querido restituir á los Templarios los muebles é inmuebles que les habían sido arrebatados, á pesar de los convenios y de la palabra que había empeñado. A semejantes cargos se respondía por parte del emperador. «Es verdad que se han quitado á los dichos Caballeros algunos estados llanos que ellos habían comprado, porque en Sicilia no podían poseerlos sino á condicion de revenderlos á otros ciudadanos dentro el año; sin embargo se les han dejado las tierras que disfrutaban antes de la muerte del rey Guillermo, se les han quitado tambien algunos feudos siguiendo la antigua constitucion del reyno de Sicilia y además por razon de haber sido concedidos por los enemigos del emperador (1).»

Todas estas razones no satisficieron al Papa, quien reiteró las mismas demandas. Federico llevó su venganza hasta mandar demoler un hospital edificado con las limosnas de los fieles situado en Carolés, por que los Templarios tenían su administracion, y con sus despojos levantó un palacio en Nocera de donde obligó á que lo abandonasen los cristianos para establecer allí musulmanes (2).

En Alemania el Arceidiano de Sasau legado del Papa para oponerse al emperador deputó al Duque de Austria, tres Templarios tres Hospitalarios y otros tantos teutónicos en union de algunos eclesiásticos para que intimasen á dicho príncipe las órdenes de Gregorio IX, pero no tuvo resultado, no queriéndose someter el emperador Federico.

El sultan de Damasco cumplió al fin las condiciones del tratado convenido con los Templarios. Los cristianos conociendo la suma importancia de levantar los muros de Saphet ofrecieron al Gran Maestre del Temple anticiparle 7,000 marcos de plata para empezar las fortificaciones, y durante 2 meses pudiera emplear las tropas del ejército para los trabajos que considerara convenientes, las proposiciones no podían ser más aceptables, pero el Gran Maestre tuvo el dolor, de verlas desvanecidas tan pronto como habían sido concebidas, por la inconsecuencia de los jefes del ejército: solamente Benito de Alignan Obispo de Marsella fué constante en el proyecto, y he aquí el por qué. A la vuelta de una peregrinacion que había hecho este prelado, se detuvo algunos días en Damasco, y por las conversaciones que tuvo con los sarracenos, entendió la grande apre-

(1) Odoric Rainab, año 1239.

(2) Script-Italice tom. 3 col. 583.

hension que ellos tendrían si se fortificase Saphet, lo que le hizo nacer el deseo de ver la situación de dicha plaza, y visitar sus avenidas, como así lo practicó, encontrando en vez de este fuerte, en otro tiempo tan famoso, solo escombros con una miserable casucha habitada por un Templario, llamado F. Ramon de Caro, castellano de aquel punto, y tan desprovisto que apenas pudo hallar algunos pequeños gergones de paja para que sirvieran de cama al Prelado y á los que le acompañaban. Preguntando el obispo por qué los musulmanes temían tanto que se fortificase Saphet, el Templario le hizo una pequeña relación, diciéndole, que Saphet en otro tiempo había sido una plaza de armas defendida por los cristianos contra los sarracenos, que desde ella se les podía incomodar de lejos, y hacerse respetar hasta de las mismas puertas de Damasco; que restablecido Saphet se causaba al musulmán pérdidas considerables, privándole de todas las ventajas que sacaba de aquel suelo tan fértil en soldados, granos y pastos; que se verían obligados los infieles, á hacer grandes gastos para sostenerse al rededor de dicho Castillo, ó de abandonar muchos castillos, y reforzar con no pocos dispendios la guarnición de Damasco. Conmovido y entusiasmado por estas razones, é instruido por sus mismos ojos de la excelente posición de Saphet, sin perder tiempo el Obispo de Marsella pasó á visitar el Gran Maestre del Temple que se hallaba en cama en la enfermería de Tolemáida, Fr. Sterman al verle le preguntó qué noticias le daba de su viaje, y el prelado dijo, que nada le había admirado más, sino la inquietud que causaba á los musulmanes la reconstrucción del Castillo de Saphet, y que su opinión era y consideraba que nada más importante podría emprenderse mientras durase la tregua, y Fr. Sterman convino en ello y replicó suspirando.

«Señor Obispo, esta empresa es superior á mis fuerzas, vos sabéis que el rey de Navarra, el duque de Borgoña y los barones franceses se habían ofrecido ayudarnos con su dinero y soldados, y sin embargo no hemos recibido ningun socorro.

Si lo difícil de la empresa les ha desalentado, ¿qué cosa podeis esperar de un anciano enfermo?» Una palabra que dirijais á vuestros caballeros, suplicó el obispo, hará prodigios, y desde vuestro lecho, hareis más que un ejército el más floreciente.»

Y como el Obispo insistiese, los jefes superiores del Temple que rodeaban la cama del ilustre enfermo, y le escuchaban, le dijeron. «Lo que vos proponéis, señor Obispo, os parece justo, ¿pero de cuánta importancia es este asunto? merece por cierto discutirla y deliberarla en consejo, y antes de contestaros vamos á tener consejo sobre este asunto y deliberaremos.»

El Prelado se retiró, y el Gran Maestre declaró á los oficiales allí reunidos, que su parecer estaba conforme con las miras del Obispo, no obstante dejaba libre su dictamen. Todos aprendieron, y se convocó para la

mañana siguiente el consejo general. El Obispo asistió y abrió la sesión, con este pequeño discurso:

«Yo sé señores que vuestros piadosos antepasados consagrándose á Dios y á la Religión, han tenido por principal objeto tomar la defensa de los cristianos contra los infieles, y por cuanto no se han separado jamás de esta primera intención, el cielo os ha engrandecido, multiplicado y hecho célebres, vosotros os habeis hecho agradables á Dios y á los hombres y dignos de ser honrados de los reyes y Príncipes. Aun mas yo os contemplo verdaderos imitadores de vuestros celosos fundadores, más, yo tengo motivo de esperar que secundareis mis planes. Habiéndome persuadido durante mi estancia en Damasco que en las circunstancias presentes, no podría darse un golpe más fatal á los musulmanes que levantando los muros de Saphet, yo he recorrido aquellos lugares y examinado la situación de dicha plaza, y es positivo que puede hacerse inespugnable. Por lo tanto yo os conjuro piadosos y valientes guerreros, por todo lo que debeis al prójimo y al honor de vuestra Orden, de acordaros en este momento del ejemplo de vuestros predecesores, de restablecer este fuerte y de no olvidar el parecer de un obispo, que tiene á honor estar unido á vosotros con los lazos de una amistad la más sincera.

Yo no tengo, en verdad dinero para ofreceros, pero podeis disponer de mi persona, yo predicaré si es necesario, reuniré los peregrinos, me pondré á su cabeza, y para que no falten los materiales, empezaremos por establecer y construir alojamientos antes de trabajar en las fortificaciones.»

A estas palabras el Gran Maestre interrumpió al obispo diciendo con sonris: «Se ve claramente que tomáis á pecho este negocio.»

No lo dudeis señor, contestó el Prelado, será el colmo de mis deseos si el cielo os inspira una deliberación favorable.»

En efecto en este mismo día se decidió poner inmediatamente manos á la obra, aprovechando la tregua que se tenía con el sultan Nazer, por temor que con demasiada lentitud, la empresa no fracasase y concluyese la tregua antes de completar las fortificaciones.

La noticia de esta resolución causó indescriptible alegría á todos los Templarios, vasallos suyos y amigos, apresurándose todos á proporcionar granos, dinero y utensilios para subvenir á los gastos de la empresa. Sin perder tiempo, el Gran Maestre nombró caballeros que debían dirigir la obra, y reunidos los operarios, marcharon con un gran comboy de armas víveres y los instrumentos necesarios. El día señalado para empezar la obra, que fué el 11, de diciembre de 1240, el obispo á la cabeza de algunos peregrinos celebró una misa, haciendo una exhortación á los obreros, bendijo la primera piedra, colocándola con sus propias manos, dejando sobre ella una copa llena de especies destinadas para pagar los albañiles.

En fin el obispo de Marsella permaneció en Saphet hasta que las fortificaciones se hallaron en estado de defender la plaza, y á su salida distribuyó cuanto tenia á los operarios, reservándose apenas lo necesario para volver á su Diócesis.

Durante los dos años y medio que los Templarios emplearon para fortificar á Saphet, gastaron 11,000 besans sarracenos sin contar las rentas anuales del territorio. Los años siguientes, para acabar la obra, fué necesario gastar 40,000. La guarnicion de esta fortaleza se componia ordinariamente de 50 caballeros, 30 sirvientes y 30 Turcoples, 300 ballesteros, 850 entre obreros y criados y 400 esclavos, es decir 2,820 hombres, de los cuales el Temple mantenía 1,700 en tiempo de paz y 2,200 en tiempo de guerra.

Se gastaba en cebada y trigo anualmente cerca de 12,000 cargas de alomo, añádase á esto la paga de los soldados á sueldo de la Orden, la mesa de los extranjeros, el alimento de las bestias de carga, la compra y conservación de las armas, y otras mil cosas necesarias, cuyo valor excesivo dice un contemporáneo, fué tal la generosidad de los Templarios, y á cuanta penuria les redujo esta empresa, pero tambien cuan dignos se hicieron de la liberalidad y reconocimiento de los fieles!

Saphet es una mediana ciudad poco populosa, situada sobre una montaña que domina el lago de Tiberiades, y de difícil acceso, el aire es allí saludable y templado, el terreno fértil en vinos, legumbres y granos de toda especie. Los Templarios recogian de toda suerte de frutos: tenian canteras, cisternas, molinos de viento y hornos de cal. Las comarcas vecinas les proporcionaban no solamente abundancia de caza, pescado, leche y miel, sino tambien madera necesaria para construccion; pero lo que era más ventajoso, que la plaza podia defenderse con poca guarnicion, y no podia ser atacada sino por un ejército numeroso, tenia bajo su dependencia más de 260 aldeas que podian, en caso de necesidad, proporcionar cerca de 2,000 flecheros, y los habitantes pagaban al Temple una contribucion con mucha voluntad, por cuanto antes de fortificar á Saphet, su territorio era continuamente devastado por los Sarracenos, y no podian jamás recoger las cosechas.

Al cabo de 20 años, el mismo Obispo de Marsella hizo un segundo viaje á Oriente y tuvo la satisfaccion de observar que los Templarios habian sobrepujado sus esperanzas, admirando aquella obra colosal y el orden y disposicion de sus fortificaciones, las murallas de Saphet tenian de circuíto 375 canas, es decir más de 2,250 piés, anchas de 60 y 25 de alto, el foso ancho de 36, trabajado en la roca, y alto de 42, las murallas se hallaban flanqueadas por 7 grandes torres, midiendo cada una 60 piés de diámetro 12 de espesor, dominando la altura de las murallas unos 72 piés. Merced á esta formidable fortaleza los Templarios restablecieron el comer-

cio y la agricultura, la seguridad de los caminos y la comunicacion de Tolemaida al Jordan, interrumpida desde mucho tiempo. Desde allí, en tiempo de guerra, podian esparramarse por el llano; hacer escursiones contra el enemigo, hasta las puertas de Damasco, obteniendo grandes utilidades. El más importante servicio que hicieron los Templarios, poseionados de aquel punto, fué estender y propagar la fe en muchos pueblos, no oyéndose en aquel entonces sino blasfemias contra el mahometismo (1).

Saphet era la antigua Betulia, residencia de un Pachá en los tiempos modernos; fué destruida por un temblor de tierra en 1760 quedando sepultados en sus ruinas gran parte de sus habitantes. En este año 1240, se hizo la dedicacion de la magnífica iglesia del nuevo Temple de Londres, admirable por su arquitectura: la ceremonia tuvo lugar el dia de la Ascension; el rey y toda la corte asistieron á ella, obsequiándoles de una manera espléndida los caballeros Templarios (2).

En el paraje que antiguamente habitaban, aun se ven dos cuerpos de edificio, llamado el uno Inner Temple, y el otro Middle Temple: allí se conservaba la antigua iglesia del primitivo Temple, consagrada en 1185 por el Patriarca Heraclio, construida segun el modelo de la que tenian en Jerusalem cerca del Santo Sepulcro, pero mucho menos inferior en magnificencia á la del nuevo Temple; en esta tenian su sepultura los condes de Pembrok, y aun se conservan 9 tumbas llanas con las figuras de 9 caballeros, armados de piés á cabeza teniendo las piernas cruzadas, pues asi se enteraban aquellos que habian hecho voto de ir á la Palestina.

En esta casa del nuevo Temple de Londres se han tenido 15 concilios despues del de Viena: sirvió de habitacion al conde Tomás de Lancastre, á Audomar de Pembrok, á Spenser, favorito de Eduardo II. En la actualidad Inner Temple y Middle Temple sirven de colegio para enseñar jurisprudencia (3).

Como ya lo hemos indicado, los Templarios ingleses eran sin duda más opulentos que en otras partes. Conocemos 52 casas y tierras que ellos poseian en Inglaterra, y aparentemente esta opulencia les ha suscitado tantos envidiosos, y M. de Larrey les ha colocado en el número de aquellos que entonces robaban la Inglaterra, atreviéndose á decir que los caballeros del Temple no fueron ni menos ávidos ni menos avaros que la Corte de Roma.

Para probar estas pretendidas pillerías, lo más natural hubiera sido

- (1) Esteban Baluzio, Miscell. lib. 9, pag. 387, de constructione Iastrí Saphet.
 (2) Mateo de Paris año 1240.
 (3) Camdeni Britannia, pag. 375, ed. de Londres 1,00, H. t. 2, Concil. Mag. Britannie pag. 19 et cetera.

hacer un detalle, citando los bienes y fondos arrebatados por la fuerza, ó por cuales medios ilícitos se habían apoderado de ellos, pero dicho historiador no se ha tomado esta pena, y pretende que se le crea por su palabra, y con esta persuasión añade: «Y no hay duda, que para llegar á tal suntuosidad, esos caballeros no hubiesen hallado el modo de apoderarse de los más hermosos dominios del reino, y que no hubiesen despojado muchas casas, para llenar las suyas con tantas riquezas.»

¿Que misterio es ese? ¿cuáles son estos dominios arrebatados, estas casas robadas, y estos medios injustos? ¿por qué no los cita? los lectores podrán consultar la historia á que nos referimos, (1) que por cierto no era desconocida de Larrey, y hallarán desde la página 521 hasta la 558, una infinidad de donaciones hechas con toda espontaneidad á la Orden del Temple tanto en Inglaterra como en otras partes, las unas por limosnas y testamento, y las otras por fundacion y por servicios prestados.

Y continua el prevenido autor: «Los Templarios habían llegado á tanta pobreza en Inglaterra, que no tenían sino un caballo para dos, el uno montando sobre la silla y el otro á la grupa, y su superior había adoptado por sello de la Orden, dos hombres montados de esta manera á fin de conservar la memoria de un estado que debía retenerles en la humildad.»

En este párrafo cometió Larrey una falta digna de corregirse. No se habla de cómo los Templarios llegaron á Inglaterra, sino del principio de la Orden en Palestina, y de la sencillez de los dos primeros fundadores, lo que no tiene nada que ver en la época que recorremos.

Mateo de París también en este año 1240 acusa á los Templarios de una cosa ni menos aventurada ni más inverosímil, este historiador apasionado y tal vez el más rencoroso contra los Templarios, dice que dichos caballeros censuraban altamente por una indigna y baja envidia, la conducta que había observado Ricardo en Oriente, y que no habían tenido escrúpulo alguno en violar la tregua concluida con el sultan del Cairo; y añade:

«Ellos llevaron la violencia contra los otros caballeros, hasta el extremo de tener á unos como sitiados en Tolemaida, sin permitirles ir á la provision ni enterrar los muertos, y perseguir á los otros, es decir á los Teutónicos arrojándolos de la ciudad, y dejando apenas algunos capellanes de la dicha Orden que eran de sus amigos.

Y fué cosa escandalosa ver á esa gente que la Iglesia había enriquecido con las limosnas para combatir á los sarracenos emplear todas sus fuerzas contra los cristianos sus hermanos y acarrear la indignacion del cielo, inficionándoles del mal olor de su conducta (2).

(1) Monasticon Anglican. otro vol.

(2) Mat. de Paris edicion de Londres 1640, pag. 577.

En vez de refutar lo antedicho, bastará solamente decir, que Mateo de París era pintor y poeta, para estos es necesario retratos, poco les importa que sean de imaginacion y fantasia ó sacados del natural; el historiador debe conducirse muy diferentemente, su primera obligacion es consignar los hechos tales como acontecieron sin añadir ni quitar, este requisito lo olvidó por completo el monje inglés (1).

Los ingleses poco satisfechos de los Templarios orientales por que no habían querido secundar sus miras, se lamentaron de ello al volver á su país, antes de la llegada del conde Ricardo, cuyos hechos de armas por cierto no le ilustraron mucho, procuró prevenir los ánimos contra los caballeros de las dos Órdenes militares, por medio de una carta más llena de sentimiento que de sinceridad, por la cual intentaba hacer recaer contra ellos, el mal éxito de la batalla de Gaza, y sobre estas quejas mal fundadas, escribía Mateo de París, acostumbrado á rellenar su historia con todos los rumores injuriosos que llegaban á su oído, (2) los demás escritores contemporáneos se contentan consignando que los caballeros en aquel entonces estaban en desavenencia con motivo de sus tratados diferentes, pero no añaden más, (3) los historiadores árabes que hablan de sus treguas y que se ocupan de las costumbres de los Cruzados, tampoco adelantan más (4).

¿Cómo se podía censurar á los Templarios haber violado el tratado concluido con el Sultan del Cairo, cuando ellos no quisieron contratar con él? ¿Qué interés podía tener el impedir á los Hospitalarios enterrar sus muertos, ó de ir á la provision? ¿Qué apariencia puede haber en que los Teutónicos unidos con los Hospitalarios y á los del partido Aleman, que eran el mayor número se dejasen arrojar de la ciudad? Si algunos individuos cometieron excesos de esta naturaleza, lo que no hallamos en ninguna parte, ¿á qué acusar á la multitud?

Tal era el carácter de Mateo de París, maltratar á todos aquellos que tenían la desgracia de no simpatizarle, con facilidad se abandonaba á su humor satírico, y como si se hubiese impuesto una ley de no respetar á nadie, no economizaba sus insultos á los papas, obispos, reyes, príncipes, ni franceses, italianos ni hasta á sus bienhechores. En vano se dirá con Baronio y Belarmino que sus invectivas han sido insertadas en su obra por los protestantes, fuera de tiempo; un escritor es capaz de todo cuando una estúpida prevencion va acompañada de imprudente credulidad. Si

(1) Mateo de París, ad calcem inter adversaria. Sed ista cum mille et mille alii temporis angustia me cogit in observata preterire, inquit, Will Vats.

(2) Act. Sanct. Augusti, pag. 291, rumores quoslibet malignos Historiæ inserere consuetum.

(3) Tyril cont. hist. M. Sanct. Chron. Nargii Alberici et Ricard. de S. Germano, 1241.

(4) Hist. universal, tom. 16, sobre los años 1239, 12 0, etc.

el monge inglés no se hubiera engañado diciendo que el puerto de Calais está en Flandes, confundiendo los Templarios ora con los Hospitalarios ora con los Teutónicos, tan luego poniendo en la boca de los príncipes discursos que él imaginaba, reprochan lo á los dominicos, porque no observaban la regla de san Benito, se le podrian perdonar estas faltas en consideracion á las muchas piezas originales que nos han sido transmitidas por su obra, pero cuando se le ve convertido en juguete de su fantasía, pretendiendo hacer una historia seria de la fábula del judío errante, haciendo una larga y burlesca descripcion de la caverna llamada comunmente el purgatorio de san Patricio: ¿qué caso puede hacerse de su autoridad?

Bastaba que los Templarios fuesen de contraria opinion á la de los cruzados ingleses, para atraerse toda su invectiva, sátira é indignacion. Porque los caballeros eran los colectores del dinero destinado á la Cruzada, y lo enviaban fuera del reino, esto era bastante para llenarles de injurias como así lo hacia contra todos los religiosos mendicantes.

No creemos se nos acuse de exageracion: su mismo editor le trata de ciego y malvado censor, comparándole á un loco furioso colocado en una encrucijada con un látigo en la mano, para insultar los transeuntes vengan de donde vinieren (1).

En efecto, ¿qué puede pensarse de un escritor, cuando dice, que la reina Matilde princesa excelente, antes de casarse con Enrique I. de Inglaterra, habia ofrecido al diablo el fruto de su union? ¿Qué no se atrevió á insultar á S. Luis pues tan pronto le llama justo, como injusto y sin temor de Dios? (2) por solo el motivo que su abadía de S. Alban habia sido sometida á encargo por orden del rey Juan, se revuelve contra este llamándole insensato, príncipe apóstata y sin religion, y dice sin fundamento, pero con malvada y siniestra intencion que dicho rey habia enviado una embajada á Miramamolín de Africa, espresando su deseo de abrazar el mahometismo, ser vasallo de los musulmanes, y sujetar su reino en tributario (3).

Después de estas aberraciones, asegurar en una disertacion presentada á la Real Academia de inscripciones, que dicho historiador es el más ilustrado del siglo XIII, (4) es un juicio ciertamente poco equitativo.

1241. En este año la situacion de los cristianos en Romanía no podia ser más deplorable, y hallándose en gran peligro, se vieron obligados á desprenderse de las reliquias y objetos sagrados pertenecientes á la capilla imperial de Constantinopla, para recoger dinero y hacer frente á las

(1) Prefacio de la edicion de Londres, año 1170.

(2) Acta Sanctorum Augusti pág. 312.

(3) Mateo de Paris, (adversaria).

(4) Memorias de la Academia Real de inscripciones tom. 2 pag. 67.

grandes necesidades que les apremiaban, en su consecuencia, los Templarios en 1241, se hallaban en posesion de un pedazo insigne de la verdadera cruz del Salvador, que habian pedido en garantia de una cantidad prestada al emperador, por lo tanto ellos eran depositarios desde algunos años, cuando Balduino envió á Siria algunos barones con la comision de pedirla á los caballeros en favor de S. Luis rey de Francia que la pedia con gran instancia, ofreciendo por su parte al Temple devolver la suma que se les debia. A pesar de su amor y veneracion que tenian los Templarios á este sagrado depósito, y con grandes deseos de conservarlo, no obstante no opusieron dificultad alguna, de devolver la sagrada reliquia con las condiciones convenidas. Los diputados vueltos á Constantinopla, retiraron tambien otras reliquias de diferentes particulares, y se embarcaron para Occidente cargados de estos preciosos despojos que fueron depositados en la Catedral de París el dia de la exaltacion de la Santa Cruz (14 de setiembre), y desde allí llevadas por el mismo rey hasta la capilla del Palacio que se construía en aquel entonces.

Mateo de Paris al hablar de este suceso se equivoca tambien diciendo que dicha ceremonia tuvo lugar el viernes Santo, confundiendo además esta porcion de la verdadera cruz con la que se perdió en la famosa batalla de Tiberiades.

El fragmento de la cual hablamos, hacia parte de la que antiguamente habia sido traída de Jerusalem por la emperatriz S. Elena, y dada á su hijo el Gran Constantino.

Tan preciosa reliquia fué robada de la Santa Capilla en la noche del 10 de mayo de 1575 (1).

Desde algun tiempo los mogoles ó sea pueblos de la gran Tartaria hacian temblar el resto del universo por sus escursiones: las provincias vecinas de esos hombres groseros pero belicosos, se hallaban en un peligro inminente de ser invadidos. El rey de Hungría Bela IV, al saber que iban á ser invadidos sus estados por gente tan feroz, se puso á la cabeza de sus tropas para oponerse á la devastacion de aquel torrente; rechazó á un cuerpo avanzado de tártaros hasta muy allá de Tibise, seguido de sus barones, de su hermano Coloman y de los Templarios bajo las órdenes del Preceptor del reino.

Los húngaros poco acostumbrados en aquel entonces al arte de la guerra por razon de la tranquilidad y la paz de que habian disfrutado, no se hallaban en estado de hacer frente á un ejército de más de 100,000 bárbaros; la falta que cometieron fué de acamparse muy cerca de aquellos, en un terreno poco espacioso, y que no tenian otras trincheras que sus carros y sus escudos. Como no se hallaban separados de esas hordas nu-

(1) Hist. de la Iglesia de Paris, tom. 2, pag. 357.

merosas sino por un pequeño río, ya fueron atacados sus campamentos desde la primera noche, y si bien es verdad que se defendieron los húngaros con bastante valor, arrojando al agua desde un puente á muchos mogoles, no obstante en lugar de estar prevenidos para un segundo ataque, entregáronse unos al descanso y sueño, y otros á la disolución: solamente el príncipe Coloman, el Obispo de Colocz y el Preceptor del Temple con sus caballeros pasaron el resto de la noche con grande vigilancia sobre las armas, los cuales pudieron sostener el nuevo ataque que hicieron los bárbaros: sin embargo, se vieron precisados á retirar hasta el campamento en el cual esparcieron la alarma. Apesar de este descalabro, y la indolencia de los húngaros, los espresados jefes volvieron á la carga, sosteniendo una acción que dió el tiempo necesario para salvarse el rey, y duró aquella hasta que los cristianos aplastados por el número fueron completamente derrotados. Coloman y el Obispo de Colocz heridos aun pudieron escapar, el preceptor del Temple quedó muerto en el campo, y su escuadrón diezmado despues de haber demostrado un valor nada común. El campamento fué inmediatamente invadido, saqueado y reducido á cenizas, los húngaros perseguidos en retirada hasta el Danubio, y Bela fugitivo, obligado á ir de una á otra ciudad; dicho rey temiendo que los tártaros engreidos con su victoria adelantarian devastando una y otra ribera del Danubio, mandó sacar todos los tesoros y preciosidades de las iglesias y las remitió á Dalmacia, con orden á los de Spalatro para que las guardasen cuidadosamente lo mismo que á la reina y familia real; pero la reina considerando que era mejor confiarse á la guarda de los Templarios, emprendió el camino de Chia, con el tesoro y demás de su séquito á pesar de las instancias del Podestad de Spalatro.

1242. Los tártaros pasaron el Danubio merced á que en aquel entonces se hallaba helado. Bela huyó hácia Dalmacia permaneciendo algun tiempo oculto en la isla de Trau, un jefe tártaro que le perseguía de cerca juzgando le hallaria en Chia, intentó atacar dicha plaza, construida sobre una roca escarpada, y demasiado elevada para temer el disparo de los tiros del sitiador. Sin embargo, esta dificultad no desconcertó á los tártaros, éstos subian por los peñascos y por los árboles lo mismo que si fuesen osos, y sin una lluvia de piedras lanzadas con acierto por los Templarios, que precipitó á un gran número de bárbaros, tal vez hubieran conseguido llegar al pié de las murallas. A pesar de todo no se pudo impedir que acampasen á mitad de la montaña, pero al saber que el rey no estaba dentro de Chia, decamparon para ir en su busca. Seis meses despues la reina permanecía aun en Chia con un príncipe de 2 años y dos princesas que murieron en dicha fortaleza (1).

(1) J. Luit de regno Dalmatiae libr. 4, cap. 5, pag. 263, tom. 3. Script. rerum Hungaricarum.— Item Thome Archidiaconi Hist. Salonitana cap. 37, 40, 31.

Los Templarios no pudieron permanecer mucho tiempo en dicha plaza. Vamos á dar la razon. Los notables de Spalatro, descontentos y envidiosos de las muestras de confianza que Bela habia dado á la Orden, y no pudiendo soportar la vecindad de los caballeros cuya sobriedad y virtudes no podian sufrir; buscaron diversos pretextos, é inventaron mil falsedades y calumnias contra la reputacion de los Templarios, á fin de alejarlos de Chia, y lo consiguieron, prefiriendo ciegamente en vez de dichos religiosos pacíficos á un señor terrible y poderoso llamado Domaldo, el cual era su enemigo oculto, que no tardó en hacerles experimentar su dominio, y arrepentir de la injusta preferencia que le habian dado (1).

Rainaldi consigna en 1242, la derrota de muchos miles de egipcios los cuales para vengarse de la alianza que los Templarios habian hecho con el sultan de Damasco, habian hecho una invasion sobre el territorio y posesiones del Temple; pero Mateo de París que es él solo de los contemporáneos de quien tenemos la historia de esta gloriosa batalla, por uno de esos arranques que le eran tan familiares ha preferido atribuir el buen éxito, más bien á un milagro, antes que dar la menor parte á la bravura de los vencedores Templarios (2).

1243. El Gran Maestre Herman de Perigord, envió una carta á Fr. Roberto de Stanfort Preceptor de Inglaterra, con la cual explica las razones que le habian inducido á firmar la alianza con el sultan de Damasco más bien que con el del Cairo y entre otras cosas le dice: «Por cuanto el del Cairo nos ha faltado á la palabra rehusando darnos exactamente lo que estaba convenido, y aun nos ha detenido cautivos los diputados que le enviamos por espacio de más de 6 meses. Con acuerdo de los obispos y barones, nos hemos creído en el deber de romper con él, y declararnos en favor del sultan de Damasco y de Nazer señor de Krak; en su consecuencia todo el país de la parte del Jordan se nos ha devuelto excepto Naplouse, Bossan y S. Abraham, es preciso confesar que nos es una gran satisfacción, de haber contribuido á la reconciliacion de los santos lugares, y la libertad de que gozan los fieles de poder visitar la Santa Ciudad, y haber mandado salir á todos los sarracenos, y ahora asistir á los santos misterios é invocar el santo nombre del Señor en los lugares que habian sido profanados en el espacio de más de 56 años. Si los orientales quisieran ser más tratables y más unidos, no hay duda que podríamos disfrutar por mucho tiempo de tales ventajas pero ¡ay! cuantos obstáculos se nos han opuesto,

(1) Tunc multas obloquutionum calumnias contra Templarios concinnantes caeperunt multifarie moliri, ut de castro illis exeunibus, eorum vicinitatem modestam ac sobriam evitarent, si que factum est, ut illis egressis statim Domaldus spalatensium auxilio et favore castrum illud obtineret. Quis tam mente captus caecusque inferioribus oculis haberetur, ut inermem religionem contemneret et armatum inimicum affectaret super caput sibi imponi? etc.

(2) Mateo de París año. 1242.

por odio y por envidia todas las veces que hemos procurado é intentado la utilidad comun. A excepcion de los obispos y de algunos barones que nos ayudan, quanto está de su parte, por lo demás, todo el peso y trabajo de los asuntos caen ordinariamente sobre nuestra casa, á pesar de este contratiempo hemos resuelto de acuerdo con el sultan de Damasco y el señor de Krak entrar, cueste lo que cueste, por el Egipto y pasar de Gaza á Jerusalem, lo que no puede ponerse en ejecucion sin hacer gastos inmensos, y esponernos á continuos peligros, pero como esta empresa es la más importante y saludable, tanto más es de temer la cólera del cielo no estalle sobre aquellos que se atrevan á entorpecerla. Tambien tenemos proyectado, (siempre que se nos secunde) levantar un fuerte cerca de Jerusalem por la parte de Toron con el objeto de conservar á los cristianos lo poco que les queda. En quanto á Nos, que tenemos al frente un enemigo astuto y formidable, es casi imposible que permanezcamos por mucho tiempo dueños de las restituciones que se nos han hecho si los verdaderos fieles y por la gloria de aquel por el cual hemos tomado las armas no tienden una mano protectora» (1).

El objeto principal del Gran Maestre, al dirigir la carta antecedente al Preceptor de Inglaterra, era para recoger algunos subsidios de aquel reino, y con ellos hacer frente á los excesivos dispendios que eran indispensables para llevar á cabo los proyectos que se habian ideado en favor de los cristianos, y asegurar los alrededores de Jerusalem. Esto bastó para exaltar la bilis de Mateo de Paris, y con este motivo repetir antiguas y nuevas acusaciones contra las dos Ordenes, exagerando sus riquezas á fin de probar que ellas por si solas podian esterminar á todos los infieles, si hubieran tenido tal deseo y voluntad, por quanto la Orden del Temple poseia 9,000 propiedades ó *mansos*, y 19,000 el Hospital, sin contar, añade Mateo de Paris, «lo que una y otra Orden recogia de sus predicaciones, cofradías y privilegios, y cada manso podia cómodamente equipar y mantener un caballero para la defensa de la Tierra Santa, de ahí es que se les haya sospechado y mirado como engañosos (Templarios y Hospitalarios) y lobos devoradores cubiertos con la piel de oveja.

Esta libertad de atribuir á otros sus maneras injuriosas de pensar, no deja de ser una audacia que jamás se perdona á un espíritu satírico y con mayoría de razon es indigna de la historia, espejo puro y sin mancha que debe consignar los hechos tales como son. Por cierto que no es creible que el monge inglés estuviera en relaciones íntimas con los Procuradores de las dos Ordenes para saber exactamente las propiedades que poseian, por quanto se equivoca de dos terceras partes. Un escritor de la época menos

(1) Mateo de Paris pág. 615.

prevenido y mejor instruido nos da la prueba y dice que en 1240, los Templarios tenian 3,500 capillas y los Hospitalarios 7,000, por lo tanto las dos formaban 10,500.

Así es que la diferencia de este número al de Mateo de Paris es de 17,500.

Es cierto que la grande crónica de Flandes hacia subir á 10,500 las casas de los caballeros de las Ordenes, sin embargo, aunque concediéramos que su número hubiese sido realmente de 28,000, y que cada una estuviera en estado de equipar y sostener á un caballero en Oriente, ¿se seguiría que dichos Templarios y Hospitalarios, fueran lobos devoradores cuando invitaban á los fieles á que les ayudasen, sea para pagar las tropas que estaban á sueldo, sea para restablecer los castillos desmantelados, ó á reclutar para el ejército despues de pérdidas considerables (1)?

Ya hemos visto lo que costó la sola fortificacion de Saphet; si el historiador inglés se hubiese tomado la pena de quitarse la venda que tenia en sus ojos, sin duda hubiera visto que un gran número de casas de las dos Ordenes servian para Hospitales, y de estas no podian distraer sus rentas para hacer la guerra; que los Templarios se hallaban entonces combatiendo contra los tártaros en Hungría, con los moros en los Algarbes, y en los confines del reino de Valencia, Aragon y Cataluña, que si bien es verdad obtuvieron grandes ventajas, pero no es menos cierto que se vieron obligados á inmensos gastos; por consiguiente, si algun auxilio debian esperar los caballeros de Oriente, no podia ser sino de Francia é Inglaterra (2), en donde el número de casas no era por cierto muy considerable, pues en las islas Británicas no subia á más de 60, y que despues los Hospitalarios no tenian más que 240 encomiendas tanto de las suyas como de las que heredaron del Temple (3).

Por lo que antecede, se ve cuán dañoso es un escritor aventurero: sus errores siempre tienen sus consecuencias, fácilmente se cree lo que ha escrito, y muchas veces se adoptan sus ideas, testigos los que han copiado á Mateo de Paris, por ejemplo, Smolett, que ha hecho á los caballeros Templarios poseedores de diez y seis señoríos en los estados cristianos, testigo La Roca que hace subir no á nueve, sino á 40,000 las encomiendas del Temple y á dos millones su renta, lo que daria solamente 50 libras por encomienda, detalle demasiado preciso y número demasiado excesivo, para no considerarse sino como el fruto de su imaginacion, en un moderno que no sabe cuando empezó la orden, (4) y que la hace florecer más de 200 años.

(1) Chronicon Alberici Trium fontium año 1113.—It. m., Magnum Chronicon Belgicum pág. 155.

(2) Bernardini Gomez, lib. 11, pag. 509, 510.—Item. Hist. general de Portugal por le Quien, tom. 1 pag. 121.—Hisp. illustrata tom. 3, pag. 86.

(3) Memorias del Autor.

(4) La Roca Tratado de la nobleza cap. 117, pag. 391.

1243. Después de 20 meses que vacaba la Santa Sede subió al trono pontificio un Genovés amigo del emperador Federico, que tomó el nombre de Inocencio IV. Sin embargo no tardó mucho en confirmar los privilegios de la Orden del Temple, enriqueciéndola con algunos otros, concediendo á los caballeros el que no pudieran ser citados ante los ordinarios, por causa de delitos, contratos ni por razón del lugar ó cosas en litigio, (1). A pesar de dichos privilegios, de tiempo en tiempo los obispos no dejaban de reclamar contra aquellos y contra los caballeros. El arzobispo de Embrun al pasar la visita pastoral el año antecedente, tuvo una cuestion con el Preceptor de la provincia, el cual le rehusó todo derecho de visita y procuracion sobre ninguna casa de su provincia, la causa fué sometida al juicio de tres obispos de la metropolitana que la tuvieron en la ciudad de Vence, pero se ignora á favor de quien se falló la causa (2).

El rey de Hungría, al ver que sus estados estaban ya libres de los tártaros, salió de su reino acompañado de los Porta Cruces, es decir de los caballeros de las tres Ordenes, que le presentaron á su pueblo afligido no solamente por su ausencia si no tambien desolado por el hambre, y consecuencias de una devastacion de tres años (3).

1244. Una de las primeras medidas que tomó Bela rey de Hungría fué recompensar ampliamente la adhesion y servicios que le habian prestado los caballeros en Dalmacia, les dió ó más bien les restituyó muchas donaciones, y como los Teutónicos no gozaban entonces de muchos privilegios, les concedió los mismos de que disfrutaban los Templarios y Hospitalarios en sus estados; entre otros que todos sus vasallos, colonos y súbditos presentes y venideros no dependerian sino de un Bayle elegido por los caballeros, y que dicho oficial no podia ser requerido sino por el mismo rey (4).

Los tártaros no habian invadido solamente la Hungría, si que tambien habian inundado la Rusia, Suecia y otros países, estendiéndose hasta la Persia; desde esta penetraron hasta las costas del Mediterráneo, de donde arrojaron á los corasminos pueblos feroces salidos no habia mucho tiempo de Kouarasain, los cuales no sabiendo donde refugiarse á la vista de los tártaros, suplicaron al sultan de Egipto les concediese tierras para establecerse y retirarse. Malec-Ayub, les recibió y escuchó favorablemente y sin embarazarse por la alianza que tenia hecha con los Hospitalarios, oficiales del emperador y gran número de orientales, propuso á esa gente errante, feroz y cruel, pasase á Palestina; pues su conquista era fácil por

(1) Regule et const. ord. cister. pag. 480.

(2) Bouche, Hist. de Provenza lib. 9, pag. 235, tom. 2, Sect. 2.

(3) Scrip. rerum Hungar, tom. 2 pag. 637.

(4) Hist. ord. equitum Teuton, part. 2, pag. 8.

hallarse sus plazas abiertas, pocas tropas de cristianos, y divididos sus jefes, prometiendo por último á su general Barbacan auxiliarle con un ejército egipcio.

Todo esto no fué sino para vengarse de los Templarios que estaban aliados con el sultan de Damasco, y los cristianos fueron los victimas de esta maldad (1).

No habia necesidad de hacer tantos ofrecimientos para determinar á unos pueblos salvajes que solo á la punta de la espada buscaban tierras para habitar: dichos bárbaros se hallaban en Mesopotamia cuando Barbacan recibió la contestacion del sultan de Egipto, y luego se puso en camino para la Palestina al frente de 20,000 caballos y un número formidable de infanteria, avanzando á grandes jornadas para impedir que los cristianos tuvieran tiempo de oponerse, y entraron en el territorio de Jerusalem por la parte de Tiberias, incendiando, saqueando y cometiendo todas las crueldades que puedan imaginarse. Entonces se reconoció la importancia del tratado concluido con el sultan de Damasco. Al saberse la invasion de los corasminos y el apoyo que les daba el sultan de Egipto, los Templarios y Hospitalarios imploraron inmediatamente el auxilio de Malec Ismael y demás principes musulmanes á quienes interesaba que los corasminos no se estableciesen en Siria, pero como tardasen en venir dichos socorros, y la Tierra Santa se hallaba sin defensa por culpa del emperador, como ya lo hemos visto, y como el peligro apremiase, hallándose los Grandes Maestros sin fuerzas bastantes, resolvieron que los habitantes de Jerusalem pasasen á Jaffa, plaza fortificada. En efecto, salieron de la ciudad cerca de 6,000 acompañados de algunos caballeros, y después de haber pasado parte de la noche entre peñascos y malezas, cayeron en las celadas preparadas por aquellos bárbaros, siendo casi todos asesinados villanamente, soldados, ciudadanos, mujeres y niños.

Los que no habian querido salir, para no esponerse á una retirada precipitada, como por ejemplo, las religiosas, viejos y enfermos, se refugiaron en la iglesia del Santo Sepulcro y del Calvario, pero al entrar los corasminos fueron tambien degollados cometiendo toda clase de abominaciones en el mismo lugar en que el Salvador de los hombres habia muerto por su salvacion: las crueldades y profanaciones cometidas en la santa ciudad hacen estremecer. A medida que el enemigo penetraba en la ciudad, pasaba al filo de la espada tanto á la madre como al hijo de sus entrañas, abandonándose á cuanto la rabia y el furor puede inspirar de más brutal á monstruos que no tenian de hombre sino el semblante, y para enganar pérfidamente á los cristianos fugitivos de la ciudad, tuvieron la horrible idea de levantar sobre las torres de aquella los estandartes de la

(1) Hist. de los Arabes tom. 1, pag. 100.

cruz para indicar á los que los vieran de volver. Muchos cayeron en el lazo, y sin las precauciones que tomó el Gran Maestre del Temple, muchos otros hubieran sido víctimas de aquella infamia.

Al saberse de positivo que un cuerpo de tropas del sultan de Egipto se había unido á los corasminos, los Templarios instaron con urgencia á los sultanes de Damasco y Emesa, cumplieran el tratado ofensivo y defensivo que con la Orden del Temple tenían firmado, y apresuraran el socorro. En efecto, lo cumplieron mandando 4,000 caballos á las órdenes del general Moucha con el cual iba el mismo sultan de Emesa. En fin reunidas todas las fuerzas de los cristianos en las llanuras de Tolemaida, con las de los Sultanes aliados y de las tres Ordenes militares, se dió la órden de marcha contra el enemigo, siguiendo las costas marítimas hasta las puertas de Ascalon: aquí se tuvo un consejo de guerra para deliberar si se presentaría batalla y los pareceres se hallaban divididos. El sultan de Emesa tomó la palabra y dijo:

«Señores cristianos, haced atencion, que teneis que habéroslos con un ejército de bárbaros, que, arrojados de su país, buscan á todo trance una retirada, que son en mayor número y se baten como desesperados; mi dictamen es permanecer aquí; por cuanto tenemos abundancia de víveres, y nos pueden llegar siempre por mar desde Tolemaida: el enemigo se halla falto de provisiones, y no es posible pueda sostenerse mucho tiempo; si se determina á sitiarnos, los unos se cansarán, los otros tomarán el camino de Egipto, la inundacion desaparecerá y quedaremos libres (1).

Este dictamen gustó á algunos, y eran los más prudentes, pero la mayoría se decidió por la batalla, que tuvo lugar en las llanuras de Gaza. Jamás hubo accion más desgraciada, ni más honorífica para los orientales.

El ejército se hallaba distribuido en tres cuerpos, El Gran Maestre del Temple Fr. Herman de Perigord, á la cabeza de sus caballeros, seguido del patriarca, barones y Teutónicos tenia señalado el centro.

Los aliados mandados por el sultan de Emesa y General Moucha ocupaban la derecha; el conde de Jaffa Gualtero III sobrino del rey Juan de Brienne, el Gran Maestre del Hospital, Fr. Guarin al frente de sus caballeros tenia confiada la izquierda, el valor y la animosidad eran iguales, pero el número de los combatientes muy desigual, los corasminos y egipcios tenían á lo menos 10 por cada cristiano, el enemigo atacó desesperadamente el ala derecha y la puso en derrota, 2,000 aliados emprendieron la fuga al primer choque, y el resto fué pasado á cuchillo: solo los cristianos, inquebrantables como peñascos en medio de un mar embravecido, estaban resueltos á vencer ó morir. No se desconcertaron por la cobardía de

(1) Tyrri cont. hist. col. 729.

los aliados, ellos atacaron y se defendieron sin retroceder un paso durante dos dias, hasta que el enemigo logrando introducir el desórden y la confusion por un ataque brusco, entre la infantería y Turcopoles, los cuales precisados á penetrar entre los escuadrones de los caballeros, les impidieron maniobrar y ocasionaron una completa derrota. Del ejército cristiano apenas se escapó la cuarta parte, de 400 caballeros Teutónicos se salvaron solamente 3, la casa del Temple perdió en esta batalla 312 caballeros, y 324 servants, la del Hospital 325 caballeros y 224 servants. Todos los caballeros de S. Lázaro quedaron sobre el campo de batalla lo mismo que el arzobispo de Tiro con todos los suyos.

Joinville dice que los dos Grandes Maestres del Temple y del Hospital y el Comendador de los Teutónicos murieron á la cabeza de sus escuadrones (1); lo cierto es que habia transcurrido más de un mes y aun se ignoraba la suerte del Gran Maestre del Temple, si habia quedado sobre el campo de batalla, ó caído prisionero: segun unos fué muerto en el calor del combate, y segun otros murió de sus heridas en un calabozo.

Los restos infortunados del ejército cristiano se refugiaron en Ascalon, pero no considerándose seguros, pasaron á Tolemaida.

Los corasminos victoriosos siguieron su marcha acampándose en las llanuras de dicha ciudad á dos millas de distancia.

Con la desastrosa batalla de Gaza, las dos Ordenes, antes tan florecientes, se hallaban poco menos que destruidas, y el pueblo cristiano de Palestina, que no contaba con otros defensores más decididos y prontos para su proteccion, se veia sin socorro y encerrado en Tolemaida, y los corasminos devastando las comarcas, incendiando las aldeas y asesinando desapiadadamente á los habitantes ó arrastrados á la esclavitud vergonzosa de aquellos bárbaros; pero Dios que no abandona jamás á sus hijos, compadecido de tantos infortunios, cuando menos se esperaba, abrió su misericordia permitiendo, que el sultan del Cairo temiendo la vecindad de aquellos bárbaros les retiró el cuerpo de tropas que les habia prestado y lejos de introducirles en Egipto, como así les habia prometido, les cerró la entrada. Esta infidelidad desconcertó á los jefes corasminos, introduciéndose entre ellos la division, que les obligó á separarse por pelotones, que fueron aplastados por el paisanage, desapareciendo poco á poco. No obstante pasaron más de tres años antes de verse libre de ellos la Palestina (2).

(1) Joinville vida de S. Lui. pag. 100.

(2) Mat. de Paris año 1274.



CAPITULO XIII.

Elección de Vice Gran Maestre; este, en unión de los Hospitalarios, fué en auxilio del príncipe de Antioquia atacado por los Turcomanos.—Reñida batalla en la cual sucumbe el Gran Maestre del Hospital, y en su consecuencia derrotado el ejército cristiano.—Carta del clero oriental explicando los desastres de la Palestina, la cual fué leída por el obispo de Baruth en el Concilio general de Lyon.—Se predica la séptima cruzada.—Gestiones para alcanzar la libertad de los Templarios cautivos: inutilidad de ellas.—Donaciones.

A consecuencia de hallarse la Orden sin su Gran Maestre, ignorándose si habia muerto en la batalla ó si habia sido hecho prisionero se reunió el capítulo general, y nombró interinamente para gobernar la Orden, á Fr. Guillermo de Roquefort caballero inteligente, y de méritos que le hacian digno para el desempeño del alto cargo que se le confiaba.

En este intervalo de tantas desgracias, al príncipe de Antioquia le fué improvisadamente atacado su territorio por una invasion de turcomanos Selquécides y en este conflicto, pidió auxilio á las órdenes militares, que, aunque sobradamente debilitadas por las recientes pérdidas, no obstante eran siempre el asilo ordinario de los cristianos latinos. En efecto, no acudió en vano el Príncipe de Antioquia á dichas órdenes, pues al momento el Gran Maestre del Hospital Fr. Bertran de Comps y el vice Maestre del Temple Fr. Guillermo de Roquefort, montaron á caballo, con los caballe-

ros que fué posible reunir, así como los *Serrants* y tropas á sueldo, marcharon al encuentro del enemigo para detenerlo en su invasión. Reunidas las fuerzas de las órdenes con las del príncipe de Antioquia, se dirigieron donde se hallaba el grueso del ejército Turcoman y al encontrarse frente á frente los dos ejércitos, se inició el combate con grande animosidad. La lucha fué ruda, sangrienta, espantosa, todos combatían con parecido valor, pero el excesivo número de los turcomanes balanceaba los efectos ordinarios de la intrepidez de todos los caballeros, indistintamente Hospitalarios y Templarios. Los jefes superiores de las órdenes se multiplicaban, animando á sus respectivos súbditos y tropas, avanzaban y descargaban por doquiera golpes tremendos; sin embargo, el Turcoman no retrocedía, entonces el Gran Maestre del Hospital, irritado de una resistencia á que no estaba acostumbrado, puesto á la cabeza de sus caballeros, se arrojó en medio de los escuadrones enemigos, y, arrollándolos, puso en fuga á una parte de ellos, pero desgraciadamente en semejante arrojó, recibió tales heridas, que cayó sin vida en medio de la refriega. El Turcoman rehecho de aquel empuje, redobló su ataque, obligando al resto del ejército cristiano á emprender la retirada en desorden, experimentando grandes pérdidas, quedando el campo por el enemigo victorioso.

La noticia de este descalabro, y de los anteriores desastres, llegó muy pronto á Europa, la cual llenó de tristeza y de dolor á todos los fieles; publicáronse entonces tres relaciones de los tristes acontecimientos de la Palestina; una por parte del emperador Federico, otra firmada por el clero oriental, y la última enviada por Fr. Guillermo de Chateaufort preceptor del Hospital.

La más verídica y fiel, y que fué suscrita por el maestre interino del Temple, es la del clero, la cual fué presentada y leída en el Concilio general de Lyon, como veremos luego.

En la relación de los Hospitalarios, Chateaufort confiesa sin rodeos, que la demasiada repugnancia que se tuvo á firmar la alianza con el Sultan de Damasco contra el del Cairo, fué la causa de tantos desastres, y desolución que experimentaron los cristianos.

El emperador enemigo jurado del Temple, al verse engañado por los egipcios, temiendo que se le culpase de haber dejado á Jerusalén y á toda la ciudad sin defensa, en su relación procuró echar la responsabilidad sobre el Patriarca y Templarios, de todos los males que los corasminos causaron á la religión, y en su carta dirigida á su cuñado el conde de Cornouailles le decía. «Yo deploro esta desdichada jornada, pero la culpa la tienen los Templarios, los cuales después de haber roto la tregua que yo había hecho, de acuerdo con los Hospitalarios, con el sultan de Egipto, se han fiado con demasiada fé en los socorros y promesas de los sultanes de Damasco y de Karak» (1).

(1) Epist. Federici Imp. de depopulatione Terre Sancte, Mat. de Paris 1214, pag. 19.

«Además, añadía, hemos sabido por personas dignas de crédito, que los dichos caballeros han admitido dentro de sus casas y conventos, á los sultanes con todo su acompañamiento, y que no solamente les han obsequiado espléndida y fastuosamente, sino que les han permitido practicar sus supersticiones y muchos otros excesos». (1)

¿Qué personas serían estas tan dignas de fe, que informaron al emperador, del agasajo y fastuoso recibimiento hecho por los Templarios á los sultanes, y permitirles ó tolerar que en sus casas practicasen sus supersticiones y cometiesen excesos? cuando es cierto que los sultanes aliados, no se reunieron con los cristianos sino después de esperarles mucho tiempo en las llanuras de Tolemaida, y que incontinenti de su llegada marcharon contra los corasminos, por lo que puede considerarse, no habría tiempo para divertirse y entregarse á la disolución en las casas del Temple, y aun concediendo que los Templarios por galantería les hubiesen recibido en alguna de ellas, ¿podría acusárseles de crimen? Si por necesidad, comunicaron los Templarios con demasiada familiaridad con los musulmanes, mucho más reprochable fué la que medió entre el emperador y el Sultan Meledin, regalándose mutuamente; á este mismo Federico, que arrojó cruelmente á los cristianos de la ciudad de Nocera, para darla á los sarracenos, á ese emperador, que se decía cristiano, y admitía en su palacio á las damas turcas, elevando á sus esposos á la magistratura y altos destinos del imperio, valiéndose de dichas damas, para hacer la guerra más injusta al jefe supremo de la Iglesia Romana.

Este mismo emperador, tantas veces perjuro y escomulgado, en este mismo año, aparentó querer reconciliarse con la Santa Sede, á la cual había desobedecido y hecho la guerra más indigna que puede imaginarse, y para hacer creer que su arrepentimiento era sincero, juró públicamente dar toda satisfacción al Sumo Pontífice, pero cuando se trató de su ejecución, que sus embajadores habían prometido en su real nombre, se burló descaradamente de los enviados del Papa, sobre todo de Fr. Bonvecino, Templario, que era uno de los enviados pontificios.

Llegó á tanto la venganza de Federico, que corrió muy válida la voz, de que quería atentar á la vida del Pontífice, y cierto sería el rumor, por cuanto el Pontífice tomó el camino de Génova, acompañado solamente de tres sobrinos, de dos capellanes y dos camareros, que eran Fr. Bonvecino Templario, y de un Hospitalario genovés. Desde Génova pasó á Lyon, de Francia, en donde para remediar las grandes desgracias de la Tierra Santa, convocó un concilio general, en el cual se deliberó predicar una nueva cruzada que fué la

(1) Epist. Guill. á Castronovo, pag. 21.
TEMP.

SÉPTIMA CRUZADA.

El Papa Inocencio IV, compadecido de las aficciones en que se hallaban sumidos los cristianos de la Palestina, á consecuencia de los desastres experimentados para socorrer á sus amados hijos, consideró el medio más eficaz y oportuno, para lograr sus piadosos deseos, la convocacion de un concilio general. A este efecto, espidió la Bula, señalando el 28 de junio de 1245, para la celebracion de la apertura del Concilio, el cual tuvo lugar en dicho día, vigilia de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Asistieron además del Sumo Pontífice y Cardenales, los Patriarcas latinos de Constantinopla y de Antioquía y el de Aquileya, y unos 140 entre Arzobispos y Obispos de Italia, Francia, España é Inglaterra. El estado de desolacion en que se encontraban las iglesias de Grecia, de Siria y todas las del Norte, impidió que asistiesen sus prelados: solamente pudo asistir el Obispo de Beruth. Tambien asistieron los Superiores Generales de las Órdenes religiosas de Santo Domingo y de San Francisco, algunos príncipes seculares, además Balduino emperador de Constantinopla, Berenguer conde de Provenza, Raimundo conde de Tolosa, los embajadores de Federico emperador de Alemania, los de los reyes de Francia, Inglaterra y España.

En este concilio se tuvieron tres sesiones la primera el 28 de junio; la segunda el 5 de julio; y la última el 17 del mismo mes. Para la solemne apertura del Concilio, el Soberano Pontífice Inocencio IV que presidió la asamblea, pronunció un elocuente discurso tomando por texto las palabras del profeta rey. «Habeis proporcionado la grandeza de vuestros consuelos á la multitud de mis dolores.»

Ó segun el escritor inglés Mateo de Paris, este otro texto de Jeremias. «¡Oh! vosotros todos los que pasáis por el camino, considerad y ved si hay dolor semejante á mi dolor.»

Y en realidad eran grandes las aficciones que experimentaba el soberano Pontífice, causadas por la persecucion inhumana y cruel del emperador de Alemania Federico II, por la arrogancia de los Sarracenos, por el cisma pertinaz de los griegos, por la crueldad de los tártaros y por las desgracias de la Palestina.

Concluido el discurso del Santo Padre, para que los Padres del Concilio tuvieran una detallada y minuciosa noticia de los acontecimientos calamitosos de la Tierra Santa, se autorizó á Galceran, Obispo de Beruth, para que leyese la carta cuyo portador habia sido en la que se detallaban las derrotas y pérdidas sufridas por los cristianos, y por consiguiente, las victorias y triunfos de los Corasminos, cuya carta estaba rubricada ade-

más del Patriarca de Jerusalem por los Obispos, Maestre interino del Templo y clero Oriental, que contenia la relacion de los desastres experimentados en Tierra Santa, y estaba concebida en estos términos.

«Los tártaros después de haber devastado la Persia han vuelto sus armas contra los Corasminos, arrojándolos de su país. Dichos bárbaros no hallando otra retirada más fija ni más segura han suplicado inútilmente á diferentes príncipes sarracenos que les concediesen algun territorio para habitar; pero como son de tal crueldad que ni los mismos que se les asemejan, han querido soportarles ni concedido su retirada, solamente el sultan de Egipto les ha invitado á entrar en la Palestina, prometiéndoles además sostenerles con el auxilio de sus armas. En efecto, ellos han invadido el país con un poderoso ejército, casi todo compuesto de caballería, llevando sus mujeres é hijos: esta invasion se ha hecho tan repentina que nadie podia preveerla ni oponerse, y han devastado sin resistencia todo el territorio desde Toron de los Caballeros hasta Gaza. Con una irrupcion tan sorprendente, no quedaba otro medio que oponer bárbaros contra bárbaros, y de acuerdo de las tres Órdenes y nobleza del país, se resolvió llamar á nuestro ausilio á los príncipes de Damasco y de la Chammelle, nuestros aliados, y enemigos particulares de los corasminos. Pero como este socorro era lejano y el peligro inminente, Jerusalem sin murallas y sin fortificaciones, más de 6,000 habitantes salieron buscando fuera de ella un asilo en otras playas cristianas, no quedando en la capital sino un pequeño número de cristianos.

Los que habian abandonado á Jerusalem, tomaron el camino de las montañas, creyendo estar más seguros ó á lo menos tanto como los Mahometanos sujetos al Sultan de Karak, con el cual tenemos tregua, pero estos montañeses, violando la fe del tratado, se arrojaban contra los fugitivos, asesinando una parte, aprisionando y vendiendo como esclavos á la otra; y los que desgraciadamente bajaron al llano, fueron pasados á cuchillo por los corasminos, de suerte que de todo ese pueblo apenas se libraron 300.

En fin, los Corasminos entraron en la ciudad Santa de Jerusalem, y como habia quedado en ella poco pueblo de cristianos, á saber: viejos, mujeres y niños, se refugiaron en la iglesia del Santo Sepulcro y fueron asesinados dentro de este Lugar Santo, cortando la cabeza á los sacerdotes que entonces celebraban los augustos misterios, y con burla satánica se decian los unos á los otros, «*derramemos aquí la sangre de los cristianos, en el mismo lugar en que ellos ofrecen vino á su Dios que dicen haber sido crucificado*» y arrebatando en seguida los ornamentos del Santo Sepulcro, profanaron la Iglesia del Calvario, saqueando el panteon de los reyes de Jerusalem aventando sus cenizas.

Las iglesias del Monte Sion, del Templo y valle de Josafat donde se

conserva el sepulcro de la Santísima Virgen, no han sido menos respetadas, cometiendo en la Iglesia de Belen abominaciones que no es posible relatar, llevando la impiedad hasta más allá que jamás han ejecutado los sarracenos, los cuales al menos han conservado siempre algún respeto por los Santos Lugares.

Las Órdenes militares y los señores del país, sostenidos con el socorro de los príncipes aliados, marcharon directamente al encuentro de los bárbaros: avanzaron siguiendo la orilla del mar encontrándolos en Gaza. Trábase la batalla la vigilia de San Lucas; los sarracenos que estaban en nuestro ejército tomaron la fuga, de manera que dejando solos á los cristianos, contra los corasminos y babilonios, fueron abrumados por la muchedumbre del enemigo.

De las Órdenes militares no se salvaron sino 33 Templarios 26 Hospitalarios y 3 Teutónicos, la mayor parte de la nobleza del país ó ha perecido en la batalla ó quedado prisionera.

Hallándose en este extremo, hemos implorado el auxilio del rey de Chipre y del príncipe de Antioquia; pero ignoramos lo que podrán hacer por nosotros, y lo que debemos esperar, y por más que sea grande nuestra pérdida, aun tememos más el porvenir.

Los Hospitalarios se hallan sitiados por los sarracenos en la fortaleza de Ascalon, la Tierra Santa se halla destituida de todo socorro humano, los corasminos por su parte se hallan acampados en las llanuras á dos millas de Tolemaida, y devastan todo el país hasta Nazaret, de suerte que si no somos socorridos por el mes de marzo, la Tierra Santa está absolutamente perdida y nos veremos forzados á encerrarnos en algunos castillos que nos quedan, y que los Templarios y Hospitalarios se han encargado de defender.

La lectura de esta carta arrancó lágrimas á toda la asamblea (1).

Las dos primeras sesiones se dedicaron á las desavenencias del Papa con el emperador Federico, al final de la segunda los embajadores de dicho emperador, de Francia é Inglaterra pidieron que la tercera sesión se prorrogase, y se concedió un plazo de 12 días, lo que disgustó sobremedida á muchos prelados por los gastos que les acarrearán, pero en particular á los Templarios y Hospitalarios, que, con tropas á su sueldo estaban encargados de la guardia del Concilio y del Papa, y seguridad de la ciudad.

En la tercera sesión los Padres del concilio resolvieron se predicase la Cruzada en toda la Cristiandad; que los que hubiesen tomado la cruz, y los que la tomasen en seguida se dispusieran á marchar hácia el parage que se señalase, para recibir la bendición del Papa, que habria una tre-

(1) Baluzio Miscell, tom. 6 pág. 361, 364.

gua de 4 años entre los príncipes cristianos que se hallasen en guerra, que durante este tiempo no hubiese torneos, fiestas, ni regocijos públicos, que se exhortase á los fieles á contribuir con limosnas, que los eclesiásticos cederian la vigésima parte de sus rentas, y los Cardenales y Prelados la décima por tres años consecutivos (1).

El final del Concilio fué imponente; el papa Inocencio IV pronunció la sentencia de deposición del emperador de Alemania Federico II, en presencia de todos los Prelados que contestaron *anathema sit*, apagando las velas con la llama hácia abajo. Para complimentar las órdenes del Concilio, muchos eclesiásticos y barones franceses se cruzaron, pero nadie excedió en celo y devoción á Luis IX, rey de Francia, conocido despues bajo el nombre glorioso de S. Luis. El Papa tenia en tan alto concepto á este príncipe, que decia á la nobleza de dicho Reino: «Nuestro Señor parece haber escogido entre los otros príncipes del mundo, para el rescate de la Tierra Santa, á nuestro muy amado hijo el rey de Francia, quien además de las virtudes que le distinguen tan ventajosamente de los otros Soberanos, gobierna una nacion poderosa y guerrera.»

Este rey, pues, para socorrer á los cristianos de Oriente, al saber las victorias de los Corasminos, hizo voto de pasar personalmente á la Palestina, y mientras preparaba su expedición, envió un cuerpo de tropas y dinero á las órdenes de los caballeros del Temple y del Hospital. Estas dos religiones habian comunicado á los Preceptores y Comendadores residentes en todos los estados de Europa que mandaran inmediatamente á Palestina todos los nuevos caballeros que hubiesen ingresado en la Orden respectiva, que hicieran levas á sueldo, y enviasen todo el dinero que se hallase en las cajas de los Prioratos y Encomiendas, para acudir á las urgentes y apremiantes necesidades en que se hallaba la Tierra Santa, y los jefes superiores de las dos Órdenes, para aplacar la cólera del cielo, y atraer la bendición de Dios sobre las armas cristianas decretaron que en todas las casas de las dos Órdenes se hicieran ayunos extraordinarios, además de los prescritos por la regla, y oraciones continuas (2).

Los caballeros de Occidente, además de las sumas que llevaron de sus prioratos y limosnas de los fieles, reunieron el dinero que dió san Luis y 1,000 libras de Ricardo Conde de Cornouailles.

1246. Tanto los Hospitalarios como los Templarios sentian en el alma que muchos de sus cohermanos y algunos superiores estuvieran en el Cairo cargados de cadenas, y tratando de sacarles de su esclavitud el nuevo Gran Maestré del Hospital Fr. Pedro de Villabride, y el Maestré interino del Temple acordaron enviar al Sultan Malec Ayub algunos de sus ca-

(1) Mat. de Paris, año 1244.

(2) Mat. de Paris.

balleros, los más entendidos y capaces para gestionar este asunto; logrado un salvo conducto para pasar á Egipto, partieron dos caballeros uno de cada Orden, provistos de algunos regalos para tener más fácil acceso con el sultan, y lograr la libertad de los prisioneros. Si bien es verdad que antes había la práctica en las dos Ordenes de considerar como muertos á los prisioneros, para obligar á todos á vencer ó morir, sin embargo en la triste situación en que se hallaban las dos Ordenes, juzgaron á propósito relajar en este punto tan severa disciplina con el fin de lograr un nuevo refuerzo con los prisioneros. En efecto, los dos enviados llegaron al Cairo ó Babilonia; hicieron regalos á los principales de la corte, quienes se encargaron de proponer á su soberano la pretension de las Ordenes, y objeto de su embajada; pero el sultan, que conservaba y mantenía correspondencia y amistad secreta con el Emperador, no quiso entrar en composición con gente que sabía muy bien que Federico era su enemigo mortal. Por lo tanto, rehusó escuchar sus proposiciones presentadas por sus ministros ni quiso admitir á su presencia á los caballeros:

Mateo de Paris, acostumbrado á poner en boca de los Grandes lo que mejor le parecía, según sus afecciones, consigna en su historia la respuesta dada por el sultan de Egipto, y con tanta confianza como si hubiera sido su ministro, ó del número de los caballeros diputados, después de haber puesto en boca del sultan afrentas, que ya hemos demostrado su injusticia en otro lugar, le hace decir entre otras cosas, lo siguiente:»

«Dios no permita que yo trate con esos pérfidos, que en otro tiempo habían querido entregar su emperador, y que llamándose entre ellos hermanos y compañeros de armas, no dejan hace ya 5 años, cuando se encuentran, de atacarse los unos y los otros aun con más furor y animosidad que no lo muestran con los enemigos de su ley. ¿No se sabe ya lo que vale la palabra de los Templarios y lo que hicieron estos religiosos en odio á los Hospitalarios, violando la tregua que yo había hecho con el hermano del rey de Inglaterra, que los Templarios, por desprecio, le llaman el *muchacho*? No hemos visto en la última batalla á los Templarios tan fieros y tan soberbios entregarse á una vergonzosa fuga? y (lo que no había visto jamás esa Orden) el que llevaba el Baucan ó estandarte de la cruz, contra su deber y regla de su instituto, huir el primero? Pero no es esto solo, pues hace largo tiempo que los Hospitalarios y Templarios no tienen el menor escrúpulo de violar los estatutos de su profesión, ¿de dónde viene ahora que esos caballeros, que por sus leyes, no deben abandonar por su rescate sino su capuz ó su cinturón, y al presente nos ofrecen grandes cantidades, que no puede ser otro el motivo sino para fortalecerse con el número de los prisioneros que tenemos en nuestro poder? decid pues á los enviados, que ya que la justicia de Dios los ha puesto en mis manos, ellos no saldrán jamás, y las gestiones que hacen para su li-

bertad no servirán sino para empeorar la suerte de esos desgraciados y sus hierros y cadenas más pesadas.»

Los dos caballeros enviados, al saber la resolución del sultan, se lamentaron de los regalos inutilmente hechos á los cortesanos, y desesperando de poder ablandar el ánimo de Malec Ayub pidieron á los ministros les sugiriesen á lo menos un medio para obtener la libertad de sus hermanos, y aquellos aconsejaron que interesaran la mediación del Emperador, por cuanto el sultan le tenía gran respeto y veneración, añadiendo los ministros «por poco que Federico se interese en vuestro favor, sea por un enviado, sea por carta, estad seguros que los prisioneros obtendrán la libertad, y tal vez gratuitamente lo que prueba evidentemente el estrecho lazo que mediaba entre Federico y el sultan de Egipto (1).

Los caballeros consideraron que este medio era impracticable, por razón de que estando en guerra el emperador con el Papa, sus superiores no podían entrar en relaciones con un príncipe escomulgado: en su consecuencia, los diputados se volvieron con la pena de no haber alcanzado la libertad de ningún caballero (2).

RELACION DE LOS BIENHECHORES DEL TEMPLE.

La historia de las casas religiosas de Inglaterra nos ha conservado los nombres y las donaciones hechas á los Templarios. Los más célebres de los donantes fueron: Roberto de Cros, Bernardo de Baillol que hizo grandes donaciones ante el mismo Papa del rey de Francia y de 30 caballeros, Juan de Courleñai, Enrique de Laci y Roger de Moubrai el cual habiendo caído prisionero y conducido cautivo por la desgraciada jornada de Tiberíades fué rescatado por los Templarios. En reconocimiento á las liberalidades de la casa de Moubrai, la Orden concedió á la familia el privilegio, que todas las veces que uno de sus miembros, hallase á un Templario en penitencia por faltas contra la Regla, pudiese dispensarla sin que nadie de la casa pudiera poner obstáculo (3). Lo que prueba que la disciplina regular se hallaba en vigor en las casas del Temple. Después de la extinción de la Orden, los Hospitalarios, en 1330, se vieron obligados á reconocer el mismo derecho en la familia de Moubrai.

Roberto de Stanfort, á quien el diccionario de Hofman coloca equivocadamente en el número de los Grandes Maestres, se hallaba entonces

(1) Mat. de Paris pag. 698. *Ex cujus rei tenore colligi potest quanta familiaritas Fredericum cum Sultanis copulavit.*

(2) Id. año 1246 y 1250.

(3) Monasticon Angl. tom. pag. 541, &c.

(1235) de Preceptor en Inglaterra, fué encargado de asuntos importantes y prestó á Enrique III 800 libras tornesas para la adquisicion de la Isla de Oleron. Fué enviado con dos Obispos para tratar del matrimonio de dicho Príncipe con la infanta Eleonor, segunda hija de Ramon, conde de Provenza (1).

Otros dos Templarios merecian en esta época la consideracion de la Corte de Inglaterra, uno por su cargo de Limosnero, y el otro por el de Concejero: este se llamaba Fr. Galfrido.

Habiendo caído en desgracia el Canciller, entregó los sellos al rey de Inglaterra, quien los confió á Fr. Galfrido ejerciendo el cargo de Canciller sin emolumento alguno, hasta que se le alejó de la Capital, por no haber querido prestar su ministerio á un asunto delicado, en contra de la utilidad pública (2).

Tambien florecia en esta época en Roma Fr. Tomas, del cual ya hemos hablado anteriormente.

Por un contrato de matrimonio de fecha 1219, entre Tibaldo, conde de Champagne, y la hermana del rey de Escocia, los Preceptores Templarios de Francia é Inglaterra se contituyeron fiadores por 6.000 marcos de plata que el rey de Escocia se comprometia pagar á los futuros esposos en un determinado tiempo (3).

1238. Enrique, hijo mayor de Hugo III, conde de Baudemont, fundó el Temple de Norrois, cerca de Mirecourt; Ferri de Morhenges Templario en dicha casa en 1239, concluyó en acuerdo con la Abadía de Flabemont, sobre el banco y límites de Sarcel.

De la familia de Baudemont se halla un Templario llamado Hugo de Baudemont que en 1186, fué á Beaupres por asuntos de la Orden; era hermano de Gerard Obispo de Toul.

La encomienda de Norrois, después de la Supresion, fué unida á la de Robecourt del Hospital.

1227. Se hizo una transaccion entre el Prior de Hareville en Basigny, y los Templarios de Noée con motivo de un tercio de los diezmos sobre las tierras que cultivaban los Templarios, pretendiendo el prior tener derecho sobre aquellas; los Templarios convinieron darle de momento 6 medidas de trigo y otras tantas de cebada por sus antiguas tierras; pero si venia el caso de adquirir de otros por compra ó donacion solamente pagarian el diezmo siguiendo el uso establecido (4).

Bernardo de Rochefort Abad de Brivas en el Limosin, confirmó un

(1) Acta Rimeri pag. 119 y 120.
 (2) Mat. de Paris pag. 471, 489, 519, 530.
 (3) Thesaurus Anecd. t. 1, col. 873.
 (4) Hist. de S. Miguel pag. 132.

acuerdo celebrado entre los Templarios y el capítulo de dicha ciudad (1).

El Abad de S. Mauro del Foso, cedió el diezmo de Viestre á favor de los Templarios de Orleans con la sola obligacion de pagarle anualmente 5 sueldos parisienses (2).

En 1228. Bernardo de la Isla Jordan deja en testamento al Temple de Tolosa todas sus armaduras (3).

En 1229. Tibaldo, conde de Champagne, vende á los Templarios, por la suma de 10,000 libras, todos los derechos que gozaba en todos sus bosques (4).

En 1230 Fr. Juan de Mongrosin, con permiso de sus cohermanos, compra á los religiosos de Mont S. Quintin cerca de Peronne, las aguas del Scarpe, con la obligacion de pagar un censo anual á la abadía (5).

En 1231. Enrique de Villanueva, Obispo de Auxerre, ratifica una acta por la cual el Maestre y los Leprosos de S. Simeon vendian á los Templarios de Saulec, sus molinos y las propiedades de Saulec (6).

En 1234. Jofroi de Grasse, preceptor del Temple de Niza de Bizot y de Grasse, vende al Obispo de esta última ciudad, todos los derechos y propiedades que la Orden poseia, en aquellos alrededores, asi como la tercera parte de los bienes que tenia el Temple en el territorio de Nogaredo (7).

En dicho año Pedro de Cuisi, obispo de Meaux, confirma el convenio hecho entre los Templarios y las Monjas de Coulognances con motivo de los diezmos que aquellos pretendian cobrar sobre el gran Huerto situado entre el rio de Fontinil y el bosque de Cerfuoi de una parte, y el rio de ourc y los campos de Moisy de otra (8).

En 1235. Felipe Berruyer obispo de Orleans confirma diferentes donaciones hechas á los Templarios de su diócesis.

En el mismo año, Felipe, Conde de Borgoña, deja á cada una de las dos Órdenes 500 libras para sosten de sus súbditos que servian en Oriente (9).

En 1236. Francisco Humbert, Señor de Monthuel, al quedar viudo, se hizo Templario, despues de haber hecho testamento, en el cual hace mencion de sus dos esposas, de las cuales tuvo 5 hijos (10).

(1) Gall. Christ. nova, tom. 2, col. 477.

(2) Id. Tom. 7, col. 296.

(3) Hist. de Lenguadoch, tom. 3, pag. 273.

(4) Privilegios de la orden de S. Juan de Jerusalem pag. 31.

(5) Gallia Christ. tom. 9, col. 1107.

(6) Ex-Tabulario Templi Paris.

(7) Gall. Christ. tom. 3, col. 1100.

(8) Hist. de la Igta de Meaux, pag. 134.

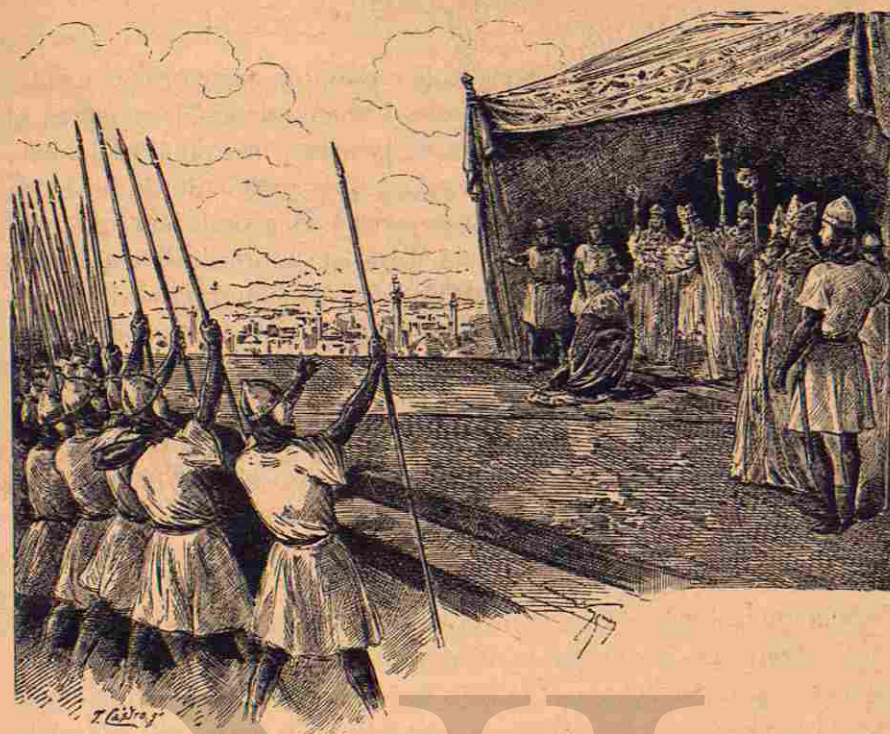
(9) Thesaur. Anecd. t. 1 col. 989.

(10) Hist. de Bresse tom. 1, pag. 271.

En 1238. El caballero Gilon de Cuisi da por testamento á los Templarios de Soisi, dos arpants (1) de tierra, y otros dos á los Hospitalarios de Monte ibron Diócesis de Meaux (2).

(1) En el original del Sr. Bruguera está escrita así esta palabra, que creemos debe decir *arpents*, fanega francesa de tierra equivalente cada una á media de Toledo.

(2) Hist. de la Igra de Meaux pag. 140.



CAPITULO XIV.

Eleccion del Gran Maestre.—Cruzada de San Luis, rey de Francia.—Glorioso combate.—Entrada en Damietta.—Muerte del sultan de Egipto.—Brillante triunfo.—Arrebato é imprudencia del conde de Artois.—Desastre de Mausorath.—El Maestre del Hospital cae prisionero, el del Temple pierde un ojo, y muere en la batalla siguiente.—S. Luis y los jefes superiores cautivos del musulman, quedando destrozado el ejército cristiano.—Tregua de diez años.—Rescate del rey y demás cautivos.

1247.

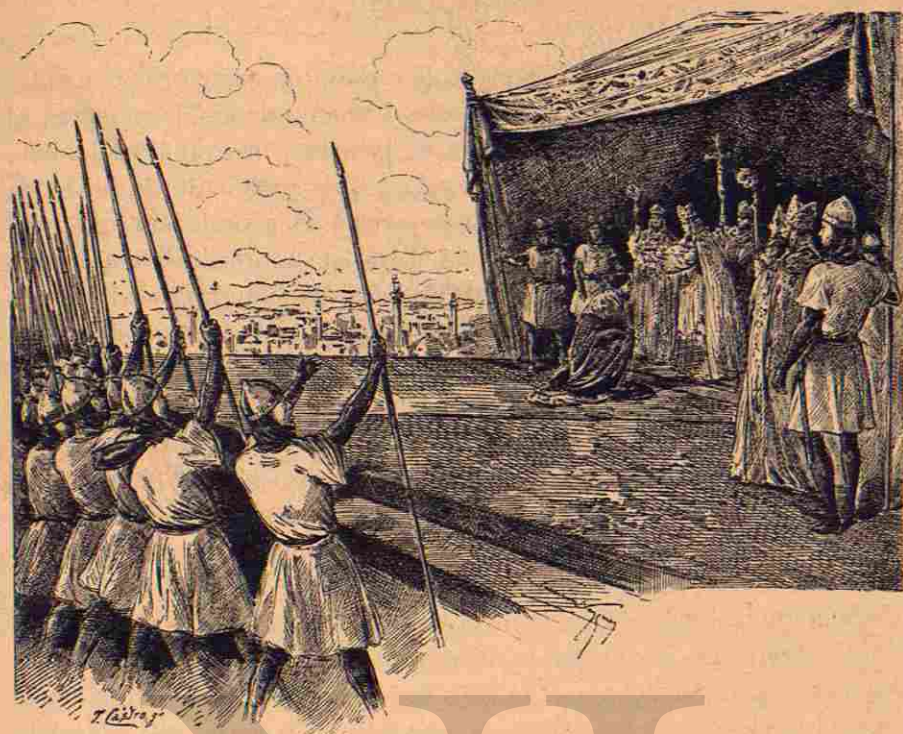
BEPUESTA un poco la Orden del Temple con la llegada de algunos Comendadores y Caballeros, que con urgencia habian acudido de diferentes puntos de Europa, en atencion á los tristes acontecimientos ocurridos en la Palestina, el capítulo general deliberó elegir en propiedad á su Gran Maestre, substituyendo al interino, que mereció un voto de gracias de su gobierno, y fué elevado al Maestrazgo, Fr. Guillermo de Sonnac caballero encanecido y lleno de méritos, conocido en la historia por su prudencia, costumbres irreprochables y celoso observador de la Regla del Instituto.

Este Gran Maestre de concierto con Fr. Pedro de Villabride Gran Maestre del Hospital, envió el año siguiente por medio de un Templario muy respetable, al rey de Inglaterra, una porcion de la sangre de nuestro Se-

En 1238. El caballero Gilon de Cuisi da por testamento á los Templarios de Soisi, dos arpants (1) de tierra, y otros dos á los Hospitalarios de Monte ibron Diócesis de Meaux (2).

(1) En el original del Sr. Bruguera está escrita así esta palabra, que creemos debe decir *arpents*, fanega francesa de tierra equivalente cada una á media de Toledo.

(2) Hist. de la Igra de Meaux pag. 140.



CAPITULO XIV.

Eleccion del Gran Maestre.—Cruzada de San Luis, rey de Francia.—Glorioso combate.—Entrada en Damietta.—Muerte del sultan de Egipto.—Brillante triunfo.—Arrebato é imprudencia del conde de Artois.—Desastre de Mausorath.—El Maestre del Hospital cae prisionero, el del Temple pierde un ojo, y muere en la batalla siguiente.—S. Luis y los jefes superiores cautivos del musulman, quedando destrozado el ejército cristiano.—Tregua de diez años.—Rescate del rey y demás cautivos.

1247.

BEPUESTA un poco la Orden del Temple con la llegada de algunos Comendadores y Caballeros, que con urgencia habian acudido de diferentes puntos de Europa, en atencion á los tristes acontecimientos ocurridos en la Palestina, el capítulo general deliberó elegir en propiedad á su Gran Maestre, substituyendo al interino, que mereció un voto de gracias de su gobierno, y fué elevado al Maestrazgo, Fr. Guillermo de Sonnac caballero encanecido y lleno de méritos, conocido en la historia por su prudencia, costumbres irreprochables y celoso observador de la Regla del Instituto.

Este Gran Maestre de concierto con Fr. Pedro de Villabride Gran Maestre del Hospital, envió el año siguiente por medio de un Templario muy respetable, al rey de Inglaterra, una porcion de la sangre de nuestro Se-

ñor, contenida en un magnífico vaso de cristal, con las correspondientes auténticas del Patriarca, obispos, abades y señores de la Tierra Santa. Al recibirla el rey de Inglaterra convocó en Londres á los grandes del Reino, para comunicarles tan apreciable regalo, y queriendo imitar lo que habia practicado san Luis, honrando aquella porcion de la verdadera cruz, ayunó á pan y agua la vigilia y el dia de la traslacion, de san Eduardo que habia elegido para llevar con solemnidad aquella reliquia desde la iglesia de san Pablo á la de Westminster á la cual la habia concedido. El obispo de Norvic celebró de pontifical y predicó, diciendo que se habia confiado aquel tesoro á Inglaterra con el fin de tenerse más seguro que en Siria, declarando en nombre de todos los Prelados, allí presentes, concedia seis años y ciento cuarenta dias de indulgencia á todos los fieles que visitaran y adoraran aquella preciosa sangre (1).

Mientras que la mayor parte de los fieles veneraban el sagrado tesoro, no faltaron algunos que con sus gestos y movimientos indicaban claramente la duda que tenian de la verdad de la reliquia, y, observándolo el Templario, les apostrofó delante de los Obispos y dijo: «Hablad, señores, y decidnos sobre que fundais vuestras dudas. ¿Tal vez imagináis que por este regalo os pediremos alguna recompensa proporcionada á su inestimable valor? persuadios que ningun Templario ni Hospitalario, ni el que os la ha traído, recibirá ni del Rey, ni del Estado ni de nadie ningun regalo sea de la naturaleza que fuere. Por lo tanto ¿es creible que tantos Obispos y personas de probidad se hayan reunido para testimoniar de una manera tan auténtica una cosa dudosa? ¿Podria suponerseles tanta mala fe, confirmando una falsedad por medio de sus sellos?»

Sin embargo, como la incredulidad es siempre artificiosa, no se aquietaron por esto, y algunos de los asistentes inquietos sobre la verdad del hecho, se preguntaban como podia ser, habiendo Jesucristo resucitado todo entero, que hubiese podido dejar de su sangre sobre la tierra; para contestar á esta objecion, el Obispo de Lincoln improvisó un discurso que Mateo de Paris insertó en sus apéndices.

Se concibe facilmente que José de Arimatea, Nicodemus, San Juan Santa Magdalena, etc. que descendieron de la Cruz al Salvador, que le limpiaron segun la costumbre y usó de los judíos, que le embalsamaron, envolvieron, y colocaron en el Sepulcro, pudieron recoger no solamente los lienzos teñidos de sangre, si no tambien la tierra regada con ella, y el agua con la cual habian lavado su sagrado cuerpo, y podian muy bien haberse conservado tan preciosas reliquias. Sin embargo, lo más interesante, y al propio tiempo lo más difícil seria demostrar como todas estas

(1) Mat. de Paris año 12.7, pag. 711, y apéndice pág. 141.

reliquias se habian conservado durante 1,200 años, y habian podido llegar al Patriarca Roberto (1).

Durante dos años la Francia se preparaba para la espedicion á Palestina, y su rey san Luis despues de tener arreglados los asuntos del Estado asegurado la paz general en sus fronteras, nombrado á su madre doña Blanca regente del Reino, durante su ausencia, pasó á san Dionisio el 12 de junio de 1248, acompañado de Roberto, conde de Artois, y Carlos de Anjou sus hermanos, donde recibió de Eudes de Chateauroux, legado del Papa, el oriflame que era el estandarte real, en forma de bandera, la bolsa y el bordon, segun se practicaba con los peregrinos.

Preparada la espedicion, se embarcó el rey el 28 de agosto, en Aigues mortes, con sus hermanos, menos Alfonso conde de Poitiers, que quedó al lado de su madre. Iban en el séquito del rey Renaldo de Vichiers, Preceptor entonces de Francia, despues Mariscal del Temple y últimamente Gran Maestre, con algunos Templarios.

Llegó la cruzada á la rada de Limiso, (Chipre) el 17 de setiembre, siendo recibido san Luis por Enrique de Lusignan, rey de aquella isla, á quien el Papa para castigo del emperador, y de su hijo Conrado le habia conferido el título de rey de Jerusalem en virtud de los derechos de su madre la reina Alix.

El celo del rey de Francia le impacientaba para entrar luego en campaña, y tuvo un consejo de guerra en el cual se hicieron algunas observaciones por jefes ya experimentados en anteriores cruzadas, aconsejando que no era conveniente permanecer mucho tiempo en Chipre para no esponer su real persona y ejército á las incomodidades del país, donde las aguas y aire eran igualmente dañinos á los extranjeros; que el Egipto ofrecia conquistas fáciles, y abundancia de víveres. No obstante el rey por de pronto no podia seguir este dictámen, por cuanto no habia llegado aun todo el ejército, y tambien por aguardar al rey de Chipre que se ofrecia seguirle en la campaña; pero era indispensable darle tiempo bastante para prepararse; por lo tanto, se resolvió empezar las operaciones en la primavera de 1249.

El rey entre tanto empleó útilmente su estancia en Chipre para examinar y apaciguar las divisiones que habia entre algunos principes Orientales, amortiguar el espíritu de ellos que se conservaba entre las dos Ordenes, y terminando las discordias que mediaban entre Haiton, rey de la pequeña Armenia y Boemundo V, príncipe de Antioquía y Tripoli, pasáronse en la inacción ocho meses, tiempo bastante para que los sultanes que al principio se hallaban divididos, pudieran entenderse y juntos

(1) Hist. Euta, lib. 82.

hacer frente á los cristianos. Durante la permanencia de S. Luis en Chipre el Gran Maestre del Temple, escribió dos veces al rey para advertirle que el Sultan del Cairo se aproximaba á Gaza al frente de un ejército saraceno, con el objeto de unirse con el Sultan de Damasco y de Alepo, temiendo intentasen poner sitio á Cesarea ó á Jaffa; en segundo lugar le anunciaba que un Emir de Melec-Ayub le había ido á encontrar, pero sin carta ni comision de su soberano, como decía el Emir, más solamente para sondear las disposiciones del Rey de Francia, y asegurar que se deseaba vivir en paz con él (1).

Los enemigos del Temple hicieron circular el rumor de que si el Sultan había enviado aquel Emir, había sido á solicitud del Gran Maestre, «es una cosa inaudita, se decía por los detractores, que nosotros hayamos sido jamás los primeros en hablar de treguas. Si el Maestre del Temple ha sugerido la proposición, perjudica nuestros intereses, dando que pensar, que desconfiamos de nuestras fuerzas.» Estas habladurías y discursos disgustaron de tal manera al rey, que escribió inmediatamente á Sonnac prohibiéndole de allí en adelante recibir, ni escuchar semejantes deputaciones sin una orden expresa de su parte.

La calumnia llegó mas allá, divulgando que el Gran Maestre de Sonnac tenía inteligencias secretas con el sultan, y para tener una amistad más estrecha se habían sangrado con un mismo instrumento. Sabiendo la manera ultrajante como Malec-Ayub, había recibido á los diputados del Temple que solicitaban el rescate de sus prisioneros, estas acusaciones caen por sí mismas. En efecto, ¿qué apariencia hay de verdad en que este sultan que acababa de rechazar con tanta altivez los ofrecimientos que se le hacían por la libertad de los caballeros, hubiera tan pronto hecho una alianza tan íntima con el Gran Maestre, valiéndose de su medio para tratar de la paz?

Lo más positivo es que los Templarios y demás encargados de la defensa de los orientales, hubieran preferido no se rompiera la tregua, ni irritado á un vecino peligroso, y enemigo terrible bajo el pretexto de una nueva cruzada, que como la mayor parte de ellas, después de ligeros esfuerzos, de consecuencias efímeras y mezquinas abandonaron la Palestina, volviéndose al país de donde habían salido, dejando el peso de la guerra para sostenerla, á las dos Ordenes y á los desgraciados restos de los cristianos latinos que habitaban la Tierra Santa (2).

El rey no atendió á las representaciones del Gran Maestre del Temple y dió la orden de embarque para fin de mayo, habiendo antes declarado

(1) Spicilegsi Dacheriani, tom. 7, pág. 214.

(2) Hist. de Malta lib. 3.

la guerra al sultan de Egipto. El rey se embarcó con la reina, su esposa, la condesa de Anjou, el rey de Chipre, Roberto y Carlos, hermanos de San Luis, el Legado y todas las personas de distinción. El día de la Santísima Trinidad de 1249, la flota salió de Límiso, y en seis días se presentó delante de Damietta. Los dos Grandes Maestres Fr. Guillermo de Sonnac del Temple, y Fr. Pedro de Villebride del Hospital con sus respectivas fuerzas le siguieron.

El cuerpo de desembarco se componía solamente de 2,800 caballos, la infantería era poco numerosa: las dos Ordenes formaban unos 1,000 caballeros: la flota abordó hasta la orilla que el enemigo tenía ocupada con sus tropas formadas, para impedir el desembarque; no obstante, sin aguardar el resto de la flota, se intentó desembarcar. San Luis, arrebatado por su celo y su valor, se echó al agua espada en mano, y, seguido de la nobleza y soldados, con intrepidez sorprendente á pesar de tener el agua hasta la cintura, atacó á los egipcios al través de una lluvia de dardos; pero el ataque fué tan impetuoso y con tal resolución, que dió por resultado rechazar al enemigo hasta las puertas de la ciudad, y entrando éste lleno de espanto, esparció la consternación entre los habitantes, y aunque esta plaza era considerada como la más fuerte del Egipto, la guarnición la abandonó durante la noche. Los habitantes, cargados con lo más precioso que tenían, salieron también buscando un asilo en el alto Egipto. Luego corrió la voz en el ejército cristiano del abandono de la ciudad, y dos esclavos de los infieles confirmaron la noticia á las ocho de la mañana. El rey, después de tomadas las precauciones necesarias, hizo explorar por fuertes destacamentos las avenidas de la ciudad y cerciorado de la verdad, entró á la cabeza del ejército. El Legado purificó la principal Mezquita y se cantó un solemne *Te Deum*.

La Reina, el Legado, Patriarca y Obispos fijaron su residencia en Damietta; entre tanto el ejército se aumentaba de día en día con la llegada de las fuerzas que desembarcaban, y al cabo de poco formaba un efectivo de más de 60,000 hombres, entre los cuales había 20,000 caballos. No se necesitaba tanto ejército para conquistar todo el Egipto, sino la indocilidad y precipitación del conde de Artois que comprometió todo el ejército, y fué la causa de un desastre el más espantoso, como veremos luego.

Los dos Grandes Maestres á quienes la noticia de este acontecimiento les parecía increíble, se apresuraron á acudir al campamento, creyendo apenas lo que veían con sus ojos.

El Gran Maestre del Temple envió una carta á Fr. Roberto de Stanford, Preceptor de Inglaterra, en la cual le refería este suceso en los términos siguientes. «Grandes y felices noticias; sabed que el viérnes siguiente al Domingo de la Trinidad, Luis, ilustre Rey de Francia, llegó afortunadamente al puerto de Damietta con su flota; el sábado inmediato, después de

haber rechazado á gran número de infieles, desembarcó y acampó en la orilla con todo el ejército, sin perder más que un hombre; el domingo siguiente, á las tres, entró en la ciudad, apoderándose de ella por su sola autoridad, poniendo en fuga y haciendo desaparecer todas las fuerzas enemigas, de suerte que es menos por nuestro valor que por un prodigio del cielo, si somos en este momento dueños de Damietta; sabed tambien que el Señor Rey está resuelto someter todo el país, y libertar á nuestros hermanos, así como los demás cautivos, y vá, con la ayuda de Dios, á dirigir su marcha contra Alejandria ó contra Babilonia» (1).

El Rey, temiendo el desbordamiento del Nilo, instruido de las desgracias que la obstinacion del Legado Pelagio habia causado al ejército de S. Juan de Brienne y á los cruzados, resolvió pasar el verano en Damietta; donde el ejército se entregó á los placeres, á la disipacion y desórdenes, á pesar de las sabias y prudentes precauciones tomadas por S. Luis.

Alfonso de Poitiers, hermano del Rey, se embarcó el 26 de agosto con la princesa Juana su esposa, hija única de Raymundo conde de Tolosa, llegando á Damietta dos meses despues, al frente de un respetable socorro, que Joinville, llama en su historia, los nobles de Francia. Su llegada aumentó el ardor y la confianza del Rey.

El sultán de Egipto Malec-Ayub, estaba acampado delante de Emesa, cuando supo los progresos y victoria de los cristianos: inmediatamente levantó el campo, retirándose á sus estados y al llegar á Mausourah hubo de amputársele una pierna que se le gangrenaba; en esta ocasion llegaron los fugitivos de Damietta, y los jefes le refirieron lo acontecido, tratando de justificar su proceder; pero, no satisfaciéndole las razones, mandó colgar á más de 54 emires que mandaban la guarnicion en Damietta, cuyo castigo fué ejecutado al momento, para escarmiento de los cobardes. A la mañana inmediata, ó mejor dicho, por la noche, murió el sultán, dejando por sucesor á su hijo, que entonces se hallaba en Mesopotamia. Mientras se aguardaba su venida, el emir Fakareddin se encargó del mando de las tropas musulmanas. Malec-Ayub, habia sido un principe reservado y modesto en sus palabras, incapaz de segundas intenciones, lo que no armoniza mucho con los discursos que Mateo de París ha puesto en su boca.

Al rey de Francia, al principio de su campaña, todo le sonreía, y hacia presagiar favorables éxitos: se hallaba al frente de un ejército floreciente, sostenido por dos Ordenes militares, que además de ser conocedoras y prácticas del país, sabian el modo de guerrear de los infieles: el mar estaba abierto, la embocadura del Nilo libre y espedita, para recibir nuevos socorros, y lo más importante el terror y la consternacion en el campo enemigo. A fines de Octubre se tuvo un consejo de guerra para deliberar

(1) Mat. de París en sus apéndices.

la campaña que debía emprenderse, ó sea, si se atacaria Alejandria ó el Cairo. Pedro de Dreux, anciano conde de Bretaña, era de dictámen, dirigir las fuerzas cristianas hácia Alejandria, cuyo puerto serviria de grande utilidad y comodidad para la flota, y desembarque de convoyes. El conde de Artois fué de contrario parecer, abogando por el sitio del Cairo, diciendo que tomada la capital, todas las demás plazas se rendirian á discrecion; prevaleció, por fin, despues de grandes debates, el parecer del principe de Artois, de genio vivo, imperioso, y audaz, que nadie podia resistir impunemente.

El Cairo dista de Damietta unas 50 leguas; á mitad del camino se halla la célebre ciudad de Mausourah, donde los infieles estaban atrincheros en las orillas de un brazo del Nilo llamado Thanis.

El 20 de noviembre de 1249, el rey se puso en marcha, por tierra, siguiendo entre los dos brazos del Nilo, (el brazo más oriental se llama el Thanis), mientras la flota remontaba el alto Egipto. Durante las primeras jornadas se sorprendió al enemigo un rebaño de más de 15,000 cabezas de ganado mayor y menor; los Templarios, cuya brigada iba de vanguardia, derrotaron á un cuerpo avanzado, matando á 155 infieles. A medida que avanzaba el ejército y se internaba en Egipto, hallaba menos obstáculos, pero no encontrando víveres de ninguna clase en todos los contornos, el país desierto y abandonado, profunda soledad reinaba en todas partes, y el enemigo retirándose pausadamente; esta tranquilidad, sin embargo, duró poco tiempo, pues á medida que los cristianos se acercaban á Mausourah, tuvieron que sostener escaramuzas, tanto de dia como de noche.

Los ataques violentos se repetian á menudo, y los combates, aunque parciales, no dejaban de causar bajas, y entorpecian tambien la marcha. Algunos dias despues, se presentaron al rey, como desertores, 500 egipcios de caballería, y creyendo de buena fe la palabra de aquellos enemigos, permitió imprudentemente que marchasen en cuerpo de vanguardia con los Templarios, por ser conocedores del país.

Como el único objeto de aquellos fingidos desertores era retardar la marcha del ejército cristiano, guiándole por senderos que los Templarios, con prevencion, no querian seguir, conociendo ya inútil llevar á cabo su intento, empezaron á querellarse con un jefe Templario, derribándole del caballo, con un golpe de mazo, el cual cayó á los piés del mariscal de la Orden. Al ver esta audacia, los escuadrones Templarios se revuelven todos, y como no conocieron jamás el espanto, ni nunca miraron el número de sus enemigos, al grito que dió Fr. Renaldo, Mariscal del Temple, diciendo: ¿Como, caballeros, sufriremos este insulto? á su señal, todos los Templarios, espada en mano, cargan á los traidores, y envueltos por todas partes fueron pasados á cuchillo y los que escaparon de sus golpes se ahogaron en el Thanis, brazo del Nilo.

Al cabo de un mes de fatigosa marcha, se llegó á la punta de un ángulo, formado por los dos brazos del Nilo; paróse allí el ejército, para formar el campamento, pues el enemigo se hallaba al otro lado, al oriente, entre el Thanis y Mausourah. Esta precaucion era necesaria contra un enemigo que atacaba á cada momento y hasta en los mismos atrinchamientos; Fakareddin que pasaba por el más experimentado de los generales musulmanes, tenía á los cristianos continuamente en alarma. Uno de sus destacamentos, habiendo atravesado el Thanis, el día de la Natividad del Señor por un paraje algo distante, y á marcha forzada, sorprendió á los que estaban fuera del campamento, matando y cogiendo cuanto fué posible; esto tenía lugar en la hora de la comida. Al tener noticia de esta sorpresa, el Señor de Joinville, se levanta de la mesa, y montando á caballo junto con los Templarios corre á su encuentro para rechazar al enemigo, logrando rescatar algunos señores que habian caído en sus manos (1). Tres meses se emplearon para construir una calzada sobre el Thanis á fin de vadear este brazo, que era ancho y profundo; sin embargo, el trabajo era interrumpido por el fuego griego que los egipcios arrojaban, así como lo destruían por medio de sus máquinas que no cesaban de disparar.

Esto empezaba á descorazonar al ejército, cuando se presentó un árabe beduino el cual ofreció enseñar un vado si se le daban 500 besans de oro; aceptada esta oferta, el mismo rey fué á reconocer el punto que debía vadearse y resolvió el pasage, á la mañana siguiente 8 de febrero 1250: dividióse el ejército en tres cuerpos; la vanguardia la formaba el Temple; el cuerpo de batalla debía mandarlo el conde de Artois; y la retaguardia, el rey. Aspirando Roberto á la gloria de esta expedicion, y queriéndose señalar pidió al rey, su hermano, le permitiese ir á la cabeza con la vanguardia; pero san Luis, que conocia su genio y ardor indiscreto, así como su impetuoso humor, se lo rechazó; sin embargo, persistiendo en la súplica, le fué concedido, pero con juramento de no emprender nada hasta que hubiera vadeado el rio todo el ejército, que despues del paso del ejército dejaria á los Templarios la vanguardia, incorporándose con el cuerpo del centro que tenia confiado. A todo se sujetó el príncipe, y á la madrugada del día siguiente, acompañado del árabe, y á la cabeza de 1,400 caballeros Templarios y Hospitalarios y 200 caballeros ingleses, mandados por Guillermo, conde de Salisberi, se dirigió al vado que indicó el guia beduino, y todos los caballeros se arrojaron al agua con intrepidez resuelta. El declive era fácil y el fondo firme y sólido, pero la dificultad estuvo en la salida porque su borde era escarpado, en donde se hallaban 300 egipcios de

(1) Joinville, Tyrif cont. hist. lib. 2^o.

caballería que querian impedir el paso. Los Templarios, que fueron los primeros que salvaron la orilla opuesta, atacaron á la caballería enemiga, dispersándola en un momento, y luego se formaron los del Temple en batalla para proteger el paso del resto del ejército. Habiéndolo verificado, se marchó hácia el campamento enemigo: la vanguardia, espada en mano, arrollaba cuanto se le ponía delante, empeñándose una accion que fué muy gloriosa en su principio y de grandes desastres en sus consecuencias. En ella murió de una lanzada el mismo general Fatareddin, y algunos emires; de estos dichosos principios hubiera seguido sin duda una victoria completa, si el conde de Artois hubiera cumplido lo jurado ante el rey, y sido docil en escuchar, como era prudente, el aviso y consejo del Gran Maestre de Sonnac, que, al ver á Roberto embriagado por este primer suceso favorable, corriendo detrás del enemigo, le gritaba se detuviera, pues aquella fuga podia ser un ardid y astucia muy comun en los orientales; pero Roberto que no escuchaba sino sus arrebatos, llega casi al mismo tiempo que los fugitivos al campo enemigo, fuerza sus trincheras y á pesar de la resistencia, los sarracenos persuadidos de que todo el ejército cristiano era ya dueño del campamento, emprendieron la fuga unos en direccion al Cairo y otros de Mausourah, que tambien desampararon no creyéndose seguros. Nada faltara á un éxito tan glorioso y tan sorprendente si el conde se hubiese contentado con este hecho de armas, aguardando el resto del ejército; pero la vista de Mausourah, abierta y abandonada por el enemigo, fué un atractivo funesto que le arrebató, á pesar de las observaciones que le hizo Sonnac, Gran Maestre del Temple, como vamos á ver.

En el mismo campo de batalla se tuvo un consejo, para deliberar si se proseguiria adelante. Los dos Grandes Maestres y el Conde de Salisberi eran de parecer aguardar al rey con su cuerpo de ejército; pero disgustando este dictamen al conde de Artois, dirigiéndose al Gran Maestre del Temple le dijo:

«Creedme, persigamos al enemigo mientras está en desórden y nuestra gente está en el camino de vencer. ¿Qué es lo que nos impide poner un fin glorioso á esta jornada, pasando por sobre el vientre del musulman que vemos desunido por la huida y desconcertado por el espanto? ¿Qué hay que temer? La retaguardia avanza y nos sigue; si llega el caso de habernos comprometido demasiado, á la menor señal, serémos socorridos por el rey á la cabeza de sus escuadrones impenetrables.»

El Gran Maestre de Sonnac, viejo guerrero, personaje discreto y consumado en la guerra, respondió:

«Señor conde. No hay nadie entre nosotros que no reconozca y rinda á vuestro valor toda la justicia que él se merece: hemos sido testigos, más de una vez, del celo imponderable y grandeza de alma con la cual soste-

neis los intereses de Dios y de su Iglesia; pero, en las circunstancias presentes, os suplicamos modereis el ardor, y permitidnos respirar un momento, después de las ventajas que el cielo nos ha concedido. Si, por el placer y honor de haber batido al enemigo, nos hallamos indemnizados de cuanto hemos sufrido, pero no podemos decirlo así de nuestros caballos, ningún sentimiento de gozo ni de gloria es capaz de restablecerlos ni de curarles los golpes que han recibido; por lo tanto mi dictámen sería, y es lo más prudente, aguardar el resto del ejército: mientras llega, tendremos tiempo para descansar y reponernos, así como nuestros caballos; aprovecharemos el parecer del rey y su consejo, y nos presentaremos más formidables al enemigo. Los que hemos puesto en fuga no dejarán de advertir que somos pocos, vos los vereis reunidos y volver á la carga con nuevas fuerzas, y yo temo que seamos envueltos, sin ninguna esperanza de retirada.»

A este prudente consejo y parecer de Sonnac, el conde de Artois, con altanería y lleno de cólera, prorrumpió en injurias de una manera indecente contra los Templarios y Hospitalarios, calificándoles de traidores y sediciosos, diciendo:

«Ya hace tiempo, y lo reconozco ahora, que seríamos dueños del Oriente sin las pillerías de esos pretendidos religiosos interesados en contrariar nuestros designios, y tendernos lazos. ¿Será necesario que un solo Templario por sus discursos artificiosos nos prive la ocasión más favorable para dar el golpe mortal al Mahometismo? y todo es para presentarse tanto más necesarios y amalgamar las riquezas de Occidente, procurando que la guerra sea perpétua, haciendo traición á unos, envenenando á otros y firmando alianzas con los enemigos del nombre cristiano. Su conducta con respecto al Emperador es una prueba sin réplica de su malvada intención (1).»

Estas invectivas tan atroces y ultrajes tan poco dignos de un príncipe de sangre real no podían quedar sin réplica y justamente ofendido el de Sonnac, en nombre de las dos Órdenes, respondió con entereza y muy alta la frente, «¡Eh! ¡Cómo! Gran Príncipe, ¿Acaso pensais vos, que nosotros hemos abandonado á nuestros parientes, nuestros bienes y nuestra patria, y hemos tomado el hábito de religiosos en una tierra estrangera, y que espongam todos los días nuestras vidas para hacer traición á la Iglesia cristiana y renunciar á nuestra salvacion? Creed que un pensamiento tan indigno, no entró jamás en el espíritu de ningún caballero», (2) y luego dirigiéndose á Fr. Renaldo de Vichiers que llevaba el Baucan, le gritó:

(1) Chron de Nangis año 1219.

(2) id. pág. 790.

«Desplegad, desplegad vuestra bandera, es necesario que las armas y la muerte decidan hoy de nuestra suerte y de nuestro honor: seríamos invencibles, si estuviésemos unidos; pero el espíritu de division va á causar la pérdida de unos y otros (1).»

Graves y terribles habían sido los cargos que el conde de Artois, en su arrebato había dirigido á los venerandos y encanecidos jefes de las órdenes, sin embargo no faltó el de Sonnac en vindicar la honra de aquellas como acabamos de ver, por la respuesta enérgica que le hizo dicho Gran Maestre del Temple; pero aun no concluyó aquí la escena. El conde de Salisberi convencido de las acertadas observaciones del Gran Maestre, y temiendo las consecuencias de este desagradable debate, quiso mediar ablandando el espíritu de todos, y dirigiéndose al conde de Artois le dijo:

«Yo creo, Serenísimo Príncipe, que lo más acertado sería seguir los consejos del Gran Maestre: es un caballero de probidad y experiencia reconocidas, que ha encanecido en las armas y en el país, conocedor de la fuerza y astucia de los egipcios, á diferencia de nosotros, jóvenes extranjeros, nuevos y sin experiencia en el arte de la guerra, sabiendo que es muy diferente el modo de guerrear de los orientales del de Occidente,» y dirigiendo una mirada de ternura y algunas palabras de consuelo al de Sonnac con el fin de calmar su disgusto. Pero Roberto conde de Artois cortando la palabra al de Salisberi, le llenó de oprobios é injurias, según relacion de Mateo de Paris el cual no dejó de poner en boca de ambos príncipes lo que su imaginación le sugirió (2).

En fin, la escena terminó, partiendo todos como furiosos, sin orden ni consejo, siguiendo tan solo los impulsos de su cólera y arrebato; las fuerzas por necesidad emprendieron la marcha, unos siguieron á aquellos príncipes por entusiasmo, y los otros por no pasar por cobardes. Á pesar de los gritos que le daba el Gran Maestre del Temple, el conde de Artois á rienda suelta, no le escuchó sino que al frente de su brigada atacó á los sarracenos los cuales huyendo á su presencia le atrajeron hácia Mousourah.

Las dos Órdenes siguieron la misma direccion, verificándose luego lo que había predicho el de Sonnac. Los caballeros de las órdenes avanzaron persuadidos de que iban á presenciar un gran descalabro; pero, como su honor estaba comprometido, arrostraron todos los peligros con el fin de salvar en cuanto fuera posible al ejército. Parte de este, al entrar en Mousourah, se entregó al pillage, mientras el conde de Artois atravesaba la ciudad persiguiendo á los fugitivos; Beudocdar general de los egipcios detuvo á los que huían y con un cuerpo de sarracenos numeroso, atacó

(1) Mateo de Paris. pag. 770.

(2) Mat. de Paris, pag. 790

con vigor á Roberto, obligándole á retirarse precipitadamente hácia la ciudad, donde fué embestido muy pronto, y para que no escapase de las manos sarracenas, aquel general tenia tomadas todas las avenidas de la ciudad, y entrando en ella un cuerpo considerable de sus tropas luchan con las pocas fuerzas de Roberto; otro cuerpo infiel se hallaba interpuesto entre el Thanis y la ciudad, para impedir que el rey S. Luis, con el ejército cristiano, pudiera socorrer á su hermano.

El joven príncipe, cuyo valor le habia precipitado al peligro fué atacado no solo por fuerzas regulares si no tambien por los habitantes de la ciudad. El combate fué sangriento y espantoso: en todas partes habia una lucha de horror, desolacion y muerte, en las calles de Mausourah, se presencié el espectáculo más aterrador que pueda imaginarse; los cristianos eran víctimas de una lluvia de piedras, arena ardiente, de agua hirviendo y de flechas que de todas partes se arrojaban, no sirviendo para nada ni el valor, intrepidez, ni las armas de los soldados para contrarrestar tanto infortunio. Los Grandes Maestres al frente de sus caballeros hicieron prodigios de valor, conteniendo el ímpetu desesperado de los enemigos, pero el combate era desigual y las condiciones estremadamente desfavorables para un buen éxito: la derrota fué completa y de consecuencias deplorables. El conde de Artois, y el de Salisberi, perecieron en esta jornada, el Gran Maestre del Hospital cayó prisionero, el del Temple perdió un ojo; pero, al frente de unos pocos caballeros, espada en mano, se abrió paso por en medio de un enjambre de enemigos que le tenian envuelto, dejando en el campo 240 Templarios.

Esta jornada no fué menos sangrienta en la tarde que lo habia sido en la mañana. Reunidos los musulmanes, atacaron á su vez al ejército mandado por san Luis, si el ataque fué terrible, la defensa tambien tenaz y vigorosa, las pérdidas casi fueron iguales en uno y otro campo; sin embargo, las pérdidas en la caballería cristiana fueron irreparables.

El Rey, advertido por confidencias, que Bendocdar le atacaría el viernes inmediato, tomó las disposiciones necesarias para oponerse á sus ataques, y dividió el ejército en 8 cuerpos, formando una línea delante del atrincheramiento del campo, señalando á cada jefe el puesto que debia ocupar, el Gran Maestre del Temple, á pesar de sus heridas, ocupó el cuarto con las pocas fuerzas que le habian quedado de la derrota del martes; como su fuerza era la más débil, se le confió las máquinas tomadas al enemigo, para servirse de ellas, en caso de necesidad; además, se tuvo cuidado de cubrirse con un retrincheramiento formado de grandes maderos. A pesar de esta precaucion, este puesto, confiado á los Templarios, fué el primer atacado, y el enemigo, apenas recibió algunas descargas de ballestas, cuando hizo llover sobre los cristianos un torrente de fuego griego que abrasó todo el retrincheramiento; por este medio, el musul-

man avalanzándose sobre los Templarios les forzó matando á un gran número, sin que los otros cuerpos del ejército acudieran á su socorro.

El Gran Maestre, el respetable anciano, que no conocia otras virtudes que luchar por la religion y matar sarracenos quedó tendido en el campo del honor; observándose en el punto que habia ocupado, más de una fanega de terreno, de tal manera cubierta de dardos y flechas, que apenas se veia la tierra (1).

Así murió el Gran Maestre Fr. Guillermo de Sonnac, á quien el historiador Pantaleon, y después de este el caballero Jauna nos representan como un tramposo, que procuraba mucho menos sostener el honor de los orientales, que el conservar las usurpaciones; como un traidor que se habia dejado corromper y sobornar por el sultan de Egipto para envenenar á S. Luis y á los principales de su acompañamiento (2).

¡Qué funesta pendiente la del historiador que deshonor á sangre fria, y hace al prójimo y á la verdad un mal enorme! Es casi imposible que el tiempo ponga en evidencia la injusticia que se ha cometido, haciendo relaciones calumniosas.

Este supuesto atentado del Gran Maestre no se halla indicado siquiera en ninguna historia ó crónica de la época, ni tampoco en ninguna de las vidas de S. Luis, escritas por personas que le acompañaron en sus viajes. Solamente en la de Guillermo de Nangis que murió en 1301, se halla que durante la estancia de S. Luis en la isla de Chipre, se arrestaron algunos malvados los cuales declararon haber sido enviados no solo ellos si no tambien otros, por el sultan de Egipto, para atentar contra la vida del Rey de Francia, y de los jefes de la Cruzada; pero ningun historiador antiguo ha acusado á los Templarios de tener parte en semejante conspiracion; y el primero de los modernos que ha imaginado semejante infamia jamás podrá lavarse de la mancha de calumniador é impostor.

La muerte gloriosa de Sonnac y la derrota de su brigada, no puso fin á esta jornada: el enemigo intentó forzar otros puntos, pero habiendo encontrado en todas partes una resistencia invencible se retiró á su campamento. Entre tanto, el ejército musulman recibia de continuo refuerzos, mientras que el cristiano iba reduciéndose de una manera espantosa; ya no se trataba de avanzar hasta el Cairo, ni de realizar los hermosos proyectos del atolondrado conde de Artois, causa de tantos desastres; este con una gran parte de cristianos estaban fuera de combate; el hambre, las enfermedades, y, sobre todo, el escorbuto diezmaron de tal modo al ejército, que ya no se pensó sino en volverse á Damietta, punto de donde se

(1) Joinville, vida de S. Luis.

(2) Pantaleo de ord. Johan. rebus gestis. lib. 1, pág. 44.—Item. Hist. general de Chipre y Jerusalem tom. 1. pág. 394.

había salido. El enemigo, persuadido de que así lo verificaría el ejército cristiano, apostó con anticipación sus fuerzas á lo largo del camino, y sobre todo en los desfiladeros, de manera que cuando se puso en marcha S. Luis, con los restos de sus tropas, estas fueron envueltas y destrozadas cayendo prisioneros el rey, sus hermanos Alfonso de Poitiers y Carlos de Anjou, con la mayor parte de los señores que formaban lo más florido de la nobleza francesa y extranjera. Triste y aflictivo episodio, acontecimiento lamentable que fué, puede decirse con razón, el final de las brillantes cruzadas que de Occidente pasaron á la Tierra Santa. ¡Qué lastimoso era ver á un Rey tan poderoso, santo y de un valor no común, ser el espectáculo de todo el mundo, como el más desgraciado de los hombres cargado de hierros en poder de los enemigos de la religión cristiana! El conde Pedro de Bretaña, fué elegido para tratar con el sultán la libertad del santo rey y como el hijo de Meleck-Ayub, exigiese para ella, la entrega de las fortalezas que aun quedaban en la Palestina, en poder de los cristianos, el de Bretaña no quiso acceder, prestando pertenecer al emperador quien no consentiría jamás en dicha cesión.

Entonces el sultán propuso se le dieran algunos castillos que dependían del Temple y Hospital, y el conde de Bretaña le hizo presente que esto era imposible, por cuanto los Templarios y Hospitalarios que los guarnecián, al encargarse de las fortalezas, hacían solemne juramento de no cederlas por rescate, fuera por quien fuera.

Después de algunos debates, y muchas amenazas por parte del vencedor, el rey consintió en dar por su rescate la ciudad de Damietta y por el de los demás prisioneros un millón de besans.

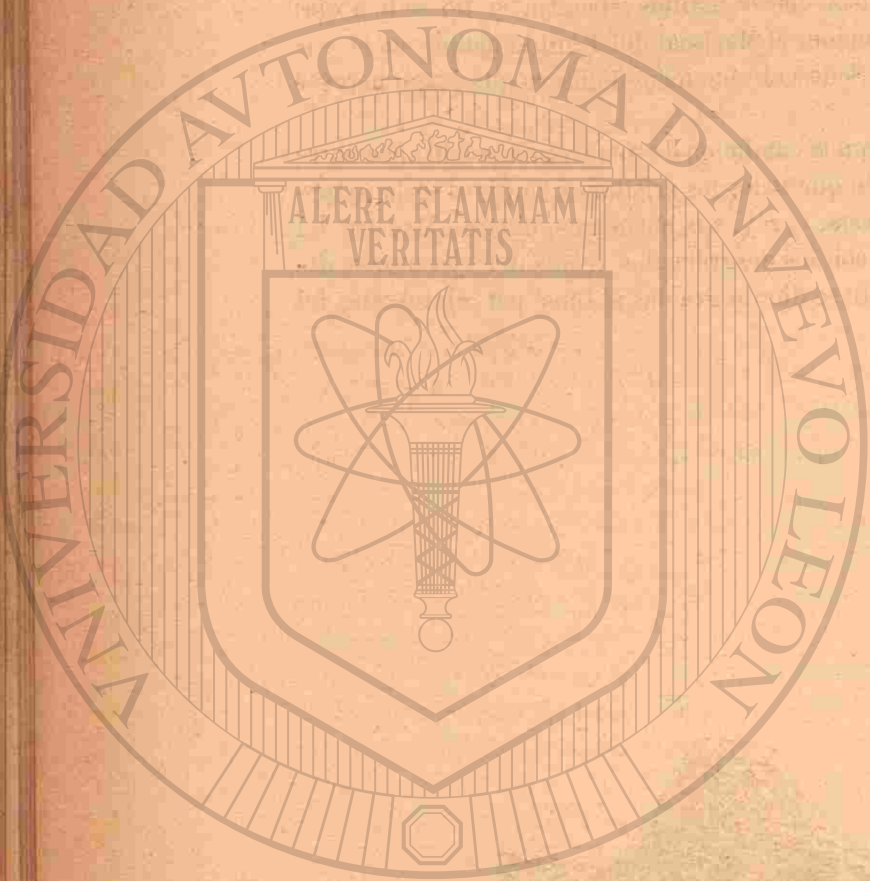
El joven sultán, por consideración á su ilustre prisionero, se contentó con 800,000, equivalentes á 9 millones de libras. Según un artículo del tratado, san Luis debía pagar á los emires la cuarta parte del rescate antes de salir de Egipto; en su consecuencia, fué preciso reunir todo el dinero que fuese posible, y á pesar de todos los esfuerzos y sacrificios, faltaban aun 30,000 libras; el señor de Joinville, en presencia del Gran Preceptor y del Mariscal del Temple, aconsejó al rey pidiese dicha suma á los Templarios, que podían fácilmente prestarla de su tesoro; al oír esto el Preceptor lleno de sorpresa contestó á Joinville, «cómo es posible deis tan mal consejo al rey, no ignorando que de tales encargos no tenemos la propiedad y al hacernos cargo de tales depósitos, juramos no hacer uso de ellos sin la autorización de aquellos que nos los han confiado?» No obstante de estas observaciones, Joinville insistió, aconsejando al rey que si no le prestaban de buen grado aquella cantidad, ordenase tomarla por fuerza. A estas palabras dijo el Mariscal del Temple al rey, «Señor, no hay duda que si quereis, podreis obrar á vuestra voluntad; pero, si seguís los consejos del Senescal, podreis reembolsarnos dicha suma con el dinero que

teneis en Tolemaida.» Entonces Joinville, con el permiso del rey, montó á la galera donde se hallaba el tesoro del Temple, y pidió las llaves de los cofres de orden de su soberano; pero al hallar alguna oposición, cogiendo Joinville una hacha, amenazó hacer astillas el cofre, si no se le abría: entonces, al ver esta resolución, el Mariscal del Temple mandó se le entregasen las llaves, y el Senescal sacó todo el dinero que juzgó necesario (1).

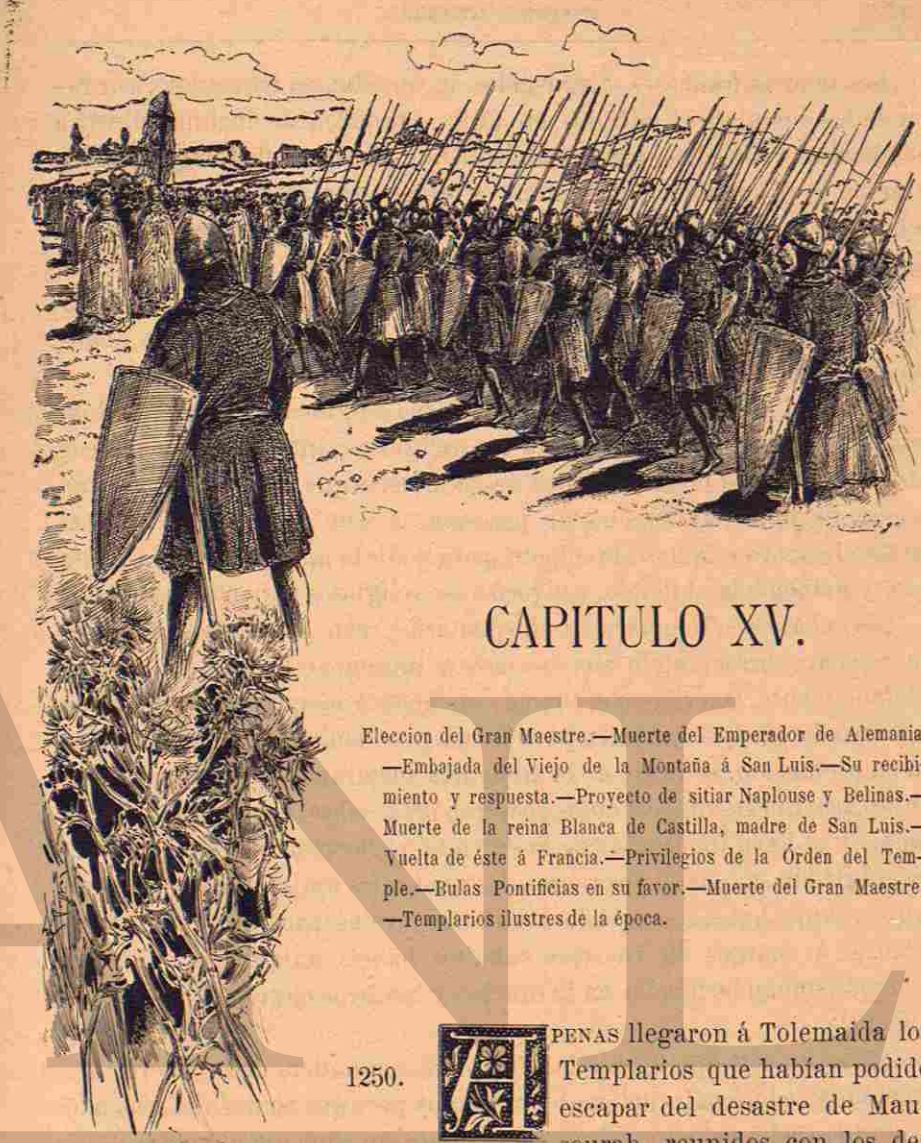
Concluido el tratado, con la condición de una tregua por 10 años entre las dos naciones, se estipuló que todos los cristianos cautivos serían puestos en libertad, y lograda esta, el rey, sus hermanos, el Gran Maestre del Hospital y demás señores, con los desgraciados restos del ejército, se dirigieron á Tolemaida, donde se dieron gracias á Dios por el rescate del rey y demás prisioneros.

(1) Joinville; vida de san Luis.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO XV.

Eleccion del Gran Maestro.—Muerte del Emperador de Alemania.—Embajada del Viejo de la Montaña á San Luis.—Su recibimiento y respuesta.—Proyecto de sitiar Naplouse y Belinas.—Muerte de la reina Blanca de Castilla, madre de San Luis.—Vuelta de éste á Francia.—Privilegios de la Orden del Temple.—Bulas Pontificias en su favor.—Muerte del Gran Maestro.—Templarios ilustres de la época.

1250. **A** PENAS llegaron á Tolemaida los Templarios que habían podido escapar del desastre de Mausourah, reunidos con los demás que habitaban en la ciudad, se convocó Capítulo General para elegir sucesor á Fray Guillermo de Sonnac, muerto gloriosamente en el campo del honor, y la eleccion recayó en favor de Fr. Renaldo de Vichiers, mariscal de la Orden, que en la batalla de Mausourah llevaba el Baucan, caballero de mérito reconocido, de familia ilustre de Champagne; pues según la historia, en 1153, se halla otro Renaldo de Vichiers bienhechor de la abadía de Auberrive (Sangres), el cual hizo donación á dicho Monasterio de todos los bienes que tenía en aquellos contornos (1).

(1) Gallia Christ. nova tom. 4, col. 163.

Los señores franceses, disgustados de su estancia en Oriente, por razón de los descalabros sufridos en Egipto, trataron de inclinar al rey á reembarcarse con ellos, pero el nuevo Gran Maestre del Temple, con los principales Hospitalarios y Teutónicos le representaron vivamente, diciéndole que si entonces abandonaba la Palestina, su retirada causaría la pérdida total de la Tierra Santa, y que vista la mala fe de los egipcios, era de temer que los prisioneros no alcanzarían la libertad, con cuyas observaciones el rey declaró en un consejo que estaba resuelto á no abandonar á los orientales en el triste estado en que se hallaban.

En aquel mismo tiempo, Roberto, Obispo de Lincoln, á quien el historiador inglés llama el azote de los religiosos, intentó unir á su Sede episcopal todos los bienes y rentas de las iglesias que no probasen de una manera evidente el derecho de posesion. A este fin envió á Roma, al Maestro Leonardo, famoso Romipete, para pedir la aprobacion de la Santa Sede, y habiéndola obtenido, convocó á los religiosos para notificársela.

Los caballeros Templarios y Hospitalarios, con otros exentos, apelaron de ella, representando sus razones á Inocencio IV que les escuchó favorablemente. Queriendo el Prelado oponerse á la apelacion, á pesar de su avanzada edad, se embarcó para Roma, y no hallando al Papa dispuesto á su pretension, se retiró de la audiencia suspirando y diciendo bastante alto, «¡O dinero, dinero! cuán poderoso eres, sobre todo en la Corte de Roma,» y el Papa Inocencio que lo entendió perfectamante replicó, «¡o inglés, inglés hasta cuando os roereis los unos á los otros! y vos mismo hermano, cuanto habeis sangrado á vuestras ovejas para enriquecer á los extraños, á cuantos de vuestros súbditos habeis aniquilado, mientras los unos estaban ocupados en la oracion y los otros ejercitando la hospitalidad (1).

1251. En este año llegó á los Templarios la noticia de la muerte del Emperador Federico II, «del cual tenían muy poco que alabar y mucho menos sentir. Dicho príncipe, al propio tiempo que imponía al pueblo de la Pulla un tributo exorbitante, como jamás se había visto, cayó enfermo de gravedad, y viéndose en los últimos momentos, hizo un testamento en el cual hay un párrafo que dice.»

«Nos ordenamos que todos los bienes de la milicia del Temple, de que estamos en posesion, les sean restituidos, sobre todo aquellos que les pertenecen de pleno derecho; nos queremos además que todas las Iglesias y casas religiosas gocen de aquí en adelante de sus antiguas libertades y derechos de los cuales les habíamos privado,» (2). Sin embargo, parece que poco caso se hizo de tales disposiciones.

(1) Mat. de Paris, año 1251.

(2) Chron. Fr. Pippini cap. 11; Scrip. Italicos tom. 10, col. 819.

El año siguiente, el príncipe de los batenianos, ó asesinos, y comunemente llamado el viejo ó Señor de la Montaña, al saber los desastres esperimentados por los franceses, envió al Rey de Francia que se hallaba en Tolemaida, á dos Emires que tuvieron el descaro de quejarse en nombre de su amo, porque no había hecho los regalos debidos, como acostumbraban hacerlo los demás príncipes, para librarse de ser asesinados, y uno de los enviados dijo, «el emperador de Alemania, el rey de Hungría, el mismo sultan de Egipto y todos los príncipes se apresuran á cumplir con esta obligacion, sabiendo muy bien que no vivirían sino pluguiese á nuestro amo y Señor: éste, por lo tanto, os intima someteros como ellos á esta ley, ó á lo menos descargarle del tributo que paga á los dos Grandes Maestres del Temple y Hospital.»

El Rey, despreciando tanta audacia, les envió á los dos Grandes Maestres para darles la respuesta, la mañana siguiente comparecieron los Emires ante dichos Maestres de Vichiers y Chateauneuf, los cuales dijeron á los enviados:

«Es preciso que tanto vosotros como vuestro amo os halleis completamente destituidos de razon para llevar la audacia á hacer tales proposiciones á un rey de Francia; si no respetáramos la cualidad de Emires, de que os hallais revestidos, mandaríamos al instante que se os arrojara al mar; ¡tanto respetamos á vuestro amo! partid inmediatamente y decid al Señor de la Montaña que le intimamos enviar al Rey, dentro de 15 dias lo más tarde, una carta que repare la falta cometida, así como vuestra insolencia; de lo contrario, tendrá que habérselas con los caballeros de las dos Órdenes.»

Algunos preguntaron á dichos Emires ¿por qué el Señor de la Montaña no atentaba á la vida de los Grandes Maestres que les forzaban á pagar un tributo? y contestaron si nuestro soberano mandaba asesinar á uno de esos Grandes Maestres, su muerte seria vengada inmediatamente por su sucesor, y tampoco se ganaria nada (1). Lo que hace esclamar á Mezerai: «Los caballeros de las Órdenes podían gloriarse de ser temibles á aquel que lo era á todo el mundo.»

Despedidos los Emires, el Señor de la Montaña, ó mejor dicho, el jefe de los bandidos y asesinos, temeroso del resentimiento de las Ordenes, al cabo de los 15 dias envió á los mismos Emires, para presentar al Rey de Francia una carta de disculpa, acompañada de ricos regalos, consistentes en una camisa para indicar su union con el rey, y un anillo de oro en el cual estaba grabado el nombre del Señor de la Montaña, como un salvo conducto. El rey, por su parte, trató á dichos enviados con atencion

(1) Joinville; pág. 85, 86.

dándoles algunos regalos, despidiéndolos más satisfechos de él que de los Grandes Maestres (1).

Después de los desastres experimentados, el ejército y los caballeros estaban á la defensiva, ocupándose únicamente en restablecer algunas plazas. Resuelto el rey á hacer una tentativa sobre Naplouse, que era la antigua Samaria, propuso el plan á los barones, y sobre todo á los Templarios, quienes lo aprobaron, respondiendo de su éxito; pero, como la empresa era peligrosa, le suplicaron les concediera esta expedición, pero sin esponer su sagrada persona. El rey quería ir con el ejército, y no se hizo nada (2).

Al poco tiempo propuso emprender el sitio de Belinas, la antigua Cesarea de Filipos; se aprobó también dicho proyecto, pero con la condición de que el rey del cual dependía la salvación del país, no se hallase en el campamento. Después de alguna oposición consintió, y dadas las órdenes convenientes, á la mañana siguiente, fué el pequeño ejército á acamparse en el llano, al pié de una eminencia, donde estaba situada la plaza. Belinas fué atacada por cuatro puntos distintos: los Templarios la atacaron por la parte de la llanura; la guardia del rey, por la parte opuesta; por la derecha la atacaron los Hospitalarios; y la izquierda fué atacada por el cuarto cuerpo de tropas. Una fuerte división de caballería enemiga, al ver la disposición del ataque y vigorosa embestida, se alejó á rienda suelta, lo que esparció la alarma dentro de la plaza, comprometiendo á los habitantes á desampararla y refugiarse á las montañas. Por este medio, y sin pérdidas, se apoderaron de una ciudad que estaba defendida por tres recintos de murallas, que de nada le sirvieron.

El rey, muy satisfecho de la conducta de los Templarios, por los servicios que le habían prestado, quiso manifestarles su agradecimiento, dándoles el castillo y castellanía de Bazées, en la actualidad encomienda de Beaulieu sobre el Matha (Aquitania). El acta consigna que Luis, en consideración á las obras de caridad que ha visto practicar á los Templarios, y con el deseo de reconocer los socorros que personalmente ha recibido, les hace esta donación por pura limosna, *in puram elemosynam*, por la salvación de su alma y de las de sus parientes, sin más condición que ser participe de los bienes espirituales y oraciones que se harán, de aquí en adelante, en la casa del Temple de Jerusalem. La escritura hace también mención de los límites de la Castellanía, de sus dependencias é inmunidades á favor de la Orden, entre otras, que sus colonos, enfiteutas y otros justiciables no serán citados ante otros jueces que los del Temple; que las

(1) Id. vida de S. Luis.

(2) P. Daniel, Hist. de Francia.

apelaciones de procesos intentados delante de jueces y tribunales de los caballeros serán llevados ante los jueces reales y no á otra parte (1).

1252. La donación antecedente fué aceptada el día de Pentecostés, en la catedral de Angulema, por Fr. Hugo, preceptor de Aquitania, por Gerardo Arzobispo de dicha Iglesia, Legado de la Santa Sede, y en presencia de Gerardo, Arzobispo de Burdeos, Juan de Poitiers, Hugo de Saintes, Hugo de Lusignan, conde de la Marche y de Angulema, que todos vivían en 1252: lo que prueba evidentemente la equivocación padecida por Baudouin, diciendo que dicha fundación se debe á Luis VII en 1151 dando la cualidad de Gran Maestre á Fr. Hugo Jofre. Nos admira ver que los autores del Glosario no repararon este anacronismo, y que por la sola autoridad de dicho historiador hayan admitido á dicho Hugo por 4.º Gran Maestre del Temple (2).

Otra falta debemos advertir (casi de la misma naturaleza) y que es preciso corregir á M. Larrey, quien explica lo siguiente.

Durante el tiempo de Enrique III de Inglaterra, por causa de su codicia y mala fe, se atraía la animadversión y censuras de todas partes. Un caballero se quejó por los atentados que se cometían contra las inmunidades de su casa, y el Rey le respondió: «Que los eclesiásticos, pero sobre todo los Templarios y Hospitalarios tenían tantos privilegios y tantas cartas de libertad, que sus riquezas les ensoberbecían, y que su orgullo les hacía locos, que se podían revocar por prudencia las cosas concedidas inconsideradamente, que el Papa á menudo había revocado sus donaciones con un *no obstante*, y ¿por qué no podría yo anular las cartas imprudentemente concedidas por mí mismo ó por mis predecesores?» á lo que respondió el caballero. «¿Qué decis, Señor, á Dios no plazca salgan de vuestra boca semejantes discursos, mientras observáreis la justicia, podréis ser Rey, y tan luego como la violáseis cesaréis de serlo.»

Bajo otro reinado, había bastante para perder la cabeza en un cadalso; nada menos verdadero, ni más ultrajante que esta réplica, que no fué jamás la de un Templario inglés, y menos del Gran Maestre, residente en Palestina.

M. de Larrey ha querido dar esta cualidad al preceptor de Klarkenvel, casa del Hospital en Londres, fundada en 1101, y que jamás perteneció á los Templarios (3).

Este mismo Enrique III, que había tomado la cruz ya de algunos años, más bien para exigir dinero de sus vasallos, que para socorrer á los orien-

(1) Baudouin. Privilegios de la orden de S. Juan de Jerusalem pag. 9. Item. Gallia Christ. nova tom. 2, col. 1003.

(2) Ducange, glosario verbo Templarii.

(3) Hist. general de Inglaterra sobre el año 1252.

tales, reunió en 1252, á sus barones, y anunciándoles el plazo de su pretendido viaje, que fijó para el 24 de junio de 1255, con hipócrita intencion, comunicó sus disposiciones á los Grandes Maestres por medio de una carta en la que, entre otras cosas, les decia.

«Como vosotros pasais por tener una flota de las mejor equipadas, yo espero de vuestra atencion que os dignareis preparar para mi uso los buques más fuertes, que los tendré dispuestos, aprovisionados, con sus marineros y demás municiones necesarias por un año, de modo que yo pueda antes del tiempo de mi pasaje, servirme de ellos para transportar antes los soldados, armas y caballos destinados por mí al socorro de la Tierra Santa.

No olvideis, sobre todo, de preparar los alojamientos para todos los tripulantes y hacer que todo el armamento se halle en parage seguro hasta mi llegada. Tampoco faltareis en enviarme al año siguiente los mismos buques en estado de hacerse á la vela para conducirme á Palestina con todos los de mi acompañamiento. Por el cuidado que tomareis en proporcionarme estas ventajas, se juzgará de vuestro celo hacia mi persona, y de vuestra adhesion por conservar los Santos Lugares» (1).

No hay dificultad alguna en tildar á ese principe de temerario por tales anticipos, y el poco crédito que merecía su palabra; pues, ni el Parlamento, ni sus vasallos querían dar dinero á pesar de sus bellos proyectos de Cruzada que nadie creía; y, tanto es así, que los caballeros no quedaron engañados no haciendo caso de sus peticiones.

1253. Mientras San Luis permaneció en Palestina, se fortificaron Tolemaida, Saide, Cesarea de Filipos y Jaffa; se reorganizaron las fuerzas, y las Órdenes militares aumentaron sus escuadrones con los novicios y *servants* que llegaban á menudo de Europa, y á fines de este mismo año se recibió en Tolemaida la noticia de la muerte de la reina Blanca, madre de San Luis y regente del reino, por cuyo motivo resolvió el rey volver á Francia, lo que verificó el 24 de abril de 1254, en una flota de 14 buques, habiendo antes pedido al Gran Maestre del Temple á Fr. Remond, Templario experimentado y de grandes conocimientos náuticos, para que fuese su piloto.

Antes de partir procuró el rey que las pocas plazas que quedaban en poder de los cristianos estuvieran en buena defensa, inculcando á todos la armonía, union y celo para la conservacion de la Tierra Santa, y, al despedirse, se llevó á parte del dolor que causaba su partida, las bendiciones de todo el pueblo, y hasta la admiracion de los Sarracenos, por su valor en los combates, así como su invencible firmeza y resignacion en sus desgracias.

) *Fœdera, conventiones etc.* Rimeri tom. 1 part. I, pág. 167.

La flota se dió á la vela, y en cuatro dias se hizo el trayecto de Tolemaida á Chipre, merced á un viento favorable; pero al acercarse á la montaña de la cruz, el buque que montaba el rey, durante la noche, encalló en un banco de arena, creyéndose todos haber estrellado; Joinville subió inmediatamente sobre cubierta para informarse del suceso, y halló á Fr. Remond desesperado con la sonda en la mano; pero luego se pudo ver que sin aquel banco de arena hubiera estrellado el buque por cuanto á poca distancia se hallaba un peñasco; escapado de este peligro, se cayó en otro, y esto motivó que la reina hiciera el voto de enviar una nave de plata de 100 marcos á San Nicolás de Varengeville (Lorena). Después de una navegacion de dos meses y medio, la flota llegó á las costas de Provenza (1).

Pasado algun tiempo, el rey de Inglaterra, que estaba en Gascuña con Fr. Roberto de Stanfort, Preceptor del Temple, deseoso de viajar por Francia y visitar á Paris, escribió á san Luis pidiéndole permiso, que le concedió, saliendo á recibirle hasta Chartres. Enrique iba acompañado de 1,000 gentiles hombres todos montados soberbiamente, y vestidos con riqueza. El rey le ofreció su palacio ó el Temple, y se escogió este último por razon de su numeroso acompañamiento. La casa del Temple, que entonces estaba fuera de la ciudad, contenia, segun Mateo de Paris, bastante espacio y habitaciones para alojar un ejército. Los Templarios la habian engrandecido á propósito para la comodidad de sus Capítulos generales, que se reunian de toda la Francia, y con el fin de que reunidos todos los capitulares en el mismo recinto, tuvieran más facilidad de conferenciar acerca de los asuntos de la Órden.

Enrique III, despues de haber sido espléndidamente obsequiado por los caballeros, rogó á san Luis que á la mañana siguiente se dignase asistir al banquete que le ofrecia, en el grande salon donde los Templarios, segun la costumbre de los Levantinos, guardaban los escudos y armas de los más famosos caballeros. Toda la sala estaba cubierta de ellos. Un caballero inglés, algun tanto satírico, al observar, entre las armaduras, la que habia pertenecido á Ricardo Corazon de Leon, se acercó á su rey y le dijo en voz baja, «Señor, ¿á qué viene invitar á los franceses en este lugar, para comer y divertirse? la vista de ese escudo les hará temblar, impidiéndoles comer.» Enrique pareció no hacer caso, y nada contestó (2).

El 7 de diciembre de 1254, murió Inocencio IV, que gobernó 10 años.

El dia de la Natividad del Señor, el cardenal y obispo de Ostia fué elevado al Supremo pontificado y tomó el nombre de Alejandro IV. Fué uno de los soberanos pontífices que manifestó grande afecto á los Templarios.

(1) *Memorias de la Academia de Inscripciones*, tom. 20, pág. 333.

(2) Daniel, y Mateo de Paris.

rios; en el primer año de su exaltacion ordenó lo siguiente á favor de la Orden del Temple.

1.º Que se procedería contra cualquiera que se atreviese á exigir á los Templarios algun diezmo.

2.º Que los obispos admitiesen á los clérigos presentados por los preceptores para las sobras de las iglesias sujetas á la Orden, sin que se pueda obligar á los caballeros á que se les señale anticipadamente una pensión á estos servidores. Este réglamento habia sido ya concedido por Honorio III, y confirmado luego por Clemente IV.

3.º Que los Templarios no estaban obligados á contribuir á los gastos ni expensas que se acostumbraba pagar á los Nuncios y Legados de la Santa Sede, aun cuando pasasen por su territorio, á menos que esto no sea espresamente ordenado por letras apostólicas, y si diera el caso que dichos nuncios fueran Cardenales, el privilegio no será de ningun valor.

4.º Que los obispos castigarán severamente y procederán jurídicamente contra aquellos que retengan y se apropien las limosnas hechas á la Orden, lo que fué confirmado después por Clemente IV. y Adriano IV (1).»

Si alguno de nuestros lectores dudase ó tuviera por sospechosos dichos privilegios puede consultar la coleccion de Rimer, y aún encontrará siete ú ocho Bulas del mismo pontífice en favor de los Templarios, que resumimos en pocas palabras.

En la 1.ª ordena que en adelante se tendrá más respeto por el derecho de asilo concedido por la Santa Sede á las casas de la Orden; que los prelados tendrán cuidado de prohibir que se haga ninguna violencia á los que se hayan refugiado en ellas; que los caballeros se guardarán de admitir á los homicidas, y que no prestarán socorro alguno á los que tratan de perturbar la paz y la justicia.

En la 2.ª, Alejandro aprueba y confirma todas las exenciones concedidas á la Orden por sus predecesores y por todas las personas constituidas en autoridad espiritual y temporal.

En la 3.ª, el Papa recomienda á los prelados excomulgar no solamente á aquellos que maltraten á los súbditos de la Orden, haciéndoles violencia, si no tambien á aquellos que además de haberles injuriado de palabra, les causen algun perjuicio, y rehusasen repararlo, después de haber sido advertidos.

En la 4.ª, dirigiéndose el Papa á los obispos se espresa así:

«Si considerais los peligros á que los Templarios se esponen todos los dias para la defensa de la cristiandad, y á los buenos oficios que prestan

(1) Regulae et Const. Ordinis Cisterc. pág. 380.

á los pobres de Oriente, lejos de molestarles, sereis los primeros en protegerles contra sus adversarios. Entre tanto, Nos acabamos de saber con dolor que algunos de entre vosotros, se han hecho sus perseguidores, rehusando escucharles, llenándolos de injurias, con desprecio de nuestras exhortaciones asi generales como particulares, que no se dignan leerse ó que una vez leidas se olvidan, lo que inspira con esto, más audacia é insolencia á los enemigos de una Orden recomendable bajo todos los puntos de vista. Por lo tanto, siguiendo las huellas de Honorio, nuestro predecesor, Nos os ordenamos, en virtud de obediencia que nos debeis, recibir con respeto, publicar y atestiguar fielmente todas las letras ya generales, ya particulares que Nos os dirigimos á este objeto; tratar con bondad á dichos religiosos; procurar que ninguno de vuestros súbditos rehuse atenderles en justicia, ni impedirles recoger las limosnas ordinarias.»

Por la 5.ª, ordena á los obispos que cuando no puedan convencer á aquellos que se dice han maltratado á un Templario en secreto, ó que violentamente son sospechosos de ello, les obligarán á purificarse con juramento, y se les excomulgará si rehusaren.

Por la 6.ª, que es del año 1256, declara:

1.º Que se dejará á los Templarios plena y entera libertad de hacer su colecta una vez al año dentro de cada iglesia, y que en dicho dia ninguna cofradía podrá hacerla, á fin de que todas las limosnas de los fieles sean para el Temple.

2.º Que ningun obispo podrá, sin conocimiento de la Santa Sede, excomulgar á los súbditos de la Orden, ni poner entre dicho á sus oratorios.

3.º Que todas las veces que los Templarios se presentarán á los Prelados para pedirles justicia, se tendrá cuidado de tratarles de manera que no se vean obligados tan frecuentemente á acudir á la Santa Sede.

4.º Que todas las personas libres podrán asi en salud como estando enfermas, retirarse á las casas del Temple, sin que nadie pueda oponerse.

5.º Que los súbditos de la Orden serán enterrados gratis, y que no se podrá recibir por honorarios, sino lo que los difuntos hubieren dispuesto, ó los parientes ofrecieren.

6.º Que siguiendo el tenor de sus antiguos privilegios, no se podrá cobrar ningun diezmo sobre sus animales ni de su pasto.

7.º Que cuando hayan de construir oratorios ó cementerios, para su uso y de sus familiares solamente, los obispos cuidarán de hacerlos bendecir, en lugar de oponerse á su ereccion.

8.º El Papa Alejandro, dice á los obispos. Cuando halláreis que los caballeros han dejado la Cruz y el hábito de la Orden, para abandonarse á sus inclinaciones, y llevar más libremente una vida seglar y aquellos que, rebeldes á sus Priors, retienen Baylios ú otros oficios, contra la obediencia, vos tendreis cuidado de advertirles y avisar á los unos para ves-

tir otra vez el hábito, y á los otros sujetarse á la dependencia y sumision debidas á sus superiores, y si hay algun refractario á nuestras órdenes, serán tenidos como excomulgados, hasta una entera satisfaccion.»

El resto de la bula que es muy larga, renueva las antiguas gracias concedidas en otro tiempo á aquellos que estaban en confraternidad con los Caballeros, y concluyé con estas palabras: «Nos queremos además que á aquellos de vuestros clérigos que con la permission de su Prelado ó Cabildo, entrasen por un año ó dos al servicio de la Orden, no se les impida la percepcion durante dicho tiempo, de todos los frutos de su beneficio al ordinario.»

Por la 7.^a dirigida al Preceptor y Templarios de Inglaterra, establece el Papa que cuando ellos omitirán en lo venidero, por negligencia ó ignorancia, hacer uso de algunos de los artículos contenidos en sus privilegios, esta omision no les perjudique á no ser que no hubiere contra ellos prescripcion ó otro derecho adquirido.

Por la 8.^a, Alejandro se espresa así al hablar del Gran Maestre: «Habiendo sabido por vuestras cartas que os haceis un deber en ejercitar la hospitalidad hácia todos y especialmente para con los Prelados, algunos de entre ellos, que vos recibis por bondad en vuestras casas, y á quienes les proporcionais abundantemente todo lo necesario, aun quieran prevalerse, como un derecho adquirido por la costumbre, cuidándose poco de ser á vuestro cargo con la molestia de su numeroso acompañamiento, Nos, atendiendo á vuestras súplicas, procurándoos la tranquilidad posible, prohibimos, á ejemplo de Inocencio, predecesor nuestro, á todo prelado reclamaros en vuestras casas ningun derecho de hospitalidad (1):»

Esta bula fué la última que fué dirigida á Fr. Renaldo de Vichiers, Gran Maestre del Temple, pues murió este mismo año despues de seis de Maestrazgo.

RELACION DE ALGUNOS TEMPLARIOS ILUSTRES DE LA ÉPOCA, ASÍ COMO DE LAS DONACIONES HECHAS Á LA ÓRDEN.

En 1207, el Temple de la Rochela tenia por Preceptor á Fr. Temerius Boez, que tuvo por sucesor á Fr. Arnaldo, 1218. Fr. Boez era Tesorero del

(1) Rimer, acta publica tom. 1, part 2, pág. 8, 9, 10 y 11.

rey de Inglaterra segun las actas de Rimer. En otra parte es calificado de Preceptor del Poitu; en 1244, dicha encomienda la administraba Fr. Pedro Bozon, que construyó un canal. En 1250, Fr. Elías de Bursat; luego, fray Guillermo de Setije y Fr. Elías Dupui que todos toman la calidad de preceptores del Temple de la Rochela, lo que indica el superior, y no procurador de la Casa, como lo cree el P. Arcere (1).

En 1248, donacion de unas tierras y castillo de Geneirac con sus dependencias (2).

En 1250, el Temple de Moissé, por un convenio hecho con Sandrie Abad de S. Arnol, (Diócesis de Senlis) adquiere los diezmos de Sablonieres, en cambio de los de Chemillon (3).

1250. En la calle llamada de los Hermitaños de Rouen se fundó una segunda casa del Temple, diferente de la fundada en 1160, sobre la cual despues se edificó la casa consular de la ciudad (4).

1251. Peironne, condesa de Bigorra, eligió por albacea al Preceptor del Temple de Borderes, en union de los obispos de Coninges y de Bigorra (5).

En este mismo tiempo, Arnaldo de Vesemale, que habia sido mariscal de Brabante casado con la condesa Hix, se hizo Templario, y segun Tillet, fué mayordomo mayor de palacio del rey Felipe el Atrevido, (6).

1252. Fr. Roberto de Stanfort preceptor de Inglaterra fué enviado á Gascuña por Enrique III, para apaciguar las turbulencias que allí habia (7).

En dicho año Geofredo de Chateaubriant, constituye por su albacea al preceptor de Aquitania, llamado Fr. *Guido de bona Camierna*, á quien le deja un caballo y 50 libras (8).

1255. El rey de Escocia tenia por limosnero á un sacerdote del Temple llamado Fr. Ricardo, segun las actas de Rimer.

1258. Fr. Dalmacio, preceptor de Santa Maria de Saladin, diócesis de Cannes, (Sicilia), disputándole la posesion de su territorio, probó en justicia que se le habia cedido á la Orden más de 100 años antes por los obispos de Cannes (9).

Algunos años antes, el Rey de Bohemia, Wenceslao, habia llamado

(1) Hist. de la Rochela tom. 2, pág. 502.

(2) Gloss. verbo, Tenementum.

(3) Gallia Christ. tom. 10, col. 1488.

(4) Gallia Christ. tom. 11, col. 72.

(5) Hist. de Bearn pág. 827.

(6) Anselmo, Genealogia de Francia tom. 2, pág. 1157.

(7) Fædera, const. Rimer, tom. 1, pág. 168.

(8) Sobineau Hist. de Bretaña tom. 2, pág. 399.

(9) Ughelli, Italia Sacra tom. 7, de Cannensibus Episcopis, pág. 783.

para sus estados á los Templarios. Su primer preceptor fué Fr. Pedro Berka de Dube y Lippa: al cabo de poco tiempo, ya tenia el Temple en Bohemia 20 casas opulentas, como tendremos ocasion de notarlo más adelante (1).

Ya hemos visto muchas veces que los Prelados admitian en sus asambleas á los Templarios. La historia de España nos proporciona diferentes ejemplos, y en particular en este tiempo, Fr. Jaime de Timor, nombrado vice gerente de Gran Maestre, se halló en un concilio celebrado en Tarragona, en el cual se decretó, que los obispos de Provenza podian absolver á los excomulgados de sus diócesis, y el arzobispo absolver á los súbditos de sus sufragáneas (2).

Esta continuacion de estima por parte de los grandes hácia el Temple, tantas liberalidades y tantas pruebas de confianza cuya mayor parte desconocemos, estas consideraciones que hemos visto, y los honrados que fueron los Templarios por S. Luis; todo esto, unido al testimonio que el señor de Joinville rinde á la regularidad de los Hospitalarios, hace ver cuán poco fundados son nuestros modernos, tocante á la idea que tienen formada de los caballeros de la época que nos ocupa.

Para crédito y vindicacion de la órden del Temple, podriamos añadir que el Patriarca de Jerusalem y el Obispo de Winchester, queriendo reformar un cabildo de canónigos regulares de Palestina, creyeron que no podian emplear medio más eficaz que obligarles á tomar la Cruz del Temple, y sujetarles á la autoridad de los superiores de dicha Caballería (3).

No debemos omitir tampoco que, en Chipre, en dicha época, se honraba la memoria del bienaventurado Fr. Juan de Montfort, caballero Templario, quien vivía á últimos del siglo XII, célebre, durante su vida, por sus virtudes y santidad poco comunes, y, después de su muerte, por los milagros que obraba en su sepulcro. Su cuerpo, preservado de la corrupcion, se enseñaba íntegro en el monasterio del Cister, llamado de San Juan, que después pasó á los franciscanos (4).

Su fiesta se celebraba el mes de mayo; habia sido conde de Ruchas y mariscal de Chipre; habia tenido un hermano llamado Felipe, gobernador de Tolemaida en 1256.

300 barones entre alemanes, franceses y flamencos, al ver la poca probabilidad de recobrar pronto los Santos Lugares se retiraron á Chipre,

(1) Epitome rerum Bohemicarum lib. 3, cap. 17, pág. 31^a.

(2) Coll. maxima Concil. Hispanie tom. 5, pag. 198.

(3) Mat. de Paris año 1238.

(4) Barnabas de Montalbo lib. 1, chronicorum cap. 49.

Antonio de Aranda itinerario y descripcion de la Tierra Santa.

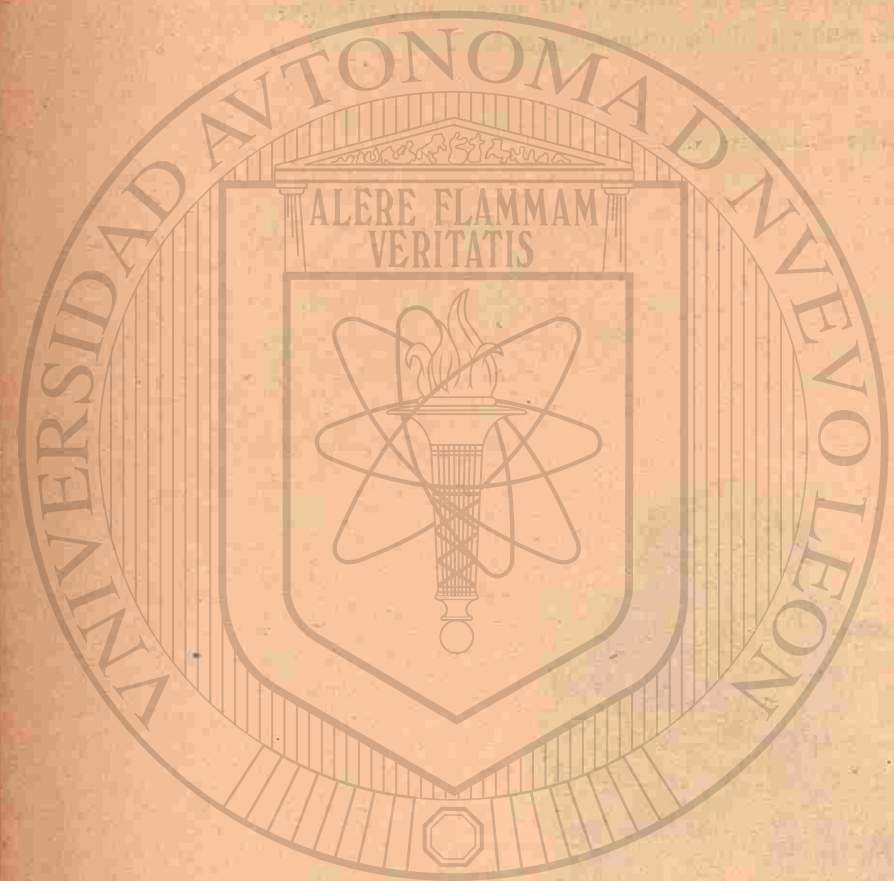
Item. Menologio Cisterciense, pag. 171.—Cistercium bistercium, pag. 492.

Necrologio de Port Royal pag. 451.

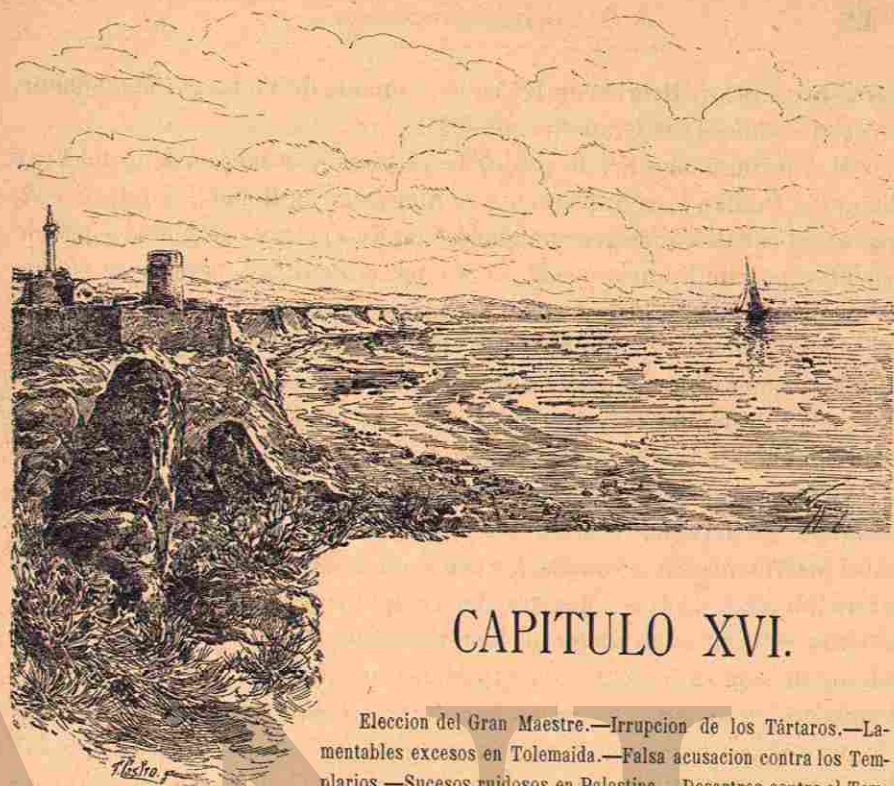
en union de Fr. Juan de Montfort, y esparramados en la soledad se convirtieron en hermitaños llevando una vida de penitencia y mortificacion de tal manera que con el tiempo fueron considerados y venerados como Santos por la iglesia griega, contra su costumbre de no solemnizar la fiesta de los Santos Latinos, sino son de los primeros siglos (1).

(1) Hist. general de Chipre, por el P. Lusignan fol. 63.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO XVI.

Eleccion del Gran Maestro.—Irruccion de los Tártaros.—Lamentables excesos en Tolemaida.—Falsa acusacion contra los Templarios.—Sucesos ruidosos en Palestina.—Desastres contra el Temple y Hospital.—Carta del Papa á San Luis.—Sitio de Assur y su rendicion.—Ataque de Antioquia.—Combates parciales.—Cesarea tomada por traicion.—Urbano IV, protege al Duque de Anjou.—Resistencia del Temple.—Las dos Órdenes solicitan el socorro de la Palestina.—Promesas de Clemente IV.—El sultan sitia á Saphet.—Capitulacion de la plaza; es degollada la guarnicion por no querer apostatar.—Estratagema infame del sultan de Egipto.—Sitio y rendicion de Jaffa.—Devastacion del pais.—Desgraciada expedicion de Don Jaime de Aragon, y de San Luis contra Túnez en donde este muere atacado por la peste.—Cruzada de Inglaterra.—Tregua de dos años.—Gregorio X.—Cartas al rey de Francia y á los Templarios.—Confirma los privilegios de la Órden del Temple.—Muerte del Gran Maestro.—Donaciones.—Templarios ilustres de la época.

1256 **P**OR muerte de Fr. Renaldo de Vichiers, el Capitulo General del Temple pasó á la eleccion de sucesor al Maestrazgo, y recayó en Fr. Tomás Berault. Algunos historiadores, sin fundamento en que apoyarse, ponen en su lugar á Fr. Foulques de San Miguel, segun Bercolet (1); pero este historiador olvida ó ignora que la cualidad de Mestre y de Gran Maestro son muy diferentes. El vocablo *Magister* le ha engañado, como á muchos otros, como ya hemos notado anteriormente. Tambien el abate le Bœuf, dice haber visto en un cartulario del cabildo de Auxerre, la

(1) Hist. de Luxemburgo, tom. 3. pag 143.

carta de un Dean, dirigida en 1255 á Fr. Renaldo de Vichiers Comendador, aunque entonces era Gran Maestre (1).

M. Ducange da á Fr. Renaldo, de Vichiers por sucesor á un tal Fray Amauris, fundándose únicamente en un pasage de Renaldi donde dice (2) que el tal caballero fué recomendado á los Templarios orientales y pedido por preceptor de Francia por S. Luis y por el Pontífice, pero no se vé que se les pidiese le nombrasen Gran Maestre, y aun cuando así hubiese sido, ¿se seguiría de esto que hubiese poseído esta dignidad? ¡Lástima que sabios de primer orden caigan en semejantes equivocaciones! El continuador de Guillermo de Tiro dice espresamente que Fr. Renaldo de Vichiers fué reemplazado por Fr. Tomas Beralt que otros llaman Beraldi, Berard, y Berault: á este Gran Maestre se atribuyen las ceremonias absurdas y profanas, las heregías, costumbres y prácticas anticatólicas introducidas entre los Templarios de que se les acusó en 1307, no faltando autores que las atribuyen á un Gran Maestre del Temple llamado Roncelino, que no se halla en ningún catálogo, ni historia alguna, como tal Gran Maestre. Ya veremos en su lugar si esta suposición es fundada (3). Vamos ahora á ocuparnos en los graves acontecimientos, y desastres aún más lamentables que ocurrieron en la Tierra Santa; pero, debemos consignar que las dos Órdenes militares fueron las únicas que por el celo por la religion continuaron dando nuevas pruebas de valor y de heroísmo.

1257. El primer año del Maestrazgo de Fr. Berault celebráronse en Lérida (Cataluña) Cortes generales de los Estados de Cataluña y Aragon, en las que asistieron algunos Caballeros Templarios, entre otros, Fr. Guillen de Cardona Maestre de Aragon, y Fr. Hugo de Jolis Preceptor de Cataluña. El rey D. Jaime el Conquistador prometió y juró en dichas Cortes conservar y mantener á las dos Ordenes y otros eclesiásticos todos sus antiguos derechos, añadiendo otros nuevos, como puede verse en la coleccion que citamos (4) y que más detalladamente harémos en los capítulos pertenecientes á los Templarios de Cataluña.

En este año el Papa Alejandro concede á la Orden Teutónica todas las inmunidades, libertades é indulgencias que la Santa Sede habia concedido hasta entonces á las dos Ordenes del Temple y Hospital, porque observaba con edificacion los estatutos de los Hospitalarios en lo tocante á los pobres enfermos, y á los de los Templarios por lo concerniente á las funciones de los capellanes, caballeros y demás objetos, y decia el Papa: «Por esta razon, es justo igualaros en gracias y privilegios con aquellos á quienes procurais con celo imitar en sus virtudes y conducta (5).»

(1) Memorias sobre la hist. de Auxerre tom. 1, pag. 739.

(2) Renaldi, año 1264, n.º 31.

(3) Tyril. cont. hist. año 1256.

(4) Marca Hispánica vol. 1441.

(5) Hist. Ord. Teuton. part. 2 pág. 11.

A pesar de este testimonio tributado á la regularidad de los Teutónicos, este mismo Papa, á últimos del mismo año, no dijo de fulminar la excomunion contra dichos caballeros de Prusia á causa de sus altercados con Casimiro, duque de Cracovia.

Por este tiempo, una irrupcion de bárbaros salidos despues de algunos años de Tartaria, bajo las órdenes de Holagu, fué á caer como un torrente sobre los musulmanes, á quienes derrotó, obligando á algunos sultanes á serles tributarios. Enorgullecidos por sus primeros triunfos, é imaginándose imponer el mismo yugo á los cristianos orientales, enviaron un embajador á los dos Grandes Maestres, con la comision de ofrecerles cuanto deseasen de ventajoso, con tal que no se opusieran á la rapidez de sus conquistas. Dichos Grandes Maestres, Berault y Chateauneuf, convocaron su consejo respectivo, y deliberaron y resolvieron luego acerca de dicho asunto. Rechazaron con indignacion los ofrecimientos que les hacia Holagu, respondiendo que no se hallaban allí para vivir deliciosamente, por cuanto se habian consagrado á Dios de una manera especial, y con el propósito de esponer sus vidas por Jesucristo en una tierra que habia regado con su sangre, para la salvacion de los hombres; y aunque, dijeron al embajador, vuestros tártaros fuesen tan formidables como demonios escapados del infierno, pueden presentarse cuando quieran: tendrán que habérselas con los servidores de Jesucristo. Nosotros les esperamos en plena campaña, y estamos dispuestos á recibirles.»

Tal fué la respuesta de los Grandes Maestres, y no obstante no impidió que los bárbaros entrasen en Siria al cabo de tres años, devastando el país y rindiendo algunas plazas (1).

A esta irrupcion de los tártaros ó Mogoles se debió la entera desaparicion de los asesinos y la captura de su jefe, el Viejo de la Montaña. Diez mil hombres le tuvieron sitiado en un castillo, por espacio de algunos años, y la falta de víveres le obligó á rendirse.

1258. Este año es tristemente notable por la escandalosa ruptura que tuvo lugar en Tolemaida entre genoveses y venecianos, con motivo del uso comun que tenían del Monasterio é Iglesia de S. Sabas.

En vano los dos Grandes Maestres hicieron, por su parte, los mayores esfuerzos á fin de calmar y apaciguar las animosidades y lograr un acuerdo entre las dos poderosas repúblicas; todo fué inútil, y la discordia llegó á tal punto, que, viniendo á las manos, los genoveses arrojaron á los venecianos de la ciudad y se refugiaron á Tiro. Declarada así la guerra por este hecho, los venecianos, secundados por los piisanos, volvieron á la carga, y favorecidos por la noche, entraron en el puerto de Tolemaida, y rota la cadena que lo resguardaba, pegaron fuego y echaron á pique á 23 bu-

(1) Oderic Reinaldi año 1257.

ques genoveses, anclados en el puerto, y no contentos con esto, forzaron el monasterio de san Sabas, echando de él á cuantos lo ocupaban. Victoriosos los venecianos, deseaban entonces el convenio propuesto por los dos Grandes Maestros, cuando apareció el almirante Rossi á la vista de Tolemaida, con una poderosa flota, resuelto á vengar el honor de su república, y la quema de sus buques. Los genoveses salieron con los suyos, y se trabó un combate naval entre Tolemaida y Caifás, en que los genoveses fueron derrotados perdiendo 25 galeras (1).

Desde entonces las dos repúblicas fueron enemigas mortales, tanto en occidente como en oriente; por mar, por tierra y por todas partes en donde se encontraban, se batian encarnizadamente, lo que causaba el mayor sentimiento á las dos Ordenes, por cuanto las dos repúblicas reunidas habían sido, hasta entonces, su mayor apoyo.

Informado el Papa de que los genoveses se hallaban sitiados en santa Gilia (Cerdeña) por el partido veneciano, intimó con amenazas á unos y otros á la reconciliación, enviando á dos caballeros, revestidos con el carácter de nuncios apostólicos, uno del Temple y el otro del Hospital, con orden á los sitiadores de abandonar su empresa, y á los genoveses de salir de la ciudad dentro de 8 días, entregándola á disposición y poder de los dichos caballeros, quienes, después de haber tomado posesión de ella, en nombre de la Santa Sede, dice el Papa, «tendrán cuidado de recibir juramento de los ciudadanos, haciéndoles prometer no tomar partido alguno, y sujetarse á lo que Nos ordenáremos.»

Esta comisión del 6 de julio, confiada á los caballeros, les interesaba más que á nadie porque dicha guerra, si duraba, no podía sino apresurar la pérdida de la Tierra Santa (2).

En Francia, aquel Fr. Amaubris de quien hemos hablado, que fué elegido Preceptor por recomendación del Papa y del Rey, permitió á los porta capas blancas tener un cementerio y edificar una capilla con el permiso del obispo, así como un convento junto á las murallas de Paris. San Luis es reconocido como principal fundador de dichos religiosos, por cuanto dió á la casa del Temple 40 sueldos de renta, como indemnización de los derechos de censo que ella tenía por haberse construido dicho Monasterio en terreno de aquella Orden. Estos religiosos de capas blancas eran mendicantes procedentes de Marsella donde había tenido principio dicha Orden que fué abolida en 1274.

Es digno de notarse, y ya lo hemos indicado más de una vez, que nada incomodaba más á los obispos, para proceder injustamente contra las Ordenes militares, que los privilegios de que gozaban durante los inter-

(1) Hist. general de Jerusalem lib. 12. cap. 1.

(2) Oderit Rainaldi año 1258. n.º 30.

dichos generales. Bastaba alguna rencilla, querrela ó oposición de los laicos y clero, para que los Prelados recurrieran á las censuras, y durante el tiempo que ellas gravitaban en el lugar ó territorio censurado, los Templarios, usando de sus derechos é inmunidades, se atraían la reprobación de aquellos como lo hemos visto, y hallamos renovada en las letras que enviaron Roberto, obispo de Angulema, y Posue de Saintes al Preceptor del Poitu y al visitador general de esta parte del mar, y dice el de Angulema:

«Antes de que fuésemos elevados al episcopado, y después honrados con esta dignidad, hemos apremiado los intereses de vuestra Orden. Nada nos es más agradable que hacerla respetar; siempre hemos sido los primeros en complacer á vuestros súbditos, dándoles mil pruebas de bondad, protegiéndoles aún más allá de lo que podíamos, lo que nos autoriza para recurrir á vos con confianza, y nos hace esperar que no rehusareis el efecto de nuestras justas reclamaciones.»

Entrando en seguida en materia, explica las razones que le han precisado á fulminar el entredicho sobre la ciudad episcopal, y todo el territorio de Angulema, lamentándose amargamente de la conducta de los Templarios de dicha ciudad, por el desprecio que hacen de sus censuras, y luego al visitador reprima esta audacia; y como los caballeros hubiesen contestado al Prelado que ellos no hacían más que usar de sus inmunidades, el obispo Roberto añade. «Aun cuando vosotros hubieseis obtenido esos privilegios, que no admitimos, porque no los hemos visto en ninguna parte, ni oído decir que jamás se hayan concedido gracias tan contrarias á la libertad eclesiástica, aun cuando todo esto os fuese permitido, sería muy conveniente absteneros porque, según el apóstol, todo lo que es permitido no es siempre expediente sobre todo si se ha de seguir escándalo, y si la caridad cristiana sufre por ello.»

El obispo de Saintes concluye su carta al visitador, poco más ó menos en los mismos términos; y en la carta al Preceptor le dice: «Por esto os rogamos y exhortamos vuestra prudencia en el nombre de Dios, y para honor de vuestra Orden, el impedir á vuestros súbditos cometer en su consecuencia semejantes indecencias (1).

¿Cómo es posible que estos obispos pudieran dudar de los privilegios tantas veces renovados por la Santa Sede? ¿Qué podían ellos replicar si se les hubiese dicho que era cosa más indecente el castigar por el entredicho, á mil y mil inocentes por el crimen del conde de Angulema? El uso de los privilegios concedidos á los Templarios durante los entredichos generales, era más conforme que contrario á la caridad, y si se abusaba de estos privilegios, nos parece que era menos enorme que el abuso de las censuras generales.

(1) Martenne vet. Script collect. tom. 7 col. 157, &

Hé aquí otro caso en qué se ve que los Templarios no traspasaban impunemente los límites de sus privilegios. En Auxerre ellos colocaron una campana en su oratorio de Monetar con el fin de llamar al pueblo á sus funciones, y uno de sus capellanes dió la bendición nupcial en un caso prohibido, el Obispo Guido de Mellot, les intimó quitar la campana, y declaró el matrimonio no válido. Los Templarios rehusaron someterse, el Ordinario les citó delante del Cardenal Legado, quien les obligó á descolgar la campana y rehabilitar el matrimonio (1).

1259. Hallamos en documentos históricos de este año, que en los tratados de paz hechos entre el rey de Francia y el de Inglaterra, los Templarios fueron escogidos para ser los depositarios de las sumas estipuladas, y admitidos como garantía y caución (2). Qué en las turbulencias que dividían á Enrique III con los barones del reino los caballeros Templarios no tomaron más partido que el de la nación, y no figuraron en dichas agitaciones sino como pacificadores, y en tanto es así, que Fr. Willaume fué enviado con este objeto á Roma, en unión de otros personajes cuyo celo y prudencia alaba el Papa Alejandro (3).

El mismo Pontífice concediendo al rey de Hungría el 5.º de las rentas eclesiásticas, exceptua nominalmente á los Templarios y demás Órdenes militares, por razón de que ellas bastante sufrían de los tártaros en Siria como él en su reino. Además, añade el Pontífice, «Nos les exhortamos por nuestras letras Apostólicas que os secunden con todo su poder, en el conflicto en que os hallais para la defensa de vuestros estados, por una causa tan comun á ellos como á vos (4).

Mateo de Paris, cuya historia termina á fines del mes de junio de este año, cuenta con un *se dice* que, además de la guerra de los venecianos con los genoveses, hubo una furiosa querrela en Palestina, entre los Hospitalarios y Templarios, y segun el historiador, se batieron con tanta animosidad, que los últimos fueron de tal manera destrozados que apenas quedó uno para llevar la noticia á sus cohermanos (5), añadiendo que los Hospitalarios perecieron la mayor parte en este combate; no habiendo tenido lugar jamás, segun el autor, tanta mortandad entre cristianos, y aun menos entre religiosos. Habiendo llegado esta noticia á Europa, los Templarios se reunieron al instante, y por deliberacion unánime, mandaron por todas las casas de la Orden, que, dejando los caballeros más precisos y necesarios para guardarlos, todos los demás partieran inmediatamente para Tolemaida, tanto para restablecer sus casas arruinadas como para vengarse de los Hospitalarios.

(1) Nova Bibliot. Labbei tom. 1, pag. 501.

(2) Cuerpo universal de diplomacia tom. 1, pag. 107.

(3) Mateo de Paris en el apéndice.

(4) Odoric Rainald. año 1259, n.º 44.

(5) Id. año 1259, n.º 62.

Vamos á desvanecer esta calumnia.

Un acontecimiento tan grave de esta naturaleza, y capaz por sí solo de producir ruidoso y general escándalo no se halla sino en el historiador inglés y en los que le han copiado. Ni una sola palabra de este suceso dicen, Nangis, Trivet, Sanut, ni el continuador de Guillermo de Tiro, Hugo Plagon, que consigna hechos menos importantes, concernientes á los Templarios. De Mateo de Paris, han sacado los historiadores eclesiásticos este hecho, que lo han considerado como cierto, (1) mientras que dicho autor no lo dá como tal, por cuanto al relatarlo, emplea hasta por dos veces las señales de incertitud, como, *lo que se dice, lo que se decía.*

El historiador de la Orden de Malta, el abate Vertot, hubiera á lo menos suspendido su juicio acerca de la realidad de este desastre, siendo de notar que, algun tiempo despues, dirigiendo una carta á los Hospitalarios, lejos de hablar de esas violencias y de echárselas en cara, les excita á immortalizar su nombre, haciendo su elogio, calificándoles de ilustres atletas, de guerreros invencibles, de tropa escogida, soldados del Altísimo, que siempre tienen empuñadas las armas para su gloria, y que el Todopoderoso ha hecho revivir el espíritu de los Macabeos, para vengarse de los enemigos de la Religion.»

Nada habia mas fuera de lugar que este elogio, á ser cierto el hecho de que se acusa á los Hospitalarios; en una ocasion poco mas ó menos semejante dichos Caballeros fueron reprendidos y tratados como merecian por Inocencio III en 1198.

El Papa Alejandro no estaba menos interesado para disimular ese supuesto combate de los venecianos con los genoveses. Si se objetara que el rumor de estos escándalos no habia tal vez llegado aún á Roma, cuando el Papa escribió dicha carta, puede contestarse, remitiéndose al mismo autor, Mateo de Paris, que cita esta batalla en el mismo lugar que la tuvieron los genoveses y venecianos, suponiendo que tanto una como la otra se dieron en el mismo año, y dice. «En este tiempo, los Templarios, los hermanos de S. Lázaro y de S. Tomás, los Hospitalarios de Tolemaida con sus comprovinciales, asi como muchos otros, tales como los genoveses y los pisanos, que hasta entonces habian sido los baluartes y defensores de la Iglesia, vinieron en convertirse en enemigos los más crueles perturbando la paz y aniquilándose los unos á los otros; por cuanto habiéndose reunido los Hospitalarios contra los Templarios les cargaron de manera que apenas quedó uno, etc.» es asi que los genoveses habian sido batidos en junio de 1258; luego, si el desastre experimentado por los Templarios ocurrió en el mismo tiempo, el Papa, que escribia el año siguiente á los Hospitalarios, habria tenido tiempo suficiente para estar informado

(1) Fleuri Hist. Eclesiat. tom. 17. pag. 615.

y por cierto que no hubiera dejado de hablar de ello en su carta apostólica.

Por otra parte, esta acción se dió en un encuentro; en batalla formal; si solo fué un encuentro, no se concibe que pudiesen tan gran número de Templarios, hasta quedar sus casas desiertas; si fué una batalla en toda regla; ¿cómo es posible que los historiadores de aquella época no digan ni el día, ni la ocasión, ni la existencia, mientras que dan los detalles tan exactos y circunstanciados de los combates dados entre los genoveses y venecianos? ¿Cómo los Prelados y los barones sirios no impidieron el combate, ofreciéndose como mediadores entre las dos Órdenes? Y era muy fácil reconciliarlos por que el Gran Maestro del Hospital era hermano del gran preceptor del Temple en Oriente.

El último asunto que mediaba entre las dos Órdenes en esta época y que había sido causa de algún desacuerdo, había sido remitido á Roma, y devuelto á Oriente, terminándolo, en Tolemaida, dos Abades delegados por la Santa Sede, el uno del Santo Sepulcro y el otro de S. Samuel de la Orden Premonstratense.

El silencio de los contemporáneos acerca del hecho en cuestión confirma lo que ya hemos dicho en otro lugar, que Mateo de París no es por cierto un fiel guía que se deba seguir en los asuntos de Palestina (1).

Conocía tan poco este hecho, que ni sabía quienes batieron á los genoveses, pues no hace ninguna mención de los venecianos ni de sus triunfos y ventajas conseguidas sobre los primeros. En fin, si hubiera sido verdad que los caballeros europeos se hubiesen reunido, como el tal autor dice, para deliberar acerca de los medios de restablecer sus casas vacías y abandonadas en Oriente, el escándalo se hubiera hecho público, y ningún historiador hubiera dejado de hablar de semejante hecho, y Mateo de París lo hubiera escrito no como cosa dudosa, sino como hecho constante y averiguado, lo que sin embargo no se atrevió á hacer, á pesar de haber exagerado y hecho constar faltas de las personas que no amaba (2).

La situación de la Palestina en la época de que nos ocupamos, si bien no era envidiable, no obstante gozaba de una tranquilidad aparente y pasajera, y, merced á este sosiego, se procuró fortificar algunas plazas y castillos más avanzados á las fronteras del musulmán, á fin de contenerle en sus correrías. Las Órdenes militares las guarnecían cuidándose poco de la situación peligrosa de dichas plazas; desafiaban el peligro y nada era capaz de arredrarles. También se fortificó el castillo de Karak, en el

(1) Dixisse contentis tam multos in hoc auctore occurrere errores circa expeditionem hanc transmarinam ut illius cognitio ex ipso nequaquam sit petenda. Ita Stellingus in vitam S. Ludovici pag. 122.

(2) Perpetuum est Parisi vitium ubi quid minus recte factum existimat á principibus viris id verbis in inmensum augere; jactataque malevolis quibusdam conscribere, ac si cummuni fere omnium voce probata essent. Ita Stellingus ibid. pag. 313.

condado de Trípoli, y para reprimir las escursiones del infiel, Fr. Guillermo de Chateaufort, Gran Maestro del Hospital, organizó un cuerpo de tropas á sueldo de la Orden, con 100 caballeros, para que desde el castillo de Assur, fronterizo de las tierras del Sarraceno, pusieran á este á raya y escarmentaran su osadía.

Muy poco tiempo se pasó sin sucesos ruidosos en la Palestina, manteniéndose los unos dentro de sus plazas, y los otros en sus dominios, que por razón de sus divisiones y guerras civiles no se ocupaban de los cristianos, contentándose con pequeñas escursiones, correrías y uno que otro ataque ó encuentro de poca importancia. No obstante, las Órdenes militares, merced á esta tranquilidad aparente, pudieron aumentar sus fuerzas con los hermanos, servants y reclutas de Occidente, que, en pequeños ó numerosos grupos, llegaban de vez en cuando á la Palestina, y estos refuerzos llegaron con oportunidad en los momentos en que los cristianos de Oriente se preparaban para oponerse á los tártaros, que habían invadido parte del Egipto, inmediato á la Tierra Santa.

1260. En efecto, aquella multitud innumerable de bárbaros, atacando á los musulmanes, se apoderaron de Damasco, Emesa, Alepo, y otras plazas. No tardó mucho en verse aquella irrupción penetrar en la Galilea, y entrar en la Santa ciudad de Jerusalem, que se hallaba sin defensa, y desde allí pasó hasta las puertas de Tolemaida insultando á los cristianos.

La ciudad fué dichosamente librada del peligro que corría cuando menos lo pensaba, y lo debió á los Egipcios, sus enemigos, pues temiendo los progresos del Tártaro, el Sultán de Egipto Melec-Elvahet, le atacó en las llanuras de Tiberiades donde quedó derrotado; y al volverse el Sultán victorioso hácia el Cairo, Bibars por otro nombre Bendocdar, el vencedor del conde de Artois en Mausouratk, asesinó al joven sultán, y de general pasó al trono de Babilonia, proclamado por los mamelucos. Parece que no fué solo la ambición, lo que le arrastró al crimen, sino la fidelidad de su Soberano en observar la tregua firmada con los cristianos, y como los mamelucos, que le habían proclamado emperador, profesaban como él, odio encarnizado á los cristianos, de ahí es que señaló su advenimiento al trono, ensangrentado por un asesinato, con una guerra sin descanso, con satánico furor, y perseverancia increíble contra los cristianos; pero especialmente, contra los caballeros de las Órdenes; y á pesar de la tregua que aún no había terminado, atacó á las fuerzas cristianas derrotándolas á fines de este año. Hubo diferentes combates todos sagrientos, en los cuales el valor, coraje é intrépidez de los combatientes por la religión cristiana no equivalían á contrarrestar las numerosas fuerzas del musulmán. Las pérdidas del Temple fueron considerables: Fr. Estéban de Sissi, preceptor de la Sulla, los caballeros de Tolemaida, de Saphet, Belfort, y del castillo de los peregrinos fueron batidos y dispersados.

Fr. Mateo, el salvaje, Comendador del Temple, muchos caballeros, con gran número de soldados de infantería y caballería quedaron tendidos en el campo, amén de otros que cayeron prisioneros y cargados de cadenas, conducidos cautivos á Babilonia. El Temple en esta ocasión perdió todos sus equipajes y bagajes. Para rescatar al Señor de Baruth, al Mariscal del Reino, al Gran Comendador del Temple y á otras personas de distinción, fué preciso recoger la suma de 20,000 besans. Hallamos por primera vez en las historias originales el título de Comendador para designar á uno de los grandes dignatarios de la Orden del Temple (1).

Al saber Urbano IV los desastres experimentados en Palestina, escribió á S. Luis Rey de Francia, diciéndole entre otras cosas:

«El sultan de Babilonia, contra la fé de los tratados, ha ido á acamparse con ejército formidable entre el monte Tabor y Naim, y sus tropas, en odio al nombre cristiano, han llevado el hierro y el fuego hasta las puertas de Tolemaida, han arrasado la Iglesia de Nazaret y la del Tabor, sus soldados matán indiferentemente á todos los que encuentran, sin distinción de sexo ni edad. La condicion de aquellos que mueren por el hierro de los bárbaros no sería tan de lamentar, pero los suplicios que hacen experimentar á los prisioneros, para obligarles á cambiar de religion, no se pueden ponderar.»

Los lamentos, exhortaciones y súplicas de los Papas apenas se escuchaban, y las noticias desgarradoras que llegaban de la Palestina hacian muy poca impresion á los occidentales, ocupados en sus intereses particulares: solo el rey de Francia alarmado por tan lamentables sucesos, en una reunion de obispos ordenó se hicieran procesiones y rogativas públicas. Sin embargo, la Palestina continuaba en peor estado, aumentándose cada día sus peligros para perderse totalmente.

Este mal estado de los asuntos orientales dió lugar á que muchos señores del país vendieran parte de sus posesiones creidos de que no gozarían de ellas largo tiempo. Balian de Arsouf, vendió á los Hospitalarios sus tierras y dependencias. Julian de Sidon hizo otro tanto del Castillo de Beaufort, así como de la ciudad de Sidon, por cuanto su ciudadela ya pertenecía al Temple desde muchos años, (2) la cual se defendió de los tártaros obligándoles á retirarse. La Orden del Hospital cedió á la del Temple todas las pretensiones que aquélla tenia en Jerusalem, pero el Temple las renunció luego, y el Gran Maestre del Hospital Chateaufort, las rescató del preceptor del Temple, hermano suyo, por una suma que no pasaba del precio de un caballo (3). Esto indica suficientemente la poca

(1) Tyril. cont. hist.—Item Marin Sanut año 1270.

(2) Marin Sanut año 1270.

(3) Monasticon Anglicanum vol. 2. pág. 502.

confianza que ya se tenia de entrar otra vez en posesion de Jerusalem.

Hasta entonces se habia observado que la nobleza seglar preferia ingresar en la caballería del Temple que en la del Hospital; porque en la primera el hábito de los caballeros se distinguia del de los Servants, y en la segunda no existia diferencia ninguna entre los caballeros de primero y segundo grado. En virtud de las observaciones que acerca de esto hizo el Gran Maestre del Hospital á la Santa Sede, Adriano IV, para poner una distincion entre los hermanos servants y los Caballeros del Hospital, ordenó que en adelante los caballeros en las casas de la Orden, llevasen la capa negra, y en la guerra un sayo ó cota de armas encarnada con la cruz blanca, igual á la del estandarte de la religion y á sus armas que son de gules y la cruz en campo de plata, lo que no era el blason de los Templarios, como equivocadamente lo ha imaginado el arte heráldico. Los Templarios lo tenían de plata de *sable* en la cruz con abertura recamado sobre el todo con el lema *Non nobis, Domine, non nobis*, etc. (1).

Además de las señales que distinguian á los súbditos de las dos Órdenes; habia otras para los eclesiásticos que eran cofrades, aunque no llevasen el hábito de la religion, y esto para hacerse participantes de los privilegios, y tuviesen derecho como familiares y comensales de la Orden á pesar de los obispos. Esta costumbre fué declarada abusiva en un Concilio que se tuvo en Arles aquel mismo año, y decian los Prelados:

«Nos queremos y pretendemos que estos domésticos ó familiares, no obstante sus señales de distincion, sean suprimidas y corregidas sus faltas y delitos por los ordinarios conforme á la decretal de Inocencio III (2).

1261. El sultan de Egipto, el terrible Bendocdar habiendo resuelto arrojar de la Palestina á los cristianos pasó á sitiar la fortaleza de Assur defendida por los Hospitalarios. Era una plaza de las mejores y la mas respetable tal vez de todo el país. El Gran Maestre del Hospital, que era en esta época Fr. Hugo de Revel, mandó reforzarla con 90 caballeros además de la guarnicion ordinaria. Los ataques que dió Bendocdar á la plaza fueron vigorosos, la defensa no lo fué menos; el asalto era repetido y el sultan no entró en la plaza sino pasando por encima de los cadáveres de los defensores y de los intrépidos guerreros, muertos por la obediencia, y con el mérito y honor de haber combatido por la Religion (3).

Bendocdar, continuando sus conquistas sobre el campo cristiano, marchó hacia Antioquia, y se presentó á sus puertas, que hubiera sin duda rendido, si el rey de Armenia no hubiera logrado que los tártaros fuesen á atacar á los musulmanes, salvando así Antioquia.

(1) Odoric. Reinaldi año 1259.—Item A. Plaine, pág. 251.

(2) Concilia Labbei tom. II, col. 2365.

(3) Sanut lib. 3, part. 12, c. 8.

1262. A pesar de la distraccion que los tártaros ocasionaron al sultan de Egipto, con el cual tuvieron bastantes combates prósperos y favorables, no dejó de presentarse Bendocdar al frente de 30,000 hombres en las llanuras de Tolemaida, devastando las cosechas é incendiando todos los alrededores, llegando á las puertas de la ciudad á la cual puso en alarma, no retirándose sino despues de haber rechazado á los caballeros de las Órdenes que le atacaron, muriendo muchos de ellos en el campo, y otros á consecuencia de sus heridas. El sultan, durante un armisticio, pidió un cangé de prisioneros, como estaba convenido en tratados anteriores; pero tanto los Templarios como los del Hospital lo rechazaron, y con justa razon, diciendo que á pesar de los tratados, en que él se apoyaba, las Órdenes habian tenido que rescatar á gran parte de los suyos con sumas importantes, y que en la actualidad ellos tenian prisioneros distinguidos y en mayor número que el sultan, por lo que, irritado este de semejante respuesta se vengó destruyendo completamente el monasterio llamado de Belén en las cercanias de Tolemaida, á últimos de 1263 los caballeros de las dos Órdenes vueltos de su estupor por las continuas pérdidas y desgracias experimentadas, y cansados de verse encerrados en las fortalezas, salieron de ellas para operaciones militares, sino en grande escala, porque les era imposible, por sus reducidas fuerzas, á lo menos atacar pequeños destacamentos y castillos de menor importancia. En efecto, su primera ventaja fué rendir el castillo de Lilion que arrasaron, y al acudir en su socorro un cuerpo de musulmanes le batieron tambien, haciéndole 300 prisioneros; cogiendo mucho ganado mayor, y menor perdiendo solamente tres hombres. El sultan, por su parte, hacia lo mismo en las inmediaciones de Roma.

El 15 de junio de 1264, secundados los caballeros por los ciudadanos de Tolemaida, formaron el designio de quitar de las manos del musulman á un gentil hombre cristiano que el sultan rehusaba entregar, y puestos en combinacion marcharon hácia Ascalon, arrebatando cuanto les fué posible. Dos Emires, á la cabeza de 400 hombres, perecieron en un combate que se tuvo en aquellas inmediaciones, huyendo los demás, sin pérdida alguna por parte de los cristianos.

Tres meses después, un cierto Oliver de Termes, llegado últimamente á Tolemaida, reunió sus fuerzas con las de las Órdenes, y milicia de la ciudad, y juntas salieron para combatir con los infieles, á los cuales se les incendiaron algunos fuertes, se devastaron sus campos, haciendo capturas importantes en hombres y rebaños: pero, á últimos del mismo año, el sultan que por su parte no dejaba un momento de reposo á los cristianos, se apoderó por traicion de Cesarea y poco después de la villa y castillo de Arsouf, por medio de un sitio formal (1).

(1) Tyrii const. hist. — Beandoim et Saout.

En este tiempo ocupaba la Sede apostólica un Papa francés, que para favorecer los intereses de su nacion, fué causa de graves disturbios y desavenencias con los reyes de Aragon. Este Papa, queriendo quitar á los descendientes de Federico II la Pulla y la Sicilia, ofreció la investidura á Cárlos de Anjou hermano de san Luis; y para poner á dicho príncipe en estado de sostener la guerra contra Manfredo que estaba en posesion de dicho reino, Urbano IV, que era el Pontífice de quien hablamos, le cedió el diezmo sobre la Provenza y autorizó á su legado para imponer censuras á los que rehusasen pagar aquel diezmo, para obtener recursos á favor del de Anjou, sin exceptuar á Templarios ni Hospitalarios, á pesar de los privilegios de que gozaban de no poder ser entredichos (1).

Para lograr con más seguridad este objeto, el mismo Papa encargó á san Luis pidiese al capítulo del Gran Maestre del Temple nombrase por Preceptor de Francia á Fr. Amaubri de Rup, como se puede ver en la carta de la que Renaldi nos ha transmitido un fragmento en su historia, donde el Santo rey está representado como el vengador de las inmunidades eclesiásticas, protector de la Iglesia y de las personas religiosas.

Urbano IV, dice á los caballeros. «Para vosotros que gozais de todos sus favores, ¿de cuánto reconocimiento no debeis estar penetrados hácia él? Si os acordais de su celo por la defensa de vuestra Orden y de sus derechos, la particular estima con la cual os honra á todos los miembros de vuestra corporacion, os vereis obligados á confesar que él es no solamente justo y razonable, sino tambien de la mayor importancia para vosotros concederle lo que él os pide en la actualidad, á saber á Fr. Amaubri por Preceptor de Francia.»

No contento el Papa con unir sus instancias á las del rey, encargó al Patriarca solicitase lo mismo, lo que no podia menos de alcanzarse á gusto de las dos potestades.

Antes de Urbano IV, ningun pontífice se habia mezclado en el gobierno de los Templarios y mucho menos en destituir sus altas dignidades. Indispuesto este Papa contra Fr. Estéban de Sissi que de preceptor pasó á la dignidad de Mariscal de la orden, jefe distinguido en los combates de Siria, privóle de su dignidad ignorándose la razon y el motivo. Solamente puede conjeturarse que siendo preceptor de la Pulla no entrase en las miras de dicho Papa sobre la investidura del de Anjou para el reino de Sicilia. Sea lo que fuere, Fr. Estéban de Sissi no dejó de representar al Pontífice que dicha destitucion era un atentado jamás oido hasta entonces; lo que le valió una excomunion. El golpe de esta censura contra un alto dignatario del Temple, motivó que todos los caballeros, descontentos ya de la Santa Sede porque en lugar de enviar socorros, detenia en Italia á

(1) Thesaurus Anecdor, tom. 2, col. 80.

los cruzados destinados para el Oriente, tomaron partido por el Mariscal. Originando al Papa algunas mortificaciones cuyos detalles ignoramos; lo que hace adelantar á Renaldi, sin fundamento, que los Templarios intentaron sustraerse á la autoridad de la Santa Sede, sin decir como ni en que sentido.

Habiendo muerto Urbano IV, en estas circunstancias, Clemente IV, su sucesor, levantó la excomunión á Fr. Estéban de Sissi, pero no lo hizo hasta estar asegurado de la sumisión de los caballeros, dirigiéndole una carta en la cual reprende su ingrátitud, y pregunta si se imaginan los caballeros que el Salvador sujetando las ovejas al gobierno de san Pedro, exceptuó á los miembros y oficiales del Temple, y dice. «¿No sabéis vosotros que si la Santa Sede cesara un momento de protegeros contra los obispos y príncipes, no podríais jamás resistir contra sus esfuerzos? ¡Pluguiera á Dios que estuviérais, como debéis estar, convencidos de esta verdad! Lejos de llevar la presunción hasta despreciar la autoridad de aquél del cual dependéis totalmente despues de Dios, no titubearíais en darle todas las muestras posibles de obediencia y adhesión. La humildad os haría encontrar dulce y suave yugo, por duro y molesto que sea, por cuanto vosotros no podeis dudar que este primado que comprende todas las Iglesias y todas las Ordenes, y que vosotros pretendéis restringir por vuestras resistencias, no tiene bastante extensión y autoridad para llegar hasta vosotros, y para disponer al igual que á los demás eclesiásticos y religiosos. Temed llevar al extremo esta paciencia que Nos hace disimular muchas cosas que os costaría trabajo justificar, y que Nos no podríamos tolerar por mas tiempo si llegaran á ponerse en evidencia y examinar de más cerca (1).

1265. A pesar de estas vivas instancias que se hacian para comprometer á la Orden del Temple á favor del conde de Anjou, desposeyendo á Manfredo, y que le auxiliase con el dinero destinado á defender á los orientales, Carlos de Anjou no pudo alcanzar nada de los Templarios. El conde se lamentó de ello al Papa, y este escribió diferentes cartas á su legado. En la primera le encargaba apaciguase al príncipe irritado por la resistencia de los caballeros, quienes fundados en sus antiguos privilegios, rehusaban pagar por la guerra de Sicilia, el diezmo de sus rentas; en la segunda, permite al Prelado que era Simon de Brie, obligar á las dos Ordenes á pagar dicho diezmo, siempre y cuando considerase que era absolutamente necesario, y si la denegacion de los caballeros continuaba escandalizando al conde de Anjou (2).

El abate Fleuri que no mira este proceder de los caballeros sino como

(1) Odoric Renaldi año 1233, n.º 73.

(2) Thesaurus Anecd. tom. 2, col. 111 y 118.

una indocilidad, añade que ella perjudicaba los asuntos de Oriente; nosotros vemos lo contrario; por cuanto, lejos de resfriar el celo de los caballeros, ella no causó sino interrumpir por un instante el comercio de cartas y la buena inteligencia que habia entre ellos y la Santa Sede, por cuanto, fatigado Clemente IV, de las repetidas instancias que los Grandes Maestres no cesaban de dirigirle para obtener pronto socorros, este mismo año 1265, el Papa les contestó que las turbulencias de Sicilia los habia impedido, no obstante que habia puesto manos á la obra, y que á consecuencia de sus reclamaciones habia solicitado del rey de Francia y á sus barones preparasen su socorro, que con este mismo objeto, en aquel mismo momento, habia enviado á pedir al marqués de Braudeburgo cumplierse su palabra de pasar á Palestina, y que dentro de poco recibirian los refuerzos que reclamaban, añadiendo: «Procurad, sobre todo, mis caros hermanos, no abandonaros al desaliento; continuad siendo bravos; el brazo del Todopoderoso no se ha debilitado, y será siempre bastante fuerte para daros la victoria; no es necesario tampoco que las guerras que se agitaban en Occidente os causen ninguna alarma, y aunque estemos obligados á mirar y atender á todos en general, y á cada uno en particular, no hemos por esto perdido de vista los asuntos de Oriente; al contrario, tendrán para Nos el primer lugar entre aquellos de que Nos ocupamos (1).

En fin, el conde de Anjou, coronado rey de Sicilia en Roma, á principios de 1266, se puso al frente de un floreciente ejército para ir al encuentro de su competidor Manfredo. Cerca de Benevento se trabó la batalla que fué desgraciada para Manfredo perdiendo en ella la vida.

Carlos de Anjou, para mantenerse en el trono, tenia necesidad del Papa, por cuyo motivo no cesaba de pedirle socorros contra el partido gibelino; á lo que le contestó un dia Clemente:

«Mis cofres están agotados, y Nos admiramos que volváis á la carga, ¿pensais acaso que Nos tenemos el don de milagros para cambiar en oro la tierra y las piedras? Fr. Arnoulf caballero del Temple, está encargado de presentaros nuestras letras; si ellas no responden á vuestras esperanzas, á lo menos os convencerán de nuestra imposibilidad (2).» Era necesario fuese real, por cuanto para aumentar el número de los que se alistasen y se comprometiesen para el partido francés, dicho Papa dispensaba los votos hechos para pasar á la Palestina, lo que no dejaba de perjudicar en gran manera los asuntos de Oriente.

En cuanto á los Grandes Maestres, Clemente se contentaba con responder á sus reiteradas instancias, que no dejaba de compadecerse de ellos, que para los Cruzados no tenia ni un corazón de piedra, ni entrañas

(1) Epist. Clementis 110, tom. 2.—Anecd. col. 169.

(2) Epist. Clem. 110, tom. 2.—Anecd. col. 274.

de hierro, y muy lejos de esto, habia mandado predicar la Cruzada en Inglaterra, Francia y Alemania; que era preciso aguardar, que al fin, dentro de poco, los occidentales despertarian de su adormecimiento (1).

1266. Entre tanto Bendocdar se presentó otra vez delante de Tolemaida, y atacada por espacio de 8 dias, sin ventaja alguna, se retiró pasando con todo su ejército á sitiar Saphet guarnecida por los Templarios, quienes probaron su valor y fidelidad á la religion. Pertrechados allí esperaron intrépidos el ataque del musulman; después de una larga defensa de 42 dias, sin auxilio de socorro exterior, viendo el Prior del Temple las murallas ya destruidas y la resistencia inútil, se vió obligado á capitular en 22 de julio. En la capitulacion se habia estipulado salvas las vidas de los Caballeros y guarnicion, y que se les acompañaria hasta Tolemaida. Sin embargo, el sultan, una vez apoderado de la plaza, faltó villanamente á lo estipulado, y desarmados los caballeros y guarnicion, envió un Emir la misma tarde intimando á todos que se hicieran musulmanes ó morir, dándoles solamente la noche inmediata para resolverse, en tal conflicto, el prior del Temple, personaje de celo y de fe viva, asistido de Fr. Jaime y Fr. Jeremias, Frailes menores, empleó toda la noche exhortando á los Templarios, Ciudadanos y guarnicion, al que prefirieran la corona del martirio á una vida pasajera y deshonrada por una vergonzosa apostasia, suplicando con lágrimas que todos á la mañana siguiente se dejasen primero degollar ántes que hacerse mahometanos.

La guarnicion se componia de 150 Templarios y de 767 soldados á sueldo, es decir de 917, sin contar algunos Caballeros Hospitalarios, cuatro frailes menores y bastante número de paisanos, mujeres y niños, formando un total de unas 3,000 personas, de los cuales solamente 8 prefirieron á una corona inmortal, algunos momentos de una vida fugaz y deshonrosa. Del número de estos cobardes fué el castellan llamado el Caballero Leon que conservaba intimidad con el Sultan; éste, cumpliendo su promesa de pasar á todos por el filo de la espada sino apostataban, les hizo degollar, corriendo la sangre como un torrente desde lo alto de la montaña hasta la falda, y al tener noticia de la firmeza y constancia del Prior, después de haberle ofrecido, inútilmente, riquezas y dignidades, irritado y lleno de cólera le mandó desollar vivo y temiendo que aun podía escapar de un suplicio tan cruel, ordenó cortarle la cabeza en el mismo lugar de los otros mártires, así como á los Frailes menores que servian de capellanes en la fortaleza de Saphet, y plugo á la Providencia que durante algunas noches apareciese sobre los cuerpos de los mártires una luz extraordinaria, que fué observada por mahometanos y cristianos, é informado el Sultan de este caso, mandó levantar altas murallas en el

(1) Id. Epist. 367, y 381. tom. 2.

lugar donde estaban sepultados; para que no fuese objeto de veneracion por parte de los cristianos, ni motivo para reconquistar dicha plaza (1).

Llegada á Roma la noticia de esta bárbara ejecucion, el Papa escribió á los Grandes Maestres para consolarles, y al mismo tiempo animarles con los prontos socorros que les llegarían por razon de haber terminado la guerra de Sicilia.

Clemente informó á su legado de Inglaterra el estado lamentable de Oriente, y le decia: «Además de la pérdida de cien caballeros de la casa del Hospital experimentada el año pasado, ved ahí que la del Temple, tan célebre y tan famosa, viene á quedar reducida casi á la nada. Es indispensablemente necesario reclutar sujetos nobles antes del pasage general, y buscar medios para mantener á 500 ballesteros.» Esta gente era de á pié, empleada en conducir y maniobrar las balistas y otras máquinas de Tiro (2).

En verdad que en esta época, tanto la Tierra Santa como las dos Órdenes militares, se hallaban apuradas, y, por decirlo más claramente, agotadas todas sus fuerzas ante la pujanza formidable del sultan de Egipto; por lo tanto, eran necesarios socorros efectivos, reales y poderosos; sin embargo, estos no llegaban y la pérdida de la Tierra Santa era inminente y segura.

A últimos de agosto, Hugo de Lusignan, al frente de un considerable refuerzo que habia traído de Chipre, se unió con los caballeros de las Órdenes, para entrar en campaña contra el musulman. Su vanguardia, con motivo de haberse adelantado demasiado, y entregada al saqueo, fué batida y destrozada por los egipcios. Los Hospitalarios con otros soldados en número de 500 que habian escapado de esta derrota, fueron tambien derrotados en la noche inmediata por la infantería musulmana que salió de las fortalezas (3).

El sultan de Egipto lleno de ira y de venganza contra el rey de Armenia por haber escitado á los tártaros á que fueran al socorro de Tolemaida cuando él la sitiaba, volvió el esfuerzo de sus armas contra aquel príncipe, devastó todo su país, derrotó su ejército, matando á uno de sus hijos y cogiendo á otro prisionero, lo que movió al Papa á escribir una carta á los Grandes Maestres para conjurarles á que no abandonasen á los armenios ni tampoco al príncipe de Antioquia, que les secundasen y defendiesen en cuanto les fuera posible (4).

(1) Marin Sanut, pág. 222.—Tyrri cont. hist. año 1266. Chron. S. Martin, Lemov. Baluzio, tom. 6. Misceli., pág. 360. Decapitavit septies vigenti Fratres et Decem Templi, exceptis Hospitalariis et septingentes sexaginta septem viros bellatores et quatuor fratres minores, exceptis mulieribus et parvulis quomnes estimati fuerunt usque ad tria millia.

(2) Thesaur. Anecd. tom. 2, col. 422.

(3) Tyrri cont. hist. año 1266.

(4) Thesaur. anecd. tom. 2, col. 463.

1267. Triste situación para las dos Órdenes verse invitados á socorrer á sus vecinos, mientras que ellos mismos se veían reducidos á no poder prescindir de los infieles; pues sin los tártaros que el rey de Armenia había llamado á su socorro, sin duda alguna no hubiera sido posible resistir las fuerzas de Bendoedar.

En Francia, Fr. Amaubri, queriendo ser útil á los que le habían solicitado por preceptor, ó también hacerse partidario contra los sucesores de Federico II, formó el proyecto de hipotecar todas las encomiendas de su jurisdicción á comerciantes, con la obligación de entregar en determinados plazos todo el dinero que el rey de Sicilia necesitase para sus empréstitos. Este proceder mereció las gracias del Papa, y le escribió diciendo:

«Vuestro celo y adhesión son dignos de alabanza, para Nos no podíamos hallar un plan más agradable; por lo tanto, Nos os concedemos por las presentes toda la autoridad necesaria para realizarlo, que tan luego como el rey de Sicilia haya enviado sus cartas de garantía, y compromiso de indemnización que os ha prometido, y habremos visto su sello real; entonces procuraremos confirmar con nuestra autoridad apostólica (1).

Esta generosidad de Fr. Amaubri le habría sido más gloriosa y honorífica si hubiese tenido por objeto socorrer, como era de su obligación, la Tierra Santa, que se hallaba en los mayores apuros, en lugar de favorecer á un príncipe ambicioso, quien haciendo morir en un cadalso á Conrado, legítimo heredero de Sicilia, cometió un crimen que aun hace temblar de horror á la posteridad. La Europa, escandalizada de esta barbarie, no recibió con menos sorpresa y admiración los males que el sultán Bendoedar hacía sufrir á los Orientales.

Este sultán, astuto y malvado, á principios de este año, 1267, formó el plan de sorprender á Tolemaida, y con este objeto hizo avanzar una fuerte división ocultándola en parages cubiertos de la vista de la plaza, pero lo más próximo que fué posible, y el sultán á la cabeza de algunos escuadrones disfrazados de Templarios y Hospitalarios, con sus respectivos estandartes de las dos Órdenes, y lisonjeándose con tal astucia y estratagemas apoderarse á lo menos de una de las puertas de la ciudad; pero, sospechando los Templarios la infamia del enemigo, por saber positivamente que ni de su Orden ni del Hospital había fuera de la ciudad tanto número de sus Caballeros, recibieron á aquellos fingidos religiosos como merecían, con tiros y disparos; y al verse burlado el sultán se contentó pasando á cuchillo á todos los habitantes de los alrededores, haciendo prisioneros á unos 500 á quienes mandó desollar la cabeza, y arrancarles las entrañas.

Al cabo de 15 días reapareció de nuevo, esparciendo por todas partes

(1) Thesaur. Anecd. tom. 2, epist. Clem. 544.

la desolación, arruinando los molinos, derribando las casas de recreo, arrancando viñas y saqueando los alrededores de Tolemaida hasta al pie de sus murallas.

A últimos de este año este formidable sultán, que no ignoraba la consternación que cundía entre los cristianos á consecuencia de los desastres que experimentaban, prevaleciendo de estas circunstancias, y de la débil resistencia que podían hacer, dirigió sus ataques á Jaffa, á la cual rindió así como su castillo, sujetando todo su condado. Una vez dueño, despojó á unos, y obligó á otros á refugiarse á Tolemaida, para aumentar el número de bocas inútiles (1).

Esta continuación de desgracias á nadie afectó más sensiblemente que al Santo rey de Francia; en una reunión general de sus barones, se cruzó de nuevo con sus tres hijos, Teobaldo, rey de Navarra; Roberto, conde de Artois; Guido, conde de Flandes y muchos otros caballeros nobles, que imitaron su ejemplo.

El Papa concedió á favor de esta expedición, la décima sobre todas las rentas eclesiásticas de Francia, exceptuando como de ordinario á las tres Órdenes, y á los clérigos que se embarcaban en el primer pasaje.

En otra reunión tenida en Carcasona, á la cual fueron convocados doce Preceptores, entre ellos el de Albí y de Narbona, el rey dictó las providencias necesarias para transportar inmediatamente grandes cargamentos de trigo que en abundancia se hallaba en el Langüedoch (2).

Entre tanto los Templarios se batían con el terrible Bendoedar quien rindió en 15 días el castillo de Beaufort; pero, después de una resistencia heroica, y devastando en seguida los territorios de Tiro y de Sidon, incendiando los arrabales de Tripoli, dirigió todo su ejército á Antioquia, que se hallaba sin defensa, apoderándose de ella, casi sin resistencia, el 27 de mayo de 1267.

Esta rendición de Antioquia causó hondo sentimiento, por cuanto apenas costó al sultán ni la formalidad del sitio, no faltando historiador que acusa á los habitantes de cobardía. Sin embargo de tan fácil conquista y de tan importante plaza, sea que el cruel sultán estuviera sediento de sangre cristiana, sea que entrara en su plan disminuir de esta populosa ciudad el número de habitantes cristianos que la poblaban; lo cierto es que, una vez rendida, mandó á sangre fría, un degüello general de más de 17,000 personas, llevándose cautivos á más de 100,000.

La mayor parte de las plazas que pertenecían al Temple en los confines de Armenia, entre otras el fuerte Gaston, el puerto Bonnel y Noche de Rufol tuvieron que sujetarse á la ley del vencedor (3).

(1) Marin Saout, Tiri cont. hist. año 127.

(2) Hist. general d. Lengüedoch, tom. 3, pág. 385.

(3) Tyril cont. hist.—Marin Saout.—Chroniq. Monachi Patavici: i año 127.

El incansable Bendocdar, después de la rendición de una plaza, atacaba otra, y así al por menor que dijéramos, venía apoderándose de todas. En su consecuencia, dirigió sus miras á la fortaleza de Karak, defendida por los Hospitalarios. Estos caballeros sostuvieron con valentía, por espacio de dos meses, el honor de la Orden contra los reiterados esfuerzos y formidable ejército infiel, á imitación de sus hermanos de Assur, sin querer oír hablar de capitulación, muriendo sobre la brecha y no entrando el sultán en el ruinoso castillo hasta después de la muerte del último de esos bravos guerreros.

Por lo que acabamos de reseñar, se ve con evidencia el lamentable estado en que se hallaba la Tierra Santa en aquella época. Sin soberano, sin ejército, sin socorros, no quedándole otro amparo y defensa que las dos Ordenes militares, como lo acabamos de ver. Sin embargo, merced á tantos combates, sitios y pérdidas cotidianas, estas dos Ordenes se hallaban abatidas, teniendo que compatir á tan numerosos ejércitos de infieles, no obstante su celo, valor é intrepidez nunca desmentida no vacilaban en arrostrar todos los peligros para defender la religión y la Tierra Santa.

En 1268 en dicho año murió Clemente IV que reinó 4 años. A dicho Pontífice se atribuye el haber renovado algunos reglamentos á favor del Temple.

1.º Que los obispos procederían contra cualesquiera que ejerciere alguna violencia en las personas, bienes y casas de los caballeros, contra los que se atrevieren por desprecio atentar á sus privilegios, ó exigir el diezmo de sus rentas ó tierras que ellos cultivan.

2.º Que los ordinarios no podrán anular las sentencias dictadas á favor de la Orden, si antes no se les ha dado satisfacción.

3.º Que ellos podrán escoger los Presbíteros que necesitaren para el culto divino y administración de Sacramentos.

4.º Que les será permitido edificar en sus tierras oratorios, y enterrar á los súbditos de la Orden, no obstante sin perjuicio de los derechos de los Párrocos.

5.º Que serán recibidos como testigos en las causas concernientes á la Orden, sin que nadie pueda impedirlo.

6.º Se les prohíbe conferir ninguna encomienda á sus cohermanos por recomendación de reyes, príncipes ó Grandes del siglo, y quiere el Papa se fulmine sentencia de excomunión contra los que fueren convencidos de haber obtenido por medio de tales recomendaciones.

Se llamaba encomienda, la administración de ciertos bienes de la Orden, concedida por tiempo señalado, á los caballeros, con obligación de enviar todos los años al tesoro comun, una suma de dinero determinada (1).

(1) Regulæ, Const. et Privilegia ord. Cisterc. pag. 181.

Estas disposiciones pontificias no impidieron al clero de la Provincia de Sens, reunido el año siguiente, presentar contra los Templarios y otros exceptuados, una carta del Papa, que no se halla en ninguna parte, por la cual prohibía sustraer á sus donados ú oblatos de la jurisdicción de los Obispos, así como construir capillas sin el consentimiento del Ordinario, y celebrar el oficio divino en tiempo de interdicto sin privilegio especial (1).

Por este documento se ve que los Caballeros tenían conservadores de sus privilegios designados por el Papa, que las desavenencias de los Obispos con los caballeros á menudo se originaban porque estos no mostraban sus letras de exención, y se les decía:

«Ellos no reparan en hacer celebrar el oficio en sus oratorios y capillas, con desprecio de las censuras episcopales, y que para autorizar todo esto no pueden presentar privilegios apostólicos.» ¡Qué absurdo y temeridad! Los Templarios, como hemos visto, en otra parte, los poseían y muy auténticos (2).

No obstante, todas las veces que los prelados permitían á los caballeros construir capillas, tenían gran cuidado en prevenir que no se perjudicasen sus derechos; tenemos un ejemplo en 1270, Guillermo Obispo de Puy concede á Fr. Ramon de Chambarou, preceptor de S. Juan de Puy construir cerca de la casa de Salvetat un oratorio en honor de la Santísima Virgen, así como un cementerio para uso de los súbditos de la Orden y familiares, con la condición de satisfacer á él y á sus sucesores el homenaje ordinario (3).

1269. Pasemos otra vez á Siria. Con motivo de las victorias de Bendocdar, la consternación en la Palestina era general. Dicho sultán después de la rendición de las plazas que hemos mencionado, continuaba sus correrías hasta las puertas de Tolemaida, y en una de ellas logró apoderarse de su gobernador. La carestía era tan grande, que una medida de trigo costaba 8 besans, ó sean 80 libras.

En estas coyunturas, habiendo sabido los cristianos de Palestina el trágico fin de Conrado, legítimo heredero del reino de Jerusalem juzgaron haber hallado el medio para remediar sus males, ofreciendo el título de rey de Jerusalem á Hugo de Lusignan, rey de Chipre, al cual proclamaron y coronaron en Tiro, el 24 de setiembre de 1269, á pesar de las protestas de María, Princesa de Antioquía, descendiente de los antiguos reyes de Jerusalem. ®

Entre tanto, algunos príncipes europeos se disponían para llevar socorro á los orientales. El primero fué D. Jaime el conquistador, rey de

(1) Concilia Labbés tom. 11, part. 1, col. 915.

(2) Véase el año 1172, y 1198.

(3) Gallia Christ. nova tom. 2, pag. 237.

Aragón, que se hizo á la vela á principios de setiembre, á la cabeza de una numerosa flota; pero, batida por furiosa tempestad, que le obligó con parte de ella á refugiarse á Mallorca, la otra pudo llegar dichosamente á Tolemaida, bajo el mando de dos hijos del rey de Aragón. Este débil refuerzo unido á las dos Órdenes, se creyó bastante para medir sus fuerzas con el enemigo, y á este fin intentaron los cristianos atraer al musulmán á una emboscada que se tenía proyectada. En efecto, destacáronse 200 caballeros que se colocaron á una legua de Tolemaida para ser socorridos al menor peligro. Sin embargo, estos caballeros fueron víctimas de otra astucia del infiel, por cuanto en vez de ser atacados por el ejército que tenían delante, fueron sorprendidos por la guarnición de Saphet, que en buen orden, les atacó, destrozándolos á la vista del ejército cristiano, el cual no socorrió á ese puñado de valientes que se defendieron como leones, por el avance del numeroso ejército enemigo.

La mayor parte de los otros cruzados, principalmente los Alemanes, irritados por la manera indigna como había sido tratado Conrado por los francos rehusaron unirse con ellos; así es que de 250,000 cruzados occidentales, quedaron solamente 60,000 entre franceses y españoles resueltos á seguir á S. Luis en la nueva cruzada ó expedición para socorrer la Palestina.

1270. En efecto, ardiendo el rey de Francia en fe y celo por la religión, había preparado, con tiempo, todo lo necesario para otra cruzada, y con ella se embarcó á principios de julio de 1270, haciendo rumbo hácia Túnez, delante de cuya ciudad apareció el 20, aportando á esta parte de Africa, siguiendo el consejo de su hermano el rey de Sicilia, creyendo que empezando las operaciones por esta parte llamaría la atención del sultán de Egipto, y dejaría á Tolemaida; pero los calores escesivos ocasionaron fiebres malignas y disenteria en el campo cristiano que le diezmaron de una manera horrible, siendo víctima el mismo rey, que expiró el 25 de agosto del mismo año. Todo estaba perdido sin la llegada del rey de Sicilia, cuya escuadra apareció pocos momentos después de muerto el rey.

Celebrados los funerales para el ilustre difunto, se tributaron los homenajes de rey de Francia á su hijo Felipe llamado el Audaz, ó atrevido.

En este ejército había gran número de Templarios italianos, franceses y sicilianos, que sobresalieron indistintamente en todos los combates contra el sultán de Túnez. Este, que había experimentado considerables pérdidas en los diferentes choques con los cristianos, trató de hacer el último esfuerzo, y avanzando con todas sus fuerzas hácia el campo cristiano, éste se puso inmediatamente en línea de batalla, pié firme y sin moverse del campamento y de sus líneas, temiendo que otra parte del ejército musulmán por caminos estraviados quisiera atacar dicho campamento; y, para evitar toda sorpresa, resolvieron los jefes, que los Templarios y el conde de Alenzon guardaran los atrincheramientos, mientras el resto

del ejército saldría de sus líneas para recibir á los sarracenos. Así se hizo: el ejército cristiano, salió al encuentro de aquella muchedumbre de infantería y caballería musulmana que les desafiaba, y fué tan rudo el ataque, que, entrando el desaliento y el terror entre los infieles, que, pronunciados en vergonzosa retirada, se les batió y acompañó con pérdidas considerables hasta los desfiladeros de las montañas. Esta derrota obligó á los vencidos á pedir una tregua que se concedió, firmándola por 10 años. Después de esto, los reyes de Francia, Sicilia y Navarra se embarcaron, con rumbo para Sicilia donde llegaron al cabo de dos días, experimentando una furiosa tempestad, con pérdida de 18 buques de gran porte, y mas de 20 de menores; todo lo cual, junto con las enfermedades, les hizo renunciar á su propósito de pasar á Palestina (1).

El príncipe Eduardo de Inglaterra, que poco antes de su salida de Túnez se había unido á ellos, se reembarcó también, acompañándoles hasta Trapani, desde donde tomó el camino de Oriente á la cabeza de 10,000 infantes y 2,000 caballos, en cuyo número había 300 caballeros ingleses así de la nobleza como de las dos Órdenes. A esta expedición se unieron 500 frisonos, escoceses y algunos gentiles hombres de la baja Alemania, y el Arcediano de Lieja que fué elegido Papa al cabo de poco tiempo, como lo veremos luego.

La llegada de esta cruzada, encontró á los orientales menos afligidos por los horrores de la carestía, que por el terror que infundía Bencodcar, á quien no podían resistir ni contener en el camino de sus victorias y crueldades. En aquellos mismos momentos acababa de arruinar á Ascalon, rendir Montfort que defendían los teutónicos. Ya se había perdido Krak, perteneciente á los Hospitalarios, que fueron pasados al filo de la espada como hemos visto, Castellblanch de los Templarios, y cuyos habitantes, al capitular, fueron obligados á retirarse á Trípoli (2).

Como el objeto principal de los recién llegados no había sido otro que alejar de las cercanías de Tolemaida á los musulmanes, se deliberó con los Grandes Maestres el medio de atraer otra vez á los tártaros, pero en gran número y que fuera capaz de imponer al sultán de Egipto. A este fin se envió al jefe de ellos, una comisión que logró lo que se deseaba, y al cabo de poco tiempo, el Principado de Antioquía, el territorio de Alepo, Haman y Chamele se hallaban cubiertos de hordas, que pasando á degüello á todos cuantos sarracenos encontraban, esparcieron el terror entre ellos, volviéndose después, cargados con inmenso botín, con esclavos y rebaños.

Esta diversion de los tártaros dió tiempo para respirar á las tres Or-

(1) Tyril cont. hist.

(2) Hist. general de los Hunos tom. 4, pag. 166.

denes, que bien lo necesitaban; y habiendo reorganizado y aumentado sus fuerzas, unidas á las del rey de Chipre y Eduardo de Inglaterra, que formaban un total de 7,000 hombres, emprendieron el 23 de noviembre la campaña, proponiéndose sitiar y rendir un castillo que les incomodaba mucho con sus frecuentes escursiones. Estando, pues, en marcha sorprendieron un cuerpo de sarracenos matándole en combate 1,500 hombres y apoderándose de 5,000 cabezas de ganado. Satisfechos con esta ventaja, volviéndose el ejército á su campamento, dejando para otra ocasion el proyecto, que habian concebido, de rendir aquel castillo; y como los tártaros se hubiesen retirado, dejando á los cristianos en la imposibilidad de tomar la ofensiva, ni aun de defenderse contra el sultan de Egipto, el rey de Chipre pidió á dicho Sultan una tregua. Bendocdar, que sabia muy bien que esta peticion era hija de la debilidad, se burló de los enviados, echándoles en cara que si no habian podido rendir un castillo con las fuerzas que tenian antes, ¿como pretendian conquistar la Palestina? «No obstante concediéndola por 2 años, pero con la condicion de que ella no comprendia sino las cercanias de Tolemaida, y el camino que conducia á Nazareth; pero que Paneas y Makar, que eran de propiedad y señorío de particulares, que Varin y la antigua Hemesa, que en parte pertenecia al Temple y algunas otras plazas, serian entregadas al sultan (1).

Tales fueron las consecuencias de la última cruzada, dejando sin más amparo y recurso á la Tierra Santa que las ínclitas órdenes militares; pero éstas, sin auxilios extraordinarios de occidente, no podian sostenerse por mucho tiempo en Palestina.

Una coincidencia muy favorable aconteció en este intervalo que llenó de confianza á los cristianos de Oriente y fué que después de dos años, nueve meses, y algunos dias de vacar la Sede Apostólica por disidencia en el conclave, por último fué elegido Sumo Pontífice Teobaldo Visconti arcediano de Lieja, que en aquella sazón se hallaba delegado en Siria. Su eleccion tuvo lugar el 1.º de setiembre de 1271. Nadie podia hallarse mejor informado, ni ser testimonio más competente acerca de las urgentes necesidades de la Tierra Santa, que el Legado que acababa de ser nombrado jefe supremo de la Iglesia universal. Foulques de Lerre, gran baron de Provenza, y Fr. Estéban de Sissi, preceptor del Temple, en la Pulla, fueron los encargados por el Sacro Colegio de llevar al Legado el decreto de su eleccion al Pontificado, acompañando una carta de los cardenales, con la cual le decian, que además de otros motivos para bien de la Iglesia, le habian elegido tambien por el conocimiento que tenia por sí mismo de las necesidades de la Tierra Santa.

Al tenerse noticia en Oriente de la eleccion del Legado al supremo

(1) Hist. general de los Hunos tom. 4, pag. 116.

Pontificado, todos se apresuraron á rendirle el debido homenaje; pero, de un modo particular, los Grandes Maestres, suplicándole en esta ocasion se acordase de la desgraciada Palestina.

Dicho Teobaldo Visconti, que tomó el nombre de Gregorio X, antes de emprender el viaje para Italia, prometió á los Grandes Maestres emplear toda la autoridad que Dios le daba en la Iglesia, para procurar el socorro necesario y salvar con él la Palestina, y se dice que para confirmar su palabra, al despedirse y antes de hacerse á la vela, pronunció estas palabras del Profeta rey: «Si oblitus fuero tui Jerusalem, oblivioni detur dextera mea.» Si me olvidare de ti Jerusalem, á olvido sea entregada mi derecha (1).

Desde Tolemaida donde residia, se dirigió á Italia á donde llegó el 1.º de enero de 1272, y acompañado de Carlos, rey de Sicilia, se dirigió á Benevento, y tomando el camino de Cápua, llegó á Viterbo, en cuya ciudad se hallaban todavia los Cardenales: de allí pasó á Roma, siendo coronado en el Vaticano por el Cardenal Juan Orsini. El 27 de marzo del mismo año, el mismo día, tomó posesion de san Juan de Letran precedido de una magnífica y suntuosa cabalgata (2).

Desde el momento de ocupar Gregorio X la cátedra de san Pedro, manifestó gran celo por el bien de la Iglesia universal; así es que, sabiendo, por ciencia propia, el peligro en que se hallaban los fieles de la Tierra Santa, procuró dedicarse enteramente á socorrerla, logrando con sus súplicas que Pisa, Génova, Venecia y Marsella proporcionasen 12 galeras armadas, tres cada una de dichas ciudades, y para los gastos de la guerra, propuso un empréstito de 25,000 marcos de plata á Felipe el Atrevido, hijo de san Luis, siendo fiadores los Templarios de Francia hipotecando sus bienes.

Además, ordenó que en todo el mundo cristiano se hiciesen rógativas públicas.

El Arzobispo de Corinto fué enviado por el Papa á dicho rey de Francia, con una carta en la cual, entre otras cosas, le decia: «Antes de partir de Palestina, conferimos con los del Temple y del Hospital y señores del país, tocante á los medios de impedir la ruina total. Nos consideramos que es necesario enviar de momento cierta cantidad de tropas y galeras, mientras se prepara un socorro mas eficaz, que esperamos conseguir por un Concilio general.»

Al propio tiempo espidió un breve á todos los Preceptores del Temple, en Francia, en el cual les decia:

(1) Salmo 136, vers. 3.

(2) Cancellieri Hist. de las posesiones solemnes pág. 18.

«Para obtener subsidios á favor de la Tierra Santa, hemos enviado al Arzobispo de Corinto, de acuerdo con los Cardenales, disponiendo que si es necesario empeñeis al rey Felipe, todas vuestras casas y posesiones por la suma de 25,000 marcos de plata, que Nos le pedimos, á fin de poner inmediatamente las tropas en marcha, este empeño no debe inquietaros por cuanto la Santa Sede se obliga á reembolsaros el dinero adelantado.»

Los Templarios se prestaron gustosamente á lo pedido por el Papa y el rey de Francia adelantó los 25,000 marcos (1); poco antes el Temple había prestado al rey de Inglaterra más de 30,000 libras.

En este año de 1272, Gregorio X, en reconocimiento al Temple por sus servicios y actos de generosidad, con Bula de 31 de mayo, confirmó no solamente todas las exenciones, gracias é inmunidades con las cuales sus predecesores habían honrado á los Templarios, sino también confirmó todas las tierras y posesiones que les habían dado los reyes, príncipes y demás fieles (2).

El uso que la Orden del Temple hacía de sus bienes era de tal naturaleza, que se atraía la estimación general de la cual gozaba desde su fundación.

Gregorio X espidió en este año la Bula de convocación para un Concilio general, que debía celebrarse en Lyon del cual nos ocuparemos oportunamente.

A últimos de 1273 murió el Gran Maestre del Temple Fr. Tomás Be-rault, después de 16 años de Maestrazgo. En ninguna parte hemos visto, ni hallado, que, durante el tiempo de su gobierno, cayese prisionero, y, por lo tanto, cautivo de los infieles, como se inventó por los enemigos del Temple, á fin de dar visos de verosímil á la fábula infernal y calumniosa que le hizo autor de la profesión anticatólica con la cual fué acusada y perseguida la Orden del Temple en 1307.

Ducange, en sus observaciones acerca de Joinville, inserta una carta de los orientales dirigida á Teobaldo, rey de Navarra, en la cual firmaron los dos Grandes Maestres, el uno *Sage Frere Thomas Berault Maître de la poure Chevaliere du Temple* y el otro, *Frere Hugues Reuel Gardeor des poures de Christ*.

Del mismo modo firmaron y pusieron el sello de las respectivas Ordenes, al final del testamento que hizo el príncipe Eduardo de Inglaterra, antes de partir de Oriente (3).

(1) Oderic Reinald, año 1272.

(2) Pacta & Rymer tom. 1, pag. 128.

(3) Tyrli cont. hist.

Rymer tom. 1, pag. 122.

RELACION DE LAS DONACIONES Y PERSONAJES EMINENTES DEL TEMPLE.

Así en Francia como en otras partes las donaciones no eran menos frecuentes en esta época de lo que habían sido al principio del establecimiento de la Orden.

1257. Bartolomé de Vaudsenens, gentil hombre de Bresse, al tomar el hábito de Templario, dá todos sus bienes al caballero Fr. Berlion de Bronna (1).

En la ciudad de Placencia, (Italia) se fundó la casa llamada de Santa Maria del Temple, cuya magnífica torre fué construida en 1277 (2).

Roberto I, Conde de Clermont, Delfin de Auvernia, hace á la Orden una rica donación testamentaria, y los Templarios de la Diócesis de Nîmes alcanzan del Abad de Psalmodi el feudo de la Venne (3).

1259. Fr. Pedro, Preceptor de la casa de santa Eulalia (Diócesis de Vabres) hace un cambio ventajoso con sor Inés de Claviers, Priora de santa Maria de Nonengue; lo mismo que Fr. Roberto de Folhoquier, Maestre del Temple de Spelé, con Pedro obispo de Rodes (4).

1261. La encomienda del Temple fundada en Rodt, cerca de Vianden ducado de Luxembourg, por Felipe conde de Vien, ocasiona algunas desavenencias, que fueron apaciguadas, con la condición de que la Iglesia de Rodt, con todos sus derechos quedaria perpétuamente á favor de los Templarios, que su jurisdicción se extenderia hasta el rio Oriren, disfrutando de los grandes y pequeños diezmos, ya dentro del Castillo de Vianden, ya en el territorio mas allá del rio, hasta Rodt (5).

Ricardo, Abad de S. Taurin, Diócesis de Evreux, hace donación á Fray Roberto Payard, preceptor de Normandía, de los diezmos de la Parroquia de Sagueville (6).

1260. En este año Fr. Imberto de Perando gozaba de íntima confianza con S. Luis. Era uno de los personajes más distinguidos de la Orden, como lo acreditan las actas de dos escrituras, la primera de un convenio hecho con su autorización entre los monjes Premonstratenses de Chambre Fontaine y la encomienda de Soisi (Meaux), y la segunda sobre cierto asunto entre dicho caballero y la abadía de S. Dionisio (7).

(1) Hist. de Bresse 2, part. pag. 33.

(2) Petrus Maria Campus Hist. Placentina part. 2, núm. 98.

(3) Hist. de la casa de Auvernia tom. 2, pag. 268. It. tom. 3, Gloss col. 299.

(4) Gallia Christ. nova tom. 1, col. 292, y 259.

(5) Bertholet. Hist. de Luxembourg tom 5, pag. 143.

(6) Gallia Christ. nova tom. 11, col. 28.

(7) Id. tom. 2, col. 213.—Hist. de la Igta de Meaux, pag. 163

1261. S. Luis deposita en el Temple de Paris 3720 libras que debía al Rey de Inglaterra, en virtud de un contrato hecho entre los dos soberanos.

Durante este tiempo, Enrique III, por ciertos apuros, se vió obligado á empeñar todas las joyas de su corona á comerciantes franceses, y las envió á Paris como á garantía, por medio de Fr. Willaume de Latymer su tesorero, y á la Reina Margarita, su hermana, para depositarlas en la casa del Temple, y su tesorero Fr. Pedro Bostelli las recibió: una vez encerradas en los cofres, remitió las llaves á los embajadores ingleses (1).

Esta confianza de los soberanos y esta calidad de Tesoreros, que los Templarios gozaban así en Londres como en Paris, no dejaron de causarles más de una vez serios disgustos y mortificaciones. En efecto, Enrique III, en este mismo año, habiendo engañado al Gobernador de la Torre de Londres, en donde se habia retirado el Rey, con segundas intenciones, se apoderó por vias de hecho de todo el dinero que estaba depositado.

En 1262, hallándose este mismo rey en una situación en la cual ni podia pagar ni licenciar á sus tropas, se valió de igual medio para recoger las sumas de dinero que necesitaba marchando inopinadamente á Londres, sin comunicar á nadie su plan. Se puso á la cabeza de una fuerte division, forzó la casa del Temple, y se apoderó de 10,000 libras esterlinas que los ciudadanos de Londres tenian depositadas en el tesoro. Esta violencia excitó indignacion general entre los Templarios é interesados, pero fué inútil; porque Enrique mandó trasladar todo aquel dinero á su castillo de Windsor, del cual no era muy fácil podérselo arrancar (2).

En 1267, se tuvo un concilio en Tarragona al cual asistieron Fr. Guy de la Costa Castellán de Amposta, y Fr. Pedro de Queralt Maestre de Aragon y Cataluña. En dicho Concilio se trató de la reforma de los clérigos é inmunidades eclesiásticas, y este mismo Concilio deputó á dicho Maestre de Queralt y á dos obispos para trabajar en la reconciliacion del conde de Cabrera con el vizconde de Cardona que se disputaban el condado de la Seo de Urgel (3).

27 octubre 1272. El rey D. Jaime de Aragon, el Conquistador, nombra por embajadores á Fr. Antonio de Castellnou, Maestre del Temple, en Cataluña, á su hermano D. Guillen de Castellnou y al obispo de Barcelona, para que se presentaran en su real nombre, al rey de Francia y reclamasen la libertad al conde de Foix que Felipe el Atrevido tenia preso (4).

(1) Pacta, convent. Rimeri tom. 1, part. 2, pag. 65, y 81.

Una carta de 1266 nos hace conocer el sucesor de Fr. Bostelli en la tesorería del Temple, y dice: «Sepan todos que Yo he arrendado mis tierras de Guicherville para ganar á mitad con el religioso hombre Fr. Huberto tesorero del Temple.» Carta de Felipe de Nemours ex Magno, Pastor Parisiense fol. 178.

(2) Hist. de Inglaterra por R. Thoiras tom. 2, pag. 107, y 109.

(3) Martenne tom. 7.—Vet. Script. coll. ampl. pag. 173.

(4) Zurita cap. 83.

1274. Dicho Maestre de Cataluña, Fr. Antonio de Castellnou, asistió con otros Prelados catalanes y aragoneses, al Concilio de Lyon, que Gregorio X habia convocado para la union de los griegos y socorro de la Palestina (1).

En Oriente el Gran Maestre Fr. Tomás Berault fué escogido por árbitro entre el rey de Chipre y sus vasallos, que rehusaban seguirle á la guerra, ni salir con armas fuera de la Isla (2).

Juan, conde de Dreux, dá á la Orden 200 libras anuales de renta perpétua, y por una sola vez 500 libras tornesas. Dicho caballero era padre de otro Juan de Dreux, Templario, que murió en opinion de santo, y cuya muerte se halla consignada en el calendario de la Iglesia de Brane, el 3 de junio. A dicha Iglesia legó 10 libras de renta, para celebrar su aniversario (3).

Juan, señor de Harcourt por otro nombre Prudhome, que habia seguido á S. Luis en su primer viaje á Palestina, dió algunos bienes al preceptor de S. Estéban de Campagne, por reconocimiento y gratitud (4).

Los Templarios tenian una casa convento en Cahors, otra en Marigny, (Normandía) otra en los arrabales de Arras, y otra en Avignon, cuyo comendador transigió con su Obispo, con motivo de una capilla (5).

En Tréveris tenian los Templarios su casa convento, cuyos bienes sirvieron, después de su extincion, para fundar el Monasterio de la Cartuja.

Otra casa en Dictrich sobre el Soure cuyas ruinas se conservan todavía.

Otra en Coberna, sobre la derecha del Mosela, á algunas millas de Coblens.

Una casa-convento en Rodt, cerca de Vianden, de la cual ya hemos hablado anteriormente.

En Luxemburgo, en la casa-convento del Temple, aun se conservan los vestigios del refectorio, ruinas de la Iglesia, paredes pintadas y señales de como eran las cruces templarias (6).

En la historia de Verdun hallamos que el Temple tenia en dicha ciudad, 1.º: una casa-convento que despues sirvió para los Agustinos; 2.º: S. Juan cerca de Etain; 3.º: la Varge, 4.º: Doncourt de los Templarios; 5.º: un hospital cerca de Halton Chatel, fundado con los bienes que dió al Temple el obispo Alberon.

6.º Marbode que tenia sus bienes en Anfauville, y cuyo Comendador

(1) Zurita cap. 88.

(2) Sanut Tyrii cont. Hist.—Hist. de Bearn. lib. 8, pag. 780.

(3) Hist. genealog. de Francia tom. 1, pag. 208.—Hist. de la casa de Dreux pag. 86.

(4) Carta de Juan de Harcour año 1269, Bibl. Real.

(5) Gallia Christ. nova, tom. 1, pag. 32.—Id. tom. 3, col. 331.—Gloss. tom. 3, col. 223.

(6) Anales de Tréveris tom. 2, pag. 91, 197 y 179.—Prodromus Hist. de Tréveris pag. 1077.

percibía los diezmos de Saux, Ocy, Vaux de los Grandes y una mejora en Boncourt, (1).

Siguiendo un antiguo registro de la Diócesis de Toul, la Orden del Temple poseía 12 casas, á saber, 1.ª S. Jorge de Luneville construida extramuros de la ciudad arruinada en 1581. Estaba unida á la encomienda de S. Juan de Nancis.

2.ª Sarcófago en el Deanato de Port, á una legua de Nancis.

3.ª Cubert Puits situada entre el Ormain y el Saulx. Los bienes de esta casa estaban unidos á la encomienda de Ruet, cuyo Comendador era el señor de Cubert Puits con el conde de Ligni.

4.ª Dagonville sobre la orilla de Airc á tres leguas de Bar.

La capilla de S. Evres que estaba entre Lignieres y Dagonville, y que dependía también de Ruet, pertenecía al Temple.

5.ª, 6.ª y 7.ª Reufanville, Bellievre y Barú de las cuales nada se halla en la historia de Lorena, ni en los escritos del P. Benito, no obstante se habla de dichas casas-conventos en un contrato de convenio conservado en los archivos de la catedral de Toul, por el cual los Canónigos ceden al comendador de aquel distrito la tercera parte de los derechos señoriales de Grimonviller en el condado de Vaudemont.

8.ª Sugney, entre Floremont y Savigux, Baylio de Charmy. Un Abad de Sens acensa en 1173, á Fr. Pedro, Preceptor de Sugney, una pieza de tierra situada en Valfronicour. El Comendador de dicha casa era Señor y Patron de Bouxainville y de Fraine, y Señor en parte de Repel.

9.ª Norrois, cuya fundacion hemos anotado á principios del siglo XIII. Fué unida, despues de la supresion, á la encomienda de Robecourt, á la Orden de S. Juan de Jerusalem. Aun se ven en dicha casa del Temple de Norrois sus antiguos muros que la circuan y las armas de un Preceptor de la casa de Anglure, y en los cristales las armas de la casa de Choiseul: al pié del altar mayor, una sepultura con esta inscripcion, *Ci gyt Frere Jehan de Choiseul dit Pralain, Chevalier del ordre de Saint Jean de Jerusalem Commandeur des Commanderies de Robecourt et de S. Jean devant Nanci qui trepassi le 24 Juillet lan de grace 1553.*

10.ª En Virecourt, cerca de Bayon, había también casa-convento é Iglesia, cuyos bienes fueron unidos á la encomienda de Vialatre; en su consecuencia, el Comendador de dicha casa era Patron y Señor con derecho de diezmos en Virecourt y Villanbourt, Jensaunville cerca de Pont de Mousson, una parte de sus bienes fueron cedidos á los religiosos Antonianos de dicha villa.

11.ª Libdo, á una legua de Toul, sobre el camino de Pont de Mous-

(1) Hist. de Verdun pág. 101

son. No cabe la menor duda de que los Templarios habitaron esta soledad; sin embargo nada puede probarse por las sepulturas ni otros monumentos, porque los Hospitalarios, al tomar posesion de lo que habia pertenecido al Temple las hicieron desaparecer ó borrar. Solamente en dicha Iglesia de Libdo se halla un sepulcro con la figura del primer Comendador del Hospital, que sucedió á los Templarios: está representado en hábito largo, teniendo en la mano un cáliz, lo que prueba que seria un sacerdote, y por inscripcion: *Ci gist Fr. Bertrand de Burei de la Sainte Maison des Hospitaliers de S. Jean de Jerusalem Commandour de Toul et de seant qui trepassá lan 1326 le vendredi apres la St. Gengoul.*

12.ª Las hermitas de S. Juan cerca de Jaillon y la de S. Nicolás cerca de Liverdum estaban bajo la dependencia de Libdo. El comendador tenia su palacio en Toul y era patron de Fays. Tenia derecho á la tercera parte de los diezmos grandes y pequeños de dicha Parroquia (1).

Además de estas 12 casas en la Diócesis de Toul, había Braux, encomienda en el Obispado de Chalons, fundada por Renaldo de Bar hijo 3.º de Enrique II, conde de Bar: dicho Renaldo murió en 1271, sin hijos. Aun se conserva su Sepulcro de bronce en dicha Iglesia (2).

En Metz, su casa-convento estaba situada en el lugar que ocupa en la actualidad la ciudadela, parte de sus bienes fueron entregados á los caballeros de Rodas, y otros á los caballeros de santa Isabel de Hungría; unos se establecieron en un lugar llamado Chambre, y los otros en uno de los viejos castillos de la primera fundacion de Metz. Segun la historia de Lorena, había á lo menos seis casas del Temple sobre la derecha del Mosela desde Champé á Charpaigne, es decir en el espacio de menos de tres leguas, lo que no es muy probable; pero, no cabe duda que poseian bienes en estos contornos, y que la capilla de San Prejet, cerca de Milleri, destruida en 1752, les habia pertenecido. Todo lo demás seria dependiente de Libdo, de Jensaunville ó de Mousson, dado caso que hubiesen habitado dicha montaña (3).

Sobre el año 1160, ciertos religiosos mendicantes, llamados saguillos, de Marsella, que fueron suprimidos algun tiempo despues, y ocupaban el sitio de S. Juan de dicha ciudad, fueron obligados á cederlo á los Templarios, sin retribucion alguna, segun unos ó por una suma de dinero de consentimiento del Papa Honorio IV, segun otros. No obstante, no parece que los Templarios fuesen posibles poseedores de aquel convento antes de 1290. Dicho establecimiento y dependencias fueron dadas despues de la supresion á la Orden de S. Juan (4).

(1) Antiguo manuscrito—noticias de Lorena,—id. de la Diócesis de Toul por el P. Benito.

(2) M. Bangier pag. 39º.

(3) Chron. de Felipe de Vigneulle fol. 303. verso.

(4) Province Massiliens, Annales, pag 3 1.

Los superiores Templarios de alguna consideracion en Francia, eran Fr. Francon de Bornt, Preceptor general en el Limosin.

Fr. Juan de Franceis, preceptor de Aquitania.

Fr. Guillermo de Aulege, Maestre del Temple de la Rochela, de quien se hace mencion en un convenio hecho con los abades de Maillezais y de S. Miguel del Herm, con motivo de los trabajos concernientes á sus pantanos, situados en la castellania de Marans (1).

Fr. Ramon de Chambarut, y Fr. de Menteyras, de la casa de Puy, en Velay, nombrados en una transaccion hecha con la abadesa de S. Pedro las Cazas. A extramuros de Puy hay una parroquia llamada de S. Juan que habia pertenecido al Temple, lo mismo que la de S. Bartolomé, de la cual los Hospitalarios entraron en posesion suprimida la Orden del Temple (2).

En Inglaterra, Fr. Roberto de Tourville, distinguido Templario.

En Aragon, Fr. Arnaldo de Castellnau que asistió al concilio de Tarragona en 1282 (3).

En Francia, Fr. Amaubri de Rup, del cual se ha hecho mencion.

Fr. Guillermo de Mallain que transigió con el cabildo de Toul en 1284, con ventajas de la encomienda de Bellieure (4).

Fr. Gaufredo, Clérigo de Felipe el Atrevido, consejero y receptor de los dineros reales.

Fr. Hemaro y Fr. Filipot, oficiales domésticos del palacio real del Rey de Francia, Felipe el Atrevido (5).

Fr. Hugo de Pierrelate, Preceptor de la casa de Franqueville, (Bourges), que en 1279, concluyó un convenio con el Abad de Chalivoi con motivo de las tierras de la Faie.

En Provenza, Fr. Poncio de Broet aprueba una transaccion hecha á favor del Temple de la Salvetat por Fr. Jordan de Cereis en Niza.

1284. Cereis era un Antiguo castillo en el cual se ven aún los escombros de un templo dedicado por la gentilidad á Céres (6).

En los Países Bajos, Fr. Pierron don Sacg, que compró muchas tierras á Guy conde de Flandes, quien le gratificó con algunas donaciones y dice: «por el servicio que nos ha prestado lealmente.»

Fr. Gerardo Vauder Malstede de quien habla extensamente la historia de Flandes, con motivo de la encomienda de Saemflacht (7).

(1) Hist. de la Rochela tom. 2, pag. 502.

(2) Gallia Christ. nova. tom. 1, col. 819. Tom. 2, col. 652.

(3) Martenne collect. antiquissima tom. 7, col. 278.

(4) Archivo de la Iglesia de Toul.

(5) Gallia Christ. tom. 2, col. 194.—Glosar. nov. tom. 4, col. 895.

Reliquie manuscript. omnis ævi Diplom. P. Ludevig., tom. 12, pag. 8 y 11.

(6) Gall. Christ., tom. 2, col. 719.

(7) Gramaye Antig. Fland., pag. 31.



CAPITULO XVII.

Eleccion del Gran Maestre.—Concilio general de Lyon.—Decreto de una Cruzada.—Reyes y principes se cruzan.—Su resultado nulo.—Desastres en Armenia.—Discordia entre los cristianos de Palestina.—Detalles de varios asuntos.—Escaramuzas y combates prósperos y adversos, á las dos Órdenes.—Batalla entre tártaros y musulmanes.—Visperas Sicilianas.—Sitio y rendicion de Margat.—El Rey de Chipre en Tolemaida.—Guerra entre Pisa y Génova.—Sitio y rendicion de Trípoli.—Discurso de un Templario al Papa Nicolás IV.—Sacrificios de este Pontífice en favor de la Tierra Santa.—Violacion de la tregua por la indisciplina de unos aventureros.—Conflicto en Tolemaida.—Sitio de la ciudad.—Muere gloriosamente el Gran Maestre del Temple defendiendo la puerta de San Antonio.—El Gran Maestre del Hospital se salva.—El Patriarca y su séquito ahogados en el puerto.



Al Orden del Temple, seguida la muerte del Gran Maestre Fr. Tomás Berault, convocó Capítulo General para proceder á la eleccion de nuevo jefe, y una vez reunido, el 13 de mayo de 1274, recayó la suerte en favor de Fr. Guillermo de Belljoch, caballero hijo de una familia antiquísima de Borgoña. Era hombre de intrepidez sin igual, de energía y valor extraordinario como lo acreditó de una manera heroica en la defensa de Tolemaida, como lo veremos, en 1291.

Cuando fué elegido se hallaba ausente, y ejercía el cargo de Comendador en la Pulla (Sicilia): el Capítulo nombró á dos distinguidos Caballeros catalanes para que le comunicasen su elevacion al Maestrazgo: esos ilustres Templarios eran Fr. Bertran de Foix, y Fr. Guillermo de Pontons, Maestre que habia sido en 1265 de Cataluña y Aragon, y Vice Maestre durante el gobierno del difunto Fr. Tomás.

Los superiores Templarios de alguna consideracion en Francia, eran Fr. Francon de Bornt, Preceptor general en el Limosin.

Fr. Juan de Franceis, preceptor de Aquitania.

Fr. Guillermo de Aulege, Maestre del Temple de la Rochela, de quien se hace mencion en un convenio hecho con los abades de Maillezais y de S. Miguel del Herm, con motivo de los trabajos concernientes á sus pantanos, situados en la castellania de Marans (1).

Fr. Ramon de Chambarut, y Fr. de Menteyras, de la casa de Puy, en Velay, nombrados en una transaccion hecha con la abadesa de S. Pedro las Cazas. A extramuros de Puy hay una parroquia llamada de S. Juan que habia pertenecido al Temple, lo mismo que la de S. Bartolomé, de la cual los Hospitalarios entraron en posesion suprimida la Orden del Temple (2).

En Inglaterra, Fr. Roberto de Tourville, distinguido Templario.

En Aragon, Fr. Arnaldo de Castellnau que asistió al concilio de Tarragona en 1282 (3).

En Francia, Fr. Amaubri de Rup, del cual se ha hecho mencion.

Fr. Guillermo de Mallain que transigió con el cabildo de Toul en 1284, con ventajas de la encomienda de Bellieure (4).

Fr. Gaufredo, Clérigo de Felipe el Atrevido, consejero y receptor de los dineros reales.

Fr. Hemaro y Fr. Filipot, oficiales domésticos del palacio real del Rey de Francia, Felipe el Atrevido (5).

Fr. Hugo de Pierrelate, Preceptor de la casa de Franqueville, (Bourges), que en 1279, concluyó un convenio con el Abad de Chalivoi con motivo de las tierras de la Faie.

En Provenza, Fr. Poncio de Broet aprueba una transaccion hecha á favor del Temple de la Salvetat por Fr. Jordan de Cereis en Niza.

1284. Cereis era un Antiguo castillo en el cual se ven aún los escombros de un templo dedicado por la gentilidad á Céres (6).

En los Países Bajos, Fr. Pierron don Sacg, que compró muchas tierras á Guy conde de Flandes, quien le gratificó con algunas donaciones y dice: «por el servicio que nos ha prestado lealmente.»

Fr. Gerardo Vauder Malstede de quien habla extensamente la historia de Flandes, con motivo de la encomienda de Saemflacht (7).

(1) Hist. de la Rochela tom. 2, pag. 502.

(2) Gallia Christ. nova. tom. 1, col. 819. Tom. 2, col. 652.

(3) Martenne collect. antiquissima tom. 7, col. 278.

(4) Archivo de la Iglesia de Toul.

(5) Gallia Christ. tom. 2, col. 194.—Glosar. nov. tom. 4, col. 895.

Reliquite manuscript. omnis ævi Diplom. P. Ludevig., tom. 12, pag. 8 y 11.

(6) Gall. Christ., tom. 2, col. 719.

(7) Gramaye Antig. Fland., pag. 31.



CAPITULO XVII.

Eleccion del Gran Maestre.—Concilio general de Lyon.—Decreto de una Cruzada.—Reyes y principes se cruzan.—Su resultado nulo.—Desastres en Armenia.—Discordia entre los cristianos de Palestina.—Detalles de varios asuntos.—Escaramuzas y combates prósperos y adversos, á las dos Órdenes.—Batalla entre tártaros y musulmanes.—Visperas Sicilianas.—Sitio y rendicion de Margat.—El Rey de Chipre en Tolemaida.—Guerra entre Pisa y Génova.—Sitio y rendicion de Trípoli.—Discurso de un Templario al Papa Nicolás IV.—Sacrificios de este Pontífice en favor de la Tierra Santa.—Violacion de la tregua por la indisciplina de unos aventureros.—Conflicto en Tolemaida.—Sitio de la ciudad.—Muere gloriosamente el Gran Maestre del Temple defendiendo la puerta de San Antonio.—El Gran Maestre del Hospital se salva.—El Patriarca y su séquito ahogados en el puerto.



Al Orden del Temple, seguida la muerte del Gran Maestre Fr. Tomás Berault, convocó Capítulo General para proceder á la eleccion de nuevo jefe, y una vez reunido, el 13 de mayo de 1274, recayó la suerte en favor de Fr. Guillermo de Belljoch, caballero hijo de una familia antiquísima de Borgoña. Era hombre de intrepidez sin igual, de energía y valor extraordinario como lo acreditó de una manera heroica en la defensa de Tolemaida, como lo veremos, en 1291.

Cuando fué elegido se hallaba ausente, y ejercía el cargo de Comendador en la Pulla (Sicilia): el Capítulo nombró á dos distinguidos Caballeros catalanes para que le comunicasen su elevacion al Maestrazgo: esos ilustres Templarios eran Fr. Bertran de Foix, y Fr. Guillermo de Pontons, Maestre que habia sido en 1265 de Cataluña y Aragon, y Vice Maestre durante el gobierno del difunto Fr. Tomás.

Dichos comisionados llegaron á Europa, cuando el Concilio de Lyon habia celebrado ya algunas sesiones: el Capítulo de la Orden, con motivo de la ausencia del nuevo Gran Maestre, nombró interinamente por Vice Maestre, á un caballero llamado Fr. Gonfier, hijo de una familia de la cual descienden los duques de Rouannois y condes de Caravas (1).

Algunos historiadores se equivocan al decir que el Maestrazgo de Belljoch empezó en 1288, después del fallecimiento de un cierto Fr. Pedro de Bellavista, que ponen sin fundamento en la serie de los Grandes Maestres; además, en las actas del Concilio de Lyon se han equivocado también dando el nombre de Fr. Roberto al de Bonjoch, debiendo advertir que habiendo asistido los dos Grandes Maestres del Temple y del Hospital en el Concilio de Lyon, no obstante no se hallan designados por sus nombres en aquellas actas, padeciendo otra equivocación al poner en vez de Fr. Hugo de Revel, Gran Maestre del Hospital, á Fr. Guillermo de Courcelles, Caballero Hospitalario deputado al Concilio, para representar la Iglesia de Palestina; así no es de admirar que se haya caído en la falta respecto de Belljoch sustituyéndole por uno de sus Caballeros (2).

Demostrado que Fr. Guillermo de Belljoch sucedió inmediatamente á Fr. Tomás Berault, no puede admitirse lo que Salvaing de Boissieu dice en su Catálogo de la Cartuja de Villanueva, quien pone en el número de los Grandes Maestres del Temple á Fr. Geofredo de Salvaing, sin duda para ilustrar á su familia; dicho magistrado estaba tan preocupado por su casa, que tenia la presunción por no decir petulancia, de probar, que si el comun de los otros hombres deben la vida á sus antepasados, el Presidente Salvaing de Boissieu la habia dado á los suyos (3).

Vamos á ocuparnos en el Concilio General de Lyon.

El Sumo Pontífice Gregorio X, al convocar este concilio, invitó además de los prelados de la iglesia latina y griega, á los príncipes, Grandes Maestres de las Órdenes, y personajes más eminentes de aquel entonces, entre estos Santo Tomás de Aquino y S. Buenaventura, lumbreras las más extraordinarias que han conocido los siglos, sin embargo, ¡oh desgracia! Santo Tomás falleció en el camino, ántes de la apertura del concilio, y S. Buenaventura murió también antes de la sexta sesión. El concilio se abrió el 7 de mayo de 1274; concurrieron á esta asamblea 15 cardenales, dos patriarcas latinos, German patriarca de Constantinopla, 62 arzobispos, y más de 500 obispos, prelados y abades. Presidió, como era natural, el Papa.

(1) Tyril Cont., Hist. 1274.

(2) Labbei Conc. tom. 11, part. 1, col. 95.
« Diccionario Moreri.—Belljoch. »

(3) Hist. de la Academia de inscripciones y Bellas Letras tom. 12. pág. 318.

Después del discurso de apertura, el concilio se ocupó luego en las graves cuestiones sometidas á su deliberación. En el tiempo que medió hasta la segunda, el Papa, que tanto se interesaba por los asuntos de la Tierra Santa, convino separadamente con muchos prelados, acerca de las imposiciones eclesiásticas, y de otros medios conducentes á socorrer á los pobres cristianos de la Palestina.

Antes de la tercera sesión, que fué el 7 de Julio, llegaron á Lyon los dos Grandes Maestres del Temple y del Hospital, é inmediatamente fueron á postrarse á los piés del Soberano Pontífice, y después de felicitarle por su elevación á la Sede Apostólica, le dieron las gracias por el interés que se habia tomado por socorrer la Palestina. Sin embargo, le representaron que para sostenerse contra el enemigo del nombre cristiano, y poder recobrar tantas plazas perdidas, eran indispensables socorros mayores que los débiles refuerzos que de tiempo en tiempo llegaban á Tolemaida.

El Papa, que no ignoraba todas estas circunstancias, por haberlas observado personalmente, por su cargo de Legado en Palestina, contestó á los Grandes Maestres, que para lograr una respetable Cruzada, habia reunido el Concilio General, encargando á los mismos que en la inmediata sesión, representasen á los Padres del Concilio el estado deplorable de la Tierra Santa.

Al presentarse los dos Grandes Maestres al Concilio, según el ceremonial de los Cardenales (1), el Papa señaló el asiento que debían ocupar, que fué preferente al de los embajadores, príncipes, Barones y deputados de los cabildos, que asistieron á esta célebre asamblea (2).

El 7 de julio fué la tercera sesión, en la cual se logró la unión de la Iglesia Griega con la Latina. S. Buenaventura pronunció con este objeto un elocuentísimo discurso, tomando por texto las palabras del Profeta, «Levántate Jerusalem, vuelve tus ojos hácia el Oriente, y desde la cumbre de las montañas contempla á tus hijos que se reúnen desde el Oriente hasta el Occidente.»

En la cuarta sesión, el Gran Maestre Cancelario Jorge Acrapolita en nombre del emperador de Constantinopla, Miguel Paleólogo, que se hallaba presente, abjuró con juramento el cisma, y el Papa entonces en acción de gracias entonó el *Te Deum*.

A los 14 de julio murió san Buenaventura cuya muerte causó inmensa sensación á todo el Concilio, que en corporación asistió á sus funerales presidiendo el Papa. La oración fúnebre estuvo á cargo de Pedro de Ta-

(1) Manuscrito de la Biblioteca del Vaticano, n.º 4731.

(2) Concilios tom. 11, col. 940.

Vertot. Hist. de Malta, tom. 1, lib. 3, pág. 119.

rentaise Cardenal Arzobispo de Lyon, que fué sucesor de Gregorio X, bajo el nombre de Inocencio V.

En las últimas sesiones el Concilio se ocupó muy particularmente en los asuntos de la Tierra Santa, decretándose que se socorriese considerablemente á los cristianos de Oriente. Despues de haber espuesto las necesidades de la Tierra Santa, los Grandes Maestros explicaron su deplorable situacion, digna de toda lástima. El Papa tomó la palabra, y entre otras cosas dijo: «Hemos visto las desgracias de estos peregrinos; hemos seguido uno á uno todos sus sufrimientos; su valor no tiene límites su piedad no puede admitir otra más sumisa; son verdaderos hijos de Jesucristo, como los compañeros de Godofredo, pero, no tienen de que sustentarse. Los que marcharon con algun dinero, han sido despojados en el desierto, ¿pueden pedir una limosna á las fieras? éstas no dan más que la muerte; el turco, el judío son alguna vez sensibles á la súplica, ¿pero hay tanto de que quejarse en este viaje! Es hácia la Tierra Santa que uno debe fijar su atencion. No deben ambicionarse reinos ni provincias del Asia; es preciso ir de nuevo á Jerusalem y rescatar el Santo Sepulcro (1).

A una de las sesiones se presentó la princesa María, hija de Boemundo IV, de Antioquia, acompañada del Templario, su procurador, que Gaufridi (2) le llama Fr. Pedro de Manse; el objeto de la princesa era para presentar sus quejas al Concilio contra el rey de Chipre, al cual acusaba de usurparle la herencia de sus padres, es decir los derechos que tenia al reino de Jerusalem; pero, como no se hallaba en estado de sostenerlos concibió el plan de cederlos á Carlos de Anjou, rey de Sicilia, por inspiracion y consejo de Fr. Pedro de Manse.

No dejó tambien de formular en el Concilio duras quejas por la crueldad con que dicho Carlos gobernaba á los sicilianos. Los Templarios de sus estados representaron que habiendo últimamente cargado de granos algunos buques, para hacerlos pasar á Palestina, dicho príncipe les habia embargado y mandado descargar bajo el pretexto de ciertos derechos nuevamente establecidos contra las leyes y costumbres del país; obligándoles á pagar, no obstante las inmunidades de las Ordenes. En su vista, el Papa reclamó de Felipe el Atrevido, que se hallaba presente, advirtiese á Carlos, y comunicase las respuestas de dicho príncipe á la Santa Sede, para, en su caso, remediar, si era necesario, este abuso (3).

Se reconoció en dicho Concilio á Miguel Paleólogo, emperador de Constantinopla, á fin de empeñarle á su union con los latinos contra los infieles. Se hizo tambien alianza con los tártaros que habian enviado sus

(1) Tolomeo de Luca Hist. Eccl. lib. 25, cap. 4.

(2) Gaufridi, Hist. de Provenza.

(3) Gaufridi, Hist. de Provenza tom. 1, pág. 169.—Item Sellas Malaspín, r-rum Sicularum lib. 6.

embajadores. Se confirmó la eleccion del emperador Rodolfo, con la condicion de ponerse á la cabeza de los Cruzados. Resolvióse finalmente predicar la Cruzada en toda la cristiandad, y para procurar los fondos indispensables al numeroso armamento que se intentaba levantar, se impusieron sobre todas las dignidades eclesiásticas y beneficios sumas considerables por espacio de seis años. El Papa, como de costumbre, exceptuó á los Templarios, y á fin de animarles á nuevos esfuerzos, les designó para conservador de sus privilegios á Bonifacio, obispo de Digne. En su consecuencia, dicho Prelado escribió al Abad de S. Pons, cerca de Niza, citase al obispo de dicha ciudad, para que compareciera ante aquél por cuanto se habia declarado abiertamente contra las inmunidades de los Templarios (1).

Felipe, el Atrevido, Rey de Francia, habiase ya cruzado, el conde de Habsburg, elegido y reconocido emperador de Alemania, recibió la cruz de manos del Papa, Miguel Paliólogo que, desde 1261, se habia apoderado de Constantinopla, para ser reconocido como emperador de los griegos, por los príncipes de Europa, ofreció unir sus fuerzas á las de los cruzados. Carlos de Anjou que pretendia ser Rey de Jerusalem, á pesar de que Hugo de Lusignan, rey de Chipre, sostenia pertenecerle aquella corona vacilante, á pesar de tantos príncipes y de tanta ostentacion y alharacas, para acudir al socorro de la Palestina, nada se hizo de importante, como lo veremos luego.

Concluido el Concilio, el Gran Maestre del Temple, Fr. Guillermo de Belljoch, tomó el camino de Inglaterra para cobrar las sumas considerables que Eduardo habia recibido como empréstito del Tesoro de la Orden en Oriente, y por las cuales dicho Príncipe habia comprometido sus bienes y Real Persona á los Templarios. La escritura está firmada en Londres á 11 de agosto de 1274, y concebida en estos términos:

«Sepan todos que, en nuestro nombre, y en el de nuestros hermanos Nos, Guillermo de Beanjou, humilde Maestre de la pobre Milicia del Temple, hemos recibido en dinero contante de manos de la religiosa persona Fr. José, Tesorero de nuestro muy Ilustre Señor Eduardo, Rey de Inglaterra, en nombre y por orden de dicho Señor Rey, tanto por principal como por perjuicios é intereses del dinero que le habian prestado los altos oficiales de nuestra casa la suma de 24,974 libras tornesas de una parte y 5,333 libras 6 sueldos 8 din.^s de otra parte, de las cuales estamos contentos y satisfechos; prometiendo á dicho señor Rey devolverle por Nos, ó por otros, sus cartas de compromiso que Nos tenemos depositadas para mayor seguridad en el tesoro de nuestra casa de Paris, y que desde ahora decla-

(1) Gallia Christ. nova tom. 3, col. 1121.

ramos inútiles y de ningun valor, en cualquier lugar que ellas puedan ser» (1).

El Gran Maestre no permaneció mucho en Londres, si es verdad que llegase á Tolemaida el 30 de setiembre inmediato.

Sin embargo, es más verosímil que no llegó á Palestina hasta el año siguiente, 1275, como dice Hugo Plagon, continuador de la Historia de Guillermo de Tiro el más exacto de los escritores, y que concluyó su obra en este año 1275.

Apesar del celo que mostró el Concilio de Lyon para aliviar á los orientales, todos sus hermosos proyectos se desvanecieron ó se redujeron á tan poca cosa que no pudo impedir que Bendocdar entrase en Armenia pasándolo todo á sangre y fuego. Se dice que pasó al filo de la espada á más de 20,000 hombres, llevándose cautivos á 10,000 jóvenes de ambos sexos, y con un botín de 300,000 entre caballos y ganado mayor y menor.

Los caballeros de las Órdenes siguiendo á Hugo de Lusignan, rey de Chipre, se vieron reducidos á retrincherarse en las montañas; y los comerciantes y otros ciudadanos que, para escaparse de las manos de este terrible Sultán, se habian embarcado, cayeron en poder de los piratas, librándose despues de grandes peligros y con fuertes rescates. A este lamentable estado se hallaban reducidos los cristianos, cuando llegó á Oriente el Gran Maestre del Temple (2).

1276. Para colmo de desgracias, no faltaba en Siria el mayor de los males, como era el estar divididos por facciones y agitada de una guerra intestina, originada por la muerte de Boemundo, soberano de Antioquía y conde de Trípoli. Como los Romanos durante la vida de dicho Príncipe habian dominado, y tratado de indignamente á la nobleza del país, esta trató de vengarse, y asesinó á tres de los principales. Dos prelados demasiado afectos, el uno á los Romanos sus compatriotas y el otro á la nobleza del país, aumentaron el fuego de la discordia: el primero se llamaba Pablo tío del joven Boemundo y obispo de Trípoli, que el caballero Jauna en su historia, dice equivocadamente que era Templario, y Wading, en la suya, dice que era fraile menor; el segundo era Bartolomé, Obispo de Tortosa (Palestina), el cual, habiéndose apoderado del gobierno y tutela del joven príncipe sucesor, animó de tal manera á la nobleza contra los romanos y obispo de Trípoli, que habia sido su protector, que éste, para evitar la muerte, se vió obligado á refugiarse con todos sus familiares y efectos entre los Templarios, sus amigos, á quienes se intimó saliesen inmediatamente de la ciudad y del condado de Trípoli.

(1) Pacta, convent. Rimeri tom. 1, pag. 111.

(2) Marin Sanut.—Rainaldi año 1275.

Tal fué la causa de las querellas entre el Gran Maestre Belljoch y el joven Boemundo, Príncipe de Antioquía (1).

De otra parte, no observando el rey de Chipre en los Templarios el mismo afecto y adhesión á él que antes del Concilio de Lyon, habiendo sabido, además, que habian comprado, sin su permiso, el feudo de la Fauconeria, que dependia de su dominio, y que habian empeñado al Señor de Gibelet, partidario del obispo de Trípoli, procuró dicho Lusignan aprovecharse de todas las ocasiones para molestar á los Templarios. Con este objeto se retiró á Tiro, abandonando Tolemaida, sin dejar persona para administrar justicia en su nombre, á pesar de los muchos asuntos importantes que debian resolverse, no solo respecto de la misma ciudad y buen gobierno de ella, sino tambien pertenecientes á las dos Órdenes.

Muchas veces los habitantes de Tolemaida invitaron y suplicaron al rey para que volviese á la ciudad, ó á lo menos nombrase oficiales reales para gobernar. En vano se le representó el peligro de dejar la ciudad en vísperas de ser sorprendida por los infieles. No escuchó á nadie; aunque la diputación que se le envió fuese compuesta de lo mas distinguido ya de Prelados, Hospitalarios, Teutónicos, Pisanos y Genoveses. Invitados los Templarios y venecianos á unirse á la diputación, respondieron friamente: «Si el rey quiere volver, sea en hora buena, y si no quiere venir, muy bien se pasará sin él.» Esta indiferencia disgustó á los partidarios del rey, y fué causa de que sembrasen la division entre las dos Órdenes, excitando á los familiares unos contra otros, y les agriaron hasta el punto que, en una revuelta, se derramó sangre y fueron muertos tres domésticos del Temple.

El Gran Maestre Belljoch, que conocia perfectamente el plan de sus enemigos, creyó no poderse vengar mejor que disimulando, y no tomando parte en este asunto, que fué lo más prudente, respondiendo á los que se quejaban de esta injuria, que otros asuntos mas importantes le llamaban la atención, que ocuparse en querellas de criados. En esta coyuntura rehusó mezclarse en la policía y asuntos públicos, lo que fué motivo de que la ciudad suplicase de nuevo á Lusignan nombrase oficiales que gobernasen en su nombre. Por último, resolvió dejar la Palestina, descontento del país que, despues de haberle ofrecido el título de rey de Jerusalen, parecia favorecer las pretensiones de la princesa de Antioquía (2).

Esta dama continuaba en Italia, esperando la solución de sus asuntos, é informada por los mensajeros del Temple, de todo cuanto sucedia en Siria, instaba con importunidad á los jueces para que reconociesen sus

(1) Marin Sanut año 1275 pag. 226.—Oriens Christ. tom. 3, col. 1176. Item. Hist. general de Chipre y Jerusalen tom. 1, pag. 681.

(2) Marin Sanut, pag. 223.

derechos, declarando que Lusignan tenía un grado menos que ella de Conrado, legítimo heredero del reino. Hugo de Lusignan, por su parte desconfiando de la bondad de su causa, tomó el partido de oponerse á la jurisdicción del Papa, objetando que este asunto no era de su competencia, que solo pertenecía á la nobleza oriental decidir y juzgar. Poco le molestó á la princesa que se apelase Lusignan á este segundo tribunal, sabiendo positivamente que los orientales no eran muy adictos á dicho rey, y persuadida, por otra parte, según el parecer de los Canonistas italianos, de que su derecho era incontestable, sin esperar ninguna sentencia, abrazó el partido que le habían propuesto algunos Templarios, consistente en transmitir todos sus derechos y pretensiones que podía tener al reino de Jerusalem, á favor de Carlos de Anjou, rey de Nápoles y Sicilia, mediante una suma de dinero y otras ventajas que fueron estipuladas en el acta jurídica que se firmó, y luego aprobó el Papa y Cardenales. Aceptada esta cesion por Carlos de Anjou, inmediatamente nombró y envió por su Lugar-teniente á la Palestina á Roger conde de S. Severino, el cual llegó á Tolemaida con seis galeras el 7 de junio de 1277 (1).

Roger, luego de su llegada, mandó desocupar el castillo de Tolemaida, por la guardia del rey de Chipre, ordenando la toma de posesion de todas las plazas que tenían los Cruzados, así como el nombramiento de los oficiales para la policía. Pretendió se le hiciese el juramento de fidelidad, pero no se prestó, sino cuando Lusignan rehusó presentarse ante la nobleza.

El crédito y la autoridad del Gran Maestre Fr. Guillermo de Belljoch, y de los Templarios que entonces disfrutaban, sirvieron de gran auxilio no solamente á Roger, si no también á los venecianos; logrando terminar las desavenencias que mediaban entre la República y el señor de Tiro. Por mediacion de los Templarios, pudieron los venecianos entrar otra vez en posesion de las inmunidades que antes habían gozado en Tiro, por derecho de conquista y que el conde de Monfort les había quitado. El acta de este convenio, que lo publicó Muratori, sacada de la biblioteca Ambrosiana, está fechada á las Calendas de julio en la llanura de Tolemaida, bajo la tienda de los Templarios, cerca de un castillo de su pertenencia, llamado la *Sommeleria* del Temple, en presencia del Patriarca, de muchos Prelados, de Fr. Guillermo de Belljoch venerable Maestre de la Milicia de los Templarios, de Fr. Arnaldo de Chateauneuf, gran preceptor, Fr. Guido de Foresta mariscal, Fr. Guillermo de Malassi drapero, Fr. Theobaldo Turcopolier, y Fr. Poncio comendador de Tolemaida. Esta acta no puede ser de 1272 como se ha dicho, por cuanto en ella se hace mencion de un

(1) Marin Sanut, y Gaufridi Hist. de Provenza tom. 1, pág. 171.

Dux de Venecia, que no fué elegido sino en 1275. Nosotros la ponemos en 1277 por cuanto la indiccion está conforme, y dicha transaccion no tuvo lugar sino en dicho año según Sanut y la crónica de Andrés Dandolo (1).

Mientras tanto el nuevo príncipe de Antioquia, que la historia nos pinta como un personaje de carácter fiero y orgulloso, se gozaba en fomentar la division, y no contento con excitar á sus partidarios contra los familiares del Temple, él mismo, sin respetar su propia dignidad y decoro, se dejaba arrastrar de su animosidad, llenando de injurias y oprobios á los Templarios, hasta el punto que el Obispo de Trípoli se vió obligado á abandonar su Diócesis, y elevar sus quejas al Papa, quien se consideró en el deber de tomar la defensa del Prelado contra Boemundo. En cuanto á los Templarios, olvidando la dulzura y la paciencia que inspira y aconseja la religion, exhalaban sus quejas, y reclamaban en vano justicia de todos estos insultos, hasta que el mismo Gran Maestre, queriendo un dia estando en marcha, pasar por Tortosa (Siria) tuvo que sufrir la afrenta de no permitirle la entrada. Justamente indignado y llevado al extremo por esta injuria, vuelve atrás, resuelto á hacer experimentar al joven príncipe y á su gobernador, que si antes había disimulado los insultos no era por timidez ni impotencia, y despues de haber hecho constar la afrenta que había recibido el Gran Maestre en persona, mandó equipar siete galeras con el proyecto de atacar el fuerte de Nephin por mar y tierra; pero como se había armado, (dice Sanut), contra la voluntad de Dios, su flota desapareció por un naufragio, y los Templarios que habían avanzado por tierra se vieron obligados á volverse á Tolemaida (2).

Boemundo por su parte, disgustado del señor de Gibecet que se había aliado con los Templarios, le sitió en su castillo pero sin resultado, porque el Gran Maestre le envió refuerzos, y Boemundo se vió precisado á retirarse vergonzosamente y aun con pérdidas. En fin, despues de tres años de discordia, el Temple se reconcilió con el príncipe de Antioquia por mediacion de Fr. Nicolás de Lorgue, Gran Maestre del Hospital.

Durante las divisiones que existían, no solamente entre los cristianos si no también, por desgracia, en las dos Órdenes Militares, Bendocdar, Sultan de Egipto se hubiera sin duda aprovechado de ellos si no se lo hubiese impedido el ejército de los Tártaros, y los sucesores de Gengizcan, sarracenos enemigos suyos, con los cuales tuvo una batalla, en la cual salió herido y murió de sus resultas el 25 de abril de 1277; librándose así los cristianos del más terrible azote despues de Saladino.

Poco tiempo despues, el Rey de Chipre, viendo con pesadumbre que los orientales se habían sujetado al Rey de Sicilia, avanzó hácia Tiro á la

(1) Sanut, Chronica And. Dandolo, lib. 10, cap. 9.

(2) Sanut, et oriens Christ. id.

cabeza de 700 caballos y bastante infantería, con el objeto de sorprender á Tolemáida, secundado por los Pisanos y algunos otros extranjeros seducidos con dinero; pero al ver los que le seguían, que con cuatro meses de operaciones infructuosas nada adelantaban, desampararon su campo volviéndose á Chipre. Lusignan no tuvo otro remedio que seguir su ejemplo, esperando ocasión y tiempo más favorables para sostener sus pretensiones.

1278. Sanut, por equivocación, coloca en este año de 1277 la muerte del Gran Maestre del Temple, en vez de la del Hospital quien, en efecto, murió en este año, Fr. Nicolás de Lorque. Es positivo y evidente que Belljoch vivía en este año, por cuanto murió en 1291. Una lápida de mármol hallada en Tolemáida en 1707 lo acredita, viéndose una inscripción de 1278, del mes de abril, en la cual se califica á Fr. Guillermo de Belljoch Maestre de la caballería del Temple. Al pié del dibujo que hizo de ella Pablo Lucas, hay cinco escudos; cuatro de ellos llevan la cruz del Temple, el del centro, que es el principal, tiene las armas de Belljoch, pero casi borradas.

En este tiempo la Orden del Temple tenía en la corte de Francia dos poderosos protectores, Imberto de Belljoch, condestable, y pariente del Gran Maestre, y el otro Templario Fr. Arnaldo de Wasemal, de una antigua baronía de los Países Bajos. El primero hizo grandes beneficios y dió pruebas de mucha confianza á los Templarios de Puy. El segundo, según Tillet, es calificado de Mayordomo mayor del palacio de Felipe el Atrevido. Antes había sido Mariscal de Brabante y casado antes de 1251 con Alix de Brabante, habiendo sido encargado en diferentes negociaciones públicas y secretas. Felipe el Atrevido le envió en unión de un Obispo de Bretaña á los Países Bajos, á fin de averiguar y aclarar el crimen del cual fué acusada injustamente la Reina por Pedro de la Brossa, Chambelan y favorito del Rey.

Habiendo sido ahorcado el acusador, el Obispo de Bayeux, su favorecido, por temor de ser acusado de cómplice, imprudentemente huyó del Reino, poniéndose bajo la protección de la Santa Sede.

Sospechando entonces el Rey del Obispo, envió á Fr. Arnaldo de Wasemal á Roma, para pedir al Papa que se formase proceso al Prelado, como cómplice de la calumnia levantada contra la Reina; pero el Templario para honor de la Iglesia, y evitar un escándalo público, declaró delante del Sacro Colegio que no quería tomar parte contra el Obispo, ni en nombre propio ni en el del Rey. Entonces el Papa escribió á la Corte de Francia, diciendo que no existiendo contra el acusado ni difamación pública ni delator, no permitía el derecho castigar sin pruebas.

1279. Algún tiempo antes, á los habitantes del Temple de París (que estaba aún fuera del as murallas de la ciudad,) se les declaró sujetos á la

tasa y á la horda y esto ocasionó algunas cuestiones entre los Templarios y los oficiales del Rey, pero éste, con letras fechadas en agosto de 1279, las terminó, acordando con el Temple la jurisdicción de que debían gozar, conservando su alta, media y baja justicia sobre todas las tierras y casas situadas más allá de las murallas del nuevo recinto de París, desde la puerta del Temple á la de Barbette; pero, en cuanto á las tierras que quedaban dentro del recinto de la ciudad, les conservó solamente la justicia territorial (1).

1280. Después del último tratado hecho con los musulmanes, los Caballeros de las Ordenes no dejaban de sufrir por esto algunos ataques, y sin haber concluido la tregua un Emir de Bereke-Kan sucesor de Bendocdar, sea con órdenes secretas de su general, sea por espíritu de bandolerismo y pillaje, la rompió haciendo correrías y excursiones hasta las puertas de Margat, fortaleza de los Hospitalarios, devastando el país y cometiendo toda clase de excesos y crueldades. Los Caballeros del Hospital sorprendidos con esta invasión por estar en plena tregua, salieron de la plaza en buen orden, para reprimir la osadía del invasor, cargaron á los merodeadores y destrozaron la mayor parte, pagando con su vida el Emir que mandaba á los musulmanes. Entonces los del Hospital, á su vez, entraron en territorio enemigo, haciendo también sus correrías, batiendo de paso á un cuerpo sarraceno. En vista de este descalabro, Balban, gobernador de Krak, recibió orden de penetrar en el territorio de Margat, para vengarse de lo sucedido. Balban partió de su castillo á la cabeza de 3,000 infantes y 2,000 caballos, y se presentó delante de aquella fortaleza para sitiárla. Los Hospitalarios, que jamás conocieron peligro capaz de detenerlos, salieron otra vez de la plaza, pero dejando parte de la guarnición cerca de las puertas de la fortaleza en emboscada; para facilitar la retirada en caso de una desgracia, y también para escarmentar á los infieles, si les acometían hasta las inmediaciones de Margat. Con esta disposición marcharon los Caballeros directamente hácia el enemigo, y, después de una escaramuza, se retiraron bruscamente, aparentando haberse espantado del número superior del ejército musulmán. Este, lleno de audacia y confianza, arremete con furor, continuando los cristianos su precipitada retirada, á fin de atraerle hasta donde estaba la emboscada, y habiéndolo logrado, retroceden y esperan á pié firme, cargando denodadamente los de la emboscada contra el enemigo que corría sin orden y sin precaución como á una victoria segura, quedando derrotado, siendo menos la fuga un combate que una derrota. El espanto fué terrible, la carnicería espantosa, y quedó prisionero el Emir.

(1) Hist. de Paris.

El Sultan, al saber esta última derrota, lleno de ira y coraje, juró vengarse resolviendo la ruina y destrucción de aquella fortaleza, y lo hubiera ejecutado enseguida, si la rebelión de sus vasallos no le hubiese obligado á abdicar su soberanía de Sultan.

1281. Kelaoun, su sucesor, reunió todas las fuerzas que pudo para marchar contra los cristianos, pero al saber en este intervalo que los tártaros ó mogoles habían entrado en Siria en número de 100,000 hombres, fué á su encuentro con 50,000 turcomanos. La victoria se declaró primero por los mogoles, pero en el segundo encuentro fué favorable al sultan, y sin esta acción, que Sanut dice que el campo de batalla quedó por los primeros, y según los escritores árabes quedó por los musulmanes, este año hubiera sido de los más fatales para los Caballeros de las dos Ordenes, y tal vez el último de los cristianos en Oriente (1).

En vano el Gran Maestre del Temple y sus Caballeros habían esperado los socorros prometidos por el Concilio de Lyon: nada parecía. Unos rehusaban pagar el diezmo que se había señalado, otros lo retenían en provecho propio, no faltando soberanos que prohibieron la extracción de dinero fuera de sus estados; además, se añadió que Carlos de Anjou más interesado que nadie en la reconquista de la Tierra Santa, tuvo el dolor de ver en este año toda la Sicilia sublevada contra él. Esta catástrofe conocida con el nombre de *Visperas Sicilianas*, trastornó todos los planes de dicho príncipe y acabó de arruinar las esperanzas de los Orientales.

1282. Mientras tenía lugar la matanza de los franceses en Sicilia, el Rey D. Pedro de Aragon, á quien se acusa de haber contribuido secretamente á esta tragedia, se hallaba ocupado en compañía de algunos Templarios en acorrallar dentro de Ascoli (Nápoles) á los sarracenos, y no siendo bastante fuerte para rendirles, envió á pedir socorro al Papa, y eligió para esta comisión á Fr. Pedro de Queralt Maestre del Temple en Aragon y Cataluña. Este ilustre Templario, hijo de una de las casas más nobles de Cataluña, al pasar por Palermo, supo que sus habitantes estaban reunidos en la Iglesia, para deliberar acerca de los medios de que debían valerse para defender su libertad y resistir, en caso necesario, acerca de las consecuencias de su rebelión (2). Fr. Queralt entró en la Iglesia, se mezcló entre la multitud, y al oír la discusión que versaba acerca de que jefe debían elegir, tomó la palabra, y dijo: «Si vosotros teneis el proyecto de elegir un jefe, yo conozco un príncipe bravo y excelente, lleno de bondad é irreprensible en sus costumbres, que tendría á honor teneros por vasallos, que os trataría como hijos, y este es el rey de Aragon, esposa de Constanza, hija de Manfredo y única heredera de sus estados.»

(1) Hist. general de los Hunos por Guignes tom. 4, pag. 157.

(2) Chronic. Sicilie in tesau Anecdor. tom. 3, col. 29 y 37.

Esta proposición fué recibida favorablemente por el pueblo. Después de haber deliberado, se nombraron dos embajadores para que se presentasen en el campamento delante de Ascoli, y rogasen al rey de Aragon que dirigiese sus fuerzas hácia la Sicilia, y aceptase la soberanía de aquella isla. Estos ofrecimientos eran demasiado ventajosos para rehusarlos. D. Pedro abandonó á los sarracenos, embarcóse y abordó en Trapani con una escuadra de 22 buques entre galeras y tartanas, y recibió de los sicilianos el título de rey. Apenas fué reconocido como á jefe de aquella nación, envió al mismo Fr. Pedro de Queralt para intimar á Carlos de Anjou que sitiaba á los sublevados en Mesina, que se retirase y saliese inmediatamente del reino, sino quería exponerse á ser atacado y envuelto por las fuerzas del rey de Aragon. Carlos de Anjou movido por las observaciones del Templario, y más aun espantado por las amenazas del rey, levantó el sitio de Mesina precipitadamente, para retirarse á Calabria. Mientras Fr. Pedro de Queralt gozaba de la confianza del rey de Aragon, el comendador de Córdoba se halló comprometido junto con las Ordenes del Hospital y Calatrava en la rebelión de D. Sancho, hijo del rey de Castilla, contra su mismo padre D. Alfonso, á quien abandonó toda la nobleza y fué destronado por su hijo (1). Aunque se hubiera hecho odioso por su gobierno duro y altanero con los nobles; sin embargo, convirtiéndose el hijo en azote del padre no dejaba de ser menos criminal, ni tampoco la nobleza y el clero menos culpables sosteniendo la rebelión del hijo contra el padre.

¿Por qué los enemigos del Temple no han acusado de esta falta y falta gravísima á los Templarios que secundaron dicha revolución, uniéndola á tantas otras acusaciones que se destruyen por sí mismas? Si siendo esta real y verdadera no dicen nada, ¿por qué se hicieron después tantos cargos de cosas absurdas, inverosímiles y sin datos ni pruebas positivas? Se dirá que aquella rebelión les era comun con el resto de la nación. Sin embargo, no puede negarse que era una rebelión. En vano el Papa les escribió y solicitó que siguiesen el partido de D. Alfonso: lejos de obedecerle, ni siquiera, según parece, se le contestó, tan indignados se hallaban los vasallos contra su soberano (2).

1283. Como era de grande interés para la Santa Sede, impedir que el rey de Aragon se apoderase del reino de Sicilia, todo el dinero de los diezmos que estaba destinado para el sosten de la guerra de Oriente contra los infieles, fué empleado contra D. Pedro de Aragon. Ascendió dicha suma á más de 15,600 onzas de oro. Este proceder, junto con los desgraciados sucesos de las últimas Cruzadas, resfrió generalmente el celo y ar-

(1) Rainald. año 1282, núm. 35.—Cuerpo de Diplom. tom. 1, pag. 251, Turquet, lib. 12.

(2) Martenne, Vet. Scrip. tom. 2, col. 1293.—Rainald. id.

dor de los fieles para hacer sacrificios por el recobro de la Tierra Santa, llegando hasta tal punto, que, en un capítulo general del Cister se obligó en este año á todos los Abades españoles á satisfacer su contingente bajo pena de deposición, y, en efecto, algunos fueron depuestos en Inglaterra por haberse resistido á pagar la cuota que se les habia señalado (1).

Solamente Hugo de Lusignan entusiasmado por el vanidoso título de rey de Jerusalem y de un país que por momentos iba á escaparse de las manos de los cristianos, partió de Chipre á principios de 1283 con el designio de apoderarse del gobierno y penetró hasta Tiro. Los musulmanes, que bajaron de las montañas, le atacaron cerca de Sidon, y despues de haberle batido, le cogieron algunos prisioneros, desahogando su irritacion Lusignan con los Templarios de dicha ciudad, bajo el pretesto de verles adheridos á Carlos de Anjou, su competidor, de una corona que se escapaba de uno y otro, ordenando apoderarse de todos los bienes que la Orden tenia en la isla, prohibiendo su administracion, así como trasladar ni enviar nada á Tolemáida. Los Templarios elevaron sus quejas á Martin IV, entonces pontifice, quien mandó al rey de Chipre desistiese de esa empresa, siguiendo mas bien las trazas de otros príncipes cristianos, que, para utilidad de la Tierra Santa, habian honrado á dicha Orden del Temple con su proteccion y liberalidad (2). Esta carta pontificia no tuvo luego su efecto durante la vida de Hugo, pues murió en Tiro el año siguiente; pero los Templarios entraron otra vez en posesion de sus bienes bajo el reinado de sus hijos.

1284. El inmediato sucesor de Hugo de Lusignan, llamado Juan, reinó algunos meses, y el segundo llamado Enrique se hizo reconocer rey de Jerusalem.

Hugo de Lusignan fué enterrado en la abadía llamada Episcopia de Monjes Premonstratenses, que él habia fundado, cerca de Cerines. Aun se conserva su sepulcro en el atrio de la iglesia á mano derecha, y aunque los turcos hayan maltratado esta magnífica abadía, quitando los más preciosos mármoles; no obstante, puede pasar, segun el parecer de un testigo ocular, por un edificio digno de los romanos (3).

Los principales puntos que el Temple tenia en Chipre, eran Gastira en el cabo Griego, inmediato al mar, Nicosia en donde habia aquella famosa Iglesia, empezada por los Templarios, cuando eran señores del país, y concluida por Guido de Lusignan donde estaba enterrado; Limiso, que fué saqueada y destruida por un sultan de Egipto en 1425; la de Coloso, que era un castillo rodeado de una villa; este fuerte fué primeramente

(1) Martenne Thesaur. anecdot. tom. 4, col. 1483.

(2) Martenne Vet. Scrip. collectio col. 1300.

(3) Hist. general de Chipre tom. 1. pág. 697.

construido y habitado por los Templarios, y despues de la supresion los Hospitalarios lo restablecieron; era tan fuerte, que jamás habia podido ser tomado ni por Federico II, ni por los genoveses ni sarracenos y no lo puede ser sino muy dificilmente sin artillería.

Este año concluyeron las cuestiones y pleitos que de algun tiempo mediaban entre la abadía de S. Miguel y los Templarios del convento de S. Evre de Dagouville en Lorena; la cuestion fué enviada á Roma, y el Papa delegó comisarios al mismo terreno, para terminar la querella: fueron aquellos Odon Obispo de Toul, y Roger Abad de Tres Fuentes, los cuales de consentimiento de las partes acordaron estas condiciones, á saber que los Templarios entregarían al mayordomo de la abadía 10 cuarteras de mistura, y la misma cantidad de trigo y cebada, y que no se pudiese reclamar nada á los Templarios de las adquisiciones que hiciesen en Dagouville. Los testigos presentes á este convenio fueron Thierrí arcediano, Garni de Festenville, Gaultier Abad de Jovillier y Pedro capellan de Courcelles (1).

1285. Kelaoun, sultan de Egipto, que habia jurado la pérdida de Margat, por pertenecer á los Hospitalarios, y por los descalabros que sus tropas habian experimentado por la intrepidez de aquellos caballeros, trató de sitiarla segunda vez, y personalmente, á la cabeza de un formidable ejército, se presentó delante de aquella plaza. El Gran Maestre del Hospital habia abastecido la fortaleza, y, además de los caballeros, habia un respetable cuerpo de tropas á sueldo de la Orden. El sultan tentó algunas veces apoderarse de la plaza por un asalto general de escalada, llegando los turcos con las escaleras al pié de las murallas, pero pagando caro su atrevimiento, obligándoles á huir precipitadamente, por encontrar siempre en los caballeros la misma resistencia, é igual valor. Si alguna vez permitieron colocar las escalas y dejarles subir, era para precipitar al foso á los sarracenos, arrojándoles luego piedras, fuegos artificiales y agua hirviendo. No obstante, con las fuerzas que repetidamente hacia avanzar el sultan, los ataques fueron vigorosos, pero la defensa heroica, y al ver las pérdidas experimentadas se desistió del asalto, formalizando en regla el sitio. Por lo tanto, abrió sus trincheras, y batió las murallas de Margat con las máquinas para arrojar piedras segun el uso de aquel tiempo. Los caballeros Hospitalarios, por su parte, hacian salidas hasta llegar á las trincheras, destruyendo cuanto podian, é introduciendo el pánico en el campamento infiel.

Los Hospitalarios tenian en lo alto de sus murallas sus máquinas llamadas balistas y las hacian jugar con tanta destreza y acierto, que, ade-

(1) Descripción de Chipre por P. de Lusignan fol. 20, 31 y 35.

Hist. de la abadía de S. Miguel pág. 156, Cartulario tom. 2, fol. 132.

más de causar muchos destrozos en las del enemigo, una sola piedra lanzada muy á propósito aplastó algunos Emires de un solo golpe. El sultan, mientras simulaba ataques, asaltos y otros ardides, hacia trabajar asiduamente en la abertura de una mina, por medio de la cual logró derribar la torre principal llamada Jospéron, y entonces los Hospitalarios desesperando poder conservar ya la plaza, propusieron rendirse con la condicion de salvar sus vidas y de la guarnicion, asi como todas sus riquezas. El sultan rechazó su propuesta y se continuó el ataque y la defensa que puede decirse era desesperada, y al cabo de poco repitieron capitular, siendo salvas sus vidas, saldrian de la plaza sin armas pero con el permiso de llevarse algunos efectos. El sultan admitió estas condiciones, considerando las enormes pérdidas que hubiera experimentado si se hubiese obstinado en tomar Margat por asalto (1).

Los Hospitalarios salieron de la plaza, y el Sultan mandó arrasarla para quitar toda esperanza de fortificarse otra vez, en conyunturas más favorables para los cristianos.

Así las fuerzas de los caballeros orientales iban todos los dias disminuyendo, merced á tantos reveses, infortunios y desgracias; pero, no disminuía ni decrecía la reputacion y crédito de que gozaban en otra parte, y es digno de notar que en este año, primero del reinado de Felipe el Hermoso, los Templarios no eran menos considerados en esta época en la corte de Francia, que en el pasado.

El Preceptor del Temple de Paris tenía asiento en el Parlamento, con los señores, obispos y otros prelados. Segun Tillet, (2) Fr. Juan, Templario, estaba presente en el juicio que se tuvo contra Carlos de Anjou, con motivo del condado de Poitiers. En la lista del palacio real de Felipe el Atrevido, se encuentra el Maestre Gaufredo del Temple entre los que debían habitar en el aposento donde se guardaba el tesoro real, y parece que es el mismo Templario que en otra parte es llamado Concejero, y receptor del dinero real (3).

En cuanto á exenciones, las dos Órdenes las gozaban de ordinario; sin embargo, por poco que se excediesen, los Prelados tenían gran cuidado de reclamar contra el abuso, y debe notarse que reclamando, no olvidaban jamás de reconocer las concesiones hechas, ó, mas bien confirmadas, á los caballeros, por el concilio de Letran. Tenemos pruebas de ello, en los estatutos sinodales de las Iglesias de Cahors, Rodez, Tulle y Nîmes (4).

(1) De Guignes Hist. general de los Hunos, tom. 4, pag. 159.

(2) Registro de los rangos pag. 31.

(3) Thesaur. anecdot. tom. 1, col. 1205.

(4) Thesaur. anecdot. tom. 4, col. 751, 758.—1060.

Dux de Venecia, que no fué elegido sino en 1275. Nosotros la ponemos en 1277 por cuanto la indiccion está conforme, y dicha transaccion no tuvo lugar sino en dicho año segun Sanut y la crónica de Andrés Dandolo (1).

Mientras tanto el nuevo príncipe de Antioquia, que la historia nos pinta como un personaje de carácter fiero y orgulloso, se gozaba en fomentar la division, y no contento con excitar á sus partidarios contra los familiares del Temple, él mismo, sin respetar su propia dignidad y decoro, se dejaba arrastrar de su animosidad, llenando de injurias y oprobios á los Templarios, hasta el punto que el Obispo de Trípoli se vió obligado á abandonar su Diócesis, y elevar sus quejas al Papa, quien se consideró en el deber de tomar la defensa del Prelado contra Boemundo. En cuanto á los Templarios, olvidando la dulzura y la paciencia que inspira y aconseja la religion, exhalaban sus quejas, y reclamaban en vano justicia de todos estos insultos, hasta que el mismo Gran Maestre, queriendo un dia estando en marcha, pasar por Tortosa (Siria) tuvo que sufrir la afrenta de no permitirle la entrada. Justamente indignado y llevado al extremo por esta injuria, vuelve atrás, resuelto á hacer experimentar al joven príncipe y á su gobernador, que si antes habia disimulado los insultos no era por timidez ni impotencia, y despues de haber hecho constar la afrenta que habia recibido el Gran Maestre en persona, mandó equipar siete galeras con el proyecto de atacar el fuerte de Nephin por mar y tierra; pero como se habia armado, (dice Sanut), contra la voluntad de Dios, su flota desapareció por un naufragio, y los Templarios que habian avanzado por tierra se vieron obligados á volverse á Tolemaida (2).

Boemundo por su parte, disgustado del señor de Gibecet que se habia aliado con los Templarios, le sitió en su castillo pero sin resultado, porque el Gran Maestre le envió refuerzos, y Boemundo se vió precisado á retirarse vergonzosamente y aun con pérdidas. En fin, despues de tres años de discordia, el Temple se reconcilió con el príncipe de Antioquia por mediacion de Fr. Nicolás de Lorgue, Gran Maestre del Hospital.

Durante las divisiones que existían, no solamente entre los cristianos si no tambien, por desgracia, en las dos Órdenes Militares, Bendocdar, Sultan de Egipto se hubiera sin duda aprovechado de ellos si no se lo hubiese impedido el ejército de los Tártaros, y los sucesores de Gengizcan, sarracenos enemigos suyos, con los cuales tuvo una batalla, en la cual salió herido y murió de sus resultas el 25 de abril de 1277; librándose así los cristianos del más terrible azote despues de Saladino.

Poco tiempo despues, el Rey de Chipre, viendo con pesadumbre que los orientales se habian sujetado al Rey de Sicilia, avanzó hácia Tiro á la

(1) Sanut, Chronica. And. Dandolo, lib. 10, cap. 9.

(2) Sanut, et oriens Christ. id.

más de causar muchos destrozos en las del enemigo, una sola piedra lanzada muy á propósito aplastó algunos Emires de un solo golpe. El sultan, mientras simulaba ataques, asaltos y otros ardidés, hacia trabajar asiduamente en la abertura de una mina, por medio de la cual logró derribar la torre principal llamada Jospéron, y entonces los Hospitalarios desesperando poder conservar ya la plaza, propusieron rendirse con la condición de salvar sus vidas y de la guarnición, así como todas sus riquezas. El sultan rechazó su propuesta y se continuó el ataque y la defensa que puede decirse era desesperada, y al cabo de poco repitieron capitular, siendo salvas sus vidas, saldrían de la plaza sin armas pero con el permiso de llevarse algunos efectos. El sultan admitió estas condiciones, considerando las enormes pérdidas que hubiera experimentado si se hubiese obstinado en tomar Margat por asalto (1).

Los Hospitalarios salieron de la plaza, y el Sultan mandó arrasarla para quitar toda esperanza de fortificarse otra vez, en conyunturas más favorables para los cristianos.

Así las fuerzas de los caballeros orientales iban todos los días disminuyendo, merced á tantos reveses, infortunios y desgracias; pero, no disminuía ni decrecía la reputación y crédito de que gozaban en otra parte, y es digno de notar que en este año, primero del reinado de Felipe el Hermoso, los Templarios no eran menos considerados en esta época en la corte de Francia, que en el pasado.

El Preceptor del Temple de Paris tenía asiento en el Parlamento, con los señores, obispos y otros prelados. Según Tillet, (2) Fr. Juan, Templario, estaba presente en el juicio que se tuvo contra Carlos de Anjou, con motivo del condado de Poitiers. En la lista del palacio real de Felipe el Atrevido, se encuentra el Maestre Gaufrédo del Temple entre los que debían habitar en el aposento donde se guardaba el tesoro real, y parece que es el mismo Templario que en otra parte es llamado Concejero, y receptor del dinero real (3).

En cuanto á exenciones, las dos Órdenes las gozaban de ordinario; sin embargo, por poco que se excediesen, los Prelados tenían gran cuidado de reclamar contra el abuso, y debe notarse que reclamando, no olvidaban jamás de reconocer las concesiones hechas, ó, mas bien confirmadas, á los caballeros, por el concilio de Letran. Tenemos pruebas de ello, en los estatutos sinodales de las Iglesias de Cahors, Rodez, Tulle y Nîmes (4).

(1) De Guignes Hist. general de los Hunos, tom. 4, pag. 159.

(2) Registro de los rangos pag. 34.

(3) Thesaur. anecdot. tom. 1, col. 1205.

(4) Thesaur. anecdot. tom. 4, col. 751, 758.—1050.

Apesar de las súplicas de la diputación, nada fué capaz de ablandar el corazón del Sultan, y se retiró con la triste perspectiva del desastre que amenazaba á Tolemáida. No habiendo esta podido ó querido pasar por lo que pretendía el Sultan, desde luego se empezó á formar en el Cairo un ejército formidable para emprender la campaña, con el designio de exterminar los restos que quedaban de cristianos en la Siria. Algún historiador añade que esta campaña fué emprendida á excitación de un renegado, llamado Sire Talima.

Una vez reunidas las fuerzas musulmanas que se hacen subir á 140,000 infantes y 60,000 caballos, Kelaoum salió del Cairo á la cabeza de dicho ejército en el mes de octubre de 1290. Durante la marcha, al hacer oración en una mezquita, el Sultan fué atacado de una enfermedad repentina, que fué atribuida á un veneno propinado por un Emir, el cual fué ajusticiado por sospechas, y antes de fallecer fué reconocido por su sucesor Khatil su hijo, á quien hizo jurar que continuaria la empresa de exterminar á los cristianos, y no enterraría su cadáver hasta haber rendido á Tolemáida.

1291. El ejército del Sultan del Cairo, iba lentamente avanzando hacia el territorio de Tolemáida, ante cuya ciudad se presentó el 5 de abril de dicho año, para atacarla por tierra, pero antes de relatar el sitio y desastroso fin que cupo á esta célebre ciudad consideramos conveniente dar algunos pormenores relativos á ella. En primer lugar, faltaba desgraciadamente el elemento primordial de toda defensa: el dinero; en segundo lugar, los cristianos se hallaban divididos, y sin un jefe de bastante autoridad para hacerse obedecer de una porción de cuerpos diferentes cada uno de los cuales tenía su cuartel especial, con sus correspondientes magistrados.

La ciudad se hallaba llena de chipriotas, venecianos, pisanos, florentinos, ingleses y sicilianos, aparte de los Hospitalarios, Teutónicos y Templarios, independientes todos los unos de los otros. El Legado, el Patriarca y el Clero se hallaban atrincherados en un cuartel especial, de manera que todos formaban un conjunto de habitantes capaces por cierto de defender ventajosamente la plaza, si hubieran estado compactos y unidos.

Pero la envidia campaba entre tantas naciones diferentes, y los intereses particulares les hacían sospechosos y odiosos los unos á los otros, y en lugar de concurrir al bien procomunal, bastaba que una nación manifestara su parecer, para oponerse la otra.

Esta desgraciada ciudad cobijaba en su seno sus más crueles enemigos, y lo mas deplorable de todo era que la mayor parte de los soldados que componían la guarnición, y también de los habitantes, se hallaban entregados á los vicios mas repugnantes y crimenes los mas odiosos; la

muerte, el asesinato y el veneno quedaban impunes, y los malvados hallaban fácilmente un asilo seguro en los otros cuarteles de la ciudad; la corrupcion, llevada al último esceso, habia enervado al soldado que ya no consideraba los crímenes mas espantosos sino como á debilidades humanas. Ya hemos visto como los jefes superiores del Temple, para apartar á sus súbditos del desenfreno y desbordamiento de costumbres de la ciudad, habian restablecido con grandes gastos el castillo de los peregrinos.

La guarnición de Tolemaida se componia en esta ocasion de 18,000 hombres, muchedumbre confusa de gentes amontonadas de todo país, y, aunque de diferente clima, no habian mejorado de costumbres ni de inclinaciones perversas. No obstante, esta nueva Babilonia, despues de haber desatendido hasta entonces los prudentes consejos de las autoridades de la ciudad, y con sus desalentados atropellos comprometido los intereses cristianos, á la vista del inminente peligro que amenazaba, conocieron la imperiosa necesidad de un jefe experimentado que asumiese el mando superior de la plaza, á pesar de hallarse dentro de la ciudad Enrique II, rey de Chipre y Jerusalem, á quien de derecho tocaba el gobierno y la direccion de la defensa, sin embargo, los cristianos no hicieron caso de él, porque no le reconocian las dotes de valor é intrepidez, y, por lo tanto, incapaz de dirigir con acierto la defensa de aquella importante plaza, mayormente al tener ante ella á un enemigo tan formidable. En su consecuencia, previa una junta general de jefes superiores fué elegido por unánime consentimiento por comandante y gobernador de Tolemaida Fray Guillermo de Belljoch, Gran Maestre del Temple, sin que el mismo rey de Chipre, ni ninguno de los demás señores y Maestres del Hospital y Teutónico, se considerasen ofendidos por semejante eleccion; ¡tan reconocida era la bravura y esperiencia militar de ese gran Capitan! Como el mar estaba libre á los cristianos, una de las primeras disposiciones del nuevo gobernador fué mandar embarcar á una gran cantidad de bocas inútiles, enviándolas á otra parte: muchos habitantes se embarcaron también con sus familias, unos buscando asilo en Chipre, y otros dirigiéndose á Grecia y á Italia.

Como una prueba del abandono completo en que iban á quedar para siempre los cristianos de Palestina, vamos á relatar el extraordinario acontecimiento que tuvo lugar durante el sitio de Tolemaida. Era en lo mas recio de los ataques por parte de los infieles, y de la heroica defensa de los cristianos, y mientras unos y otros demostraban su indómito valor, el cielo obraba uno de aquellos estupendos prodigios que forman época en los fastos de la Iglesia.

Era el 9 de mayo de 1291, en cuyo dia por ministerio de ángeles, tuvo lugar la milagrosa traslacion de la santa casa en la que se obró la Encarnacion del Divino Verbo, en las purísimas entrañas de la Santísima Vir-

gen Maria. Su traslacion fué de Nazareth á Dalmacia, entre Teosato y Fiume sobre el Adriático. La madre del emperador Constantino, santa Elena, que profesó gran devocion á la santa Casa y la decoró con magnificencia hizo colocar en su fachada principal esta inscripcion: *Esta es el ara en la cual se puso el fundamento de la salud del hombre (1).*»

Este suceso extraordinario parece dar á comprender que la posesion de la Palestina por los cristianos habia concluido, lo mismo que la época de las Cruzadas ya habia pasado; pues no cabe duda que, desde entonces, los príncipes no se ocuparon de la reconquista de la Tierra Santa, y lo que es mas sensible que, al sonar la hora de la desgracia, para la Orden del Temple, que siempre se habia considerado como el brazo derecho de las Cruzadas, dichos príncipes se aprovecharon de gran parte de sus despojos, para usos profanos, en vez de aplicarlos á la defensa de los Santos Lugares, á cuyo piadoso objeto habian sido destinados.

Ocupémonos del sitio. Durante mas de seis semanas las salidas eran frecuentes por parte de los sitiados, así como los ataques eran continuos por parte de los infieles; éstos contaban sobre 660 Catapultas, balistas y otras máquinas para batir la ciudad que hacian funcionar dia y noche sin intermision. Habian construido galerias y torres movibles, entre las cuales descollaba una tan extraordinariamente grande, que 100 carros apenas bastaron para conducir su armazon. Estos aprestos militares y el enjambre de enemigos que rodeaba á la ciudad, no podia infundir esperanza alguna de salvacion; no obstante, se procuró defenderla del mejor modo posible. A este efecto, el Gran Maestre del Temple dividió la guarnicion en cuatro cuerpos, señalando á cada uno el puesto que debia defender, la hora y el modo de relevar las fuerzas y su respectivo descanso.

El primer cuerpo se confió al mando de dos Señores de la mas distinguida nobleza, á saber: de Juan de Grelli, francés de nacion, y de Eudes de Granson, inglés.

El segundo cuerpo estaba á las órdenes de Enrique II, rey de Chipre, y del Maestre de los Teutónicos.

El tercer cuerpo estaba bajo la direccion de los Maestres del Hospital y de la Espada.

Y el cuarto cuerpo estaba bajo el mando del Gran Maestre del Temple y del Maestre de Sancti Spiritus.

(1) Esta primera traslacion tuvo lugar durante el pontificado de Nicolao IV, esto es el 9 mayo 1291. La segunda traslacion fue durante el pontificado de Bonifacio VIII, en 10 de diciembre de 1294, desde Dalmacia á Recanate (Italia).

La tercera en julio de 1295, en un bosque perteneciente á una señora llamada Laureta cerca de Ancona, por cuyo motivo desde entonces es llamada casa de Loreto.

•Breviario Romano.—Natal Alejandro.—P. Turselino.—Hist. Ecta.

Desde primeros de mayo hasta el 14, el Sultan redobló todos sus esfuerzos, atacando repetidamente á la plaza sin dejar un momento de reposo á los sitiados; no obstante, estos rechazaron siempre con ventaja al enemigo.

Al ver el Sultan la obstinada defensa, á fin de economizar la sangre de sus soldados, procuró tentar la fidelidad del jefe superior de la plaza, á su gobernador, es decir al Gran Maestre del Temple. A este objeto fué comisionado un jefe sarraceno ofreciendo al Gran Maestre, en nombre del Sultan, una suma considerable de dinero, con pactos honoríficos, si rendía inmediatamente la plaza. El Gran Maestre rechazó con indignacion semejantes proposiciones, mandando al emisario dijese al Sultan: «Que la divisa de la Orden del Temple era vencer ó morir, y nunca jamás cometer el deshonor y la infamia que le proponía.»

Merced á las numerosas máquinas de guerra que el enemigo hacia jugar contra la ciudad, logró derribar entre otras torres una que se llamaba la Torre Maldita considerada como la principal fortaleza de la plaza; luego de derrumbada aquélla, corrieron los sarracenos con precipitacion al asalto, y el Rey de Chipre que se hallaba en aquel lugar con sus fuerzas y teutónicos detuvo el ataque, pereciendo mucha gente en este lance, y seguramente los infieles se hubieran apoderado de aquel punto importante, si la noche no hubiese venido á separar á unos y otros combatientes. Previendo el Rey de Chipre que á la mañana siguiente era preciso volver al combate, porque los enemigos atacarían en mayor número, y temeroso de lo que podía acontecer, pidió á los teutónicos que ocupasen su puesto durante la noche, con el pretexto de descansar sus tropas, prometiendo volver á la madrugada para relevarles. Con esta indigna estratagemá dejó la brecha, y pasó al puerto embarcándose con 3,000, para dirigirse á Chipre, abandonando cobardemente á todos los ilustres Caballeros de las Órdenes, soldados y habitantes de aquella desgraciada ciudad.

A la mañana siguiente, los infieles volvieron á avanzar, para dar el asalto, y habiendo observado que el puesto de Lusignan no estaba defendido como de ordinario, acudieron de todas partes los mamelucos, decididos soldados del Sultan, subieron á la brecha, llenaron el foso con maderas, piedras y cadáveres, pasando á cuchillo cuanto se opuso, y con su gran multitud oprimieron á los teutónicos, penetrando más allá de las Barbacanas, es decir ya dentro de la ciudad. Considerándose ya dueños de ella, los gritos y aclamaciones de los vencedores, los lamentos y ayes de los vencidos advirtieron al Gran Maestre del Hospital que el enemigo se hallaba dentro del recinto, y al momento mandó á Fr. Mateo de Clermont, mariscal de su Órden que, á la cabeza de los Caballeros, cargase al enemigo. En efecto, el valeroso mariscal ejecutó lo que se le había mandado, y en medio de la algazara que hacían los musulmanes cargó contr:

ellos tan bruscamente que por tres veces consecutivas fueron rechazados y obligados á retroceder matando á muchos en estas retiradas, logrando la bizarría de dicho mariscal y bravura de los Hospitalarios acompañar á los infieles, con la punta de sus espadas, hasta la brecha, precipitando á muchos de ellos desde lo alto á los fosos.

En fin, el 18 teniendo el Sultan dispuestos todos los preparativos para un formidable asalto, ordenó que se diese por dos puntos diferentes: jamás hubo combate tan pertinaz: la brecha fué tomada y perdida varias veces á su vez por unos y otros; los infieles irritados de tanta resistencia, dirigieron todos sus esfuerzos contra la Puerta de San Antonio, en la que estaban los dos Grandes Maestres, cuya sola presencia parecía hacer invencibles á sus Caballeros. Aquí se combatió largo tiempo con ardor siempre igual: el choque era sangriento y mortífero y el terreno disputado con tanto encarnizamiento, que se luchaba cuerpo á cuerpo de modo que el combate general parecía convertido en desafíos particulares. Nadie conocía el peligro, habiendo faltado las flechas y los dardos á los cristianos, se valían de lanzas y mazas para herir á los infieles, deseando todos vencer ó morir; no obstante, la lucha era desigual, el punto peligroso y era poca la gente para su defensa; de ahí es que pocas esperanzas quedaban á los sitiados para poder resistir á las inmensas fuerzas que se agolpaban no solo en otros puntos de la ciudad, sino tambien en la Puerta de San Antonio, manifestándose el empeño del enemigo de apoderarse de ella á toda costa; como era evidente el de los cristianos por defenderla y conservarla á todo trance. Apesar de tanta intrepidez, valor y heroismo, en este infausto dia habia sonado la hora suprema de la total desgracia para los cristianos de la Palestina. La Europa que por espacio de 200 años de esfuerzos y sacrificios, habia fundado y sostenido el reino de Jerusalem, que habia luchado para hacer desaparecer la barbarie asiática, y acorrallar el islamismo en el desierto, como si su gigantesca obra se hubiese concluido, se dejó después arrebatada una tras otra por la cimitarra musulmana las conquistas de Godofredo de Bullon, de Ricardo, Corazon de Leon, y de Felipe Augusto. En vano el Papa Nicolás IV imploró el socorro á esa misma Europa, y suplicó á Reyes y pueblos cristianos; pero ¡oh dolor! el tiempo de los sublimes sacrificios habia pasado, el entusiasmo que habian engendrado las Cruzadas se hallaba adormecido, y los gemidos del Papado no tuvieron fuerza bastante para hacer desenvainar la espada ni á los reyes ni á los grandes para salvar la Palestina, es decir: el Santo Sepulcro del Salvador; porque las comodidades, los regalos de la vida de los palacios, y las pasiones les fascinaron y tuvieron para ellos más atractivo que el correr azares, peligros y honores de una guerra que, aunque Santa y piadosa, no la consideraron interesante ni para sus estados ni para sus fines particulares. Por la tanto, no es extraño que Tolemaida se hallase

en el extremo como la hemos visto, y en su último y desastroso fin, como vamos á ver.

La resistencia en la puerta de San Antonio fué sublime, allí pereció cubierto de gloria inmortal Fr. Mateo de Clermont, mariscal de los Hospitalarios, Caballero de heróico y temerario valor y muy querido de toda la Orden, después de haber rechazado por tres veces á los musulmanes que habian penetrado en la plaza; pero, viendo el Gran Maestre del Temple, que al enemigo no le importaba el número considerable de muertos y heridos que tenia fuera de combate, y que las fuerzas de la plaza disminuian á proporcion, en vista de los peligros que amagaban por todas partes, y del enjambre innumerable de enemigos que en tropel asaltaba la plaza, dirigiéndose al Gran Maestre de los Hospitalarios Fr. Juan de Villiers le dijo:

«Todo está perdido; es imposible sostenernos, á menos que atacando el mismo campo enemigo, halleis vos el medio de hacer alguna diversion que afloje su ardor, y nos dé tiempo para fortificar el puesto que defendemos.»

El Gran Maestre del Hospital partió inmediatamente á la cabeza de 500 caballeros, y saliendo por una puerta opuesta al ataque se lisonjeaba de sorprender el campo enemigo; pero el sultan durante el asalto, tenia montada su Caballería; de ahí es que, á pesar de sus vigorosas cargas y de sus prodigios de valor, envuelto por todas partes, se vió obligado á retirarse y entrar otra vez en la ciudad con algunas pérdidas. Durante la salida del Gran Maestre del Hospital, el del Temple hacia proezas de valor en la puerta de S. Antonio, al frente de sus caballeros, que se defendian como leones y hacian morder la tierra á los más atrevidos enemigos, cuando una flecha envenenada hirió mortalmente debajo el sobaco, á Fr. Guillermo de Belljoch Gran Maestre del Temple, cuya herida y muerte fué obra de pocos momentos y sembró el desaliento en las filas de los sitiados. El desconcierto que causó esta muerte fué espantoso entre los cristianos pudiendo entonces el mismo sultan y sus tropas entrar en la plaza pero por encima de montones de cadáveres, mezclados de Templarios y otros caballeros así como de sarracenos, y para hacer más horrible la escena, se pegó fuego á la ciudad, pareciendo tambien que el cielo tomaba parte en tan espantosa tragedia. Como si diera señal del fin á tan desastroso espectáculo, envió un furioso huracan acompañado de granizo, lluvia, y tinieblas que no eran iluminadas sino por el formidable incendio que devoraba á la ciudad.

No obstante, en medio de tantas calamidades, no se habia extinguido del todo el valor de los soldados. Los caballeros de las Órdenes corrian de una parte á otra animando el combate, y la resistencia en las calles fué terrible; el degüello, la desolacion y la muerte era general.

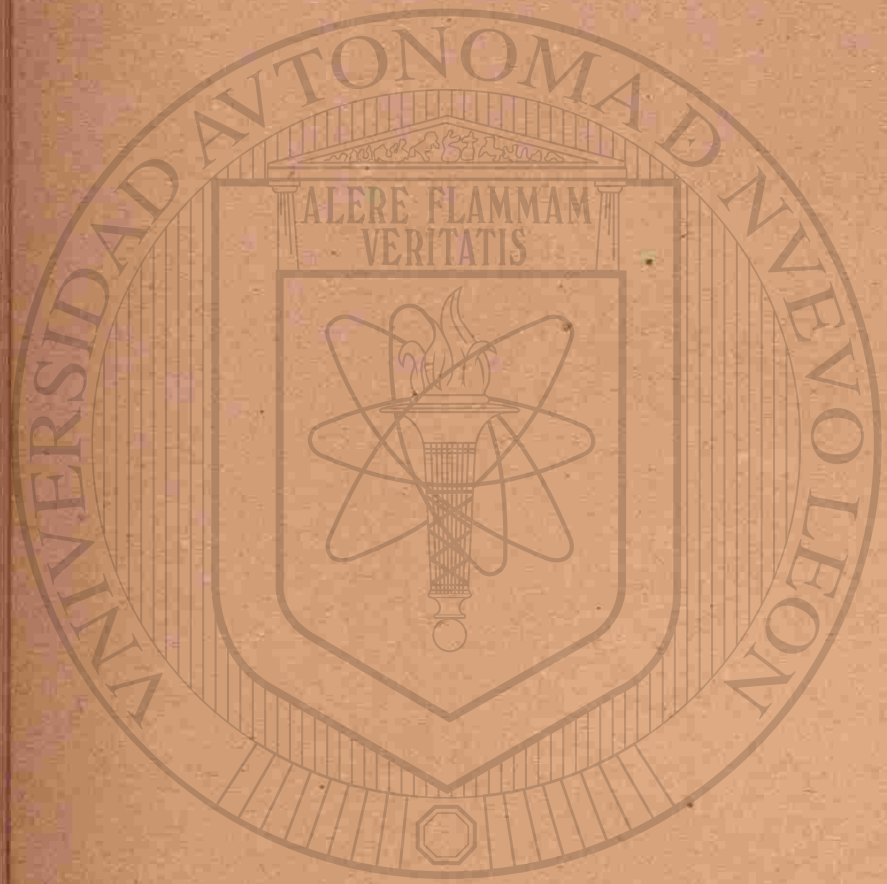
El Gran Maestre del Hospital, al saber la muerte del de Belljoch, y

que el enemigo se apoderaba de la ciudad, para salvar á los pocos caballeros que le queaban, trató de ganar el puerto, aunque perseguido de cerca por el musulman, y, bien que herido, ordenó los ballesteros que habia en los buques dispararan de continuo sobre la caballería enemiga, para favorecer así el embarque de los suyos, logrando de este modo salvar los restos de su Orden haciéndose á la vela para Chipre.

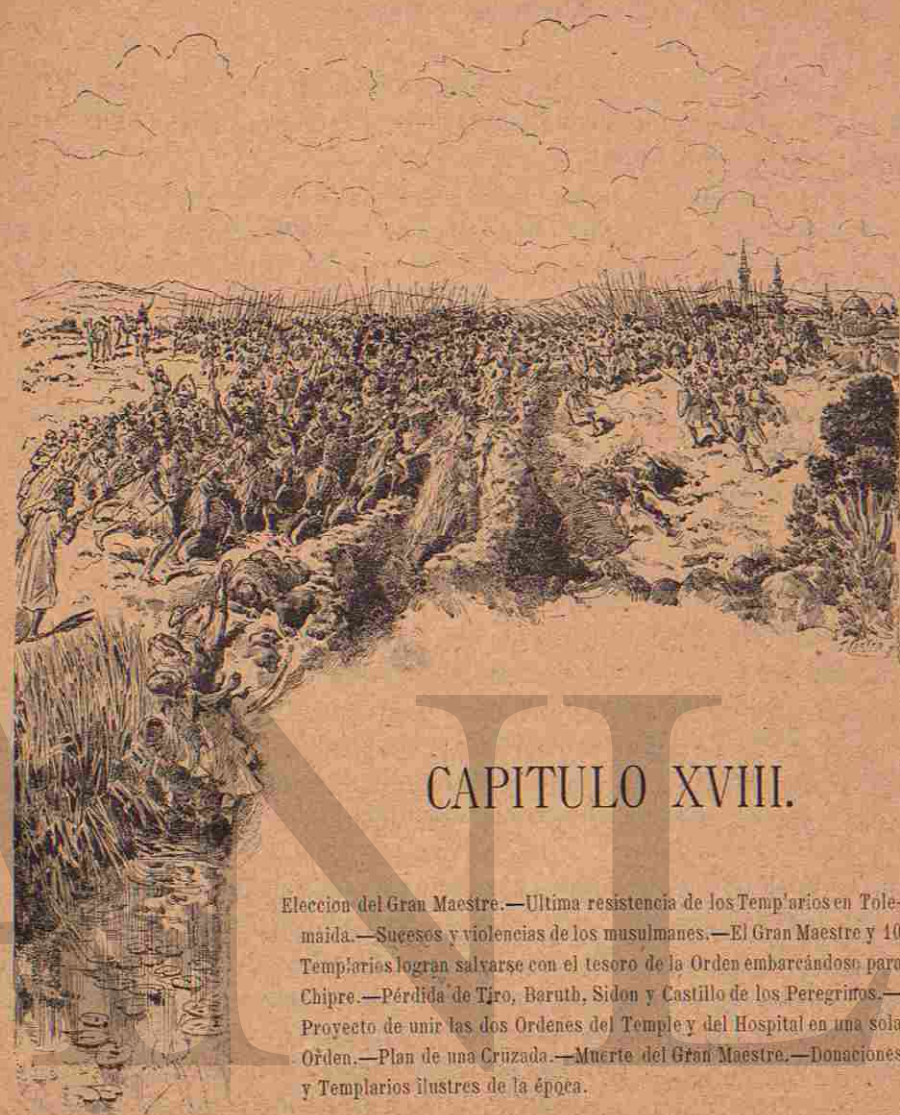
El Patriarca y su séquito se embarcó en una chalupa la cual zozobró por el gran número de gente que contenia, pereciendo todos.

El desórden que se introdujo en Tolemaida cuando el musulman se esparramó por la ciudad, es indescriptible; los unos corrian hácia el mar que estaba libre, otros hácia la fortaleza del Temple, donde se atrincheraron, y como dicho castillo y cuartel estaban contiguos al mar, una parte de los que allí se habian refugiado, queriendo embarcarse, se ahogaron, por estar el mar agitado. 300 Templarios que se habian librado del furor musulman, tentaron pasar al puerto, pero siendo cortados en su retirada y no pudiendo romper los apretados batallones sarracenos que les cerraron el paso, volviendo grupas entraron en su cuartel y castillo para sepultarse entre sus ruinas. Anticipadamente se habian refugiado en dicha fortaleza muchas mujeres y doncellas, horrorizadas ya de la infeliz suerte que les esperaba, si caian en poder del bárbaro musulman.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE B



CAPITULO XVIII.

Elección del Gran Maestro.—Última resistencia de los Templarios en Tolemaida.—Sucesos y violencias de los musulmanes.—El Gran Maestro y 10 Templarios logran salvarse con el tesoro de la Orden embarcándose para Chipre.—Pérdida de Tiro, Baruth, Sidon y Castillo de los Peregrinos.—Proyecto de unir las dos Ordenes del Temple y del Hospital en una sola Orden.—Plan de una Cruzada.—Muerte del Gran Maestro.—Donaciones y Templarios ilustres de la época.

UENAS cerró los ojos en su muerte gloriosa Fr. Guillermo de Belljoch, al cual acusa algún historiador, de ser el origen de la pernicioso práctica inmoral, gentilica y anticristiana, usada por los Templarios; su valor y su muerte combatiendo contra los enemigos del nombre de Cristo, le vindican sobradamente de tal calumnia, así como á todos los Templarios que sucumbieron en la célebre defensa de Tolemaida. Como hemos dicho, luego despues de su muerte, y encerrados en la fortaleza, á pesar de tan críticas y azarasas circunstancias, los Caballeros juzgaron de imperiosa necesidad, en el trance angustioso en que se hallaban, tener un jefe que les dirigiera, para librarse de toda responsabilidad en caso de un desastre que ya veian caerseles encima.

En efecto, el mismo día 18 de mayo de 1291, los capitulares eligieron á uno de entre ellos, llamado Fr. Theobaldo Gaudini, conocido ordinariamente por el monje Gaudini.

Este Gran Maestre tomó el gobierno de la Orden en ocasion por cierto nada envidiable; no obstante, demostró sus excelentes dotes y cualidades con las acertadas disposiciones que dictó, para la última defensa, secundado por algunos Caballeros teutónicos que se hallaban tambien encerrados en aquella fortaleza. Dueños como estaban los musulmanes de Tolemaida, atacaron con violencia el cuartel del Temple, y al ver el sultan la resistencia que se oponia á sus ataques, intimó la rendicion, y entrando en pactos Gaudini alcanzó una capitulacion honrosa, el 19, en la cual se estimulaba, salvas las vidas de todos los que se hallaban atrincherados con él; libertad de retirarse sanos y salvos donde quisieren; llevarse los efectos que cada uno pudiera, y, sobre todo, que no se atentaria al honor de las mujeres y doncellas que se hallaban refugiadas en dicho cuartel del Temple. El sultan consintió en estas condiciones, y, para seguridad de su palabra, envió uno de sus estandartes que fué izado sobre una torre, así como 300 turcos al cuartel de los Templarios, para vigilar que se ejecutasen al pié de la letra los artículos de la capitulacion; pero, mientras que todo se disponia para salir, y se aguardaba la aproximacion de los buques para embarcarse, el pérfido musulman arrastraba á las jóvenes y damas á los parages más ocultos de la casa y hasta de la Iglesia para saciar su brutalidad y sensualismo. Indignados los Caballeros al ver estas violencias corrieron á dar parte al Gran Maestre, quejándose de tanta infamia, á lo que contestó Fr. Gaudini. «¡Ah, Caballeros! yo no estoy menos afligido que vosotros, ¿qué podemos hacer en tan tristes circunstancias?» Animados los Caballeros del espíritu de Phinees, sin reflexionar en lo que podia sobrevenir, corrieron á las armas, derriban el estandarte musulman, colocan el de la Orden, se apoderan de las salidas, degüellan á los insolentes sin salvarse uno solo, y atrincherándose segunda vez, se ponen á la defensiva los unos en las puertas y murallas y los otros en la torre del Gran Maestre que se hallaba separada del castillo. El sitio comenzó de nuevo, prefiriendo morir y sepultarse, antes que entregarse á tan vil canalla, y aunque conocieron que su pérdida era inevitable, no quisieron admitir otra capitulacion que la muerte.

En un instante, los infieles atacaron el cuartel y castillo, en una mano la espada y en la otra la escalera, mientras tanto se concluia la mina que antes tenian ya adelantada los musulmanes; éstos suben atropelladamente la escalada con el afan de ganar lo alto de las murallas; en este asalto se combatió por una y otra parte con intrepidez. Los teutónicos fueron los primeros que pidieron capitular, y trataron con un Emir por su tropa unicamente; los Templarios continuaron su heroica defensa hasta el 20 de

mayo; en este día el Gran Maestre Gaudini, conociendo lo temerario de aquella defensa, y que era inminente el peligro que corria de ser pasados todos á degüello, á fin de calmar al Sultan, le deputó al Mariscal de la Orden, con algunos caballeros de los principales, encargados de implorar su clemencia, y esponerle la verdad de lo acontecido; pero el sultan, lejos de querer escuchar razones de ninguna clase, con la más cruel barbaridad, mandó cortar la cabeza al jefe de la Diputacion, dando á entender con esto la suerte que esperaba al Gran Maestre, y la venganza de que estaba poseido el espíritu del sultan. En esta estremidad, desesperando Gaudini de ablandar al vencedor, empleó gran parte de la noche en transportar á los buques de la Orden, el tesoro, archivo y todo lo más precioso en joyas, plata y reliquias, siendo bastante dichoso en burlar la vigilancia de Khalil, embarcándose en union de 10 Templarios sin advertirlo nadie.

Entretanto los Templarios eran atacados por todas partes, y los musulmanes ya casi apoderados de la torre llamada del Gran Maestre; como sus murallas estaban minadas, entre faltarles los apoyos y el peso de los sitiados y sitiadores que la asaltaban, se desplomó con espantoso ruido y sepultó en sus ruinas á las doncellas, mujeres, niños, Templarios y musulmanes. Las doncellas y damas que en dicho recinto se habian refugiado, sin duda prefirieron aquella muerte honrosa, al peligro que hubieran corrido de caer en poder de aquellos bárbaros más odiosos por su brutalidad y libertinage, que por su crueldad.

Los que defendian el cuartel del Temple se rindieron y fueron todos pasados á cuchillo, escepto las mujeres y niños que quedaron en la esclavitud.

Es muy digno de saberse el siguiente hecho heroico que refieren todos los historiadores: Habia en Tolemaida un monasterio de monjas de Santa Clara, y al saber la Abadesa que los sarracenos ocupaban la ciudad reunió en Capitulo á todas las religiosas y les dijo: (1) «Hijas mías, despreciamos esta vida, y conservémonos puras de alma y cuerpo, para nuestro celestial Esposo; haced lo que me vereis hacer, y no vacileis un momento en quedar desfiguradas en esta carne corruptible.» Dichas estas palabras, sacó un cuchillo y se cortó la nariz, quedando su rostro cubierto de sangre. Las demás religiosas siguieron su ejemplo; hiriéndose la cara, quedaron desfiguradas de una manera espantosa.

Apenas se había consumado este heroico hecho, entraron los sarracenos, cimitarra en mano, dentro del Monasterio. Al principio quedaron como aturdidos y desarmados, al ver aquel espectáculo, retrocedieron con horror, pero luego convirtiendo en furia su admiracion, se lanzaron sobre aquellas víctimas inocentes asesinandolas á todas.

(1) Pepobr. 14 prelm. 272.—Wadding, 1291, núm. 8.—Bercastel lib. XLI, núm. 30.—Artand de Montor. Vid. del Papa Nicolás IV.

Este suceso nos recuerda el caso análogo acontecido en el Monasterio de Benedictinas de San Pedro de las Puellas de Barcelona.

Cuando Almanzor entró en esta ciudad, en 986, temiendo la Abadesa Martrull, la violencia y la brutalidad de los sarracenos, para librarse del deshonor, ideó el desfigurarse la cara así ella como las demás religiosas, y así lo hicieron; y cuando los infieles entraron en el Monasterio, ávidos de saciar sus brutales instintos, al ver el rostro ensangrentado y desfigurado de aquellas religiosas, cebaron su furia en maltratarlas con golpes y arrastrarlas por el Monasterio, embarcándolas al último para Mallorca como cautivas » (1).

Los Frailes menores del colegio de Tolemaida fueron todos igualmente asesinados (2).

A más de 40.000 asienden los muertos ó esclavos cristianos que perecieron en el sitio de Tolemaida, sin incluir en este número 500 Templarios que había entonces en dicha ciudad y que la defendieron tan valerosamente, escapándose solamente los que acompañaron al Gran Maestre Gaudini en su huida.

Tolemaida fué tomada un viernes, á las tres, es decir en un mismo día y hora que lo había sido por los cristianos en 1191: estos experimentaron la misma suerte que habían hecho experimentar á los musulmanes. Después que esta plaza se había convertido en centro de comercio de los occidentales y levantinos, había atesorado riquezas inmensas. Luego de saqueada, mandó el sultan pegarle fuego por sus cuatro costados, arruinó sus murallas, torres, iglesias y palacios.

Las ruinas de Tolemaida son dignas de la atención del curioso y del artista; aún se ven los restos de 30 iglesias y sobre todo de la Catedral cerca del mar; en el cuartel del Temple, el palacio de los caballeros, que debía ser muy hermoso, á juzgar por sus restos; aun se conserva una bella escalera, una parte de su Iglesia, y una puerta falsa que dá al mar, por donde salió y se embarcó Fr. Theobaldo Gaudini, con el tesoro de la Orden y sus 10 caballeros. En las cercanías de estos escombros, se hallan cantidad de grandes piedras redondas de trece ó catorce pulgadas de diámetro, que seguramente serían las empleadas en este famoso sitio.

Después de la toma de Tolemaida, el musulman dirigió sus fuerzas contra Tiro, la cual se rindió al cabo de algunos días de sitio. Aunque se hallaba en estado de defenderse más tiempo; sus habitantes tuvieron la libertad de llevarse consigo cuanto pudiesen.

Los que defendían Baruth, engañados por las promesas de un Emir que les atrajo á la llanura, parte fueron pasados al filo de la espada, y

(1) Fellu de la Peña, An. de Cat. tom 1, lib. IX, cap. X, pág. 283.

(2) San Antonino, tom. 3, pág. 782.

parte cautivos de manera que no quedaba á los cristianos más que dos plazas marítimas defendidas por los Templarios. Sidon y el castillo de los peregrinos. La primera se defendió heroicamente obligando al ejército enemigo á retirarse; pero, al ver que se reunía una escuadra formidable para atacarles por mar, y que todas las fuerzas del sultan iban aglomerándose, con el proyecto de aplastarles, abandonaron Sidon así como el castillo de los peregrinos el cual durante más de 74 años había sido el terror de los infieles y el refugio de los peregrinos. El enemigo, una vez dueño, arruinó sus fortificaciones y edificios inutilizándole por siempre. Los escombros, y ruinas de este castillo son aun considerables y demuestran que toda su fuerza consistía solamente en su ventajosa situación topográfica. Desde aquí los Templarios pasaron á Antarade, donde fueron también sitiados, viéndose, por último, obligados á refugiarse en Chipre, unos, y en la pequeña Tortosa ó Arade otros, á dos millas de la costa del mar, como lo veremos, en 1301 (1).

Tal fué el desastre y desgraciado fin de los cristianos en Siria. Nadie sintió más vivamente este golpe que el Soberano Pontífice. No contento con atestiguar su pena á los príncipes y repúblicas, hizo todos los esfuerzos imaginables para persuadirles á que se reuniesen contra el enemigo común del nombre cristiano. En una de sus cartas se estiende de un modo particular en alabanzas del Gran Maestre Fr. Guillermo de Belljoch, no poniendo ninguna dificultad en comparar su muerte á la de un mártir. En efecto, el Gran Maestre Belljoch no tenía menos probidad que bravura, como lo prueba lo que ya hemos indicado, que Khalil para seducirle en vano le había ofrecido sumas inmensas y grandes ventajas, nada fué capaz de hacer vacilar su fidelidad religiosa y su desinterés, respondiendo que no había aprendido de sus antepasados el ceder por dinero una plaza que tanta sangre había costado á los cristianos, que las promesas y las amenazas del sultan no podrían jamás en él lo que el amor que tenía á Jesucristo y á su orden (2).

El Papa encargó también á todos los metropolitanos que convocaran sus concilios provinciales, tanto para deliberar los medios de reconquistar la Tierra Santa, como para ilustrarle acerca del proyecto que tenía de reunir en una sola Orden á los Caballeros Teutónicos, Templarios y Hospitalarios.

Muchos Concilios se tuvieron á este objeto, alabando el plan del Pontífice, aconsejándole se apresurase á realizarlo; hacer de las tres corpora-

(1) Nangis.—Marin Sanut pág. 230.—Excidium Aconis apud Edmund. Martenne tom. 5, vet. Script. col. 737. Rainaldi., S. Antonio de Florencia. Epitome Bellorum Sacror. año 1291. De Guiques Hist. gen. de los Hunos tom. 4, pág. 162, etc.

(2) Pentaleo de ordine Joannit, pág. 88.—Rainald, n.º 7. Centuriat, Magdeb. tom. 13.

ciones una regla comun, aprovechando de ellas lo mejor que hubiese en sus prácticas y observancias, y darles por jefe un Soberano, por ejemplo el Rey de Francia, el cual sin embargo, sería de nombramiento de la Santa Sede.

Ahora bien; si los Templarios eran entonces unos malvados de notoriedad pública, como así lo supone el P. Alejandro; ¿cómo es que no se halla la menor prueba, ni siquiera indicacion, en los Concilios que se celebraron en esta ocasion? Que se consulten los de Milan, Londres y Salvourg, y no se halla el más mínimo fundamento de semejante acusacion. Mucho más trabajo tenían los Prelados en corregir los abusos de sus clérigos y presbíteros, que hallar motivo para la reforma del Temple (1).

Creuyendo el Papa Nicolás IV, que reunidas las tres Órdenes militares trabajarían más eficazmente contra los infieles, lo comunicó á los Reyes de Francia, Inglaterra y al Emperador de los griegos; y hasta conferenció sobre este particular con algunos Preceptores del Temple y del Hospital, ménos para obtener su asentimiento, dice Wading, que para saber su disposicion. En su lugar correspondiente ya veremos la opinion del último Gran Maestre. Nadie escitaba con más ardor la ejecucion de este proyecto que el mallorquín Ramon Lull. Este sabio filósofo empleó todo el crédito de que gozaba en Roma, y entre los Príncipes cristianos para atraerles á sus ideas, pero todas sus gestiones fracasaron, lo mismo que todo el trabajo que se había tomado el Papa para empeñar á los pueblos en una nueva Cruzada. El desgraciado éxito de las precedentes, la toma y ruina de los puertos necesarios para abordar á Palestina fueron la causa de que los occidentales no escuchasen sino con indiferencia la relacion que se hacia de los desastres últimamente experimentados en Oriente, y creyendo que el mal era desesperado, no se cuidaron de acudir al remedio.

En 1292 los Caballeros Teutónicos se marcharon á Prusia y Livonia de la cual eran Soberanos, no queriendo permanecer en Oriente, á diferencia de los Templarios y Hospitalarios, que esperando poder entrar otra vez en la Tierra Santa, merced á alguna Cruzada, no quisieron apartarse de su vecindad, aguardando nuevos socorros de Europa. Reunidos en Chipre, bajo la proteccion de Lusignan, se fortificaron en Límiso, antigua y hermosa ciudad, distante 40 léguas de las costas de Siria. Allí acudieron sucesivamente los que se escapaban de la cruel persecucion de los sarracenos. Era un espectáculo conmovedor ver á esos bravos Caballeros cubiertos de heridas, saltar de los buques con un continente noble, y resignado á su suerte, y penetrados de dolor por haber sobrevivido á la pérdida de la Tierra Santa. Aunque acudieron á Chipre los Caballeros que estaban diseminados en algunas pequeñas fortalezas, no eran bastantes para realizar

(1) Labbei, Concilia Magnae Britanniae. 1291.

los proyectos que había formado el Gran Maestre, Gaudini; pues, á pesar de que era difícil el desempeño de tan elevado cargo en la penosa situacion en que se hallaba la Orden, incierto su destino, sin bienes, sin casas y despojado de todo, y los pocos Templarios que estaban á su lado llenos de heridas, y si bien es cierto que se hallaban interinamente establecidos en Límiso, no obstante consideraban dicha tierra extranjera y como un destierro en tan grande desolacion, para evitar el completo fin ó exterminio de la Orden en Oriente, hizo un llamamiento general á todos los Preceptores de Europa, para que acudieran á Chipre todos los Templarios disponibles, á fin de reorganizar las fuerzas, y estar prontos y dispuestos á entrar otra vez en Palestina, cuando un príncipe cristiano á la cabeza de alguna Cruzada deseara con celo librar la Tierra Santa de la tiranía de los infieles.

Esta confianza era tanto más segura, para ellos, cuanto el Papa Nicolás IV, compadecido de los desastres de la Palestina se había dirigido á los príncipes cristianos escitándoles á su socorro, ordenando la convocacion de concilios provinciales, á fin de escogitar los medios más eficaces para el recobro de los Santos Lugares, y todo esto infundia la esperanza de que, á no tardar, la Orden del Temple podría entrar en campaña; pero, como desgraciadamente en esta época, muchos príncipes europeos tenían entre sí guerras desoladoras, fué preciso al Pontífice, por consejo de los metropolitanos, advertir á dichos soberanos cesasen en sus luchas, y quitasen el obstáculo que impedía la organizacion de la Cruzada, así como invitar á Felipe el Hermoso, para que se pusiese al frente de ella, y se prohibiese, segun lo ordenado en los Concilios de Letran y de Lyon, proporcionar armas á los sarracenos.

Aun hizo más dicho Papa. Se dirigió también á Andronico Paleólogo, emperador de Constantinopla, á Juan Commeno que lo era de Trebisonda, á los reyes de Armenia y Georgia, que, aunque del rito griego, estaban bien dispuestos á favor de los latinos, y hasta tanteó, con el mismo objeto, al Kan de Persia.

Sin embargo de tantas gestiones, medidas y súplicas, nada se hizo; ningun príncipe tomó las armas, ni la cruz, y los cristianos de Europa permanecieron en la más lamentable indiferencia para el recobro de la Tierra Santa. No obstante, los Templarios procuraron rehacerse de sus enormes pérdidas, esperando que la Providencia les deparase mejores tiempos para acreditar su valor é intrepidez contra los infieles, por cuyo motivo se establecieron en Límiso, para no dejar languidecer su ánimo, y no estar apartados de la Palestina, campo de sus hazañas y proezas.

Pero, como sus fuerzas marítimas no habían experimentado pérdidas considerables, se hicieron á la vela para el corso contra todo el litoral de Egipto, y proteger á los peregrinos que iban á visitar el Santo Sepulcro, aunque pagando crecidos tributos; y en sus expediciones daban caza á los

corsarios turcos, haciendo presas considerables en buques y mercancías. Sabido esto por el sultan, irritóse tanto al ver que renacían otra vez las dos Ordenes militares, que juzgaba haber destruido y aniquilado enteramente, que juró perseguir estos gloriosos restos que se habían salvado en Chipre, y echarlos de dicha isla. Armó con este objeto una poderosa escuadra, con tropas de desembarco; pero, estallando en sus Estados una rebelion, no pudo realizar su proyecto; y, en un combate con los rebeldes, cayó Khalil en sus manos y fué asesinado, librando así la Providencia á las dos Ordenes de los peligros de un sitio en una plaza abierta por todos lados, y que, esceptuado el castillo, no se podía contar sino con el indómito valor de unos y otros Caballeros.

El rey de Chipre, á fin de proporcionar medios á los Caballeros durante la amenaza del sultan, impuso una contribucion á todos los habitantes de Chipre, esceptuando á las dos Ordenes. Los dos Grandes Maestres, para prevenir designios ulteriores de Nazer, sucesor de Khalil, pidieron autorizacion al rey de Chipre para fortificar Limiso, y luego de conseguida se levantaron algunos bastiones que miraban al mar, á fin de librar la plaza de una sorpresa.

Libres ya del peligro que les habia amenazado, faltaba aun socorrer al rey de Armenia, quien habia delegado á dos frailes menores para que pasaran á Europa, á fin de implorar socorro de la Santa Sede y de los principes cristianos. El Papa dispensó en su favor cuanto pudo su celo, y envió á los Caballeros, poco antes de su fallecimiento, 20 galeras cargadas de municiones de boca y guerra con orden á los dos Grandes Maestres de unir sus fuerzas á este refuerzo y ponerse en campaña con el Almirante Roger, que mandaba sus galeras. Fr. Juan de Villiers, Gran Maestre del Hospital, y Fr. Theobaldo Gaudini, del Temple, obedecieron las ordenes del Pontífice, poniéndose al frente de sus flotas combinadas, dirigiendo el rumbo hácia las costas de Pamflia, resueltos á sorprender Side, conocida bajo el nombre de Candelor en la antigua geografia, pero hallándola en estado de hacer vigorosa resistencia, pasaron por delante de Alejandria; pero en todas partes encontraron al enemigo en grande vigilancia, por estar prevenido de sus designios, y dispuesto á recibirlos, lo que obligó á dichas flotas á volverse á Chipre sin haber podido auxiliar á los Armenios.

Todos los proyectos de Cruzadas quedaron suspendidos por la muerte del Soberano Pontífice Nicolás IV, que ocurrió el viernes santo de este año 1292. Bajo su pontificado, los Templarios habian gozado bastante pacíficamente de sus exenciones, sin parecer muy adheridos á ellas como lo hemos ya visto, y como aun se puede ver con su conducta observada en 1291, con el Primado de Aquitania; al hacer su visita pastoral en las Diócesis de Cahors y de Albi, siendo recibido el Prelado procesionalmente y con repique de campanas en las casas del Temple, en las cuales no sola-

mente predicó, confirmó y administró la clerical tonsura, sino que tambien recibió el derecho de procuracion que se habria podido disputar y rehusar (1).

1294. Muerto Nicolás IV, fué elevado á la Suprema dignidad de vicario de Jesucristo Celestino V, el cual habiendo renunciado la tiara para no ocuparse sino del ejercicio de las virtudes, fué elegido Bonifacio VIII. Apenas dicho Pontífice ocupó el solio de S. Pedro, demostró su particular predileccion á los Caballeros del Temple y del Hospital. No ignoraba que esos dos cuerpos se componian á lo menos la mayor parte, de gentiles hombres y de bravos guerreros, y no se olvidó, dice el historiador de Malta, ni de proteccion declarada, ni de gracias y beneficios para adherirlos más estrechamente á la Santa Sede, y á sus propios intereses, suponiéndose que intentó armar los Templarios contra los sicilianos, lo que no hallamos consiguiese su objeto (2).

1295. El rey de Inglaterra habiéndose opuesto el que se transportasen fuera de sus estados géneros ni provisiones de ninguna clase; Bonifacio á dicho rey el primer año de su pontificado le escribió en estos términos.

«Como es de nuestro agrado, y aun por orden nuestra que el Gran Maestre y la casa del Temple se hayan fijado en el reino de Chipre, para estar más á propósito de defenderle, y como ellos han sacrificado con este fin sus bienes y sus personas, de modo que se hacen dignos de merecer vuestros favores y los de la Santa Sede, Nos exhortamos y rogamos á vuestra bondad real, sea de vuestro agrado, por consideracion á Aquel cuyo puesto ocupamos, honrar con vuestra proteccion y benevolencia á dicha Orden, y los bienes que ella posee en vuestros estados, tomar su defensa contra cualesquiera que se atreviere á molestarles ó causar alguna injusticia. Nos os pedimos, sobre todo, una gracia especial, y es permitir á dichos religiosos transportar y sacar de las tierras de vuestros dominios, tan libremente como lo practicaban antes, los géneros que le son necesarios tanto para su subsistencia como por la defensa del reino de Chipre (3).»

En 1298, murió en Chipre el Gran Maestre Fr. Theobaldo Gaudini.

RELACION DE LOS BIENECHORES DEL TEMPLE, PARA PRUEBA QUE NO HABIA CAIDO DEL APRECIO Y ESTIMA GENERAL.

Los más conocidos en el tiempo que recorremos, son: Tomás de Saboya; Juana condesa de Nivelles, Raimundo obispo de Cahors (4). Bertran,

(1) Gallia Christ. nova tom. 1, col. 211.—id. col. 929.—Concilia Magnæ Britanniæ.

(2) Bonif. VIII. Joh. Rubel pág. 12.

(3) Rimeri acta, tom. 1, pág. 117.

(4) Baluzio Miscell. pág. 506.—extracto de un registro de la encomienda de Castres y de Lippe.

obispo de Tolosa, quien lega 500 libras á los caballeros, directores del Hospital de dicha ciudad (1). Gaston, conde de Bearne, quien hace donación de 1,000 sueldos al Hospital de Gier que pertenecía á la Orden (2).

Gauchet de Chatillon, conde de Ponean, y la princesa Isabel de Dreux, su esposa, que dan á la casa del Temple de Paris para ensanche del Temple de Montagut (Meaux), dos piezas de bosque la una de 84 arpents, y la otra de 80, reservándose siempre la señoría y justicia, con la caza de grandes y pequeños animales y otros derechos (3).

Solo conocemos tres casas del Temple en Alsacia.

La primera estaba situada en la llanura entre Bercheim y Rebauviller. Después de la supresion del Temple, sirvió de encomienda á la Orden de S. Juan de Schelestad, fundada en 1265.

La segunda en Dorlisheim, cerca de Molsheim: aún se conserva su capilla llamada Tempelhof.

La tercera en Bomgarten. Fr. Burchard de Munnensheim, comendador de esta casa: en 1303 vendió al cabildo de S. Tomás de Strasburgo los bienes que la Orden poseía en el baylio de Wingersheim, con el consentimiento de Fr. Federico, conde salvaje, y gran preceptor de Alemania; á quien veremos figurar en el concilio de Maguncia, en la causa contra el Temple.

Tres años después, en 1306, el mismo Fr. Burchard vendió á dicho cabildo los bienes situados en Wingersheim, con el consentimiento de Fr. Alban de Baudeck, preceptor de la provincia del Rhin (4). No solamente la Santa Sede sino tambien los grandes señores continuaban dando muestras de su adhesion á la Orden del Temple. Sibila de Baugé, condesa de Saboya, por testamento del año, 1294, lega al Temple de la Mousse, para descanso de su alma, de sus padres y antepasados 400 libras vienesas, para la compra de una renta anual de 20 libras que destina á la asignacion de dos sacerdotes Templarios ó seculares, deseando se aumente el número de los que señalados por esa casa para celebrar los divinos oficios (5).

1295. El conde de Rosellon (Odon) señala un piadoso legado, cuyos nombres han embarazado muchísimo á los glosadores, y dice el donador. «Yo doy al señor Pedro de Montancelin 100 libras tornesas y una de mis armaduras completas, á saber: mi yelmo de visera, mi bacinete, (6) mi

(1) Memorias de la Hist. de Languedoch, pag. 909 y 151.

(2) Hist. de Bearne lib. 7, pag. 675.

(3) Hist. de la casa de Chatillon lib. 7, cap. 2, pag. 333.

(4) Memoria sobre la Alsacia ilustrada.

(5) Cuerpo universal de Diplom. tom. 1, pag. 289.

(6) Casco Ligero.

jubon de tafetan, mi cota de malla, mi gorgerin (1), mis escudos, mis brazaderas de acero, mis aparejos para las piernas y cotas de armas, mi gran mandoble y pequeña espada; y ruego, además, que dicho señor haga para mi descargo el viage á ultramar en el primer pasage general, y en caso que tenga algun impedimento, dejo la dicha suma de 100 libras al Temple, para el sosten de un caballero, destinado á combatir, en mi nombre, en la primera cruzada (2). El lugar que ocupaban los Templarios en Rosellon se llamaba Mas Deu.

Enrique II, Duque de Lorena, lega en 1297, al Temple y al Hospital todos sus caballos, Palafrenes, y acémilas.

Roberto II Duque de Borgoña, no fué menos celoso bienhechor del Temple. Así se ve por su testamento y en una escritura, en la cual Fray Geofredo de Vichier, Comendador y Visitador de las Casas de Francia é Inglaterra, dice así:

«En consideracion al aprecio, servicios y beneficios con que el muy alto y muy poderoso Duque Roberto, honra y siempre ha honrado á nuestra caballeria, yo le cedo y concedo, por todo el tiempo de su vida, nuestra casa de Formont sobre el sena (Diócesis de Paris), con todas sus dependencias, á condicion, no obstante, que hará cantar el oficio divino, como de costumbre: que el Temple de Savigni (cerca de Corbeil) gozará el mismo derecho que ántes en el bosque de Formont; que este Principe estará obligado á conservar los edificios, claustros y heredades de dicha casa, y sostener los derechos y privilegios, tales como se le han confiado, y si añade nuevos edificios á los antiguos pertenecerán al Temple de Paris (3).» Roberto poseyó esta encomienda hasta 1305, año en que murió.

La Orden del Temple poseía 4 casas en el Ducado de Borgoña, la de Bures, la de Ville sous Gevrey ó por otro nombre S. Filiberto, la de Dijon á la cual pertenecía el bosque de Marmet, y la de Jasiverney á dos leguas de la capital, que aún conserva una capilla de la Santísima Virgen llamada del Temple, que se unió despues á la encomienda de la Magdalena de Dijon (4).

En el franco Condado habia los establecimientos siguientes:

1.º En Besanzon, una encomienda, cuyo comendador tenia el derecho de nombrar el cura de Avane, y se componia de las casas de Dammaria y Dammartin del Temple.

2.º En Dole. Cerca de esta ciudad hay una iglesia en la cual existen dos capillas, una bajo la advocacion de S. Dionisio y era del patronato

(1) Parte de armadura que cubria el cuello, guarnecida de oro ó plata.

(2) Martenne Thesaur. Anecd. tom. 1, pag. 1305.

(3) Hist. de Borgoña, tom. 2, pag. 67.

(4) Hist. de la Iglesia de S. Esteban de Dijon pag. 205, 137, 113.

del Comendador de Dole, y la otra de patronato laico. El comendador nombraba el cura de Esclanycot.

3.º En Salúy. Su comendador nombraba al cura de Pasquier.

4.º En la Romaña. Su comendador era Patron de la Iglesia parroquial de Bart, de Barges y de Janrupt.

5.º En la Villadien, cuyo Comendador nombraba curas a las parroquias de Preste, de Meurcour, Dampierre, Montbazon, Jontenois la villa, Lavigney y Villadien.

6.º En Arbois habia tambien una casa de la Orden, cuyo comendador tenia una capilla en la Iglesia de Chaisot, y nombraba cura para la parroquia de Villadien cerca de Versel, asi como en la de Besanzon (1). Las tierras de Montagna y de Villiers el Templario pertenecian a la Orden.

En 1296. Habiendo la ciudad de Paris hecho un donativo al Rey de 200,000 libras tornesas, esta liberalidad ocasionó algunas cuestiones entre el Preboste de Paris y los Caballeros del Temple. Pretendia el Preboste que los habitantes de la ciudad nueva del Temple, inmediata a Paris, debian contribuir al pago de aquella suma, y paso a la ejecucion de sus bienes. El Templario procurador del Temple, sostenia lo contrario, diciendo que el Temple gozaba de toda justicia alta y baja en la ciudad nueva, y que por sus cartas-privilegios los habitantes de dicho recinto estaban libres de toda exaccion de taxa, hueste, cabalgadura, *tonlieu* y costumbre. Levada la cuestion al Parlamento, despues de examinados los privilegios, se sentenció a favor de los Templarios desembargando los bienes secuestrados por el Preboste, salvo hacer justicia a los ciudadanos, que la debian pedir en su consecuencia al Rey (2).

Ya hemos visto en otra parte que el superior del Temple de Paris asistia en las asambleas generales. En esta época, de la cual nos ocupamos, hallamos una nueva prueba. Al arresto y prision de los hijos del noble Jaime Lavon, se hallaron presentes Fr. Geofredo de Vichiers, visitador del Temple en Francia, y el preceptor del Hospital. En este tiempo se concedió permiso a dicho Fr. Vichiers para construir la puerta de Chaume (3).

En 1297, habiendo la sucesion del condado de Pallars (Cataluña) ocasionado turbulencias y cuestiones entre el rey de Aragon y el conde Arnaldo de España, el Gran preceptor del Temple fué escogido por árbitro con el conde de Urgel y el vizconde de Cardona, quienes negociaron este asunto con tanto acierto que lograron una tregua entre los contendientes, hasta que se declarase el derecho sobre las pretensiones de los interesados (4).

(1) Hist. de la lga de Besanzon tom. 2, pag. 397, 421, 450, 471, 445, 70 y 310 etc. etc.

(2) Hist. de Paris tom. 1. pag. 467.

(3) id. pag. 257.

(4) Hist. de Bearne pag. 70.

Fr. Ramon de la guardia gozó de gran valimiento con el rey de Aragon, y trabajó con asiduidad para apaciguar las desavenencias de dicho rey con D. Jaime, rey de Mallorca, para que se le restituyesen las islas que injustamente se le habian quitado (1).

Otro Templario, que honró mucho a la Orden, fué Fr. Guillermo de S. Juan a quien el Papa Bonifacio VIII escogió este año por el 14 arzobispo de Nazaret (2).

Entre otros caballeros, los más conocidos en la época histórica que relatamos, eran: Fr. Guillermo de Tourville, preceptor de Inglaterra, Fray Poncio de Fayne comendador de Puy en Nelai, Fr. Juan de Villanueva, preceptor de Pontieu (Picardia), Fr. Enrique de Seleford, comendador de Strode, en Inglaterra; Fr. Gauscelin de S. Jorri Maestre del Temple de Spelée en el condado venecino, Fr. Richau Petri, preceptor de Roais, diócesis de Vaison, Fr. Juan de Turno y Fr. Juan Grangier, los dos Grandes limosneros de Francia bajo el reinado de Felipe el Hermoso; el primero aún vivia en el año 1328 en que se le pagó una suma de 100 libras parisienses, como así consta en el dictario del Tesoro (3); y el segundo que ejercia su cargo en 1307, fué ejecutor testamentario de la reina Juana, lo que no le libró de ser condenado a la hoguera, con algunos otros Templarios, «de los cuales (dice la crónica de S. Dionisio) uno era limosnero del rey de Francia, que tanto honor habia gozado en este mundo, pero nunca de sus maldades tuvo el rey conocimiento (4).»

Fr. Brian le Jay, preceptor de Escocia, quien, en nombre de sus Caballeros, prestó juramento de fidelidad al rey de Inglaterra, a consecuencia de los derechos de soberanía que ese príncipe pretendia tener sobre Escocia (5).

El preceptor de Castilla y Aragon fué enviado en 1290, a Badajoz, para calmar y apaciguar una rebelion. Se le encargaron muchas negociaciones importantes por parte de los reyes D. Sancho y su hijo D. Fernando (6): este preceptor y Maestre de Aragon se llamaba Fr. Berenguer de Cardona, hijo de la familia más ilustre de la nobleza catalana; asistió tambien al concilio de Tarragona, en el cual se trató de hacer algunos reglamentos contra los usureros, perjuros, exactores de procuraciones y de convites injustos, y tambien contra los clérigos y religiosos que desafiaban a combate, por cuanto se habia introducido la costumbre de enviar

(1) Baluzio vit. Pap. Avenion. tom. 2, pag. 68.—Hist. de Aragon, y Cat^a.

(2) Oriens Christianus tom. 3, col. 1299.

(3) Genealogia de Francia tom. 8, pag. 225.—Reliquiae m. sevi, P. Lud, tom. 12, p. 29.

(4) Gallia Christ. tom. 7, col. 230.

(5) Pacta convent, & Rimeri tom. 1 part. 3, pag. 10.

(6) Turquet Hist. de España, lib. 13, pag. 533.—It. España ilustrado t. 3, p. 141, 113, 88.

cartel de desafío hasta á los Prelados, cuando se estaba mal contento de ellos, y si no admitían, se creía en derecho de maltratarlos de hecho, y sobre todo cuánto les pertenecía. De aquí viene que en otro concilio de Tarragona, celebrado en 1293, se renovaron todas las penas y censuras fulminadas en otra ocasión contra los arrebatadores de los bienes eclesiásticos, contra los que hacían violencia á los Prelados y religiosos, y nominalmente á los preceptores del Temple y del Hospital, contra los que devastaban sus tierras, cortaban sus bosques, incendiaban sus selvas ó causaban algún perjuicio notable (1).

Los gastos enormes que la Orden del Temple se veía obligada á hacer para librarse de la codicia de ciertos laicos y los daños que experimentaba en diferentes puntos de Europa, la habían debilitado bastante, y esta era una de las causas por las cuales el Papa esceptuó á los Caballeros de Inglaterra é Irlanda de pagar la décima que había concedido al Rey Eduardo.

Este príncipe con la mayor hipocresía manifestaba gran celo por la reconquista de la Tierra Santa, y había prometido embarcarse en el primer pasaje de 1293, como lo hemos indicado en su lugar, y la experiencia hizo ver claramente que dicho Rey no buscaba otra cosa que entretener á la Santa Sede, engañar al Rey de Francia y aprovecharse de las colectas de dinero que se recogían de los bienes eclesiásticos para la Cruzada que no se realizó.

(1) Martenne Ampl. collect. t. 7, col. 289.
Idem tom. 4, col. 301, Anecdót.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

	PÁGINAS.
UNA EXPLICACION.	5
PRÓLOGO de la primera edicion.	9
INTRODUCCION.	17
SÉRIE DE LOS GRANDES MAESTRES DE LA ÓRDEN DEL TEMPLE.	29
CAPITULO PRIMERO.	33
CAP. II.	63
CAP. III.	94
Donaciones.	119
CAP. IV.	123
De los caballeros del Temple.	124
De los capellanes del Temple.	124
De los frailes sirvientes.	125
Dignidades del Temple.	126
Altas dignidades de la Orden.	127
Ceremonias y fórmulas de la recepcion de los Templarios.	134
Regla de los pobres Conmiltones de Cristo y templo de Salomon.—Preámbulo.	143
Regla de los pobres Conmiltones de la santa ciudad.	144
CAP. V.	169
Segunda Cruzada.	180
Relacion de las donaciones hechas á la Orden del Temple.	184
CAP. VI.	189
CAP. VII.	201
CAP. VIII.	211
Donaciones.	238
CAP. IX.	243
Donaciones.	270
CAP. X.	275
CAP. XI.	313
Tercera Cruzada.	316
Regla de la Orden Teutónica.—Regla de la Orden del Temple.	328
CAP. XII.	357
CAP. XIII.	383
Séptima Cruzada.	386
Relacion de los bienhechores del Temple.	391
CAP. XIV.	395
CAP. XV.	411
Relacion de algunos Templarios ilustres de la época, así como de las donaciones hechas á la Orden.	420
CAP. XVI.	425
CAP. XVII.	457
CAP. XVIII.	489
Relacion de los bienhechores del Temple, para prueba que no había caído del aprecio y estima general.	497

cartel de desafío hasta á los Prelados, cuando se estaba mal contento de ellos, y si no admitían, se creía en derecho de maltratarlos de hecho, y sobre todo cuánto les pertenecía. De aquí viene que en otro concilio de Tarragona, celebrado en 1293, se renovaron todas las penas y censuras fulminadas en otra ocasión contra los arrebatadores de los bienes eclesiásticos, contra los que hacían violencia á los Prelados y religiosos, y nominalmente á los preceptores del Temple y del Hospital, contra los que devastaban sus tierras, cortaban sus bosques, incendiaban sus selvas ó causaban algún perjuicio notable (1).

Los gastos enormes que la Orden del Temple se veía obligada á hacer para librarse de la codicia de ciertos laicos y los daños que experimentaba en diferentes puntos de Europa, la habían debilitado bastante, y esta era una de las causas por las cuales el Papa esceptuó á los Caballeros de Inglaterra é Irlanda de pagar la décima que había concedido al Rey Eduardo.

Este príncipe con la mayor hipocresía manifestaba gran celo por la reconquista de la Tierra Santa, y había prometido embarcarse en el primer pasaje de 1293, como lo hemos indicado en su lugar, y la experiencia hizo ver claramente que dicho Rey no buscaba otra cosa que entretener á la Santa Sede, engañar al Rey de Francia y aprovecharse de las colectas de dinero que se recogían de los bienes eclesiásticos para la Cruzada que no se realizó.

(1) Martenne Ampl. collect. t. 7, col. 289.
Idem tom. 4, col. 301, Anecdót.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

	PÁGINAS.
UNA EXPLICACION.	5
PRÓLOGO de la primera edicion.	9
INTRODUCCION.	17
SÉRIE DE LOS GRANDES MAESTRES DE LA ÓRDEN DEL TEMPLE.	29
CAPITULO PRIMERO.	33
CAP. II.	63
CAP. III.	94
Donaciones.	119
CAP. IV.	123
De los caballeros del Temple.	124
De los capellanes del Temple.	124
De los frailes sirvientes.	125
Dignidades del Temple.	126
Altas dignidades de la Orden.	127
Ceremonias y fórmulas de la recepcion de los Templarios.	134
Regla de los pobres Conmiltones de Cristo y templo de Salomon.—Preámbulo.	143
Regla de los pobres Conmiltones de la santa ciudad.	144
CAP. V.	169
Segunda Cruzada.	180
Relacion de las donaciones hechas á la Orden del Temple.	184
CAP. VI.	189
CAP. VII.	201
CAP. VIII.	211
Donaciones.	238
CAP. IX.	243
Donaciones.	270
CAP. X.	275
CAP. XI.	313
Tercera Cruzada.	316
Regla de la Orden Teutónica.—Regla de la Orden del Temple.	328
CAP. XII.	357
CAP. XIII.	383
Séptima Cruzada.	386
Relacion de los bienhechores del Temple.	391
CAP. XIV.	395
CAP. XV.	411
Relacion de algunos Templarios ilustres de la época, así como de las donaciones hechas á la Orden.	420
CAP. XVI.	425
CAP. XVII.	457
CAP. XVIII.	489
Relacion de los bienhechores del Temple, para prueba que no había caído del aprecio y estima general.	497

